JOHN KING FAIRBANK

CHINA

UNA NUEVA HISTORIA

ÍNDICE

PREFACIO

La modernización que define la fase actual de la gran revolución china ha hecho de este país, a partir de la década de 1970, un lugar más variado y dinámico. La expresión “una China, una cultura” puede ser todavía el patriótico lema de 1.250.000.000 ciudadanos chinos haciéndose eco del persistente y antiguo ideal de unidad política de la élite gobernante confuciana. Pero, desde la década de 1930, la experiencia china, en lo que a invasiones, rebeliones, guerras civiles y reformas se refiere, ha frustrado esa antigua aspiración a la autocracia central y a la aquiescencia local. La educación y la modernización económica, que están alcanzando masivamente a la población china, crean nuevas oportunidades, nuevas carreras y un nuevo estilo de vida; las ideas y las instituciones políticas no pueden quedarse atrás.

Junto con esta transformación en la vida de los chinos, los estudios sobre China han adquirido un nuevo dinamismo en todo el mundo. Durante los últimos veinte años, un enorme flujo de doctas monografías ha comenzado a modernizar nuestro punto de vista acerca de la historia y a las instituciones de China; esta nueva visión ha dejado obsoleto el antiguo enfoque *todo-acerca-de-China* de los sinólogos que consideraban al país como una sola entidad habitada por “los chinos”. Excavando en miles de sitios diferentes, investigando en interminables archivos, estudiando en terreno los asentamientos humanos, arqueólogos, historiadores y cientistas sociales han comenzado a romper ese concepto monolítico de una sola China.

Este libro debe mucho a esos nuevos trabajos. No obstante, la perpetua falta de equilibrio entre indicio reciente e interpretación proporciona a cualquier nueva historia un perfil confuso, ligado a muchas preguntas sin respuesta. El sendero de la sabiduría histórica consiste entonces en averiguar cuáles son los asuntos que todavía se encuentran en discusión, y en identificar las interrogantes que hoy importan, no en tratar de resolverlas aquí y ahora. Nuestras bibliotecas están llenas de trabajos de escritores que afirmaban saberlo todo acerca de China: no podían ver cuánto no sabían. La expansión de nuestro conocimiento ha ampliado también la circunferencia de nuestra ignorancia.

Esta obra propone lo siguiente: después de realizar un primer acercamiento a la escena china, pasaremos, en primer lugar, al capítulo más nuevo de esta nueva historia, a la prehistoria china. En efecto, desde 1920 la arqueología se ha ido abriendo paso a través de la gruesa capa de mitos y leyendas chinas, confirmándolos en gran parte: las excavaciones científicas han hallado al Hombre de Pekín, descrito el crecimiento de la China neolítica y desenterrado riquezas de la Edad de Bronce de las otrora legendarias dinastías Shang y Xia. Así pues, comenzaremos con un cuadro sólido de la extraordinaria continuidad experimentada por una civilización vastamente autónoma.

A continuación investigaremos el crecimiento de la autocracia imperial, de la élite, y del Estado y la sociedad que gobernaron. Los nuevos estudios acerca de los períodos más importantes -Han, Tang, Song, Ming y Qing- nos permiten apreciar la soflsticación de los logros de China. Nunca tan pocos gobernaron a tantos durante tanto tiempo. Sin embargo, este éxito de la autocracia y el elitismo provocó a su vez un gran problema: el liderazgo ritual del soberano, la autoinculcación de principios morales en la élite, los astutos mecanismos autorreguladores de la burocracia, y los violentos castigos que se mantenían en reserva, todo, creó una civilización autosuficiente y autoperpetuada, que no llegó a formar una nación-estado con un gobierno motivado para liderar la modernización del país.

Al examinar la historia de China durante los últimos dos mil años, se observa una gran paradoja con la que hoy todos los patriotas chinos se sienten incómodos: en comparación con Europa, la China de los siglos XI y XII era una nación precursora, mucho más adelantada en diversos aspectos relativos a la civilización; durante los siglos XIX y XX, en cambio, se encontraba muy rezagada. Cuando Francís Bacon afirmó, alrededor de 1620, que el mundo se estaba renovando gracias a la imprenta, la pólvora y el imán, jamás mencionó que las tres invenciones aparecieron por primera vez en China. Hoy, en cambio, sí se reconoce que la China del año 1200 d. C. se hallaba, en general, más adelantada que Europa. Entonces, ¿cómo y por qué China se quedó atrás? Siendo una de las poblaciones más numerosas del mundo, ¿qué hizo que los chinos se retrasaran en el camino de la modernidad? Si hasta el siglo XVIII se podían comparar, a grandes rasgos, las condiciones de vida y las comodidades en China y en Europa, ¿por qué China falló tan estrepitosamente al momento de seguir los pasos de Europa hacia la industrialización? Para una incógnita de tal magnitud no existen respuestas

unicausales. En la segunda parte de este libro abordamos el problema desde diversos puntos de vista.
La tercera parte está dedicada a la ascensión al poder del Partido Comunista chino, liderado por Mao Zedong, y la cuarta parte a sus impresionantes vicisitudes a partir de 1949. En la década de 1890, cuando la modernidad se integró en el pensamiento chino, se hizo evidente que ningún modelo extranjero sería adecuado para su propia situación, que se ensayarían muchos modelos pero ninguno sería idóneo, y que el creativo pueblo chino tendría que encontrar, a su manera, su propia salvación. Ya que tuvieron un único pasado, tendrían su propio y único futuro.
Esta conclusión, inquietante para muchos, hoy coincide con que el mundo entero está advirtiendo que la especie *Homo sapiens sapiens* -como tranquilizadoramente se ha autodenominado- está, en sí misma, en peligro. El siglo XX ha visto más sufrimiento, muerte y agresión causados por el hombre en el medio ambiente que todos los siglos anteriores juntos. Quizá los chinos finalmente se han unido al gran mundo exterior justo a tiempo para participar de su colapso. Unos pocos observadores, menos pesimistas, creen que en el fondo lo único que nos puede salvar es una capacidad de supervivencia como la demostrada por los chinos durante tres milenios.
Si ahora, mejor informados, damos una mirada a la larga historia de China, a sus reformas, rebeliones y revoluciones de múltiples vías, y al relato de sus admirables éxitos y dolorosos fracasos en el presente siglo, puede que sepamos dilucidar las circunstancias actuales y las tendencias a largo plazo que darán forma al futuro de China y afectarán, de paso, el nuestro.

J. K. F.
12 de septiembre de 1991

CHINA
UNA NUEVA HISTORIA

INTRODUCCION

Enfoques para la comprensión de la historia de China

La variedad de las perspectivas históricas

El que quienes mejor conocen la historia china sean los chinos, del mismo modo que en América y Europa es donde más se sabe acerca de la historia occidental, genera perspectivas discordantes entre China y el resto del mundo. Los chinos, por ejemplo, saben que los líderes tribales manchúes dieron a su nuevo estado el nombre de Qing ("puro") en 1636, año en que los norteamericanos -por lo menos los de las cercanías de Boston- recuerdan la fundación de Harvard, la primera universidad del Nuevo Mundo. Cuando cerca de dos millones de manchúes comenzaron a dominar a cerca de ciento veinte millones de chinos, la dinastía Qing habría de regir 267 años más, durante los cuales aquella cifra aumentó a casi cuatrocientos millones. A mediados de la década de 1770, mientras los Qing -que gobernaban el imperio chino desde Pekín- completaban su conquista de Mongolia, Asia Central y el Tíbet, unos pocos millones de rebeldes norteamericanos declaraban en sus trece colonias su independencia de Gran Bretaña. Ahora que Estados Unidos se ha convertido en el sucesor de la Francia del siglo XVIII y de la Gran Bretaña del siglo XIX, la perspectiva histórica es más necesaria que nunca. La democrática economía de mercado de Estados Unidos enfrenta en China a la última dictadura comunista; tras el comunismo chino, sin embargo, descansa una autocracia exitosa que posee la tradición más prolongada del mundo. Ahora se busca una modernización económica sin la democracia representativa que los norteamericanos consideran que ha sido su especial contribución a la salvación del mundo. Convendría que los ciudadanos norteamericanos, proclives a romper con la dictadura china, recordaran las dificultades que su propio país ha experimentado en el ejercicio de la libertad y el poder, lo cual, por cierto, cuestiona la aptitud del modelo norteamericano para la transformación moderna de China. Es más, desde hace un tiempo Estados Unidos está teniendo problemas con sus líderes nacionales: un mandatario fue asesinado por razones aún desconocidas, acerca de las cuales preferimos no indagar; otro Presidente renunció para evitar el *impeachment* al que se hizo merecedor por mentiroso; un mandatario más reciente, venido de Hollywood, vivió una vida de fantasía, mintiéndose a sí mismo y a la gente para hacernos sentir bien, mientras creaba una clase socioeconómica inferior, indigna de nuestra democracia, y finalizaba la Guerra Fría con la Unión Soviética. Entretanto, en la lejana China, el Presidente Mao Zedong mataba a millones de chinos en nombre de la lucha de clases y en beneficio de la revolución. Sus sucesores se hallaban tan sumergidos en la tradición autocrática china que, en 1989, al verse enfrentados a gente desarmada que pedía democracia, cometieron el error de enviar tanques a derribar a centenares de ellos de cara a la televisión y a la hora de mayor audiencia.

Hoy, los ancianos en Pekín no desean una China sumida en la cultura popular del mundo capitalista. Los académicos norteamericanos acogen con satisfacción a 40 mil estudiantes chinos, deseando que piensen libremente acerca de los problemas actuales, lo que en Norteamérica significa entre otras cosas el narcotráfico, el comercio de armas y los baleos en las calles. Los chinos, por su parte, deben reducir su índice de natalidad para no ahogarse en una población de más de mil millones de habitantes: una vía es el infanticidio femenino, otras son el control de la natalidad y el aborto. En tanto, muchos norteamericanos desean salvar cada feto por considerarlo un ser humano sagrado, sin que importen su madre o su futuro.

Entre todas estas extrañas y mordaces ironías que obsesionan a los patriotas chinos, aún queda una pregunta sin responder. El imperio Han fue contemporáneo del imperio romano, aunque más grande y poderoso. De hecho, China fue alguna vez la mayor civilización del mundo, no sólo comparable a Roma, sino mucho más adelantada que la Europa medieval. El historiador de la economía Albert Feuerwerker, enemigo de la hipérbole, señala que desde el año 1000 hasta el 1500 de la era cristiana "ninguna comparación de productividad agrícola, habilidad industrial, complejidad comercial, riqueza urbana o estándar de vida (sin mencionar la sofisticación burocrática y los logros culturales) pondrían a Europa a la par con el imperio chino" (citado en Ropp, 1990). Entonces, ¿por qué China se quedó atrás en los tiempos modernos? ¿Cómo pudieron los imperialistas occidentales, e incluso los japoneses, menospreciar a China en forma tan degradante a fines del siglo XIX?
La respuesta reside parcialmente en China y parcialmente en Occidente. La ciencia y la tecnología han estado transformando de manera radical el mundo moderno a partir de la Revolución Industrial, que comenzó alrededor del año 1750 en Inglaterra. Desde 1978, el objetivo nacional de China ha sido la "modernización". El intenso drama de un gran pueblo que reaparece en la modernidad es conmovedor particularmente en este caso, debido a la fuerte convicción del pueblo chino sobre su innata superioridad. En general, el siglo XX ha reconocido la calidad superlativa de los bronces Shang, las pinturas Song y otros aspectos del patrimonio chino; además, desde 1950 Joseph Needham y sus colaboradores han descrito en los más de catorce volúmenes de *Ciencia y Civilización en China* la impresionante serie de tempranos descubrimientos e invenciones chinas, más allá de los bien conocidos casos del papel, la imprenta, la pólvora y el compás. Nathan Sívin sugiere que la ciencia premoderna, en China y en Europa, en la superficie se parecen más entre sí de lo que cualquiera de las dos se asemeja a la ciencia moderna. A pesar de que Europa heredó formas de pensar que la situaron en mejor posición para cuando llegara el pensamiento científico, en ninguno de los dos casos existía nexo alguno entre ciencia y tecnología, entre el erudito teórico y el artesano práctico. La combinación dinámica de ciencia y tecnología es una creación moderna.
Sivin también se refiere a cómo, por ejemplo, la notable eficacia del ábaco chino como calculadora se basaba en aproximadamente doce dígitos en disposición lineal; de este modo, resultó inútil para el álgebra avanzada. Sivin sugiere que la relativa carencia de innovaciones matemáticas chinas desde mediados del siglo XIV hasta el XVII puede haber sido el precio que se pagó a cambio de la conveniencia del ábaco. Aquí tenemos un ejemplo de cómo la precoz inventiva china pudo perjudicar posteriormente al país. En efecto, debo decir que justamente esa superioridad ostentada por la China Song se convertiría alrededor del año 1800 en una de las fuentes de su retraso, como si todos los grandes logros llevaran en sí mismos las semillas de su osificación.
Ahora se reconoce que la precocidad china no se limitaba a las artes y a la tecnología. Es un hecho que la antigua China constituyó un Estado autocrático con una administración burocrática, contabilidad, selección de funcionarios por sus méritos según diversos exámenes, y un control centralizado sobre la economía, la sociedad, la literatura y el pensamiento. Esta autocracia china hacía presagiar el surgimiento del Estado absolutista moderno de la Europa del siglo XVII, pero nuestro repertorio de conceptos de ciencias sociales, derivado de la experiencia pluralista occidental, aún no se ha adecuado para reconocer este temprano logro chino.
Si queremos entender los factores sociales y humanos que determinaron que China fuera quedando a la zaga de Occidente en la era moderna, debemos acercarnos a su prehistoria, a su economía arrocera, a su sistema familiar, a los invasores del Asia Interior, al pensamiento clásico y a muchas otras características de esta gran civilización. Comencemos por identificar ciertos enfoques decisivos para la comprensión de China.

Geografía: el contraste entre el norte y el sur

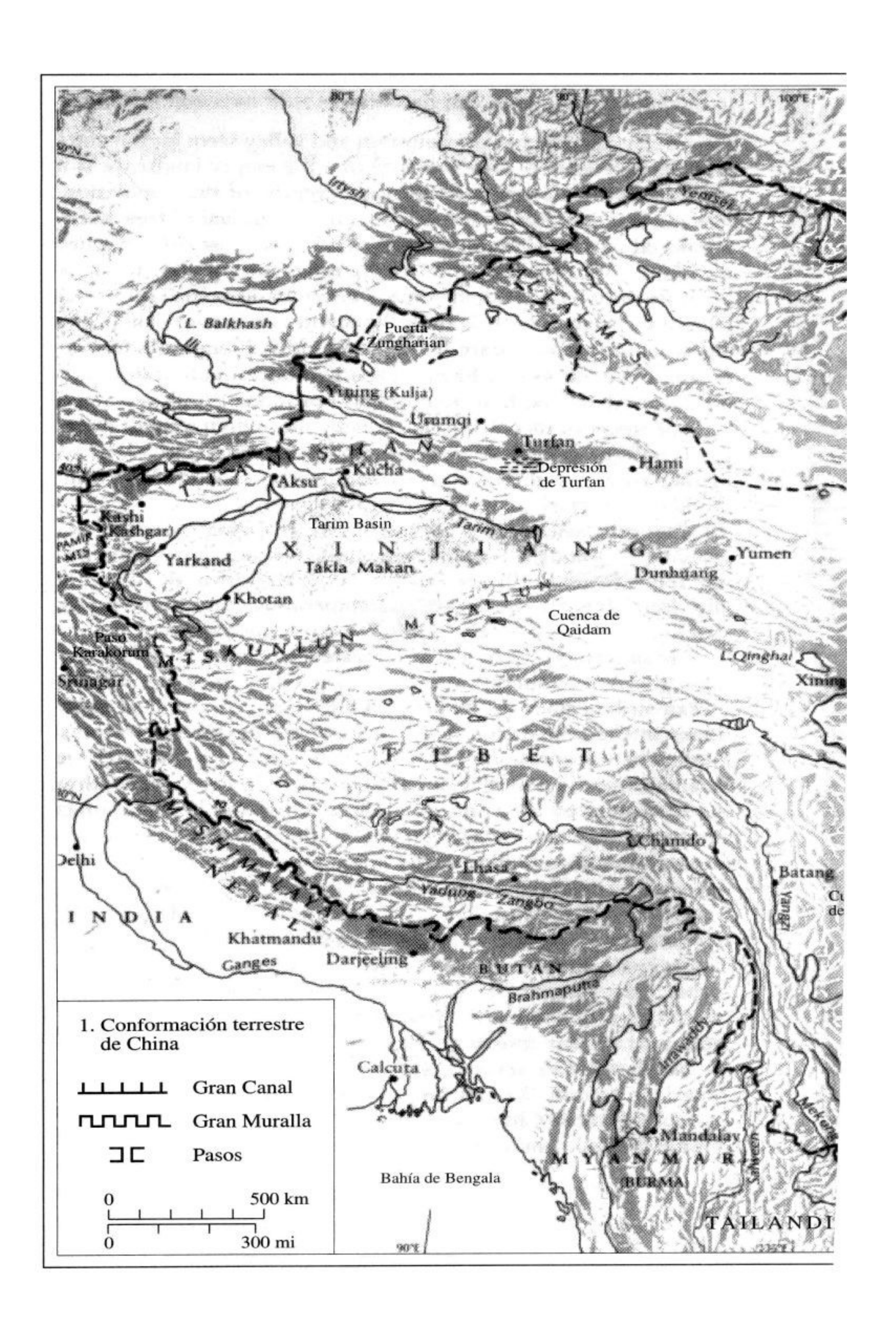
Nuestra idea acerca de la diversidad de China es primeramente visual. El viajero que atraviesa los grises bancos de niebla, las brumas y el brillo del sol de China continental suele identificar dos paisajes típicos: uno de China del Norte y otro de China del Sur (ver Mapa 1). Sobre la seca llanura de China del Norte, al sur de Pekín, donde floreció por primera vez la civilización china, se puede apreciar durante el verano una infinita extensión de prados, interrumpidos por zonas de un verde aún más oscuro, los árboles de las aldeas cercadas con muros de tierra. El paisaje es muy similar al del Medio Oeste norteamericano de hace algunas décadas, en que las

granjas con sus arboledas se encontraban separadas unas de otras aproximadamente por 800 metros. Sin embargo, donde la zona maicera norteamericana tiene una sola granja, en la llanura de China del Norte existe una aldea completa. Mientras la familia de un granjero norteamericano dispone sus barracas y graneros dispersos entre sus campos de Iowa o Illinois, a una distancia de 800 metros de sus vecinos, en China una comunidad entera, compuesta por varios cientos de personas, vive en su aldea salpicada de árboles, a 800 metros de las aldeas vecinas. A pesar de su experiencia granjera, el pueblo norteamericano es incapaz de apreciar cómo la densidad de población sutilmente condiciona cada acto y pensamiento de un agricultor chino.

En China del Sur el cuadro es completamente distinto, y no se asemeja en nada a lo que los norteamericanos están acostumbrados. Allí, durante la mayor parte del año los arrozales están inundados; desde el aire, sólo se distingue una gran superficie de agua. El terreno verde es escarpado, y las planas terrazas arroceras en forma de media luna se elevan casi hasta la cima de cada colina, descendiendo del mismo modo por el otro costado, terraza sobre terraza en una sucesión infinita, conformando con cada terraplén una capa de tierra, como las líneas de nivel en el mapa de un geógrafo. De hecho, el modelo cuno de las terrazas arroceras vistas desde la altura constituye un indicio visual de la pendiente de los valles sobre los cuales éstas se construyen: las fajas cóncavas de arrozales son angostas en la cima de las colinas, las terrazas inferiores se hacen más anchas y más largas a medida que van descendiendo hasta llegar al suelo del valle. En muchos de los terraplenes se construyen senderos de piedra que forman intrincadas figuras. Si el día está despejado, desde el aire uno puede ver el brillante reflejo del sol sobre las aguas de los arrozales, que parece surgir a través de los campos desde el agua, de modo que todo el florido conjunto de terraplenes, senderos y cimas parece fluir como una gran pantalla rodante, una filigrana negra qu.e atraviesa el brillo plateado del agua que resplandece.

Nadie puede volar sobre las verdes colinas escarpadas del sur sin preguntarse dónde viven los mil y tantos millones de personas de China y qué comen: las vastas extensiones de montañas y valles no parecen muy cultivables ni estar más que escasamente pobladas. Esta impresión de un gigantesco paisaje vacío se ve reflejada estadísticamente en el cálculo de que seis séptimos de la población deben vivir en el único tercio de la tierra que es cultivable (ver Mapa 2). La zona poblada de China corresponde aproximadamente a la mitad de la parte poblada de Estados Unidos, aunque posee cinco veces más habitantes; es decir, en cada milla cuadrada (260 hectáreas) de tierra cultivada en ios valles y llanuras viven alrededor de dos mil personas. Estados Unidos posee cerca de 147.060.000 de hectáreas cultivadas, y todavía podría aumentar considerablemente esa superficie; China quizás tenga 116.000.000 de hectáreas de tierra cultivada (menos de medio acre de tierra fértil por persona), con pocas posibilidades de ampliar significativamente esa zona, incluso si se utiliza en forma más intensiva. En pocas palabras, China debe alimentar a alrededor del 23% de la población mundial con sólo un 7% de la tierra cultivable del mundo.

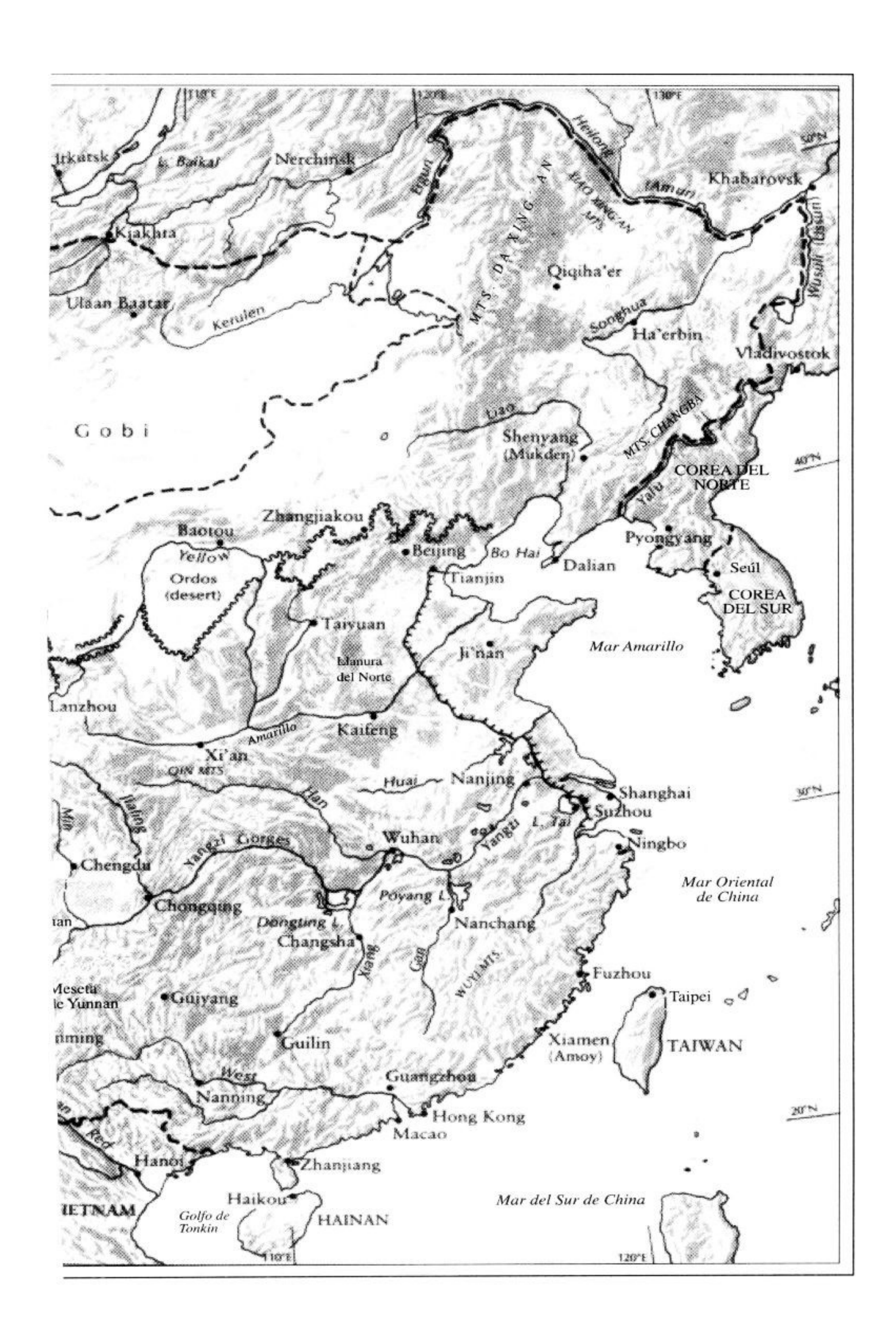
El área seca, de .trigo y mijo, de China del Norte y las húmedas zonas arroceras del sur se hallan divididas por una línea casi a medio camino entre el río Amarillo (Huang) y el río Yangtsé, en el paralelo 33 (ver Mapa 3). La lluvia, el suelo, la temperatura y las diversas costumbres crean contrastes impresionantes entre estas dos regiones económicas.

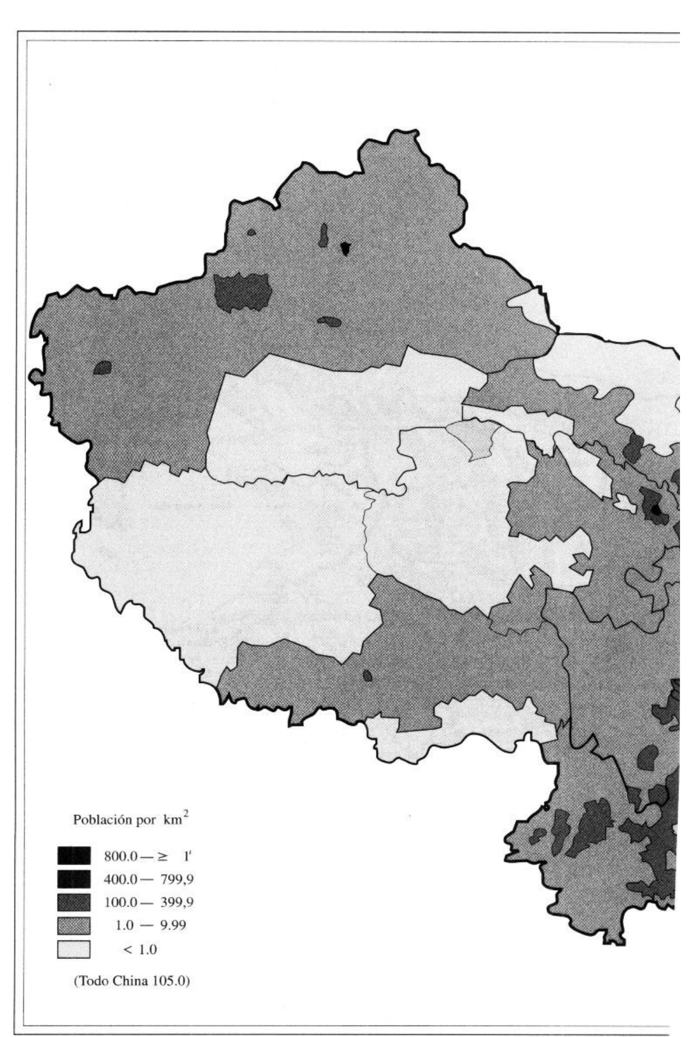


1. Conformación terrestre de China

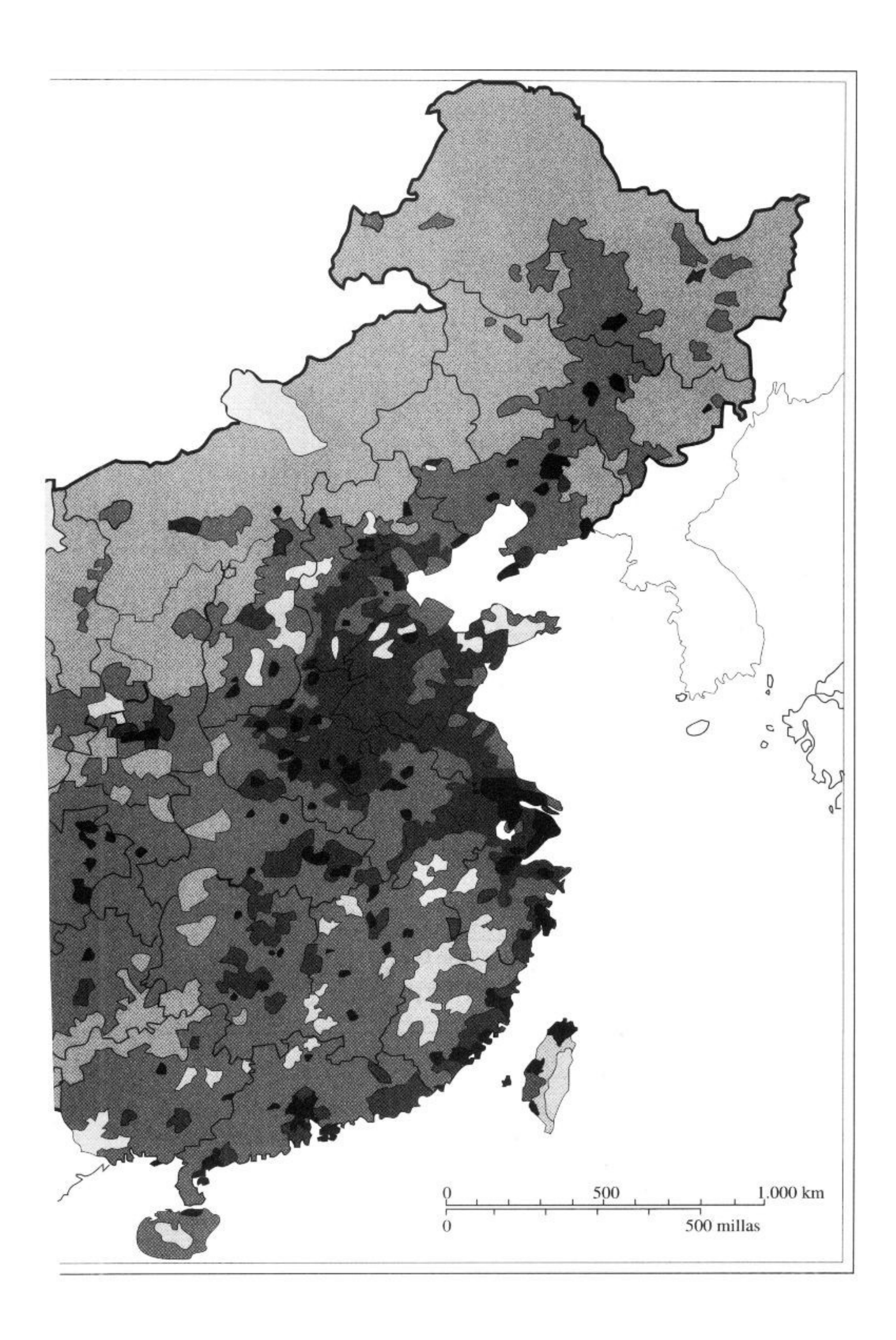
Gran Canal
Gran Muralla
Pasos

0 500 km
0 300 mi

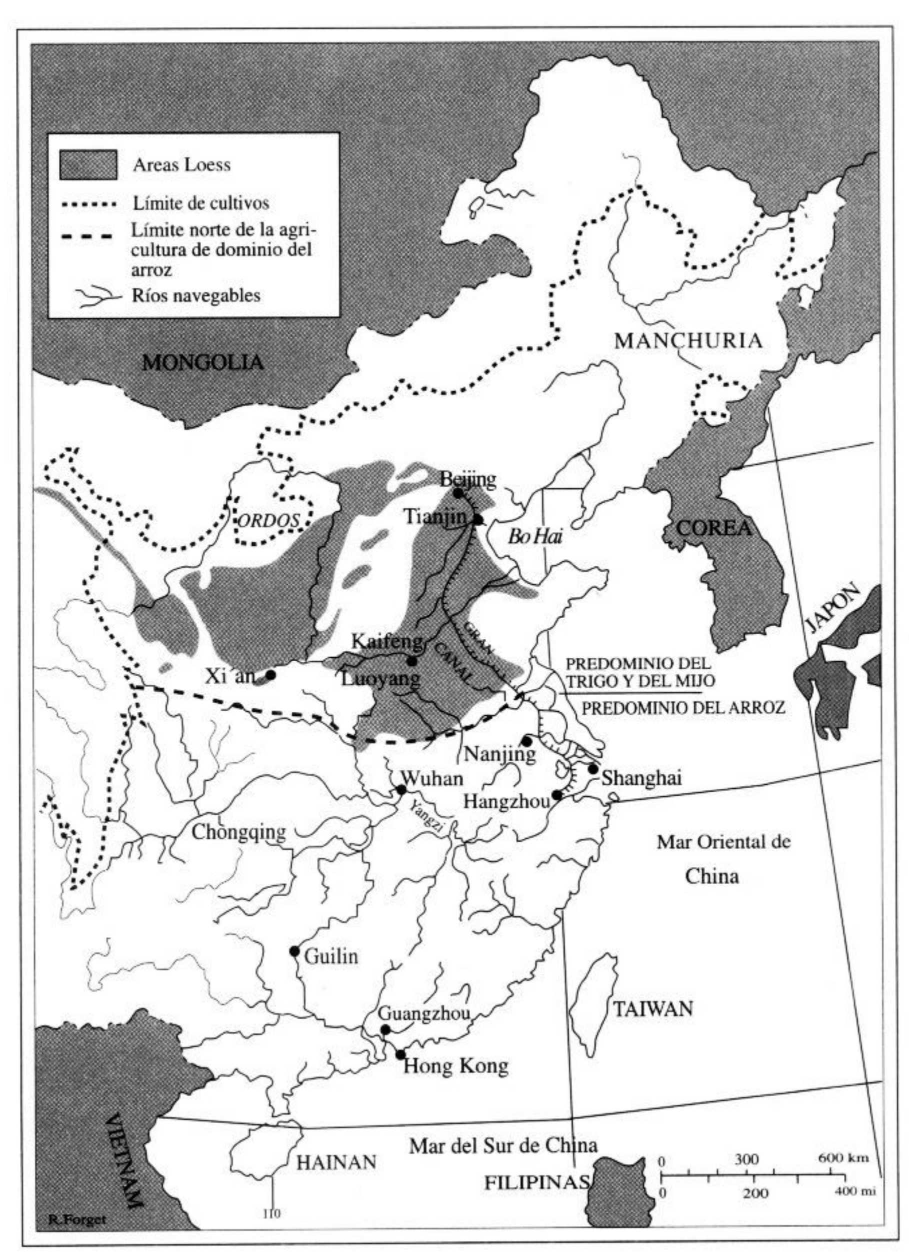

Irkutsk
L. Baikal
Nerchinsk
Kiakhta
Ulaan Baatar
Kerulen
Gobi
MTS. DA XING AN
Qiqiha'er
Songhua
Ha'erbin
Heilong
Amur
Khabarovsk
Wusuli (Ussuri)
Vladivostok
Liao
Shenyang
(Mukden)
MTS. CHANGBA
COREA DEL NORTE
Yalu
Pyongyang
Seúl
COREA DEL SUR
Zhangjiakou
Baotou
Yellow
Ordos
(desert)
Beijing
Bo Hai
Tianjin
Dalian
Taiyuan
Ji'nan
Mar Amarillo
Llanura del Norte
Lanzhou
Amarillo
Kaifeng
Xi'an
QIN MTS
Huai
Nanjing
Shanghai
Suzhou
L. Tai
Ningbo
Han
Yangzi
Wuhan
Chengdu
Yangzi Gorges
Chongqing
Poyang L.
Dongting L.
Changsha
Nanchang
Mar Oriental de China
Xiang
Gan
WUYI MTS
Fuzhou
Taipei
Meseta de Yunnan
Guiyang
Guilin
Xiamen
(Amoy)
TAIWAN
West
Guangzhou
Nanning
Hong Kong
Macao
Red
Hanoi
Zhanjiang
Haikou
HAINAN
Golfo de Tonkin
Mar del Sur de China
110°E
120°E
130°E
40°N
30°N
20°N



2. Distribución de la población en 1980.



0
500
1.000 km
0
500 millas



3. Características geográficas.

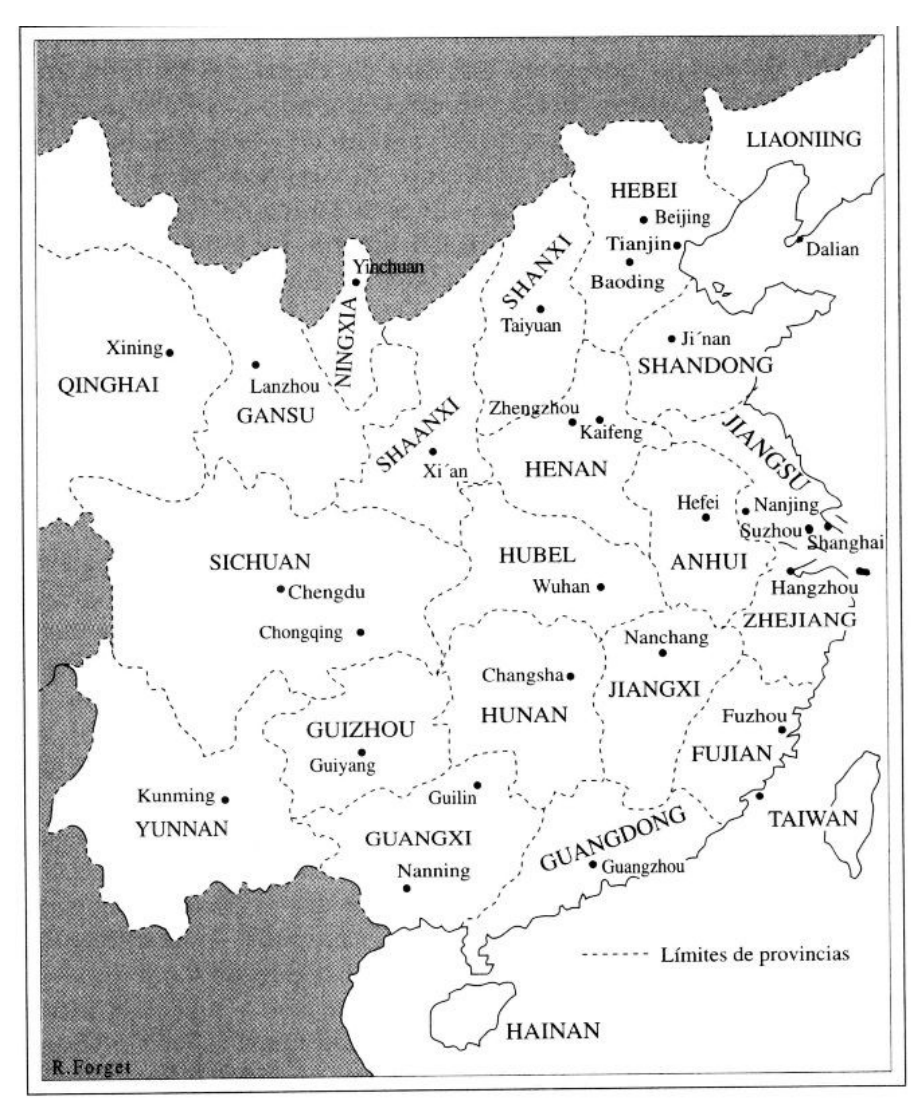
En China, los patrones de lluvia están determinados por el terreno. La gran masa de tierra de Asia cambia de temperatura más rápidamente de lo que lo hace el Océano Pacífico occidental y sus corrientes, y el frío aire seco que durante los meses de invierno sopla sobre el continente tiende a fluir en dirección sureste hacia el mar, provocando un mínimo de precipitaciones. Por el contrario, el monzón de verano que viene del Mar de China del Sur con aire cargado de humedad es atraído en dirección norte sobre la masa de tierra por el aire caliente que se eleva sobre él, y las precipitaciones ocurren principalmente en el verano. El viento de verano proveniente del sur cruza primero las colinas de China del Sur, las cuales reciben fuertes lluvias en forma relativamente periódica. China del Norte recibe por lo general menos lluvia, y durante décadas la cantidad de precipitaciones ha variado hasta en un 30% de un año a otro. El promedio de lluvia anual en la llanura de China del Norte es de 500 a 640 milímetros aproximadamente, como en la gran región norteamericana de secano, y resulta apenas suficiente para mantener los cultivos en el mejor de los casos. Esta alta variabilidad de las lluvias de año en año amenaza constantemente con provocar sequía y hambruna.

Los crudos inviernos continentales de China del Norte, parecidos a los del Medio Oeste norteamericano, restringen la temporada de cultivo a cerca de la mitad del año. En el extremo sur, en cambio, se cultiva durante todo el año y el arroz se recoge dos e incluso tres veces.

Esto explica por qué la mayoría de los chinos vive en la región arrocera del sur, más fecunda. Hasta hace muy poco, el arroz, con su enorme consumo de agua y trabajo, producía más del doble de alimentos que el cultivo de trigo.

Tanto en el norte como en el sur, los recursos naturales se complementan con el incansable esfuerzo humano, del cual la industria del abono de letrina es sólo una de sus formas más espectaculares: sin devolver los excrementos humanos -o fertilizantes químicos equivalentes- a la tierra, ninguna región de China podría producir suficientes cosechas para alimentar a su actual población. Así, cada centro urbano mantiene sus regiones fértiles circundantes cultivadas con hortalizas. Desde el aire, las ciudades chinas se ven rodeadas por tupidas zonas de verdes siembras que se van desvaneciendo hacia la periferia.

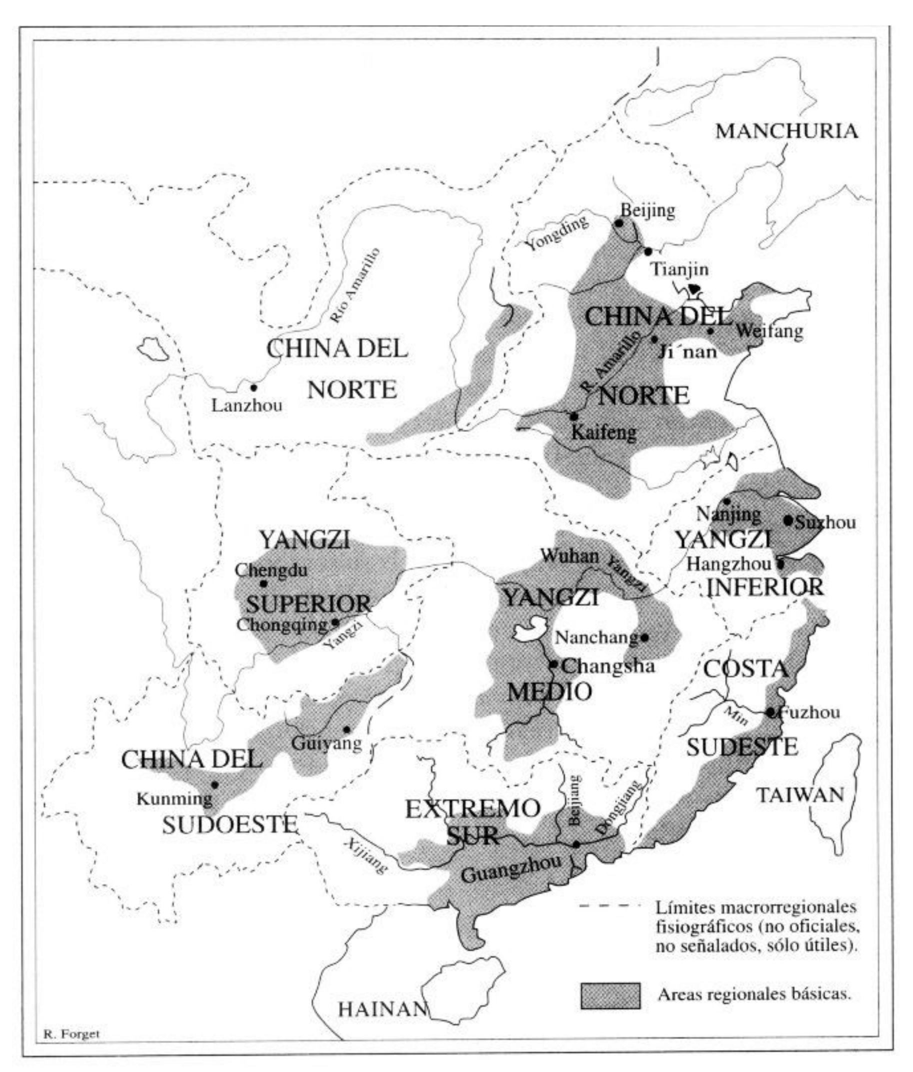
Los antiguos viajeros comparaban China con Europa basándose en la variedad de sus lenguajes y el tamaño de sus distintas provincias (ver Mapa 4). Por ejemplo, cada una de las tres regiones a lo largo del curso del río Yangtsé -Sichuan al oeste, las provincias gemelas de Hubei al norte y Hunan al sur, y el bajo delta del Yangtsé- es comparable en área a Alemania, cada una con mayor población. Las diferencias en los dialectos, las artes culinarias y las tradiciones socioculturales de cada una de las grandes provincias chinas podrían ser objeto de interminables conversaciones de sobremesa, pero el hecho es que dichas provincias son esencialmente subdivisiones administrativas. Una nueva propuesta consiste en dividir el país, con fines analíticos, en regiones según su geografía económica.



4. Provincias.

En el último cuarto de siglo, y a raíz de su labor en mercadotecnia y urbanización, G. William Skinner ha dividido China en macrorregiones, cada una centrada alrededor de la cuenca de un río (ver Mapa 5). Cada región posee un núcleo populoso y productivo sobre una vía fluvial, y un área periférica menos populosa y menos productiva sobre un terreno montañoso o árido.

Como es obvio, el área central es mucho más poderosa, mientras que la periferia se resigna a un papel subordinado o marginal. La deforestación, el cultivo y la erosión de la tierra en la periferia, por ejemplo, tenderán a proporcionar al núcleo tierras aluviales de gran utilidad, incrementando así la diferencia de fertilidad del terreno.



5. Macrorregiones.

Las interrelaciones y límites exactos de estas macrorregiones definidas en forma analítica pueden perfeccionarse mucho más, pero aun así resultan muy útiles para los historiadores, ya que reflejan la realidad económica en forma más precisa que las provincias políticas. De hecho, los límites provinciales no se establecieron para intensificar el poder económico de los factores geográficos, sino más bien para combatirlos. Así, el fecundo delta del Yangtsé se ha dividido entre las provincias de Zhejiang, Jiangsu y Anhui, para que la gran fuerza económica de la región no estuviera bajo un solo gobierno provincial que pudiera apoderarse de todo el Estado.

Las macrorregiones se centran en las vías fluviales como rutas de transporte para el comercio. En los tiempos modernos, las grandes ciudades -Cantón, Shanghai, Wuhan, e incluso Tianjin- se han desarrollado donde el comercio marítimo solía encontrarse con el comercio fluvial del interior. Pero, hasta hace muy poco, el comercio exterior chino rara vez cumplía con las grandes expectativas de los comerciantes extranjeros: con una extensión tal que puede compararse de norte a sur con la latitud que va de Canadá a Cuba, China sigue siendo un subcontinente enormemente autosuficiente. Olvidamos muy fácil que Shanghai, en la desembocadura del Yangtsé, se encuentra en la misma latitud templada de Nueva Orleáns y Suez, mientras que Cantón, en el río Oeste, se encuentra en la latitud de La Habana y Calcuta, ya en pleno trópico.

A pesar de lo inmenso y variado del paisaje chino, este subcontinente, a diferencia de Europa, se ha mantenido como una sola unidad política debido a una forma de vida y a un sistema de gobierno mucho más enraizados y que provienen del pasado sin solución de continuidad.

La humanidad en la naturaleza

Sin importar cuáles fueron los elementos de civilización -pueblos o características culturales- que convergieron en China, todos llegaron a formar parte de un estilo de vida claramente chino, alimentado, condicionado y limitado por la buena tierra y el uso que de ésta se hacía. Para citar sólo un ejemplo, desde el neolítico (doce mil años atrás) hasta el presente, el pueblo de China del Norte ha construido viviendas en fosas o casas en cuevas sobre el fino y volátil suelo amarillo de loes, que cubre cerca de 260.000 kilómetros cuadrados de la China noroeste hasta una profundidad de 45 metros o más (ver Mapa 3). El loes tiende a resquebrajarse verticalmente, lo que resulta muy útil para este propósito. Cientos de miles de personas viven hasta hoy en cuevas construidas en los costados de los farellones de loes; estas viviendas, frescas durante el verano y cálidas en invierno, sólo resultan peligrosas en caso de terremoto.

Al igual que otros antiguos pueblos y que los pioneros norteamericanos, allí donde había tierras cubiertas de bosques los chinos las roturaron. La consecuente erosión a través de los siglos cambió la fisonomía del país, y todavía hoy constituye un problema importante. Los sedimentos de loes en el río Amarillo han formado un extenso terreno aluvial entre la provincia de Shanxi y el mar, y el proceso no se ha detenido. Nada provoca un sentimiento tan vivido de impotencia frente a la naturaleza como observar la turbulenta corriente color pardo del río Amarillo desbordándose majestuosamente por sobre sus enormes diques y fluyendo a través de la poblada llanura -seis metros por sobre su nivel- durante 300 kilómetros hasta el mar; la misma impotencia que sentimos al advertir que este gran torrente marrón se va embancando cada vez más, situándose su lecho a un nivel más alto que el de la zona rural circundante, hasta el momento en que la negligencia humana o un acto divino le permita desbordarse nuevamente e inundar la llanura.

La deforestación, la erosión y las inundaciones han desafiado continuamente el esfuerzo humano por controlar las aguas. No hace mucho que la República Popular ha plantado árboles y construido embalses en el curso de los afluentes del río Amarillo. Antiguamente, en cada temporada de crecidas las autoridades chinas se aprestaban a enfrentar con todos los medios a su disposición el desborde del río sobre la llanura de China del Norte. En tiempos prehistóricos, sin embargo, la inundación de la llanura no era tanto un problema como lo era recuperar su condición original de pantano y limo. Se desarrollaron técnicas para el control de las aguas, tanto para el drenaje como para la prevención de anegamientos y para la irrigación de los campos. Han sido necesarias muchas generaciones para convertir este territorio en lo que es hoy: un terreno surcado por diques que lo protegen, canales y caminos que lo cruzan, ríos y manantiales que lo irrigan, senderos y vestigios ocasionales de bosquecillos que lo dividen en pequeñas granjas; todo ello trabajado manualmente de generación en generación.

La China moderna utiliza esta tierra heredada casi exclusivamente para la producción de alimentos para el consumo humano. China (a diferencia de Asia Interior, como veremos más adelante) no puede darse el lujo de criar ganado: de toda la tierra utilizable, nueve décimos está ocupada por cultivos, y sólo cerca del 2% es pasto para animales. En comparación, en Estados Unidos sólo cuatro décimos de la tierra utilizable están dedicados a los diversos cultivos; casi todo el resto es forraje.

Las implicaciones sociales de la agricultura intensiva se ven sobre todo reflejadas en la economía arrocera, la columna vertebral de la vida china en cualquier lugar del valle del Yangtsé y del sur del país. Por lo general, las plantas de arroz crecen durante el primer mes en semilleros, mientras se recogen otras cosechas subsidiarias en los campos secos. Luego, éstos son irrigados, fertilizados y labrados (aquí, el búfalo de aguas puede complementar el trabajo que realiza el hombre con el azadón), preparándolos para el trasplante. Buena parte de este proceso aún se realiza manualmente: hileras de personas agachadas desde la cintura, y con las fangosas aguas de las terrazas hasta los tobillos, retroceden paso a paso efectuando dicha operación. Es lo que ocurre en los arrozales de todo un subcontinente y, ciertamente, se trata del mayor desgaste de fuerza muscular en el mundo. Cuando el arroz ya ha sido desmalezado y está maduro, se drena el campo y se cosecha, nuevamente a mano. Quizás no exista otra forma de obtener una mayor productividad a partir de una pequeña porción de terreno, cuando se cuenta con un abastecimiento ilimitado de agua y de fuerza de trabajo. Aquí la tierra tiene más valor que la mano de obra; dicho de otra manera, los buenos músculos son

más abundantes que la buena tierra. Debido a la carencia tanto de tierra como de capital, el campesino chino se ha concentrado en un tipo de agricultura intensiva de gran rendimiento basada en la mano del hombre, y no en la agricultura altamente mecanizada.
La intensa aplicación de mano de obra y fertilizantes en pequeñas porciones de tierra ha tenido asimismo sus repercusiones sociales, puesto que establece una dependencia recíproca entre la densa población y el uso intensivo del suelo, donde lo uno hace posible lo otro. Una población numerosa proporciona al mismo tiempo el aliciente y los medios para utilizar la tierra en forma intensiva. Una vez establecida, esta economía siguió funcionando por inercia: el agotador trabajo de muchas manos se convirtió en la norma, y los esfuerzos inventivos por ahorrar mano de obra fueron la excepción. Los primeros modernizadores de China tropezaron con el derecho establecido del potencial humano chino al querer introducir la máquina, puesto que ésta parecía estar compitiendo en el corto plazo con las manos y espaldas humanas; así, el ferrocarril fue atacado por privar de ocupación a carreteros y cargadores. No existía ninguna gratificación para las iniciativas que ahorraran trabajo humano.
Este balance desfavorable entre población y tierra tuvo además otras implicaciones. Debido a la presión que suponía una población en constante aumento, en la China imperial tardía muchos agricultores reemplazaron su producción de grano por cultivos comerciales (como el algodón en el delta del Yangtsé), que proporcionaban mayores ganancias por unidad de tierra, aunque no por día de trabajo del individuo. Se trató de una estrategia de supervivencia -Philip Huang (1990, 1991) la llamó “involución”-, en la cual pudo darse una actividad sustancial de comercialización sin que ello implicara un desarrollo capitalista moderno ni la liberación de los agricultores chinos de una vida de simple subsistencia.
La ecología de los chinos -su adaptación al medio ambiente físico- ha afectado su cultura de diversos modos. La vida en las extensas llanuras aluviales siempre ha sido difícil; “el cielo nos alimenta pero también nos destruye”, reza un antiguo proverbio. En la amplitud de la llanura, los pacientes agricultores chinos se hallaban completamente a merced del clima -su suerte dependía de que el cielo les regalara sol y lluvias- y se veían forzados a aceptar catástrofes naturales como sequías, inundaciones y pestes, así como las hambrunas consiguientes. Ello contrasta vivamente con la situación de los europeos, cuyos territorios presentan una topografía plena de matices; los habitantes de Occidente, ya fuera en el Mediterráneo o en el continente europeo, siempre tenían acceso a alguna fuente de agua y por lo general complementaban la actividad agrícola con la caza o la pesca, siempre que tuvieran iniciativa. Desde muy antiguo el comercio marítimo ha desempeñado un papel importante en las economías occidentales; las expediciones e invenciones relacionadas con el comercio llegaron a ser parte integrante del afán occidental por dominar la naturaleza.
Esta distinta relación de los seres humanos con la naturaleza constituye uno de los contrastes más sobresalientes entre la civilización oriental y la occidental; en ésta, el hombre ha sido siempre el protagonista, y el resto de la naturaleza ha funcionado como un trasfondo neutral o bien como un adversario. Por esta razón la religión occidental es antropomóríica, y las pinturas primitivas occidentales, antropocén tricas. Para apreciar la magnitud de esta brecha sólo tenemos que comparar el cristianismo con la relativa impersonalidad del budismo, o comparar un paisaje Song -con sus diminutas figuras humanas empequeñecidas por peñascos y ríos- y un primitivo italiano, donde la naturaleza no es lo que interesa en primer término.
El hecho de vivir tan estrechamente vinculados a sus vecinos y al resto de los miembros de su familia ha acostumbrado a los chinos a una forma de vida colectiva, donde por lo general el grupo domina al individuo. En este sentido, hasta hace poco su experiencia vital no se diferenciaba casi de la de otros pueblos agricultores establecidos en la tierra desde largo tiempo. Es el individualista moderno, sea marino, colono o empresario de la ciudad, el que constituye la excepción; poseer una habitación individual es un símbolo de un nivel de vida superior, más fácilmente disponible en el Nuevo Mundo que en el apretujado Este. Así, uno de los lugares comunes del saber popular chino es la absorción del individuo tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la colectividad social.
Hoy, la modernización está destruyendo el equilibrio entre este colectivismo de la sociedad china y su hermoso entorno natural. Mientras los productos químicos industríales contaminan el agua, el uso de lignito o carbón graso como fuente de energía contamina el aire. No se puede reprimir el crecimiento de una población predominantemente joven y con una creciente esperanza de vida. Pero, en este momento, la deforestación y la erosión -junto con la construcción de caminos, viviendas e instalaciones-están reduciendo cada vez más la tierra disponible para sembrar. El país más grande y más poblado del mundo se dirige hacia una pesadilla ecológica, y se requerirá de un gran esfuerzo colectivo para superarla.

El pueblo: la familia y el linaje

La perspectiva antropológica resulta clave para la comprensión actual de China, puesto que analiza el entorno familiar y local a partir del cual la China moderna comienza a surgir. Aun hoy el pueblo chino continúa estando compuesto en su mayoría por agricultores que labran sus tierras y viven principalmente en aldeas, en casas de adobe, bambú o esterillas encaladas -o incluso a veces de piedra-, con pisos de tierra o piedra y ventanas cubiertas de papel, no de vidrio. Frecuentemente, la mitad de sus escasos ingresos materiales se destina a alimentación. Los chinos aún no conocen el lujo del espacio: las viviendas de los agricultores a menudo se componen de cuatro pequeñas secciones de habitaciones por cada tres personas; en ocasiones, miembros de una familia de ambos sexos y dos o tres generaciones duermen juntos en la misma cama de ladrillo, la que en el norte se puede calentar gracias a los tubos de los hornillos cercanos. El consumo de carne es muy reducido. La mano del hombre todavía se utiliza en lugar de la máquina para la mayoría de los propósitos.

Lo que más asombra a norteamericanos y europeos, con sus altos niveles de vida, es la capacidad del campesino chino para mantener una vida sumamente civilizada bajo tales condiciones de pobreza. La respuesta descansa en sus instituciones sociales, que han guiado a todos y cada uno de los individuos de cada familia a través de todas las fases y vicisitudes de la existencia humana de acuerdo a modelos de comportamiento profundamente arraigados, tanto que constituyen algunos de los fenómenos sociales más persistentes y antiguos del mundo. China ha sido como una fortaleza para el sistema familiar, y de éste ha derivado su fuerza y también su inercia.

Hasta no hace mucho la familia china era todo un microcosmos, un Estado en miniatura. La familia, no el individuo, era la unidad social reconocida y el factor responsable de la vida política de su localidad. La devoción y obediencia filiales inculcadas en la vida familiar funcionaban corno una especie de entrenamiento para la lealtad al gobernante y la obediencia a la autoridad constituida.

Esta función de la familia de criar hijos respetuosos que más tarde se convertirán en súbditos leales se desprende fácilmente de la observación del modelo de autoridad prevaleciente al interior del grupo familiar tradicional. El padre era un autócrata supremo, que podía disponer de todos los ingresos y propiedades familiares, y llevaba la voz cantante en el arreglo de los matrimonios de los hijos. La mezcla de amor, miedo y temor reverente de los niños hacia el padre se veía reforzada por el gran respeto a la ancianidad. La pérdida de vigor de un anciano era más que compensada por su crecimiento en sabiduría. Tanto tiempo como le permitiera la posesión de sus facultades, el patriarca tenía toda la autoridad para dominar la escena familiar. Según la ley, podía vender a sus hijos como esclavos o incluso ejecutarlos a raíz de alguna conducta reprobable. En la práctica, los padres chinos, por naturaleza y también por costumbre, eran particularmente cariñosos con los niños pequeños, y estaban unidos a sus hijos por un código recíproco de responsabilidad como miembros de la familia. No obstante, si el padre decidía hacer valer sus derechos en forma tiránica, ni la ley ni la costumbre podían impedirlo.

En las familias de estilo tradicional, la dominación del hombre sobre la mujer igualó a la dominación de la edad sobre la juventud. Incluso hoy es mucho más probable que las bebés chinas sean víctimas de infanticidio, y no los bebés hombres. El matrimonio de una niña era arreglado, no por amor; la temblorosa novia dejaba atrás a su propia familia y pasaba a estar bajo el control de la madre de su marido. Esta podía buscar otras esposas o concubinas y traerlas a la casa, especialmente sí su nuera no daba a luz a un heredero varón. Su marido podía repudiarla por diversas razones, y sí él moría le sería muy difícil volver a casarse. Todo esto reflejaba el hecho de que una mujer no poseía independencia económica. Su trabajo se limitaba a las tareas domésticas, las cuales no le proporcionaban ingreso alguno. Las mujeres campesinas eran casi uníversalmente analfabetas, y tenían pocos o ningún derecho de propiedad.

El inferior status social de las muyeres era sólo una de las manifestaciones de la naturaleza jerárquica del código social y de toda la cosmogonía china; antiguamente, ésta había considerado al mundo como el producto de dos elementos complementarios e interactuantes, el *yin* y el *yang.* El *yin* era el atributo de todas las cosas femeninas, oscuras, débiles y pasivas; el *yang* era la cualidad de todo lo masculino, brillante, fuerte y activo. Aunque lo masculino y lo femenino eran ambos necesarios y complementarios, uno era por naturaleza pasivo hacia el

otro. Basándose en tales fundamentos ideológicos, una sucesión interminable de moralistas chinos elaboró el patrón de comportamiento obediente y pasivo que se esperaba de las mujeres. Dichos modelos subordinaban a las niñas a los varones ya desde la infancia, mantenían a la mujer subordinada a su marido y a la madre subordinada a su hijo ya crecido. Las mujeres enérgicas, que nunca han faltado en China, solían controlar a sus familias en forma indirecta, no por medio de órdenes.
La condición social al interior de la familia se estructuraba en torno a las famosas “tres obligaciones” destacadas por los filósofos confucianos: la obligación de lealtad del sujeto hacia el gobernante -desde los ministros hasta el príncipe-, la de obediencia filial del hijo hacia el padre y la obligación de castidad de las esposas, pero no de los maridos. Lo más sorprendente de esta doctrina para un habitante igualitario de Occidente es que dos de esas tres relaciones se daban al interior de la familia, y todas eran entre superior y subordinado. La relación madre-hijo, que en la vida occidental a menudo permite el dominio matriarcal, no se destacaba en la teoría, a pesar de ser naturalmente importante en la práctica.
Cuando un padre comenzaba a ver en su hijo signos de individualidad e independencia, podía temer que ese capricho egoísta pudiese romper la organización familiar. Los fuertes lazos de intimidad entre la madre y el hijo o entre el hijo y su esposa amenazaban la lealtad y el respeto verticales, que mantenían la familia y la autoridad del padre. Jonathan Ocko (en la obra de Kwang-Ching Liu, 1990) señala que las esposas eran consideradas “elementos inevitablemente desestabilizadores”, que prometían descendientes pero siempre estaban amenazando la obligación de obediencia entre padres e hijos.
Además de esta obligación habitual de lealtad hacia la familia, la vieja China se hallaba entrelazada por la experiencia común de una élite local muy educada, la que desde la infancia se comprometía a estudiar y seguir las enseñanzas y textos de los clásicos. La crianza materna y la disciplina paterna se combinaban para concentrar los esfuerzos del joven estudiante en el logro del autocontrol y en la supresión de los impulsos sexuales y frivolos. Jon Saari (1990), en su estudio sobre los niños chinos de clase alta de fines del siglo XIX, reitera el hecho de que la formación de los jóvenes se basaba sobre todo en la obediencia. Una vez que el joven entraba en la etapa adolescente, el afecto abierto de los padres era reemplazado por un entrenamiento intensivo, cuyo objetivo era la formación adecuada del carácter.
Este sistema familiar tradicional resultó altamente exitoso en el sentido de preparar a los chinos para aceptar modelos similares en otras instituciones, incluyendo la jerarquía oficial del gobierno. El sociólogo alemán Max Weber caracterizó a China como un “Estado familístico”. Una de las ventajas del sistema de status es que un hombre sabía automáticamente cuál era su lugar dentro de su familia y en la sociedad. Podía estar seguro porque, si hacía lo que debía, sabía que podía esperar una acción recíproca por parte de los demás involucrados en el sistema.
Desde el momento en que nacía, cada niño se veía envuelto en un sistema perfectamente ordenado de relaciones de parentesco al interior de la familia extendida, con hermanos mayores, hermanas, esposas de los hermanos mayores y una serie de tías, tíos, primos, abuelos y parientes políticos demasiado compleja como para que un habitante de Occidente pueda recordarlo. Dichas relaciones no sólo se nombraban y diferenciaban de forma más clara que en Occidente, sino que también llevaban consigo derechos y obligaciones precisos, que dependían del nivel social. Los miembros de la familia esperaban que se los llamara por el término correcto, el que indicaba su relación con la persona que les hablaba.
El pionero de la antropología Maurice Freedman (1971) descubrió que en China del Sur los linajes familiares eran las principales instituciones sociales: cada uno estaba compuesto por una comunidad de familias que afirmaban ser descendientes de un mismo antepasado fundador, que poseían bienes ancestrales y realizaban rituales periódicos en tumbas y salones. Apoyándose en la genealogía, los miembros de cada linaje podían tener intereses económicos y políticos en común en la sociedad local. En China del Norte, no obstante, los antropólogos han encontrado que los linajes se organizaban sobre otras bases. El sistema de parentesco chino varía según la región, entonces; las prácticas familiares en lo que se refiere a posesión de propiedades, dotes matrimoniales, formas de sepultura y asuntos similares también presentan una compleja historia que recién comienza a delinearse.
El sistema de parentesco chino, tanto en el norte como en el sur, es a través de la línea paterna; el rango de cabeza de familia pasa desde el padre al hijo mayor. Así, los hombres permanecen en su familia, mientras que las mujeres se integran a otras; en ningún caso se sigue el modelo de vida que los occidentales consideran normal. Hasta hace poco, ni el joven chino ni la muchacha podían escogerse uno a otro como pareja, así como tampoco les es

posible hoy establecer un hogar independiente para vivir juntos después del matrimonio. En lugar de ello, habitualmente se instalan en el hogar del padre del marido, compartiendo la responsabilidad de la mantención de ese hogar y subordinando su vida conyugal a una vida familiar de una forma que los occidentales considerarían insoportable.
El mando familiar pasaba intacto desde el padre al hijo mayor, pero no ocurría lo mismo con las propiedades de la familia. Los chinos abandonaron tempranamente la primogenitura, sistema en el cual el hijo mayor hereda todas las propiedades del padre y los demás hijos deben buscar fortuna en alguna otra parte. La trascendencia de esta decisión se hace patente al comparar a China con naciones como Inglaterra o Japón, donde los hijos menores que no heredaban los bienes de su padre pasaron a engrosar las filas del personal de gobierno, de los negocios y de los territorios de ultramar, y donde una nobleza local pudo crecer y desafiar al poder central. En China, la distribución equitativa de la tierra entre todos los hijos hombres implicaba que sólo ciertas obligaciones rituales -y, en ocasiones, también una porción extra de propiedad-permitían reconocer la posición del hijo mayor. La consiguiente parcelación del terreno tendió a debilitar la continuidad de la tenencia familiar de tierras, a impedir el crecimiento del poder terrateniente entre los funcionarios y a mantener a las familias campesinas en el límite de la subsistencia. La principal obligación de cada matrimonio era engendrar un hijo que mantuviera el linaje familiar; dar a luz a más de uno, sin embargo, podía significar su empobrecimiento.
Contrariamente a lo que sugiere el mito, una gran familia con muchos hijos no era la norma entre los campesinos chinos. La escasez de tierras, las enfermedades y la hambruna limitaron el número de gente que podía sobrevivir en cada unidad familiar. El amplio conjunto de varios hijos casados y muchos niños, todos viviendo en la misma casa, un cuadro a menudo considerado típico de China, parece haber sido la excepción, un lujo que sólo la gente acomodada podía permitirse. La familia campesina promedio se limitaba a cuatro, cinco o seis personas en total. La división de la tierra entre los hijos frenaba constan temen te una eventual acumulación de propiedades y ahorro, y la familia típica tenía escasas oportunidades de elevarse en la escala social. Los campesinos se hallaban atados a la tierra no tanto por ley o por costumbre como por su propio número.
El pueblo campesino, que hoy continúa siendo la base de la sociedad china, todavía se compone de unidades familiares que permanecen de generación en generación y dependen del uso de ciertas posesiones de tierra. Cada morada familiar es una unidad social y económica. Sus miembros se ganan el sustento trabajando en sus tierras, y su nivel social lo adquieren por pertenecer a dicho hogar. El ciclo vital del individuo en un pueblo agricultor se halla estrechamente vinculado al ciclo estacional de una agricultura intensiva. La vida y la muerte de los paisanos siguen Yin ritmo que se compenetra con el crecimiento y cultivo de las cosechas.
En todo caso, normalmente la vida del campesino chino no se veía confinada a un solo pueblo, sino más bien a un grupo de aldeas que formaban un área comercial. Esa figura puede observarse desde el aire: una estructura celular de comunidades mercantiles, cada una centrada en una villa dedicada al comercio y rodeada por un anillo de aldeas satélites. El campo prerrevolucionario chino era un panal de estas áreas relativamente autosuficientes. Desde la villa comercial partían senderos -o en ocasiones canales- en dirección a un primer anillo de alrededor de seis aldeas, continuando hasta un segundo anillo compuesto por unas doce aldeas. Cada una de estas cerca de dieciocho aldeas tenía quizás setenta y cinco casas, y en cada una de ellas vivía una familia de cinco personas en promedio: los padres, quizás dos hijos y un abuelo. Ninguna de las aldeas se encontraba a más de cuatro kilómetros de la villa comercial, un viaje de ida y vuelta que fácilmente se podía hacer en un día, cargando una vara con dos canastos, en carretilla o en burro (o en un sampán sobre el agua). Los agricultores de las aldeas y los tenderos de la villa, los artesanos, los terratenientes, los sacerdotes de los templos y otros formaban juntos una comunidad de aproximadamente 1.500 hogares o 7.500 personas. La villa funcionaba con días fijos de mercado -en un ciclo de diez días, por ejemplo, cada primero, cuarto y séptimo día-, para que los comerciantes ambulantes pudieran visitarla regularmente, mientras acudían a algún mercado central y a otras villas comerciales a ocho kilómetros de distancia, las que funcionaban en cíelos similares -cada segundo, quinto y octavo día, digamos, o cada tercero, sexto y noveno día™. En esta pulsación del ciclo mercantil, una persona de cada familia podía dirigirse al mercado cada tres días, quizás para vender algo de su producción local o comprar un producto de alguna otra parte, pero en todo caso para encontrarse con sus amigos en el salón de té, en el templo o en el camino. En diez años, un agricultor habría ido unas mil veces al mercado.

Así, aunque las aldeas no eran autosuíicientes, la gran comunidad del mercado constituía una unidad económica y todo un universo social. Era habitual que los matrimonios fueran arreglados por los casamenteros de la villa. Allí se celebraban los festivales, se reunían las sociedades secretas y la comunidad campesina se encontraba con los representantes de la clase dirigente -recaudadores de impuestos y cobradores de renta-. Sin embargo, también en este caso una investigación reciente ha modificado el estereotipo. Según Prasenjit Dtiara (1988), los habitantes de las aldeas se integraban en redes diversas no necesariamente relacionadas con la red de mercado, como las constituidas por relaciones de parentesco, sociedades secretas, cultos religiosos, grupos armados o por un sistema de seguridad de responsabilidad mutua.

Asia Interior y China: la estepa y los sembradíos

Los contrastes entre China del Norte y del Sur son superficiales comparados con los existentes entre los nómadas pastores de las mesetas del Asia Interior y las aldeas chinas establecidas en tomo a un sistema de agricultura intensiva. Como Asia Interior se denominan las regiones originalmente no chinas que limitan con China en un amplío arco que va desde Manchanía hasta el Tíbet a través de Mongolia y Turquestán. En diversos momentos históricos de fuerza y conquista el imperio chino asimiló al Asía Interior, como de hecho hoy lo hace la República Popular. Ciertos habitantes de esos territorios -mongoles, tibetanos y manchúes- se cuentan entre las 55 minorías étnicas que forman parte de la República Popular China.*

El contraste entre Asia Interior y la China propiamente tal es sorprendente en casi todos los sentidos. En la estepa, la población se halla esparcida con la máxima holgura: los mongoles son unos pocos millones, los tibetanos sólo un poco más, y las regiones de la meseta árida que ellos habitan igualan el área ocupada por más de mil millones de chinos cuyos ancestros entroncan con la dinastía Han (ver Tabla 1). Esta escasez de población del Asia Interior en sí misma determina un modo de vida sumamente diferente de los nómadas de la estepa en relación a la de los chinos Han.

* Los antiguos exploradores occidentales se referían a los desiertos y montañas al oeste de China y al norte de India como "Asia Central". El Asia Interior -interior desde China- incluye entonces a Asia Central.

TABLA 1. PERIODOS MAS IMPORTANTES DE LA CHINA IMPERIAL

Zhou Oriental	771-256 a. C.
Estados guerreros	403-221 a. C.
Qin	221-206 a. C.
Han temprano	206 a. C.-8 d. C.
Han tardío	25-220
Desunión entre el Norte y el Sur	220-589
Wei del Norte	386-535
Sui	589-618
Tang	618-907
Song del Norte con el imperio Liao (Qidan) en el límite norte	960-1125
Song del Sur con el imperio Jin (Ruzhen) en China del Norte	1127-1279
Yuan (mongoles)	1279-1368
Ming	1368-1644
Qing (manchúes)	1644-1912

El concepto de "nomadismo", evidentemente, no se refiere a un simple vagabundear por los prados, sino a la migración estacional que un campamento junto a su rebaño efectúa en busca de tierras donde pastar desde un lugar establecido hacia otro, quizás hacia las colinas durante el invierno y a las tierras bajas en el verano, según lo impongan el clima y las lluvias. Los nómadas de este tipo, que dependían sólo de sus caballos y de sus ovejas, posiblemente tengan su origen en las sociedades seminómadas que vivían al borde de los prados, combinando en sus comienzos la agricultura con la caza y la guerra. Ambos adquirieron la metalurgia del bronce y el hierro.

Del mismo modo que la agricultura intensiva moldeó el carácter de los chinos, la economía ovina y equina del Asia Interior condicionó el de los pueblos nómadas. La sofisticada tecnología del cultivo del arroz en China del Sur tuvo su contraparte en el cuidado con el que ovejas, cabras, camellos, caballos y vacunos debieron adecuarse cada uno al suelo y al clima de los prados. De sus rebaños el nómada obtenía su alimento, pieles para vestirse y para forrar la tienda que constituía su refugio, y combustible en forma de excremento de oveja. Puesto que no podía fiarse del cultivo de la tierra, su subsistencia dependía de estos animales, así como su movilidad dependía de sus caballos, todo lo cual podía mantenerlo a salvo de la aridez de la estepa. El nómada debía por tanto recurrir constantemente a su ingenio y estar siempre preparado para nuevos riesgos. La costumbre no lo ataba a la tierra, aunque sí dependía de un mínimo intercambio comercial con las regiones asentadas. Fue a menudo más libre que el agricultor chino y más pobre que el patrón chino, puesto que no le era posible acumular bienes inmuebles de generación en generación. El nómada fue también un experto cazador y jinete: un potencial guerrero, por lo tanto.

La sucesión para el liderazgo tribal entre los nómadas de la estepa hubo de ser establecida no mediante la simple herencia, como en el caso de las dinastías, sino en una forma más flexible a través de la tanistría, es decir, de la elección de un heredero a partir de sus condiciones innatas y de la presunción de su habilidad preeminente para asumir el liderazgo. Este hombre podía hallarse por línea paterna entre los hijos del jefe, o bien entre sus hermanos. Un sistema así de ambiguo podría justificar cualquier decisión que los caudillos tribales tomaran: ellos aceptarían a un jefe capaz. Así, durante el siglo XIII un líder carismático como Gengis Kan pudo

organizar rápidamente una poderosa confederación de tribus guerreras, basada en la potencia de fuego de sus jinetes arqueros. Hasta hace poco, los pueblos nómadas y seminómadas del norte y el oeste de China constituyeron un factor siempre presente en la vida política y militar de los chinos.

Ello es precisamente una de las fuentes del “culturalismo” chino, esa devoción del pueblo chino por su forma de vida, un sentimiento generalizado y tan fuerte como el nacionalismo político de los últimos siglos en Europa. Pero, mientras este último surge a partir del ejemplo y el contacto con otras naciones-estado, el culturalismo chino nace de las diferencias culturales entre China y los “bárbaros” del Asia Interior. Puesto que los invasores del Asia Interior llegaron a ser más poderosos como guerreros, los chinos se refugiaron en sus instituciones sociales y en su sentimiento de superioridad estética y cultural, algo de lo que la conquista extranjera no podía apoderarse.

Debemos considerar entonces que la historia de China comprende tanto al pueblo chino como a los no chinos del Asia Interior, los que reiteradamente han invadido la nación china y su sociedad, convirtiéndose en uno de sus componentes. En síntesis, debemos ampliar nuestra visión: los pueblos del Asia Interior han sido fundamentales en la historia del pueblo chino. Incluso hoy, el Estado chino asigna más terreno a las “regiones autónomas” de las minorías nacionales que a la mayoría Han.

PRIMERA PARTE

Surgimiento y decadencia de la autocracia imperial

Los historiadores, como los periodistas, constantemente deben generalizar acerca de situaciones complejas, por lo que tienden a escoger figuras predominantes para que destaquen como actores principales de cada período. Los referentes abreviados sirven de ayuda, como TR, FDR, Ike, JFK e incluso Bush entre los presidentes norteamericanos. Dicha preeminencia puede ser institucionalizada, como cuando todas las comunicaciones de una embajada deben ir en nombre del embajador. Cuán infinitamente más destacado era entonces un emperador chino, cuyo título de soberano databa todos los años de su reinado (como si en nuestro calendario no apareciera 1991 o 1992, sino Bush 3 y Bush 4). ¿Vale la pena incluso mencionar que el emperador era un autócrata? ¿Qué otra cosa podría haber sido?

Sin embargo, la autocracia es una cuestión de grados, y puede asumir diversas formas. En su grado máximo, se la podría definir como la capacidad del soberano para imponer su voluntad sobre su estado y su sociedad, lo que bordearía el despotismo o la tiranía. Como mínimo, la autocracia está por encima de la ley, es una ley en sí misma, que dicta normas específicas pero no está controlada por ellas.

En términos operativos, no obstante, un autócrata como el emperador de China debía lidiar con las reglas protocolares y las normas morales, además de velar por sus propios intereses y su reputación. Necesitaba cooperación por parte de sus funcionarios, información útil y consejo. El protocolo, por ejemplo, podía determinar que él actuara sólo si se le hacía una presentación formal de un asunto, o sólo una vez que otros hubieran preparado las opciones entre las cuales debía decidir. Los miembros de su corte lo abrumaban -de hecho, dormían por turnos-; un autócrata así tendría serias dificultades para encontrar un espacio de libertad personal, especialmente en una época que exaltaba los ritos y las ceremonias imperiales. Cargaba con numerosas obligaciones, y era víctima del sistema: sus cortesanos lo manipulaban durante el día y su harén lo hacía por la noche. Una vida muy atareada, sin duda.

En todo caso, las particularidades de la autocracia china que se describen en las siguientes páginas no se refieren a las rutinas palaciegas, sino más bien a otras características que parecen haber tenido un peso específico en el caso chino. En primer lugar, la *omnipresencia* de la autoridad imperial; el emperador chino parece haber tenido la última palabra en cada aspecto de la vida de sus súbditos. En segundo lugar, la consiguiente *politización* de todos estos aspectos, desde la vestimenta a los modales y desde los libros a las pinturas; cualquier acción que uno realizara podía tener una significación política. En tercer lugar encontramos la cautelosa negativa del emperador a permitir -tanto como que algún ingreso quedara libre de impuesto- el surgimiento de cualquier autoridad rival que pudiera desafiar al *monopolio de poder* imperial. En síntesis, la institución imperial china fue capaz en ciertos momentos de imponer un fuerte liderazgo, lo que parece haber contribuido al temprano progreso del país. No es nuestra intención afirmar que el emperador lo hacía todo; sin embargo, podemos considerar el vigor de la institución imperial como un indicio de la fortaleza de la cohesión social y la unidad de China. ¿Por cuánto tiempo podría esta cualidad de fuerte liderazgo sobreponerse al crecimiento del Estado?

1. Los orígenes: los descubrimientos arqueológicos

China paleolítica

Una de las primeras manifestaciones del imperialismo cultural occidental con respecto a China consistió en la creencia por parte de algunos eruditos y arqueólogos de que la civilización china no tenía prehistoria, sino que había surgido repentinamente, como una “civilización por osmosis”, de la difusión de ciertos rasgos culturales del Asia Occidental -el cultivo del trigo, la cerámica, la escritura o el carro tirado por caballos-, atravesando lentamente el Asia Central desde Occidente. Tales suposiciones, fruto de la ignorancia, fueron dejadas de lado ya hace mucho tiempo. El antiguo énfasis puesto en la diseminación de los rasgos culturales ha dado paso a la consideración de que lo más probable es que los primitivos sostuvieran importantes contactos entre ellos.

En China, el estudio de la prehistoria mediante excavaciones arqueológicas constituye una innovación. Parte de la actual modernización china se debe al continuo avance de la arqueología a partir de la década de 1920. Los esfuerzos modernizadores de los gobiernos nacionalista y comunista, como la última fase de la revolución moderna china, han sido equiparados por el descubrimiento científico de la prehistoria de China. La trama sigue develándose, y su importancia reside en la continuidad cultural que revela. Se ha establecido que ciertos rasgos distintivos de la vida actual de los chinos -como su gobierno autocrático, por ejemplo- proceden directamente de épocas prehistóricas.

China posee dos cadenas montañosas en dirección norte-sur: una se extiende en forma discontinua a lo largo de la costa desde el noreste -antes denominado Manchuria- a través de la provincia de Shandong y la costa sudeste, hasta Hong Kong y la isla Hainan; la otra cadena se halla al interior, en el borde este de la meseta de Asía Central, y va desde la provincia de Shanxi hacia el sur, a través de Sichuan, hacia las tierras altas de la China sudoccidental. Al este de estas montañas se extiende la llanura de China del Norte. Entre las colinas de piedra caliza en el borde de la llanura, a 43 kilómetros al suroeste de Pekín, cerca de la actual aldea de Zhoukoudian, hay unas cuevas. Una de ellas, particularmente grande, medía originalmente unos 150 por 45 metros, y en un área alcanzaba a unos 35 metros desde el suelo hasta el techo. Cuatrocientos mil años atrás esta caverna, que tenía una pequeña entrada al noreste, comenzó a ser regularmente habitada por los primitivos (durante cerca de doscientos mil años), hasta que las capas de desperdicios humanos atiborraron el interior.

¡Qué hallazgo para los arqueólogos! En 1921 se confirmó que un diente encontrado en el lugar pertenecía a una especie humana primitiva; en 1929 se encontró el primer cráneo. Desde 1921 hasta 1937, y nuevamente desde 1959, se llevaron a cabo cuidadosas excavaciones, en las que se desenterraron cerca de cien mil herramientas de piedra, más de cíen dientes, catorce cráneos y muchos otros huesos pertenecientes a más de cuarenta individuos de la especie *Homo erectus,* similares a los encontrados en Java (1891), Europa, el Medio Oriente y Africa.

Eran gente de baja estatura. El Hombre de Pekín medía aproximadamente 1 metro 57 centímetros; la Mujer de Pekín, cerca de 1,44. Los huesos de sus cráneos eran muy gruesos, y casi no tenían barbilla, pero su capacidad craneal (850-1.300 ce) puede compararse a la del Hombre de Java (775-900 ce) y a la del antiguo *Homo Sapiens* (1.350 ce). Eran cazadores, pescadores y recolectores, y utilizaban el fuego para iluminar sus cuevas y para cocinar la carne, el 70% de la cual era ciervo, aunque también se encontraron huesos de leopardo, oso, tigre, hiena, elefante, rinoceronte, camello, búfalo, jabalí y caballo. No había sepulturas ni esqueletos completos en las cuevas, pero algunos cráneos estaban golpeados, lo que sugería que el Hombre de Pekín podía ser un caníbal en ocasiones, o al menos un cazador de cabezas

que comía cerebros. En definitiva, y como señala K.C. Chang (1986), los fósiles del Hombre de Pekín constituyen “el mayor descubrimiento de la paleoantropología en China”.
Otros hallazgos les siguieron. A partir de 1949, la sistemática construcción de caminos, ferrocarriles, represas y diversos establecimientos desenterró cientos de nuevos sitios arqueológicos. En 1964 se encontró otro cráneo de *Homo erectus* en la provincia de Shaanxi, y éste parecía más primitivo que el Hombre de Pekín. Herramientas de piedra tallada y fósiles humanos que datan de entre los años 400.000 y 200.000 antes del presente (durante el paleolítico inferior; ver Tabla 2), hallados en más de una docena de sitios, demuestran que el *Homo erectus* estaba ampliamente disperso en China, sobre todo en las provincias de la cadena montañosa occidental. En 1980-81 se encontró un cráneo en la provincia de Anhui, y en 1984, un esqueleto parcial en Liaoning. Y los descubrimientos continúan.

TABLA 2. PREHISTORIA DE CHINA

1.000.000 – 200.000 AP 400.000 – 200.000	Paleolítico Inferior *Homo erectus* (Hombre de Pekín)
200.000 – 50.000 AP	Paleolítico Medio Antiguo *Homo sapiens*
50.000 – 12.000 AP	Paleolítico Superior *Homo sapiens sapiens*
12.000 – 2000 a. C. 8000 – 5000 5000 – 3000 3000 – 2200	Neolítico Comienzo de la agricultura Cerámica pintada Yangshao Cerámica negra Longshan
2200 – 500 a. C.	Edad de Bronce
2200 – 1750 a. C. 1750 – 1040 a. C. 1100 – 256 a. C.	Xia Shang Zhou
600 – 500 a. C.	Comienzo de la Edad de Hierro

Todas las fechas son aproximadas, a excepción de 256 a. C. AP = antes del presente.

En diversos lugares donde se realizaron excavaciones durante la década de 1970 se encontraron restos del antiguo *Homo sapiens,* que fueron datados aproximadamente entre el año 200.000 y el 50.000 antes del presente, esto es, en el paleolítico medio. Desde alrededor del año 50.000 al 12.000 antes del presente -lo que corresponde al paleolítico superior-, el *Homo sapiens sapiens* se dispersó hasta constituir más de media docena de culturas locales en toda China. Estas por lo general se asentaban en lugares donde las montañas se convertían en llanuras, y donde la caza podía combinarse con la pesca y la recolección de frutos de la tierra. Tales lugares incluían el área central del valle del río Amarillo, la región de Ordos, la meseta de loes de la provincia de Shaanxi y el borde occidental de la llanura de China del Norte. A juzgar por las herramientas halladas, incluso en tiempos tan antiguos esas regiones culturales tenían características comunes y, a la vez, características locales que las distinguían. La Cueva Superior en Zhoukoudian, por ejemplo, parece haber servido en ese entonces como cementerio. Allí se encontraron siete cráneos, todos golpeados. Arqueólogos como K.C. Chang han concluido que el hombre de la antigua Edad de Piedra en China no era un mero picador de

roca: las nociones básicas de parentesco, autoridad, religión y arte que aún hoy pueden identificarse en China ya se estaban desarrollando en aquellas antiguas culturas.

China neolítica

El período neolítico en China, que se inició hace aproximadamente doce mil años, se caracteriza por la expansión de comunidades que practicaban la agricultura. En ese entonces, los ríos Amarillo y Yangtsé aún no habían formado todos los suelos aluviales que hoy conforman las llanuras que se extienden entre las cadenas montañosas orientales y occidentales. La actual llanura de China del Norte entre Shanxí[1] y Shandong estaba constituida principalmente por lagos y pantanos; Shandong era casi una isla frente a la costa. Las actuales provincias de Hebei y Henan eran todavía pantanos difícilmente habitables; entretanto, la sección correspondiente a China central del río Yangtsé era un enorme lago. Las actuales provincias de Hubei y Hunan no eran cultivables entonces, ni siquiera para el arroz. Las montañas estaban cubiertas de árboles y habitaba en ellas una multitud de animales. El hecho de domesticar animales como el perro o el cerdo constituía un problema menor comparado con la domesticación de los cultivos. Las resistentes plantas perennes que las comunidades de cazadores-pescadores-recolectores gradualmente podrían haber comenzado a utilizar como alimento tuvieron que ser sustituidas por cultivos anuales de semillas que se podían plantar y cosechar en ciclos regulares. Para ese entonces, aquel clima relativamente cálido y húmedo de la China paleolítica aún no se había transformado en el clima más seco y frío de hoy. La agricultura neolítica pudo desarrollarse más fácilmente en las zonas de tierras de bajo rendimiento -donde los bosques de las tierras altas cedían el paso a los prados aptos para el cultivo-, puesto que las numerosas especies de plantas y animales allí existentes podían sostener al hombre con o sin una agricultura exitosa.

Los vestigios del neolítico encontrados en miles de sitios arqueológicos señalan el comienzo de una agricultura establecida bajo el recodo sur del río Amarillo, en el límite entre las altas tierras cubiertas de bosques y las llanuras pantanosas. Por ejemplo, cerca del año 4.000 a. C. los aldeanos de Banpo (hoy absorbida por la ciudad de Xi'an) se alimentaban de mijo y lo complementaban con la caza y la pesca. Hacían textiles con fibra de cáñamo. Las viviendas se agrupaban en conjuntos que sugieren unidades de parentesco. Las puntas de las flechas indican la caza con arcos. Los cerdos y los perros eran domesticados por los aldeanos; éstos guardaban su grano en vasijas de cerámica decoradas con diseños de peces, animales y plantas, o también con símbolos que evidentemente eran indicadores de clase o linaje. Esta cultura Yangshao (“cerámica pintada”) de China del Norte fue comparada con otras culturas contemporáneas de las que se encontraron restos en emplazamientos de la costa sudeste y Taiwán, así como en el valle del bajo Yangtsé, donde el cultivo del arroz ya había comenzado a desarrollarse.

En capas superiores se encontró un tipo de cerámica negra más delgada y brillante (denominada Longshan), que fue hallada en una extensión mayor que la cerámica pintada: China del Norte, el valle del Yangtsé e incluso la costa sudeste, lo que indica una gran expansión de la agricultura neolítica con muchas subculturas regionales. Así, parece que la China neolítica se desarrolló en varios centros a partir de sus orígenes en el paleolítico.

Otra realización de la China neolítica fue la producción de la seda. A lo largo de toda su historia la economía agrícola china ha practicado los mismos y rigurosos métodos que conforman la industria de la sericultura. La manera de disponer a los gusanos de seda sobre grandes cantidades de hojas de morera -su alimento-, de ayudarles a traspasar los períodos de metamorfosis y a hilar su capullo después, y el trabajo de desenrollar los capullos para convertirlos en hilo de seda crudo, todo ello constituye un esmerado arte. Los gusanos comen cerca de 45 kilos de hojas de morera para producir aproximadamente 7 kilos de capullos, de los cuales se obtiene poco menos de medio kilo de seda cruda. Esta industria familiar surgió en China del Norte en el neolítico, y permaneció como monopolio chino hasta que los gusanos de seda fueron introducidos como contrabando en Occidente, en el siglo VI de la era cristiana.

Excavación de Shang y Xia

[1] Habitualmente, los nombres de las provincias se forman con *shan* (montañas), *xi* (oeste), *dong* (este), ***he*** (río), *hei* (norte), *nan* (sur), y *hu* (lago). *Shanxi* significa "al oeste de las montañas". *Hunan* significa "al sur del lago".

Hacia 1920, de las legendarias Tres Dinastías de la antigua China -Xia, Shang y Zhou- sólo esta última era conocida directamente por sus propios registros escritos. Los treinta reyes y las siete sucesivas capitales de la dinastía Shang aparecían citados en las crónicas recopiladas durante la dinastía Zhou o poco después. Varios siglos más tarde, los anticuarios especializados en la era Song comenzaron a interesarse vivamente por las vasijas rituales de bronce heredadas de los Shang, algunas de las cuales contenían inscripciones. Pero no fue hasta 1899 que los estudiosos notaron que los farmacéuticos chinos vendían “huesos de dragón” inscritos con caracteres arcaicos. Para fines de la década de 1920 los coleccionistas privados habían seguido el rastro de estos “huesos de oráculo” hasta un lugar cerca de Anyang, al norte del río Amarillo, en la provincia de Henan. En 1928, los arqueólogos de la Academia Sínica del Gobierno Nacional comenzaron a realizar excavaciones científicas en busca de la última capital Shang en Anyang, las que continuaron hasta que Japón atacó a China en 1937. Después de 1950 fue hallada una capital Shang más antigua cerca de lo que hoy es Zhengzhou.

En estas capitales Shang había palacios reales y residencias aristocráticas construidas con postes y vigas sobre plataformas de tierra apisonada, en el mismo estilo arquitectónico básico que hoy admiramos en la Ciudad Prohibida de Pekín. En Anyang se descubrieron los cimientos de tierra apisonada de 53 edificios, duros como el cemento y con numerosos pilares de piedra. En las cercanías, unas construcciones subterráneas servían como habitaciones de servicio y depósitos. La aristocracia disponía de los servicios de artesanos especializados en una metalurgia de bronce altamente desarrollada, así como de ceramistas y muchos otros. Los bronces Shang, nunca superados en la destreza de su confección, aún constituyen uno de los grandes logros artísticos de la humanidad. El rey Shang era atendido por adivinos que manejaban el sistema de escritura y realizaban predicciones mediante la escapulímancia, esto es, la aplicación de un metal caliente en los omóplatos de ciertos animales, produciéndoles grietas que eran interpretadas como consejos de los antepasados, consejos que después eran inscritos en los huesos. Este es el origen de los famosos “huesos de oráculo” que indujeron a realizar las primeras excavaciones en Anyang. Se han reunido alrededor de 100 mil de estos huesos; las preguntas y respuestas inscritas en ellos revelan que la aristocracia Shang vivía una vida magnífica: luchaban en carros tirados por caballos, cazaban por deporte y realizaban ritos y ceremonias, mientras eran atendidos por escribanos y artesanos y sostenidos por el trabajo de los campesinos de las aldeas cercanas, que vivían en cuevas semisubterráneas. La sociedad Shang ya estaba sumamente estratificada.

En el clima más cálido y húmedo de aquel entonces, el búfalo de aguas fue el principal animal doméstico, y debieron haberse mantenido grandes rebaños de ganado con el fin de proporcionar los huesos para la escapulimancia y los animales que eran utilizados por centenares en los sacrificios rituales. Los gobernantes expresaban su reverencia hacia los antepasados mediante una observancia religiosa severamente ritualizada. Las cámaras subterráneas de los sepulcros reales eran provistas de objetos preciosos y allí se realizaban numerosos sacrificios humanos y de animales. K.C. Chang concluye que estas tumbas constituyen un claro indicio de una sociedad estratificada en la que los miembros de la clase inferior fueron a veces víctimas de los sacrificios rituales. Las excavaciones en Anyang parecen haber revelado sólo el núcleo real de un área capital mucho mayor. Se han descubierto diversos asentamientos Shang en otros lugares de China del Norte y Sichuan.

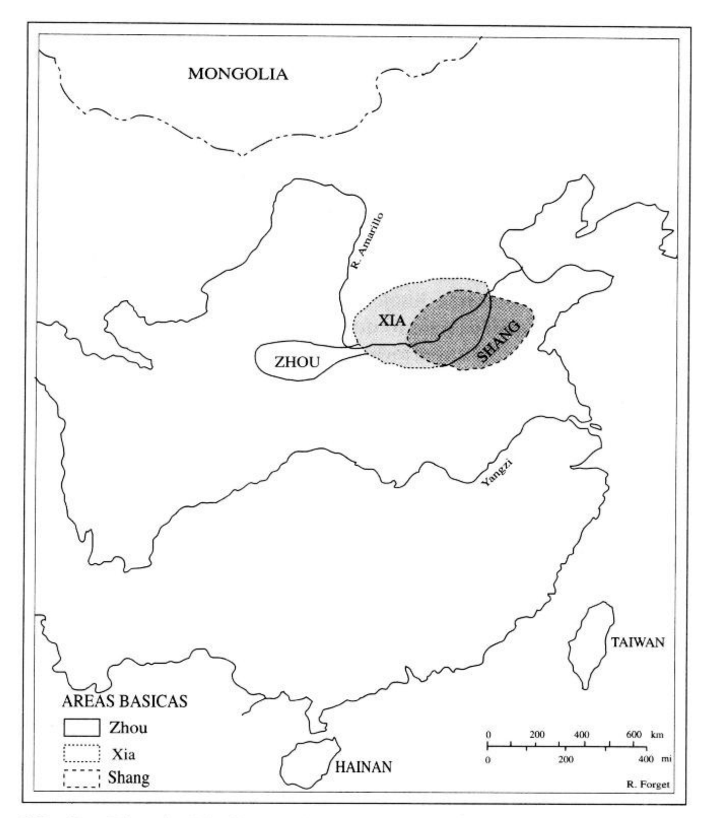
El poder del rey Shang se manifestaba asimismo en la profusa utilización de mano de obra en las obras públicas. La capital Shang en Zhengzhou tenía un muro casi rectangular de tierra apisonada de seis kilómetros y medio de perímetro y más de ocho metros de alto. Al apisonar capas delgadas de tierra dentro de un marco portátil de madera se obtenía un material tan duro como el cemento; esta técnica de construcción, descubierta por primera vez en los sitios de Longshan, se ha utilizado durante toda la historia de China. Tres mil años después, los muros de las capitales de la dinastía Ming (1368-1644 d. C.) en Nankín y Pekín también fueron construidos con tierra apisonada. Medían cerca de 12 metros de alto y tenían 37 y 34 kilómetros de perímetro, respectivamente; aunque más grandes y revestidos de ladrillo, también fueron levantados por una gran masa de jornaleros. En diversas regiones del mundo antiguo se recurrió a la mano de obra masiva para construir maravillas como las pirámides egipcias, por ejemplo; en China esta costumbre persiste hasta el día de hoy.

En 1959, las excavaciones en Erlitou (en la ciudad de Yanshi, no lejos de Luoyang y justo al sur del río Amarillo) revelaron otro conjunto de grandes palacios que parecía haber sido una capital de la dinastía Xia. La cultura Erlitou estuvo muy difundida en el noroeste de Henan y en el sur de Shanxi; resultó ser la sucesora directa de ia cultura de la cerámica negra de

Longshan, y la predecesora de la antigua cultura Shang, datada mediante radiocarbono alrededor de los años 2100 al 1800 a. C. Con esta identificación casi decisiva, dos de las legendarias Tres Dinastías -Xia y Shang- han adquirido una forma tangible. ¿Qué es lo que nos dicen acerca de los orígenes de China?

En primer lugar, parece haber habido una transición fluida y sin contratiempos desde las innumerables aldeas neolíticas de la cultura Longshan a las ciudades capitales de las Tres Dinastías de la Edad de Bronce, en lo que pueden ser consideradas fases sucesivas de un mismo desarrollo cultural. Observando las herramientas y las armas, las cacerolas y las vasijas de bronce, la domesticación de cultivos y animales, la disposición arquitectónica de poblados y sepulturas y las prácticas demostradas en cuanto a la religión y el gobierno, podemos comprobar un alto grado de homogeneidad y continuidad culturales. Las dinastías se sucedían una a la otra mediante guerras, pero no existe evidencia de alguna intrusión violenta por parte de culturas externas. Más aún, Xia, Shang y Zhou estaban centralizadas en tres áreas diferentes, y parecen haber coexistido (ver Mapa 6). La "sucesión" de las dinastías Shang y Zhou consistió en que se convirtieron en el centro dominante de la antigua China del Norte.

En segundo lugar, estas antiguas capitales evidencian el poder de un reinado basado en una agricultura sedentaria y mediterránea, no en un comercio fluvial ambulante con otras áreas. Los moluscos de ciprea que se encontraron en Anyang deben haber provenido de la costa marítima, claro está; los asiáticos del este en el neolítico eran marinos cuando surgía la oportunidad. Sabemos esto gracias al descubrimiento de un emplazamiento del neolítico en el norte de Taiwán de los años 4000-2500 a. C. -y uno posterior en el sur de Taiwán del 2500 al 400 a. C-, en una isla que hoy está ubicada a 160 kilómetros de la costa de la provincia de Fujian. Puesto que no existía ningún puente desde el continente -y ya que el mar, a pesar de no ser demasiado profundo, no variaba sustancialmente su nivel para hacer el cruce más fácil de lo que lo sería hoy-, debemos concluir que los pueblos neolíticos que vivían en el mar desarrollaron una tecnología náutica paralela a la habilidad neolítica para la agricultura. Entonces, ¿por qué no se desarrolló en China un sólido comercio marítimo comparable al del Medio Oriente y el Mediterráneo? La respuesta radica en un accidente geográfico: eran pocas las otras antiguas comunidades del este asiático a las que se podía llegar desde China a través del comercio costero o marítimo. La navegación china se desarrolló en el Yangtsé, entre Shandong y Manchería del Sur, y también en la costa, pero difícilmente podía haberse generado un comercio marítimo a gran escala en ausencia de países extranjeros accesibles.



6. Las Tres Dinastías: Xia, Shang y Zhou.

El surgimiento de la autoridad central

Los restos de cerámica Yangshao y Longshan en más de media docena de áreas en la llanura de China del Norte y a lo largo del río Amarillo y el bajo Yangtsé evidencian la diferenciación de las culturas locales. A medida que los contactos entre esas aldeas campesinas del neolítico fueron aumentando, las redes de parentesco y las relaciones anexas crearon la oportunidad para un gobierno más amplío desde una capital central. A juzgar por lo que vino después, parece ser que cada uno de los linajes familiares derivados de grandes clanes estableció sus propias ciudades amuralladas. Los huesos de oráculo de Shang se refieren a cerca de mil ciudades en total. Un linaje, encabezado por un patriarca, establecía relaciones por medio de enlaces con otros linajes en otras ciudades amuralladas. También podían establecerse linajes laterales medíante la emigración hacia nuevas localidades, de lo que resultaban complejas relaciones de subordinación y de superioridad.

Hacia fines del tercer milenio antes de Cristo la manufactura de bronce a partir de los ampliamente explotados depósitos de estaño y cobre de China del Norte coincidió con el surgimiento del primer gobierno central sobre una extensa zona, durante las dinastías de Xia y Shang. Es probable que la metalurgia del bronce fuera el siguiente paso natural en una tecnología que había desarrollado métodos para moldear y cocer la cerámica Yangshao y Longshan y para fabricar pequeños objetos de cobre tales como cuchillos. La principal característica de la producción del bronce era que sólo una autoridad fuerte podía asegurar la extracción de minerales, fueran las técnicas de la metalurgia del bronce autóctonas o importadas (o ambas). A juzgar por la experiencia del siglo XIX, la minería premoderna necesitaba obreros que trabajasen con sus manos y de rodillas, que arrastrasen hacia afuera pesadas carretillas a través de estrechos túneles sin ventilación: un trabajo propio de esclavos o prisioneros. Para la fundición del bronce mediante el proceso de molde por pieza se requerían cientos de avezados artesanos para preparar y tratar el metal fundido. La manufactura de vasijas rituales de bronce tenía entonces diversas implicaciones: en primer lugar, que la autoridad real estaba vivamente interesada en los rituales como un componente de su poder; en segundo lugar, que era capaz de destinar mano de obra a las duras tareas de extracción de los minerales y de refinación de los metales.

Sabemos que tanto en la dinastía Xia como en la Shang la familia gobernante practicaba elaborados y dramáticos rituales con el fin de confirmar su poder soberano, en especial rituales del chamanismo por medio de los cuales un sacerdote o chamán -a menudo el propio monarca- se comunicaba con los espíritus de los antepasados para asegurarse su ayuda y su guía. En esta función el chamán recibía ayuda de ciertos animales que se consideraba tenían una relación totémica con los ancestros. En las vasijas religiosas de bronce Shang éstos estaban representados por figuras de animales, especialmente por las máscaras animales de dos caras *-taotie,* de las que encontramos reminiscencias mucho más tarde en los tótemes amerindios, por ejemplo-. Practicando un culto religioso a los antepasados, los gobernantes locales legitimaban su autoridad. Algunos se convirtieron en señores de diversos grupos de poblados; al igual que las regiones estos grupos rivalizaban entre sí, hasta que pudo surgir una sola dinastía gobernante.

Una vez en marcha, la autoridad estatal en expansión abarcó poblados incluso en una etapa neolítica previa a la Edad de Bronce. Las armas de bronce contribuyeron a dicha expansión. Sabemos que en sus conquistas los Shang tardíos -aproximadamente a partir del año 1200 a. C- utilizaron el carro de guerra tirado por dos caballos que había brindado poder a los conquistadores del Asia Occidental desde cerca del año 1500 a. C. Sin duda esa innovación llegó a través del Asia Central. Lo manejaban tres hombres -un conductor en el centro, flanqueado por un espadachín o un alabardero y un arquero-, y lo acompañaban soldados de infantería portando lanzas y flechas. Las guarniciones de bronce hacían posible el movimiento del carro. Los hombres de cada grupo familiar de un linaje parecen haber formado una unidad militar. Se habla de miles de soldados que tomaban miles de prisioneros, cientos de los cuales pueden haber sido sacrificados. El rey pretendía que su primacía se basaba en su mérito personal, pero no cabe duda de que el poder militar influía mucho en ello.

Junto a la guerra, las dinastías Xia y Shang también expandieron su dominio mediante la construcción de nuevas ciudades. Estas no surgían espontáneamente debido al comercio o a la migración de ciertas familias, sino que eran planificadas y creadas por las autoridades locales. Era típico que un rey decretara la construcción de una ciudad en una región nueva -donde se descubriera un terreno apto para el cultivo-, y que la plebe de una ciudad determinada fuera elegida y enviada a realizar el trabajo. En los *Clásicos de la Poesía (Shijing)* se describe la

fundación de una ciudad en términos que podrían aplicarse a la construcción de graneros por parte de los pioneros norteamericanos:

> ... a izquierda y a derecha
> Trazó los límites de los solares grandes y pequeños Despejó el terreno, contó los acres De oeste a este...
> Entonces requirió a su maestro de obras Entonces requirió a su maestro de tierras Y los hizo construir casas. Recta era la plomada
> Los tablones fueron atados para afirmar la tierra
> Ellos hicieron muy venerable la sala de los antepasados
> Se inclinaron sobre la tierra con sonidos de metal
> La aplastaron con un golpe sordo...
> Levantaron la puerta de afuera
> La puerta de afuera se elevó muy alto.
> Levantaron la puerta de adentro
> La puerta de adentro era muy firme.
> Levantaron el gran túmulo
> De donde las expediciones de guerra podrían partir...

La guerra y el comercio, a fin de cuentas, no parecen haber sido más importantes como factores de expansión que la superioridad global de las funciones rituales y litúrgicas del rey, en su intercesión con los antepasados y otras fuerzas de la naturaleza. Quizás al igual que los antiguos reyes carolíngios de Francia, como señala David Keightley, los extensos viajes del rey sugieren que éste era el líder de un estado patrimonial aún no totalmente burocrático, un estado todavía más teocrático que secular en cuanto a su actividad institucional.

Los Zhou occidentales

El Estado chino surge finalmente a raíz de la conquista de los Zhou sobre la dinastía Shang. Aquí, una vez más la evidencia arqueológica más reciente -en forma de inscripciones en bronces y en huesos de oráculo Zhou recién excavados- corrobora el registro literario de lugares, personas y acontecimientos del pasado, ampliamente conocidos gracias a los libros y las historias antiguas.

En sus orígenes, la pequeña tribu de los Zhou trabó relación con los nómadas en el norte y con los prototibetanos Qiang al oeste, aprendiendo tempranamente a aceptar a pueblos de otras culturas y a trabajar con ellos. Una vez establecidos en el valle del río Weí, los gobernantes Zhou se convirtieron en vasallos de los Shang, hasta que llegaron a ser lo suficientemente fuertes como para vencerlos, cerca del año 1040 a. C. Cada parte movilizaba de setecientas a ochocientas aldeas o “estados” menores. Los victoriosos Zhou construyeron una nueva capital en Xi'an (Chang'an), para lo cual trasladaron allí a muchas familias de la élite Shang con el fin de ponerlos a dirigir los trabajos de construcción y aprovechar sus habilidades en asuntos religiosos y gubernamentales. También transportaron a otras familias Shang para poblar y desarrollar el oeste. Según Cho-yun Hsu y Katheryn Linduff (1988), la antigua élite de los Shang y la nueva clase dirigente de los Zhou acabaron coaligándose.

Después de conquistar la llanura del este, el poder de los Zhou se expandió derrotando a los nómadas del noroeste y gracias a sus campañas en dirección al sur, hacia las áreas de los ríos Han y Yangtsé y al sureste, a lo largo del río Huai. El dominio Zhou quedó constituido por medio del establecimiento de lo que se ha denominado una red “feudal”, a través de la concesión de tierras *(fengjian)* a los hijos de los gobernantes Zhou para dirigir a cincuenta o más estados vasallos. La ceremonia de investidura de los Zhou consistía en una elaborada delegación de autoridad de naturaleza contractual. Junto a simbólicos presentes religiosos, el rey Zhou hacía entrega de los individuos de un área específica al señor que era su vasallo. Esta gente así traspasada era sin embargo más importante que la tierra, y comunidades enteras compuestas por descendientes de un mismo linaje podían ser movilizadas a otra zona para que se impusieran por sobre los locales y así crear otro estado vasallo.

Aunque, al igual que los Shang, los Zhou continuaron utilizando el parentesco como un elemento fundamental en la organización política, crearon una nueva base de legitimidad mediante la adopción de la teoría del Mandato Celestial. Mientras que los gobernantes Shang

habían venerado a sus propios antepasados, dejándose guiar por ellos, los Zhou afirmaban que su consagración para gobernar provenía de una deidad impersonal más esencial, el cielo -*tian*-, cuyo mandato -*tianming*- se podría conferir a cualquier familia que moralmente fuese digna de dicha responsabilidad. Tal doctrina confirmaba la responsabilidad pública del gobernante ante una fuerza moral suprema que guiaba a la comunidad humana. A diferencia del acceso al poder de un soberano occidental a través de la doctrina del derecho divino de los reyes, que dependía solamente del nacimiento, la teoría china del Mandato Celestial establecía criterios morales para la posesión del poder.
La expansión del poder centralizado de los Zhou implicó un grado de asimilación cultural de los sometidos a la vez que la difusión del sistema chino de escritura, de los rituales y de la administración. La cultura principal era la de la llanura central *(zhongyuan)*, el núcleo del predominio Shang-Zhou. En áreas periféricas habitaban muchos no chinos cuyo distinto status cultural estaba muy marcado por el hecho de que sus nombres no eran chinos, aunque estaban registrados en transliteración. Entre ellos había seminómadas del norte, noreste y noroeste, y también tribus de China del Sur. Poco a poco, el matrimonio interracial, la transculturación y el comienzo de un gobierno burocrático dieron origen a los estados sucesores que siguieron al dominio Shang-Zhou. Dichos estados heredaron diversas mezclas culturales y emergieron como entidades políticas diferenciadas durante el período de los estados guerreros, el que se inició alrededor del año 400 a. C.

Implicaciones de los nuevos hallazgos arqueológicos

Según han revelado los hallazgos arqueológicos, la homogeneidad cultural de la antigua China contrasta en forma notable con la multiplicidad y diversidad de pueblos, estados y culturas del antiguo Medio Oriente. Más o menos a partir del año 3000 a. C, egipcios, sumerios, semitas, acadios, amontas -regidos por Hammurabi de Babilonia-, asirios, fenicios, hititas, medas, persas y otros se enfrentaron en el embrollado flujo de luchas y políticas del Medio Oriente. Como resultado, el pluralismo fue la norma: la irrigación favoreció la agricultura en varios núcleos -los valles del Nilo, del Tigris-Eufrates y del Indo-, el comercio floreció junto con la navegación, proliferaron y se mezclaron los idiomas, los sistemas de escritura y las religiones. El contraste con la antigua China no pudo haber sido mayor.
Por otra parte, la tecnología del Medio Oriente antecede a la de China en varios aspectos. La cerámica pintada, el uso del bronce y el carro tirado por caballos aparecen primero en el Medio Oriente, como lo hará posteriormente el hierro, y esa prioridad sugiere naturalmente que tales elementos culturales fueron trasmitidos a China. Sin embargo, las conexiones precisas entre la antigua China y el Medio Oriente aún no están claras y son motivo de disputa. Lo que sí sabemos es que algunas cosas no llegaron a ser trasmitidas desde el Medio Oriente; por ejemplo, y a pesar de las experiencias de Egipto, Mesopotamia e India, en un principio el río Amarillo no fue utilizado para irrigar la llanura de China del Norte. Los chinos de las dinastías Xia y Shang no disponían de herramientas agrícolas de metal, ni tampoco de animales de carga o para el arado. Durante el período Shang tardío, el carro tirado por caballos era un vehículo aristocrático y también la principal máquina bélica, pero su uso no constituye una evidencia de una invasión bárbara proveniente del noroeste y de la estepa, como postulaban los historiadores occidentales hasta hace poco, basándose en el ejemplo de las antiguas invasiones con carros en el Medio Oriente.
Las influencias procedentes del sur también están cubiertas por una nebulosa. La metalurgia del bronce, por ejemplo, parece haber tenido sus orígenes en Tailandia, antes del año 3000 a. C. Su relación con el bronce en China es incierta. En general, la evidencia proporcionada por las culturas prehistóricas del Medio Oriente con respecto a la temprana y extendida comunicación entre ellas ha convertido el concepto de “difusión” en un asunto irrelevante. Cada cultura importante constituía un logro local, pero no estaban de ninguna manera aisladas. Podemos concluir con toda seguridad que las valiosas influencias provenientes del Asia Occidental fueron absorbidas en China corno “por osmosis”, pero nunca en una magnitud tal que pudiera quebrantar la homogeneidad cultural china.
Esta conclusión se opone a la consideración de arqueólogos pioneros, principalmente occidentales, de que la antigua China habría recibido un impulso absolutamente esencial hacia la civilización a raíz de sus contactos con el Medio Oriente a través del Asia Central. La nueva evidencia debilita asimismo una idea más reciente que sostiene que la antigua civilización china surgió a partir de una sola área nuclear en China del Norte, y que el desarrollo Xia-Shang

fue uno solo: “la cuna de Oriente”, en expresión de P.T. Ho. Sin lugar a dudas la combinación de las crónicas Zhou acerca de las eras Xia, Shang y Zhou y las excavaciones posteriores a 1920 otorgan a las Tres Dinastías el papel protagónico en la antigua historia de China.

Las nuevas excavaciones, que consideran todo el este asiático como un solo conjunto, aunque recién iniciadas ya han descubierto culturas poseedoras de la tecnología cerámica segregadas pero relacionadas al sur del Yangtsé, en la costa sudeste de China y en Vietnam del Norte.

Uno de los fundamentos de la fuerza de las dinastías Xia-Shang lo constituía el orden social impuesto por el parentesco y la clasificación de los linajes a través de su segmentación jerárquica, esto es, linajes derivados que permanecían subordinados a sus ramas principales. Cada individuo poseía un status al interior de su grupo familiar, los linajes mantenían relaciones de superioridad e inferioridad entre ellos, y así hasta llegar a los que ostentaban el poder dinástico. La posición suprema del gobernante descansaba asimismo en su autoridad en última instancia tanto en la religión chamánica de reverencia a los antepasados -en la que se empleaban vasijas rituales de bronce- como en la guerra, en la que destacaban los carros y las armas de bronce. Los entierros reales incluían el sacrificio humano en una sociedad ya en extremo estratificada.

Por otra parte, y debido a la ausencia de una navegación significativa, el comercio y la innovación tecnológica parecen haber sido factores bastante secundarios en el desarrollo de la autoridad política central. A los historiadores occidentales no les resulta nada fácil comprender este descubrimiento de los arqueólogos, puesto que la evidencia que indica que las primeras ciudades surgieron ligadas a rutas comerciales y que los imperios crecieron apoyándose en su control sobre el comercio -especialmente en el mar- se halla profundamente arraigada en la historia occidental, sobre todo en la mediterránea. El hecho de no contar con un comercio marítimo determinó el que los mercaderes de la antigua China fueran considerados poco importantes e ideológicamente desestimados, y ello facilitó las cosas a los futuros gobernantes Qin y Pían en el momento de hacer valer su poder sobre los mercaderes que habían llegado a ser personajes destacados en sus comunidades.

Por último, la primacía del gobernante residía en su liderazgo monopolice no sólo en materias rituales o militares, sino también en relación a la escritura de los huesos de oráculo y a la sabiduría histórica que ella otorgaba. Ya el sistema de escritura Shang evidencia la sintaxis de sujeto-verbo-complemento, así como métodos de formación de los caracteres mediante pictogramas simples, picto-gramas descriptivos abstractos y fonopictogramas, los que se mantendrán posteriormente como elementos básicos del sistema. En un principio los caracteres chinos eran dibujos o símbolos. El antiguo carácter 木 significaba un árbol, dos árboles 林 querían decir un bosque, y tres 森 una tupida vegetación. Los símbolos 一 二 三 ciertamente son más sencillos que “uno, dos, tres”. 囗 indica un cercado o “rodear”, mientras que un cuadrado más pequeño 口 representaba la boca, y por extensión un agujero, un paso, una bahía y conceptos de ese tipo.

En la primera fase de su desarrollo el lenguaje escrito chino no se sostenía sobre una base puramente pictográfica -el hecho de yuxtaponer dos árboles para hacer un bosque, como hemos mencionado-, sino que contenía también un elemento fonético. Por ello la mayoría de los caracteres chinos son combinaciones de otros caracteres simples: por lo general una parte de la combinación indica la raíz del significado, mientras que otra parte indica algo acerca del sonido.

Por ejemplo, tomemos el carácter que representa la palabra “este” 東, que en el dialecto de Pekín tiene el sonido “dong” (pronunciado “dung”, como en el nombre de Mao Zedong). Debido a que el carácter chino se lee en voz alta como una sola sílaba, y ya que el chino hablado es bastante escaso en sonidos -poco más de cuatrocientas sílabas diferentes en todo el idioma-, éste se halla plagado de homófonos, de términos que suenan igual, como por ejemplo “soul” y “solé” en inglés, o “haya” y “halla” en castellano. Se dio el caso de que la palabra “congelar” tenía el sonido “dong”. Lo mismo sucedía con una palabra que significaba una viga del techo. Cuando los chinos se dispusieron a escribir el carácter para la palabra “congelar”, tomaron el carácter de la palabra “este” y a su lado pusieron el símbolo del hielo 冫, lo que crea el carácter 凍 (“dong”, congelar). Para anotar la palabra que suena como “dong” y que significa una viga del techo, tomaron el carácter “este” y delante de él dispusieron el símbolo de madera 木, resultando 棟 (“dong”, una viga del techo).

Son ejemplos simples. De hecho, los componentes del idioma chino son simples en sí mismos. Se van complicando por todo lo que hay que recordar, tantos significados y alusiones. Cuando los lexicógrafos de épocas posteriores quisieron ordenar en un diccionario los miles de caracteres chinos, no pudieron hacer otra cosa a falta de un alfabeto que elaborar una lista de 214 clasificadores o "radicales", pues era seguro que alguno de ellos estaría incluido en cada carácter. A efectos de un diccionario, estos 214 radicales corresponden a las 26 letras de nuestro alfabeto, pero son más ambiguos y menos eficaces. La escritura Shang ya utilizaba radicales como madera, boca, corazón, mano, que indicaban categorías de significado. Desde un principio el poder gubernamental del sistema de escritura chino estuvo a disposición del gobernante. La escritura parece haber surgido más para servir a la organización de linajes y al gobierno que para ayudar al comercio.
Sacerdotes, guerreros, escribas, jefes de linajes y superintendentes constituyeron los rudimentos de la futura élite del poder. Los rituales y las artes, la guerra, la escritura y las conexiones familiares pasaron a formar parte del arte emergente de gobernar, todo lo cual contribuyó a la formación de un concepto determinado de cultura. El siguiente paso fue la afirmación de la superioridad cultural del centro sobre los pueblos de los' alrededores, designando como "bárbaros" (en el sentido cultural griego de βαρβαροτ) a todos aquellos que no hubieran admitido la supremacía del gobierno central. En los textos clásicos, dichos pueblos bárbaros recibían nombres genéricos: *Yi* en el este, *Man* en el sur, *Rong* en el oeste y *Di* en el norte (hasta fines del siglo XIX, los occidentales que llegaban a China por mar fueron designados oficialmente como *Yi)*. Esta costumbre de distinguir claramente "dentro" (*nei)* y "fuera" (*wai)* se corresponde con la denominación de China como el "País Central" *(zhongguo),* que comenzó por gobernar la "Llanura Central" *(zhongyuan)* en China del Norte. Dicha nomenclatura resulta tan poderosa en los clásicos compuestos bajo la dinastía Zhou que los historiadores orientales y occidentales a menudo han representado a la antigua China de las Tres Dinastías como una "isla cultural" rodeada por un mar de "bárbaros" que carecían de las cualidades civilizadas de la cultura china.
El nuevo relato aportado por la arqueología sugiere que las cosas no fueron tan simples. Los Zhou occidentales, ya entremezclados en las periferias norte y oeste de China con pueblos que no hablaban el idioma chino, eran expertos en tolerar la diversidad cultural mientras afirmaban la superioridad civilizadora de su cultura en la llanura central. En lugar de llevar a cabo una conquista puramente militar, el proceso solía ser de una asimilación progresiva, basada en la eficacia de la forma de vida y del gobierno chinos. Más que territorialmente, la unidad política se definía culturalmente.
Cuando leemos que los "bárbaros" han estado siempre presentes en los márgenes de la larga historia de China, podemos darnos cuenta que ya desde el principio constituyeron una categoría básica del sistema político. No debemos pasar por alto la antigua suposición china de una simbiosis entre cultura -*wenhua-* y poder temporal. La subordinación al Estado dinástico requería de la aceptación de sus rituales y de la cosmogonía que le había concedido el Mandato Celestial para gobernar sobre la humanidad. Quienes no aceptaron esa cultura politizada quedaron fuera del *Zhongguo.* Pero si se hablaba chino, esa aceptación ya estaba en parte asegurada, debido a los términos fijados en los libros y en la lengua hablada en sí misma. Una forma de vida identificable como similar se difundió a través de la China neolítica tardía. La tarea de construcción del Estado durante las Tres Dinastías de la Era de Bronce consistió en obtener un sometimiento o la aceptación a la casa reinante central. Esta funcionaba como la piedra angular de la estructura social, como la más alta autoridad del culto ancestral, el árbitro de las sanciones y el líder de las obras públicas, de la guerra y de la literatura. Entre estas funciones omnicompetentes, K.C. Chang enfatiza el "acceso exclusivo del gobernante al cielo y a los espíritus celestiales". Como resultado, el gobernante diseñó una unidad cultural que constituyó la base para la unidad política en un solo Estado universal. Por supuesto que China no fue la única en idealizar este tipo de unidad, anhelada por muchos de los antiguos imperios. En un principio el aislamiento geográfico hizo' este ideal más factible en China, y, a medida que pasó el tiempo, se vio más respaldado en el Estado y en la sociedad.
Por muy exageradas que parezcan estas consideraciones, representan un hecho muy importante que surge de los trabajos de los arqueólogos: al iniciarse la historia escrita, el pueblo chino ya había alcanzado un grado de homogeneidad cultural y una continuidad en el aislamiento difíciles de igualar en cualquier otro lugar del mundo. Habían comenzado a crear una sociedad dominada por el poder del Estado. Todas las demás actividades -agrícolas, tecnológicas, comerciales, militares, literarias, religiosas, artísticas-harían su aporte a esa

sociedad como elementos subordinados. Hoy, tanto tiempo acostumbrados al sentimiento moderno del nacionalismo, cometeríamos un error si imaginamos la antigua China como una nación-estado embrionaria. Haríamos mejor en aplicar la idea del culturalismo y considerar a la antigua China como una civilización completa comparable a la cristiandad occidental, dentro de la cual naciones-estados como Francia e Inglaterra se convirtieron en subunídades políticas que comparten una cultura europea común. Nuevamente debido a nuestro conocimiento acerca del enorme poder de los estados totalitarios del siglo XX, debemos evitar juzgar de manera anacrónica que las prerrogativas de los reyes Shang y Zhou inevitablemente los llevaron a un gobierno de tipo totalitario. Es mejor seguir a Etienne Balazs (1964), quien lo llamó un gobierno por “oficialismo”. Como resume Stuart Schram (1987), “desde un comienzo el Estado tuvo el poder central en la sociedad china, y el comportamiento ejemplar, los ritos, la moralidad y el adoctrinamiento siempre han sido considerados en China como medios para gobernar”. Sólo necesitamos agregar que, además de esas funciones litúrgicas, el gobernante monopolizaba el uso de la violencia militar.

2. La primera unificación: el confucianismo imperial

La utilidad de las dinastías

Hasta este siglo, la mayoría de los gobernantes de todas las etnias y todas las épocas han provenido de familias dinásticas. El parentesco configuraba una red cerrada, y excluyeme para apoyar a quien detentaba el poder (o a un rival), y constituía también un principio por medio del cual establecer (o disputar) los términos de la explosiva interrogante acerca de la sucesión. No obstante, de las dinastías europeas como los Capetos franceses (987-1328), los reyes normandos y Plantageriet de Inglaterra (1086-1485), los Habsburgo (12731919) o los Romanov (1613-1917), ninguno reinó sobre un estado tan grande como China ni mantuvo tal monopolio del poder. En tanto instituciones de gobierno, las dinastías chinas más importantes constituyen una clase en sí mismas. Ni siquiera los regímenes de Japón, India y Persia pueden compararse en acción y poder. El clan Liu de los antiguos Han proporcionó trece emperadores, y los Han tardíos, catorce; del clan Li de la dinastía Tang fueron originarios veintitrés emperadores, del clan Zhu de la dinastía Ming, diecisiete, y del linaje Ai sin Gíoro de los manchúes, nueve emperadores (ver Tabla 1).

En comparación, las dinastías europeas eran apenas potentados provinciales dentro del *oikoumene* de la cristiandad, a la cabeza de reinos regionales. Como apunta Jacques Cerne t, a fines del siglo XVII el primer estado moderno -el reino de Francia- recién se estaba organizando, mientras que China era desde hacía tiempo "un gran imperio centralizado y gobernado medíante un sistema administrativo uniforme". Una vez más, los emperadores de Oriente y Occidente conformaron entidades completamente diferentes. La Europa moderna, por ejemplo, en un momento tuvo emperadores de Francia, Rusia, Austria-Hungría, Alemania y el Imperio Británico, además del Papa en Roma, todos haciendo historia *simultáneamente.* El ideal chino -que, de hecho, se cumplió durante la mayor parte del tiempo- era tener un solo emperador sobre la tierra, como había un único sol en el cielo.

Si queremos comprender China, entonces, debemos en primer término tratar de evitar un esquema de juicio europeo. La música y las bellas artes europeas, por ejemplo, la tecnología, la filosofía o la religión podían provenir en su totalidad o en parte de fuera del país donde uno vivía. Ningún monarca europeo gobernó territorios autosufícientes o tuvo la última palabra respecto a la ley y la justicia, el pensamiento moral, la religión, las artes, la fuerza militar ni las obras públicas que era exigida por y para los Hijos del Cielo en China.

Dividir la historia china en períodos según las dinastías tiene más sentido que dividir a Occidente en períodos según los siglos. Después de todo, las dinastías chinas fueron empresas políticas tanto como las administraciones presidenciales norteamericanas, cargadas de disputas, de engaños y de idealismo, pero bastante más concretas e inteligibles que los siglos europeos, pocos de los cuales se ajustan en forma exacta a los movimientos y tendencias agrupados bajo cada uno de ellos. El relevo de dinastías se debió al inveterado impulso chino hacia la reunificación política durante un interregno dinástico. La unión constituía un ideal muy poderoso, puesto que prometía estabilidad, paz y prosperidad; sin embargo, su precariedad parecía depender de los ritmos históricos. Los altibajos en los regímenes, como en las personas y las familias, requerían de una atención constante.

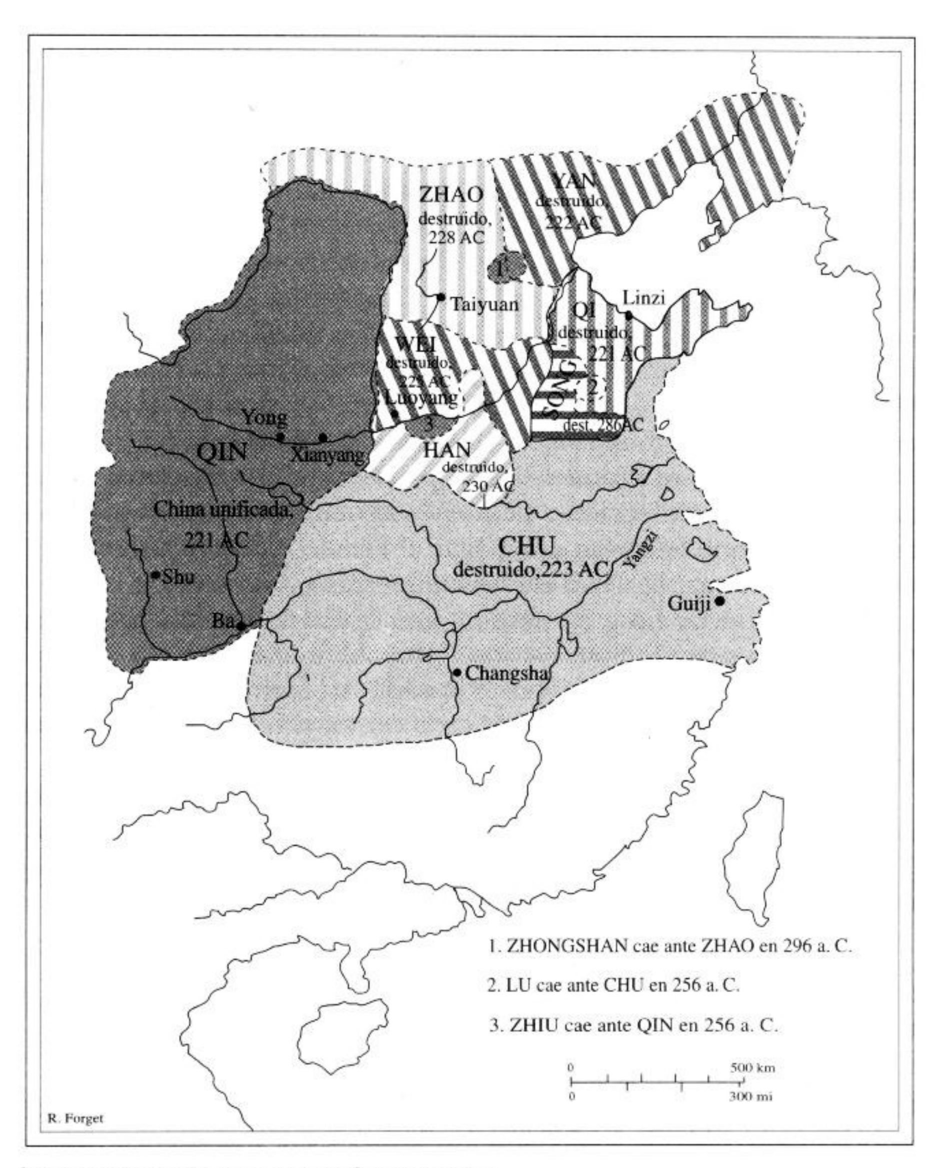
Los paralelos históricos entre la antigua China y el mundo grecorromano suelen impresionar a quienes los estudian: una era de filósofos y estados guerreros, una era de unificación e imperio y una era de desintegración y colapso del poder central. Confucio y sus discípulos fueron casi contemporáneos de Platón y Aristóteles, Alejandro Magno precedió al primer emperador de la dinastía Qin (221 a. C.) sólo en un siglo, y los sistemas imperiales romano y Han florecieron en la misma época. Asimismo, a medida que cada uno de estos imperios avanzaba hacia la decadencia total los bárbaros de la frontera norte se tornaban más peligrosos; la desintegración económica y política del "Estado universal", en palabras de Toynbee, estuvo marcada por la difusión de religiones extranjeras a las que la gente angustiada se aferraba para obtener algún consuelo. El ingreso de los nómadas del norte a China y la propagación del

budismo en el período que va del siglo III al VI de la era cristiana fueron contemporáneos a las incursiones de los godos y los vándalos y a la difusión del cristianismo en Occidente, en lo que Gibbon califica como el triunfo del “barbarismo y la religión”.
Al interior de la historia china, la secuencia más interesante de paralelismos se centra en la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.) y en la Tang (618-907). Previo a cada una de estas eras imperiales existió un tiempo de fermentación intelectual, marcado por los filósofos del período Zhou tardío y por el florecimiento del taoísmo y del budismo, respectivamente. Cada fase de grandeza imperial fue inaugurada por una poderosa dinastía de breve duración que unificó al Estado, los Qin (221-206 a. C.) y los Sui (589-618 d. C). Una vez establecidos como una nueva unidad, los Han y los Tang propiciaron una expansión del poder político chino hacia regiones vecinas, especialmente el Asia Central, con el consiguiente aumento del contacto con extranjeros.
Dentro de los fenómenos registrados acuciosamente en las historias dinásticas existe por supuesto una cierta reiteración de datos, puesto que los cronistas registraron en cada caso la vida de una familia gobernante que asumió el poder, tuvo su apogeo y se esfumó de la escena. Hacia el final de cada régimen, por ejemplo, las calamidades naturales, los terremotos, las inundaciones, los cometas, los eclipses y otros portentos se hacen más numerosos en el relato, como evidencia de la conducta inadecuada del gobernante y de su consiguiente pérdida del Mandato Celestial.
La autosugestión, en el plano de la moral pública y la psicología social, efectivamente desempeñó un papel dentro del ciclo dinástico. La dinastía dependía tanto de su prestigio moral que su pérdida de “reputación” en ciertos casos podía poner en movimiento un proceso donde la ideología, por así decirlo, se volvía contra el régimen y precipitaba su caída. Una vez que los letrados, que eran quienes establecían el tono de la opinión de la clase dirigente, se convencían de que una dinastía había perdido su derecho moral al trono, poco podía salvarla. Ello aún hoy constituye un factor de la política china.
Una y otra vez la decadencia de las dinastías corrió paralela a la creciente ineficiencia de la casa gobernante. A raíz del sistema familiar, la familia en el poder acumulaba durante generaciones gran cantidad de lastre. Ello se hacía flagrante en los peculados y despilfarros de los parientes maternos del emperador, atrincherados en el seno de la familia imperial.
Para explicar el ciclo dinástico se ha utilizado incluso en forma más amplia una interpretación basada en la economía. Este enfoque se concentra especialmente en el impuesto territorial. En cada dinastía, la progresiva exención de tierras de la tributación para beneficiar a la clase dirigente condujo a una peligrosa reducción de los ingresos imperiales. Al iniciarse una dinastía, se solía estimar y registrar la población y la tierra mediante una especie de censo aproximativo. Los nuevos registros tributarios eran la base de la recaudación de la renta imperial. Con el tiempo se desató un conflicto entre los intereses del gobierno imperial y los de las grandes familias que vivían bajo dicho gobierno. En forma gradual, la clase dirigente llegó a aumentar sus posesiones de tierra y a mantenerlas libres de impuestos por medio de recursos tales como la destrucción de registros tributarios, la connivencia oficial o la falsificación de documentos. Los grandes linajes pudieron entonces tomar como clientes bajo su protección a pequeños agricultores que les pagaban menos de lo que tendrían que pagar al Estado. Ello creó un círculo vicioso por el cual la tierra de los campesinos, aún sujeta a impuestos, debía soportar un gran peso en una época en que las demandas del gobierno por obtener recursos probablemente iban en aumento. De esta manera, una proporción cada vez menor de tierra debía aportar una cantidad de ingresos cada vez mayor. Las revueltas campesinas no se harían esperar.
En algunos casos, el colapso de una dinastía era producido por una rebelión campesina bajo un ferviente liderazgo religioso. Como ninguna dinastía toleraba una oposición organizada, sus oponentes debían recurrir a cultos o sociedades secretas.

Príncipes y filósofos

La institución imperial que llegó a dominar la sociedad china debe su gran permanencia y sofisticación a una larga experiencia. En el año 771 a. C, la casa Zhou trasladó su capital desde el valle de Wei, cerca de Xi'an, hacia el este de Luoyang, inaugurando así los Zhou orientales. El poder Zhou comenzó a verse poco a poco disminuido por la aparición de numerosos estados familiares aristocráticos que se hallaban fuera de su control central. Hacia el período denominado Primavera y Otoño (722-481 a. C.) existían aproximadamente 170 estados de ese

tipo, cada uno centrado en su capital amurallada. Formaban alianzas y ligas, y se involucraban en desordenadas contiendas diplomático-militares donde unos absorbían a otros. En la era de los estados guerreros (403-221 a. C), sólo siete estados importan tes permanecían en vigencia, la mayoría de los cuales se situaba en la populosa llanura de China del Norte (ver Mapa 7).



7. El estado de Qin y otros estados en guerra

Dos componentes de lo que sería a la larga el régimen imperial chino, las autoridades militares y los sabios y profesores, ya se vislumbraban. Ambos estaban interesados en la realización de rituales y ceremonias para mantener a la sociedad en armonía con el orden cósmico del cual formaba parte. El estudio de Mark Edward Lewis (1990) acerca de la violencia oficial como una clave para entender el poder estatal y el orden social en la antigua China ha mejorado recientemente nuestra comprensión del papel del gobernante. Lewis pudo concluir que la autoridad de éste en cada estado se basaba en la 'Violencia ritualmente dirigida en forma de sacrificios, lucha y caza". Dado que la caza, en tanto violencia contra los animales, servía de práctica para la guerra contra los hombres, los dos servicios estatales más importantes eran los sacrificios y la guerra. Ambos involucraban una matanza ritualizada, lo que definía el reino del poder político. Durante el período Zhou, como en el Shang, la veneración a los antepasados por medio de sacrificios tanto animales como humanos era objeto de los mayores logros artísticos -los recipientes rituales de bronce-, a la vez que mantenía la legitimidad del gobernante medíante sus actividades litúrgicas. La caza proporcionaba anímales para el sacrificio, y la guerra, prisioneros para el mismo fin. La guerra en sí constituía un servicio religioso, colmado de rituales de adivinación, oraciones y juramentos que precedían al

combate y que finalizaban con la presentación de crónicas formales, recompensas y prisioneros en los altares de los ancestros. La participación en el servicio a los antepasados y a otras deidades a través de la caza, la guerra y los sacrificios definía la calidad de miembro de la clase dirigente, la que compartía un linaje común. Su distintivo era el privilegio de comer carne.

Junto a esta base litúrgico-militar del poder estatal y el orden social, los estados guerreros también propiciaron -de una forma algo paradójica- una corriente de filósofos dedicados a definir las bases teóricas de todo aquello. Durante esa época de rivalidades y guerras existía un enorme anhelo de paz y orden. Mucha gente había idealizado como una época dorada aquellos tiempos en que, según la leyenda, China entera vivía en paz regida por un solo gobernante. La violencia inspiró a los filósofos del período Zhou tardío -quienes hacían las veces de nuestros modernos consultores-a aconsejar a los gobernantes sobre cómo volver a la edad de oro.

Confucio (551-479 a. C.) y su discípulo más importante, Men-cio (372-289 a. C), pertenecieron a un grupo de pensadores de gran influencia durante esta era. Entre las "cien escuelas" (así denominadas aludiendo a la profusión de escuelas de pensamiento en el pasado), hubo media docena de las más importantes cuyos escritos sobrevivieron. Fueron contemporáneas de los grandes maestros de India (Buda, aprox. 500 a. C.) y Grecia (Platón, 429-347 a. C, Aristóteles, 384-321 a. C, y otros) en lo que algunos han calificado como la "era axial", el momento en que estas antiguas civilizaciones establecieron las formas básicas de pensamiento. Los filósofos de las diversas escuelas de pensamiento en China no mitigaron la falta de orden; el confucianismo se convertiría en una importante filosofía sólo más tarde, bajo los Han. No obstante, el contexto de violencia autorizada que caracterizó a los estados guerreros, con sus masacres y sus ceremonias, nos ayuda a comprender cómo surgió la doctrina confuciana y por qué finalmente fue adoptada.

El código confuciano

Los fundamentos del confucianismo en relación a la organización de la sociedad tenían que ver con el orden cósmico y su jerarquía de relaciones entre superiores e inferiores. Los padres eran superiores a los hijos, los hombres eran superiores a las mujeres y los gobernantes eran superiores a sus subditos. Por lo tanto, cada persona tenía un papel que cumplir, "un conjunto de expectativas sociales fijadas convencíonalmente, al cual el comportamiento individual debía ajustarse", dice Thomas Metzger (en Cohén y Goldman, 1990). Estas expectativas, definidas por la autoridad, guiaban la conducta del individuo por el camino de un adecuado comportamiento ceremonial. Confucio lo expresó en forma muy sucinta: *jun jun chen chen fu fu zi zi,* lo que en su contexto significaba "que el monarca gobierne como debiera y que el ministro sea un ministro como debiera; que el padre actúe como debiera hacerlo un padre y que el hijo actúe como un hijo debiera". Si todo el mundo cumple su papel, el orden social se mantendría. La élite, conocida por todos su conducta observante, dependía entonces de la opinión y del juicio moral de la colectividad que la rodeaba. El hecho de ser desestimado por la comunidad implicaba una pérdida desastrosa de reputación y autoestima, ante lo cual una de las reacciones podía ser el suicidio.

Un importante principio confuciano sostenía que el hombre era perfectible. Durante la era de los estados guerreros, los pensadores de las principales escuelas chinas se volvieron en contra del principio del privilegio hereditario, invocado por gobernantes de muchos estados familiares, reivindicando la igualdad natural del hombre en el nacimiento. La afirmación de Mencio de que los hombres son buenos por naturaleza y poseen un sentido moral innato tuvo una aceptación general Pueden ser guiados por el camino correcto medíante la educación, especialmente a través de sus propios esfuerzos autodidactas, pero también imitando determinados modelos. El individuo, en su empeño por hacer lo apropiado, puede beneficiarse del ejemplo de hombres sabios y superiores que han logrado situar la conducta correcta por delante de otras consideraciones. Este permanente énfasis chino en la disciplina moral del hombre persiste hasta el presente, y todavía inspira al gobierno a ejercer la educación moral.

El código confuciano también destacaba la idea del "comportamiento apropiado según el status" *(li).* El caballero confuciano -"el hombre superior", "el noble"- era guiado por *li,* cuyos preceptos estaban inscritos en los antiguos relatos hoy convertidos en clásicos. Aunque originalmente dicho código no se aplicó a la gente común -cuya conducta sería regulada por la doctrina de recompensas y castigos impulsada por la escuela legalista en lugar de por

principios morales-, resultó ser absolutamente esencial para gobernar a la élite. Ello constituyó el principal fundamento del énfasis confuciano en la conducta correcta por parte del mandatario, un énfasis sin paralelo alguno en Occidente. El núcleo de esta teoría de gobierno era la idea de la virtud ligada al comportamiento correcto. El solo hecho de actuar de acuerdo a las reglas o *li* otorgaba prestigio y altura moral. A su vez, este prestigio moral lo convertía a uno en una persona influyente. "El pueblo es como la hierba, el gobernante es como el viento"; la hierba se inclinaba hacia donde soplara el viento. Una conducta intachable otorgaba poder al gobernante. Según Confucio, "si la conducta personal de un príncipe es correcta, su gobierno resulta efectivo sin tener que recurrir a órdenes. Si no lo es, sus órdenes no serán acatadas".

En tanto código de conducta personal, el confucianismo intentó hacer de cada individuo un ser moral, dispuesto a actuar en el terreno del ideal, a defender la virtud contra el error humano, incluyendo incluso a los gobernantes perversos. Existieron muchos eruditos confucianos de gran entereza moral, enemigos inflexibles de la tiranía. Sin embargo, su fervor reformista, la dinámica de su credo, apuntaba a reafirmar y conservar la organización política tradicional, no a cambiar sus premisas fundamentales.

Los observadores'occidentales, considerando sólo los textos de los clásicos confucianos, quedaron de inmediato impresionados con su agnosticismo terrenal. Como filosofía de vida, por lo general asociamos al confucianismo con las serenas virtudes de la paciencia, el pacifismo y la transigencia, así como con la moderación, el respeto hacía los antepasados, los ancianos y los doctos; por sobre todo lo asociamos a un humanismo maduro que sitúa al hombre, no a Dios, en el centro del universo.

Todo ello es innegable. No obstante, si consideramos esta perspectiva confuciana de la vida en su contexto político y social, veremos que su preferencia por la vejez sobre la juventud, por el pasado sobre el presente y por la autoridad establecida sobre la innovación efectivamente ha proporcionado una de las grandes soluciones históricas al problema de la estabilidad social, resultando ser el más exitoso de todos los conservadurismos.

El taoísmo

Se ha dicho, y con razón, que el erudito chino era un confuciano cuando estaba en el poder y un taoísta fuera de él. El taoísmo, que se difundió entre la gente del pueblo, fue la escuela más contraria a las prescripciones elitistas del confucianismo. *Tao* significa "el sendero", "el camino". Expresaba la cosmogonía naturalista de la gente común y su creencia en los espíritus invisibles de la naturaleza, gran parte de lo cual era compartido por la élite de los eruditos. El taoísmo fue una especie de enorme receptáculo de sabiduría popular, que permitía distanciarse del confucianismo aprovechando la aversión de los eruditos al empalagoso ritualismo de ios libros. Era como un refugio frente al mundo real.

Tradícionalmente el taoísmo se origina en Lao Tsé (Laozi, lit, "el viejo maestro"), de quien sus seguidores afirmaban habría sido un contemporáneo de Confucio, aunque de más edad. La escuela de pensamiento que se le atribuye se convirtió en un depósito de la diversidad de creencias y prácticas tradicionales que el confucianismo había rechazado, entre ellas el animismo popular, la alquimia, la magia, la búsqueda del elixir de la inmortalidad y las Insulas de los Benditos, la medicina popular china y en general el misticismo, ya fuera nativo o importado desde la India.

A grandes rasgos, los filósofos taoístas que siguieron el brillante ejemplo literario de Zhuangzi (369-286 a. C?) formularon preguntas a partir de la duda y de lo que hoy podríamos denominar una perspectiva relativista. Zhuangzi deleitó a una generación tras otra al escribir por ejemplo que había soñado ser una mariposa jugueteando a la luz del sol, que al despertar no podía asegurar sí era aún Zhuangzi que había soñado ser una mariposa, o una mariposa que soñaba que era el filósofo Zhuangzi. Aplicando la idea de la unión de los contrarios, los antiguos taoístas sostenían que las ideas morales eran el reflejo de la depravación humana, que la idea de la devoción filial provenía del hecho de la irreverencia, y que el planteamiento confuciano de las reglas de propiedad era realmente un reflejo del desorden moral del mundo. Siguiendo esta línea de pensamiento, el taoísta típico se refugió en una filosofía de la pasividad expresada en el término *wuwei,* que significa "acción por inercia" o "sin esfuerzo". Ello derivó en una política de *laissez-faire,* en dejar actuar a la propia naturaleza interna sin racionalizar, aceptando sin rechistar la experiencia de la vida. Esta era sin más la filosofía de aquellos que

se oponían a la intromisión gubernamental y a las cruzadas morales, y que decidían resignarse a las malas pasadas de la vida, dado que no se podían evitar.

La unificación por los Qin

A medida que se intensificaban las rivalidades interestatales, emergían los componentes de un nuevo orden que contribuiría a la unificación de los estados guerreros. Entre estos elementos se contaba la utilización de ejércitos de infantería sobre terrenos escarpados en las fronteras norte y sur, áreas donde a los carros les resultaba muy difícil maniobrar. Otro factor fue la utilización del hierro tanto para herramientas como para armamento, lo que favoreció una mayor producción agrícola, más comercio y ejércitos más numerosos. Finalmente, las tribus no chinas del Asia Interior comenzaron a utilizar el caballo para la lucha de caballería, obligando a los chinos a hacer lo mismo.

Los siete estados guerreros más firmes -como el estado de Qi, en el límite este de la llanura de China del Norte, en lo que hoy constituye la provincia de Shandong (ver Mapa 7)- experimentaron un gran desarrollo. En Qi, sus capaces gobernantes habían comenzado a estructurar una administración centralizada, con impuestos uniformes, códigos legales, el monopolio de la sal y un ejército central.

Otros estados funcionaban en forma similar, pero el estado de Qin fue el que logró el mayor desarrollo. Aunque menos famoso por su cultura, estaba estratégicamente muy bien ubicado al oeste, desde donde en el pasado los Zhou se habían alzado con el poder. El rey Qin (*wang)*, quien se otorgó a sí mismo el título de Primer Emperador *(Shi huangdi)*, tuvo la ventaja de beneficiarse de las reformas que habían sido instituidas hacía una generación por el consejero legalista del gobernante, Shang Yang (“el señor Shang”, f. 338 a. C). La escuela legalista, denominada así por propugnar reglas severas y expeditas *(fa,* no “ley” en el sentido moderno), sostenía que las recompensas y los castigos eran “los dos asideros” por los cuales se mantenía a la gente en orden. Shang era más bien cínico (¿o realista?) al referirse a ello: “Reunirse y mantener la boca cerrada es ser bueno; aislarse y espiarse uno a otro es ser un villano. Sí tú glorificas lo bueno, los errores permanecerán ocultos; sí pones villanos a cargo, el crimen será sancionado”. El objetivo del gobernante era la preservación de su poder, sin importarle el beneficio de la gente. No se suponía que debiera existir una armonía de intereses entre el gobernante y los gobernados.

Las reformas de Shang habían fortalecido el poder de los Qin. El problema del gobernante era el habitual: cómo podría el centro dominar a los linajes locales. Para ese propósito los Qin promovieron la burocracia. El estado se dividió en Sl condados, cada uno bajo la administración de un magistrado designado centralmente, quien informaba por escrito a la capital. Además, se estableció una serie de categorías honoríficas con exención de servicios laborales o impuestos y (a ciertos niveles) otorgamiento de tierras y servidumbre, para crear una nueva élite separada de la antigua aristocracia y dependiente del gobernante.

Mientras tanto, a la gente común se le permitía comprar y vender tierra -lo que estimulaba la actividad agrícola- y las leyes criminales fueron promulgadas, para que todo el mundo conociera los graves castigos y también las recompensas que contemplaban, aplicables por igual a todas las personas. La doctrina legalista de gobierno tenía como objetivo el cumplimiento de leyes que apoyaban la agricultura y reforzaban al Estado sobre la familia. Por ejemplo, se decretó la responsabilidad del grupo no sólo dentro de cada familia, sino también entre unidades de cinco o diez familias, de modo que todos dentro de cada unidad fuesen responsables colectivamente por la maldad de alguno de sus miembros. Bajo este sistema, la mejor forma de protegerse era informando sin demora acerca de cualquier malhechor. Así, los lazos y las lealtades grupales se fueron difuminando en favor de la obediencia hacía el Estado.

El control estatal sobre el pueblo aumentó el poder militar de Qin. El Estado enaltecía a sus administradores y agricultores -soldados potencíales-, y degradaba a mercaderes y artesanos. La posición defensiva de Qin al oeste, en el área de las actuales provincias de Shanxí y Shaanxi -y también en Síchuan, su primera conquista- fue reforzada económicamente gracias a la construcción de canales y redes de irrigación. En la guerra, los antiguos carros tirados por caballos fueron reemplazados por caballería, y la infantería en masa pudo contar con armas de bronce o hierro, especialmente con la ballesta.

Una vez que los ejércitos de Qin vencieron a los otros estados en el año 221 a. C, el Primer Emperador dividió su nuevo imperio en 36 comandancias *(jun)*, cada una de las cuales estaba

subdividida en varios condados *(xian)*.[2] Cada comandancia estaba encabezada por un gobernador civil y un comandante militar, además de un inspector imperial para vigilar al gobernador. Los magistrados del condado eran designados en forma centralizada, recibían un salario y podían ser reelegidos. Las aristocracias locales se trasladaron en masa hacia la capital, se fundieron las armas no gubernamentales y se destruyeron los muros de algunas ciudades.

La escritura se estandarizó y unificó bajo dos formas: la escritura de sello pequeño (en realidad bastante compleja al observarla), utilizada para inscripciones en piedra y grabados formales, y una escritura funcionarial más cursiva y simple, utilizada para los asuntos cotidianos. Esta última ganaba mucho al ser realizada con un pincel sobre pedazos de bambú o tiras de seda y luego sobre el papel (una técnica que se fue desarrollando poco a poco durante el primer siglo de la era cristiana). Los pesos, las medidas y la moneda también se estandarizaron. Se construyeron carreteras imperiales a lo largo de más de 6.400 kilómetros, una cifra similar a la del imperio romano. Una de ellas era un “camino recto” que atravesaba la árida región de Ordos hasta la frontera, donde enfrentaba a los nómadas de la estepa. Hacia el sur, se trabajaron las vías fluviales y los canales para permitir el transporte marítimo a lo largo de casi 2.000 kilómetros, desde el Yangtsé hasta Cantón (Guangzhou).

Si todo esto suena a exageración, debemos confrontar nuestras dudas con hechos tales como el hallazgo de 7.500 soldados de cerámica de tamaño natural en 1974, y que todavía se siguen excavando en la tumba del Primer Emperador, cerca de Xi'an. Aquí, nuevamente la arqueología nos revela más acerca de la antigua China de lo que jamás hubiésemos imaginado. Todavía en la década de 1930 los historiadores del arte seguían afirmando que China no poseía absolutamente ninguna escultura previa a la llegada del budismo en el siglo I. ¡Qué poco sabíamos!

Estudios recientes desestiman la interrogante de si el Primer Emperador, a quien no le gustaba oír las quejas de los sabios, efectivamente mandó enterrar vivos a 460 de ellos. Derk Bodde (en CHOC I) afirma que esa idea fue producto de una mala traducción; los sabios fueron simplemente asesinados. El control de la historia mediante la quema de libros, una característica de la influencia legalista en la dinastía Qin, estuvo lejos de ser acabado, aunque los archivos de los estados conquistados se destruyeron y sólo los de Qin fueron preservados.

Este y otros estados guerreros construyeron grandes muros, como posteriormente lo hicieron algunas dinastías, pero la vieja leyenda acerca de que los Qin construyeron la Gran Muralla China hace mucho tiempo que ha sido refutada. La gigantesca estructura actual de esa muralla fue construida principalmente por la dinastía Ming en el siglo XVI. Arthur Waldron (1990) aporta una interpretación novedosa al demostrar cómo la construcción de la muralla Ming, a pesar de tener un valor militar mínimo para mantener alejados a los nómadas del norte, fue el resultado de la incapacidad de los funcionarios para decidir algún curso de acción más efectivo, ya fuera atacar o comerciar. Durante la época de los Qin, los gobernantes se habían relacionado con los nómadas a través del comercio, la diplomacia o la guerra, no sólo por medio de fortificaciones.

Las crueles exacciones de hombres e impuestos año tras año por parte del Primer Emperador de los Qin agotaron al pueblo y a los otros recursos del Estado. En el año 210 a. C, tras haber gobernado durante 37 años el estado de Qin, dicho emperador murió de forma repentina a los 49 años. Su imperio se desintegró rápidamente. Además de la unidad de todo el mundo conocido, lo que más anhelaba el Primer Emperador era encontrar un elixir de inmortalidad para sí mismo; sus cinco viajes reales hacia las montañas sagradas fueron parte de esa búsqueda. Tal ideología ya no resultaba adecuada para gobernar. Sus sucesores, los emperadores de las dinastías Han tempranas y tardías (206 a. C. - 220 d. C.) siguieron ampliando los métodos de control burocrático de los Qin, pero lo hicieron en forma más gradual, combinándolo con una cosmogonía moral comprensiva concentrada en el emperador.

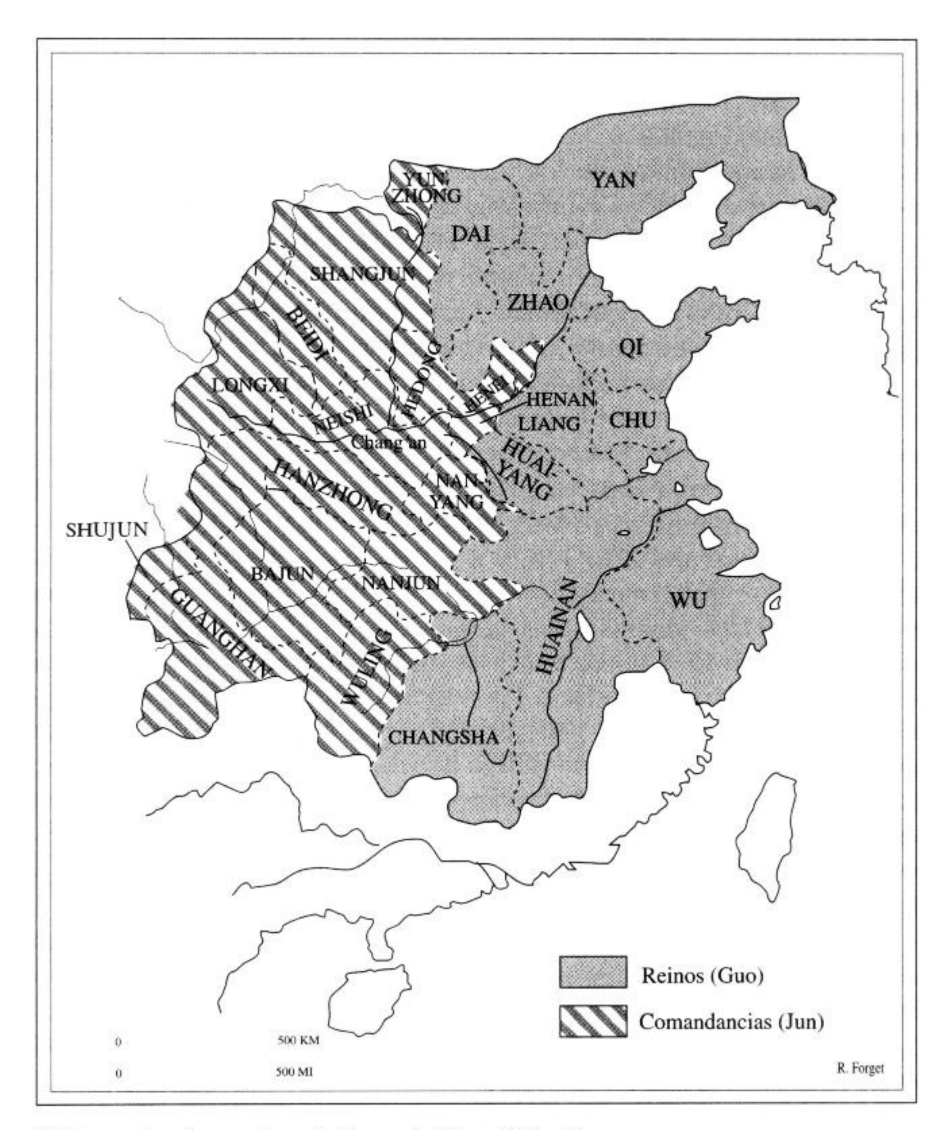
Consolidación y expansión bajo los Han

La dinastía Han comenzó a regir el imperio chino en el año 206 a. C, estableciendo catorce comandancias para gobernar la mitad oeste del imperio, mientras permitía que diez reinos aristocráticos gobernaran la otra mitad, más populosa (ver Mapa 8). Los emperadores Han enviaban a sus hijos a gobernar los reinos, y gradualmente reducían sus territorios y el tamaño

---

[2] *Junxian* ha sido desde siempre el apócope para la regla burocrática centralizada, contrariamente a *fengjian,* que significa descentralizado o "feudal".

de sus cortes. Para el año 108 a. C. existían ochenta y cuatro comandancias y dieciocho reinos más pequeños y más fáciles de controlar. Mientras tanto, otorgaban cientos de marquesados -consistentes en ciertos impuestos a recaudar de las tierras y la gente de un área designada- a parientes y hombres de mérito, de quienes se esperaba que recaudaran dichos impuestos y fueran aristócratas locales defensores del trono.



8. Comandancias y reinos del imperio Han, 206 a. C.

La burocracia creada por los Qin y Han afirmaba el poder del Estado de muchas maneras. Una de ellas fue el correo gubernamental, que transportaba comunicaciones oficiales por las carreteras. Otra fue la institución de los inspectores regionales, que viajaban por sus áreas asignadas e informaban anualmente acerca de la administración local a la secretaría imperial, ubicada en la ciudad capital de Chang'an. El principal desafío era impedir el resurgimiento de familias aristocráticas locales que contaran con sus propíos recursos alimenticios y sus propios soldados.

Un problema semejante surgió para el gobernante Han en la capital: cómo evitar que la familia de una emperatriz dominara la corte. Tras la muerte de un emperador Han su viuda, la emperatriz, era quien designaba al sucesor de su marido de entre el clan Liu (el clan de los emperadores Han). Ella podía designar como emperador a un menor del clan Liu, y a un hombre fuerte de su propio clan para que gobernara como regente. Media docena de familias de emperatrices jugaron este juego. Dentro de palacio, en todo caso» un emperador podía apoyarse en los eunucos, cuya castración los hacía aptos para cuidar a las mujeres seleccionadas para el harén del emperador. Allí, procreando varios hijos, el emperador esperaba encontrar a uno que valiera la pena escoger como su sucesor. Los eunucos, que

dependían completamente del joven emperador en calidad de sirvientes y compañeros, podían ser sus únicos defensores confiables contra la familia de una emperatriz. La corte era un hervidero de intrigas.
Fuera de palacio, y con el objeto de controlar a los habitantes de la capital de los antiguos Han (Chang'an), el emperador dividió la ciudad en 160 distritos, cada uno con sus propios muros y puerta, y vigilado por un grupo escogido de residentes casi como un actual comité comunista de barrio. El estado Han también intentó dominar la vida económica; todo el comercio urbano se emplazaba en los mercados gubernamentales, donde los funcionarios fijaban los precios de la mercadería y recaudaban impuestos comerciales que iban directamente a las arcas de la corte. En las ciudades, los mercaderes registrados eran víctimas de una discriminación activa: no se les permitía poseer tierras, llegar a ser funcionarios ni disfrutar de un estilo de vida suntuoso (¡nada de ropa de seda ni montura a caballo!). En contraste, los mercaderes no registrados, que frecuentaban las posadas privadas en los caminos postales mientras comerciaban con otras ciudades y países extranjeros, se enriquecieron: entablaron relaciones con funcionarios, se convirtieron en grandes terratenientes, acapararon bienes, especularon y obtuvieron grandes ganancias exportando oro y sedas a través de los oasis de la Ruta de la Seda hacía el Asia occidental y Roma. En pocas palabras, el demonio del comercio tendía a sobornar a los funcionarios. La “dupla mercader-funcionario” podría haber adquirido algo de poder en el gobierno si los valores confucianos no hubiesen desestimado tan fuertemente el afán de lucro. Obedeciendo a la ideología confucia-na, las declaraciones oficiales durante los siguientes dos mil años denigrarían por lo general a los mercaderes, mientras en la práctica los funcionarios obtenían beneficios otorgando licencias, cobrando impuestos y sosteniendo tratos privados con ellos. Los mercaderes dependían de la aprobación o cooperación oficial, algo que rara vez estimula el espíritu empresarial y la asunción de riesgos.
Cuando era factible, el gobierno instituía asimismo monopolios de bienes manufacturados, comenzando por la sal -imprescindible en una dieta basada en granos- y el hierro, requerido tanto para herramientas como para armas. En el año 117 a. C, el Estado creó 48 fundiciones, ocupando a miles de trabajadores. La idea general del monopolio de la sal era que los productores autorizados vendieran su producto al gobierno o a comerciantes autorizados, acumulándose el ingreso fiscal en cada etapa de la producción, el transporte y la venta. Después de haber experimentado con monedas de cobre acuñadas por comerciantes y autoridades locales, la emisión de “dinero” -una moneda de cobre con un agujero cuadrado en el centro- también pasó a ser un monopolio del gobierno central. Durante el siglo I a. C, los Han acuñaron como promedio anual cerca de doscientas veinte mil hileras de monedas (cada hilera de mil monedas), para una población que se acercaba a los 60 millones de habitantes. Ello, en todo caso, no implica una economía monetaria altamente desarrollada.
Muchísimos cambios sobrevinieron en China durante los cuatro siglos de gobierno Han. No sólo aumentó la población, sino también la cantidad de terrenos en manos de los magnates locales, quienes se apoderaban de las tierras de los campesinos empobrecidos cuando éstos no podían pagar sus deudas, permitiéndoles trabajarlas como inquilinos. El impuesto territorial gubernamental era bajo, entre un décimo a un treceavo de la cosecha, mientras que la renta que pagaban los aparceros a sus arrendadores podía ser la mitad o dos tercios de la cosecha. La prestación personal no remunerada *-corvée-*, que debía servir al Estado durante un mes al año, se conmutó cada vez con mayor frecuencia por pagos en dinero. Los campesinos siguieron pagando un impuesto personal. A medida que el gobierno Han fue perdiendo vigor, fue deshaciéndose de algunos de sus monopolios y entregando el control de los mercados, mientras que las aristocracias locales de comerciantes y terratenientes se hacían más fuertes.
Durante estos cuatro siglos una clase superior emergió en calidad de grupo social dominante, ligado por parentesco a las autoridades pero localmente independiente y representado por hombres educados para ser caballeros. Su estilo de vida suntuoso, apegado a la cultura y las artes, se hace asombrosamente evidente en tres tumbas que datan del año 186 a cerca del 168 a. C, y que fueron descubiertas en Mawangdui, cerca de Changsha, en 1974. En el rincón más profundo de un conjunto de cuatro féretros a prueba de agua, el cuerpo bien conservado de la princesa Dai se encontraba acompañado por mil objetos, incluyendo pinturas, textos escritos sobre seda y bambú y sedas jaspeadas que la contraparte romana de la princesa difícilmente podría haber igualado en belleza y destreza artesana. Entre otros artículos chinos de lujo había objetos lacados, cerámica, bronces y el hierro para las armas, que se obtenía por la fundición de dos tipos de hierro con diferentes concentraciones de carbono. La metalurgia del hierro puede haber comenzado primero en el Medio Oriente, pero, una vez introducida en China, se desarrolló rápidamente.

El crecimiento económico de los Han en China del Norte estimuló el comercio internacional y la expansión militar. Bajo el mando del soberano más enérgico de los Han, el Emperador Marcial (Han Wudi, que rigió entre los años 140-87 a. C), los ejércitos chinos penetraron en el sur de Manchuria y en Corea hacia el noreste, y en China del Sur y sudoeste y en el norte de Vietnam. En estas áreas no hubo dificultades para establecer comandancias y controlar los pueblos agrícolas. Sólo en el norte y en el noroeste existía una frontera inestable.
La política exterior de los Han se inició con la necesidad de mantener relaciones estables con la extensa confederación tribal de los Xiongnu, nómadas turcos cuyos arqueros montados solían atacar en forma sorpresiva los territorios de China del Norte en busca de botines y provisiones. Durante las épocas en que los Han eran poderosos, elaboraban su propio forraje para los caballos y contaban con sus propios arqueros montados, usualmente con la ayuda de nómadas aliados o mercenarios. Una estrategia era subsidiar al Xiongnu del sur como un estado cliente para que contribuyese a detener al belicoso Xiongnu del norte. La alternativa -expediciones punitivas a la estepa- era costosa y arriesgada; en unas pocas semanas la falta de alimento les obligaría a retroceder, dejando a la horda Xiongnu intacta y en libertad. Si se trataba de un período militarmente débil, como sucedía la mayor parte del tiempo, los emperadores Han ponían en práctica una política de “paz y parentesco” *-heqin-,* que consistía en entretener al jefe nómada, entregarle princesas Han en matrimonio y colmarle de generosos obsequios, especialmente seda. Los guerreros nómadas advirtieron que, si realizaban un ritual en Chang'an aceptando el protectorado de los Han, podrían sacar provecho de ello en forma sustancial y al mismo tiempo pasar un buen rato. Ymg-shih Yü señala que esta política de apaciguamiento fue la precursora de los tratados inequitativos de la época de los Song y de los Qing tardíos, lo que confirma la debilidad militar china.
Además de combatir o sobornar a los bárbaros, los gobernantes Han también aprendieron a usar la diplomacia para conseguir que unos bárbaros lucharan contra otros. En su búsqueda de aliados contra los Xiongnu los Han enviaban mensajeros a recorrer la Ruta de la Seda a través de los oasis de Asia Central, por el costado sur de donde habitaban los nómadas de la estepa. Otros pueblos tribales como los pro to tibe tan os Qiang amenazaban la ruta comercial por el oeste. Durante períodos de fortaleza, como bajo Wudi, los Han establecieron un Protectorado General de las Regiones Occidentales. En su época de mayor apogeo, los ejércitos chinos cruzaron las montañas Pamires hasta el centro de Asia, donde las fuerzas griegas de Alejandro habían penetrado más de dos siglos antes.
Pero las técnicas chinas para domesticar a los bárbaros no resultaron exitosas después de todo. Refiriéndose al Asia Interior, ThomasJ. Barfield (1989) nos recuerda cómo los gobernantes chinos debían pagar a los poderosos nómadas, ya fuera por medio de obsequios en respuesta a sus tributos o bien con subsidios en moneda o involuntarios botines cuando los nómadas atacaban por sorpresa. El hecho era que los bienes chinos constituían un elemento esencial para la vida de los nómadas. Según Barfield, cuando China se unificó las tribus de la estepa estuvieron más dispuestas a aceptar el dominio absoluto de los gobernantes nómadas que manejaban la conexión con China: la fuerza de China los hacía a ellos más poderosos.

El confucianismo imperial

El régimen diario de ritos y ceremonias de los gobernantes Han requería del asesoramiento de hombres sabios en la corte. Han Wudi, en particular, fomentó el aprendizaje -sumado a la recomendación-como un canal para el reclutamiento de funcionarios. Consideraba la educación como un modo de fortalecer su nueva clase alta en detrimento de las antiguas familias aristocráticas, y aceptó el confucianismo como la ideología en la que debían ser instruidos los funcionarios del Estado. Los Han añadieron una gigantesca estructura de ideas, de origen sobre todo confuciano, a la política despótica del legalismo Qin; dicha estructura lógica proporcionó una filosofía estatal totalizadora. Hemos denominado “confucianismo imperial” a esta amalgama legalista-confuciana con el objeto de distinguirla tanto de la enseñanza original de Confucio, Mencio y otros como de la filosofía confuciana secular y personal que surgió durante la época de los Song y que desde entonces ha guiado tantos miles de vidas en los países de la antigua zona cultural china en el este asiático: China, Corea, Vietnam y Japón.
La esencia de esta mezcla legalista-confuciana estaba en que los gobernantes gustaban del legalismo, y los burócratas, del confucianismo. Un mandatario podía hacer uso de incentivos materiales como la recompensa o el castigo -tan materiales que se podían sentir- para

mantener en orden a la gente común. Pero necesitaba algo más que beneficios o intimidación para estimular los mejores esfuerzos de sus administradores. Los confucianos confiaban en que la observancia ceremonial y la conducta ejemplar por parte del gobernante le conferían una cierta virtud *(de)* -o, como acota A. C. Graham (1989), potencia- que hacía que otros aceptaran, apoyaran o incluso veneraran su autoridad. Si su ejercicio de civismo culto y moral (*wen)* se tornaba ineficaz, el gobernante siempre podía recurrir al castigo e incluso a la fuerza militar (*mu)*. El uso de la violencia por parte del soberano siguió siendo una prerrogativa suya, tanto hacia sus súbditos como hacia sus funcionarios. Sin embargo, no podía gobernar sólo por la fuerza; necesitaba la filosofía confuciana para mostrar su constante preocupación moral por una conducta benévola y adecuada. Con la guía de los confucianos, el emperador realizaba diariamente rituales y ceremonias que constituían su función primordial como Hijo del Cielo (las actuales sesiones fotográficas y los comunicados de la Casa Blanca le habrían parecido absolutamente naturales).

Las limitaciones del status de los confucianos fueron evidentes desde un comienzo. Confucio quiso educar a una élite para convertirla en un conjunto de hombres superiores, capaces de asegurarse el respeto de la gente tanto como de guiar la conducta del gobernante. Su propósito no era convertirse él mismo en soberano ni tampoco educar a las masas directamente. Dentro de sus prioridades los propíos rituales estaban en primer lugar, la humanidad después, y sólo en tercer lugar el aprendizaje. Con su ejemplo, Confucio mostró el camino a sus pares, quienes posteriormente se convertirían en los sabios-funcionarios de la era imperial. En síntesis, la estructura social china ya estaba en su lugar, y la misión del filósofo en ese contexto no era despertar a las masas, sino sólo guiar a sus gobernantes. Como señala W.T. de Bary (1991), los confucianos no trataron de establecer “una base de poder propia (...) cada uno enfrentó al Estado y a cualquiera que lo controlara en la corte imperial como sabio e individuo (...) esta debilidad institucional, su condición altamente dependiente y una inseguridad extrema (...) caracterizaron a los confucianos como *ju* (“blandengues”) en el marco de la política de la China Imperial”. Tuvieron que encontrar benefactores que pudieran protegerlos; no resultaba fácil tener una reputación independiente separada del *establishment* imperial.

Los Han retuvieron el Mandato Celestial mediante un culto imperial de observancias rituales que partía con los antepasados de la familia Liu pero era especialmente devoto del Cielo. Su cosmogonía ligaba todos los fenómenos de la experiencia humana y establecía el escenario sobre el cual el confucianismo gradualmente llegó a tener un papel político central en tanto enseñanza oficial.

La cosmogonía de la China antigua -su teoría del universo como un todo ordenado- muestra sorprendentes discordancias con respecto al pensamiento occidental. Los antiguos chinos, por ejemplo, carecían de algún mito de la Creación; tampoco tenían un ente creador-legislador externo a este mundo, ninguna causa primera, ni siquiera un *Big Bang.* Como lo expresa Joseph Needham, ellos asumían “una filosofía orgánica, una ordenada armonía de voluntades sin la presencia de un ordenador”. Esta visión contrasta con la inveterada tendencia del resto del mundo a suponer una deidad sobrenatural. Continuamente los occidentales han impuesto sus propias preconcepciones acerca del mundo chino; éste, aunque por lo general consideraba al Cielo como el supremo poder cósmico, lo percibía como inmanente a la naturaleza, no como trascendente. No nos introduciremos en estas procelosas aguas; simplemente notemos el hecho de que el pensamiento Han, tal como está registrado en las escrituras clásicas, se basaba en la idea de la humanidad como parte de la naturaleza y en la estrecha relación entre el gobernante y sus antepasados, conceptos que ya eran importantes para el pensamiento Shang más de un milenio atrás.

Una cosmogonía correlativa

Los chinos Han advertían correspondencias o influencias mutuas entre ei Cielo, la Tierra y el Hombre -es decir, entre los fenómenos celestiales, el mundo de la naturaleza terrenal y la sociedad humana-, a partir de las cuales deducían ciertas nociones acerca de su propio lugar en el universo. Esta “cosmogonía correlativa”, o lo que John B. Henderson (1984) denomina “correspondencias entre el hombre microcósmico y la naturaleza macrocósmica”, se ve reflejada por ejemplo en una obra Han aproximadamente del año 139 a. C, el *Huainanzi.* Allí se

explicaba que “la redondez de la cabeza se asemeja al cielo y la cuadratura de los pies se asemeja a la Tierra. El cielo tiene cuatro estaciones, cinco fases, nueve secciones y 366 días. Del mismo modo, el hombre tiene cuatro extremidades, cinco visceras, nueve orificios y 366 articulaciones. El cielo tiene viento y lluvia, frío y calor. Asimismo el hombre da y recibe, disfruta y se enfurece... Así, los ojos y oídos son el sol y la luna; la sangre y el alma son el viento y la lluvia”.
Una vez que comienzan a observarse estrechas correspondencias -numerológicas, anatómicas, psicológicas y morales- entre el *Homo sapiens* y el resto de la naturaleza, ello se convierte en un juego en el que cualquier filósofo puede participar. Incluso hasta hoy los chinos tienen la costumbre de asignar números a eventos importantes, como el Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919 (en chino, 5-4). Este arraigado hábito numerológico de pensamiento encontró su máxima expresión en la doctrina de las cinco fases o procesos. Esta superó a las demás numerologías, que utilizaban el 3, el 4, el 9 y otros números. Se basaba en cinco elementos: agua, fuego, madera, metal y tierra. Con este punto de partida, los cosmólogos Han observaron cinco planetas (todos los que eran visibles en ese entonces), cinco estaciones, cinco direcciones, cinco colores, cinco tonos musicales, cinco emperadores sabios, cinco visceras, cinco orificios, cinco animales, cinco granos, cinco montañas, cinco castigos y así sucesivamente. Este sistema de cincos podía utilizarse para explicar una transformación, dado que a cada fase le sucedía otra: la madera produce fuego, el fuego produce tierra, la tierra produce metal, el metal produce agua y el agua produce madera. Las fases podían disponerse en diferentes secuencias alternativamente, como por ejemplo la madera conquistada por el metal, el metal reducido por el fuego, el fuego extinguido por el agua, el agua bloqueada por la tierra y la tierra manipulada por la madera.
La aplicación de esta estructura de correspondencias no era automática sino que fue largamente debatida, proporcionando un tema sustancial a la discusión filosófica. Se creaba un importante problema al momento de hacer encajar, por ejemplo, las cinco fases con las cuatro estaciones y otros cuatro, como los cuatro puntos de la brújula. Los pensadores correlativos de la Europa medieval enfrentaron un obstáculo similar cuando tuvieron que relacionar, pongamos por caso, las nueve musas con las ocho esferas celestiales. Era como buscar la cuadratura del círculo.
Los pensadores chinos aplicaron todo su ingenio en el desarrollo de un vocabulario destinado al pensamiento correlativo, mediante creaciones tales como el *yin* y el *yang* o los diez troncos celestiales y las doce ramas terrenales *(gan* y *zhi)* que produjeron el ciclo sexagenario o de sesenta unidades para contar el tiempo.[3] Cundieron las creencias ligadas a ciclos de sesenta unidades, pero la creación china más conocida ha sido la de los 64 hexagramas del *Clásico de los Cambios* o *I Ching (Yijing)*. Estos hexagramas eran conjuntos de seis líneas paralelas, continuas o fragmentadas. Cada una de las 64 figuras resultantes tenía sus connotaciones específicas, las que podían utilizarse para predecir el futuro.
El pensamiento correlativo no constituye una novedad para los antropólogos sociales dedicados al estudio de las sociedades antiguas. De ninguna manera era exclusivo de China; sin embargo, allí adquirió una vigencia singular, dominando el pensamiento durante un período inusualmente largo, sin duda alguna debido a la organización centrípeta del Estado y la sociedad. El emperador ocupaba un lugar tan central en todo sentido que las ideas del pensamiento correlativo, y especialmente del fenomenalismo, relativas a su estrecha interacción con la naturaleza pudieron convertirse en una doctrina establecida.
Los fenómenos naturales no se tornan menos misteriosos simplemente porque nos acostumbramos a ellos. En la actualidad aceptamos la idea de la fuerza de gravedad por medio de la cual notamos que todos los cuerpos influencian a otros cuerpos a distancia. Los antiguos Han postulaban la existencia de un alma ubicua o un éter *(qi)* a través del cual interactuaban los procesos humanos y naturales. Se puede decir que la cosmogonía correlativa era errónea sólo debido a que no se podía comprobar científicamente. La idea de resonancia *(ganying)*, como cuando un diapasón o un laúd inducen a una respuesta en el mismo tono, era inherente a la virtud de la reciprocidad (un buen acto debía ser compensado con otro acto). También se hablaba de resonancia cuando el buen ejemplo impuesto por la conducta del gobernante movía a los demás a comportarse de igual modo.
Este tipo de razonamiento por correspondencias de los antiguos Han, en opinión de Nathan Sivin (1987), ayudó a los por entonces observadores de fenómenos naturales a encaminarse

---

[3] Cada una de las sesenta unidades podía ser representada por dos caracteres tomados respectivamente del conjunto de diez y del conjunto de doce.

hacia el pensamiento científico, especialmente en el reino de la medicina china. Se descubrió, por ejemplo, que puncionando ciertos puntos en el cuerpo humano se podía controlar la sensibilidad nerviosa en otras partes del cuerpo, a pesar de que la anestesia por acupuntura sólo se desarrollaría en este siglo. Los alquimistas, principales pioneros de la ciencia china, utilizaron profusamente el pensamiento correlativo, y su influencia se deja sentir en casi todos los campos de la actividad mental china.
En el mundo occidental, por su parte, la cosmogonía correlativa tuvo un lugar relevante en el pensamiento helénico contemporáneo al de los antiguos Han. Su influencia entre los pensadores sincréticos del Renacimiento sería incluso mayor. Sin embargo, con el curso del tiempo la naturaleza arbitraria de ciertas correspondencias y la globalidad de algunos sistemas produjeron escepticismo. Prestigiosos eruditos Song pusieron en duda la resonancia entre los acontecimientos naturales y la conducta imperial. Como el pensamiento correlativo dependía en gran medida de la imaginación y la especulación, no podía constituir un modelo explicativo global, sobre todo en la astronomía, donde las teorías de correspondencias no podían vérselas con los complejos y extremadamente diversos fenómenos celestes.
Toda esta forma de entender el cosmos puede ser enfocada particularmente hacia la correspondencia entre la observancia ritual del gobernante y el ciclo de las estaciones u otros fenómenos celestes. Como consecuencia de la actividad de los antiguos chamanes que escribían los huesos de oráculo en el período Shang, las normas para el cumplimiento de los ritos por parte del emperador se tornaron muy detalladas. En primer lugar, se tomaba nota cuidadosamente de los fenómenos celestes. Estas observaciones de los chinos eran muy precisas; ejemplo de ello son las tablas que indicaban las horas y coordenadas de la salida y puesta de los planetas más importantes entre los años 246 y 177 a. C. La misma cuidadosa atención recibía el cumplimiento de los rituales por parte del emperador, dado que se advertían relaciones recíprocas entre su conducta y los sucesos naturales. Aquí, el concepto de resonancia antes mencionado era primordial. Esta idea de una influencia mutua era especialmente aplicable a la relación entre el soberano y los cielos. Puesto que la humanidad jugaba un papel en el devenir cósmico, el error humano podía causar estragos. Una mala administración por parte del gobernante podía producir una catástrofe natural; así, un meteorito, un eclipse, un terremoto o una inundación podían ser considerados como un comentario de la naturaleza acerca del desempeño del soberano.

El emperador y los eruditos

Era evidente que se había forjado aquí una herramienta por medio de la cual el consejero confuciano podía afectar el comportamiento del emperador. Mediante la cosmogonía correlativa se podían interpretar los presagios para el gobernante, como ya lo habían hecho los chamanes mágicos en Anyang. Como se pensaba que los clásicos ofrecían un discernimiento acerca del arte de gobernar y significados ocultos que sólo los grandes eruditos podían desentrañar, los letrados de la corte como Dong Zhongshu (c. 175-105 a. C.) descubrieron una gran oportunidad para convertirse en expertos en cómo debía encajar el gobernante dentro del cosmos y, a su vez, cómo se veía afectado por éste. Benjamín Schwartz (1985) destaca cómo el “confucianismo cosmogónico de Dong confirma el status cósmico del rey universal”, pero agrega: “en el caso de Han Wu-ti (Wudi), Tung (Dong) también parece habérselo imaginado como un arma de inhibición y represión”. En otras palabras, como señala Derk Bodde (1991), en ocasiones se podría haber afirmado falsamente que ciertos portentos ocurrieron, falsificados con propósitos políticos.
Los confucianos triunfaron sobre otras escuelas filosóficas de los estados guerreros porque ellos reclamaban ser, y llegaron a serlo, consejeros indispensables del emperador. En ese vasto contexto histórico ello significó, en palabras de Arthur F. Wright, que “la élite letrada (...) formó una alianza con la monarquía. El monarca proporcionaba los símbolos y elementos de poder: trono, policía, ejército, los órganos del control social. Los letrados proporcionaban el conocimiento histórico y la teoría de gobierno que podía legitimar el poder y hacer funcionar al Estado. Ambos estaban comprometidos con una sociedad de dos clases basada en la agricultura”.
El culto al cielo era el rito principal de los emperadores Han, que también mantenían cientos de lugares sagrados para honrar a los emperadores fallecidos; sin embargo, sus funcionarios de más alto rango en la corte tendieron a interesarse más por los precedentes establecidos por gobernantes del pasado y registrados en los clásicos. El confucianismo Han obtuvo

reconocimiento al fundarse la academia imperial, en el año 124 a. C. Se contaba con especialistas en los cinco clásicos: el Yijing (*I Ching) o Clásico de los Cambios* (para la adivinación), el *Shujingo Clásico de Documentos* (de historia), el *Shijing o Clásico de los Poemas* (odas, antiquísimos poemas tradicionales), el *Chunqiu* o *Anales de Primavera y Otoño* (crónicas del estado de Lu, en Shandong, al que pertenecía Confucio, con sus comentarios), y el *Liji* o *Registro de Ceremonias y Conducta Apropiada.* Los emperadores Han, que ya habían solicitado que se recomendaran hombres talentosos para los exámenes y la designación de sus funcionarios, agregaban ahora al criterio para la selección oficial el conocimiento de los clásicos, además de exámenes escritos en los clásicos confucianos. Hacia mediados del siglo II de la era cristiana, se registraban treinta mil estudiantes presuntamente inscritos como eruditos en la academia, aunque no todos residentes al mismo tiempo.

El código confuciano de conducta personal también se originaba en ejemplos de los clásicos, tal como eran dilucidados por los eruditos. A pesar de que este código personal sería desarrollado en forma más completa por el neoconfucianismo Song, ciertos temas básicos surgieron entre los filósofos anteriores a los Han provenientes de diversas escuelas. El elemento fundamental fue el énfasis puesto en la jerarquía, tan evidente en épocas prehistóricas, por el que se asumía que sólo existe un orden cuando la gente se organiza en escalas de inferioridad y superioridad. A su vez, este principio jerárquico fue la base para enfatizar más los deberes que los derechos, asumiendo como evidencia el hecho de que, si todos cumplían con sus deberes, recibirían lo merecido. De este modo, el hijo obediente se complacería en la aprobación de su padre. Si todos cumplían con su obligación la sociedad funcionaría en orden, para el beneficio de todos.

El deber más importante de todos era el de lealtad. En forma de devoción filial, aseguraba el control paterno dentro de la familia; en el Estado, aseguraba el apoyo de los funcionarios al emperador y a su dinastía. Esta idea estaba tan profundamente arraigada en el pensamiento oficial que, en el momento en que una dinastía se desintegraba, los servidores de la antigua dinastía habrían preferido la muerte en lugar de servir a la nueva.

La fuerza de esta lealtad puede explicar una curiosa anomalía que resalta en los anales imperiales. Sólo un detalle permanece injustificado en las biografías de eminentes funcionarios confucianos: algunos están decapitados. El hecho de que en las dinastías posteriores los funcionarios fueran públicamente golpeados puede deberse a una incidencia desafortunada de un despotismo exacerbado, pero, ¿decapitar? Ello ciertamente constituye un acontecimiento importante, no sólo para la víctima sino también como un símbolo de los valores del Estado. ¿Cómo puede el emperador decapitar a sus ministros con un mínimo de procedimiento legal, como un derecho imperial ejercido desde tiempos inmemoriales?

Más tarde el ritual se tornaría menos sangriento: en tiempos tan recientes como 1858 el emperador envió una cuerda de seda al noble que había negociado los primeros tratados con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, porque éste había perdido prestigio frente a los extranjeros. Al noble se le permitía quitarse la vida él mismo, con la ayuda de sus sirvientes.

Aquí encontramos sin lugar a dudas un aspecto legalista del confucianismo imperial. Benjamín Schwartz (1985) nos recuerda que, en los textos legalistas, al gobernante “se le recomienda utilizar todo el peso de la ley contra los no filiales y no fraternales, de modo que se introduzcan sanciones penales en el mismo corazón de la red familiar, allí donde los lazos de la moralidad familiar debieran ser lo más importante (...) La virtud de los gobernantes se manifestaba tanto en sus justos castigos como en el poder de su influencia moral”.

Varias suposiciones parecen implícitas aquí. La primera se refiere al papel del soberano como fuente de actos espontáneos, irracionales o impredecibles, en contraposición a la acción (o inacción) rutinaria y predecible de los burócratas. Los funcionarios procuraban el orden; el emperador podía perturbarlos con su desorden. En segundo lugar, se consideraba que el emperador tenía un poder arbitrario y descomedido sobre la vida y la muerte. La víctima no tenía derecho alguno, entre otras cosas debido a que la doctrina de derechos no formaba parte de la teoría política china. El tercer aspecto, y el más impresionante, era la aceptación casi universal de la decisión del emperador de ejecutar a un funcionario; no había tribunal de apelación. Otros podían ser maltratados, y no tenían ningún recurso excepto ciertas formas de protesta o incluso rebeliones en grupo. Sin duda esta situación era un legado de la violencia ritualmente sancionada que Mark Lewis ha documentado desde la era de los estados guerreros, cuando la matanza de bestias en la caza y de hombres en la guerra constituía la especialidad profesional del gobernante, incluso después de haber renunciado a los sacrificios humanos.

Ello nos lleva a preguntarnos si los estudiosos chinos modernos y los occidentales no habrán desestimado el papel trascendental del emperador dentro del sistema chino de creencias. A decir verdad, el Hijo del Cielo es el equivalente a lo que nosotros llamaríamos Dios en la Tierra, la única persona que en lenguaje occidental podría ser calificada como una encarnación de Dios. Los templos imperiales eran lugares de adoración al emperador. Quizás podamos entender la capacidad que tenía el emperador de matar a sus funcionarios sólo si apreciamos su papel como divinidad central del Estado y la sociedad chinos. El confuciano no temía a la retribución en una vida posterior, ya que vivía el día a día en un ambiente en el que el poder imperial podía recompensarlo y también eliminarlo. Mientras que, sumidos en la fe en una vida futura, los habitantes de Asia Occidental o de Europa podían temer irse al infierno, el confuciano, ocupado del aquí y el ahora, sólo vivía temiendo la furia imperial. Dios estaba en su trono dentro de palacio, en la capital. El funcionario con ambiciones realizaba cada uno de sus movimientos con ello en mente. La decapitación de un funcionario simplemente debía aceptarse como lo que hoy nuestros agentes de seguros llamarían un "caso de fuerza mayor".

Esta línea de pensamiento plantea una pregunta importante: la relación entre *wen* y *wu. Wen* significa básicamente "la palabra escrita" y, por extensión, su influencia sobre el pensamiento, la moralidad, la persuasión y la cultura; llamémosle en términos más generales "el orden civil". *Wu* connota el uso de la violencia y representa el orden militar en general. La clase de los letrados confucianos hizo todo lo posible por resaltar el *wen* y menospreciar el *wu.* Sin embargo, yo me pregunto si no debiera considerarse al *wu* -que incluye la fundación de dinastías, la exterminación de rebeldes y malhechores y el castigo de funcionarios- como el elemento más fuerte y al *wen* como el más débil en la combinación *wen-wu.* Por ejemplo, ¿era la virtud de la lealtad -un aspecto del *wen*- tan poderosa como la práctica de la intimidación -un aspecto del *wu-? A* menudo da la sensación de que, cuando el emperador quería controlar una situación, su táctica principal era la intimidación. Tomemos el caso del mayor historiador de China, Sima Qian. Según Edwin Reischauer (Reischauer y Fairbank, 1960), él había "heredado un puesto como astrólogo de la corte y tenía acceso a los recursos de la biblioteca imperial (...) afirmaba estar simplemente completando el trabajo histórico que su padre, Sima Tan, había comenzado, pero eso puede haber sido en parte una excusa inocente para lo que en realidad era una empresa sumamente presuntuosa: la continuación y amplificación de lo que se supone fue la mayor realización de Confucio, esto es, el haber ordenado el registro del pasado de una manera adecuada. Sima Qian era obviamente un hombre de una gran osadía y también de una capacidad de aprendizaje prodigiosa. En el año 99 a. C. defendió a un prominente general chino que había sido forzado a rendirse a los Xiongnu, y Wudi le compensó por su audacia castrándolo".

La pérdida de los testículos como castigo era lo más similar a la decapitación, puesto que potencialmente truncaba la descendencia masculina, la que en la religión secular de la élite china conducía los rituales familiares de veneración a los antepasados, para confortar sus espíritus. En el período que va desde el año 99 a. C. hasta su muerte, cerca del año 85 a. C, Sima Qian estuvo supuestamente completando su gran labor de organizar la historia china. ¿No debiéramos pensar que se vio intimidado por su castración?

Si efectivamente esa intimidación tuvo algún efecto en los *Registros del Historiador (Shiji),* sólo podemos imaginarlo. Los anales de Sima Qian acerca del reino de Wudi se detienen bruscamente después del párrafo introductorio. Sima no buscó con demasiado afán los orígenes de la legitimidad imperial, lo que sancionaba la capacidad del emperador para ejecutar o castrar a sus súbditos. Quizás hay algo aquí que amerita una revisión crítica.

Según Thomas Metzger (1973), el emperador naturalmente "utilizaba todo un rango de sanciones disponibles -coercitivas, remunerativas y normativas-", combinándolas según las circunstancias. "Su uso de la violencia terrorista iba generalmente acompañado de explosiones de indignación moral que tenían como objetivo obtener una justificación normativa en las mentes de la élite".

El poder del emperador sobre la vida de los eruditos-funcionarios se extendió además a sus libros y a la educación, al sistema de aprendizaje y su transmisión. Casi todas las dinastías patrocinaban la producción de libros; el afán destructivo del Primer Emperador Qin en relación a los libros y los eruditos sólo expresaría un interés más vehemente que el de otros gobernantes. R. Kent Guy (1987) ha concluido que si "las artes de gobernar y de escribir se desarrollaron en forma conjunta en la antigua China, entonces un sentido de la unidad básica de los dos actos bien puede haber sustentado las opiniones confucianas y legalistas acerca de la erudición y el gobierno".

Con respecto a la educación se puede llegar a una conclusión similar. Quizás resulte un exceso traducir el nombre de la academia imperial o *Taixue* (inaugurada el año 124 a. C. y que continuó con los Song del sur) como “Universidad Nacional”, o denominar al *Guozijian* (de los Song a los Qing) como la “Dirección de Educación”. Centradas en los clásicos, estas instituciones bien podrían denominarse centros de enseñanza. Lo que importa es que el poder imperial, los libros y los eruditos eran todos considerados aspectos íntegramente relacionados del gobierno.

3. Reunificación en la era budista

Desunión

La fe budista, importada desde India a mediados del siglo I de la era cristiana, ganó adherentes mientras el confucianismo estatal decaía a raíz de la desintegración de la unidad china bajo el imperio Han. Tal como sucedió con el imperio romano, las invasiones bárbaras y la religión acompañaron la caída del imperio Han. Los resultados en China fueron diferentes a los de Europa, sin embargo.

El responsable principal de la decadencia de la dinastía Han fue el de siempre: el surgimiento de un poder local o regional que eclipsó a la dinastía central. La debilidad en el centro se debió a diversas causas: una sucesión de emperadores inútiles, su dominación por parte de la familia de la emperatriz, la usurpación del poder por parte de los eunucos y muchas otras rivalidades facciosas en la corte. El favoritismo y la corrupción dieron como resultado la designación de personal inadecuado, la rapacidad en la explotación del pueblo, la desatención hacia los intereses de familias de mercaderes y magnates y el debilitamiento de la capacidad militar dinástica. Tales debilidades en el centro corrían paralelas al crecimiento de un poder local y regional en manos de familias aristocráticas que poseían territorios y ciudades amuralladas, como también industrias en su interior. El desastre final ocurrió en el año 220, a raíz de una revuelta en China del Norte entre familias aristocráticas originalmente nómadas y sus criados, quienes se habían establecido dentro del muro y aún mantenían sus habilidades y propensión a la guerra.

Durante dicha rebelión se desarrollaron dos procesos que conducirían a más de tres siglos de desunión entre la China del Norte y del Sur: primero, la constante incursión de pueblos nómadas en China del Norte, y segundo (en parte como resultado de ello), la emigración de los chinos Han hacia las zonas más cálidas y fértiles del valle del Yangtsé, al sur. Así se establecieron las bases para un desarrollo dual en torno a pequeñas dinastías regionales al norte y al sur. Después de la era conocida como los Tres Reinos -220 al 265 d. C-, y de una reunificación temporal del país entre los años 280 y 304, entre el año 317 y el 589 surgió en China del Sur, a lo largo y bajo el Yangtsé, una sucesión conocida como las Seis Dinastías, mientras en China del Norte la competencia por la hegemonía abarcaba hasta dieciséis reinos. Los principales invasores en el norte ya no eran los Xiongnu turcos, cuya confederación se había desintegrado, sino un pueblo nómada protomongol conocido como los Xianbei, quienes establecieron estados en Gansu al oeste y en Hebei y Shandong al este. En lugar de corromper la cultura local china, estos invasores menos civilizados tomaron rápidamente las riendas de las familias aristocráticas chinas y se unieron en matrimonio con los Han locales, estableciendo cortes al estilo chino. Los más notables fueron los turcos Toba, que fundaron su dinastía Wei del norte (386-535) primero en Datong, en el Shanxi nórdico, y posteriormente -tras haber conquistado y reunificado China del Norte- en su segunda capital, Luoyang, justo al sur del río Amarillo, antigua capital de los Han tardíos. Entre las mayores realizaciones de los Wei del norte se cuentan su devoción al budismo y las grandes esculturas de piedra que levantaron cerca de sus dos capitales.

El budismo se esparció rápidamente, no sólo en el norte sino también entre las Seis Dinastías del sur. Durante la gran era del budismo en China, desde los siglos V al IX, el confucianismo perdió toda influencia, y tanto las enseñanzas como el arte budista tuvieron un profundo efecto sobre la cultura china, tanto en el norte como en el sur.

La enseñanza budista

El Buda, que probablemente vivió durante el siglo VI a. C. en Nepal, comenzó su vida como un aristócrata. Después de haber renunciado a su palacio, a su harén y a todos los lujos, accedió a un estado de iluminación a través de la meditación, por el cual llegó a conocer el gran principio de la rueda de la ley o la rueda de Buda. Este puede ser definido como una teoría de la "creación dependiente" de la vida: todo está condicionado por alguna otra cosa en una secuencia cerrada, de modo que la aflicción depende de ciertas condiciones, y al eliminar estas condiciones es posible hacer desaparecer la infelicidad en sí. El deseo -que es lo que finalmente provoca la aflicción- se origina en una dependencia de la sensación, la que a su vez depende del contacto y de los cinco sentidos, y así sucesivamente. El objetivo del budismo es romper con la cadena de condiciones que nos atan a esta secuencia de pasiones, deseos y afectos. Partiendo de la premisa de que la aflicción se halla sujeta a condiciones, y de que éstas se pueden destruir, los antiguos budistas desarrollaron muchas teorías.
Uno de los conceptos fundamentales del budismo que hoy reviste mayor interés es el de los dharmas. Se trata concretamente de una teoría de los elementos o átomos, según la cual una entidad no existe en sí misma, sino que está constituida por todas sus partes. Los viejos monjes budistas sostenían que el cuerpo del hombre estaba compuesto solamente de estas diversas partes o dharmas, y que carecía de personalidad, alma o naturaleza.
Existen dharmas de diversos tipos. Algunos se relacionan con la forma y la substancia, otros con la sensación y otros con la actividad mental. Tomados en conjunto proporcionan una clara explicación de la experiencia humana, y conforman una base para la negación de la identidad personal. Eso es justamente lo que el budista anhelaba, como una forma de escapar de la miseria de la vida. Como todos los elementos de la experiencia pueden ser analizados como desiguales, discontinuos y fragmentados, tanto en el espacio como en el tiempo, una adecuada comprensión de esta verdad podría eliminar la ilusión de la identidad individual y conducir a una liberación de la rueda de la ley. Numerosos místicos en todo el mundo han anhelado este tipo de evasión o de esclarecimiento, como se prefiera, el que fue perseguido afanosamente en la China medieval.
El budismo temprano se institucionalizó en una orden monástica que puede ser comparada y contrastada con el monaquismo cristiano en una fecha posterior. Estos primeros monjes budistas fueron los que finalmente escribieron las sutras, los sermones y enseñanzas tradicionales del Buda.
En el momento de su expansión desde la India del Norte hasta el Lejano Oriente, la escuela budista del Mahayana (el "gran vehículo") había incorporado profundos cambios a sus antiguas doctrinas, ganando mayores probabilidades de atraer al grueso de la población. Uno de estos desarrollos fue la idea de la salvación, posible gracias a la intercesión de los *bodhisattvas* ("los iluminados"), personas que habían logrado la iluminación del Buda pero que permanecían en este mundo con el objeto de salvar a otros. De todas estas deidades, la más famosa ha sido la diosa china de la piedad o *Guanyin,* una abstracción del principio de la compasión. Otra es el Buda de la Luz Infinita, *Amitabha* (en chino, *Emituofo* u *0-mi-to-fó)*. Basándose en la teoría de que el mérito podía ser transferido, se hacía posible la salvación de otros por medio de los esfuerzos de estos iluminados. El concepto de la caridad venía aparejado a tal idea, lo que complementó la fe budista original, convirtiéndola en una fuerza social más positiva en China y Japón.
La escuela del Mahayana también se ocupó de desarrollar una doctrina positiva del nirvana pero, aunque todo el esfuerzo budista tenía como objetivo lograr dicho estado, el Buda mismo lo consideró tan indescriptible que no dijo nada acerca de ello.
Las enseñanzas budistas fueron expuestas en el gran canon budista o *tripitaka.* La traducción de las sutras de este canon se convirtió en la labor central de los primeros monjes budistas en China. Estos y sus seguidores enfrentaron problemas enormemente complejos tanto de índole lingüística como intelectual: cómo traducir desde el sánscrito —que era polisilábico, con muchísimas declinaciones y alfabético como el inglés y otros idiomas indoeuropeos- a la escritura monosilábica, sin declinaciones e ideográfica de los chinos, y cómo transmitir a ese sistema más bien conciso y concreto las abstracciones en extremo imaginativas y metafísicas del misticismo indio.
Los antiguos misioneros budistas, al querer transferir o "traducir" sus nuevas ideas foráneas a términos que tuvieran algún significado para el público chino, se toparon con el mismo obstáculo que todos los que han querido aportar ideas de origen extranjero en China han debido enfrentar: cómo seleccionar ciertos términos chinos, ciertos caracteres escritos con un significado ya establecido, e investirlos de un nuevo significado sin dejar que las ideas foráneas sean sutilmente modificadas -sinificadas, de hecho- durante ese proceso. Por

ejemplo, el carácter chino *dao* ("el camino"), ya bastante utilizado en el taoísmo y en el confucianismo, podría aplicarse diversamente para el dharma indio, para el yoga o para la idea de iluminación, mientras que *xvuwei,* la "inacción" del taoísmo, se utilizó para denominar el nirvana. El resultado fue como mínimo ambiguo, por no decir que desvirtuaba la idea original.
Era inevitable que las ideas abstractas foráneas adquirieran un grado de sinificación al ser expresadas en caracteres chinos; además, hubo resistencia a los valores exóticos y socialmente perturbadores. Arthur Wright (1959) explica: "la posición relativamente destacada que el budismo reservaba a las mujeres y madres se modificó en estas primeras traducciones. A modo de ejemplo, 'El marido sustenta a la esposa' se convirtió en 'El marido controla a su esposa', y 'La esposa reconforta al marido' se convirtió en 'La esposa venera a su marido".
Durante el siglo IV y más tarde, los invasores no chinos de China del Norte aceptaron el budismo en parte porque, como ellos mismos, tenía sus orígenes fuera del antiguo orden del que se estaban apoderando. Los sacerdotes budistas podían convertirse en sus aliados para fomentar la docilidad entre las masas. Para la clase alta china que había huido hacia el sur, el budismo también ofrecía explicación y consuelo intelectualmente sofisticados y estéticamente satisfactorios para el colapso de su vieja sociedad. Emperadores y plebeyos por igual buscaban la salvación religiosa en una época de confusión social. Grandes obras de arte, estatuas y templos tallados en la roca proceden de este período. Pueden hacerse fructíferas comparaciones y contrastes entre las funciones del clero y el monaquisino, la propagación de sectas y las relaciones de la iglesia y el Estado durante esta era de fe budista en China y su posterior contraparte cristiana en la Europa medieval. Los monasterios budistas, por ejemplo, funcionaban como albergues para los viajeros, como refugios y fuentes de caridad. Llegaron a poseer vastos territorios y asumieron posiciones cuasioficiales en la administración.
Al primer período de adopción y familiarización le siguió otro de aceptación y crecimiento con autonomía. El budismo nativo chino se vio influenciado por el taoísmo, y éste a su vez se vio influenciado por aquél hasta un punto que aún se discute. En China surgieron sectas budistas nuevas, que contemplaban las necesidades del país. La escuela mejor conocida, por su influencia en el arte oriental, es la que buscaba la iluminación mediante ejercicios de meditación (denominada en chino *Chan* o, con la pronunciación japonesa, *Zeri)*. Quizás ya se haya dicho lo suficiente para señalar la extrema complejidad de la interacción entre elementos tales como el budismo indio, los invasores bárbaros, el taoísmo nativo y, con el tiempo, el crecimiento, el florecimiento y la decadencia del budismo chino.

La reunificación Sui-Tang

Durante el período de desunión, la falta de una ortodoxia central favoreció la diferenciación y la innovación en las Seis Dinastías del sur -la mayoría de las cuales establecieron su capital en Nankín- y los Dieciséis Reinos del norte. El budismo y el taoísmo inspiraron a artistas, filósofos y escritores. Muchas de las historias dinásticas tratan acerca de las breves y pasajeras dinastías de esta era.
Los tres siglos de las dinastías Sui-Tang (589-907) restablecieron finalmente el ideal unitario chino desarrollado durante el período Han. China del Norte había sido devastada por las invasiones nómadas, mientras que China del Sur había prosperado en una paz relativa. Los 60 millones de personas que se estimaba existían bajo la dinastía Han en el año 2 de la era cristiana (principalmente en China del Norte; ver Mapa 10) se habían reducido, y la emigración de familias Han comenzaba a desplazar el centro de gravedad del país hacia el sur (ver Mapas 11 y 12). En los tiempos modernos, China del Sur atraería a dos tercios de la población total. No obstante, entre el siglo VI al X el grueso de la población aún vivía en la más unificada llanura del norte, donde fueron instituidas numerosas prefecturas, cada una con cien mil familias (esto es, unas quinientas mil personas). Como Mark Elvin ha señalado (en Blunden y Elvin, 1983), el imperio romano "evidentemente careció de una región dominante consolidada que pudiera ser comparable". La centralidad y la numerosa población de China del Norte contribuyeron a la unidad. Cualquiera que obtuviese el control sobre esa vasta zona podría subyugar en forma bastante sencilla las demás áreas, incluyendo China del Sur.
Los fundadores de las dinastías Sui y Tang se unieron en matrimonio con familias nómadas, las que asimilaron la cultura china y pasaron a ser las familias aristocráticas de la China noroeste, especialmente en la actual provincia de Shanxi y en la antigua región capital que va desde el valle Wei a lo largo del sur del río Amarillo hacia la llanura de la China del Norte. Al igual que bajo los Zhou y los Qin, esta zona obtenía su fuerza militar de los pueblos nómadas. Los chinos

adquirían a los pastores que vivían en los pastizales animales para la caballería, pantalones para cabalgar a horcajadas, sillas de montar y más tarde estribos, además de la collera del arnés y finalmente la collera del caballo, todo lo cual sería imitado en Occidente. Las relaciones comerciales y diplomáticas de estos clanes con Asia Central eran estrechas y mutuamente influyentes mucho antes de la reunificación Sui-Tang al interior de China.
El fundador Sui provenía de una familia Yang en parte nómada, con propiedades situadas a medio camino de las dos antiguas capitales de los Zhou y los Han, Chang'an y Luoyang. Del mismo modo, el fundador de la dinastía Tang era descendiente de una familia Li de orígenes militares turcos y de clase aristocrática. Estos aristócratas militares se habían unido por matrimonio con chinos y también entre sus propias familias, formando un vasto y homogéneo conjunto de líderes igualmente capaces para las arduas tareas de conquista y de administración. Los gobernantes nómadas de China del Norte adoptaron tan celosamente los hábitos chinos -incluyendo el lenguaje, la vestimenta y los métodos de gobierno-que en la crónica histórica sus estados híbridos aparecen como perfectamente chinos.
El último de los Dieciséis Reinos ya había unificado a China del Norte cuando el fundador Sui llegó al poder en el año 581. Este introdujo rápidamente un nuevo código legal con quinientos artículos, impuso el orden en el gobierno local y consolidó diversas instituciones creadas por reinos anteriores. Una de ellas era el sistema de "tierra para todos", que anualmente se suponía debía asignar varias hectáreas de tierra cultivable a cada varón adulto. Asimismo, continuó con el sistema de responsabilidad colectiva de grupos de familias, con la milicia administrada territorialmente y con las colonias agrícolas militares de la frontera. La burocracia unificada trajo consigo ingresos tributarios; los graneros que regulaban el precio compraban el grano en tiempos de abundancia y lo vendían barato en épocas de escasez. Mientras tanto, los monasterios budistas se convirtieron en grandes terratenientes con cada vez mayor influencia. La devota autoridad política del emperador creó (en palabras de Arthur Wright) un "budismo imperial".
La conquista del sur a lo largo del Yangtsé por los Sui no fue demasiado destructiva, y el segundo emperador, Sui Yangdi, pudo movilizar los recursos del imperio para importantes proyectos. Uno de ellos fue la ampliación del Gran Canal desde Hangzhou por el norte cruzando el Yangtsé hasta Yangzhou, y luego hacia el oeste a la región de Luoyang (ver Mapa 16). Para el año 609, este canal se extendía desde ese lejano punto interior en dirección noreste hasta la región de Tianjin y Pekín. Aprovechando los ríos y lagos locales, las barcazas podían transportar alimentos y mercancías del bajo Yangtsé hasta China del Norte, con el fin de fortalecer la frontera norte y también alimentar el área capital. Enormes graneros fueron construidos; uno de ellos podía almacenar más de mil toneladas de grano.
Esta explosión impensada de energía debida a un emperador con visiones de grandeza ha inspirado comparaciones entre los fugaces reinos de Sui Yangdi y Qin Shihuang, cada uno de los cuales excedió sus fuerzas. El intento de Yangdi por conquistar Corea dejó exhausto a su imperio, y la rebelión que siguió a la derrota contribuyó al fin de su mandato.
Los fundadores Tang fueron más prudentes; heredaron las realizaciones de los Sui, incluyendo la gigantesca capital Chang'an (de 8 por 10 kilómetros), y la segunda capital, Luoyang. Mientras las divisiones administrativas de los Han habían manejado los asuntos de palacio y de la familia dinástica estrechamente ligados a los asuntos del país, los Sui y los Tang establecieron los seis ministerios -administración de recursos humanos, hacienda, ceremonias, ejército, justicia y obras públicas- que conformarían los niveles principales del gobierno de China hasta el año 1900. Otras reparticiones incluyeron el censorado, que investigaba e informaba acerca de la conducta oficial e incluso imperial, y una temprana versión del sistema de inspección.
Bajo el régimen del segundo emperador, los ejércitos Tang se diseminaron en todas direcciones, derrotando a los coreanos, expandiéndose hacia Vietnam del Norte y sobre todo extendiendo su control hacia el Asia Central, hasta que las prefecturas chinas efectivamente empezaron a funcionar al oeste de las Pamires (ver Mapa 9). Esta expansión de los Tang a través de las ciudades comerciales situadas en oasis de la Ruta de la Seda permitió un mayor contacto con el Asia occidental. La capital de los Tang en Chang'an se convirtió en una gran metrópoli internacional, en un punto neurálgico del mundo eurasiático. Entre los años 600 y 900, ninguna capital occidental pudo competir con ella en tamaño y grandeza.
La destreza militar de los Tang fue equiparada por sus logros en las bellas artes y la literatura. La poesía Tang fue un modelo en períodos posteriores. La fuerza creativa de los Tang dio pie a una sociedad más abierta, que acogía en su vida urbana a extranjeros procedentes de Japón, Corea y Vietnam, así como de Persia y Asia occidental. El budismo había añadido a los Tang

una dimensión complementaria a la herencia de los Han. Los estados más jóvenes surgidos en el este asiático diseñaron sus instituciones según el modelo Tang.

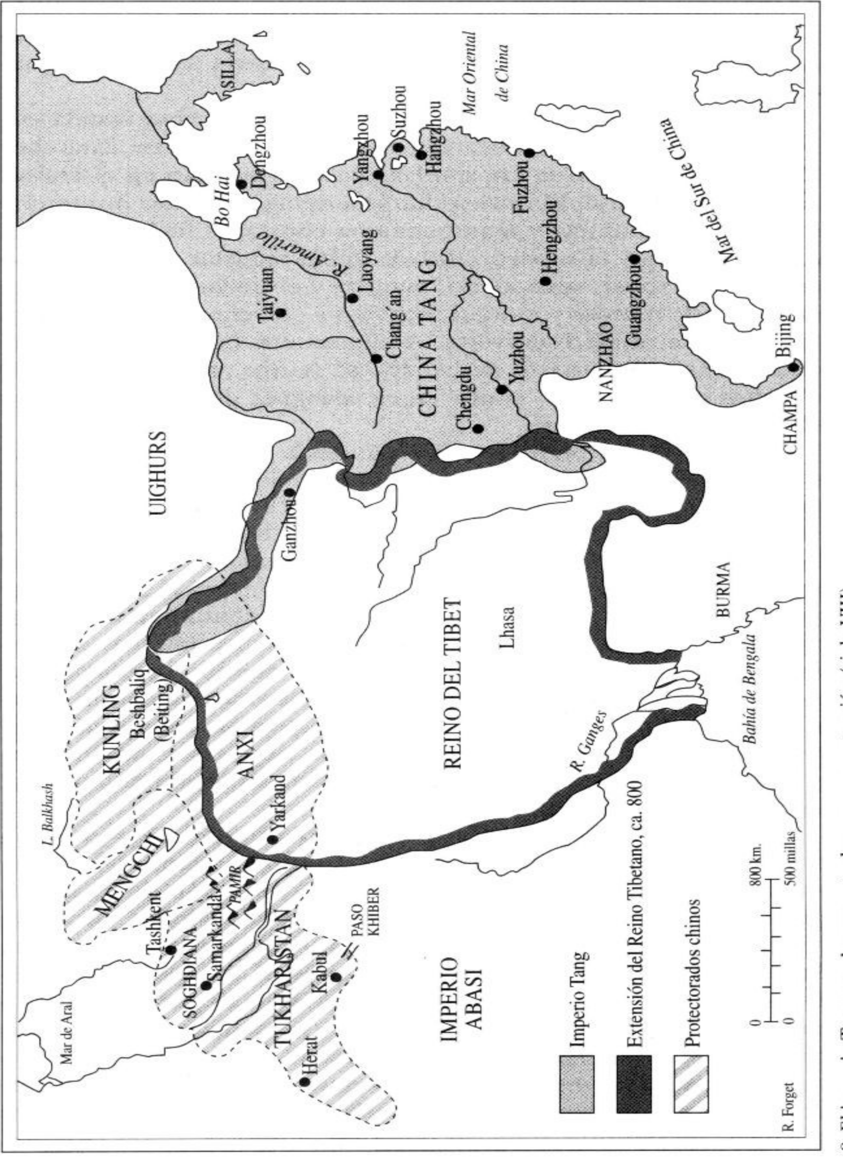
El budismo y el Estado

Puede apreciarse una notable diferencia al comparar el papel del budismo en China con el del cristianismo en Europa en el plano político. Después del resurgimiento del poder central bajo los Tang, el confucianismo, influenciado por el budismo, fue recuperando gradualmente su vigor con el objeto de apoyar a un gobierno fortalecido. A la larga, la burocracia imperial ejercería un estricto control sobre la iglesia budista.

La adaptación del budismo a la idiosincrasia china resulta evidente en el caso de la educación. Como advierte Eric Zuercher (1959), el sistema budista era similar al confucianismo en el énfasis de la conducta moral. El novicio budista debía aprender innumerables reglas de conducta y mantener una constante lucha contra el pecado, el deseo y la superficialidad. Debía respetar cinco prohibiciones: matar, robar, sexo ilícito, mentira y ebriedad. Los *sangha* -o comunidad de monjes y monjas, novicios y creyentes laicos- debían acatar un gran número de votos. A ello se añadía la realización de buenas obras y el ejercicio de la caridad (cuyos antecedentes eran los “pactos comunitarios” confucianos, *xiangyue,* del período Song y posterior, como veremos).

Durante la era budista en China, desde aproximadamente el año 500 al 850, el budismo no consiguió minimizar el poder del Estado como única fuente de orden político y social. La élite secular de los letrados seguía dominando la alta cultura, lo cual significaba que la comunidad de creyentes budistas fue estrictamente mantenida dentro de unos límites. No fue sino hasta el siglo VI que los *sangha* se convirtieron en lo que Zuercher denomina una “élite secundaria”. Los monjes eran reclutados de entre familias de alto nivel, lo que constituía una anomalía dado que los miembros del *sangha* como corporación habían cortado sus vínculos con la sociedad. Hacia el gobierno, dicha entidad alegaba su autonomía y su exención del control gubernamental y de impuestos; además, incorporaba a mujeres. Tarde o temprano tanta autonomía haría del budismo una amenaza para el Estado.

Bajo el gobierno de los Tang se tendió a burocratizar el budismo a través del control administrativo, del otorgamiento de títulos, la venta de certificados de ordenación, la recopilación de un canon budista y un sistema de exámenes para medir el talento. Antes de ser ordenados, los monjes debían cumplir con un arduo programa de entrenamiento y estudio. Los exámenes de los budistas y también de los eruditos en los clásicos confucianos dependían del Ministerio de Ceremonias. La educación en los monasterios budistas incluía el estudio de los clásicos confucianos. De hecho, los monasterios budistas que preparaban a los monjes para el sistema de exámenes confuciano parecen haber sido los precursores de las academias del período Song. El budismo, entonces, hasta la represión del año 845 estuvo firmemente restringido en sus esfuerzos instructivos por la anterior dominación de la enseñanza confuciana. Sin embargo, más adelante tendría una influencia indirecta en la amalgama conocida con el nombre de neoconfucianismo.



9. El imperio Tang en el momento de su mayor extensión (siglo VIII).

Tan poco interfirió el budismo en la tradición política china que el gobierno Tang no halló mayor dificultad en reducir el poder económico de los monasterios budistas. Las diversas persecuciones que éstos sufrieron, sobre todo en el siglo IX, en parte respondían a una lucha por mantener terrenos fuera del alcance de la iglesia y así sujetos a tributación. No obstante, en la China medieval no se desarrolló ninguna disputa entre la iglesia y el Estado comparable a la de Occidente. La iglesia -budista o taoísta- fue absolutamente incapaz de independizarse del Estado. Sus sacerdocios y templos permanecieron libremente descentralizados, pasivos en asuntos de política y dependientes de un modesto apoyo local, pero sin congregaciones laicas organizadas ni tampoco una administración nacional.

La iglesia taoísta, guiada por el ejemplo del budismo y a diferencia de los filósofos y de los alquimistas, llegó a las masas con un panteón imponente y numerosas sectas, pero no logró desarrollar una organización secular. Los monasterios y templos taoístas continuaron siendo unidades desconectadas, ocupadas de complacer las creencias populares. El taoísmo, por su naturaleza, no podía llegar a convertirse en una enérgica fuerza organizada dentro de la política china: expresaba una alternativa al confucianismo en el reino de las creencias personales, pero en la praxis dejaba el campo libre a los confucianos.

Por otro lado, los taoístas hicieron una gran contribución a la tecnología china por medio de la práctica de la alquimia, en su búsqueda de la inmortalidad fisiológica y de la bonanza más inmediata que implicaba la fabricación de oro. Mezclaron pócimas y recogieron hierbas para sus experimentos fisiológicos y químicos, desarrollando la gran farmacopea china de la cual el mundo aún saca provecho. Los alquimistas contribuyeron a la tecnología de la porcelana, las

tinturas, las aleaciones y, a la larga, a otras invenciones chinas como el compás y la pólvora. Muchos de sus logros fueron, como indica Joseph Needham, “protociencia más que pseudociencia”.

Decadencia de la dinastía Tang

Desafortunadamente, el tercer emperador Tang fue un hombre débil, pero su emperatriz Wu equilibró la balanza ejerciendo el poder autocrático durante medio siglo (aprox. 654-705), primero a través de él, luego a través de sus jóvenes sucesores y finalmente ella misma como emperatriz de una dinastía recién declarada. La emperatriz Wu, la única mujer gobernante de China, fue una política notablemente hábil y capaz, pero sus violentos e ilícitos métodos para mantenerse en el poder propiciaron su mala reputación entre los burócratas. Ello fomentó asimismo el exceso de personal y diversas formas de corrupción. En el año 657, el gobierno Tang utilizaba sólo 13.500 funcionarios para dirigir a una población de unos 50 millones de personas. El gobierno reducía los gastos reclutando una milicia local *(fubing)* procedente de las granjas autosuficientes y exigiéndoles el servicio en cada localidad. Por entonces la administración anhelaba ver a campesinos independientes y propietarios de sus granjas, por lo que, mediante el sistema de asignaciones parejas de terrenos *(juntian)*, redistribuía periódicamente la tierra de acuerdo a los datos censales. No obstante, mientras el segundo emperador se involucró directamente en los asuntos cotidianos y trabajó codo a codo con sus concejales, las manipulaciones de la emperatriz Wu hicieron que el poder imperial se tornase más lejano, conspira-torio y despótico. Ella acabó con el poder de los clanes aristocráticos del noroeste y dio más oportunidades a la llanura de China del Norte para ser representada en el gobierno. Los aprobados comenzaron a formar una pequeña élite dentro de los círculos oficiales. La actuación de la emperatriz aún es materia de debate.

Bajo el gobierno del emperador Xuanzong (desde el año 713 al 755), los Tang alcanzaron la cumbre de su grandeza y prosperidad, pero al mismo tiempo se acumularon factores que les restarían fortaleza. El primero de ellos fue la sobreexpansión militar, desastrosamente costosa. Las fuerzas Tang ocuparon las fronteras a lo largo de China suroeste y se extendieron asimismo hacia el oeste de las Pamires. Allí fueron derrotadas por fuerzas árabes en el año 751, cerca de Samarcanda. Mientras tanto, la milicia *fubing* poco a poco se había convertido en una fuerza combatiente profesional agrupada en nueve comandos, bajo la dirección de generales con amplios poderes para repeler los ataques, especialmente en las fronteras. Los generales de mayor influencia llegaron a hacer política en la corte. Al tiempo que la Corte Exterior bajo los seis ministerios se tornaba más rutinaria y difícil de manejar, los altos funcionarios que la dirigían en calidad de cancilleres -verdaderos sustitutos del emperador, que gobernaban en su nombre- se vieron cada vez más involucrados en un amargo faccionalismo, mientras el emperador se servía de los eunucos para reafirmar su control en la Corte Interior. Posteriormente, ya anciano, Xuanzong se enamoró de una hermosa concubina, Yang Guifei, y dejó que el poder central se deteriorara. Ella adoptó como hijo a su general favorito, An Lushan, quien se alzó y conquistó las capitales en 755. A partir de ese mismo año y hasta el 763, una rebelión terriblemente destructiva azotó al país. El emperador huyó de la capital y sus tropas exigieron la ejecución de Yang, acabando así trágicamente su historia de amor imperial, la que sería relatada a menudo con lujo de detalles. Ocho años después, el dominio de los Tang fue nominalmente restablecido, pero durante el siguiente siglo y medio su poder nunca llegó a restaurarse del todo.

La derrota de la rebelión de An Lushan tuvo como consecuencia el establecimiento de comandos militares regionales que posteriormente constituirían la base para un nuevo estamento de administración provincial. Mientras el control de las regiones exteriores se evaporaba, el régimen Tang dentro de China tuvo que entregar el poder a los militares: ya no era capaz de gobernar desde el centro con leyes e instituciones uniformes. La élite que conformaba la burocracia fue incapaz de aplicar medidas que abarcaran el país completo. Sobrevinieron el localismo y el particularismo, y la unión nominal del Estado chino pasó a ser sólo una fachada.

Cambio social: la transición Tang-Song

De los diversos movimientos que propiciaron el cambio durante la dinastía Tang tardía, el más permanente fue la decadencia de las familias aristocráticas que habían dominado el gobierno. Los Han tardíos habían determinado una distinción social inequívoca, aunque no estatutaria, entre las familias de la élite *(shi)* y los plebeyos *(shu)* más la gente pobre *(jianmin).* En su significado original, el término *shi* designaba a los "servidores", refiriéndose a la élite letrada que servía al Estado. Partiendo con los Han y hasta el final del período de los Tang, el nivel "aristocrático" de los grandes clanes coincidía con los altos puestos que ocupaban sus miembros en el gobierno. Los nombres de las familias de la élite aparecían en un listado en los registros sociales oficiales. El matrimonio entre ellos y los plebeyos no era aprobado. A lo largo del período de desunión posterior a los Han esta élite aportó aproximadamente tres cuartas partes de los funcionarios gubernamentales. Durante el dominio de los primeros Tang, la proporción se rebajó a la mitad y más tarde a tres quintos. A pesar de que los clanes aristocráticos del noroeste eran principalmente de origen no chino, constituían un importante equipo de funcionarios para el gobierno central. Como relata David Johnson (1977): "a diferencia de Inglaterra o Francia, donde un hombre podía llegar a ocupar una elevada posición en la jerarquía social a través de una carrera en las leyes, la medicina, el comercio, la iglesia o los militares, en China existía sólo una jerarquía ocupacional importante: la administración pública".

La ausencia de la primogenitura en China implicaba que la división equitativa de la propiedad entre los varones de una familia era la práctica común al morir el líder. El código legislativo imperial exigía una herencia divisible para evitar el surgimiento de una nobleza terrateniente, tal como sucedió en Europa. Si al cabo de dos o tres generaciones ningún miembro de la familia se convertía en funcionario, tarde o temprano ésta se desintegraría. Cada generación era potencialmente insegura, y debía probarse a sí misma en la vida oficial. El status familiar era hereditario, pero si una familia que pertenecía a la élite por tener miembros en altos puestos no era capaz de aportar miembros adicionales su nivel decaía. No obstante, existía una cierta protección: los Tang mantuvieron diversos grupos de status fuera de la burocracia de rango, a partir de los cuales se podía volver a ingresar al servicio oficial.

Los nombramientos se efectuaban por medio de recomendaciones, partiendo por el prefecto, de quien se esperaba una clasificación de todos los miembros de la élite dentro de su jurisdicción, de acuerdo a una escala que finalmente consistiría en nueve clasificaciones, cada una dividida en superior e inferior. Las evaluaciones oficiales de cada presunto candidato se acumulaban en expedientes. A través de este procedimiento la élite se autoperpetuaba. A pesar de que el sistema de exámenes comenzó en la época de los Sui y los Tang, no era ése en realidad el método por medio del cual se reclutaban los funcionarios. La selección era un proceso más bien social, no legal: era en la escena social donde los vínculos personales *(guanxi)* formaban la matriz fluida por donde avanzaban los candidatos a los puestos y donde se mantenía el status de la familia. Los Wei del norte, por ejemplo, implantaron su propia relación de los clanes más importantes y los hicieron equivaler al listado chino, de modo que las familias con antecedentes nómadas pudiesen ahora introducirse en la vida china al nivel más alto. Entre los años 385 y 713, y bajo auspicio oficial, se compilaron listados de las genealogías de los grandes clanes, que evidentemente se basaban en los informes de recomendación suministrados por los prefectos. Estas genealogías establecidas formaron la base para arreglar matrimonios.

Los fundadores Tang sentían que este sistema obstruía la versatilidad del talento y se tornaron contra él. De este modo, las nuevas familias sino-bárbaras del noroeste, que ahora estaban adueñándose del poder, se opusieron a las grandes familias chinas del noreste de la llanura de China del Norte. Los fundadores Tang también reprobaron los grandes obsequios que exigían las viejas familias al casar a sus hijas. En el año 659, una revisión de la genealogía nacional se ordenaba en doscientos capítulos, e incluía a 2.287 familias de 235 clanes. Evidentemente uno de los objetivos de dicha revisión era el de poner a las familias del noreste en su lugar.

Parece ser que para el siglo VIII el hecho de poseer un puesto se había convertido en el criterio principal del status familiar; la categoría de los grandes clanes ya no era tan relevante. Ahora todo dependía de la clasificación oficial de la persona en el listado, no de sus orígenes familiares. Legalmente, los funcionarios ya no eran considerados como una élite especial. A pesar de que a sus hijos se les otorgaba un rango menor en el código legal Tang, ya no existía un nivel de clase alta reconocido por el código que proporcionara derechos especiales para los nombramientos. La institución imperial había triunfado sobre los intereses sociales de los grandes clanes.

Denis Twitchett (en CHOC 3) sugiere que es así como los Tang iniciaron la transición desde un gobierno de las familias aristocráticas, donde la casa imperial era simplemente el *primus ínter pares,* a un gobierno de China por parte de una burocracia especializada y seleccionada por sus méritos, parcialmente a través de los exámenes. La decadencia de las familias aristocráticas contribuyó a que el poder central pudiese dominar las regiones. El emperador se convirtió en un gobernante sacrosanto apartado en su palacio, ajeno a sus compañeros del campo de batalla y dependiente de asesores legales surgidos de la nueva burocracia.
La pérdida de su predominio en el gobierno por parte de los clanes aristocráticos durante este período vino acompañada por otro gran cambio: el gobierno abandonó su política activa de conducción de la vida económica china. El colapso del sistema de lotes iguales en la asignación de tierras en el campo, y de los mercados oficiales y de la fijación de precios en las ciudades, demostró que la economía estaba sobrepasando el control estatal. La propiedad comenzó a acumularse en manos de magnates locales. Con el fin de apuntalar el poder del Estado se reorganizó el sistema tributario de una forma racional, fijándose cuotas anuales que se recaudarían por concepto de tierras, no por las personas, durante el verano y el otoño. A partir del año 780 ello se denominó “sistema de dos impuestos”, puesto que se trataba de la combinación del impuesto territorial y el impuesto familiar. Las cuotas tributarias se fijaban por medio de consultas y proporcionaban al gobierno central una cierta seguridad en relación al futuro inmediato, a pesar de que el nuevo sistema hizo evidente que el gobierno ya no era capaz de controlar la riqueza privada ni el libre comercio de la tierra.
Después de la rebelión de los años 755-763, la superintendencia gubernamental de comercio también comenzó a desintegrarse. La política de los Tang había sido regular el comercio para que los mercados oficialmente supervisados con precios estables ayudasen a la producción campesina, pero sin permitir la deshonesta propensión del hombre a sacar provecho. Los ingresos tributarios del comercio no se consideraban importantes excepto cuando surgían crisis fiscales, aunque éstas siempre aparecían en tiempos de necesidad militar o crisis dinásticas. La red de comunidades de mercado (descrita en la introducción a esta obra) pronto surgiría bajo los Song, y sería demasiado prolífica para el control estatal.
Finalmente, la rebelión de An Lushan había militarizado a China, incluso en un momento en que la avanzada de los Tang en Asia Central había resultado más difícil de lo previsto, puesto que se les había adelantado un pueblo tibetano, los tanguts. Al interior de China, las provincias nuevas totalizaban cerca de treinta en un principio, en su mayor parte bajo gobernadores militares cuyas guarniciones les daban poder sobre el gobierno local. En contraste, el gobierno central casi no contaba con fuerzas propias, y en varias ocasiones estuvo en peligro de ser derrocado por invasores tanguts. El poder del emperador después del año 763 se limitaba precariamente a cuatro regiones: la provincia metropolitana, la zona fronteriza noroeste, el bajo Yangtsé y el área a lo largo del Gran Canal, que era vital para la supervivencia de la capital. Varias provincias de China del Norte quedaron fuera del control central, restándole al imperio los ingresos correspondientes a la tributación de quizás un cuarto de la población, con lo que las regiones del bajo Yangtsé y del valle Huai pasaron a ser la fuente principal de ingresos de la dinastía.
Tras la rebelión, unos cuantos emperadores Tang pudieron reafirmarse en el poder, que intentaron volver a centralizar, pero la gran era de los Tang ya había pasado. Ahora la Corte Interior se veía carcomida por la confianza del emperador en el poder de los eunucos, mientras que la Corte Exterior se resquebrajaba a raíz de un intenso faccionalismo.
Otro aspecto de la transición Tang-Song, investigado muy recientemente por David McMullen (1988), fue el surgimiento de la administración pública Tang, la que globalmente contribuyó a una renovación del confucianismo. Durante el reinado de los Tang se fomentó un permanente desarrollo de la erudición clásica a través de escuelas, exámenes, el culto a Confucio y los rituales estatales, como también por medio de la historiografía y la literatura secular. Este crecimiento de la élite erudita durante el período Tang preparó el terreno para el posterior florecimiento intelectual de los Song del norte.
En el año 845, el emperador Tang decretó una amplia y sistemática represión de los monasterios budistas, con sus enormes posesiones de tierra exentas de impuestos y sus resplandecientes templos que albergaban a miles de religiosos en las ciudades. No menos de 250 mil sacerdotes y monjas fueron forzados a regresar a la vida laica. Desde entonces, el gobierno controló el crecimiento budista emitiendo todos los certificados de ordenación. El fin del esplendor de los Tang y del budismo chino corrió paralelo.
Las relaciones de poder en China del Norte durante esa época sugieren que el interregno del poder central duró desde la rebelión del 755 hasta el año 979. Los gobernadores militares que

sobrevivieron a los Tang y a sus sucesores establecieron regímenes militares centralizados y personalizados, que se convirtieron en el modelo de gobierno durante el interregno y el período de los primeros Song del norte.

En sus últimos cincuenta años los Tang dieron una demostración práctica de total anarquía. Los funcionarios civiles y militares se tornaron tan cínicamente corruptos y los campesinos de las villas tan cruelmente oprimidos que lo abominable se convirtió en un lugar común. La lealtad desapareció, los bandidos se impusieron, las bandas crecieron hasta convertirse en verdaderas turbas armadas, saqueando todo lo que se cruzaba en su camino mientras vagaban de provincia en provincia. Los emperadores, sus eunucos y los funcionarios perdieron el control y fueron menospreciados. Durante seis años (878-884), el bandido más importante, Huang Chao, condujo su horda por toda la superficie de China, de Shandong a Fuzhou y Cantón, y luego a Luoyang y Chang'an, que fue posteriormente destruida. Para 907, año del término formal de la dinastía Tang, algunas tribus turcas y otros pueblos no chinos ocupaban ya la mayor parte de China del Norte, y el dominio de los señores de la guerra se expandía por todas partes.

De los escombros emergieron estados regionales conocidos en China del Norte como las Cinco Dinastías y en la China Central y del Sur como los Diez Reinos. La generalizada fragmentación en innumerables estados regidos por tiranos y caudillos se resolvería sólo en el año 960, con la dominación de un ejército imperial en la nueva capital de la entrante dinastía Song.

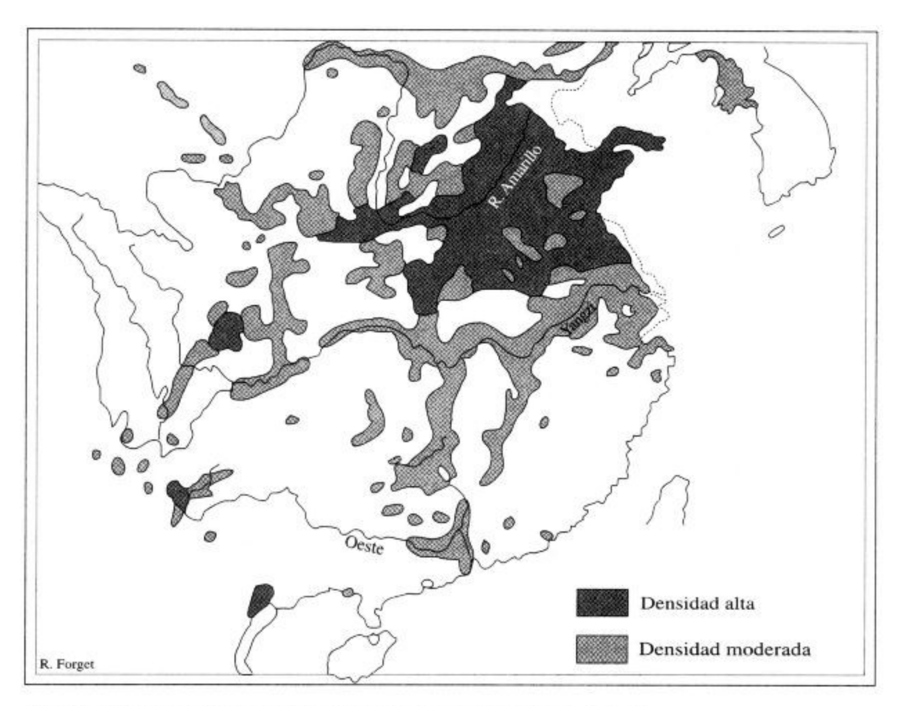
4. La gran era de China: los Song del norte y del sur

El florecimiento del progreso material

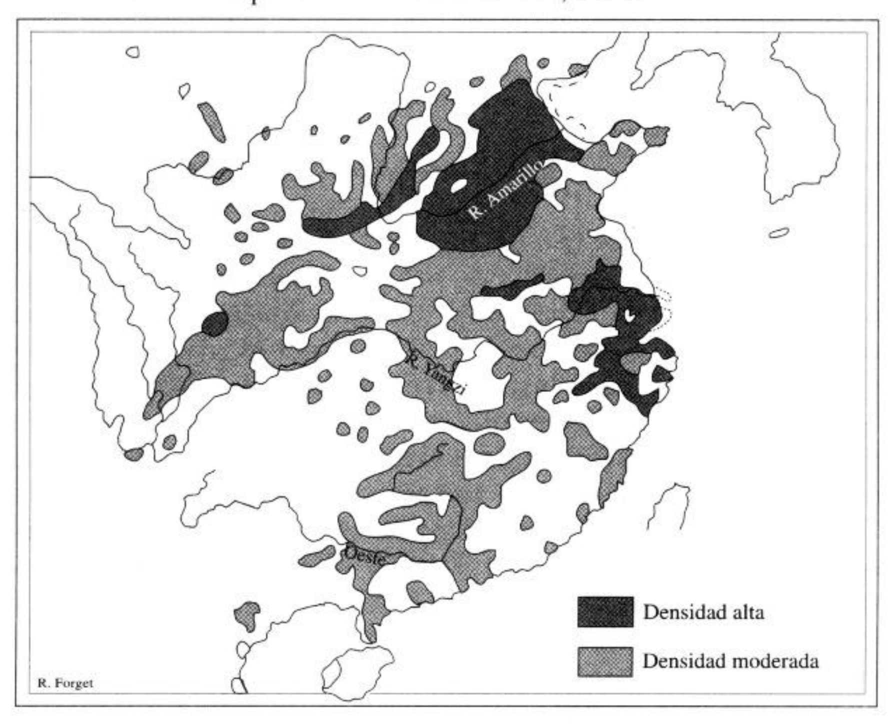
Una curiosa anomalía ronda los tres siglos que conforman el período Song. Por una parte, fue una época de gran creatividad, que situó a China por encima del resto del mundo en lo que a invención tecnológica, producción de bienes, filosofía política, gobierno y alta cultura se refiere. Libros impresos, pinturas y el sistema de exámenes de la administración pública son algunos ejemplos de esa preeminencia china. Pero, al mismo tiempo, fue justamente durante este período de florecimiento chino que las tribus invasoras provenientes del Asia Interior se hicieron con el control militar y administrativo del Estado y la sociedad chinos. ¿Existe una relación entre los logros culturales de la China Song y la dominación final no china? Sin duda se trata de una interrogante esencial, con numerosas implicaciones.

En el año 960, bajo la última de las Cinco Dinastías de China del Norte, las tropas de la guardia de palacio proclamaron a su comandante como el nuevo emperador. Así catapultado al poder, Zhao Kuangyin fundó la dinastía Song. El y su sucesor, ambos hombres prudentes y capaces, pasaron a retiro a los generales, reemplazaron a los gobernadores militares por funcionarios civiles, concentraron las mejores tropas en su ejército de palacio, constituyeron una burocracia integrada por graduados y centralizaron los ingresos fiscales, en lo que resultó una estrategia ejemplar para controlar la fuerza militar y establecer un nuevo poder civil. El siglo y medio de dominio de los Song del norte (960-1126) sería uno de los períodos más fecundos de la historia china, de alguna forma similar al Renacimiento europeo que tendría lugar dos siglos más tarde.

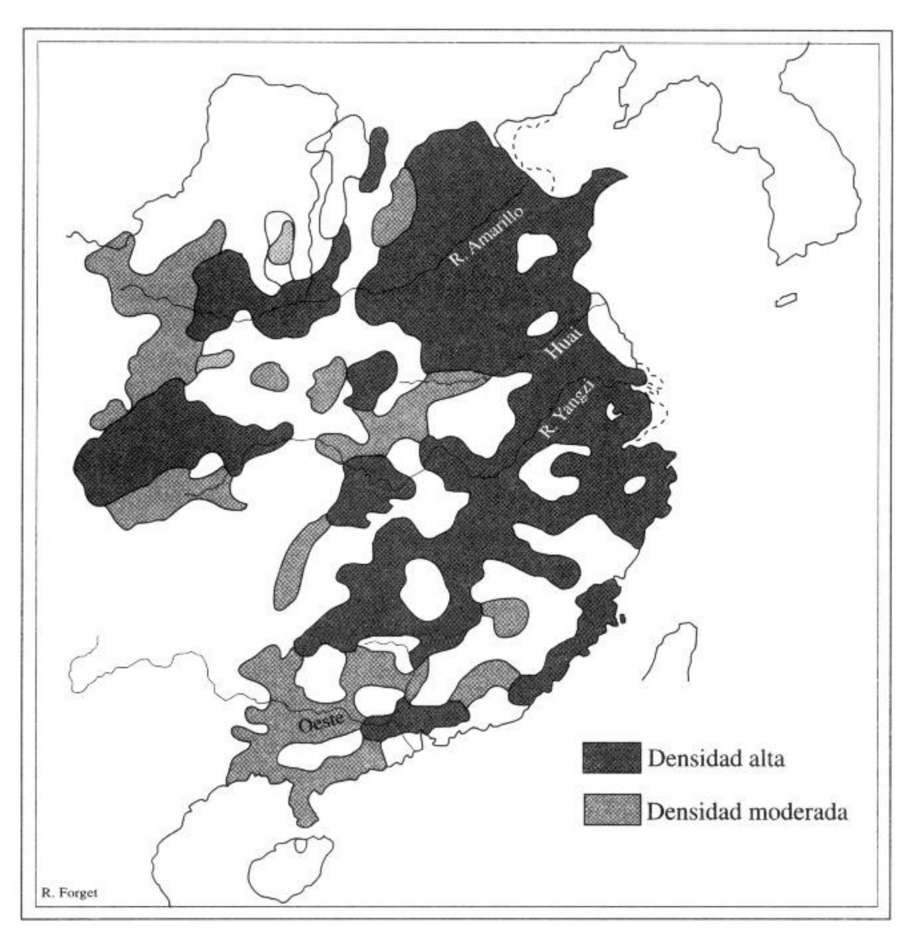
Para apreciar el lugar estratégico que ocupan los Song en la historia china debemos considerar varios aspectos importantes. El primero tiene que ver con el crecimiento material, tanto de la producción, la tecnología y el comercio -local y con el extranjero-como de la población y urbanización.



10. Distribución de la población en la dinastía Han, 2 d. C.



11. Distribución de la población en la dinastía Tang, 742 d. C.



12. Distribución de la población en la dinastía Song, alrededor de 1100.

A mediados del período Han (cerca del año 2 d. C), la población china era de alrededor de 60 millones de habitantes y, tras un probable decrecimiento durante la era de desunión, parece haber llegado nuevamente a los 50 o 60 millones de habitantes en la época de los Tang, a principios de la década del 700. Alcanzó quizá los 100 millones bajo el reinado de los antiguos Song, y se mantuvo aproximadamente en 120 millones a fines del siglo XII: digamos 45 millones en el área al norte del río Huai, y 75 millones a lo largo del Yangtsé y hacia el sur (ver Mapas 10,11 y 12).

El crecimiento de la población trajo consigo una expansión de la vida en ciudades, más notoria en la capital que en ninguna otra parte. En calidad de centro administrativo y político de los Song del norte, Kaifeng concentraba una gran cantidad de funcionarios, así como servidumbre, tropas y aprovechadores atraídos por la corte. Era sólo un poco más pequeña que la capital de los Tang, Chang'an, -cuatro quintos de su superficie-, pero triplicaba el tamaño de la antigua Roma. En el año 1021, la población que vivía dentro de los muros se acercaba a los 500 mil habitantes; si incluimos los nueve suburbios, ésta llegaba casi a un millón. En el año 1100, las familias registradas totalizaban un millón cincuenta mil personas; sumando al ejército se llegaba a casi 1,4 millones.

Tal concentración urbana pudo ser alimentada gracias a su cercanía de la intersección entre el antiguo Gran Canal y el río Amarillo, punto álgido del transporte en barcas desde la región cerealera del bajo Yangtsé. Este económico sistema de transporte a través del Gran Canal, del Yangtsé, de sus afluentes y lagos y de otros sistemas de ríos y canales facilitaron el comercio local e interregional en China. Dichas vías fluviales se extendían a lo largo de casi cincuenta mil kilómetros, dando origen al área comercial más populosa del mundo (ver Mapa 16). El comercio internacional sería siempre una actividad menor en relación a este gran comercio al interior de China.

La industria se desarrolló en Kaifeng antes que nada para satisfacer las necesidades del gobierno. China del Norte, por ejemplo, disponía entonces de grandes depósitos de carbón y hierro con los que la capital podía contar en forma económica gracias al transporte fluvial. Cerca del año 1000, el agotamiento de los recursos forestales obligó a los fundidores de hierro

a utilizar carbón mineral en lugar del carbón de leña en los altos hornos que funcionaban con coque. Más aún, con el hierro fundido así elaborado los herreros Song desarrollaron un método de descarbonización para producir acero. En 1078 China del Norte producía anualmente más de 114 mil toneladas de hierro en bruto (setecientos años después, Inglaterra sólo produciría la mitad).
El arte de la guerra ganó con ello cotas de malla y armas de acero. Para sitiar las ciudades se hacía uso de una protoartillería consistente en catapultas, mientras que la pólvora comenzó a ser utilizada en lanzas encendidas, granadas y bombardas. Antes, los sitiadores corrían desigual suerte puesto que una ciudad sitiada, con sus almacenes de suministros, a menudo podía resistir mejor que los ejércitos que saqueaban el campo estéril. Ahora, las nuevas armas Song podían derribar muros y puertas, detonar minas de pólvora y encender fuego dentro de los muros.
Desafortunadamente para los Song del norte, esta tecnología bélica fue pronto adoptada por los invasores ruzhen, quienes establecieron su dinastía Jin en China del Norte después de haber tomado el control de Kaifeng en 1126. Los Song establecieron una nueva capital en el sur, en Hangzhou.
Durante su mejor época, a principios del 1200, esta gran capital de los Song del sur se extendía a lo largo del estuario del río Qian tang por más de treinta kilómetros desde el suburbio sur -con aproximadamente cuatrocientos mil habitantes-, atravesando la ciudad imperial amurallada, en la que vivía medio millón de personas, hasta el suburbio norte, donde residían unas doscientas mil más. Hangzhou tenía algunas similitudes con Venecia, como señalara Marco Polo. El agua límpida proveniente del gran Lago del Oeste fluía a través de la ciudad en dos o más decenas de canales que llevaban los desperdicios al este, hacia las mareas en el estuario del río. La ciudad abarcaba cerca de 18 kilómetros cuadrados dentro de sus muros, y la amplia Vía Imperial, que corría de sur a norte, la partía en dos. Antes de ser conquistada por los mongoles en 1279, Hangzhou tenía una población de más de un millón de habitantes (algunas estimaciones llegan a 2,5 millones), lo que la convertía en la ciudad más grande del mundo. La Venecia de Marco Polo tenía quizá cincuenta mil habitantes: de ahí su gran asombro ante la vida urbana en China.
Durante el reinado de los Song del sur, y casi por única vez antes del siglo XIX, el comercio internacional generó el grueso de los ingresos del gobierno chino. La demanda de artículos de lujo en Hangzhou, y especialmente de especias -importadas a través de la Ruta de las Especias, que iba desde las Indias Orientales hasta China, y también hasta Europa- contribuyó a la vertiginosa expansión del comercio internacional en la era Song. La demanda era tan alta que las famosas exportaciones chinas de seda y porcelana, y también de monedas de cobre, no eran suficientes para balancear las importaciones. Del mismo modo, la diáspora islámica que había arribado a España e influenciado profundamente a Europa impulsó en la época Song un gran crecimiento del comercio marítimo en los puertos chinos de Guangzhou (Cantón), Quanzhou (Zayton), Xiamen (Amoy), Fuzhou y Hangzhou. Las embarcaciones chinas descendían por las costas de Asia Oriental y atravesaban hacia India e incluso hasta Africa Oriental; sin embargo, el comercio internacional de los Song del sur permanecía en su mayor parte en manos árabes. Su sistema tributario permitió a los Song depender más de los impuestos a la sal y al comercio que del tradicional sostén de la vida imperial, el impuesto territorial. Uno de los efectos de este incremento del comercio fue el restablecimiento del uso del papel moneda, iniciado durante el período de los Tang, comenzando con notas de remesas gubernamentales para transferir fondos, pagarés y otros papeles de negociabilidad limitada, y llegando finalmente a una emisión en todo el país de papel moneda por parte del gobierno. Al igual que el carbón, esta utilización del papel moneda fue otra de las cosas que impresionaron a Marco Polo.
La tecnología náutica china era líder en el mundo durante este período. Hasta quinientos hombres podían ser transportados en los barcos chinos de mayor envergadura (que poseían no menos de cuatro cubiertas, cuatro o seis mástiles y una docena de velas), los que eran guiados mediante un timón a popa y con la ayuda de mapas y de la brújula. Esta tecnología se hallaba mucho más adelantada que en Asia Occidental y Europa, donde las galeras mediterráneas todavía utilizaban fuerza muscular y un ineficiente remo para gobernar el curso de la nave.
Estos son sólo algunos ejemplos de los espectaculares logros de los Song. Cualquier expansionista de mentalidad moderna que vuelva la vista hacia todo este crecimiento e inventiva puede imaginar cómo la China Song, sin interferencia externa, pudo haberse adueñado del mundo marítimo y revertido la historia invadiendo y colonizando Europa desde

Asia. Aparentemente, lo único que faltó fue la motivación y los incentivos. Ello, por supuesto, no es más que una fantasía descabellada, pero nuevamente plantea la interrogante de qué fue lo que impidió el posterior desarrollo de la "revolución económica medieval", como la denomina Mark Elvin (1973), en China. Resulta sencillo acusar a los bárbaros y culpar a los mongoles por torpedear el barco del estado Song, que navegaba tan promisoriamente hacia los tiempos modernos: tiene el atractivo de cualquier teoría diabólica monocausal pero, como veremos, en este caso los factores son múltiples.
En las siguientes secciones observaremos cómo el sistema de exámenes se convirtió en una importante fuente de burócratas para la administración pública, cómo la decreciente probabilidad de obtener efectivamente un puesto dentro de la administración pública estimuló a la clase erudita *(shi)* a volcarse primordialmente en los asuntos locales en calidad de líderes de la nobleza, y cómo la filosofía neoconfuciana contribuyó a este cambio de perspectiva.

La educación y el sistema de exámenes

La clave tecnológica para el desarrollo de la educación durante el período Song fue el libro impreso. Tal como lo ha detallado Tsien Tsuen-hsuin en su magistral volumen acerca del papel y la imprenta, el primer elemento en la exitosa invención china del libro impreso fue el papel. Su desarrollo databa del segundo o del primer siglo antes de Cristo, pero comenzó a ser utilizado en la impresión con moldes de madera sólo a fines del período Tang. Los Song del norte fueron la primera sociedad que contó con libros impresos; Europa los conocería más tarde. El papel fabricado con fibra vegetal en China resultaba más económico que el elaborado con trapos en Europa; del mismo modo, la impresión con moldes de madera era más simple, más barata y más adecuada para los caracteres chinos que el tipo móvil. Los impresos fueron un elemento vital para la expansión de la élite culta de los Song.
Los libros impresos significaron un gran ímpetu a la educación que se impartía en los monasterios budistas y también dentro de las familias. En un principio, el gobierno intentó controlar la imprenta, cuya difusión era generalizada; sin embargo, para la década del 1020 ya fomentaba el establecimiento de escuelas concediendo tierras y también libros. El objetivo era ahora contar con una escuela gubernamental en cada prefectura. Las escuelas matriculaban candidatos, realizaban rituales confucianos y ofrecían conferencias. John W. Chaffee (1985) señala que, a comienzos del siglo XII, el sistema educativo estatal disponía de seiscientas mil hectáreas de tierra para el sustento de doscientos mil estudiantes.
El sistema de exámenes se convirtió en una enorme y compleja institución, importantísima para la vida de la clase alta. Durante mil años, desde la era Tang hasta 1905, tuvo mucho que ver con el pensamiento chino, con su sociedad, administración y política.
Los primeros dos emperadores Song instauraron el sistema de exámenes como un medio para proveer de personal a su burocracia. El privilegio *yin,* por el cual los altos funcionarios podían nominar a sus descendientes como candidatos para los nombramientos, autoperpetuándose al menos parcialmente como clase, aún operaba. Pero, mientras a mediados del período Tang los exámenes no proporcionaban más del 15% de sus funcionarios, ahora los Song obtenían de ellos cerca de un 30%. Los examinadores Song trataban de seleccionar hombres dispuestos a defender el nuevo orden civil, hombres que fuesen "leales a la idea de un gobierno civil", en palabras de Peter Bol (1992). También debían tomar precauciones contra las prácticas desleales en los exámenes, y para ello utilizaban ardides tales como cachear a los candidatos a la entrada, poner números en lugar de nombres en sus papeles y volver a copiar papeles para evitar que fuera reconocida la caligrafía del escritor. En el año 989, para cada examen se fijaron cuotas de aprobados, de modo que ciertas regiones geográficas que proporcionaban una gran cantidad de estudiosos no pudiesen obtener demasiados ganadores en la competencia.
Algunas décadas atrás investigadores pioneros concluyeron que los exámenes Song ofrecían una carrera a quien tuviera el talento, aceptando nuevos hombres según sus méritos; ahora, una inspección más minuciosa sugiere que aun así las grandes familias continuaron colocando a sus candidatos en los puestos oficiales de manera desproporcionada, parcialmente en virtud de una enseñanza superior en el hogar, pero también a través de recomendaciones y contactos. Chaffee descubrió que durante los tres siglos de la era Song los exámenes se tornaron cada vez menos determinantes para obtener un puesto aunque, paradójicamente, más y más hombres llegaron a rendir dichos exámenes. Ello refleja el hecho de que el *establishment* de las familias de funcionarios cada vez descubría nuevas formas de obtener

títulos para sus hijos: por el privilegio *yin* de la recomendación, por la aprobación de diversos exámenes especiales o restringidos paralelos a la competencia regular y, lo más sorprendente, ¡simplemente por el hecho de dar los exámenes y reprobarlos una y otra vez! (nos viene a la memoria el informe escolar que otorga a un niño retrasado por lo menos una nota máxima “por el esfuerzo”). Como resultado de ello, quienes tenían grados regulares constituían en el año 1046 aproximadamente el 57% de la administración pública; en 1119, el 45%; en 1191, el 31%, y en 1213, el 27%. Este porcentaje descendente también puede observarse en los coeficientes de aprobación/reprobación sancionados -es decir, decretados- a medida que el número de candidatos aumentaba: en el año 1023 se permitió que pasaran cinco de diez; en el 1045, dos de diez; en 1093, uno de diez; en 1156, uno de cien, y en 1275, uno de doscientos. Mientras más hombres competían, menos aprobaban.

De esta manera, obtener una educación clásica y dar los exámenes certificaba un status social con o sin la aprobación de dichos exámenes, y con la obtención del título de funcionario o sin ella. Un ejemplar estudio de una comunidad realizado por Robert Hymes (1986) muestra cómo el crecimiento de la clase erudita sobrepasó en gran medida la expansión de los cargos estatales, imposibilitando el ingreso de muchos hombres con exámenes aprobados a la élite profesional de la administración pública. Entre los 200 mil estudiantes registrados como tales, cerca de la mitad eran candidatos para los exámenes, compitiendo por aproximadamente quinientos títulos que les permitirían ingresar a la administración pública de, digamos, veinte mil funcionarios. Así, la mayoría de los estudiantes veía bloqueado el camino hacia la obtención de un puesto. Dadas las circunstancias, el desarrollo de comunidades rurales mercantiles en busca de un liderazgo local atrajo a los eruditos hacia sus localidades de origen. Durante el período de los Song del sur, el status de una familia perteneciente a la élite comenzó a depender menos del hecho de que uno de sus miembros ocupara un puesto en la corte, y más de la riqueza, el poder y el prestigio de dicha familia en el plano local.

Hymes comprobó que las 73 familias de la élite de la comunidad bajo estudio mantuvieron su nivel en promedio durante aproximadamente 140 años. Menciona asimismo “tupidas redes de contactos” -familiares, académicos y personales- entre funcionarios y plebeyos. El ocupar un puesto en la administración pública se había convertido sólo en un factor -y no uno necesario- para el establecimiento de la categoría de élite. En otras palabras, ésta se había ampliado para incluir a magnates locales, líderes familiares y empleados públicos informales, así como a ex funcionarios. Para todos por igual, el prerrequisito era una educación clásica que los calificara culturalmente como miembros de la clase de los *shi* (letrados o “caballeros”). Dichos hombres, por su educación confu-ciana, sentían la responsabilidad de mantener el mundo material y moralmente en orden. Fueron guiados por la doctrina del neocon-fucianismo, una filosofía de vida que se originó a partir de los debates de los eruditos funcionarios de la dinastía de los Song del norte.

El neoconfucianismo

El confucianismo postulaba como normas de conducta la generosidad y la perfección; como los indisciplinados eran tan comunes en China como en cualquier otra parte, periódicamente los confucianos llamaban a una reforma. De hecho, la mayoría de los fundadores dinásticos llegó al poder para remediar algún mal. Reafirmado el sistema de exámenes, y una vez que los burócratas Song compartieron la misma enseñanza clásica, era natural que surgieran reformistas entre ellos. Esta situación, recurrente en el confucianismo, presenta dos rasgos principales: primero, los funcionarios en favor de las reformas normalmente esperaban que el emperador les concediera el poder para llevarlas a cabo, asumiendo que la autocracia imperial era el origen de todo poder político. Podrían reforzarla o utilizarla, pero nunca procuraron cambiarla ni reemplazarla por cualquier otra forma de autoridad al interior del Estado y la sociedad; segundo, los supuestos reformistas consideraban a la gran masa de la gente común como receptores pasivos del benevolente despotismo que ellos buscaban dirigir. Suponían que todos los mercaderes eran perniciosamente codiciosos, y que todos los hombres de armas eran adictos a la violencia. La labor del reformista era mantenerlos en su lugar y asegurar un sabio ejercicio del poder central unificado representado por el emperador. Desde este punto de vista, la reforma era una alta vocación, un medio para preservar el orden imperial beneficiando -y controlando al mismo tiempo- a la gran masa popular.

Un temprano exponente de reformista confuciano, Fan Zhon-gyan, demostró su dedicación en su máxima: “Antes que el resto del mundo comience a preocuparse, el erudito se preocupa; después que el resto del mundo se regocije, él se regocija”. Como precisa James T.C. Liu (en Fairbank, 1957), cuando Fan fue primer ministro de los Song del norte impulsó reformas tanto en la burocracia (para combatir el favoritismo) como en los exámenes (para que los contenidos tuvieran relación con la práctica), la posesión de tierras (para dar a los funcionarios locales la posibilidad de contar con las rentas en lugar de aplicar la extorsión), la defensa con el fin de reforzar la milicia local y otros asuntos. Su demanda por un sistema de escuela más amplio en parte dio resultado; a Fan también se le conoce como el fundador de una ejemplar “hacienda de beneficencia” dedicada a sustentar la educación de los miembros de su propio linaje.
El reformista Song más famoso y controvertido fue Wang Anshi. A pesar de que sus reformas han sido analizadas a diversos niveles, el estudio más reciente lo perfila como un hombre de mentalidad totalitaria adelantado a su tiempo. Como clasicista, consideraba a los antiguos sabios de China hasta Confucio como modelos de perfección cuyas intenciones como mínimo todavía podían imitarse. Las nuevas directrices de Wang tenían por objeto establecer un “sistema perfecto, autónomo y autoperpetuante”, como lo define Peter Bol (1992). Respaldado por el emperador a partir del año 1068, Wang sorteó la burocracia colocando a su propia gente en puestos oficiales para que ejecutaran las reformas que combatirían la corrupción y las desigualdades a través de una fuerte intervención estatal en la economía. En efecto, su intención era dejar fuera de combate al sector privado, como lo llamaríamos hoy, limitando estrictamente la tenencia de tierras y la riqueza privada, y organizando al pueblo en entidades de responsabilidad mutua con el propósito de controlarlo. No toleraría la oposición, a la que consideraba inmoral; en un Estado y una sociedad debidamente unificados, todos los hombres debían ostentar los mismos valores, la gente debía funcionar en su nivel dentro de la jerarquía, y ninguno debía tener recursos independientes para apoyar a otros y quizá respaldar así la disensión. Se acabarían los préstamos de los patrones a sus inquilinos: todos dependerían por completo del gobierno. Mientras tanto, el sistema de responsabilidad mutua crearía lazos comunitarios y debilitaría el poder de la familia.
El radical programa de reformas de Wang minaba la base de la riqueza familiar local -la que generaba postulantes para los exámenes, así como administradores y mercaderes locales-, por lo que, tras algunos años de experimentos y agitación, fue desechado. Lo reemplazó con éxito una propuesta alternativa representada por el historiador Sima Guang, contemporáneo de Wang. Sima pensaba que la política imperial no debía guiarse por los perfectos modelos teóricos de los tiempos antiguos, sino por el estudio de la historia. Elaboró por tanto un compendio extremadamente influyente denominado *Un modelo exhaustivo para la ayuda en el gobierno,* en el que hacía una relación del dominio dinástico desde el año 403 a. C. al 959 d. C. Sima procuró elegir acontecimientos que mostraran cómo habían funcionado las diversas políticas. Este enfoque pragmático instó al emperador a estudiar a sus predecesores sin desesperarse buscando la perfección. Sin duda el orden establecido requería de una renovación, pero no de una transformación a partir de un plan detallado. La existencia de señores y servidores era el resultado natural de la diferencia en las habilidades humanas. La función central del gobernante debía ser la selección de esos talentos, que debían pesquisarse entre los letrados confucianos.
Este planteamiento conservador que proponía mantener el sistema del confucianismo imperial, siempre tratando de remediar sus defectos y de evitar sus males, tuvo un efecto perdurable en el gobierno chino. Wang se había propuesto transformar el Estado en un orden político y social integrado, dirigido por una autoridad política, donde no hubiera diferencia entre el gobierno y la sociedad, o entre lo político y lo moral. Sima, por su parte, consideraba que el Estado debía ser conducido por los letrados, una élite social segregada formada principalmente por familias con una tradición de servicio oficial, cuyo aprendizaje era dirigido hacia ese propósito.
El neoconfucianismo, como fue denominado posteriormente por los jesuítas, tomó forma bajo la dinastía de los Song del sur, tras el humillante derrocamiento de los Song del norte por los ruzhen. Los cinco principales pensadores de dicha escuela habían expuesto su pensamiento durante la primera dinastía Song, pero fueron aclamados sólo después de que el notable erudito Zhu Xi (1130-1200), un organizador, sintetizara sus diversas contribuciones. Sus enseñanzas no eran una versión más de la cosmogonía estatal, sino que proporcionaban una visión filosófica global del universo y del lugar que el individuo ocupa en él. Al igual que otros escritores Song, Zhu Xi menospreció el valor del confucianismo Sui-Tang, y volvió la vista en cambio hacia los clásicos confucianos de las eras Zhou y Han tardías. Entre los textos clásicos antiguos, que por entonces ya se habían ampliado a trece, contenidos en 120 gruesos

volúmenes, seleccionó los *Cuatro Libros* que según él expresaban la esencia del confucianismo. Estos fueron las *Analectas* de Confucio *(Lunyu),* el libro del principal sucesor de Confucio, el filósofo Mencio (aprox. 372-289 a. C), más *La doctrina del término medio (Zhongyong)* y *El gran aprendizaje (Daxué)*. Estos dos últimos eran partes de un mismo texto clásico.
La cosmogonía de Zhu Xi era de tipo dual: los grandes principios inmutables de la forma *(li)* configuran al elemento material *(qi),* el cual, moldeado por *li,* crea una realidad existente. Pero tras este dualismo se halla el *Tao,* el Camino, la enorme fuerza portadora de energía que invade el universo y todo lo que éste abarca. Sólo a través de un disciplinado autoaprendizaje un hombre podría llegar a entender el Camino y, en su búsqueda, moldear su carácter. Los neoconfucianos Song pensaban que el verdadero Camino hacia el perfeccionamiento moral del individuo y del mundo había sido establecido por Confucio y Mencio, pero que desde entonces no había sido trasmitido. Mil quinientos años después, su anhelo era entonces "recuperar el Camino".
Zhu Xi encontró en realidad un medio para introducir subrepticiamente en el confucianismo un elemento necesario de trascendentalismo budista. Sus adherentes promovieron esta nueva filosofía, eminentemente racional y humana, desafiando a la corte y a los literatos a ser menos egoístas y a mantenerse fieles a sus ideales confucianos. Por medio de los escritos y de las enseñanzas de esta minoría crítica el neoconfucianismo se convirtió en la fe viviente de la élite china hasta el siglo XX, en lo que sería uno de los sistemas éticos más expandidos e influyentes del mundo.
En décadas recientes, tras el colapso de la sociedad tradicional en la cual el neoconfucianismo constituía el credo principal entre la élite, los estudiosos del pensamiento chino nuevamente han logrado "recuperar el Camino" a través de la valoración de las enseñanzas de Zhu Xi. En 1989, por ejemplo, se realizó durante tres días un Taller sobre Humanismo Confuciano en la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias en Cambridge, Massachusetts. El humanismo confuciano, huelga decirlo, hoy ha integrado la idea moderna de los derechos humanos, aunque en su origen el neoconfucianismo concentraba su preocupación en la élite educada, no en las masas.
Lo que primero sobresale en los estudios textuales de los escritos neoconfucianos dirigidos por W.T. de Bary y otros es la relativa autonomía del erudito, de quien se esperaba que utilizara su propia conciencia y capacidad de percepción en sus estudios clásicos. El aprendizaje era "por el bien de uno mismo... para encontrar el Camino en uno mismo". Estudiar para uno mismo en lugar de hacerlo para otros (los propios examinadores) no es egoísmo, sino el camino hacia el autoaprendizaje. La autodisciplina del erudito, quien "se somete a sí mismo" mediante un arduo autocontrol, tiene como objetivo final el bien público.
En segundo lugar, la finalidad primordial es un aprendizaje moral y racional que se considera muchísimo más importante que el arte y la literatura. Apoya las Cinco Relaciones (de hijo a padre, etc..) y mantiene por lo tanto el orden social, evitando la polarización entre el individuo y la sociedad. En lugar de llamarlo individualismo radical, De Bary (1983) sugiere la denominación "personalismo confuciano", el que se cumple con creces cuando uno está "en comunión con otros".
Para conquistarse al pueblo, Zhu Xi utilizó el idioma vernáculo y también defendió la mantención de las reuniones periódicas de los residentes locales conocidas como el Pacto Comunitario *(xiangyué).* Aunque se convirtió en una práctica generalizada sólo durante la dinastía Ming, después de 1368, dicha institución tiene su origen en un prototipo establecido en el año 1077 por la familia Lu. Este consistía en una asamblea mensual donde se servía comida y se llevaba un registro de procedimientos. Se elegía uno o dos líderes y se adoptaban reglas en extremo minuciosas en relación al comportamiento. Zhu Xi realizó una versión corregida, incluso más detallada, de las reglas de la familia Lu, en la cual enfatizaba la jerarquía estableciendo, por ejemplo, cinco segmentos de edad con reglas de conducta para todos los miembros de las distintas categorías. El objetivo, por supuesto, era mostrar a las familias de la élite educada cómo comportarse. Zhu suponía que la vestimenta común y los rituales más importantes serían aquellos de la élite. A los que no eran parte de ella, si se aventuraban a estar presentes, no les correspondía sentarse según la edad. Las enmiendas de Zhu Xi también contenían detalladas instrucciones acerca de la manera como saludar a un compañero del pacto, cuándo llamar a compañeros del pacto, cómo invitarlos a los banquetes y cómo realizar tales banquetes: qué vestir, qué tarjetas de presentación utilizar y otros muchos aspectos. ¡Era un hombre muy organizado!

Durante las conversaciones sostenidas en estas reuniones del Pacto Comunitario se podían alabar las buenas obras, corregir los errores y preservar los ritos y costumbres. Zhu consideraba que esta institución fusionaba los intereses públicos con los privados y mediaba entre el Estado y la familia. Más de setecientos años más tarde, y aunque el contenido difería, tales métodos de crítica y autocrítica volverían a surgir bajo la República Popular. Ambos constituyeron ejercicios de moralidad aplicada.

Zhu Xi promovió las academias para los eruditos. Mantenía contacto con cerca de veinticuatro de dichas instituciones no oficiales, y enseñaba a veinte estudiantes en la suya. El objeto de esta enseñanza era el individuo, quien debía lograr su propia comprensión de la moralidad y sentir la responsabilidad de su autoaprendizaje moral en su esfuerzo por llegar a ser un sabio. Zhu tenía la esperanza de que finalmente el propio gobierno se apoyara sobre “la autodisciplina universal, comenzando con la propia rectificación del gobernante”. A ello podrían contribuir las lecciones que los eruditos daban al emperador (como parte del ritual de la corte), así como los juicios subsiguientes de los historiadores de la corte. Al discutir acerca de asuntos morales, el ministro y el emperador debían hablar como iguales.

Zhu Xi fue un gran editor de textos y escritor de comentarios, pero su principal contribución fue izar la bandera de la rectitud moral confuciana y clavarla al mástil. Como destaca Denis Twitchett (en CHOC 3), la era Song fue testigo “del cambio gradual de China hacia una sociedad ideológica con un fuerte sentido de la ortodoxia”. James T.C. Liu (1988) llama a los neoconfucianos “trascendentalistas morales”, aunque con el tiempo, dice él, “el neotradicionalismo penetró tan profundamente en la cultura que perdió la fuerza para transformar”. El papel histórico de Zhu Xi y del neoconfucianismo sigue en disputa: siete siglos de escritos proporcionan argumentos para todos. Una forma por la que el neoconfucianismo pudo haber retardado el crecimiento moderno de China fue su desprecio por el comercio; su actitud se basaba en que los mercaderes no producían bienes, sino que sólo los trasladaban de un lugar a otro en busca de alguna ganancia, lo cual resultaba innoble.

Podremos comprender mucho mejor por qué existe una continua controversia en torno al significado de los textos chinos traducidos observando el método de escritura de los eruditos clásicos. Como apunta Joseph Needham, éstos consideraban el mundo como un flujo de fenómenos concretos merecedores de una observación cuidadosa y de una relación cronológica; sin embargo, no se valían mucho de categorías analíticas. La construcción de un sistema lógico no era su fuerte. “Incluso en el caso de un gigante como Chu Hsi (Zhu Xi)”, afirma Derk Bodde (1991), “debemos deducir su sistema desde una confusa clasificación de expresiones registradas, glosas de los clásicos, cartas a amistades y otros documentos dispersos. No existe ni siquiera una sola *summa* escrita por el maestro mismo” (a diferencia de su contemporáneo europeo Tomás de Aquino).

Los escritores del chino clásico eran por educación más compiladores que creadores. Habiendo memorizado largas secuencias de los clásicos y otras historias, construían sus propias obras mediante un extenso trabajo de montaje de frases y pasajes extraídos de aquellas fuentes. A esta citación no acreditada hoy se le denominaría plagio; sin embargo, los escritores chinos antiguos se consideraban a sí mismos presentadores del registro más que sus creadores.

Numerosos problemas de traducción surgieron debido a la ausencia en la gramática china de particularidades tales como nombres singulares y plurales, tiempos -pasado, presente o futuro-, género y declinaciones que indicaran relaciones gramaticales, así como de un medio para mostrar que algunas palabras derivan de otras (sin considerar lo que podrían indicar las partes radicales y fonéticas de los caracteres). Por otro lado, un lector puede descubrir el significado gracias al ritmo, la cadencia y el equilibrio de grupos sucesivos de caracteres, como descubrí al enseñar durante veinticinco años la traducción de documentos oficiales de la era Qing.

Otro problema del chino clásico fueron las escasas formas de generalizar o de expresar conceptos abstractos; por ejemplo, para expresar la idea del ser o de la existencia como una abstracción no temporal e inactiva. Casi no se utilizaban hipótesis o condiciones teóricas contrarias al hecho; lo mismo ocurría con el razonamiento lógico inductivo o deductivo. Todo esto dificultaba la introducción de nuevas ideas extranjeras en el lenguaje escrito. En última instancia ello puede haber hecho más difícil el desarrollo de los aspectos teóricos de la ciencia.

El problema más conocido con un término en la traducción al inglés fue la frase *gewu (kewu),* utilizada por Zhu Xi y traducida como “la investigación de las cosas”. Algunos estudiosos modernos pensaron que se refería a un estudio científico de la naturaleza pero, como explica Kwang-Ching Liu (1990), el significado real era: “la adquisición del conocimiento moral a través

del estudio cuidadoso de los clásicos y de la inspección minuciosa de los principios tras la historia y la vida diaria".
Tales fuentes de imprecisión, unidas a la constante ampliación del repertorio conceptual de los filósofos modernos, hacen del neoconfucianismo un campo todavía fértil para nuevos discernimientos e intereses.

La formación de la sociedad de la nobleza

Junto con el crecimiento de China durante el período Song se fue estableciendo una estructura social que, a grandes rasgos, permanecería hasta el siglo XX. Las familias de la clase alta dominaron en tal forma la vida china que los sociólogos han denominado a China un estado de nobleza, e incluso la gente común podría hablar de la "nobleza erudita" como una clase. Pero no dejemos que esto nos haga evocar a la nobleza terrateniente, la carne asada y la caza de zorros en la alegre Inglaterra, porque "nobleza" en el caso chino es un término técnico con dos significados principales y una ambigüedad interna, por lo que requiere de un manejo cuidadoso. La caracterización que presentamos deriva principalmente de la era Qing (1644-1912), la más estudiada. La sociedad de la nobleza china experimentó una larga y variada evolución en sus disposiciones institucionales, y su inmensa diversidad está quedando al descubierto ahora a través de los estudios de las élites locales. No obstante, para apreciar la variedad primero uno debe obtener una imagen general, un modelo que cubra toda China, tal como lo intentaron los investigadores pioneros.
Por lo general los no marxistas concuerdan, primero que nada, en que la nobleza china no fue una mera clase de señores feudales, porque su sociedad no estaba organizada en torno a un sistema que se pudiera denominar feudalismo, excepto posiblemente antes del 221 a. C. Aunque "feudal" es un término occidental que todavía puede resultar un insulto bien aplicado, tiene poco valor en relación a China. Por ejemplo, una característica esencial del feudalismo como es entendido en referencia a la Europa y el Japón medievales ha sido la imposibilidad de enajenar la tierra: el siervo medieval pertenecía a la tierra y no podía dejarla ni venderla; en cambio, si disponía de los medios el campesino chino era libre para adquirir tierras, tanto de hecho como de derecho. En efecto, la compra y venta de tierra en lotes pequeños y no demasiado costosos fue lo que probablemente contribuyó a la extrema parcelación de la tierra cultivable, con sus pequeñas y numerosas franjas de sembradíos. En todo caso, el que la situación vital del agricultor chino no pudiera calificarse de "feudal" de ninguna manera quiere decir que era menos miserable. Pero, si se pretende que la palabra conserve un significado válido para instituciones europeas y otras a las cuales se aplicó originalmente, no puede ser muy significativa en el contexto chino.
La nobleza china, a medida que sus instituciones fueron desarrollándose a partir del período Song y hasta el Qing, sólo puede ser entendida en un sentido a la vez económico y político, conectado tanto con la posesión de tierras como con la posesión de grados. Una definición más restringida le asignaría un status de nobleza a aquellos *individuos* que hubiesen obtenido sus títulos aprobando en forma regular sus exámenes, o en ocasiones por recomendación o compra. Esta minuciosa definición tiene el mérito de ser concreta e incluso cuantificable; en este sentido, la nobleza estaba constituida por poseedores de grados académicos que aparecían en listas oficiales y cuyo status no dependía de recursos económicos, en especial de la posesión de tierras, la que resulta tan difícil de cuantificar a partir del registro histórico. El millón de hombres -poco más, poco menos- que obtuvo el grado de primer nivel durante el período Qing debe ser considerado, según P.T. Ho, como una "nobleza inferior", apenas sustraída de su condición plebeya, mientras la pequeña élite que tras años de esfuerzo lograba superar las tres rigurosas series de exámenes de una semana de duración en la capital provincial y en Pekín formó una "nobleza superior" de gran influencia.
La sociedad de la nobleza se basaba en el sistema familiar dominado por los hombres. Las mujeres eran consideradas criaturas inferiores, relativamente prescindibles, que por lo general se emparentaban con otras familias. El objetivo de la nobleza era conservar el status de la familia a través del entrenamiento de sus hijos para convertirlos en estudiosos y graduados. Bajo el neoconfucianismo, los jóvenes estudiantes eran instruidos desde su infancia en una estricta disciplina, quizá escasa en afecto. El autocontrol y el afanoso trabajo mental desinteresado tendían a desplazar la frivolidad, la sexualidad, el desarrollo muscular e incluso la espontaneidad. Testimonios recogidos por Jon Saari de eruditos de la era Qing tardía nos muestra una imagen más bien deprimente de la educación en las familias de la nobleza.

Los individuos pertenecientes a la nobleza servían como funcionarios públicos, desempeñando funciones políticas y administrativas. Pero también se involucraban en relaciones familiares, de las cuales podían obtener sustento material. Este dualismo político-económico ha llevado a muchos autores a definir el término “nobleza” de una manera más general, como un grupo de *familias* en lugar de poseedores de títulos individuales solamente. Ambas definiciones deben ser tenidas en cuenta, tanto la estricta como la más general.
Las familias de la nobleza se establecieron principalmente en las ciudades amuralladas, no en las aldeas más pequeñas. Constituían un estrato de familias terratenientes que mediaban entre las masas campesinas ligadas a la tierra por una parte, y los funcionarios y mercaderes que manejaban la actividad administrativa y comercial en general, por otra. Conformaban la élite local, la que tenía a su cargo ciertas funciones relacionadas con la población campesina, sus inferiores, y algunas otras relacionadas con los funcionarios, sus superiores. En la comunidad agrícola, la nobleza incluía a los grandes terratenientes cuyos amurallados palacetes, con abundantes patios interiores, profusión de sirvientes y provisiones y a prueba de bandidos, dominaban los viejos pueblos mercantiles. Este era el tipo de “casa grande” alabado en tantas novelas chinas y occidentales acerca de China. La nobleza, en su calidad de clase dirigente local, manejaba el sistema de derechos consuetudinarios y legales para el uso de la tierra, los que por lo general eran tan diversos y complicados que se requería de una gran habilidad administrativa para mantenerlos en orden. La propiedad múltiple del suelo y del subsuelo, las diversas relaciones de inquilinaje, los préstamos, las hipotecas, los pagos habituales y las obligaciones para ambas partes formaban un complejo tal dentro de la comunidad que muchos campesinos apenas podían asegurar si ellos mismos eran inquilinos o más bien pequeños terratenientes.
Para los funcionarios de la antigua China, las familias de la nobleza eran un medio a través del cual se recaudaban los impuestos. Para el campesinado, y por esta misma razón, funcionaban como intermediarias que podían mitigar la opresión oficial al mismo tiempo que la ejecutaban. El funcionario local se ocupaba de las inundaciones y de la hambruna, de las rebeliones incipientes, de un sinnúmero de casos criminales menores y de los proyectos de obras públicas, apoyado por toda la comunidad noble. El era el muro de contención entre el pueblo y la burocracia.
Si un hombre pobre era capaz de aprobar los exámenes, podía convertirse en miembro de la nobleza -en el sentido estricto referido anteriormente- a pesar de no estar relacionado con una familia terrateniente. No obstante, en la mayoría de los casos los individuos poseedores de títulos académicos tenían alguna relación con familias terratenientes, y dichas familias contaban con miembros poseedores de títulos. En general, las familias de la nobleza constituían la reserva no oficial de la burocracia y de los poseedores de grados académicos. Las grandes familias eran el semillero donde se alimentaban los que tenían puestos oficiales, y también el refugio donde los burócratas destituidos o exhaustos podían acudir.
La nobleza tenía muchas funciones importantes de naturaleza pública *(gong,* opuesto a oficial *guan* o privado *si)* en cada comunidad. Para generalizar acerca de dichas actividades, realizadas por millones de personas durante varios siglos, haríamos bien en establecer dos aspectos en cada extremo de un continuo entre idealista y realista. En la perspectiva idealista, que nos llega a través de anecdotarios locales y otros escritos, la élite noble consideraba como un deber el asumir el liderazgo de la comunidad, con la que se sentía comprometida. Así inspirada, reunía fondos para obras públicas -las que también supervisaba- tales como la construcción y el mantenimiento de servicios de irrigación y comunicaciones: canales, diques, represas, caminos, puentes y transbordadores. Participaban en las reuniones del pacto comunitario y apoyaban las instituciones y la moralidad confucianas estableciendo y manteniendo academias, escuelas, santuarios y templos locales dedicados a honrar a Confucio, así como publicando libros -especialmente historias o geografías locales-, homilías y exhortaciones al pueblo. En tiempos de paz, fijaban el tono de la vida pública. En épocas de desorden, organizaban y comandaban las milicias. Arbitraban disputas de manera informal que se resolvían de un día a otro, en lugar de los interminables litigios que se desarrollan en cualquier pueblo norteamericano. La nobleza también realizaba obras de caridad para los miembros de su clan y manejaba fondos fiduciarios para ayudar a la comunidad. Obviamente, todas estas actividades no podían haber sido realizadas por una sola persona. Hemos descrito esta lista para mostrar el amplio rango de oportunidades para la acción de la nobleza.
Otra de sus funciones era realizar contribuciones a petición oficial para ayudar al Estado, especialmente en tiempos de guerra, inundación o hambruna. Estas contribuciones resultaban tan útiles que la mayoría de las dinastías obtuvo ingresos extras vendiendo los grados

académicos más bajos, admitiendo de ese modo a muchas personas que adquirían el status de poseedores de títulos sin haber dado los exámenes correspondientes. Aunque ello implicaba un abuso contra el sistema, permitía a los hombres ricos ascender, por un cierto precio, a la clase alta y compartir los privilegios de la nobleza, tales como el contacto con altos funcionarios y la inmunidad ante el castigo corporal.

La visión realista de las funciones públicas de la nobleza, por su parte, comienza con evidencias en el período Song de que ésta debía supervisar los mercados periódicos locales y participar en la asignación y recaudación de impuestos; en otras palabras, desempeñar servicios propios de los funcionarios hasta el período de los primeros Tang. Según Prasenjit Duara (1988) y otros, ello se ha considerado como parte de la función de "intermediarios" que los nobles tenían en la administración local, función que comenzó con el comercio pero se expandió asimismo a la recaudación del impuesto territorial, lo que dio origen a una agricultura tributaria (prometiendo remitir las cuotas de ingresos estos "corredores" retenían los extras de esas cuotas como honorarios personales).

En el comercio, los mayoristas o revendedores *(yahang)* hacían de intermediarios realizando funciones facilitadoras por una cierta tarifa. Un mercado itinerante, por ejemplo, requería en cada localidad de una persona confiable que lo asistiera en asuntos tales como dialectos, costumbres, moneda, cargadores, posadas, mercados y similares. Un comerciante local de este tipo, probablemente un hombre de fortuna, podía ser autorizado por el Estado y cobrar honorarios por sus servicios, los que podían incluir almacenamiento de mercaderías en bodegas, hospedaje y transporte, como también el llevar registros para el Estado. También podía ser un acomodado mercader. Los ricos mercaderes de sal de Yangzhou y los mercaderes Cohong que manejaban el comercio internacional de productos básicos en Cantón fueron sólo los más famosos entre los innumerables intermediarios en toda China que estaban autorizados por el gobierno y lo representaban. Puesto que la élite tenía "licencia" por el hecho de obtener sus grados de los exámenes, se la puede considerar una subclase específica de "intermediarios" en el más amplio sentido de la palabra. Así, cuando la nobleza en tanto personas privadas era llamada a supervisar la actividad pública en el campo de la tributación y de las obras públicas, podía percibir también honorarios o comisiones como parte de su ingreso. Su liderazgo comunitario, como cabría esperar, no se originaba en la pura filantropía, sino que era retribuido. Continuó siendo así a medida que la nobleza del período imperial tardío, habiendo agotado los recursos territoriales disponibles que podían generar ingresos, se tornaba más activa en la esfera pública en calidad de nobles administradores, encargados de instituciones benéficas y nobles mercaderes.

Las funciones administrativas y de liderazgo local de las familias de la nobleza explican por qué la burocracia no penetró más profundamente en la sociedad china. O, para expresarlo de otra manera en términos de origen, la nobleza había surgido para llenar un vacío entre el temprano Estado burocrático y la sociedad campesina china que durante el período Song estuvo excediendo su control. Estudios urbanos inspirados por G.W. Skinner (1977) han demostrado cómo en los dos milenios que van desde la época de los antiguos Han hasta mediados del período Qing la estructura administrativa territorial de las sucesivas dinastías no presentó crecimiento alguno, mientras la población china sextuplicaba su número. Los distritos de nivel básico o subprefecturas *(xiari)* llegaron en el apogeo de aquellos regímenes a un total de 1.180 durante el período Han, 1.255 en el Sui, 1.235 en el Tang, 1.230 en el Song, 1.115 en el Yuan, 1.385 en el Ming y 1.360 en el Qing, mientras que la población del imperio puede haber totalizado los sesenta millones en el año 80 de la era cristiana, ochenta millones en el año 875, 110 millones en 1190, 200 millones en 1585 y 425 millones en 1850. De este modo, un magistrado de un distrito era responsable de 50 mil personas durante el período de los Han tardíos, pero de 300 mil en la época de los Qing tardíos. Skinner afirma que la administración Qing simplemente no pudo haber funcionado con menos de 8.500 distritos administrados desde Pekín. En lugar de crecer mecánicamente hasta un nivel tan inmanejable, a medida que se fue expandiendo el Estado chino consolidó los distritos de los núcleos más poblados mientras creaba nuevos distritos en la periferia. Entretanto, redujo sus funciones administrativas locales. Por ejemplo, después del período Tang se puso término al sistema de mercados urbanos bajo administración oficial, el gobierno detuvo en general su "minuciosa regulación de los asuntos comerciales", y renunció de forma decidida a intervenir oficialmente en los asuntos locales. Su lugar lo ocupó la nobleza.

De este modo, a partir de la época de los Song el gobierno imperial permaneció como una superestructura de aproximadamente el mismo tamaño nominal. Por ejemplo, se registran cerca de 18 mil puestos oficiales durante el período Tang, 20 mil en el Song y 20 mil en el Qing

(las tablas de organización administrativa se heredaban de un régimen a otro). El gobierno no llegaba directamente a las aldeas; la nobleza local constituía allí sus cimientos. Las numerosas funciones públicas de los poseedores locales de títulos conformaban una especie de plataforma por debajo de la burocracia imperial, que permitía a los funcionarios desplazarse de un lado a otro con una notable fluidez y aparentemente con independencia de sus raíces locales. En realidad, la persona que el emperador designaba para cualquier magistratura sólo podía administrarla con la cooperación de la nobleza de esa área. En total, en un país con más de 400 millones de habitantes hace un siglo no había más de 20 mil funcionarios imperiales regulares, pero aproximadamente 1,25 millones de poseedores de grados académicos.

La continua superioridad de las familias de la nobleza sobre la masa de los campesinos estaba asegurada no sólo por la tenencia de tierras, sino también por el hecho de que aquélla proporcionaba mayoritariamente los “caballeros eruditos” *(shi)* que perpetuaban las grandes tradiciones de la caligrafía, la pintura, la literatura, la filosofía y la vida oficial. Si damos un paso atrás y comparamos la sociedad de la nobleza china con Europa hasta épocas recientes, es imposible no quedar impresionado. En las cambiantes circunstancias actuales, el sistema de creencias de los neoconfucianos, reformulado, puede aún suscitar respeto e incluso lealtad. Su mensaje central acerca de la apremiante necesidad de autodisciplina en el servicio del orden social es una llamada de atención para muchos oyentes interesados.

El anhelo específicamente chino por el orden, y por lo tanto la necesidad de la autoridad, ha sido explicado por antropólogos sociales como Patricia Ebrey (1984), cuyo estudio acerca de los *Preceptos para la vida social* de un funcionario Song es un saludable *obligato* para la enseñanza del filósofo. El autor aconseja en doscientos tópicos diferentes cómo relacionarse bien con los parientes, cómo perfeccionar la conducta personal y cómo manejar los asuntos de una gran familia. Ciertas realidades nos son de improviso reveladas: en primer lugar, la extraordinaria complejidad de las relaciones interpersonales cuando las reglas gobiernan los papeles asignados por el status en cuanto al parentesco, la edad, el sexo y la ley. Se nos recuerda la importancia integral de los sirvientes, así como de las concubinas, las doncellas y otros, en el “mini-estado” de la gran familia. Cómo golpear a un sirviente (no lo haga usted mismo), cómo comprar una muchacha esclava, cómo disciplinar a un hijo: al lector se le ofrece una orientación práctica y sensata, digna de las *Cartas* a su hijo de Lord Chesterfield: “la regla general con las doncellas y concubinas es la de ser cuidadoso con lo que se comienza, y tomar precauciones en relación a la forma en que las cosas pueden terminar”.

Lo más sorprendente de todo ello es el alto nivel de control al cual todos, incluido el maestro, se hallaban sujetos, lo que evidenciaba nada menos que la opinión ética del grupo. A diferencia del ideal del filósofo de una adhesión absoluta al principio, al maestro de una familia de la nobleza se le aconseja pensar a futuro, considerar todos los aspectos y estar siempre dispuesto a transigir.

5. La paradoja de la China Song y el Asia Interior

La simbiosis del Wen y el Wu

Numerosas creaciones chinas en tecnología, gobierno, arte, pensamiento, organización social y otras áreas alcanzaron su punto culminante durante el período Song; lo mismo sucedió con la invasión y toma del poder de China por parte de tribus no chinas del Asia Interior. El que China fuese conquistada por extranjeros justo en el apogeo de su civilización resulta una sorprendente paradoja. El misterio se intensifica si observamos que esta conquista no ocurrió en forma repentina, sino que de hecho comenzó en el año 907, antes de establecerse la dinastía Song, y continuó en forma intermitente por más de tres siglos y medio, hasta el año 1279. A un desarrollo tan prolongado casi no se le puede considerar accidental. ¿Qué tendencias a largo plazo se escondían detrás?

Uno de los factores de la debilidad de los Song fue la formación de un burocratismo que cargó con los costos de la defensa. Paul J. Smith (1991) ha llegado a declarar que "durante la época de los Song del sur, el Estado se tornó parasitario". Detrás de ello encontramos el desdén confuciano por los militares, clasificados incluso como inferiores a los mercaderes. Tan arraigado era este rechazo que los militares fueron excluidos de la lista confuciana regular de los cuatro grupos o clases ocupacionales: erudita *(shi),* agrícola *(nong),* artesana *(gong)* y comercial *(shang).* Derk Bodde (1991) señala que ni Confucio ni Mencio sugirieron alguna vez esta división de la sociedad en cuatro partes, la que probablemente apareció por primera vez entre los autores legalistas de finales del período Zhou y comienzos de la era Han. Sin embargo, desde aquel entonces y durante veintiún siglos esas cuatro clases han permanecido como tales en el saber popular acerca de China.

El poder militar fundaba y mantenía las dinastías, construía imperios y los defendía; por tanto, el estamento militar solía tener un tamaño considerable. Resulta fácil argumentar que los guerreros constituían también un grupo o clase ocupacional en China. Algunos han sugerido que los *shi* registrados en los huesos de oráculo Shang eran en ese entonces "guerreros" o más tarde "servidores". Obviamente, los militares no figuraban en la lista como una quinta clase ocupacional: los *wenren* (letrados) confucianos consideraban a los profesionales del *wu* (violencia) como sus enemigos mortales, como la encarnación del demonio de la fuerza bruta, y el deber moral de los confucianos era extirparlo en favor del comportamiento civilizado. Incluirlos como una quinta profesión en una lista confeccionada por ellos habría sido perdonarlos, legitimar su existencia, otorgarles una cierta estatura moral.

Un confuciano podría sostener además que el uso de la fuerza militar fue siempre una medida que estuvo a disposición de la élite gobernante de funcionarios y eruditos: uno ingresaba a dicha clase convirtiéndose en erudito, más tarde en funcionario; un funcionario podía comandar tropas. Existían generales eruditos que a menudo ejercían el poder militar. En un principio, las tropas estaban conformadas meramente por campesinos reclutas o conscriptos. La única "clase" militar en sí misma, nos podría decir un erudito, constaba de bandidos que se habían rendido, caballería mercenaria, sargentos instructores, arqueros y gente así, un grupo misceláneo que ocupaba un lugar muy inferior en el sistema oficial. Los letrados menospreciaban explícitamente los exámenes, las jerarquías y los cargos militares, a pesar de ser paralelos a los civiles. En calidad de profesionales de la violencia, los soldados formaban parte de la Corte Interior del emperador, más allá del control del complejo *wen* de la burocracia. En ocasiones, los eunucos dirigían tropas.

¿Por qué durante dos mil años los eruditos chinos han perseverado en su negativa confuciana a aceptar el estamento militar como una clase ocupacional? Las fuerzas militares profesionales aparecen siempre en la historia china; el que no las consideremos como una clase militar sugiere que los eruditos chinos aún hoy están bajo el dominio del gran mito confuciano del Estado, el gobierno por la virtud. Visto desde otro ángulo, ésta es una de las glorias de la antigua China, un pacifismo racionalmente justificado, y al mismo tiempo una de sus mayores debilidades: no haber sido capaz de evitar la conquista extranjera desde las praderas.

A juzgar por las preguntas de los exámenes, afirma Peter Bol (1992), los Song del sur eran bastante conscientes de sus problemas militares, pero nunca confiaron en tropas mercenarias provenientes de la escoria de la sociedad, pobremente disciplinadas y a quienes no se les podía delegar poder de decisión ni siquiera en el nivel de comando. La dominación civil de la fuerza militar formaba parte del control estatal de la élite gobernante, pero dejaba al Estado militarmente débil. En tamaño y recursos militares los Song más que igualaron a los Jin (y posteriormente a los mongoles), pero la oficialidad civil Song no gustaba mucho de la violencia. Charles Hucker (1975) y otros concluyen que la porción china del imperio conformado por China y el Asia Interior se había tornado tan civilizada que carecía de los valores marciales y del sentido de etnicidad -en oposición al culturalismo- necesarios para combatir a los invasores que por lo general prometían gobernar a la manera china. En efecto, los confucianos eran especialmente adecuados para la administración, no para mantener el máximo poder imperial. Después de todo, a ellos se les había educado para ser funcionarios públicos en un sentido literal, y podían prever que el hecho de recurrir a la violencia sólo generaría más violencia. Sin embargo, después de todo lo dicho, el hecho es que los Song del sur mantuvieron a raya a los mongoles -que todo lo conquistaban- durante 45 años, casi dos generaciones.

Algunas perspectivas acerca de las relaciones de los gobernantes chinos con el Asia Interior nos las proporciona Thomas J. Barfield, en su informe cronológico de la sucesión de pueblos tribales de las praderas. Barfield concluye que en épocas de estabilidad la conexión china con un poder tribal propiciaba la hegemonía de éste en Asia Interior. Así, cuando los Han eran fuertes fueron testigos de la larga dominación de los Xiongnu sobre Asia Interior, como los Tang lo fueron de los turcos uigures. La evidencia procedente mayoritariamente del lado chino impide una visión equilibrada de dichas relaciones.

La falta de contacto con Asia Interior puso a los Song en desventaja por la dificultad de asegurarse caballos para la guerra. Las dinastías Qin-Han y Sui-Tang habían estado todas en contacto con quienes detentaban el poder en Asia Interior, por medio de comerciantes y enviados. Eran expertas en hacerse de aliados y utilizar a algunos pueblos en contra de otros. La ineptitud de la diplomacia Song -demostrada cuando inicialmente ayudaron a los ruzhen contra los qidan sólo para ser derrotados posteriormente por los ruzhen, y después ayudaron a los mongoles contra los ruzhen sólo para ser luego destruidos por los mongoles- supuestamente se debía a su falta de contacto directo con la vida del Asia Interior y a una participación exclusivamente marginal en ella. La China Song, a pesar de todo, coexistió con varios estados periféricos -Vietnam al sur, Nan Zhao al suroeste, el Tíbet, el estado de Xia oeste (Xixia) o Tangut en el noroeste, y el estado Liao de los qidan al norte-, de modo que China estaba, de hecho, como lo califica Morris Rossabi (1983), diplomáticamente “entre iguales”. La afirmación Ming de su superioridad universal sería sostenida sólo después que el imperio mongol del siglo XIII hubo sentado un precedente.

A partir del período Song, dentro de la organización política imperial confuciana se observa un complejo administrativo civil y un complejo militar que gobiernan en tándem; ambos eran necesarios para dirigir el Estado. El complejo civil constaba de los poseedores de grados por exámenes y los funcionarios y eruditos de la administración pública instruidos en el neoconfucianismo, junto con la élite local o nobleza de las que provenían. El complejo dueño del poder militar, menos estudiado, incluía al emperador, su familia y su nobleza, fuerzas de choque del ejército y tropas de guarnición, más los eunucos de palacio y el aparato de seguridad (como lo llamaríamos hoy), todos especialmente ligados al emperador.

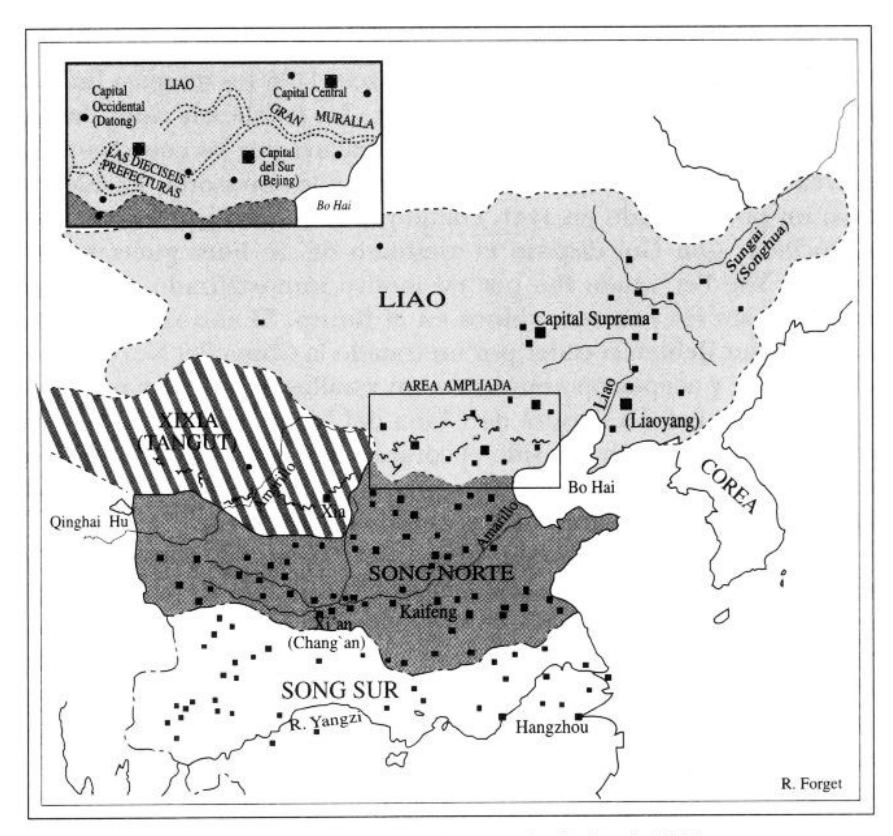
Quizá podamos distinguir una cierta división de funciones entre estos dos complejos. Tal como he sugerido más arriba, la autocracia imperial era una contraparte necesaria a la administración burocrática. Podía ser una fuente de innovación o una repentina intervención autónoma y no rutinaria; naturalmente, era impredecible, a menudo cruel y potencialmente desastrosa. Dentro del bien organizado orden confuciano, el emperador funcionaba como el ápice de la estructura y, al mismo tiempo, representaba el principio del desorden violento en su máxima expresión. El era el gran verdugo.

Casi desde el comienzo el gobierno de China había implicado un dominio conjunto de estas dos funciones. Los guerreros tribales del Asia Interior habían contribuido a reforzar la función imperial a través de un continuo patrón militarista propio de los pastores nómadas. Los administradores civiles confucianos chinos ejercían la otra función. Las dinastías eran militaristas en sus inicios, pero una vez establecidas sus burocracias eran civiles. La ideología de cada una se adecuaba a sus necesidades. Los hombres de armas que fundaron las dinastías creían en el Mandato Celestial, que era confirmado como el suyo una vez que cesaba la resistencia. Los eruditos administradores integrantes de sus burocracias despreciaban a los hombres de violencia, quienes al recurrir a la fuerza *(wu)* evidenciaban su falta de cultura *(wen).* El mito central del Estado confuciano se refería a que la conducta ejemplar y benevolente del gobernante -la que manifestaba su virtud personal *(de)*- atraía a la gente hacia él y le otorgaba el mandato. Esto se podía afirmar mientras se pudiese reprimir a los rebeldes, de preferencia decapitándolos.
La gran debilidad de este mito confuciano del Estado radicaba en que el gobernante, si deseaba seguir reinando, nunca podría prescindir de la prerrogativa militarista de decapitar a quien quisiera *pour raison d'état,* para preservar la dinastía. De este modo, el gobierno bajo el confucianismo imperial fue manejado por burócratas que servían a un autócrata, y ambos dependían del otro. En la práctica, a menudo se lograba un equilibrio entre el *wen* y el *wu* cuando a los administradores territoriales de enseñanza confuciana se les permitía dirigir tropas para destruir a los rebeldes. Muchos eruditos se especializaron en asuntos militares; algunos llegaron a convertirse en generales muy capaces. Pero tuvieron poder sólo en la medida en que ésa era la voluntad del emperador.
Mientras los chinos bajo la dinastía Song perfeccionaban el clásico sistema de exámenes como un mecanismo a través del cual educar a burócratas obedientes, los invasores contemporáneos no chinos de China -los qidan (dinastía Liao), los ruzhen (dinastía Jin) y los mongoles (dinastía Yuan)- comprobaron la utilidad del militarismo como fuente del poder imperial. El antiguo adagio que dice que China podía ser gobernada sólo a la manera civil confuciana es sólo una verdad a medias. El confucianismo imperial podía funcionar siempre y cuando la dinastía gobernante impusiera la violencia suficiente como para destruir a los rebeldes, y este tipo de poder era la especialidad de las tribus no chinas del Asia Interior. De esta manera, se podría distinguir históricamente una especializa-ción de funciones entre los administradores chinos y los poderosos caudillos del Asia Interior: éstos participaron en forma creciente en el gobierno imperial, en ocasiones apoderándose de él.

El surgimiento del dominio no chino sobre China

Retomemos por un instante el surgimiento de este componente de la organización política china procedente del Asia Interior. Las dinastías Zhou y Qin en la China noroeste habían obtenido algo de su vigor militar a partir de sus contactos con las tribus del norte y de los matrimonios mixtos, como ocurrió con los Sui y los Tang en su época. Ello fue sólo un paso más en el proceso por el cual las tribus invasoras del norte se apoderaron directamente de una parte de China y la gobernaron con ayuda china, pero a través de una casa dinástica no china. Este modelo de gobierno dual sino-nómada se hizo visible desde el siglo cuarto de la era cristiana en Manchuria del Sur, y alcanzaría su apogeo durante el control global que siguió a las conquistas de los mongoles y de los manchúes.
El dominio por parte de miembros de otra cultura presentó un serio problema para la teoría política china. Desde épocas muy antiguas, bajo los reyes del período Shang, la cultura -incluyendo el sistema chino de escritura, el uso de bronces rituales, la relación chamanística con los antepasados y la observancia ritual del gobernante hacia los poderes de la naturaleza- había sido parte integral de la organización política. El antiguo principio del sinocentrismo establecía que la superioridad de *Zhongguo,* el Estado Central, en el *wen* (cultura y civilización) inevitablemente dominaría la mera violencia militar *(wu)* de las tribus del Asia Interior. Esto sería posible requiriendo a los jefes tribales no chinos a que reconocieran la superioridad china postrándose ante el emperador, quien poseía el Mandato Celestial para gobernar China y cuya magnífica benevolencia y compasión compelía de manera natural a los extraños a acercarse y transformarse en contacto con la civilización.
En ausencia de contacto con algún otro estado de similar nivel cultural, la política internacional de los Han y los Tang llegó así a basarse en un sistema de tributo, en una relación recíproca entre superior e inferior comparable a las Tres Obligaciones que mantenían en orden a la

sociedad nacional china. Puesto que el emperador generalmente retribuía la presentación de ofrendas de tributo con espléndidos obsequios, materialmente valía la pena aceptar la supremacía china. Además, el sistema de tributos se transformó tempranamente en el marco institucional -y en una cobertura efectiva- para el comercio con los extranjeros.
Con la cesión del poder central Tang, los cerca de diez estados sucesores de la China del siglo X se concentraron en una organización política multiestatal algo similar a la de la era de los estados guerreros previa a la unificación Qin. En sus relaciones interpersonales los gobernantes recurrieron a algunas prácticas propias de aquellos tiempos, tales como negociar a través de mensajeros, a pesar de que sus relaciones multiestatales estaban ahora centradas en la cuestión de quién haría revivir el poder imperial central. Pero ahora tomaron parte en esta competencia los gobernantes no chinos de la periferia del país. Cuando los no chinos comenzaron a gobernar por primera vez un pueblo chino en el norte, la vieja amalgama de organización política y cultura se vino abajo. El orden mundial chino establecido por los Han y revivido por los Tang como un sistema de pensamiento e instituciones para manejar las relaciones internacionales se había desintegrado.
La dominación extranjera comenzó con el surgimiento de los qidan -un pueblo mongol, del cual la Europa medieval tomó el nombre de Catay para China del Norte-, quienes mantuvieron por más de dos siglos (916-1125) un imperio sobre algunas regiones de China del Norte, Manchuria y Mongolia. En su origen los qidan habían sido un pueblo sólo seminómada, que dependía tanto de los cultivos agrícolas, especialmente el mijo, como de las ovejas, los caballos y los cerdos. Llegaron al poder situándose a horcajadas en ambos lados de la frontera entre la estepa y los terrenos cultivados, combinando la fuerza militar de los jinetes nómadas con el sustento económico que proporcionaba el trabajo de los campesinos. La federación de tribus que fundó el imperio fue dirigida por el clan imperial Yelü, que prolongó su régimen adoptando la institución china de la monarquía hereditaria y muchas de las formas de gobierno confuciano. Según los estudios de KA. Wittfogel (Wittfogel y Feng, 1949) y otros, el imperio Liao, como se autodenominó, fue un Estado dual: su zona sur comprendía dieciséis prefecturas de China del Norte (de las cerca de trescientas en el imperio Song; ver Mapa 13), las que eran gobernadas al estilo chino por instituciones de la burocracia civil heredadas de los Tang. La zona norte del dominio qidan, muchísimo más grande, era gobernada por los jinetes, como siempre. De esta forma, mientras los funcionarios del emperador qidan para el área sur se reclutaban mediante el clásico sistema de exámenes, los arqueros montados del norte se movilizaban y entrenaban para servir en una guardia de élite, el *ordo* (de donde deriva el término “horda”). Con el tiempo se estableció una docena de *ordos* en áreas separadas totalizando unos 600 mil jinetes, una fuerza móvil de choque mantenida en reserva.
Este Estado dual descansaba sobre una población de tal vez cuatro millones de habitantes, esto es, aproximadamente un quinceavo de la población del imperio Song localizado al sur. No obstante, el impresionante poder de la caballería Liao obligó finalmente a los Song a pagarles subsidios anuales para mantener la paz en la frontera. En Kaifeng, los emperadores Song del norte debieron contemporizar con los qidan celebrando tratados en los años 1005 y 1042, por los cuales los Song aceptaban un status inferior y pagaban un tributo anual. En 1044 debieron aceptar similares términos en un tratado con los gobernantes tangut del estado occidental de Xia (Xixia) en China noroeste. A pesar de toda su riqueza y progreso, el gran imperio Song careció de la determinación más que de los medios para someter a estos bárbaros.



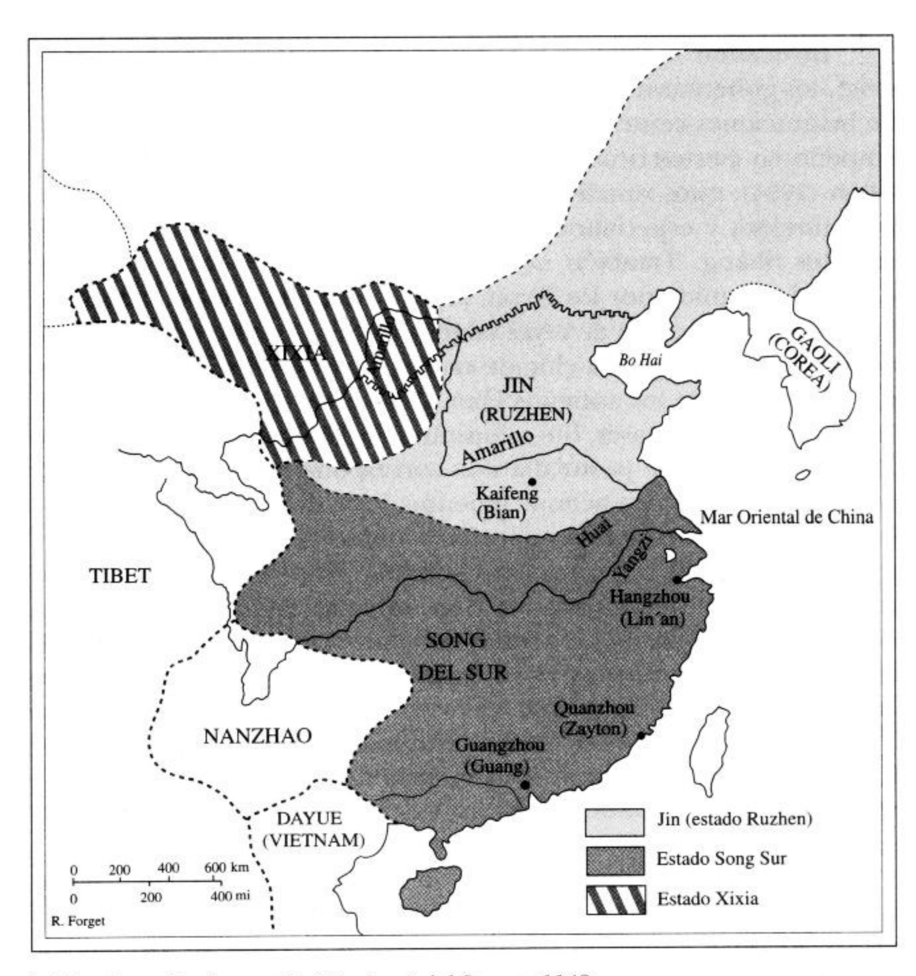
13. Los imperios Song y Liao (Qidan) del norte, alrededor de 1000.

Sorprende que la pólvora haya sido creada por alquimistas chinos en el siglo IX, como nos cuenta Needham, porque contra los invasores nómadas los chinos sólo utilizaron bombas simples y lanzadores de fuego. Es evidente que ese gran avance en la tecnología militar fue de poca importancia para los estadistas Song de enseñanza clásica. En este sentido, el confucianismo fue poco ágil para ir al ritmo de la tecnología.

En el año 1125, las tribus tanguts ruzhen (jurchen) de Manchuria del Norte se apoderaron del estado de Liao, tomando el nombre dinástico de Jin, "Dorado". En un principio se mantuvo el modelo de gobierno dual. Al igual que Liao, el imperio sino-nómada Jin pudo disponer tanto de los caballos de los pastizales como del grano de China del Norte para preparar ofensivas militares que empujaron a los Song hacia el sur. Desde la fundación de su dinastía en el año 960, los Song habían tenido su capital en Kaifeng, en el origen del Gran Canal en el río Amarillo, pero hacia 1126 los ataques Jin los forzaron a abandonar China del Norte. La resistencia Song hacia dichos ataques de los ruzhen se vio maniatada por las controversias acerca de si era mejor pelear o apaciguar a los invasores. El dilema tuvo un punto álgido en 1141, cuando el consejero jefe y principal negociador Qin Gui dispuso el asesinato de un líder guerrero, el general Yue Fei, quien fue por tal motivo inmortalizado como un modelo para los patriotas chinos en el futuro. El año siguiente los Song del sur debieron ceder por un tratado la China del Norte hasta el río Huai, y aceptaron convertirse en vasallos de los Jin y pagarles un tributo anual. La llanura de China del Norte, unida a la región inferior del Yangtsé, había sido el corazón de la vida china, de modo que ahora, por primera vez, un segmento considerable del pueblo chino se hallaba bajo dominio no chino (ver Mapa 14).

Tras haber conquistado China del Norte, los ruzhen de la dinastía Jin (1115-1234) contabilizaban seis millones de personas en una población total de unos 45 millones en dicha zona. Los qidan que sobrevivieron a la dinastía Liao entre los años 916-1125 deben haber sido algo así como cuatro millones, de manera que los ruzhen debieron gobernar a cerca de 35 millones de chinos. En un comienzo contaron para esa tarea con los qidan asimilados a la cultura china, y también con los chinos Han que habían servido a los qidan. Asimismo reclutaron funcionarios del servicio de empleados gubernamentales chinos. Sin embargo, los emperadores ruzhen pronto descubrieron que debían defender el poder central de sus propios líderes tribales ruzhen, aristócratas militares del norte que esperaban controlar las tierras y los pueblos que ellos habían conquistado. En legítima defensa el emperador Jin desarrolló una

burocracia imperial basada en las formas de gobierno confucianas. En el último cuarto del siglo XII, al descubrir que necesitaban candidatos a los exámenes con una enseñanza clásica para proveer de personal a esta burocracia, los gobernantes Jin en Kaifeng establecieron escuelas en idioma ruzhen, tradujeron los clásicos confucianos y fijaron exámenes para los candidatos ruzhen. Sin embargo, el flujo más importante de postulantes provino de los chinos Han: en el cuarto siglo después de 1185, por lo menos cinco mil postulantes metropolitanos *(jinshi)* obtuvieron sus grados aprobando los exámenes chinos ampliados. Tanto o más importante fue la expansión de la cultura confuciana que ello produjo, como señala Peter Bol: "decenas de miles adquirieron una educación gracias a los exámenes".



14. Los imperios Song y Jin (Ruzhen) del Sur, en 1142.

No obstante, "sinicizar" es una descripción poco adecuada para lo que los gobernantes ruzhen pretendían. No se trataba de "transformarse en chinos"; por el contrario, ellos estaban desarrollando su propio papel como partidarios del orden civil *(wen zhi,* "civilización"); esta función tenía un valor supraétnico, según el cual los chinos y los invasores nómadas podían vivir juntos en paz y prosperidad bajo un imperio universal. En otras palabras, los gobernantes no chinos mantuvieron su identidad étnica mientras se desempeñaban como mandatarios de China y el Asia Interior, y promovieron el "culturalismo" original chino (la forma "confuciana" de pensamiento y acción). Así, los ruzhen desarrollaron los fundamentos teóricos del imperio multiétnico que alcanzaría su máxima expresión bajo los que a la larga serían sus descendientes, los manchúes.

Invocando la "sucesión legítima" de sus predecesores *(zheng-tong),* los gobernantes Jin pudieron ayudarse a través de la adopción de instituciones centralizadoras tradicionales y de su adecuado desempeño en ciertos rituales imperiales. Como ha esbozado Hok-lam Chan (1984), estos rituales comenzaban con el culto a las fuerzas de la naturaleza y especialmente hacia los antepasados, tal como hacían los Shang. También se mantuvo la creencia en el Mandato Celestial sostenida por los Zhou, junto con la doctrina del dominio benevolente por parte de reyes sabios, como fue planteada por Men-cio e interpretada por la élite de eruditos

confucianos. La cosmogonía correlativa de los antiguos Han, centrada alrededor de la teoría cíclica de las cinco fases, fue asimismo validada por los emperadores Jin. Esta teoría, que postulaba una correspondencia entre el orden de la naturaleza y los acontecimientos humanos, había remarcado la importancia de la fase, el color y otros elementos que debían asociarse con cada dinastía, legitimándola. Han Wudi, por ejemplo, escogió la fase Tierra para los Han, el color amarillo, el número cinco, y así sucesivamente. Dinastías posteriores, grandes y pequeñas, continuaron afirmando su legitimidad de acuerdo al ciclo de las cinco fases: los Tang, por ejemplo, invocaban su afinidad a la Tierra en tanto sucesores de los Han, mientras los Song exigían el fuego y el color rojo como sus símbolos de legitimidad. Los gobernantes Jin, por lo tanto, reclamaron el poder de la Tierra como sucesores de los Song.

En 1153 los ruzhen trasladaron su capital desde Ha'erbin a Pekín y luego, en 1161, a Kaifeng, antigua capital de los Song del norte. Algunos emperadores alcanzaron altas cotas de brutalidad inaugurando como práctica regular el azotar a importantes funcionarios en un patio abierto, frente al emperador, en total contraposición a la clásica exención china del castigo corporal a los letrados y especialmente a los funcionarios. Algunos ejecutaron a cientos de personas entre parientes, funcionarios y líderes militares, tratando de impedir la formación de una oposición.

Uno de los últimos emperadores Jin, por otro lado, ha pasado a la historia como un gobernante confuciano modelo. Durante su era se produjo un renacimiento cultural dirigido por confucianos chinos súbditos del estado de Jin, moralmente comprometidos a apoyar la cultura heredada del orden civil. Entre ellos, los gobernantes ruzhen de mentalidad confuciana y sus funcionarios letrados chinos sostenían que una dinastía no china efectivamente podría apoyar una tradición cultural “china” (es decir, china y del Asia Interior). En cualquier caso, la legitimidad de la dinastía Jin quedó formalmente establecida al escribirse su historia oficial durante la dinastía Yuan de los mongoles.

La inserción del neoconfucianismo en la vida de los Song del sur estableció un criterio más amplio para la legitimidad dinástica. La victoria en la guerra, procedimientos de gobierno como la promoción del culto imperial a los antepasados, más los rituales y símbolos, las teorías de los estudiosos, el control mediante la intimidación, la vigilancia mutua y la aceptación popular (o de la élite) figuraban entre los factores de legitimación en China de una forma mucho más marcada que en Asia Occidental y Europa. Principalmente gracias al saber confuciano, los criterios chinos se unificaron y se tornaron más homogéneos. En cierta medida, el énfasis de los filósofos Song en la universalidad de su cosmogonía y sus valores dio cabida a los invasores no chinos. A nivel de teoría política, de ahí en adelante China estuvo preparada para aceptar el dominio de las tribus del Asia Interior.

En el análisis final, la legitimación del dominio no chino en China consistió en el hecho de que éste no se pudo evitar y por lo tanto debió ser racionalizado. Como posteriormente descubrirían algunos observadores coreanos, los eruditos chinos podían haber odiado el dominio de los manchúes Qing, pero no dejaron ningún registro de ello. Esta actitud -de odio interno y aceptación externa-es similar a la de muchas víctimas del despotismo de entonces y ahora. Requería de la práctica del autocontrol y de la hipocresía, de una “sumisión fingida” que aceptaba externamente la validez del poder gobernante, negándola en su fuero interno. Para la mayoría de la gente, ello podía implicar una aparente indiferencia hacia la política como algo que no era de su incumbencia, justamente lo que los gobernantes deseaban.

Mirando hacia adelante, podemos aseverar que las dinastías fundadas en la conquista -Liao, Jin y Yuan- forman una secuencia conectada de incursiones militares dentro de China procedentes del Asia Interior, y deben ser consideradas como un proceso único, aunque esporádico. La dinastía Liao se mantuvo por un largo período, pero sólo ocupó una franja en el borde norte de China del Norte; la dinastía Yuan ocupó toda China, pero fue la más breve. Ello sitúa a la dinastía Jin en una posición estratégica tras haber aprendido cómo los invasores extranjeros podían gobernar el corazón de China, la llanura de China del Norte, designando para ello al personal chino heredado de los derrotados Song. Comparativamente, no se repara lo suficiente en el dominio Jin en China que fue eclipsado por la conquista de los mongoles.

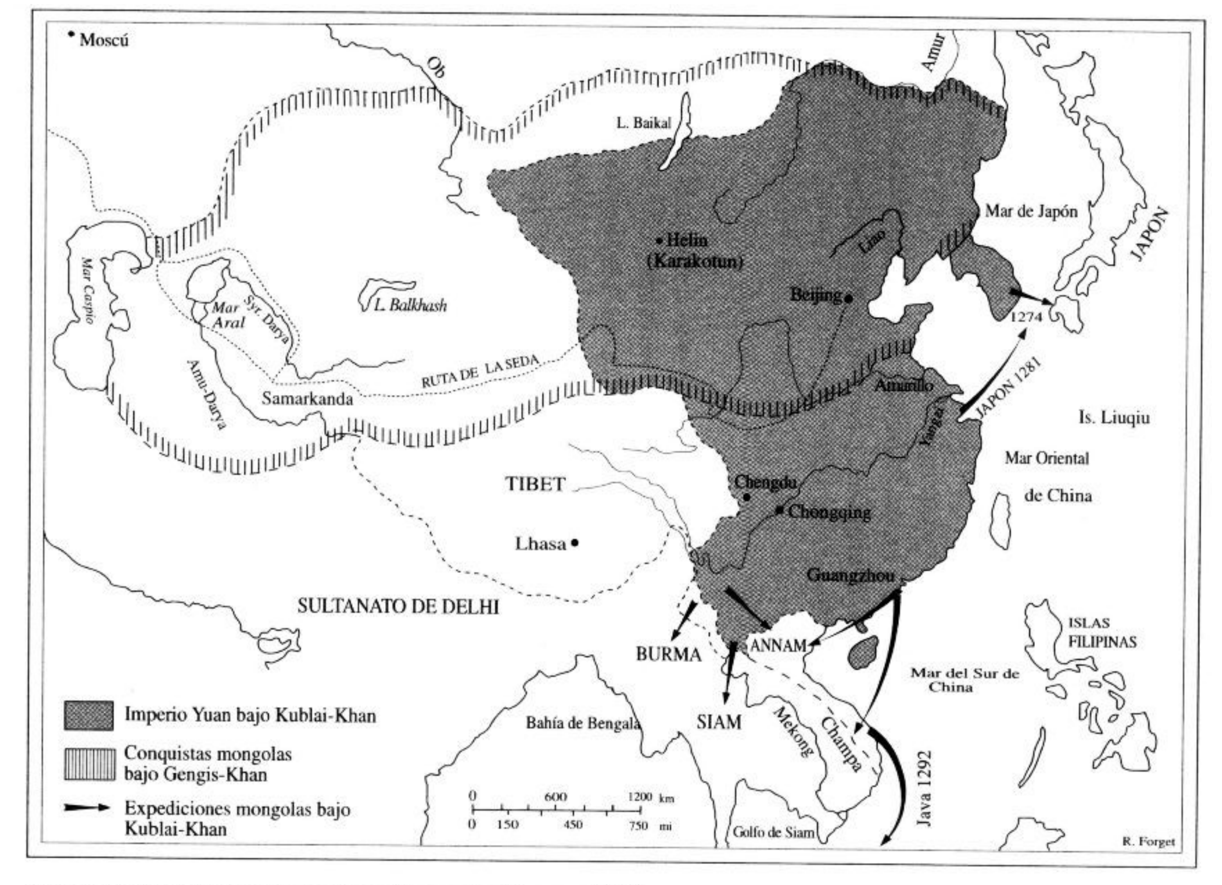
China en el imperio mongol

La conquista mongol fue una precursora del imperialismo occidental en China en el siglo XIX, cuando la sociedad china nuevamente quedó expuesta al choque cultural de influencias foráneas discordantes. En otras palabras, la dinastía Yuan (1279-1368) debe ser analizada como el semillero de importantes fenómenos que observaremos más tarde en las dinastías Ming y Qing (1368-16441912).

Como primer paso debemos detenernos en los increíbles logros del pueblo mongol en la creación de su gran imperio. La máquina bélica de los mongoles fue la culminación de un milenio de osadía militar de los arqueros montados en toda Eurasia. Después de que Gengis Kan unificara las tribus en el año 1206, y de que sus hordas mongoles se dispersaran en todas direcciones, sus hijos y nietos gobernaron cuatro kanatos en China, sur de Rusia, Persia y Asia Central (ver Tabla 3). El ímpetu destructivo y la ferocidad de los mongoles como conquistadores les dio una mala reputación, especialmente entre los moralistas confucianos. Su primera invasión al imperio Jin en China del Norte, por ejemplo, dejó a más de noventa poblados reducidos a humeantes escombros.

Los mongoles acabaron con el imperio Jin en 1234, y sólo 45 años después, en 1279, conquistaron finalmente a los Song del sur. Entre estas dos fechas gobernaron la zona central de China del Norte -la que ya había experimentado un siglo de dominación extranjera-, descubriendo entretanto que el imperio se podía conquistar a caballo pero no podía gobernarse del mismo modo, de manera similar a como los imperialistas europeos del siglo XIX debieron aprender que las bayonetas no servían para sentarse encima.

Con el tiempo, el nieto más capaz de Gengis, Kublai Kan, quien reinó como jefe del mundo mongol desde 1260 a 1294, construyó su capital en Pekín (ver Mapa 15). Se convirtió en emperador de China en 1271, denominó Yuan (“origen”) a su dinastía y gobernó al estilo chino. No obstante, lo perturbaban la política imperial y los rivales que ansiaban su poder. También debía complacer como defensor de la fe al componente musulmán de su imperio, y para los seguidores mongoles del lamaísmo tibetano tuvo que ser un gobernante universal budista. Esta diversidad de creencias reflejaba el cosmopolitismo del mundo multiétnico mongol, en el que incluso la cristiandad nestoriana del Asia Central contaba con devotos al interior de la familia gobernante.



15. Conquistas de los mongoles y el imperio Yuan en 1279.

TABLA 3. DIVISIONES DEL IMPERIO MONGOL BAJO LOS SUCESORES DE GENGIS KAN

- *El Gran Kan* (este asiático): Ogodei (tercer hijo de Gengis Kan), 1229-1241; Mongke (Mangu)*, 1251-1259; Kublai*, 1260-1294 (rigió sobre toda China desde 1279); expulsión de los mongoles de China por los Ming, 1368.
- *Kanato de Chaghadai* (Djaghatai, en el Turquestán): Chaghadai (segundo hijo de Gengis Kan), 1227-1242; incorporación de la parte occidental después de 1370 en el imperio de Timur o Tamerlán, 1336-1405.
- *Kanato de Persia* (Il-khans): formado por Hulegu*; toma de Bagdad, 1258; disolución después de 1335.
- *Kanato de Kipchak* (la Horda Dorada) en el bajo Volga: formado por Batu*, 1227-1255; dominio de Rusia; conquistado por el reino de Tamerlán y disuelto en el siglo XV.

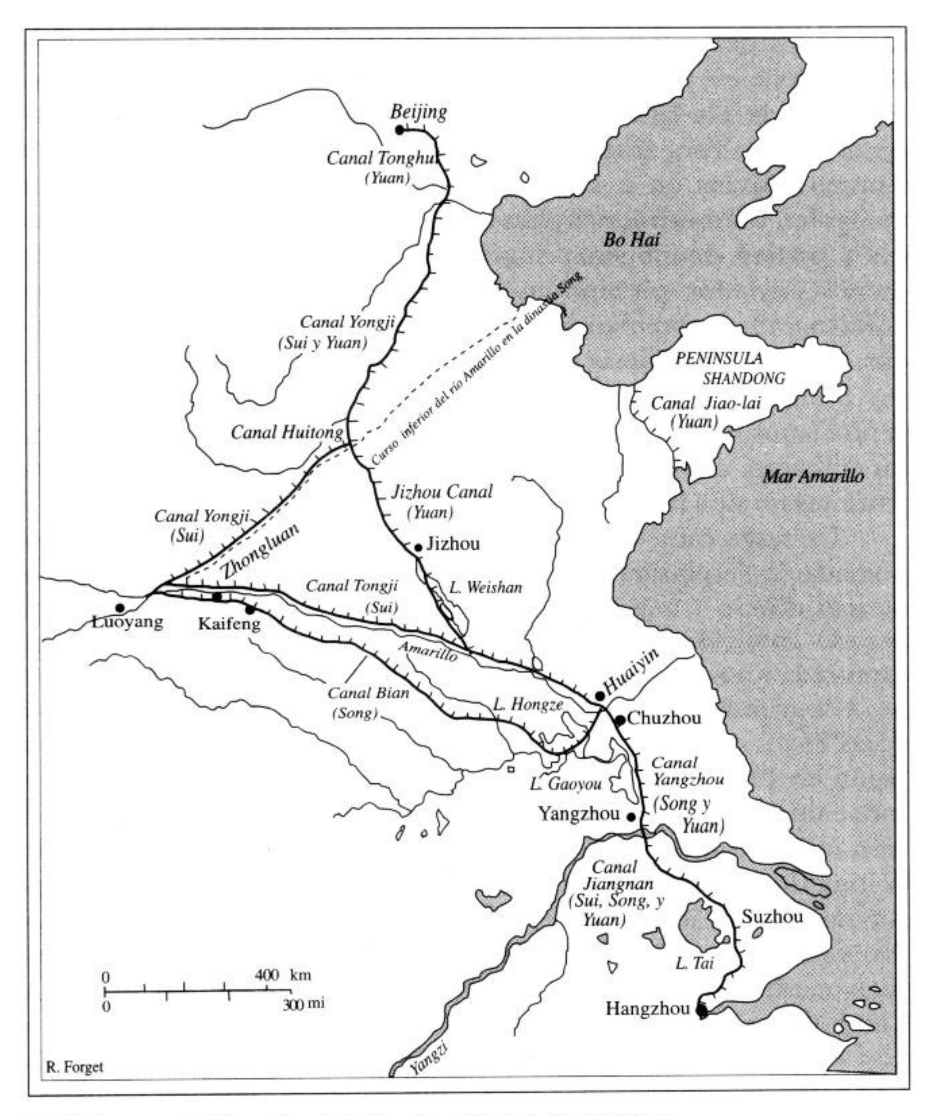
Aunque resulta obvio que la humillación de ostentar un nivel social inferior en su propio país avivó el sentimiento chino antimongol tanto en esa época como en retrospectiva, las condiciones reales de vida en la época de los Yuan, como sugiere John Langlois (1981), presentan un cuadro confuso que requiere de una apreciación más cuidadosa de la que se ha dado hasta ahora. En cuanto al militarismo, primero que nada, no existen muchas dudas respecto a la influencia mongol. El clásico ideal chino había sido que cada campesino también fuese potencialmente un soldado autosuficiente. Bajo el dominio de la dinastía Qin y hasta la Tang, el ejército se componía de conscriptos. Los Qin-Han exigían que todos los varones capaces sirvieran durante dos años como una obligación no remunerada. Los Sui y los antiguos Tang utilizaban el sistema de milicia *fubing,* por medio del cual ciertas familias, a cambio de exenciones tributarias, proporcionaban soldados dispuestos a servir al régimen, premunidos de su propio equipo y sus raciones. Los antiguos Tang contaban con cerca de 633 unidades de milicia, cada una compuesta aproximadamente por mil hombres y localizadas principalmente al noroeste y alrededor de la capital. Los *fubing* fueron abolidos en el año 749; los Tang y Song tardíos reclutaron ejércitos mercenarios, cuyas cualidades personales generalmente los hacían merecedores de una pésima reputación.

En contraste, los hombres de las tribus del Asia Interior eran por naturaleza y por costumbre potenciales soldados de caballería y, tras sus conquistas, se convirtieron en una fuerza armada profesional y también hereditaria. La fórmula “cada campesino, un soldado” había sido sólo un ideal, pero la de “cada cazador, un soldado” se hizo realidad muy fácilmente. La unidad básica de trescientas familias de los ruzhen había podido mantener a cien soldados. Para el año 1206, Gengis Kan tenía a su mando 95 unidades, cada una con mil hombres, el apoyo de sus respectivas familias y los pastos que les eran asignados. Como los mongoles fueron los primeros habitantes del Asia Interior en conquistar y gobernar a toda China, su mayor contribución al imperio fue justamente relativa a los asuntos militares. Según Ch'i-ch'ing Hsiao (1978), los conquistadores mongoles “permanecieron por sobre todo interesados en el poder. Tendían a pensar en términos militares”, y dieron a China una nueva organización del ejército que “incluía a la mayoría de los miembros de la nación conquistadora”.

Habiendo tomado el poder sobre China, las guarniciones mongoles debieron subsistir mediante su propio cultivo agrícola y el de sus esclavos en las tierras despobladas que se les habían asignado en China del Norte. La capacidad de lucha de sus familias -militares en forma hereditaria- pronto se deterioró. Los funcionarios mongoles formaron una aristocracia a sueldo

segregada y autoperpe-tuante -el ala militar superior de la burocracia imperial-, pero, en general, las artes militares mongoles se empobrecieron en China. Aunque se casaron con mujeres chinas, muchos de estos hombres perdieron sus tierras, e incluso tuvieron que vender a sus familias; algunos huyeron y se convirtieron en vagabundos. La condición de soldado hereditario resultó un desastre en tiempos de paz.
Un asunto muy discutido por los historiadores ha sido hasta qué punto el dominio mongol tornó más despótico el gobierno confuciano de China. La respuesta parece afirmativa, pero las razones no atañen sólo a los mongoles. Probablemente el fundador de la posterior dinastía Ming sea el testimonio más categórico de ello. Los mongoles fueron menospreciados -a los chinos les gustaba decir que despedían tal hedor que se podía sentir en el viento- y su dominio se extendió por menos de un siglo, más breve de lo que fue el régimen ruzhen en China del Norte. Los mongoles no pudieron echar raíces, excepto a lo largo de la Gran Muralla. Ello no obsta, sin embargo, a que algunas de sus costumbres hayan sido de todos modos imitadas.
El gran problema al que se vieron enfrentados los mongoles al gobernar China fue de índole cultural. Eran por completo nómadas, procedían de la Mongolia Exterior y no habían tenido ningún contacto previo con China: su forma de hablar, de vestir, sus costumbres y su formación eran demasiado diferentes como para sortear la brecha cultural entre ellos y los chinos Song del sur. Dado que por lo general eran analfabetos y comparativamente menos en número, los mongoles utilizaron personal del Asia Occidental (turcos uigures, árabes e incluso algunos europeos como Marco Polo) en la administración del gobierno, y también a funcionarios ruzhen de origen chino del derrotado imperio Jin. Los habitantes del sur eran desdeñados puesto que su lealtad se ponía en duda. Ellos respondían evitando el servicio gubernamental. Yan-shuan Lao (en Langlois, 1981) ha ilustrado cómo los sureños con grados del más alto nivel estaban dispuestos a ser maestros de academias privadas pero rehusaban enseñar en las escuelas gubernamentales, lo que los convertiría en funcionarios, aunque del rango más bajo.
En general, la brecha cultural creó las condiciones para un gobierno más tolerante. Los castigos de los Yuan eran aparentemente menos severos que los de los Song, y hubo menos exacciones irregulares sumadas a los impuestos. Como Kublai protegía abiertamente el lamaísmo y el taoísmo, y también el confucianismo ortodoxo, no impulsó ninguna persecución a los letrados. Los príncipes mongoles podían disfrutar de sus privilegios y discutir ruidosamente entre ellos. Los mongoles podían establecer guarniciones en puntos clave, pero no eran capaces de administrar el gobierno ni de vigilar las comunidades locales, de censurar la literatura y el teatro chinos ni tampoco de proveer de un liderazgo cultural e intelectual a China.
Al comparar las dinastías Liao, Jin y Yuan, Herbert Franke (en Schram, 1987) sugiere que las tres se caracterizaron por una laxitud en la administración similar a aquella de los gobiernos coloniales, a causa de la mezcla -como aceite y agua- de las costumbres chinas y las tribales. Así, en sus regímenes multiétnicos y multilingües cada nacionalidad utilizaba su propia escritura: qidan, ruzhen o mongol. Los chinos continuaban esperando una sucesión hereditaria dentro de una jerarquía de autoridad, en tanto que los invasores determinaban la sucesión por medio de la elección de una asamblea de jefes más o menos democrática, o a lo menos colectiva. Para los chinos las leyes eran uniformes y generalizadas, mientras que los nómadas aplicaban a cada persona lo que dictara el derecho consuetudinario de su tribu. Esta diversidad favoreció una menor centralización e impidió un despotismo monolítico.
El sistema de exámenes no se restableció hasta el año 1315; la falta de administradores se compensó recurriendo a más *yanten,* empleados del palacio del mandarín. Muchos chinos entraron al gobierno de ese modo, pero su carencia de adoctrinamiento confuciano, unida a la falta de vigilancia mongol, generó una corrupción generalizada. Para mantener el poder en la escena local, la corte mongol dispuso un estrato adicional de funcionarios territoriales mongoles, o en ocasiones chinos, que eran enviados a puntos críticos y podían desempeñar funciones tanto militares como civiles; dichos enviados plenipotenciarios eran denominados *darugaci (daluhuachi)*, y obtenían sus comisiones directamente del emperador. Durante las últimas décadas del dominio Yuan los gobernadores mongoles estudiaron y pusieron en práctica los métodos confucianos, con buenos resultados; tales métodos se desvirtuaron, sin embargo, a causa de la guerra civil entre sus intransigentes compatriotas no sinicizados.
Un rasgo característico de los mongoles es su constante anhelo nómada de desplazarse continuamente de un lugar a otro, en busca de más dinero y más esclavos. Habiéndose expandido por todo el mundo conocido y finalmente invadido China, utilizaron la flota capturada a los Song y, con la ayuda de los experimentados capitanes y la tripulación de ésta,

enviaron expediciones a ultramar. Las flotas Yuan, compuestas por miles de barcos, intentaron conquistar Japón en 1274 y 1281, invadieron Vietnam y Champa (en el sur de Indochina), las islas Liuqiu[4] y, en 1292, Java, sin éxito alguno. También invadieron Birmania y Siam.[5] Los guerreros mongoles sentían la imperiosa necesidad de expandirse; sin embargo, no se esforzaron mucho por introducir el comercio marítimo chino en el primitivo sistema mundial que estaba comenzando a tomar forma en las rutas marítimas que bordeaban Asia. El dominio mongol brindó a China varias décadas de paz nacional y de comercio en caravanas a través de Asia. Algunos europeos llegaron a China por esta ruta. Es una teoría plausible la de que la peste bubónica, que redujo drásticamente la población china alrededor de los años 1331 al 1354, se trasmitió a través de los canales mongoles hacia Europa, donde se convirtió en la Peste Negra de los años 1348 y 1349.
Las grandes obras públicas de Kublai -como el segundo sistema del Gran Canal, por ejemplo- contribuyeron a una cierta prosperidad económica (ver Mapa 16).



16. El sistema del Gran Canal de las dinastías Sui, Song y Yuan.

La mayor parte del comercio marítimo proveniente de Asia Occidental e India todavía se hallaba en manos árabes: como hemos dicho, la diáspora islámica había atraído a los mercaderes musulmanes a China no sólo a través de la Ruta de la Seda, sino también por la Ruta de las Especias, que corría desde las Indias Orientales hacia China y también hacia el Mediterráneo Oriental hasta Europa. Los grupos de mercaderes musulmanes, tan activos en el

[4] Hoy Taiwán.
[5] Hoy Myanmar y Tailandia, respectivamente.

comercio de caravanas de Asia Central como en el comercio marítimo, fueron regulados y recibieron préstamos por parte de los gobernantes mongoles, quienes estaban interesados en invertir en el comercio. En calidad de granjeros sujetos a tributación ayudaron asimismo a los mongoles a recaudar el superávit agrario y a canalizar parte de éste hacia el comercio. La amplia emisión de papel moneda, supervisada por los financistas musulmanes de la corte, fue lo que marcó la expansión de la actividad comercial.

El dominio mongol, al no involucrar a los chinos del sur en el gobierno y dejar intactas sus comunidades locales, estimuló la erudición china privada. Miles y miles de caballeros y eruditos chinos se vieron desempleados por el Estado y libres de perseguir fines privados, de convertirse en líderes de sus comunidades y en presentadores de la tradición confuciana. Así, la era Yuan fue testigo del surgimiento del teatro chino; también floreció la pintura. Entre estos eruditos independientes se destacó con fuerza el énfasis de Zhu Xi en el autoaprendizaje moral del individuo como base del orden social y el buen gobierno. Mientras su escuela urgía el estudio del mundo práctico, los seguidores de otro filósofo neoconfuciano, Lu Xiangs-han, defendían una contemplación más introspectiva. Junto con estas tendencias más filosóficas se desarrolló la escuela del arte de la política, un enfoque pragmático de las instituciones y los asuntos públicos que enseñaba cómo gobernar. Las dos escuelas de pensamiento, la moral y la utilitarista, enfatizaban la virtud de la lealtad, no tanto hacia una dinastía determinada como hacia la tradición neocon-fuciana. La era Yuan también fue testigo de una nueva atención hacia la ley como antídoto para un gobierno arbitrario.

Interpretación de la era Song

Ningún período culminante de una civilización puede ser caracterizado en términos simples. Sin embargo, ha habido estudiosos que han realizado interpretaciones de alguna gran era, las que a menudo han llegado a formar parte de su registro histórico. Los cambios que sufrió la era Song fueron tan amplios y espectaculares que un historiador japonés, Naito Konan, vio en ellos el nacimiento de la China “moderna”, refiriéndose a la China que persistió hasta la época de los Qing tardíos, su propia época: principios del siglo XX. Naito observó dos niveles de poder en esta era moderna: el emperador despótico con su “séquito y sus subordinados”, y “la sociedad china local por debajo de los burócratas designados en forma centralizada”. Esta nueva era moderna se caracterizaba por la “decreciente importancia del gobierno para la vasta mayoría del pueblo chino, acompañada de la progresiva importancia de la cultura” (Fogel, 1984). Naito percibió como parte de ese proceso el cambio que nosotros hemos observado desde un gobierno de una oligarquía de clanes aristocráticos a un gobierno de un clan dinástico-imperial más poderoso, a través de una burocracia experta y de una nobleza local. Alejado del contacto informal diario con sus antiguos colegas de la oligarquía, el emperador se tornó más autocrático. “El resultado”, concluye Denis Twitchett (en CHOC 3), “fue un creciente abismo tanto entre el emperador y la sociedad como entre el emperador y los funcionarios a través de los cuales reinaba”. La tesis de Naito, agrega Twitchett, “resistió notablemente el progreso de la investigación moderna”; sin embargo, no atañe particularmente al enorme drama del florecimiento de los Song y de las conquistas nómadas que contribuyeron a acabar con él. Se echa en falta una apreciación actualizada del espectacular crecimiento de China bajo las dinastías Song y Yuan, y de los factores que a la larga truncaron ese proceso.

A mí me parece que surge una teoría cuando un solo observador investiga y relaciona las obras de muchos estudiosos. Otros han expresado algo muy similar en términos algo diferentes. La hipótesis se puede exponer de la siguiente forma: 1) la antigua China creó un estado *politizado,* con una organización que respondía al propósito del control central a través de los métodos burocráticos de persuasión filosófica, por un lado, y de la utilización de la violencia por parte del autócrata imperial, por otro, 2) los invasores no chinos provenientes del Asia Interior se convirtieron en *parte integral* de la organización política china, gracias a su osadía militar y a sus habilidades administrativas, y 3) el poder imperial sino-nómada resultante mantuvo la primacía del *control político* central sobre los procesos subordinados de crecimiento económico y diversificación cultural.

En síntesis, muy desde el comienzo los invasores no chinos ayudaron a mantener la dominación de la política sobre la vida económica y cultural heredada de la antigua China. La política estaba todavía (o especialmente) al mando. La propensión hacia el control global se veía reforzada sobre todo por la ideología neoconfuciana, que enfatizaba la lealtad hacia la

autoridad en un orden social jerárquico y respetaba la autosuficiencia agrícola por sobre el crecimiento del comercio y el contacto con el extranjero, que eran más difíciles de controlar. Sin embargo, paralela a esta progresiva y persistente autocracia en el gobierno encontramos una tendencia concomitante: la ya mencionada "creciente importancia de la cultura" para el pueblo chino. En otras palabras, aquí estamos discutiendo dos niveles: el del Estado y el de la sociedad.

Así, el segundo punto de Naito acerca del disminuido papel del gobierno y el acrecentado papel de la cultura en la sociedad local queda confirmado con la ya referida formación de la sociedad de la nobleza. No obstante, este crecimiento a nivel local no evitó que el emperador y los más altos miembros de su corte continuasen actuando de forma autocrática.

La influencia que sobre China ejerció la conquista extranjera bajo las dinastías Liao, Jin y Yuan está apenas comenzando a ser estudiada. Su impacto económico todavía parece incierto. Sin duda fue un hito histórico de carácter traumático y, por sobre todo, un desastre psicológico tremendo. Su efecto sobre la China Ming pronto se tornó bastante evidente.

6. El gobierno en la dinastía Ming

El legado del emperador Hongwu

Durante los 276 años que reinó la dinastía Ming, desde 1368 hasta 1644, la población de China se duplicó, pasando de ser aproximadamente 80 millones a cerca de 160 millones de habitantes. Se evitaron en gran medida las destructivas luchas internas, y grandes logros en educación, filosofía, literatura y arte reflejaron el alto nivel cultural de la sociedad noble. Sin embargo, la transición de los Yuan a los Ming no fue muy prometedora: el régimen Ming primero se militarizó para expulsar y contener a los mongoles, y sólo posteriormente trabajó para mantener la estabilidad nacional y evitar la influencia desde fuera de China. El resurgimiento chino que arrojó fuera a los conquistadores mongoles no procuró la continuación de la era Song, pero en teoría intentó retornar a los modelos de los Han y los Tang, preservando todo ese tiempo, de hecho, ciertas características de los Yuan.

El carácter de la era Ming fue establecido por la mentalidad del fundador de esa dinastía, Zhu Yuanzhang, quien reinó como el emperador Hongwu ("vasta fuerza militar") desde el año 1368 al 1398. Zhu había sido un campesino que de niño padeció hambre y fue mendigo; aprendió a leer y escribir gracias a unos sacerdotes budistas, e ingresó a una secta religiosa antimongol. Surgiendo como un guerrero rebelde, superó en violencia a sus competidores en la región del bajo Yangtsé, obtuvo la ayuda de eruditos confucianos para realizar proclamas y rituales en exigencia del Mandato Celestial, expulsó a los príncipes mongoles fisiparos en 1368, y construyó una gran capital en Nankín (ver Mapa 17).

Haciendo un balance, y a pesar de haber sido elogiada como la de cualquier fundador dinástico, la personalidad de este nuevo autócrata parece haber resultado un desastre para China. De aspecto muy desagradable, Hongwu era brutalmente enérgico y sufría de violentos accesos de cólera y de una suspicacia rayana en la paranoia en relación a supuestas conspiraciones en su contra. Frederick Mote (en CHOC 7) señala que muchas peculiaridades del dominio Ming provenían "de las características personales de este hombre extraño y poderoso".

El anhelo de Hongwu era mantener el control centralizado sobre el Estado más grande y más diversificado del mundo. Con este fin, emitió un sinnúmero de advertencias y regulaciones para guiar la conducta de sus súbditos: códigos legales, mandatos, instrucciones ancestrales, una serie de magnas proclamas, estatutos para el pueblo y para el gobierno y regulaciones ceremoniales. Como Edward Farmer indica, tales códigos constituían un patrón del orden social ideal, e incluían sanciones para respaldarlo. Lleno de ideas, Hongwu fue más un ideólogo que un militarista.

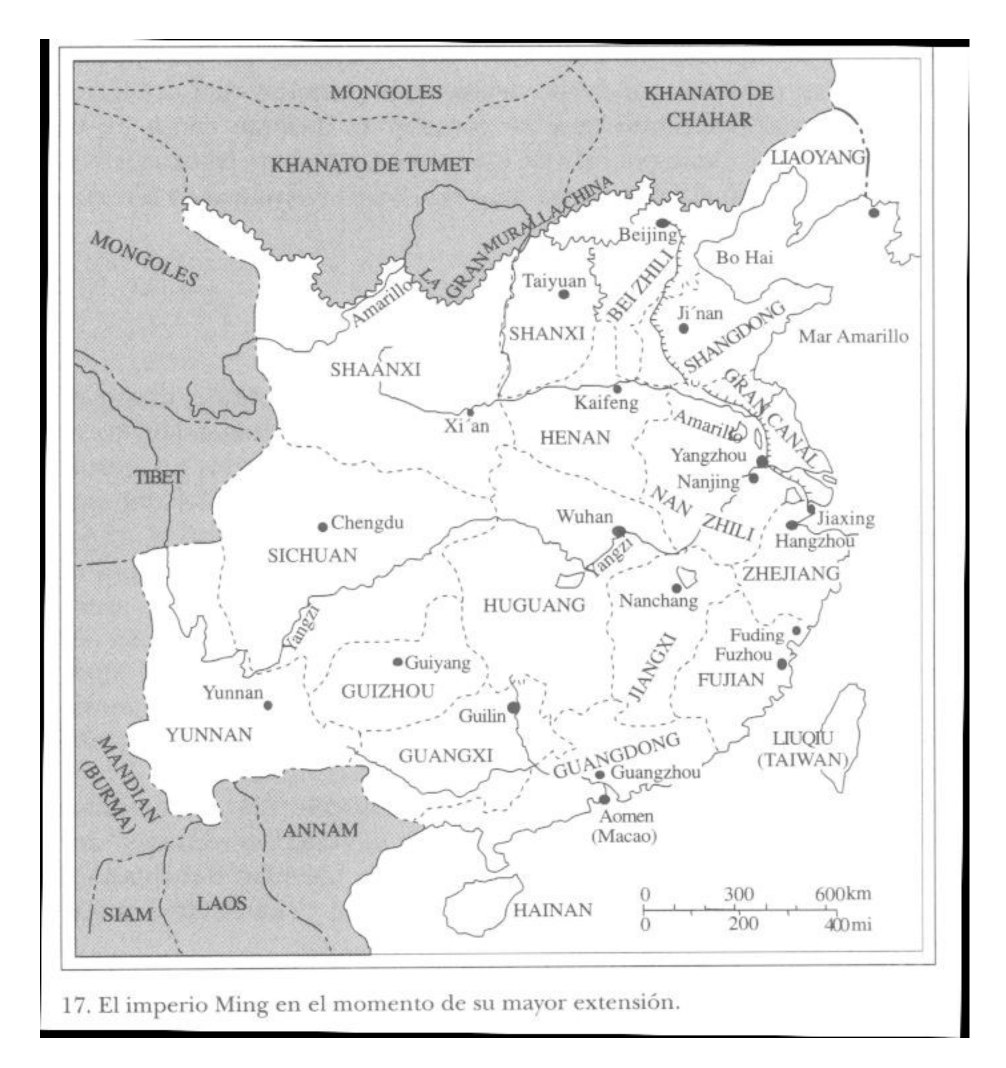
En el terreno de la acción práctica, Hongwu comprendía gracias a su propia experiencia la penosa situación de los poblados agrícolas, y utilizaba todo un repertorio de estrategias políticas para recabar el impuesto territorial, plantar árboles para combatir la erosión, mantener los diques en los ríos Amarillo y Yangtsé, conservar los graneros abastecidos contra la hambruna, apoyar los sistemas de responsabilidad mutua para eliminar el bandolerismo y alentar a la nobleza a socorrer a los necesitados. No obstante, su perspectiva económica se veía limitada por la visión convencional confuciana de la agricultura como fuente de la riqueza del país, el comercio como algo deshonesto y parasitario, y la frugalidad como la principal virtud imperial. Su gobierno intentó fomentar comunidades autosuficientes que mantuviesen el orden por sí mismas, que el ejército se autoabasteciera y que la población rural proporcionara la mano de obra no remunerada para la construcción de caminos locales y para servir en el palacio del mandarín. Su idea de la frugalidad llegaba al punto de pagar a sus funcionarios sueldos meramente nominales, de modo que ellos tuviesen que mantenerse por medio de

cobros no estipulados en la ley. Así, la versión de Hongwu de la política de no imponer nuevos impuestos condujo inevitablemente a la corrupción.

La principal preocupación de Hongwu, en todo caso, era la fuerza militar. Con el fin de evitar un resurgimiento mongol copió el sistema militar de los Yuan, estableciendo guarniciones chinas en puntos estratégicos y creando una casta hereditaria de soldados que se mantendrían gracias a la agricultura pero que estarían siempre listos para la lucha. Donde los príncipes mongoles habían formado una nobleza disgregada con grandes propiedades, Hongwu hizo de sus comandantes una nobleza militar china con rangos y salarios superiores a los de los altos funcionarios civiles, por lo menos hasta que comenzó a sospechar de traición y mandó asesinar a un gran número de ellos.

Puesto a elegir entre el *wen* y el *wu* -los complejos civil y militar en el gobierno imperial-, Hongwu apoyó la violencia a pesar de todas las leyes y alocuciones morales que él mismo había dictado. En 1380, al percatarse de que su primer ministro conspiraba en su contra ordenó decapitarlo a él, a todos los integrantes de su familia y a todos los que estuviesen incluso remotamente conectados con ella, alcanzándose con los años un total de 40 mil personas (¡las redes de *guanxi* tenían sus peligros!). La continua decapitación de funcionarios y varias purgas posteriores pueden haber aumentado ese total a 100 mil víctimas. La pérdida de talentos y el reinado del terror resultantes difícilmente podrían haber permitido que el gobierno confuciano prosperara. Los castigos a golpes -azotes con varas de bambú grandes o pequeñas- y la humillación en recintos abiertos pasaron a ser cosa de todos los días en este período. La víctima era puesta boca abajo amarrada de manos y pies, y debía recibir tantos bastonazos en sus nalgas desnudas como fueran prescritos a viva voz. Ningún ritual pudo haber sido más degradante o más amenazador para la vida, ya que la piel se partía y resultaba muy difícil evitar una infección del tejido herido. ¿En 1519, por haber recomendado que el emperador no continuara en el sur alejado de sus deberes, 146 hombres fueron azotados, once de los cuales murieron. En 1524, algunos funcionarios rechazaron los honores imperiales hacia el padre y la madre del emperador, puesto que éste había heredado el trono de su primo: 134 fueron azotados, dieciséis de ellos hasta la muerte. Se tiene la impresión de que el emperador y sus burócratas se involucraron a menudo en una lucha institucional que la violencia imperial no fue capaz de resolver.

La devastadora determinación de Hongwu de imponer y mantener su control personal podría ser el origen de sus errores de juicio. De esta manera, su obsesión por retener el poder central -un imperativo heredado de la historia- lo llevó a abolir en 1380 la secretaría central y el cargo de Primer Ministro, de modo que él como emperador fuese el “gerente general” civil y militar del reino; ello le aseguraba el control pero también constituía una carga extraordinaria. Uno de los máximos especialistas en la administración Ming, Charles Hucker, relata que en un período de ocho días Hongwu recibía 1.600 comunicaciones-denominadas memorias- en las que se presentaban a su consideración 3.391 asuntos. A razón de 200 documentos en un día de diez horas, cada uno recibiría en promedio tres minutos de atención. En regímenes anteriores, el que manejaba la administración diaria era el Primer Ministro o canciller, junto a su equipo respectivo. Durante los gobiernos Ming y Qing, esta carga recayó sobre los emperadores. Puesto que no todos ellos eran superhombres, el gabinete imperial a menudo padecía de embotellamientos que fácilmente podían hundir al gobierno en una rutina ineficiente.



17. El imperio Ming en el momento de su mayor extensión.

Al suprimir el cargo de Primer Ministro y la secretaría, Hongwu había decapitado la burocracia civil. Ese Primer Ministro, como funcionario máximo de la Corte Exterior -los seis ministerios, la censura y otras oficinas en la capital-, encabezaba el escalafón del personal y se encargaba del trabajo rutinario de oficina. Ello significó que los emperadores Ming debieron gobernar a través de sus séquitos -la Corte Interior-, lo cual determinó que los eunucos se hicieran cargo de la administración, como también de los asuntos militares y otros aspectos importantes. Con el tiempo llegarían a ser 70 mil los eunucos de la corte.

Problemas fiscales

Las insuficiencias más obvias en el legado de Hongwu, desde el punto de vista de un historiador fiscal como Ray Huang (1974), se encontraban en las finanzas del imperio. Para comenzar, no existía separación alguna entre los fondos gubernamentales y los del emperador. El tercer emperador, Yongle (1402-1424), usurpó el trono en una guerra civil y trasladó la capital a Pekín, el área donde podía hacerse fuerte y también el punto estratégico para vigilar a los mongoles. En la Ciudad Imperial que rodeaba a la Ciudad Prohibida -el complejo de palacio- en Pekín existía un área de casi ocho kilómetros cuadrados donde más de cincuenta tiendas de abastecimientos o servicios empleaban a cerca de 100 mil artesanos y otros trabajadores para satisfacer las necesidades de la familia imperial, sin distinción alguna entre funciones públicas y privadas. Ello concordaba con el hecho de que la vida personal y la conducta ceremonial del emperador constituían un factor clave en la actividad del Estado y estaban sujetas de diversas formas al escrutinio y comentario de los eruditos moralistas confucianos.
Bajo la administración de los eunucos, los gastos de palacio aumentaron sin razón aparente. Lo mismo ocurrió con el costo de las tropas personales del emperador, la Guardia de

Uniformes Bordados, que actuaba no sólo como guardaespaldas sino también como policía especial, manteniendo una temible prisión donde se aplicaba un “tratamiento especial” a los transgresores políticos. La Guardia se formó en 1382 con aproximadamente 16 mil hombres, pero fue ampliándose hasta totalizar 75 mil.

Sin perjuicio de la actitud de su corte y sus herederos, el mismo Hongwu aspiraba a la frugalidad extrema. Fijó el impuesto territorial en cerca del 10% del producto agrícola, una tasa poco onerosa. Mediante esta tributación leve y en apariencia benevolente dejó a su gobierno prácticamente sin ingresos. Desde un punto de vista moderno, ello impidió el desempeño de funciones de servicio público que podrían haber ayudado al pueblo en el aspecto económico. Hongwu esperaba que, en lugar del gobierno, fueran las comunidades locales las que efectuasen todo tipo de desembolsos privados relacionados con el pago de los impuestos. A partir de 1381, y con propósitos tributarios y de control, el campesinado fue organizado en grupos de 110 familias, dentro de un sistema de registro conocido como *lijia.* Cada año, diez familias encabezadas por una familia líder tomaban la responsabilidad de vigilar los pagos tributarios y los servicios de mano de obra no remunerada del grupo completo. También actualizaron los *Registros Amarillos* oficiales de todas las tierras y familias. Tales deberes se iban rotando año tras año durante un período de diez años, tras el cual el ciclo volvía a comenzar autoperpetuando el sistema.

Esta ingeniosa disposición compartía una importante desventaja con invenciones similares como el sistema de seguridad y vigilancia mutua *baojia:* constituían un modelo para mostrar al pueblo cómo realizar los diversos tipos de deberes que los eruditos administradores habían ideado para ellos, pero sus detalles dejaban poco espacio para modificaciones. Cuando hubo que ajustado a las particularidades del terreno y a las relaciones personales de la vida en la aldea, los abusos proliferaron y la corrupción se apoderó completamente del sistema. Este desastroso síndrome encuentra ejemplos en la tributación, el mantenimiento del ejército y la provisión de dinero, todo lo cual tarde o temprano se tornaría inadecuado. La causa que subyace a todos estos problemas es la petrificación de la estructura institucional del gobierno en el rígido molde decretado por el fundador, de modo tal que la administración Ming resultó a la larga incapaz de ajustaría a las cambiantes necesidades del país.

En cuanto a la tributación, en primer lugar, para evitar la gravosa tarea de llevar a Pekín los ingresos procedentes de las localidades de todo el imperio las transferencias se realizaban directamente desde una fuente de ingreso específica hacia una erogación autorizada. El resultado fue una compleja red de líneas cruzadas entre ingresos y gastos automáticos, o por lo menos legales, fijada a través de precedentes inflexibles, en la que no se pudo evitar la corrupción puesto que no contaba con la supervisión de siquiera un solo funcionario. Ray Huang concluye que el principal interés del sistema fiscal Ming “fue siempre la estabilidad gubernamental”. Como cada repartición fiscal debía obtener sus ingresos de innumerables fuentes, los funcionarios locales no podían hacer valer su independencia o mejorar la calidad de su administración. Jamás se desarrolló una base financiera adecuada como para apoyar una rebelión; “las operaciones fiscales del imperio estaban tan fragmentadas que se encontraban virtualmente al resguardo de cualquier captura”.

Esta fragmentación del ingreso y del gasto dejó impotente al gobierno central. Una amplia gama de mensajeros, escribanos y personal subalterno de la casa del mandarín se hallaba casi siempre ocupada en recaudar los diversos tipos de impuestos durante todas las supuestas fechas de vencimiento a lo largo del año. El monto total del impuesto territorial no era excesivamente gravoso para la economía; la verdadera carga consistía en la ineficiencia en la recaudación y en el exceso de personal en las agencias recaudadoras. En otras palabras, miles de intermediarios vivían del sistema de recaudación de impuestos gracias a sus engorrosos procedimientos.

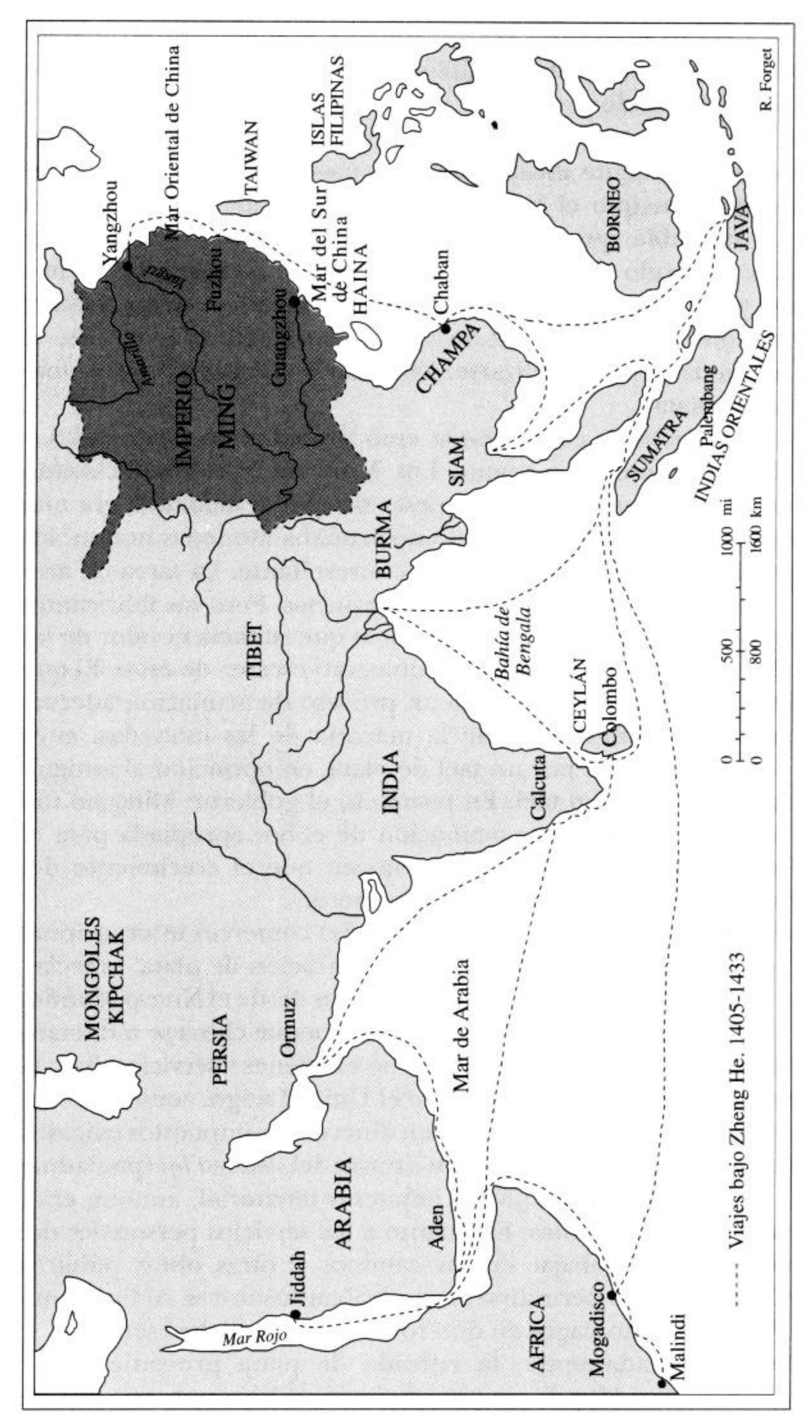
Por ejemplo, no había ningún ítem presupuestario para financiar la conservación del Gran Canal, el que se mantenía gracias al trabajo local no remunerado: el gobierno central no aportaba ningún tipo de financiamiento. A mediados del siglo XV existían 11.775 embarcaciones para el transporte de grano, conducidas por 121.500 oficiales y soldados que se suponía recibían su pago de las raciones del ejército. Puesto que en realidad muy rara vez se les pagaba, dichas tropas de transporte debían depender del traslado de carga privada en sus barcas. En general, dado que cada ítem de ingreso fiscal se anotaba como un pago esperado antes de ser recibido, y que las órdenes pendientes de entrega conducían a un desembolso nominal antes de ser recaudados los fondos, no había flexibilidad posible. Cualquier calamidad, como una inundación, requería de un manejo de crisis para recaudar fondos especiales.

En segundo lugar, las crónicas de la era Ming que alaban la autosuficiencia de la fuerza militar -que cultivaba su propio alimento- no son de fiar. Ray Huang afirma que el ejército estaba lejos de poder autosustentarse. Las crónicas reflejaban el ideal, no los hechos: los funcionarios militares no llevaban registro alguno, y los historiadores Ming querían que la dinastía se luciera. El programa agrícola-militar en su conjunto fue un plan elaborado sin preparación, investigación ni experimentación que lo guiara. No se estableció ninguna agencia controladora, y la administración era muy laxa. Las familias eran presionadas a ingresar al servicio militar y frecuentemente desertaban. Los soldados no recibían un pago regular, sino premios ocasionales. El sistema simplemente derivó en que los soldados retornaron a la agricultura. El estamento militar decayó a medida que disminuían sus raciones. Los soldados vendieron o hipotecaron sus tierras. Al ejército cada vez se le pagaba menos, por lo que la deserción menguaba sus filas cada vez más. Las unidades militares se redujeron a aproximadamente un 10% de su tamaño original, excepto en las fronteras, donde el ejército debía ser abastecido. Sin embargo, como aún persistía la leyenda de un ejército autosuficiente, sus métodos de financiamiento no pudieron ser abolidos ni reorganizados.

El sistema monetario, en tercer lugar, fue asimismo un fracaso, un sistema totalmente incapaz de ir al paso del desarrollo comercial. En un principio el gobierno avalaba el papel moneda, pero Hongwu no sabía que la emisión ilimitada de moneda produce inflación, de modo que continuó regalando billetes como premio y limosna y, para el año 1425, aquéllos se habían devaluado hasta suponer sólo de 1/40 a 1/70 de su valor original. Finalmente, el papel moneda dejó de utilizarse. Entretanto, el gobierno prohibió el uso de la plata.

Las monedas de cobre chinas eran fundidas, no estampadas, y todo debía ser pulido a mano. Los Ming fabricaron muchísimo menos monedas que los Song, a pesar de que la demanda era mucho mayor. A menudo el gobierno no acuñaba monedas nuevas: los falsificadores privados llenaban el vacío resultante. La tarea de acuñación fue entonces destinada a las provincias. Pero los fabricantes utilizaban algo de plomo en la mezcla, lo que reducía el valor de las monedas. Así, continuó existiendo una gran escasez de éstas. El que el gobierno no hubiese realizado un proceso de acuñación adecuado favoreció la falsificación de la mayoría de las monedas, cuyo valor decayó a seis mil por un tael de plata, en oposición al antiguo estándar de mil por un tael. En resumen, el gobierno Ming no fue capaz de proporcionar una acuñación de cobre apropiada para el uso de la gente, justo en el momento en que el crecimiento del comercio aumentaba la necesidad de dinero.

Durante el siglo XVI, el desarrollo del comercio internacional produjo una esporádica pero masiva importación de plata, especialmente desde Japón y a través de diversas rutas desde el Nuevo Mundo. Como resultado, la original economía de trueque china se monetarizó. Gradualmente, los pagos al gobierno en bienes y servicios, bajo la tendencia reformista conocida como el Unico Látigo, comenzaron a combinarse y conmutarse en pagos en dinero. Los impuestos exigidos a los residentes locales y recaudados a través del sistema *lijia* paulatinamente fueron absorbidos por el impuesto territorial, aunque eran preservados en las cuentas. En cuanto a los servicios personales del *lijia,* en lugar de trabajar en los caminos u otras obras públicas aquellos que podían permitírselo empleaban sustitutos. Al final, simplemente realizaban pagos en dinero en lugar de dichos servicios.



18. Los viajes de Zheng He.

Desafortunadamente, la entrada de plata proveniente de Japón y del Nuevo Mundo no proporcionó a China una moneda de plata. Tanto la moneda de cobre como el lingote de plata fueron utilizados en lo que devino un sistema bimetálico. Las transacciones cotidianas se hacían en monedas de cobre, a pesar de que el gobierno raramente podía abstenerse de envilecerlas. Pero no fue posible mantener una moneda acuñada de un valor fijo en plata, ya que los Ming jamás intentaron acuñar dólares de plata. El pago de tributos mediante lingotes no refinados no respondió a una planificación, sino que simplemente se recurrió a él por necesidad, ante el fracaso de todas las demás monedas. En la dificultosa circulación de plata pura fundida la unidad de cuenta -la onza o tael- variaba de un lugar a otro, y también según el tipo de comercio y de agencia gubernamental. En una ciudad podían estar al mismo tiempo en circulación veinte unidades de cuenta de taeles de plata diferentes, requiriéndose una "moneda" diferente para cada artículo importante, como la sal o la tela de algodón, y para

pagos destinados a ciertos lugares determinados. Se debía pesar y también examinar cada lingote para comprobar su pureza. La multiplicidad resultante de unidades de taeles de plata, con las consecuentes transacciones cambiarías, representaron la dominación del manipulador de dinero, quien por medio de este complejo sistema sacaba provecho de cualquier inversionista que deseara colocar su dinero en empresas productivas planificadas.
El sistema fiscal parece haber imitado el fuerte sentido de austeridad de su fundador, en su convicción de que la rentabilidad en sí misma era vil. Se creía que los intereses mercantiles estaban inherentemente en conflicto con los de la sociedad y del Estado, y que debían controlarse lo más posible. Al mismo tiempo, el Estado tuvo que abstenerse de "irse enriqueciendo", puesto que cualquier ganancia para el gobierno desde este ingenuo punto de vista significaba automáticamente una pérdida para el pueblo. El gobierno no fue capaz de desarrollar su potencial poder económico; en lugar de ello recurrió al control político para formar la base de su gobierno. Se rehusó tenazmente entonces a establecer la mínima fortaleza financiera que era requerida para operar la maquinaria fiscal, como también a invertir incluso en servicios de transporte público. Dentro de esta miserable situación se hizo inevitable la requisición de los servicios de la población en general.
Pero, según Ray Huang, lo peor de todo era que cuando ciertos sectores del país mostraban una tendencia al crecimiento, ya fuera a través de la industria o del comercio internacional, el gobierno Ming no veía razón alguna para ayudarlos: más bien se oponía a dicho crecimiento considerándolo un desequilibrio que "amenazaría la unidad política del imperio". Era mejor mantener todas las provincias al mismo nivel que los sectores más subdesarrollados.
Huang concluye que tanto los Song como los Yuan eran más refinados y mostraron una calidad administrativa superior a la de los Ming. "Los Tang, los Sung y los Yuan nunca impusieron una estructura fiscal tan rígida como lo hicieron los Ming", ni sus máximos funcionarios de gobierno asumieron tan poca responsabilidad operacional. "El sistema Ming representa un importante quiebre en la historia fiscal china. A partir de esa época, el principal objetivo de las finanzas gubernamentales fue mantener el *statu quo* político, y éstas cesaron de exhibir cualquier cualidad dinámica". El espectacular retiro Ming del mundo marítimo está en total conformidad con esa idea.

La introspección de China

Los Song del sur y los Yuan habían sido testigos de un gran avance en la construcción de barcos, la tecnología náutica y el comercio marítimo chino hacia Japón y el sur y sudeste asiático. Para el año 1400, los países que mantenían un comercio marítimo con la China Ming eran conocidos desde hacía cientos de años, mientras los barcos mercantes chinos habían estado exportando sedas, porcelana y monedas de cobre. Paralelamente a sus cinco expediciones militares al norte para enfrentar a los mongoles, el emperador Yongle ordenó al Gran Eunuco Zheng He disponer expediciones navales en las rutas de comercio hacia el sur de China. Zheng He era un musulmán originalmente apellidado Ma, cuyo padre había realizado la peregrinación hacia La Meca. Lideró un grupo de eunucos emprendedores a quienes el emperador encargó la ejecución de tareas especiales.
Los siete viajes de Zheng He -entre los años 1405 y 1433- no fueron de poca monta (ver Mapa 18). Sólo los astilleros cercanos a Nankín construyeron desde 1403 hasta 1419 dos mil embarcaciones, incluyendo casi cien grandes "barcos del tesoro", de 113 a 134 metros de eslora y de 46 a 55 metros de ancho. J.V.G. Mills (1970) considera que estos últimos deben haber desplazado cerca de 3 mil toneladas cada uno. Con cuatro a nueve mástiles de hasta 27 metros de altura, una docena de compartimientos herméticos y timones a popa, podían contar con no menos de 50 cabinas y transportar de 450 a 500 hombres. La flota del primer viaje, de 1405 a 1407, se componía aproximadamente de 317 embarcaciones, 62 de las cuales eran barcos del tesoro.[6] Zheng He fue acompañado por un equipo de 70 eunucos, 180 personas del equipo médico, cinco astrólogos y 300 funcionarios militares, quienes dirigían una fuerza de 26.800 hombres. Los tres primeros viajes lo llevaron a India y a numerosos puertos durante la travesía. El cuarto fue más allá de India hacia Ormuz, y los últimos tres recalaron en puertos de la costa este de Africa, por el sur hasta Malindi (cerca de Mombasa), donde las porcelanas Song y las monedas de cobre los habían precedido desde hacía largo tiempo. Algunos destacamentos de la flota realizaron viajes adicionales, uno de ellos hacia La Meca. Como una

[6] La Invencible Armada de 1588 totalizaba 132 embarcaciones.

importantísima operación, Zheng He llevaba mensajeros a rendir tributo a China y los regresaba a su lugar de origen. Dirigía algo del comercio, pero su principal ocupación eran las relaciones diplomáticas, una labor intensa que se extendía a cerca de treinta países. Escasamente violento o agresivo, combatió sin embargo en algunas batallas.
Tres puntos deben llamar nuestra atención aquí. En primer lugar, estas expediciones oficiales no eran viajes de exploración como los de Vasco de Gama o Colón: seguían las rutas establecidas por el comercio árabe y chino en los mares al este de Africa. Segundo, las expediciones chinas eran de carácter diplomático, no comercial, mucho menos aventuras de piratería o colonizadoras: intercambiaban obsequios, establecían el pago de tributos y traían de vuelta información geográfica y curiosidades científicas como jirafas, por ejemplo, las que eran exhibidas como unicornios de la suerte. El tercer punto, y el más impresionante, es que una vez que cesaron estos viajes en 1433 nunca más se reanudaron. En lugar de ello, sus registros fueron destruidos por el vicepresidente del Ministerio de Guerra cerca de 1479, y el comercio internacional chino se vio severamente restringido hasta 1567. En la gran era de la navegación que comenzaba a asomarse alrededor del globo la China Ming llevaba potencialmente todas las de ganar, puesto que se hallaba lejos a la cabeza; sin embargo, rehusó seguir adelante. Sólo comenzar les tomó a los europeos casi medio siglo más. Después de 1433 pasarían otros 37 años antes de que los exploradores portugueses de la costa oeste de Africa arribaran tan al sur como hasta la Costa de Oro, y 59 años antes de que Colón emprendiera su primer viaje con tres pequeñas embarcaciones que totalizaban sólo 450 toneladas.
Edward Dreyer describe cómo las grandes travesías marítimas chinas fueron detenidas por los eruditos-funcionarios de enseñanza confuciana, quienes por principio se oponían al comercio y al contacto extranjero. Ray Huang enfatiza la crisis fiscal del régimen, que realmente no disponía de fondos para financiar aventuras tan costosas. La intervención Ming en Vietnam del Norte en 1407, por ejemplo, fue repelida en 1428 a un costo considerable para la corte china, la cual tuvo que reconocer a Vietnam como un estado tributario independiente en 1431. Además, los funcionarios en Pekín se sentían celosos del poder de los eunucos que el emperador Yongle utilizaba en funciones militares y de seguridad para contrarrestar el creciente dominio de los graduados de los exámenes clásicos sobre el gobierno Ming.
Para mediados de siglo, Pekín también se vio enfrentada a un resurgimiento del poder mongol y a inesperados ataques fronterizos. En 1449, un adulador eunuco jefe sacó al emperador fuera de palacio para ir a castigar a los mongoles. En lugar de ello, éstos capturaron al emperador. En Pekín, cuando los mongoles se acercaron para cobrar un rescate, fue rápidamente instalado un nuevo emperador. La política Ming quedó paralizada por la amenaza mongol. Arthur Waldron (1990) ha investigado las interminables polémicas políticas entre funcionarios que por lo general temían atacar a los mongoles pero rehusaban dejarlos comerciar con China -lo que habría reducido sus incursiones-. Después de 1474 y durante el siglo XVI, la construcción de grandes muros de ladrillo y piedra con sus cientos de torres de vigilancia fue creando lo que hoy conocemos como la Gran Muralla (ver Mapa 17). Como estratagema militar, ésta resultó inútil, pero expresaba claramente la mentalidad de país sitiado de China.
Una vez que la construcción de barcos se vio restringida a embarcaciones de pequeño tamaño, la declinación del poder naval Ming abrió las puertas a un crecimiento de la piratería en la costa de China del Sur, compuesta en forma más ostensible por japoneses pero en realidad principalmente por chinos. En vez de contraatacar, los Ming forzaron un costoso retiro chino de las costas, con la vana intención de obligar a los piratas a rendirse por hambre. Esta postura defensiva incluía la restricción del comercio internacional, que debía asumir la forma de intercambio tributario. Sarasin Viraphol (1977) describe cómo la importación de arroz de Siam por parte de mercaderes chino-siameses hubo de ser manejada como si estuviese relacionada con misiones de tributo. El sistema de tributo tuvo su punto culminante durante el período de los Ming, entonces, pero como un mecanismo de defensa que no connotaba poder, sino debilidad.
En síntesis, el anticomercialismo y la xenofobia triunfaron y China se retiró de la escena mundial. La fuerza militar decayó y los burócratas fueron los protagonistas, excepto las veces en que, bajo gobernantes débiles, el gran estamento de los eunucos -que manejaban la vigilancia y la investigación para el emperador- instauraba dictaduras que aterrorizaban a los eruditos. La contradicción entre la capacidad superior de la China Ming para la expansión marítima y el neoconfucianismo conservador que la ahogó sugiere que la China Ming perdió casi en forma deliberada el barco del desarrollo tecnológico y económico moderno.

Este juicio menospreciativo surge en el contexto de fines del siglo XX, cuando la tecnología y el progreso han provocado en todo el mundo innumerables perturbaciones en todos los aspectos de la vida, sin revelar hasta ahora los principios del orden que podrían postergar la destrucción de la civilización humana. Con el tiempo, el crecimiento autárquico de la China Ming, y la comparación de la paz y el bienestar obtenidos, podrían ser considerados por admirados historiadores que viesen una suerte de éxito donde hoy sólo vemos fracaso.

Políticas facciosas

En el terreno del pensamiento letrado, las ideas del estadista y filósofo Wang Yangming (Wang Shouren, 1472-1529) ganaron muchos adherentes e inspiraron a los eruditos a seguir una nueva tendencia del neoconfucianismo. Wang fue un erudito-funcionario y un general muy competente, que durante varios años se dedicó a reprimir rebeliones y a estructurar la comunidad local haciendo uso del Pacto Comunitario *(xiangyué).* Esta institución constituyó uno de los planteamientos más cercanos del confucianismo al restablecimiento de la fe. En su calidad de filósofo, Wang adoptó la idea del contemporáneo de Zhu Xi, Lu Xiangshan, de desarrollar un enfoque de la enseñanza moral y del autoaprendizaje menos centrado en la práctica, esto es, más contemplativo. Wang enseñó que el mundo de los principios es una unidad, y reside dentro y también fuera de uno mismo. Por lo tanto, había que aprender a dejarse guiar por el conocimiento intuitivo, al que se llega a través de un minucioso ejercicio del pensamiento y la meditación. Esta recomendación tenía tintes budistas. La famosa insistencia de Wang en la unidad de teoría y práctica realmente exigía, como señala Willard J. Peterson (1979), "la unidad del conocimiento *moral y* de la acción *social.* Las enseñanzas de Wang Yangming gozaron de una vasta influencia también en Japón.

Tras el colapso de los Ming, los críticos Qing despreciarían posteriormente la influencia de Wang calificándola como muy abstracta, pasiva y centrada en el individuo. Ello contribuyó a la visión de que la enseñanza Ming había fomentado la rectitud moral por encima de la tecnología, algo eminentemente práctico. La educación clásica neoconfuciana tanto en la escuela de Zhu Xi como en la de Wang Yangming enseñó a los funcionarios Ming a sostener que la conducta ética era la raíz del buen gobierno, mientras que la tecnología era un asunto de artesanos y subordinados.

Este énfasis en los principios morales proporcionó a su vez el motivo para diversos ataques facciosos entre grupos rivales de eruditos-funcionarios. Así, el faccionalismo inspiró las peroratas morales de los burócratas, que criticaban la actitud errática del emperador o combatían la siniestra influencia de los eunucos. El caso más célebre comenzó bajo el reinado del emperador Wanli (1573-1620).

Durante la primera década de este reinado de 48 años, el Primer Gran Secretario (Zhang Juzheng) impuso con mucha determinación una fase de austeridad, y acumuló fondos en las tesorerías centrales. No temía provocar roces ni atacar sinecuras, siempre y cuando contara constantemente con la aprobación del emperador. Su objetivo no era la reforma, sino la solvencia del régimen. Sin embargo, sus métodos eran poco convencionales y no respetaban los procedimientos. Tras su muerte sus formas despóticas fueron retroactivamente condenadas.

El emperador Wanli quedó entonces tan desilusionado con los ataques y contraataques moralistas de los funcionarios que sufrió una especie de alienación con respecto a su papel imperial. Finalmente recurrió en venganza a la táctica de bloquear o ignorar la conducción de la administración. Durante varios años rehusó ver a sus ministros o tomar en consideración las memorias. Se negó a hacer nombramientos que eran necesarios. Todo el escalafón superior de la administración Ming quedó escaso de personal. En pocas palabras, Wanli intentó olvidar su responsabilidad imperial al tiempo que acaparaba todo lo que podía en sus arcas privadas. Considerando el papel reservado al emperador como pivote del Estado, dicha rebelión personal contra la burocracia no sólo significó la bancarrota, sino también la traición.

La fechoría de Wanli y la corrupción de poderosos eunucos ayudaron a inspirar un nuevo nivel de faccionalismo en las provincias del bajo Yangtsé. Estas producían más de lo que les correspondía en cuanto a impuestos territoriales para la corte y a funcionarios de alto nivel. Con el tiempo surgió un movimiento reformista en torno a la Academia Donglin ("bosque oriental") cerca de Wuxi, donde un grupo de esos eruditos confucianos, generalmente de elevados principios, exhibió una preocupación por la moralidad que impulsaba sus animosos ataques a funcionarios de todos los rangos. Los problemas prácticos del gobierno rara vez eran

objeto de su atención; en cambio, los principios confucianos eran exaltados como absolutos, y sus objetivos en la administración, desacreditados. Se ha vuelto difícil señalar qué grupo tenía el mejor de los argumentos, porque éstos concernían más a las exigencias éticas y a las calumnias personales que a los problemas concretos de la administración. En la década de 1620, el dictador eunuco que tomó el poder tras la muerte de Wanli aterrorizó a los eruditos Donglin con muchísima violencia; sólo unos pocos de ellos sobrevivieron para tener la última palabra en su contra. El faccionalismo de los Ming tardíos produjo la división de los consejeros y la inacción imperial justo en el momento en que la dinastía requería de un firme liderazgo.

A principios del siglo XVII, las Compañías Holandesa y Británica de las Indias Orientales, sumadas al comercio portugués y español que ya estaba en marcha, comenzaron a responder a la actividad de los mercaderes y funcionarios japoneses y chinos en un activo comercio internacional. Dentro de China, una producción a gran escala de cerámicas, sedas y prendas de algodón acompañó la expansión del comercio de sal y cereales, el crecimiento de las ciudades y el de una clase mercantil más próspera dedicada al comercio interregional. El flujo de plata hacia China fue sólo un factor en este crecimiento. Algunos historiadores consideran que los logros de los Ming tardíos en literatura, arte y vida urbana fueron los precursores de una renovación dinámica en la sociedad y en la cultura, como también en la economía. Pero el comercio y el contacto con Occidente amenazaban con perturbar el orden político. A principios de la década del 1600, los japoneses decidieron en forma terminante cerrar las puertas de su país a mercaderes y misioneros occidentales.

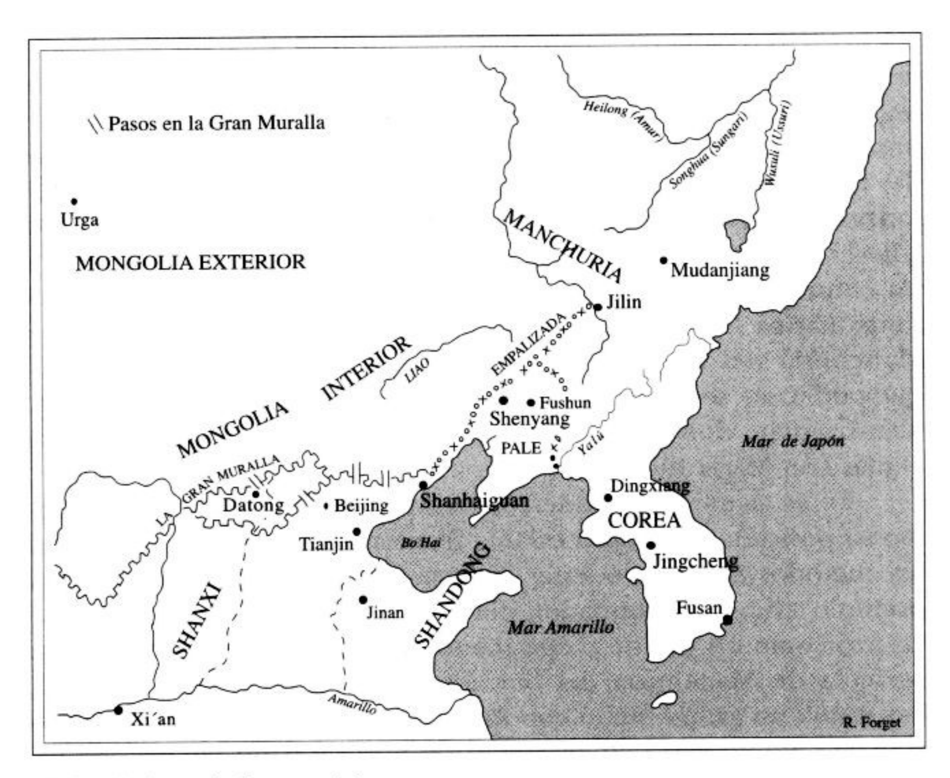
En China, una nueva dinastía suplantó a los Ming, pero heredó su ansiedad en relación al comercio internacional y el contacto occidental. La renovación de China por los Ming tardíos no parece haber sido más que una tentativa frustrada.

7. La exitosa historia de los Qing

La conquista de los manchúes

La conquista de los manchúes en 1644 mostró una vez más que podía ser más sencillo apoderarse de China desde fuera que desde dentro, puesto que la mezcla esencial de militarismo y administración civil, el *wu* y el *wen,* podía ser reunida afuera de la Muralla más fácilmente que adentro. La geografía era clave en ello. En el siglo XVI, Manchuria se había sumado al estilo chino de agricultura intensiva sólo en la región del extremo sur bajo Mukden (hoy Shen-yang). Los Ming habían reconocido la naturaleza fronteriza de esta región organizándola en distritos militares además de a través de una administración civil. Por medio del establecimiento de unidades militares registradas y hereditarias en puntos estratégicos, separadas de la administración civil de la zona agrícola, los Ming buscaban a la vez mantener una barrera militar contra incursiones nómadas y un control sobre cualquier tendencia separatista por parte de los funcionarios locales chinos; no podían ignorar el hecho de que Manchuria del Sur era un rehén que proporcionaba riquezas y que podía ser seccionada de China del Norte en el atascadero de Shanhaiguan, donde el acantilado de la Gran Muralla se hunde en el mar (ver Mapa 19).

En su asunción al poder, los manchúes aprovecharon al máximo su posición estratégica en una frontera donde podían aprender los métodos chinos sin estar todavía sometidos por completo al dominio chino. El fundador del estado, Nurgaci (1559-1626), comenzó como un jefe de rango menor en el límite este de la cuenca agrícola de Manchuria del Sur. El pueblo que él llegó a dirigir constituía un grupo mixto con una mayoría de descendientes de las tribus seminornadas ruzhen que durante el siglo XII habían establecido su dinastía Jin en China del Norte. Al igual que Gengis Kan entre los mongoles, Nurgaci sometió a las tribus vecinas bajo su dominio personal y, a comienzos del siglo XVII, estableció su dinastía Jin tardía, con capital en Mukden. Su hijo y sucesor, el muy capaz Hong Taiji -nombre manchú: Abahai- subyugó a Corea en el este e hizo alianzas con las tribus mongoles al oeste en la Mongolia Interior. En 1636, él le dio el nombre de manchú a su pueblo y proclamó la dinastía Qing (“puro”). Entretanto, se había desarrollado un lenguaje escrito manchú y algunos de los clásicos chinos habían sido traducidos a ese idioma.



19. Surgimiento de los manchúes.

Para 1644 los manchúes ya habían realizado varias incursiones a China del Norte, pero aún no habían logrado derrotar a los Ming. El régimen Ming en China se había debilitado en forma progresiva. La rebelión ya era endémica. Un rebelde chino llamado Li Zicheng había atacado vastamente la China noroeste, llegando incluso hasta Sichuan y el valle del Yangtsé. Finalmente, se rodeó de consejeros letrados y comenzó a establecer un sistema de gobierno dinástico. En 1644 pudo capturar Pekín, teniendo así la sucesión dinástica al alcance de su mano. Sin embargo, fue incapaz de consolidar institucionalmente la posición que había ganado por la fuerza.

Mientras tanto, los militares Ming en China del Norte y en el noreste se habían enemistado por completo con los pendencieros funcionarios letrados de la capital, provenientes en su gran mayoría del bajo Yangtsé. Gracias a su predominio en los exámenes, las familias terratenientes de esta región centrooriental estaban fuertemente representadas en el gobierno de Pekín, pero manifestaban pocas habilidades bélicas. Los capaces comandantes Ming conocían perfectamente el impresionante poder de los manchúes, pero, como sus fuerzas en China del Norte eran todavía más numerosas, algunos tenían la esperanza de poder utilizar a los manchúes dentro de la Muralla. Esto llevó al general Ming Wu Sangui y a varios de sus colegas a dar la bienvenida a los manchúes contra quienes habían estado luchando, para que ingresaran a China del Norte y les ayudaran a reprimir a los rebeldes en Pekín. Pero, una vez traspasada la Muralla, los manchúes procedieron a tomar el poder.

Estudios realizados sobre este turbulento período por Frederic Wakeman Jr. (1985) y Lynn Struve (1984), entre otros, destacan la diversidad de intereses que alentaban a las familias terratenientes del bajo Yangtsé y a los comandantes Ming en China del Norte. Fue en esa diversidad que los manchúes vieron su oportunidad. En enérgicas campañas, destruyeron a los rebeldes en el norte y posteriormente tomaron posesión de la zona central del bajo Yangtsé. Allí, adoptaron rituales y precedentes confucianos, evidenciando también su capacidad para ejercer la crueldad imperial. Los emplazamientos Ming en Yangzhou -en el Gran Canal-, por ejemplo, fueron masacrados en una orgía de sangre que duró diez días y constituyó un claro mensaje a todas las áreas colindantes. Los funcionarios y los comandantes Ming se vieron enfrentados a la dura elección entre la deslealtad y la muerte. Cuando, en 1621, la esposa de un funcionario Ming se enteró de que éste había sido capturado por los manchúes, supuso que él preferiría morir antes que abjurar de su lealtad, de modo que instó a suicidarse a 42 “criados de la casa y familiares”. El marido, más pragmático, había decidido sin embargo que el Mandato Celestial ya no tenía valor, por lo que se rindió para servir a los manchúes. Su

nieto, un funcionario Qing de alto rango, rehusó en 1677 entregarse a los rebeldes anti-Qing y fue asesinado; su esposa también forzó a 38 miembros de su familia a cometer suicidio, los "que se sucedieron durante toda la noche". Aun con una lealtad de esa magnitud por parte de los funcionarios chinos (y de sus esposas) los manchúes pudieron gobernar el imperio. Algunos funcionarios Ming eligieron la muerte, pero otros se convirtieron en administradores de alto rango para los manchúes, contribuyendo a suavizar la toma del poder.
Aunque los manchúes se apoderaron de Pekín en 1644, su conquista de China permaneció incompleta durante toda una generación. Tres de sus colaboradores chinos, entre ellos el general Wu Sangui, tomaron el poder de grandes satrapías en China del Sur y del Suroeste, y se atrincheraron en el poder territorial. En 1673, estos así llamados Tres Vasallos se rebelaron y se apropiaron de la mayoría de las provincias del sur. Al joven emperador Kangxi, qué recién comenzaba a gobernar, le tomó ocho años restablecer el control Qing. La riqueza del bajo Yangtsé fue una base de gran ayuda; también lo fue el sentimiento de lealtad hacia los Qing. Wu Sangui, después de todo, había sido desleal dos veces, hacia los Ming y hacia los Qing.
La eficacia del dominio sinobárbaro quedó rápidamente comprobada. La destrucción al final del período Ming se debió principalmente a las rebeliones chinas, en particular la encabezada por Zhang Xianzhong, que redujo significativamente la población de Sichuan. Tanto Zhang como su competidor Li al noroeste intentaron en vano ganarse el apoyo de los eruditos y establecer un régimen al estilo dinástico; ambos fracasaron. El éxito de los manchúes donde los rebeldes chinos fallaron es esencialmente un logro en la creación de instituciones políticas.

Adaptación institucional

El primer problema de los manchúes había sido el desarrollo de un Estado que fuera más allá de las instituciones políticas tribales. Lo lograron cerca de 1601 mediante la creación de una administración territorial unificada de sus tierras, paralela a una organización militar de todos los guerreros manchúes en ocho divisiones, cada una de ellas con una bandera o estandarte diferente. A los miembros de estas divisiones manchúes -los abanderados- les eran asignadas tierras, pero éstas se hallaban dispersas y las divisiones militares no se convertían en unidades territoriales. Los mongoles y los chinos que llegaron donde los manchúes ingresaron al sistema organizándose en torno a sus propias divisiones militares. Las veinticuatro divisiones resultantes quedaron formadas todas por soldados unidos personalmente al emperador. Pamela Crossley (1990) ha rastreado su origen en la institución turco-mongol de la servidumbre militar hereditaria. El emperador no era su padre, al estilo confuciano, sino más bien su dueño, al estilo nómada. Los abanderados disfrutaban de los botines de guerra y de los estipendios de arroz y dinero en tiempos de paz. Apreciaban su altamente ritualizada esclavitud como un "emblema de su importancia para la corte y de su intimidad con la misma", lo cual elevaba su lealtad al grado máximo. Fijémonos si no en el hecho de que cerca de 150 mil invencibles miembros de estas divisiones -solamente 169.000 aparecían siquiera en una lista en ese tiempo-abatieron a la China Ming, si bien ayudados por colaboradores chinos.
A pesar de que la organización en divisiones militares tenía fama de ser multiétnica, en 1648 los miembros chinos de estas divisiones constituían en realidad tres cuartas partes del total, mientras que el 8% eran mongoles y sólo el 16%, manchúes. Para 1723 el componente manchú había aumentado al 23%, todavía lejos de un tercio del total. En todo caso, dicha organización en divisiones -al igual que los siervos chinos- constituyó un gran adelanto sobre los eunucos como fieles servidores del emperador y ayudantes de la Corte Interior. Sus miembros formaban un talentoso equipo del que se podían seleccionar individuos para trabajar como burócratas civiles. Nurgaci había asignado a sus hijos la tarea de dirigir las divisiones, pero el poder de éstos fue sometido al control central en un Consejo de Estado. De este modo, las relaciones originalmente personales entre el líder del Estado y sus leales jefes y miembros de las diferentes tribus se institucionalizaron.
Finalmente, los primeros gobernantes manchúes, al igual que los emperadores Jin y Yuan que los precedieron, adoptaron la terminología, las formas y las ideas del confucianismo y las utilizaron como debían para el apoyo y la mantención de la autoridad política. Promovieron el estudio de los clásicos y la veneración por los antepasados, establecieron el culto estatal de Confucio, hablaron y escribieron acerca de "el estilo del gobernante" -tal como lo harían los japoneses en Manchukuo tres siglos después-, resaltaron las virtudes confucianas y aceptaron la idea de que el gobernante reina en virtud de su corrección moral.

Más de una década antes de su ingreso a China, los manchúes habían creado en Mukden una administración pública en miniatura que imitaba a la de Pekín, incluyendo la instauración formal de los seis ministerios y otros elementos típicos del gobierno Ming; su personal lo constituía una burocracia en la que estaban representados los manchúes, los mongoles y los chinos. Para el momento en que invadieron China del Norte y asumieron el Mandato Celestial, los manchúes se hallaban completamente preparados para resolver el fundamental problema de cómo gobernar al estilo chino manteniendo su identidad manchú.

Varias circunstancias les fueron de gran ayuda. A diferencia de los mongoles, ellos no poseían ningún gran imperio al oeste para distraerlos del importantísimo problema de China. Ya que provenían de la frontera de Manchuria del Sur y no de la estepa mongoliana, no tuvieron que sortear la gran brecha cultural entre el entorno de la estepa y el de los sembradíos. Debido a los reinados inusualmente largos y enérgicos -sesenta años cada uno- de dos de sus primeros emperadores, tres gobernantes fijaron durante 133 años un fuerte liderazgo ejecutivo: el emperador Kangxi (quien reinó de 1662 a 1722), Yongzheng (1722 a 1736) y Qianlong (1736 a 1796). Los tres fueron soberanos trabajadores y concienzudos que por lo general visitaban a sus ministros diariamente al amanecer, estudiaban los clásicos en forma asidua y mantenían un fuerte dominio personal.

Resulta sumamente interesante analizar los diversos mecanismos a través de los cuales los manchúes buscaron preservar su vitalidad y su identidad dinásticas. Los emperadores manchúes pasaban los veranos en Mongolia Interior, dando un ejemplo totalmente no confuciano de aptitud física para cabalgar, cazar y disparar. Cerraron las puertas de su tierra natal a la inmigración china y mantuvieron Manchuria del Norte como un coto de caza, fuera de la economía agrícola china. Con el objeto de frenar la inmigración china desde Manchuria del Sur hacia el norte, reforzaron una empalizada de varios cientos de kilómetros, consistente en una gran zanja bordeada por sauces plantados a todo lo largo de ella, para marcar el límite que los chinos no debían sobrepasar (ver Mapa 19). Organizaron Manchuria bajo un gobierno militar manchú. Manchuria permaneció como un territorio escasamente poblado hasta fines del siglo XVIII: un bocado muy tentador para los futuros imperialistas rusos y japoneses.

Los manchúes también persiguieron su preservación manteniendo su pureza racial. El matrimonio entre chinos y manchúes estaba prohibido, y se fomentaban las diferencias en las costumbres de ambos grupos. Las mujeres manchúes, por ejemplo, no se vendaban los pies (ver Capítulo 8). Los manchúes no debían dedicarse al comercio ni al trabajo manual. La organización de clanes manchú fue preservada por su sistema religioso chamánico.

El control militar de China por parte de los manchúes se mantuvo mediante el establecimiento de guarniciones en puntos estratégicos. Las únicas tropas chinas que tuvieron una existencia reconocida fueron las fuerzas provinciales utilizadas principalmente como fuerza policial en las rutas postales y contra los bandidos, pero que carecían de un entrenamiento como fuerza de choque.

Con el objeto de conservar un liderazgo fuerte, los primeros emperadores manchúes dispusieron que a los príncipes imperiales se les otorgaran una pensión y también riquezas, pero que no se les permitiera convertirse en señores territoriales. Se les retenía en Pekín, alejados del poder. Hasta 1860, la dinastía pudo evitar el gobierno de emperatrices y eunucos, los que tan a menudo en dinastías previas habían derivado sólo en intrigas de palacio.

En la administración pública de China, los manchúes utilizaron un sistema de nombramientos dual, en el que tanto chinos como manchúes eran designados para funciones importantes. Jonathan Spence (1990) ha demostrado cómo en un principio ellos confiaban en sus aliados chinos de Manchuria del Sur, los que por lo general se habían enrolado como abanderados militares o como siervos especialmente dependientes de los gobernantes manchúes y leales a ellos. A la larga se escogió la fórmula de hacer que los chinos más capaces realizaran el trabajo vigilados por los leales manchúes. En la capital, los manchúes superaban a los chinos en número, pero en provincias predominaban con largura los funcionarios chinos. Para atraer a su servicio a los chinos más capaces y prometedores, los manchúes se preocuparon de que el sistema de exámenes continuara funcionando con la máxima eficiencia y manteniendo su elevado prestigio.

Se usó muchísimo el mecanismo de la sinarquía -la administración conjunta entre dos o más partidos-, no sólo manteniendo divisiones militares mongoles y chinas dentro del sistema de divisiones, sino también con una administración dual que implicaba la presidencia conjunta china y manchú de los seis ministerios en la capital (de ahí que fueran denominados Consejos por los occidentales), y a través del emparejamiento en las provincias de gobernadores generales y gobernadores manchúes y chinos. A menudo un gobernador general manchú

estaba a cargo de dos provincias, cada una bajo el mando de un gobernador chino. Estos altos funcionarios informaban conjuntamente al emperador en forma directa, mientras en cada provincia la organización central enviaba sus informes de rutina a los Seis Consejos en la capital. Los censores continuaron con su papel de investigar e informar acerca de la conducta oficial en quince diferentes circuitos, incluida la capital. También, aunque no muy a menudo, las reclamaciones podían ser presentadas directamente al emperador.

Como parte de su sistema de control los gobernantes manchúes trataron de preservar su lenguaje, siguiendo el ejemplo de los qidan, los ruzhen y los mongoles, en la creación de una documentación manchú que por lo general no estaba disponible para funcionarios chinos. Lo más importante era el Departamento de la Casa Imperial, que tenía su propia tesorería y cuyo personal estaba constituido por siervos y abanderados del emperador. Funcionaba en una categoría paralela a los ministerios formales en Pekín, aunque secreta, por lo que recaudaba enormes ingresos procedentes tanto de tierras como de monopolios comerciales -entre ellos el del *ginseng,* la raíz antigeriátrica originaria del noreste del país-, impuestos de aduana -incluyendo el comercio de Cantón-, la gabela a la sal, la fabricación de textiles de seda, préstamos, multas y tributos. Con todo ello la dinastía sacó provecho del crecimiento del comercio y la industria. Aunque este gobierno interior había surgido de un plan para mantener bajo vigilancia a los eunucos de palacio, evitando su inveterada tendencia a la corrupción, el mismo se volvió corrupto con el tiempo. Aun así, los gobernantes Qing preservaron de esta manera bajo su propio control inmediato grandes recursos más allá del alcance de la administración pública.

Los Qing establecieron el control en Asia Interior organizando primero a los mongoles al estilo Ming: en diferentes ligas, a las que les eran asignadas determinadas tierras de pastoreo. Ello inmovilizó y dividió a los mongoles acabando con la esperanza de una unificación bajo un nuevo Gengis Kan. Los Qing también apoyaron la secta lamaísta amarilla del budismo tibetano, que se había expandido entre los mongoles orientándolos hacia Lhasa. Tales disposiciones en el Asia Interior se hallaban a cargo de un Ministerio de Dependencias especial, el Lifan Yuan, mientras que el Consejo de Ritos continuaba a cargo de las misiones de tributo que llegaban de zonas colindantes como Corea y Vietnam, y también provenientes de países extranjeros por vía marítima.

Los manchúes no intentaron ninguna revolución social. Mataban a quienes se resistían, pero confirmaban el status de las familias de la nobleza china si éstas aceptaban el dominio Qing. La prueba más visible de éste, exigida a todo varón chino, era la inconfundible tonsura manchú: la frente afeitada y la cabellera formando una trenza que caía sobre la espalda. También los Qing se vieron forzados a aceptar las insuficiencias del gobierno Ming: su debilidad fiscal, debida a una estructura tributaria que recaudaba menos del 5% del Producto Geográfico Bruto, y su anticomercialismo, un ejemplo del cual fue el ineficiente uso del intercambio entre la plata pura y una gran variedad de unidades de cuenta (taels u onzas). Al igual que los mismos habitantes del Asia Interior, los manchúes compartieron la falta de interés de los Ming por las relaciones y el comercio marítimos.

El emperador Yongzheng, que reinó desde 1722 a 1736, reforzó el sistema administrativo mediante eficaces reformas, primero que nada en la tributación. Especialmente en las fértiles provincias del bajo Yangtsé, descubrió, los terratenientes bien conectados se confabulaban con los empleados del palacio del mandarín para obtener reducciones de sus impuestos por medio de sagaces subterfugios, cargando la tributación principalmente a la población agrícola. Madeleine Zelin (1984) ha descrito cómo los auditores de Yongzheng trataron sin mucho éxito de recaudar impuestos de los terratenientes pertenecientes a la nobleza. Una reforma sustituyó las pequeñas sobretasas acumuladas por una sola sobretasa del 15 al 20% sobre el impuesto territorial básico, que era más bien bajo. Las provincias en parte utilizaban los ingresos así obtenidos en pagar sueldos oficiales más altos, para “alimentar la honestidad”. Sin embargo, las redes de conexiones personales o *guanxi* que apuntalaban la carrera de cada individuo se hallaban demasiado insertas en la estructura gubernamental como para poder ser eliminadas. Aun hoy constituyen un serio problema.

En cuanto a la administración, Yongzheng pudo sortear el sofocante efecto de los procedimientos burocráticos gracias al desarrollo de un tipo de despacho “sólo para sus ojos” (memorial) inaugurado bajo Kangxi, que llegaba directamente al emperador de manos de ciertos funcionarios provinciales y les era devuelto con las anotaciones del emperador en color rojo, y que constituía un mecanismo que lo ponía sobre aviso pues contaba con informantes en todos los niveles de la burocracia. En 1729 formó además una oficina secreta de finanzas militares integrada por altos funcionarios seleccionados para manejar los asuntos urgentes.

Esta se convirtió en la agencia más importante de la Corte Interior; los extranjeros llegaron a reconocerla como el Supremo Consejo.
Cuando finalmente se desarrolló este Supremo Consejo, pasó a ser un centro inusualmente eficaz para la toma de decisiones de la Corte Interior, en primer lugar por su informalidad. El número de consejeros rondaba los siete, en promedio. Eran manchúes, chinos y ocasionalmente mongoles, que servían en esta instancia por períodos indefinidos al mismo tiempo que se desempeñaban en altos puestos en la Corte Exterior, todo ello en absoluto secreto. Sus 32 secretarios eran jóvenes talentosos con futuro.
En segundo lugar, Beatrice S. Barlett (1991) ha demostrado cómo el Supremo Consejo elaboró sus propios archivos secretos, incluyendo los memoriales de palacio "sólo para sus ojos" enviados directamente al emperador. La documentación más importante estaba escrita en manchú. Gran parte del trabajo documental del Consejo concernía a los abanderados de las divisiones (predominantemente chinos), especialmente devotos del emperador.

El interludio jesuíta

La transición dinástica de los Ming a los Qing durante la primera mitad del 1600 coincidió con la llegada de misioneros europeos por mar al este asiático, siguiendo las rutas comerciales. El primer contacto de China con Europa resultó ser un interludio extraordinariamente fructífero, puesto que los misioneros jesuítas eran hombres instruidos, capaces de relacionarse de igual a igual en términos intelectuales con los eruditos-funcionarios chinos. En 1601, al jesuíta italiano Mateo Ricci se le permitió vivir en Pekín bajo un estipendio imperial en calidad de erudito occidental. A sus sucesores se les encargó la oficina de astronomía, que fijaba el calendario oficial. El éxito jesuíta al servirse de la astronomía, la cartografía, la relojería europea, las técnicas de mnemotecnia -entrenamiento de la memoria- y otros exotismos para atraer el interés de los eruditos chinos vino acompañado de una inteligente política de "adaptación". Los jesuítas aceptaron el confucianismo temprano como una ética antiquísima, atacaron sólo el budismo y el neoconfucianismo y sancionaron el respeto de sus conversos cristianos por sus antepasados como un "rito civil" compatible con la fe cristiana.
La orden jesuíta estaba siendo atacada desde varios frentes en Europa. Muy pronto los frailes mendicantes de las órdenes dominica y franciscana -que llegaban a China desde las Filipinas españolas a predicar a los plebeyos- denunciaron a los jesuítas, que atendían principalmente a la élite china. La disputa fue remitida al Papa, quien mandó a dos enviados a explicar al emperador Qing la supremacía papal en los asuntos religiosos. Dentro de palacio, los jesuítas también llegaron a involucrarse en la política de la corte manchú. Como resultado, en 1724 el emperador prohibió el cristianismo por heterodoxia. A los jesuítas se les instó a permanecer sólo en Pekín.
Esta autodestrucción de la misión católica en China es un episodio muy conocido, tanto como la original y exitosa historia de Mateo Ricci que Jonathan Spence (1984) ha vuelto a contar tan vividamente. Comenzando con una traducción de la geometría de Euclides, los jesuítas publicaron en chino, además de sus obras cristianas, más de un centenar de tratados de ciencia y tecnología occidentales. La posible influencia de estos escritos en China resta aún por ser investigada a fondo, pero no existen dudas acerca de la importancia de esta avanzada cultural jesuita y de los intercambios de ideas que ésta hizo -y no hizo- posibles.
Entretanto, la influencia china en la Ilustración europea del siglo XVIII ha sido rastreada a lo largo de dos líneas principales: primero, a nivel del pensamiento político, entre los filósofos; en segundo lugar, en la moda del "estilo chinesco" en jardines, pagodas, mobiliario, cerámicas y otros aspectos. El impacto que causó China en Europa a través de los jesuítas es un enorme campo de estudio.

La expansión del control Qing en Asia Interior

La vitalidad de la dinastía manchú en el siglo XVIII queda de manifiesto en su expansión hacia el Asia Interior, específicamente en Mongolia, el Tíbet y el Turquestán chino. Este último era una vasta región que incluía los pastos de Yili *(Ili)* al norte de las Montañas del Cielo (*Tianshan)*, y al sur de ellas el árido desierto y los oasis de Kashgaria.

Puesto que las periferias de los imperios debían tenerse bajo control o darse por perdidas, en el siglo XVII los Qing se desplazaron para combatir la expansión de comerciantes de pieles y exploradores rusos a través de Siberia y hacia el valle de Amur al norte de Manchuria. Gracias al desarrollo del transporte de agua de sur a norte, la fuerza militar Qing fue capaz de sobrepasar y de intimidar a los escasos rusos al final de su ruta transiberiana de abastecimiento. El resultado fue el memorable tratado multilingüe de Nerchinsk en 1689, en el cual los jesuítas de Pekín hicieron de intérpretes y redactores de los acuerdos. En conjunto con un posterior tratado en 1727, estas negociaciones establecieron una frontera chino-rusa, dejaron que una misión eclesiástica rusa funcionara tranquilamente en Pekín y permitieron que un comercio de caravanas ruso más bien exiguo alcanzara la capital.
Al oeste de Manchuria, las disposiciones administrativas de los Qing y la secta religiosa del lamaísmo de sombrero amarillo -ambas bajo la égida del Dalai Lama en Lhasa- mantenían bajo control a las tribus mongoles. Ello hizo del Tíbet una clave para asegurarse el poder en Mongolia, y llevó a las fuerzas Qing a permanecer en Lhasa. Al igual que Kublai Kan en el siglo XIII, los emperadores manchúes utilizaron las diversas creencias religiosas con propósitos políticos: el cristianismo ortodoxo ruso para los rusos en Pekín, el catolicismo para el contacto con europeos en la corte, y el lamaísmo de la secta amarilla en el Tíbet y Mongolia.
Sin embargo, en medio del lejano oeste yacían las montañas y desiertos del Turquestán chino. Allí los Qing enfrentaban una frontera inestable donde las tribus mongoles occidentales, en el siglo XVI y principios del XVII, se convirtieron en una fuerza guerrera y expansiva que amenazaba la estabilidad del dominio absoluto de los Qing en Mongolia. Para hacer frente a este peligro, los abanderados Qing encabezaron una serie de expediciones a través de rutas familiares para sus predecesores Han y Tang y, durante la década de 1750, subyugaron a los mongoles occidentales en Yili.
Como es típico de los conquistadores, los Qing consideraron imprescindible apoderarse de los oasis adyacentes de Kashgaria al sur de Tianshan, y allí encontraron otra comunidad religiosa, más temible aún: el islam. En Kashgaria, el pueblo por lo general se regía según el calendario islámico, y su vida religiosa, educacional y cultural estaba dominada por los líderes de la fe. Una vez que los Qing establecieron su dominio por medio de la conquista en la década de 1750, impusieron el orden sobre la población musulmana designando a jefes locales como gobernadores (begs). Como musulmanes, los begs dejaban que los pleitos fueran resueltos por la ley islámica. Los gobernantes Qing en Pekín recaudaban impuestos, especialmente al comercio, y trataban de mantener el orden. Pero el confucianismo imperial no pudo nunca asimilar, y sólo ocasionalmente cooptar, el orden autosuficiente y globalizador del islam.
De este modo los Qing del período superior de la dinastía establecieron sus fronteras imperiales mucho más allá de donde habían llegado los Ming. En suma, los gobernantes de Pekín estaban ahora apoderándose del Asia Interior, y sin duda parte de su éxito residía en el hecho de que, como manchúes, ellos también eran habitantes del Asia Interior; además, se mostraban flexibles en su ideología. La hegemonía de los Qing sobre Asia Interior después de 1755 dio origen a una nueva era en la permanente interacción entre la China agraria y las tribus de la estepa. China se convirtió para los nómadas en fuente de abastecimiento de granos, sedas y otros productos. Los pueblos tribales chinos y los del Asia Interior formaron una comunidad geopolítica. Al final, la nación china del siglo XX tendría en el Asia Interior su propia versión de un imperio colonial con el cual relacionarse.
La era que va desde los últimos Ming hasta aproximadamente el año 1800 revela una continua creatividad manchú, pero en un contexto de problemas cada vez mayores. Por ejemplo, cuando observamos cómo la conquista final de los Qing sobre los mongoles occidentales en la década de 1750 consolidó el control continental de los Qing sobre Mongolia, Asia Central y el Tíbet, también debemos tener en cuenta el contexto occidental. La disputa contemporánea entre el imperio británico y el francés durante la Guerra de los Siete Años de la década de 1750 aseguró Canadá y la India para el poder marítimo y las empresas británicas. Así, mientras los Qing obtenían el control de las rutas marginales de caravanas en la árida Asia Central, Gran Bretaña comenzaba a conquistar los mares del mundo a un nivel de poder totalmente superior.

La tentativa de integración entre organización política y cultura

Para retener el poder, que era su principal anhelo, los emperadores Qing se vieron enfrentados a dos tareas: primero, preservar el orden social y político del confucianismo imperial, y

segundo, retener el poder como gobernantes no chinos. Estos objetivos se superponían pero no eran idénticos. Como a la larga se hizo evidente, la historia obligó al dominio manchú a oponerse en China al sentimiento de nacionalismo étnico que obviamente se estaba tornando una motivación importante en numerosos Estados en el resto del mundo.

En la primera tarea -gobierno confuciano-, el principal objetivo de la dinastía era integrar su dominio y la cultura china en una mutua dependencia. La política estaba bien definida: el poder dinástico establecido en la guerra era ratificado por la necesidad de unidad bajo un gobernante al que no se podía desafiar. Esta unidad, a su vez, era sancionada por la necesidad de orden, y el orden dependía de las ceremonias y del comportamiento adecuado, con una fuerza punitiva que era mantenida en reserva.

En nuestro entorno actual dominado por los medios de comunicación, en que los ciudadanos son testigos directos de los acontecimientos y necesitan menos pero reciben más símbolos, no resulta fácil apreciar la importancia de los rituales y las ceremonias en la antigüedad. Una de las bases del gobierno de la China imperial fue la adecuada realización de las diversas ceremonias en todos los niveles de la sociedad. El hijo tocaba el suelo con la frente en señal de homenaje ante su padre, como éste lo haría frente al emperador y a sus funcionarios, ya que la esencia del orden civil era diferenciar la jerarquía de las relaciones. Se esperaba que una conducta adecuada externalizara los valores internos de una persona, pero, incluso en ausencia de esos sentimientos, la ejecución de los rituales podía proporcionar una unión formal común. Así la aparición de la armonía podía asegurarla. Naquin y Rawski (1987) afirman: "el *luán* era el desorden que podía surgir dentro del Estado, la comunidad, la familia o el individuo cuando no se respetaban las normas éticas ni los rituales correctos. El deseo de promover el orden y evitar el *luán* impregnó la sociedad china de pies a cabeza".

El emperador era el gran promotor del orden. Ante el público, diversas actividades sostenían y reforzaban su posición, comenzando con el cuidado diario de su madre y la realización de ceremonias de veneración a sus antepasados dinásticos. Otra fortaleza del gobierno confuciano residía en su constante búsqueda de la aprobación moral de los gobernados, la que se lograba contribuyendo con libros y educación a las enseñanzas del neoconfucianismo, con la mantención de los rituales que marcaban las estaciones del año y la acción recíproca entre el hombre y la naturaleza, y demostrando diariamente la conducta ejemplar del gobernante, la que se esperaba lo dotara de una virtud que compeliese a la obediencia. Las actividades del gobernante incluían varios asuntos relacionados con el bienestar público, tales como la construcción de diques para el control de las inundaciones y la mantención de los graneros siempre a niveles normales para evitar la hambruna y realizar préstamos de grano en tiempos de escasez. El gobernante también fomentaba la moralidad otorgando recompensas a gente virtuosa y anciana, en especial a las viudas castas.

Paralela a esta amplia defensa de la moralidad pública venía la amenaza de la ley criminal y el castigo a los malhechores contra la moralidad, especialmente contra la dinastía. Esta aplicación de la ley contra los criminales o contra la mera amenaza de hacer mal implicaba la investigación sin restricciones de las familias y vidas personales de los sospechosos, así como el uso de tortura judicial para estimular las confesiones. Un instrumento de tortura utilizado en la corte apretaba los tobillos haciendo una fuerte presión, y podía convertir los huesos en polvillo si era hábilmente manipulado. Cuando existían dudas acerca de cuál ley se había violado, los jueces-magistrados podían recurrir a la acusación de "hacer lo que no se debe hacer", fuere lo que fuere lo que se había hecho.

Valiéndose de este sistema de recompensas y castigos se esperaba poder mantener a la gente común en el camino correcto. El castigo de parientes era parte regular del castigo del criminal. La antigua estrategia de la responsabilidad grupal quería decir en realidad culpabilidad por asociación.

En el Estado teocrático chino que exaltaba al emperador como Hijo del Cielo, perpetuamente se debían tomar precauciones contra la heterodoxia. El estrato estratégico de la élite lo constituyó el liderazgo local, que comenzó con aproximadamente un millón de personas entre la nobleza inferior y los poseedores de los grados de primer nivel *(shengyuan* o *jiansheng),* lo que no lo calificaba a uno para recibir un nombramiento oficial pero sí confería un status privilegiado y una oportunidad para tratar de obtener grados más altos. A éstos se sumaron posiblemente cinco millones de plebeyos masculinos, más o menos, quienes habían logrado cierta educación clásica. Con su ayuda, la élite emprendió el adoctrinamiento de la gente común como un deber neoconfuciano.

A manera de ejemplo, citemos el uso del *Edicto Sagrado (shengyu)* del emperador Kangxi, emitido en 1670 en la forma de dieciséis máximas para la orientación de la conducta diaria.

Como señala Víctor Mair (en Johnson y otros, 1985), cada máxima de siete caracteres de largo transmitía “la esencia de la ortodoxia confuciana según correspondía al ciudadano promedio”. Después de 1670 surgieron comentarios, paráfrasis, adaptaciones y otros géneros hermenéuticos en una cantidad considerable. La idea de explicar los textos clásicos en versiones escritas en tono coloquial parece haber surgido durante la dinastía Yuan. Existe un precedente de la época de los antiguos Ming: las *Seis Máximas* del emperador Hongwu. Ahora, el *Edicto Sagrado* de los Qing se utilizaba en el Pacto Comunitario o en el sistema de conferencias para el pueblo originalmente promovido por Zhu Xi, las que en los períodos Ming y Qing continuaron combatiendo la heterodoxia y proporcionando un matiz religioso al apoyo a la ortodoxia.

En los lugares más pobres y apartados habitados por las minorías raciales, por ejemplo, los magistrados utilizaban las versiones en lenguaje vernáculo, las que eran cantadas como si se tratara de un conjuro. Las reuniones habituales de la comunidad incluían el ritual, el incienso, velas, floreros y músicos, más el canto de un solista acompañado por tambores y palmas. Al público se le indicaba cuándo debía arrodillarse, hacer una reverencia e inclinarse para tocar el suelo con la frente. El magistrado también registraba observaciones acerca de la reunión: la manera en que los aldeanos respondían, sus estilos de comportamiento y cómo resolvían amistosamente los conflictos. A principios del siglo XVIII, se hicieron esfuerzos para realizar sesiones del *Edicto Sagrado* dos veces al mes. El texto utilizado se modificaba para adecuarse al público, ya fuera en un vernáculo sencillo o bien embellecido con alusiones clásicas o con rimas memorables para los humildes campesinos.

Después de todo esto, en 1724 el emperador Yongzheng emitió sus “instrucciones ampliadas” para el *Edicto Sagrado,* de aproximadamente diez mil caracteres de largo; deseaba que las cosas fuesen claras. No obstante, la mayoría de la audiencia apenas podía comprender el texto, por lo que los funcionarios desarrollaron paráfrasis en un lenguaje más doméstico. Se esperaba que estas versiones fueran leídas en voz alta al público, incluso aunque no todos entendiesen el dialecto mandarín. Un orador hablaba el dialecto local. En una sesión de lectura, los ancianos -aquellos de más de ochenta o noventa años- se sentaban detrás de la nobleza y se les servía té, mientras que a los plebeyos “se les ordenaba permanecer de pie y escuchar”. Resulta evidente un creciente interés por la heterodoxia en la fraseología de las *Seis Máximas* de los Ming, en el *Edicto Sagrado* de 1670, y en las instrucciones ampliadas ya mencionadas. Mair presenta un listado con diez versiones de la explicación, las que él ve como ejemplos del intento de “los portadores de una cultura superior de moldear una cultura popular en forma consciente y voluntaria”. Aún es muy temprano para asegurar qué se logró con todo ese afán.

Otro ámbito para ejercer el liderazgo imperial fue el de la religión popular, en especial mediante la deificación de figuras públicas famosas en otros tiempos. El ejemplo más prominente es el de Guan Yu (162-220), quien comenzó como guardaespaldas del fundador de uno de los Tres Reinos. Prasenjit Duara (1988) relata cómo Guan Yu se convirtió en una deidad popular omnipresente, en el dios de la lealtad, de la riqueza, de la literatura, en protector de templos, patrono de actores y sociedades secretas, y también en el dios de la guerra. Numerosos grupos sociales lo utilizaron como un símbolo mítico. En 1614, los Ming le otorgaron rango imperial denominándolo Guandi. En 1725, “el culto a Guandi fue puesto bajo un control imperial sistemático”. El mejor dotado de los cientos de templos populares de Guandi en cada condado era “elegido como el templo oficial de Guandi”. En 1853, los Qing elevaron su adoración en los sacrificios oficiales al mismo nivel que al de Confucio. Se le “confucianizó” como un maestro de las enseñanzas clásicas; Guandi se transformó en un heroico protector y proveedor, un guerrero leal sobre todo a la autoridad constituida y al orden establecido. Duara concluye que cultos como los de Guandi sirvieron para integrar al pueblo con la sociedad más amplia. Las diversas funciones simbólicas de Guandi a nivel popular e imperial se reforzaban mutuamente.

De manera similar, James L. Watson (en Johnson y otros, 1985) ha investigado cómo “la promoción de cultos autorizados por el Estado en China del Sur fue tan exitosa que para mediados de la era Ch'ing (Qing) los dioses locales efectivamente habían sido sustituidos por un puñado de deidades aprobadas”. La Emperatriz del Cielo (Tian Hou), también conocida como Ma Zu, es un buen ejemplo de ello: patrona de los pescadores, los marineros y los marinos mercantes, surgió como una deidad inferior en la costa de Fujian en el siglo X. El culto comenzó con una mujer de la familia Lin que se ocupó de la seguridad de los marineros y se hizo conocida como la “tía Lin”. Poco a poco se transformó en una diosa incorporada al panteón aprobado por el Estado a través de procedimientos burocráticos no muy diferentes a

los de la canonización de los santos en la iglesia católica. El emperador se apercibió formalmente del servicio que prestaba la diosa al Estado y le confirió títulos honoríficos a partir de 1156. En 1278 fue alabada nada menos que por Kublai Kan; para 1409 ya era la concubina celestial que protegía al pueblo. Los emperadores Qing, a medida que buscaban controlar la costa sur, la hacían más importante. Finalmente, en 1737, el emperador la convirtió en la Emperatriz del Cielo. En Taiwán existían templos oficiales y no oficiales dedicados a esta diosa, que llegó a ser la patrona de varias hermandades mercantiles con intereses en Fujian, como también de los piratas que capturaban a los mercaderes.

Cuando los linajes locales dominantes la adoptaron como su deidad protectora, se convirtió en un símbolo útil tanto a nivel oficial como local. Las élites locales que utilizaban a la diosa cooperaban de una forma aprobada por el Estado. Tian Hou se había convertido en el símbolo de la unión con la corriente principal de la cultura china. El culto incorporaba a gente de los más variados estratos sociales, que podían tener diferentes creencias acerca de él. Aprobando lo que la gente aceptaba, el Estado reforzó su integración con la cultura.

Otra forma de integración que equivalía a una subordinación integral fue asegurada por lo que David Johnson (en Johnson y otros, 1985) llama "la estructura de la autoridad", esto es, el hecho de que pocos plebeyos podían ser independientes de sus relaciones con los terratenientes rurales si eran inquilinos, o con los empleadores urbanos si eran aprendices. Este sentimiento de dependencia de una autoridad superior se reflejaba en las actividades culturales de la gente común. Las formas escritas de la cultura popular abarcaban una amplia variedad, desde almanaques hasta los manuscritos de sectas religiosas. Se organizaban y representaban óperas locales y otras piezas teatrales en los pueblos mercantiles o bien a nivel de la villa, o a menudo por linajes; pero las voces disidentes jamás fueron permitidas, y eran destruidas siempre que era posible.

La integración de la organización política y la cultura sostenía la legitimidad de los manchúes en su segunda tarea: preservar su poder como una dinastía extranjera. La carcoma de la asimilación ya estaba reduciendo las tropas de las guarniciones manchúes a la miseria. Incapaces de sobrevivir en sus predios agrícolas, muchos soldados habían perdido la tierra y el sustento, e incluso se habían unido en matrimonio con mujeres chinas. Mientras tanto, el liderazgo manchú, todavía controlando el Estado, debía mantener la lealtad de la nobleza china. Para absorber las energías de los eruditos chinos graduados del sistema de exámenes en número mucho mayor que los puestos disponibles, los emperadores manchúes se convirtieron en grandes protectores de la literatura, auspiciando enormes proyectos de obras críticas y compilaciones. No se trataba simplemente de astuto oportunismo, sino que ello era inherente al cumplimiento del deber imperial. Ciertos emperadores de los Han, Sui, Tang, Song y Ming habían auspiciado catálogos oficiales de sus bibliotecas imperiales. En 1409, el tercer gobernante Ming auspició el *Yongle dadian,* una enciclopedia en diez mil volúmenes manuscritos que incluía las copias de muchas obras. El emperador Kangxi elaboró el famoso *Diccionario Kangxi* y una gigantesca enciclopedia en 5.020 capítulos. Según R. Kent Guy (1987), dichos proyectos manifestaban la responsabilidad y el control del emperador por todos los escritos, paralelos a su responsabilidad y control sobre la educación y el pensamiento de todos los eruditos.

Durante la década posterior a 1772, el emperador Qianlong, quien en su reinado auspició cerca de sesenta publicaciones, llevó a cabo un proyecto para reunir y reproducir todas las principales obras chinas en cuatro categorías: clásicos, historias, filosofía y *belles lettres.* El resultado, la *Biblioteca Completa de los Cuatro Tesoros,* se obtuvo mediante el estudio de 10.869 obras, 3.697 de las cuales fueron consideradas dignas de inclusión. Como eran demasiado extensas para imprimirlas se escribieron a mano sólo siete copias, cada una en 36.500 capítulos *(Juan)*. Solamente el catálogo impreso tenía 4.490 páginas (los jurados de los premios literarios de hoy, que se sienten inundados de libros, deberían sentirse reconfortados por esta información). Los defensores de la escuela Qing de la investigación probatoria *(kaozheng,* "rectificación por medio de la investigación") dominaron el proyecto.

Guy ha demostrado cómo las críticas a la historia y los comentarios clásicos redactados por eruditos no oficiales de la Enseñanza Song conservadora o de la más atrevida Enseñanza Han pertenecientes al movimiento *kaozheng* fueron editados por los burócratas de la comisión compiladora, bajo el ojo atento del autócrata paternalista. Todo este proceso sirvió de respaldo a la legitimidad del autócrata, que aparecía haciendo su trabajo. Los emperadores chinos "tenían prerrogativas sobre el saber y la vida intelectual muy distintas a aquellas a las que nosotros estamos acostumbrados en Occidente". Ellos eran "no sólo líderes políticos; eran

sabios y administradores del canon clásico". Se podría agregar que esta doctrina pervivió en el centro de la organización política china desde el período Shang.
La corte de los manchúes utilizó cada vez más este amplio mecanismo de compilación para imponer una especie de Inquisición literaria. Aunque Guy considera que éste no habría sido el objetivo central, como primero supusieron los eruditos occidentales, se hizo un esfuerzo por suprimir todas las obras que no entregaban una buena imagen de los gobernantes extranjeros. En la búsqueda de libros raros y textos completos para incluirlos en la biblioteca maestra, los compiladores estaban autorizados para buscar al mismo tiempo todas las obras heterodoxas que se debían prohibir o destruir. Pagaban altos precios por obras inusuales e incluso las solicitaban de casa en casa. Las obras proscritas incluían estudios sobre asuntos militares o fronterizos, críticas de tono antibárbaro y, sobre todo, artículos que exaltaran la precedente dinastía china Ming. En total se destruyeron alrededor de 2.320 obras. Ostentosos castigos elevaron el nivel de terror entre los miles de letrados y funcionarios involucrados. Cierto hombre llamado Wang Xihou había impreso un diccionario que criticaba el *Diccionario Kangxi* y -lo que significaba alta traición- los nombres prohibidos de los templos de los emperadores Qing. Por esta razón fue ejecutado y veintiún miembros de su familia fueron tomados como esclavos. El gobernador de Jiangxi, que había apoyado la publicación, también fue ejecutado.
Verdaderamente, el precio del despotismo foráneo fue el de la eterna vigilancia. Philip Kuhn (1990) ha demostrado cómo en 1768, durante el pánico por la hechicería, el emperador Qianlong intentó combatir el robo de almas que popularmente se creía posible cortando parte de la trenza de un hombre. Se trataba de una forma de brujería que amenazaba a la gente, pero el inquieto emperador pronto vio en el corte de la trenza un ataque sedicioso contra la tonsura de los Qing, que era el símbolo del sometimiento leal a su dominio. La imperiosa exigencia de Qianlong por obtener evidencias generó un extensa documentación, ya que las prolongadas sesiones de tortura en las salas de la corte podían hacer que los monjes empobrecidos y los mendigos confesasen lo que los funcionarios desearan. Finalmente, una mirada más detallada por parte del Supremo Consejo reveló que toda la "evidencia" obtenida por medio de la tortura era falsa.
Esta sensibilidad imperial al más leve signo de sedición, incluso en la cima de la magnificencia del período Qing, pone en duda cuán lejos llegaron realmente los manchúes en su afán por evitar su propia asimilación y también en la promoción de la fidelidad china hacia ellos. Ello plantea una interrogante aún sin respuesta: hasta 1911, ¿no habrá requerido este esfuerzo por mantener la dinastía bien asentada un conservantismo inflexible que impidió el progreso de China?
La misma pregunta se puede aplicar a la clase de los eruditos-funcionarios. W.T. de Bary (1991), al describir "el problema con el confucianismo", nos recuerda claramente cuán indefensos se encontraban los eruditos confucianos frente al poder estatal. No tenían ninguna base de poder, excepto si se mantenían leales hacia el gobernante o si se unían a facciones formadas por colegas de mentalidad similar. Los críticos del siglo XVII, tras el desastre de los Ming, no tuvieron base teórica alguna para cuestionar la autocracia imperial. Lo que hicieron fue revivir ideas *fengjian* ("feudales"), como por ejemplo fortalecer al magistrado local contra los subordinados corruptos del palacio del mandarín y contra la nobleza local, descartando la regla de la anulación y permitiéndole desempeñar su cargo por más tiempo en su lugar de origen. Ello proporcionaría al magistrado mayores incentivos y una oportunidad de mejorar las condiciones locales; sin embargo, los Qing no aceptarían el riesgo de fomentar los intereses locales. A excepción de un pequeño número de concientizados cuestionadores, los eruditos Qing descubrieron que su seguridad descansaba en el apoyo a la ortodoxia. Los puntos de vista críticos podrían parecer heterodoxos. Incluso las críticas más mordaces al gobierno dinástico, como la de Huang Zongxi en el siglo XVII, suponían la necesidad de un solo gobernante ejemplar poniendo en ejercicio el poder final del Estado. Careciendo del contacto con libros o ideas occidentales, los letrados permanecieron integrados al *establishment* neoconfuciano hasta 1820.
En general, los detalles de la vida urbana y la cultura de los letrados muestran al gobierno jugando sólo un papel secundario en la alta civilización de mediados de la era Qing. No obstante, en ciertas regiones del subcontinente chino la actividad económica del Estado era en ocasiones espectacular. En Jingdezhen, la industria manufacturera de porcelana empleaba a cerca de cien mil trabajadores. El fuego de doscientos a trescientos hornos resplandecía durante la noche. A fines del 1600 se enviaban varios millones de piezas de porcelana a Europa cada año. De manera similar, la manufactura imperial de seda en Suzhou contaba en 1685 con 800 telares y 2.330 trabajadores. La comercialización continuaba rápidamente, al

igual que la privatización del comercio. Las fábricas textiles del siglo XVIII, con sus cientos de telares y trabajadores, fueron alabadas en la China maoísta como “brotes de capitalismo” que habrían modernizado la economía china si ésta no se hubiese visto restringida por el imperialismo occidental. Mientras tanto, la clase de los mercaderes adquirió fama. En Pekín, antes del año 1800 existían alrededor de veintitrés gremios de la ciudad que atendían a los mercaderes de otras provincias; en 1875 se habían ampliado a 387. Así podríamos continuar citando asombrosos ejemplos de desarrollo comercial.

En su investigación acerca de la China del siglo XVIII según el esquema de macrorregiones, S. Naquin y E.S. Rawski (1987) comienzan por observar la buena reputación de la que gozaba China en la Ilustración europea, previa a la denigración que acompañó un contacto más cercano en el siglo XIX. Ellos destacan el hecho de que los primeros observadores europeos frecuentemente quedaban “deslumhrados por el refinamiento y el esplendor chinos”. Los ciento veinte años posteriores a la consolidación del dominio Qing por parte de Kangxi en la década de 1680 fueron una época “dinámica”, en la que el imperio chino se expandió hasta su punto máximo como parte de la reanudación de una ola de crecimiento económico y cambio social que había comenzado a fines del período Ming. Con toda razón los doctos europeos del Siglo de las Luces quedaron impresionados con la grandeza de China.

Ahora bien, si preguntamos si esta grandeza alcanzó la “prosperidad” china del siglo XVIII, caemos en la trampa de la generalización holística que nuestro estudio de macrorregiones desea evitar.

SEGUNDA PARTE

China Imperial Tardía 1600-4911

La China Imperial Tardía fue testigo de una duplicación -si es que no de una triplicación, realmente- de la población, con el respectivo crecimiento de la producción y el comercio y de las instituciones que los sostenían. El desajuste de la transición del dominio dinástico Ming al Qing en el XVII fue seguido por un alto período Qing desde alrededor de 1680 hasta principios del siglo XIX. Sólo después de 1820, aproximadamente, el contacto occidental comenzó a descontrolarse. Para ese entonces, la decadencia de la dinastía Qing ya se había iniciado.

En esta dramática historia de desarrollo material y deterioro político, el Estado autocrático mantuvo en teoría su pretensión de dominar todos los aspectos de la vida china, pero, en la práctica, sólo tuvo un papel secundario en el dinámico crecimiento de la economía y la sociedad chinas en los períodos Ming y Qing posteriores. En esta Segunda Parte, por lo tanto, nuestro interés principal se desplaza desde la política a la economía, desde el Estado a la sociedad.

El antiguo estereotipo Victoriano de una China que permanece pasiva e inalterada mientras el progreso de Occidente se expande explosivamente por el mundo, quedó obsoleto hace mucho tiempo. En lugar de ello debemos imaginar a partir de 1750 un continente asiático constituido por países enormes: Japón, con veintiocho millones de habitantes, era más grande que Francia o Alemania, mientras que China, con unos doscientos millones, e India, con quizá cien, eran todavía mucho más grandes. Europa no era más que una península de la gran masa de tierra eurásica, comprimida entre el Mediterráneo y el Báltico. En toda América se contaban quizá diez millones de nativos, mientras que el elemento europeo consistía principalmente en poblados a lo largo del río San Lorenzo y de las costas del Atlántico y del Golfo, además de los asentamientos ibéricos más antiguos de México y América Central y del Sur. Así, podemos ver que hace sólo 250 años la población mundial tenía una distribución totalmente distinta a la actual.

Después de 1750, más o menos, la Revolución Industrial provocó un gran incremento de la utilización del vapor en la industria y el transporte. Sus sucesores -la automotriz, la electrónica y otros-han transformado las condiciones de vida del hombre en todo el mundo. Sin embargo, todavía no hemos alcanzado un acuerdo unánime acerca de lo que realmente ha estado sucediendo. Incluso la pregunta de cómo se inició la Revolución Industrial es aún hoy tema de discusión entre los historiadores de la economía. Aún se está evaluando la importancia de quizá más de una docena de factores involucrados en el proceso, entre ellos el crecimiento del mercado, el uso del sistema de factorías, los inventos, la ciencia y la tecnología, la educación pública, la seguridad de la propiedad privada, la revolución agrícola, el comercio internacional, el crecimiento de la población, la oferta de capital y el crédito, una mayor oferta y productividad de la mano de obra, la tasa de inversión y otros asuntos similares. Todos estos factores estimularon la industrialización en Europa. Quizá la verdadera dinámica yacía en su interacción en tanto elementos mutuamente estimulantes.

Nuestra imagen heredada de los primeros tiempos de la China moderna muestra sus deficiencias en muchos, si no en casi todos, de estos factores. No ocurrió ninguna industrialización comparable en la China del siglo XIX; no obstante, la disparidad en el desarrollo tecnológico y material que tanto impresionó a los Victorianos es vista hoy desde una nueva perspectiva, que enfatiza el gran tamaño y la madurez del comercio nacional chino así como el creciente poder de su clase mercantil durante el período de los Ming y los antiguos Qing, un poder reconocido sólo en forma indirecta en los registros oficiales. Hasta Adam Smith pudo percibir que el mercado doméstico chino era tan grande como el de todos los países de Europa juntos. El extenso comercio interprovincial significaba que China estaba ya altamente comercializada, y que era en gran parte autosuficiente. Los textiles de Lancashire, por ejemplo, no pudieron invadir el mercado chino simplemente porque la tela de algodón de Nankín, tejida a mano, era un producto superior y en general más económico para el consumo

local; aún suplía la mayor parte de las necesidades de China del Norte en 1930. Después de bregar arduamente por “abrir” el mercado chino, las principales importaciones chinas para el consumo masivo resultaron ser una droga -el opio- y un combustible, el querosene; es decir, más el producto de ciertas condiciones geológicas que de la superioridad industrial occidental. La economía moderna de China, cuando sí se desarrolló, permaneció en gran medida en manos chinas.

Las razones por las que los Qing tardíos lograron una industrialización tan escasa a pesar de su enorme crecimiento material no fueron solamente económicas, sino también sociales, políticas y culturales. No se trata, por tanto, de una cuestión que pueda ser abordada simplemente aplicando conceptos de la teoría económica. Así, antes de pasar a la invasión occidental posterior a 1820 analizaremos en esta Segunda Parte dos elementos: en primer lugar, el grado del crecimiento nacional de China y ciertas restricciones institucionales que habrían limitado su capacidad para industrializarse, y en segundo lugar, el dinamismo de los chinos de ultramar -la China marítima- y el comercio internacional que contribuiría a la integración de China con el mundo exterior.

8. La paradoja del crecimiento sin desarrollo

El aumento de la población

Por lo general un aumento de población suele ir acompañado de un incremento del comercio, lo que de hecho facilita lo primero. Lo uno apenas puede ocurrir sin lo otro. En la experiencia occidental, el comercio proporcionó las condiciones que permitieron el inicio de la industrialización, lo que a su vez condujo a la expansión del conocimiento científico, la tecnología, la industria, el transporte, las comunicaciones, el cambio social, etc.; en definitiva, de todo aquello que agrupamos bajo el amplio concepto de desarrollo. En China no ocurrió así, por lo menos no en una escala siquiera similar a la de Occidente. Investigadores como Philip Huang (1990) consideran que al ocuparnos de China debemos dejar de lado las habituales suposiciones basadas en la experiencia europea y en las reacciones que provocó dicha experiencia en teóricos europeos de la economía como Adam Smith y Karl Marx. La economía china tuvo sus propios problemas. De hecho, el país era tan grande que podían hallarse al mismo tiempo indicios de las más diversas situaciones y tendencias en las diferentes áreas.

Para empezar, el aumento masivo de la población que en Europa se atribuyó primero a la industrialización también se dio en China, y en el mismo período, aunque allí no existió ningún proceso comparable de industrialización. En el año 2 de la era cristiana, mediando la era Han, la población se estimaba en sesenta millones; una cifra similar en el mismo momento de la dinastía Tang sugiere unos mil años de altibajos con sólo un pequeño incremento general. Más tarde, bajo el dominio de los Song, el total estimado se elevó por encima de los cien millones; algunos documentos registran una cifra muy inferior durante los gobiernos mongoles y de los primeros Ming. Para la época en que los Qing arribaron al poder, en el siglo XVII, la población parecía haber aumentado sólo levemente en el curso de esos seiscientos años.

La dinastía de los manchúes registró en 1651 diez millones de familias u hogares, cada uno de los cuales se estimaba constituido por seis personas. No obstante, sabemos que los cálculos oficiales de población de las dinastías propendían a equivocarse subestimando las cifras, debido a que los impuestos se cobraban en áreas administrativas que coincidían sólo parcialmente con el total estimado de la población. Ello estimulaba tanto al pueblo como a las autoridades responsables de los tributos a informar números inferiores. Hasta la década de 1980, China nunca tuvo un auténtico censo moderno donde se registraran datos precisos a partir de una fecha determinada y sobre una base de distribución según edad y sexo, estado civil, emigración y otros detalles necesarios para el análisis científico. Las cifras chinas, por el contrario, resultaban de registros y cálculos conformes a intereses gubernamentales: importaba conocer la cantidad de personas capaces de cultivar la tierra, trabajar en obras públicas, portar armas o pagar impuestos. No se esperaba la cooperación del pueblo. Se omitían categorías enteras de personas y no existían programas uniformes, mapas precisos ni empadronadores profesionales. Los cálculos solían ser producto de un ritual burocrático. La provincia de Henan, por ejemplo, durante la mayor parte del siglo XIX informó un aumento de ¡mil personas cada dos años!

Se podría conjeturar que para el año 1600 la población china se habría acercado a los 150 millones. La transición Ming-Qing puede haber sido testigo de un descenso. Desde 1741 hasta el estallido de la gran rebelión Taiping en 1851, las cifras anuales se elevaron en forma constante y espectacular, comenzando con 143 millones y finalizando con 432. Si aceptamos estos totales, nos enfrentamos a una situación en la que la población china se habría duplicado en los cincuenta años que van desde 1790 a 1840. Si ahora, con mayor precaución, suponemos totales inferiores a comienzos del siglo XVIII y sólo cuatrocientos millones para 1850, todavía nos enfrentamos a un hecho asombroso: algo así como la duplicación de la

vasta población china *antes* del contacto con Occidente, del comercio internacional y de la industrialización.
Para explicar este repentino aumento no podemos señalar factores constantes en la sociedad china, sino que debemos encontrar condiciones o una combinación de factores que provocaran un efecto nuevo durante ese período. Entre éstos se halla la paz interna casi ininterrumpida bajo el dominio de los manchúes durante el siglo XVIII. También hubo un aumento en el comercio internacional a través de Cantón y algún mejoramiento en los medios de transporte al interior del imperio. El control de las enfermedades, como el de la viruela por vacunación, puede haber sido de gran importancia. Sin embargo, lo fundamental fue el abastecimiento de alimentos.
Los economistas, confrontados a un gran número de cifras poco confiables, han comparado los registros de población con los datos agregados para el área de tierra cultivada y la producción de grano en los seis siglos posteriores a 1368. Suponiendo que la población de China en el año 1400 era de aproximadamente 80 millones de habitantes, Dwight Perkins (1969) concluye que su crecimiento a 700 millones o más en la década de 1960 fue posible gracias a un aumento constante en la disponibilidad de grano, el que evidentemente creció cinco o seis veces entre el año 1400 y el 1800, y se elevó otro 50% entre 1800 y 1965. Este aumento en la provisión de alimentos posiblemente se deba por un lado al crecimiento del área cultivada -sobre todo a raíz de la migración y el establecimiento de la población en las provincias centrales y occidentales-, y por otro a una mayor productividad, al éxito de los agricultores en recoger más cosecha por unidad de tierra.
Este avance tecnológico asumió diversas formas: una fue la continua introducción desde el sur de variedades de arroz de maduración más temprana, lo que hacía posible la doble cosecha. Desde América llegaron nuevos cultivos, como el maíz, el camote -también llamado boniato o batata-, el maní o cacahuete y el tabaco. El maíz, por ejemplo, se puede cultivar sobre el suelo seco y los faldeos de las colinas de China del Norte, donde es utilizado como alimento, combustible y forraje; proporciona aproximadamente la séptima parte de la energía alimenticia disponible en el área. El camote, que se cultiva en tierra arenosa y provee más energía alimenticia por unidad de tierra que otros cultivos, se convirtió en el alimento del pobre en la mayor parte del área arrocera de China del Sur.
El incremento de la productividad en la agricultura también se debió a inversiones de capital, en primer lugar en los sistemas de irrigación. Entre 1400 y 1900 el total de tierra irrigada parece haber aumentado casi tres veces. También se registró un aumento de herramientas agrícolas, animales de tracción y fertilizantes humanos -abono de letrina-, sin mencionar el crecimiento de la población misma, la que aumentó la mitad de rápido de lo que lo hizo el área de tierra cultivada, elevando así el porcentaje de manos humanas y de abono disponible por unidad de tierra. De este modo, dicha población creciente pudo alimentarse gracias a una agricultura más intensiva, aplicando más trabajo y fertilizantes a la tierra.
En esta perspectiva más amplia, el crecimiento de la población en China durante los últimos seiscientos años ha alcanzado un promedio de sólo aproximadamente cuatro décimos de un 1% al año, una tasa no tan alta después de todo. No obstante, la duplicación y reduplicación de las cifras durante el siglo XVIII y principios del XIX es algo similar a la explosión de la población europea contemporánea en parte generada por la expansión del cultivo de la papa. Recientemente, algunos han especulado que el crecimiento contemporáneo en China, Rusia y Europa al comenzar los tiempos modernos se debió a un calentamiento global del clima, lo cual habría alargado la temporada de cosecha. Posiblemente ésta sea una de las grandes explicaciones para el crecimiento de China, pero aún requiere de un estudio detallado y no se le puede denominar una probabilidad.

Rendimientos decrecientes en la mano de obra agrícola

A pesar del enorme crecimiento de la población y del suministro de alimentos, la Era Imperial Tardía fue testigo de una disminución de la productividad por trabajador en la agricultura. Este decaimiento estremeció precisamente al sector que los eruditos-funcionarios confucianos consideraban como la raíz del Estado, y al que estaban más comprometidos a fomentar. En efecto, sus estudios y manuales sobre tecnología agrícola fueron modélicos para su época. Desafortunadamente, los autores no eran economistas expertos en la relación insumo-producto. Como las familias agricultoras estaban tan ocupadas y eran tan trabajadoras, la

mayoría de los observadores pasó por alto el hecho de los rendimientos decrecientes, especialmente en el cultivo arrocero.
La tecnología de dicho cultivo había avanzado de manera constante y paralela al aumento de la producción. Después de la caída de los Song del norte frente a la dinastía Jin en 1126, hubo un aumento en la emigración desde China del Norte hacia el sur, y el valle del Yangtsé y las áreas hacia el sur crecieron simultáneamente en población y cultivo de arroz. La tierra fue transformada en arrozales tras un gran esfuerzo. Robert Hartwell (1982) señala por ejemplo que, entre 1170 y 1225, nuevos diques o pólderes "dieron como resultado la habilitación de casi toda la tierra arable desde el lago T'ai hasta el mar y desde la desembocadura del Yangtsé hasta los distritos costeros del Chekiang del norte". A lo largo de toda la costa sudeste, desde Zhejiang hasta Cantón, se formó un suelo nuevo, canalizándose los campos de las bajas tierras costeras. Entretanto, la fabricación de terrazas en colinas y montañas aumentó la superficie cultivada de arroz en toda China del Sur.
El cultivo manual de arroz requiere del afinamiento de numerosos factores: la elección de la semilla y el modelo de cultivo, la labranza, el riego y la fertilización de los campos, el trasplante, el desmalezamiento, la recolección, el raleo y el secado de la cosecha, y su almacenaje, transporte y venta. Existen muchos detalles que deben ser considerados. El mejoramiento de las técnicas y un esfuerzo incesante a menudo pueden aumentar la producción arrocera en comparación con otras cosechas alternativas o la artesanía familiar. Pero el aumento casi indefinido de la producción de arroz al existir una abundante mano de obra no puede evitar eternamente la ley de los rendimientos decrecientes.
Hoy, si un observador mira los campos con sus terrazas que moldean el paisaje en tantas partes de China, puede quedar impresionado por la belleza de las curvas de nivel que el hombre impuso a la naturaleza, y pasmado por la pasada inversión en fuerza muscular que éstas suponen. Aquellos de mentalidad económica pueden calcular la productividad por agricultor posible en una escena así. El arroz podía suministrar más calorías por unidad de tierra que cualquier otra cosecha, lo que lo convirtió en el alimento básico en China a partir de la época de los Song; no obstante, también implica un uso intensivo de mano de obra.
Consideremos, por ejemplo, el trabajo adicional requerido para agregar otra terraza encima de varias que ya están en uso, el esfuerzo físico que significa escalar las terrazas para preparar el suelo nuevo, subir el almácigo para el trasplante, ajustar el flujo de riego, transportar y aplicar el fertilizante, vigilar, desmalezar y finalmente recolectar a mano la cosecha. Kang Chao (1986) ha calculado que en el sistema agrícola de trabajo intensivo en China el insumo de trabajo por unidad de tierra podía ser diez a veinte veces superior al insumo de trabajo usual en el cultivo extensivo con arado en cualquier otra parte. En efecto, el agricultor arrocero parecía estar ligado para siempre al trabajo duro. A medida que pasó el tiempo, la cosecha total de arroz creció junto con la población. Dwight Perkins ha demostrado cómo aumentó la superficie cultivada junto al crecimiento de la población, a pesar de que las nuevas tierras incorporadas eran por supuesto menos accesibles y eficientes. Cuando se empezó a poner énfasis en otros cultivos por sobre el arroz, o a pasar de la agricultura a la producción artesanal, por ejemplo, tarde o temprano comenzaba a operar la misma limitación. Mientras más se esforzaba el agricultor, menos obtenía.
La "presión demográfica", es decir, el excedente de población que provoca una escasez de tierra mayor que la de mano de obra, abaratando esta última, es una de las principales generalizaciones acerca de China, en tanto que el juicio de "sobrepoblación" es una cuestión de índole técnica dirigida a los historiadores económicos. Hasta ahora no existe un consenso acerca de cuán grande ha sido en China, en qué tiempos y lugares. Importantes estadísticas son aún motivo de disputa. No obstante, pueden señalarse varios hechos que conducen a la conclusión general de que la presión demográfica ha retardado el crecimiento industrial y económico chino.
Para empezar, el anhelo por la tierra ha provocado la constante usurpación de las riberas de los lagos de China por parte de los agricultores. Peter Perdue (1987) ha descubierto que alrededor del gran lago Dongting en Hunan se han construido en este siglo cerca de novecientos diques, que se extienden a lo largo de casi 6.400 kilómetros. La disminución del área del lago redujo la cuenca colectora para los caudales de una crecida, agravando el problema de las inundaciones. R. Keith Schoppa (1989) ha investigado la forma en que el lago Xiang, cerca de Hangzhou, fue siendo cubierto de tierra durante el curso de nueve siglos, hasta desaparecer.
Tras este anhelo por obtener tierras yacía un empeoramiento constante de la proporción hombre/tierra. En la época de las asignaciones parejas de terrenos *(juntian),* entre el año 485 y

mediados del siglo VIII, la tierra cultivada por familia se había calculado en ochenta *mou* (un *mou* o *mu* equivale aproximadamente al 7% de una hectárea); para el siglo XII, era de alrededor de veinte o treinta *mou,* y en 1936 el promedio para una granja familiar en China se estimaba en 3,6 *mou.* La significación precisa de los términos y estadísticas de los voluminosos y variados registros chinos dificulta sobremanera el trabajo de los investigadores, pero la prolongada tendencia decreciente en la proporción hombre/tierra es incuestionable.
Otro dato que vale la pena mencionar para indicar la situación de los agricultores chinos es el hecho de que las grandes invenciones tecnológicas chinas -la seda, la porcelana, las esclusas, el escape del reloj, el timón con un poste a popa, la imprenta, la pólvora, el arado de reja de hierro y todo lo demás tan profusamente expuesto por Joseph Needham y sus colaboradores- prácticamente se detuvieron en el período de los Song. De ahí en adelante, la abundancia de fuerza muscular redujo la necesidad de invenciones que ahorrasen trabajo. Kang Chao observa que los 77 inventos destinados a la agricultura que figuraban en un manual del año 1313 -entre ellos la noria para el riego- no suscitaron aportes apreciables en obras subsiguientes del mismo tipo.
Las industrias familiares rurales que elaboraban seda y té, o más adelante algodón tejido, ofrecen otro tipo de evidencia. Parece extraño que, después de establecidas las ciudades Song de Kaifeng y Hangzhou, no emergieran ciudades grandes de más de un millón de habitantes hasta el siglo XIX. Ello parece deberse en parte a que la industria estaba “ruralizada”, como Chao lo denomina, o “familizada”, en palabras de Philip Huang; es decir, el trabajo artesanal de las mujeres campesinas producía artículos en forma más económica de lo que podían hacerlo las industrias de la ciudad o las hilanderías de seda. Las mujeres campesinas podían tener sus propios y modestos talleres en casa para producir bienes domésticos y para el mercado por menos de un sueldo vital. No se trataba tanto de un síntoma de capitalismo incipiente como del ingenio del agricultor chino para complementar su insuficiente ganancia debida a lotes de tierra demasiado pequeños. Los productos artesanales se podían vender en el mercado local, el que creció durante el período Song y después, para ganarse a duras penas un pequeño ingreso extra. Ello refleja la degradante pobreza de la familia campesina, que obligaba a la mujer y a los niños del agricultor a hilar y tejer sin descanso para obtener sólo una paga miserable, la que de todos modos contribuía a sortear el hambre.
¿Puede conciliarse el crecimiento registrado en la población y producción de China con una evidencia de pauperización, un empeoramiento de los estándares de vida por lo menos en algunas áreas? Los economistas aún discuten esta anomalía. Utilizar como argumento la “sobrepoblación” en un país que duplicó su población en la era Ming y nuevamente durante el período Qing, antes de duplicarse una vez más después de 1949, parece una burla frente a las pruebas. Con todo, no se trata de si la población pudo alimentarse y continuar creciendo, sino más bien si pudo mantener su nivel de vida en general.
Algunos efectos de esta presión demográfica comenzaron a hacerse evidentes a fines del siglo XIX: las máquinas compitieron en el transporte y la industria con la barata mano de obra, y ello parece haber amenazado la subsistencia popular. La pobreza implicaba falta de poder adquisitivo y de un mercado para los bienes manufacturados. China vio obstaculizada su capacidad para competir incluso como una fuente de productos artesanales, debido a su inercia en las tareas de mecanización y estandarización: no hay más que ver cómo India reemplazó a China en la producción de té, y cómo Japón alcanzó el liderazgo en la producción de seda.
La pérdida que sufrió China en la productividad per cápita de su fuerza laboral agrícola se agravó por el debilitamiento artificial de su fuerza femenina debido a la práctica del vendaje de los pies.

La subyugación de las mujeres

En todos los registros del sistema familiar se evidencia el bajo nivel social que tenían las mujeres en la antigua China. Pero el simple hecho de afirmar que las mujeres al casarse abandonaban sus familias de origen, que no tenían propiedades ni poseían casi educación no le entrega al lector ocupado una imagen lo bastante elocuente. Esta falta se podría compensar en parte deteniéndonos en la característica costumbre china del vendaje de los pies.
Cuando, a comienzos de la década de 1930, mi esposa y yo vivimos en Pekín durante cuatro años, tres cosas nos parecieron insólitas. En primer lugar, nosotros no éramos chinos pero debido a la previa invasión imperialista extranjera disfrutamos de los privilegios de la élite

gobernante china. La policía no nos molestó. Segundo, la mano de obra era tan abundante y barata que nuestro transporte más fácil era el rickshaw, con un inteligente caballo humano entre los ejes. El podía ir más rápido si uno le pedía. Si debido al trote o al sudor durante los días fríos comenzaba a toser hasta escupir sangre, siempre encontraba un reemplazante para nosotros. Y tercero, todas las mujeres de mediana edad o mayores tenían los pies vendados, desplazándose torpemente sobre sus talones como si la parte delantera de sus pies hubiese sido amputada. Durante nuestros viajes por el campo en cinco provincias de China del Norte jamás encontramos alguna esposa de un campesino mayor de treinta años cuyos pies no estuviesen vendados. Estos tres indeseables fenómenos -privilegios especiales para los extranjeros, un exceso de mano de obra y los pies vendados de las mujeres-eran parte integral de su cultura.

En la antigua China, las mujeres eran antes que nada producto y propiedad de sus familias. Hasta bien entrado el presente siglo, la costumbre de vendarse los pies demostró y reforzó su subyugación. Tan general ha sido el rechazo de los chinos a referirse a ello que las publicaciones modernas sobre el tema son escasas. Los occidentales que estudian China naturalmente absorben sensibilidades chinas, y muy pocos son por temperamento agitadores contra la injusticia. Pero la práctica de vendarse los pies oscureció la vida de la mayoría de las mujeres chinas durante varios siglos, con repercusiones sociales y físicas que requieren de una evaluación histórica. Lo más obvio ha sido la pérdida económica causada por el deterioro de la fuerza muscular de las mujeres campesinas y de su capacidad para trabajar.

Lo primero que hay que aclarar acerca de los pies vendados es que el pie no dejaba de crecer. Simplemente se le forzaba a seguir desarrollándose de una manera deforme. Imaginemos que somos una niña que durante unos seis a diez largos años -comenzando a la edad de cinco u ocho y hasta los trece o quince, los años de nuestra infancia y crecimiento- tiene permanentemente atada en torno a sus pies una larga cinta de tela que le aprieta noche y día sin descanso con el objeto de deformarlos y convertirlos en “lirios dorados” de ocho centímetros de largo. Bajo esa presión constante, para adelgazar los pies se presionan hacia abajo los cuatro dedos de cada pie, a excepción del más grueso, alrededor y bajo la planta del pie. Si tratáramos de caminar de una manera normal, estaríamos colocando nuestro peso sobre los huesos de los dedos que están doblados bajo los pies. Afortunadamente no podremos hacerlo ya que en el intertanto, con el objeto de achicar nuestros pies, las ataduras del vendaje los han comprimido de adelante hacia atrás. Bajo la constante presión, los arcos se han ido rompiendo y curvando gradualmente hacia arriba, de modo que sólo el borde posterior de nuestros talones puede soportar todo el peso. A medida que el arco se va rompiendo, la planta de nuestro pie se va moviendo paulatinamente desde una posición horizontal a una en que las partes anterior y posterior se enfrentan una a otra, de modo que es posible insertar un objeto como una moneda o un medallón en el angosto espacio que surge entre ellas. El resultado será que jamás podremos volver a correr, y caminar sobre nuestros talones implicará muchísima dificultad. Incluso el solo hecho de estar parados será muy incómodo. Después que nuestro pie haya dejado de crecer el dolor desaparecerá, pero continuaremos usando los vendajes, en parte para proporcionar un apoyo a nuestros pies y en parte también porque son objetos desagradables, horriblemente deformados y repulsivos a la vista. Nunca dejaremos que alguien nos vea descalzos.

Este dolor autoinfligido e implacable en nuestros años de formación es bienvenido en teoría como una forma de obtener un buen matrimonio que podría ayudar a nuestra familia con un buen precio por la novia. Los casamenteros insistían en la importancia del tamaño del pie. Nuestra madre pasó por todo eso y nos ayuda a hacer lo mismo. Ella nos enseña el arte de no bloquear la circulación para no provocar gangrena ni pus, cómo mantener arregladas nuestras uñas de los pies para que no nos pinchen la piel, cambiar diariamente las cintas para mantener una presión pareja, lavar para disminuir el olor, masajear nuestras piernas para mitigar el dolor y calzar graciosos zapatitos para divulgar nuestro logro y acaparar la atención masculina. Al realizarse nuestro matrimonio, esperando dar a luz a un varoncito, encontramos que nuestra vida está destinada en gran parte a los deberes familiares. Si por casualidad somos sirvientas de pie frente a nuestra ama que también tiene sus pies vendados, puede que ella nos deje apoyarnos contra la pared para reducir la incomodidad de estar de pie. En un sentido muy literal, no nos podemos escapar. Entre otras cosas, los músculos en desuso se nos han atrofiado y las piernas se nos han transformado en horribles palillos.

Basándose en lo que habían escuchado, los misioneros occidentales calcularon en la década de 1880 que alrededor del 10% de las niñas que pasaron por el proceso de vendarse los pies no lo sobrevivieron. Por supuesto que una gran proporción de niños chinos fallecía de todas

maneras. Nunca podremos cuantificar un asunto así, pero existen pruebas de que las niñas durante los primeros años de este proceso de vendarse los pies tenían serios problemas para dormir, por no mencionar el hecho de desplazarse. Algunas ponían durante la noche los pies bajo su madre o los dejaban descansar sobre una tabla en la cama, en ambos casos para mitigar el dolor haciendo que los pies se les durmieran por falta de circulación sanguínea.
Tras la práctica del vendaje de los pies yace un fetiche sexual masculino observado por muchos pero que rara vez ha sido realmente investigado. Aparentemente, esta costumbre se originó en la corte durante el siglo X. Howard Levy (1966) reproduce un poema del antiguo estadista y poeta de la época Song, Su Shi (Dongpo, 1036-1101):

Ungida con perfumes, ella da pasos de loto;
Aunque a menudo está triste, camina con ligereza.
Baila como el viento, sin dejar traza alguna.
Otra, furtiva pero feliz, ensaya el estilo de palacio,
Pero, ¡siente tal angustia al tratar de caminar!
Miradlos en las palmas de vuestras manos, tan maravillosamente pequeños que desafían cualquier descripción.

El aspecto más cruel de esta práctica del vendaje de los pies fue que las masas campesinas chinas imitaron a la clase alta. Los mongoles, los manchúes y casi todas las demás minorías no la adoptaron. Los emperadores manchúes (Qing) la vituperaron, al igual que los eruditos iconoclastas. Aun así, el vendaje de pies se expandió entre las mujeres campesinas, que debían llevar una vida de trabajo duro. No sabemos a ciencia cierta cuándo ocurrió ni cuánto duró. Aparentemente, la costumbre se mantuvo en ciertas áreas, no en todas. Pero los pies vendados constituían una práctica corriente en el siglo XIX, y sus efectos aún eran visibles en la década de 1930.
¿Cuál fue el costo físico y social, para no mencionar el económico, de la práctica del vendaje de los pies? Las mujeres del pueblo la aceptaban al igual que los dolores de parto, y dejaban en ridículo a cualquier persona de pies normales. ¿Creían ellas en la teoría masculina que afirmaba que los vendajes en los pies producían músculos que aumentaban el goce del marido en la copulación? Al mutilarse ellas mismas, ¿sufrían de alguna pérdida en su autoestima o en su confianza en sí mismas? ¿Aplicaron a las mujeres los verdaderos confucianos la máxima de que nuestros cuerpos, tal como nos los entregaron nuestros padres, son sagrados y no deben sufrir mutilación alguna? Aún se debate si el gran propagador del neoconfucianismo Zhu Xi respaldó la práctica del vendaje de los pies. El no abogó por la libertad femenina. Al final, ¿cómo podía sentirse una mujer que tenía los pies vendados sino inferior?, ¿víctima de un destino despiadado?, ¿temerosa de romper la costumbre? El trauma, consciente o inconsciente, debe haber devenido parte de la personalidad de las mujeres chinas.
Desafortunadamente, el vendaje de los pies no es una práctica social que pueda ser estudiada en forma comparativa. Las mujeres victorianas de cintura de avispa, que sufrían de hipocondría por constreñir el tronco siguiendo los dictados de la moda, no son comparables, como tampoco lo son las mujeres africanas que estiraban gradualmente su cuello sumando anillos de bronce a su alrededor. Posiblemente la práctica de la clitoridectomía o infibulación -realizada por mujeres en mujeres en ciertas partes de Africa- sea de alguna forma comparable, pero, como una iniquidad social impuesta a cientos de millones de mujeres el vendaje de los pies es único, un aspecto exclusivo de la cultura china. Por consiguiente, no es un asunto que aparezca en las obras generales de sociología. Extrañamente, los historiadores sociales chinos, tanto hombres como mujeres, apenas han reconocido su existencia. Es el tópico menos estudiado de la sociedad china. La fascinante complejidad de los arreglos matrimoniales y la desigualdad sistemática infligida a las mujeres han sido analizadas en forma brillante, no así la práctica del vendaje. Semejante reticencia quizá represente la peculiaridad ocupacional de los sinólogos, un patriotismo secundario o sinofilia que podría determinar que los de otro modo realistas estudiosos no quieran reconocer nada perverso en el objeto de sus investigaciones.[7] No obstante, un mal social que se ha institucionalizado de tal manera debe ser encarado aunque resulte vergonzoso siquiera mencionarlo. La esclavitud africana en Estados Unidos ha sido saludablemente analizada por los historiadores desde los

[7] Un notable ejemplo de sinofilia sentimental es mi propia declaración en *Foreign Affairs,* octubre de 1972, de que en un contexto determinado la revolución maoísta fue "lo mejor" que le ocurrió al pueblo chino en muchos siglos.

más diversos ángulos. La práctica del vendaje de los pies en China no debe ser ocultada. Constituyó un hecho cuyas causas y repercusiones aún no han sido comprendidas.

El comercio interno y la organización comercial

La expansión del comercio interno de China, que acompañó al crecimiento de la población, comenzó con la agricultura. El cultivo de productos agrícolas y la producción artesanal de artículos para la venta expandió poco a poco las arterias del comercio al interior de las macrorregiones y posteriormente entre regiones. Así, el algodón en rama de China del Norte se podía transportar por el Gran Canal hacia los centros de producción textil en el bajo Yangtsé. Durante un tiempo el área de Shanghai se convirtió en líder de la exportación de hilo de algodón hacia Guangdong. Productos especiales como las cerámicas de los hornos Jingdezhen en Jiangxi naturalmente se vendían más allá de los límites regionales en todas direcciones, mientras el té prensado de la China central subía por el río Han para su intercambio en los mercados de té y caballos de la frontera del Asia Interior.

El magistral estudio realizado por William T. Rowe (1984,1989) sobre Hankou (1760-1890) ofrece un ejemplo básico de esta comercialización. Además del transporte fluvial en el Yangtsé, Hankou era el punto donde se cruzaba el comercio fluvial por el río Han desde el noroeste y por el río Xiang hacia el sur a través de Hunan hasta llegar a Cantón. Esta ruta podía intercambiar arroz por especias provenientes del Sudeste Asiático. Maderas, arroz y posteriormente el opio bajaban por el Yangtsé desde Sichuan, y la sal iba río arriba desde las salinas en la costa al norte de Shanghai. El mejor té llegaba al norte desde las colinas de la provincia de Fujian. Para el siglo XIX existía un importante comercio interregional dentro de China, mientras las exportaciones de seda y de té salían al extranjero en grandes cantidades desde Cantón, y más tarde desde Shanghai y Fuzhou.

Este crecimiento del comercio interno vino obviamente acompañado de un desarrollo en los sistemas de comercialización. Los aldeanos visitaban sus mercados corrientes, los que a su vez eran tributarios de los mercados centrales de mayor categoría. Como los mercaderes ambulantes se desplazaban dentro del área, estos mercados proporcionaban un punto de venta para los productos artesanales de los agricultores, como la seda cruda o los tejidos, además de los productos alimenticios.

Un mayor comercio hizo crecer los pueblos mercantiles *(zhen)* dedicados al comercio y la industria, los que originalmente no habían sido creados para ser centros administrativos. Particularmente en el delta del Yangtsé, estos pueblos recién establecidos fueron testigos de cómo los talleres artesanales comenzaron a utilizar la mano de obra sobre una base capitalista. La élite del pueblo estaba constituida por los mercaderes, mientras que una fuerza laboral libre para desplazarse comenzó a aparecer como un genuino proletariado, a menudo organizado en cuadrillas laborales administradas por contratistas jefes. Cada vez más campesinos abandonaban la actividad agrícola por la artesanía, mientras otros se dedicaban al emergente sector del transporte.

La extensa red china de transporte fluvial estaba ya dispuesta para acomodarse al desarrollo del comercio. El aumento de los embarques de los juncos chinos navegando por el Yangtsé y sus afluentes, así como a lo largo de la costa, fue un buen índice de este crecimiento. Estos barcos transportaban el azúcar de la China sudeste desde puertos como Shantou (Swatow) y Xiamen (Amoy) hacia Manchuria del Sur, y volvían con cargamentos de pastelones de soja que en el sur se utilizaban como fertilizantes.

Otro índice del crecimiento lo constituye la proliferación, a partir de fines del siglo XVIII, de gremios comerciales y especialmente de corporaciones de coterráneos, es decir, de organizaciones en diversos centros provinciales que recibían a mercaderes y otros que compartían el mismo lugar de nacimiento. Rowe investiga el surgimiento de las corporaciones gremiales que manejaban el comercio de alguna mercancía específica como el té o los textiles, y las hermandades de coterráneos como la de los comerciantes ningbo en Hankou. Estas corporaciones, que servían a los comerciantes en todo el sistema del comercio interregional, no sólo les proporcionaban las comodidades de un lugar de reunión en los salones municipales, sino que también podían facilitar bodegas, habitaciones, un altar dedicado a la deidad patrona de la hermandad, un escenario para la ópera, una escuela para los candidatos a los exámenes y, en general, una amplia participación.

Tales asociaciones se financiaban por medio de cuotas de incorporación, y podían ser propietarias de bienes raíces y hasta terratenientes que recibían abultados ingresos

procedentes de esas rentas; también podían recaudar fondos emitiendo bonos. Imponían reglamentos relacionados con sus actividades, se involucraban o podían llegar a organizar boicoteos y servían de mediadores en disputas. A medida que el comercio de productos básicos fue asentándose dichas corporaciones gremiales adquirieron mayores funciones e influencia. Mantuvieron, tanto por el bien público como por su propio interés, torres para controlar incendios y cuadrillas que combatían el fuego en las ciudades fácilmente inflamables. En el puerto local podían mantener botes de rescate. Contribuían a obras de caridad y en tiempos de hambruna financiaban comedores de beneficencia; también pagaban a vigilantes para evitar el desorden. Podían mantener vías públicas, construir puentes o mejorar el abastecimiento de agua. Exhibían una "conciencia pública" de orientación confuciana. En síntesis, las corporaciones gremiales se convirtieron en instituciones municipales capaces de organizar la milicia o los boicoteos, o de mediar en disputas comerciales, pero sin estar bajo el control directo de los magistrados locales.

Naturalmente, el crecimiento del comercio trajo consigo un mejoramiento de la tecnología fiscal. Los banqueros ningbo, que desde fines del siglo XVIII dominaron el ambiente bancario de Shanghai, desarrollaron una convención conocida como "el tael de transferencia", con el objeto de equilibrar sus cuentas día a día. Los bancos de remesas de Shanxi, establecidos por sociedades familiares en diversos pueblos a lo largo del río Fen -la antigua zona central de las dinastías Sui y Tang-, desarrollaron durante el siglo XIX un sistema para transferir fondos por medio de cartas de crédito y órdenes en todas sus sucursales, con el objeto de evitar el embarque de lingotes de plata a través de todo el país bajo escolta contra los bandidos. Rowe clasifica como innovaciones las "letras de cambio, la banca de depósitos, transferencias en libro de fondos entre depositantes, crédito de sobregiro... e instrumentos de crédito negociables y transferibles".

Este admirable desarrollo comercial en la China Imperial Tardía desafortunadamente tuvo lugar en un contexto que empantanaba al agricultor y también al comerciante en torno a situaciones de tan larga existencia que no podían ser transformadas fácilmente. A la comercialización de la China Imperial Tardía no le siguió una industrialización según el modelo occidental, a pesar de que los investigadores han descubierto abundante evidencia del tipo de protoindustrialización en China a la que le siguió la industrialización en Europa. Así por ejemplo, el surgimiento de pueblos dedicados al comercio, el de mercaderes empresarios manejando un sistema de distribución y venta de la producción de artesanías domésticas, y la aparición de una clase urbana asalariada o proletariado: todo ello puede ser documentado en ciertas partes de China, como el delta del Yangtsé. Sin embargo, estos fenómenos similares a los europeos eran superficiales en comparación con ciertas realidades del ámbito rural de gran persistencia en China: la familia campesina poseía tan poca tierra que sus actividades suplementarias y la producción de artículos manuales -de seda y algodón, especialmente- se convirtieron en parte integral de su subsistencia. Sin duda fue así como se comercializó el núcleo familiar campesino, pero a través de un máximo de insumo laboral -mucho más allá del punto de los rendimientos decrecientes- y un mínimo de insumo de capital. Para la simple subsistencia de la familia eran tan necesarias las rentas de la actividad agrícola como las de la artesanal. El resultado, en palabras de Philip C. C. Huang (1990), fue que "en la agricultura, las granjas basadas en un trabajo remunerado no podían competir con él cultivo de las familias campesinas. En la industria, los talleres urbanos no podían competir con la producción doméstica de bajo costo". La economía agrícola estaba atada a la involución, es decir, al crecimiento de un producto sin ningún aumento de productividad por hora de trabajo. Era imposible que una economía de mercado, según la concepción de Adam Smith, pudiese funcionar en esta situación involutiva. Las expectativas de los economistas como Smith y Marx, derivadas de la experiencia europea, no eran adecuadas para explicar los porfiados hechos que convergían en China.

A pesar de que la clase comerciante aumentaba en fuerza y capacidad, permaneció subyugada a la acción arbitraria de los funcionarios en busca de contribuciones para solucionar crisis como inundaciones o defensa, los que también pretendían que se les pagase con obsequios de manos de los poseedores de licencias, monopolios y propiedades. La inversión industrial por parte de los comerciantes continuó ocupando un segundo lugar por detrás de la inversión en tierras y bienes raíces, en un intento por protegerse a sí mismos uniéndose a la clase todavía dominante de los terratenientes poseedores de grados (nobleza). Con el comienzo de la urbanización, disminuyó la subordinación de los comerciantes a los funcionarios, pero los mercaderes nunca pudieron librarse de la supervisión oficial, por no decir de su dominación.

La simbiosis entre mercaderes y funcionarios

El funcionario vigilaba al comerciante como a un aliado cuyas actividades podían ser aprovechadas en beneficio personal o del Estado. Como señala Etienne Balazs, las transacciones comerciales siempre estuvieron sujetas a la vigilancia y tributación de los funcionarios. Los monopolios gubernamentales de artículos básicos, como la sal y el fierro antiguamente o el té, la seda, el tabaco, la sal y los fósforos en tiempos más recientes, expresaban las decisivas prerrogativas económicas del Estado. A ninguna clase comerciante se le había permitido surgir en forma independiente y usurpar tales prerrogativas.

En la práctica, esta operación fue asegurada por la desatención oficial a los derechos de la propiedad privada, lo cual significaba que el patrocinio y apoyo oficiales eran necesarios para proteger cualquier empresa comercial de gran envergadura. El resultado fue una estrecha comunidad de intereses entre mercaderes y funcionarios. Ambos podían beneficiarse allí donde ninguno podía triunfar solo. Mercaderes, banqueros, intermediarios y comerciantes de todo tipo constituían por tanto una clase unida a la burocracia en calidad de subordinados. Ellos, como administradores y manipuladores de bienes y capital, ayudaban a los funcionarios en la sustracción de los excedentes no sólo del comercio sino también de la agricultura.

Para la época imperial tardía a los mercaderes se les había concedido un status que reflejaba la importancia de la riqueza en la economía en desarrollo. Podían ingresar con cierta facilidad a la nobleza mediante la compra de tierras y la obtención de grados, así como a través del matrimonio. A diferencia de Europa, no existía en China un comercio internacional vasto y organizado donde los mercaderes pudieran invertir. En efecto, durante doscientos años los Ming habían prohibido el comercio privado con el extranjero, como hemos visto. A pesar de ser menos rentable que el comercio, la tierra era más segura y por lo tanto continuó siendo la gran destinataria de la inversión. La clase de los mercaderes producía terratenientes más fácilmente que los capitalistas comerciales independientes.

El sistema financiero premoderno chino también inhibió el capitalismo. Los ahorros que representaban el capital acumulado comúnmente se invertían en préstamos, debido al alto interés que podía cobrarse. Las tasas de usura constituían una señal de la alta demanda estacional de dinero por parte de los agricultores, que lo necesitaban para pagar sus impuestos y para subsistir hasta la siguiente cosecha. Los créditos a corto plazo a los agricultores pagaban un interés más alto que los préstamos a largo plazo destinados a la industria. Como resultado, hubo un menor incentivo para invertir los ahorros en la producción industrial.

En síntesis, el capitalismo no pudo prosperar en China porque el mercader nunca fue capaz de independizarse del control de la nobleza terrateniente y de sus representantes en la burocracia. En la Europa feudal, la clase mercantil se desarrolló en las ciudades. Los señores permanecían en sus castillos al interior de sus tierras, por lo que los pueblos europeos pudieron desarrollarse fuera del sistema feudal. Los burgueses medievales lograron su independencia estableciendo comunidades urbanas separadas de los feudos con una nueva autoridad política para protegerlos, los reyes de las naciones-estado. En China estas condiciones no se dieron. La temprana abolición del feudalismo y la dependencia del emperador y sus funcionarios de la nobleza local no dejaron poder político alguno fuera del orden establecido al cual pudiese dirigirse el mercader para obtener una protección especial.

Por lo general, los pueblos se constituían primero como centros administrativos. La conexión esencial de la nobleza con los funcionarios los fue convirtiendo tanto en centros culturales como en amurallados refugios contra bandidos o campesinos furiosos. Las familias de la nobleza no podían confiar exclusivamente en la posesión de tierras: la situación más segura era una combinación entre la posesión de tierras y las prerrogativas oficiales. La propiedad familiar en sí no constituía una seguridad, pero los miembros de la familia que eran funcionarios sí podían brindarle protección. Así, la clase de la nobleza -como un estrato de élite sobre la economía campesina- encontró su seguridad en la tierra y en el cargo, no en el comercio ni la industria. Entre ellos, la nobleza y los funcionarios se encargaron de mantener a los mercaderes bajo control y contribuyendo a sus arcas en lugar de establecer una economía separada.

La empresa privada podría desarrollarse libremente a nivel de la agricultura a pequeña escala o del corretaje o comercio menor sujetos a la tributación gubernamental, pero eso no constituía una empresa privada de tipo capitalista. Por medio de la tributación la burocracia

acumulaba un mayor excedente gracias a que los campesinos cultivaban en forma más asidua su tierra de propiedad privada. Según el mismo principio, también estaban listos para recaudar del mercader o el industrial cualquier excedente que éstos pudiesen acumular. En los registros de la antigua China aparecen muchos mercaderes, pero rara vez como una clase que dispusiera de poder político. El crecimiento del comercio fue menos importante para los gobernantes que la continua supervisión de la economía agrícola. Los Ming y los antiguos Qing dependieron más de los impuestos territoriales que de los comerciales.

La actitud mental del comerciante de la China premoderna era totalmente diferente a la del empresario occidental exaltada por nuestros economistas clásicos. De acuerdo a estos últimos, la mejor manera en que el hombre económico puede prosperar es produciendo bienes y asegurándose del crecimiento de dicha producción, cualquiera sea la ganancia que el mercado proporcione. En la antigua China, en cambio, al hombre económico le convenía aumentar su propia parte de lo que ya se producía. El incentivo de las empresas innovadoras -ganar un mercado para nuevos productos- había sido menos importante que el incentivo para la formación de monopolios, para controlar un mercado ya existente pagando por una licencia oficial para hacerlo. La tradición en China no ha sido construir una mejor trampa para ratas, sino obtener el monopolio oficial de las ratas.

Un empresario de mentalidad moderna en la China imperial tardía también debía lidiar con la burocracia de los funcionarios del gobierno. Para situar la burocracia china en una perspectiva occidental, recordemos primero que en 1800 la gran cuenca del río Ohio-Mississippi-Missouri del medio oeste norteamericano estaba deshabitada en su mayor parte, a excepción de unos pocos millones de nativos, mientras que del gran sistema del río Yangtsé dependía la subsistencia de por lo menos doscientos millones de personas. China había inventado la burocracia hacía dos mil años, mientras que la legislación de la administración pública norteamericana comenzó a grandes rasgos en la década de 1880, a continuación de la Administración Grant y sólo cien años antes de la de Ronald Reagan. Nuestro breve siglo de experiencia apenas ha comenzado a develarnos las dificultades institucionales que en China constituyen una historia antigua.

Los funcionarios imperiales se responsabilizaban por todos los acontecimientos públicos dentro de su jurisdicción, pero no de todos los recursos públicos. Los procedimientos de contabilidad y asignación de presupuestos eran rudimentarios. La burocracia vivía según lo que hoy denominaríamos una corrupción sistematizada, la que a veces se convertía en extorsión. Ello corría paralelo al intrincado sistema de relaciones personales que cada funcionario debía mantener con sus superiores, colegas y subordinados.

El soborno operaba más por la vía de los rituales de cortesía que a través de transacciones secretas. Durante el desempeño de sus deberes, los funcionarios inferiores entregaban a sus superiores “obsequios” habituales. Pero, al igual que todos los precios en la antigua China, el monto de dicho obsequio era el resultado del ejercicio de una relación personal. El sistema de corruptelas era tan rutinario como cualquier otra negociación particular, generalizadas en la vida china. Las sumas extralegales que circulaban entre los funcionarios eran mayores, pero del mismo tipo que las pequeñas comisiones extraídas de cada transacción monetaria realizada por sirvientes domésticos mal pagados.

El nepotismo apoyaba el sistema de sobornos otorgando una confirmación adicional a los arreglos personales contrarios al interés público. Hasta los textos clásicos exaltaban el deber hacia la familia, y especialmente la devoción filial, como superior a cualquier otro deber hacia el Estado. Así, el interés de la administración imperial en la capital, que requería de los ingresos proporcionados por las provincias para su subsistencia, se hallaba constantemente en conflicto con los diversos intereses privados de los funcionarios, cada uno de los cuales debía sostener a sus familiares y a su futura carrera.

Por lo general los altos cargos implicaban riqueza. El ministro favorito del emperador Qianlong (Heshen) -tal como fue descubierto en el juicio por corrupción y otros crímenes que en su contra ordenó el sucesor de ese emperador en 1799- poseía bienes avaluados en más de un billón de dólares, en nuestros términos, probablemente un récord de todos los tiempos. No estoy sugiriendo que los occidentales se hayan quedado rezagados o hayan sido menos adeptos al arte del soborno, pero en China la corrupción ha permanecido hasta los tiempos modernos como una institución burocrática aceptada, desvergonzada y sin temores. Ello impidió la existencia de un medio propicio para el desarrollo del capitalismo empresarial.

Limitaciones de la ley

Constituye una paradoja menor el hecho de que la China dinástica haya contado con un sistema legal bien desarrollado que, sin embargo, fue de escasa ayuda en la expansión del capitalismo. Según los estándares premodernos, los códigos legales chinos eran verdaderos monumentos en su especie. El gran código Tang del siglo VIII y sus sucesores de los períodos Song, Yuan, Ming y Qing todavía ameritan un análisis. Los primeros observadores europeos quedaron muy impresionados con la justicia china. Fue sólo después de las reformas legales y penales instauradas en el Occidente moderno durante los siglos XVIII y XIX que la ley china pareció “retrasada”.

No obstante, el concepto chino de ley era radicalmente diferente al de Occidente. En primer lugar, la ley no era considerada un elemento externo y categorizador dentro de la sociedad; no existía ninguna “ley superior” otorgada a la humanidad a través de una revelación divina. Moisés recibió las Tablas de la Ley en la cima de una montaña, pero Confucio razonaba a partir de la vida diaria sin la ayuda de ninguna deidad. No clamaba por ninguna sanción metafísica a sus reglas de adecuado comportamiento. Simplemente decía que ellas se originaban en el carácter moral del universo natural en sí mismo: surgían de este mundo, no de otro mundo más allá del conocimiento humano. De ello se desprendía que las normas legales no eran sino una expresión de esta moralidad, esto es, modelos o ejemplos a seguir o reglas de trabajo para la administración o la práctica de rituales. De tal modo, el hecho de romper dichas reglas era un asunto de conveniencia práctica más que de un principio religioso. Las leyes estaban sujetas a la moralidad. Su sanción residía en la razón o la experiencia social común que yacía bajo la moralidad. Este sistema evitaba el desafortunado dualismo que se generó en Occidente entre la letra de la ley y los dictados morales del sentido común.

El código imperial chino era principalmente penal, una medida correctiva para los descarriados; también era administrativo, y prescribía en detalle los procedimientos de los ritos. Se había estructurado parcialmente a partir de la acumulación de decisiones administrativas. Se trataba de una ley casi para todas las personas, que se refería a procedimientos, matrimonios, herencias y otros asuntos importantes relacionados con la administración gubernamental.

La ley ocupaba una parte comparativamente pequeña de la vida pública. Por lo general la gente evitaba los litigios en el tribunal del magistrado, donde tanto los demandantes como los acusados podían verse interrogados mediante formas prescritas de tortura; además, todos debían pagar honorarios al personal subalterno. Los magistrados contrataban secretarios legales para que les orientaran a título personal; fuera de ellos no existía la profesión legal, no había ninguna clase privada de abogados que representara a clientes. La justicia era oficial, cargada hacia el lado del orden social y estatal. Operaba verticalmente, desde el Estado hacia el individuo, más que horizon taimen te, para resolver conflictos entre un individuo y otro.

Dentro de su limitada esfera de acción, el sistema legal de los Qing estaba detalladamente organizado y, una vez que se ponía en marcha, funcionaba con mucha exactitud. Las cinco penas -ser golpeado con una vara de bambú liviana o una pesada, la servidumbre penal, el exilio y la muerte- eran impuestas por una jerarquía de magistrados que iban desde el *yamen* del magistrado del distrito, pasando por la prefectura y la provincia hasta la capital y eventualmente hasta el emperador, si se trataba de sentencias de muerte. A los superiores se les informaba acerca de los casos y ellos los revisaban. Se podía apelar. Los magistrados estaban sujetos a plazos para aprehender a los criminales, y podían ser severamente castigados por fallar injustamente. El gran código Qing presentaba una lista de 436 disposiciones principales y cerca de 1.900 suplementarias, las que prescribían penas determinadas para crímenes específicos. El problema del magistrado residía en encontrar la ley más aplicable a un caso determinado. Para ello podía apoyarse en precedentes o razonar por analogía, pero la ley no estaba constituida por casos y, aunque se recogían y publicaban miles de casos con comentarios privados para ayudar a los magistrados, la doctrina y los principios generalizados estaban muy poco desarrollados. En ocasiones las normas jurídicas eran contradictorias, y su aplicabilidad, incierta. En términos generales la ley no era ni fundamental ni omnipresente dentro del Estado. Apelar a la letra de la ley era ignorar la moralidad verdadera o admitir la debilidad moral del propio caso.

Un importante objetivo de este sistema legal era la preservación de la jerarquía confuciana de relaciones, el orden social. Así, las penas por el mismo acto variaban de acuerdo al status social y, sobre todo, según el parentesco de los actores. La desobediencia filial era el crimen más infame. Un hijo que simplemente golpeaba a su padre podía ser decapitado, mientras que un padre que golpeaba a su hijo hasta matarlo -si esa reacción era provocada por la

desobediencia del hijo- merecía solamente cien azotes (por costumbre, “cien” eran generalmente cuarenta azotes) de la vara pesada de bambú, e incluso podía terminar siendo perdonado por completo. Una mujer que golpeaba a su marido merecía cien azotes, mientras que un marido que golpeaba a su mujer sólo era castigado si ella resultaba gravemente herida y presentaba una denuncia. Un hombre más joven que regañaba a su tío paterno era castigado en forma más severa que si regañaba al nieto del hermano de su bisabuelo. Contribuir a la muerte del propio padre era un crimen que merecía pena capital, incluso aunque no hubiese habido intención. T. T. Ch'ü (1961) cita un caso de los Qing: “Teng Feng-ta cayó mientras peleaba y su oponente cayó encima. Este tomó una piedra y el hijo de Teng, temiendo que se la arrojaría a su padre, cogió un cuchillo y se dirigió hacia el atacante. Pero éste se movió rápidamente y el cuchillo quedó enterrado en el estómago de Teng, ocasionándole la muerte. Las autoridades consideraron que la intención del hijo había sido rescatar a su padre. Presentaron su caso al emperador y pidieron que su sentencia fuese reducida de desmembramiento' a 'decapitación inmediata', lo que fue concedido”. Tras estas disposiciones yacía un interés por mantener el orden ritual como un respaldo del orden social. El castigo era la necesaria retribución ritual a la violación del orden social.
En síntesis, la ley no era una especialidad independiente, como la ley moderna en Norteamérica, sino un instrumento para la administración en general. Dentro del amplio espectro de la filosofía confuciana, la que suponía una clase dirigente instruida, la ley era el medio para ser utilizado en la incesante lucha por mantener un orden moral. Muchos funcionarios chinos, según Thomas Metzger (1977), “sentían que se balanceaban entre la armonía y el caos... Los confucianos percibían como corrupta la sociedad que los rodeaba, en tensión con ideales casi más allá de la posibilidad de aplicación”. Pero éste era un problema moral; no podían encontrar refugio alguno en la simple letra de la ley.
Los occidentales del siglo XIX estaban más interesados en la falta de un proceso adecuado para proteger al individuo en el sistema legal chino. Una persona acusada podía ser arbitrariamente arrestada y permanecer detenida por un tiempo indefinido, se le presumía culpable, era forzada a incriminarse a sí misma por medio de la confesión y ningún abogado la asistía ni contaba siquiera con la posibilidad de defenderse. El individuo se hallaba desprotegido frente al Estado.
Dado que la ley formal servía principalmente a los intereses del Estado, la ley privada o civil sólo se desarrolló de manera informal en este sistema. Por lo tanto, la resolución de los conflictos entre las personas recurría a diversos canales consuetudinarios y extraoficiales. Los conflictos que surgían de pactos y contratos comerciales se podían zanjar al interior de los gremios de artesanos o mercaderes. Las disputas entre vecinos podían suscitar la mediación de los ancianos del pueblo, las asociaciones vecinales o los miembros de la nobleza. Los líderes de los grandes clanes o linajes en particular, además de mantener los rituales religiosos de veneración hacia los antepasados, de mantener escuelas para los hijos de los miembros del clan y de arreglar matrimonios, hacían todos los esfuerzos posibles por impedir que sus miembros llegaran ante el magistrado, asegurando el pago de sus impuestos y solucionando las disputas entre ellos. Después de todo, el sistema legal era parte del gobierno, que seguía estando en un nivel superficial, muy por encima de la vida cotidiana en los pueblos. Como consecuencia, la mayoría de los conflictos se resolvían de una forma extralegal, a través de la mediación y la apelación a las viejas costumbres y a la opinión local.
Esta falta de desarrollo de la ley china, según pautas familiares para Occidente, claramente tiene que ver con la falta de desarrollo del capitalismo y de una clase comercial independiente en la antigua China. Allí no existía el concepto de corporación como persona jurídica. Las grandes empresas eran negocios familiares. Las relaciones comerciales no eran asuntos fríos e impersonales gobernados por los principios generales de la ley y los contratos en un mundo alejado del hogar y la familia; los negocios constituían un segmento de la completa trama de amistades, obligaciones de parentesco y relaciones personales que sustentaban la vida china. En ese contexto, el debido proceso legal, la inviolabilidad de los contratos y la libre empresa privada nunca llegaron a ser la sagrada trinidad que constituyó en el Occidente capitalista.
Este capítulo ha sugerido que la China del siglo XIX habría sido lenta en su proceso de industrialización. Las razones serían sociales y políticas, y también económicas. En otras palabras, la sociedad y el Estado chinos se habían acostumbrado a actitudes, objetivos y prácticas contraproducentes, que impedían la modernización. La confuciana falta de aprecio por las utilidades, el interés del gobernante por mantener siempre el control, el desinterés de la ley por proteger la inversión privada, la costumbre de los funcionarios de utilizar al comerciante, la disminución de la productividad y el vendaje de los pies en el campo se

combinaron con el arrogante orgullo de los eruditos y la xenofobia de la gente común para crear una situación de inercia. La China imperial tardía no pudo responder fácilmente al ataque del comercio y la cultura occidentales.

La empresa capitalista extraoficial y el fomento estatal de la industria no pudieron convertirse en protagonistas de la China del siglo XIX. Nos quedamos con la impresión de que, a partir de aproximadamente 1750, las sociedades preindustriales de China y Europa tuvieron mucho en común; en efecto, es probable que éstas aparentemente se parecieran entre sí más de lo que cada una se parecería a los estados occidentales que surgirían transformados por la Revolución Industrial en el siglo XIX. No obstante, debemos reconocer que dicha similitud era sólo aparente. Bajo la superficie yacían grandes diferencias de estructura social, cultura e ideas, como lo demostraría el siglo XIX.

9. Intranquilidad fronteriza y apertura de China

La debilidad del liderazgo estatal

Si la apertura de China se debió a las cañoneras británicas o a su propia decisión ya no es un gran tema de debate. El crecimiento de la población y el desarrollo del comercio internacional estaban impulsando a China hacia un mayor contacto con el mundo exterior. Esta tendencia precipitó ciertas rebeliones tanto en las fronteras nacionales como en las exteriores. Mientras tanto, el liderazgo gubernamental se constituía en la característica esencial y exclusiva de la industrialización de países atrasados como Japón o Rusia. Desafortunadamente, en la China del siglo XIX el gobierno se tornó cada vez más débil y miope, justo cuando más se requería de su fortaleza y visión.

Hacia fines del siglo XVIII, la presión demográfica comenzó a incrementar la vulnerabilidad de la masa popular hacia la sequía, las inundaciones, la hambruna y las enfermedades. Todo ello a su vez hizo evidente que el desvencijado aparato estatal del gobierno Qing era incapaz de solucionar tales problemas: el control de las crecidas, el de los paliativos para la hambruna, la necesidad creciente de impuestos y la extrema dificultad para recabarlos. El estudio realizado por Pierre-Etienne Will (1990) acerca de los procedimientos de emergencia contra la hambruna ilustra el problema. A mediados de la era Qing, los funcionarios mantenían las provisiones en los graneros siempre a niveles normales, combatían las alzas de los precios, evaluaban las condiciones de la hambruna, traían por barco grano desde otras provincias y supervisaban su cuidadosa distribución. Pero en el 1800, después de que la población se hubo duplicado, el sistema oficial se hundió y los administradores de la nobleza tuvieron que asumir cada vez más la tarea pública del socorro en los casos de hambruna. Tal debilidad se combinó con la desmoralización oficial y la búsqueda del provecho personal para hacer del gobierno uno menos eficaz y afectado en su prestigio. El siglo XIX se convirtió en una larga historia de decadencia dinástica.

Tres fueron los elementos que dominaron la experiencia china en el siglo XIX: la rebelión nacional, la invasión extranjera y los esfuerzos de la élite gobernante por controlar ambas y preservar su dominio (ver Tabla 4). Puesto que las tentativas de rebelión, de invasión y de control fueron aún más numerosas en el siglo XX, este capítulo ofrece sólo un anticipo de los desastres y éxitos más recientes.

Estudios actuales han renovado nuestra imagen del imperialismo en China. La tesis de Hobson-Lenin, al iniciarse el siglo, enfati-zaba los nocivos efectos económicos de la importación de manufacturas extranjeras, que destruía la subsistencia de las manufacturas nativas, y del capitalismo financiero extranjero que empobrecía los gobiernos nacionales. Una investigación más reciente ha sugerido un escenario económico menos rígido, en el que el comercio exterior, la inversión y la tecnología en ocasiones estimulaban el crecimiento doméstico y el progreso tecnológico. Los historiadores actuales tienden más a enfatizar la desorganización social y la desmoralización psicológica causada por el imperialismo extranjero. En estos dos ámbitos se comprobó que la prolongada invasión extranjera de China ha constituido un desastre de tal magnitud que aún no somos capaces de describirlo por completo. Innovaciones como las misiones cristianas, la educación occidental y la inversión extranjera se convirtieron en armas de doble filo, a menudo consideradas como avances desde nuestra perspectiva extranjera de largo plazo, pero también frecuentemente destructivas del bienestar contemporáneo de China. Estaba enjuego toda una forma de vida, una civilización a una escala mucho mayor que la economía o la psicología del imperialismo.

A fin de cuentas, creo que el término "imperialismo" se ha convertido en una generalización del mismo tipo que "feudalismo": demasiado amplio como para aceptarlo o negarlo en general, resulta más útil en forma de adjetivo para caracterizar situaciones concretas. En todo caso, los problemas de la China del siglo XIX comenzaron con las rebeliones en el interior del país, no a raíz de alguna invasión.

La creciente debilidad del gobierno Qing quedó en evidencia a raíz de su incapacidad inicial para dominar una rebelión interna a fines del reinado de Qianlong. Otras pequeñas insurrecciones le siguieron. La innegable habilidad de los manchúes para apaciguar a los rebeldes nacionales en Sichuan y Xinjiang no surtió el mismo efecto con los rebeldes occidentales en Cantón, con los que sus intentos de repetir la fórmula resultarían desastrosos. Por tanto, consideraremos primero los problemas de las rebeliones domésticas, y posteriormente las fuerzas que operaban para crear alguna rebelión en el comercio internacional.

TABLA 4. ACONTECIMIENTOS EN CHINA, 1796-1901

Rebeliones internas	Invasiones extranjeras	Reacción oficial y de las elites
Rebelión del Loto Blanco 1796-1804		
	Turquestán 1826-1835	
	Guerra del opio entre China e Inglaterra 1839-1842	Reforzamiento de la militarización bajo las elites locales.
Rebelión Taiping 1851-1864		Represión de las rebeliones
	Anglo-francesa 1856–1860	
Rebelión Nian 1853-1868		
Rebelión de los musulmanes chinos Sudoeste, 1855-1873 Noroeste, 1862-1873		Restauración Qing *ca.* 1861-1876
		Autorreforzamiento 1861-1894
	Francesa, 1883-1885	
	Guerra chino-japonesa 1894-1895	Mov. reformista 1895-1898
	Usurpación imperialista 1898	
Rebelión de los bóxers 1898-1901	Guerra de los bóxers 1900	Reformas Qing 1901-1911

La rebelión del Loto Blanco, 1796-1804

En el campo, la mano de obra y el abastecimiento de víveres constituían los soportes de la actividad guerrera que debían ser movilizados para destronar a la dinastía gobernante. En consecuencia, los cultos como la Sociedad del Loto Blanco, una secta religiosa que databa del período de los mongoles, debían a veces mantenerse en secreto en defensa propia. Para movilizar a sus adherentes, la Sociedad del Loto Blanco apelaba a las esperanzas de los campesinos azotados por la pobreza mediante múltiples promesas: que el Buda Maitreya descendería al mundo, que la dinastía Ming sería restablecida y que las catástrofes, las enfermedades y el sufrimiento personal se podrían evitar en esta vida mientras que la felicidad se podría asegurar en la siguiente. A fines del siglo XVIII la secta se había propagado a través

de la región fronteriza donde convergen las provincias de Hubei, Sichuan y Shaanxi, al norte de las quebradas del Yangtsé y en las aguas del curso superior del río Han. Esta zona montañosa, bastante inhóspita para la agricultura, era un área fronteriza nacional abierta muy recientemente a la colonización bajo la protección oficial de los Qing. La migración de colonos pobres, oficialmente auspiciada, no se había visto acompañada por un desarrollo similar de la administración imperial sobre sus comunidades; éstas vivían justo en el margen de la subsistencia, y tendían a aplicar su propia ley. Los líderes del culto del Loto Blanco pronto añadieron un componente doctrinario racial antimanchú a su popular cruzada.

La rebelión comenzó en el año 1796, como protesta contra las exacciones de los recaudadores de impuestos secundarios. Aunque las guarniciones imperiales podían controlar cada una de las sucesivas pequeñas sublevaciones, continuaron surgiendo nuevos estallidos que se hicieron demasiado numerosos como para poder detenerlos. La masa del pueblo ya había organizado milicias de autodefensa contra los aborígenes que se encontraban al sur, haciendo acopio de armas y comida. La rebelión estalló y estos grupos se instalaron en reductos montañosos fácilmente defendibles antes del arribo de las fuerzas imperiales. La corrupción sistemática tolerada bajo el ahora senil emperador Qianlong perjudicó al ejército imperial. Este carecía de vituallas, de moral y de incentivos, como también de un liderazgo enérgico. Ambos bandos destruyeron al pueblo en lugar de combatirse uno a otro.

La rebelión del Loto Blanco pudo ser reprimida sólo después que, tras la muerte de Qianlong en 1799, el emperador Jiaqing asumiera el poder real y apoyara a sus enérgicos comandantes manchúes. Persiguiendo tenazmente a los rebeldes, por un lado, y estableciendo un control más riguroso de la mano de obra y el abastecimiento de víveres en la zona, por otro, finalmente los generales manchúes reprimieron la rebelión. En primer lugar, los Qing movilizaron a los aldeanos para que construyesen varios cientos de recintos amurallados donde poder concentrar al campesinado local. Posteriormente, estos poblados amurallados se protegieron de los rebeldes por medio de una milicia local recién organizada, cuyos miembros eran enrolados fácilmente dado que la devastación del campo había obstaculizado seriamente sus labores agrícolas y su subsistencia. De este modo la población fue sometida al control imperial. Mientras tanto, la milicia fue entrenada para unirse a la campaña de exterminación de los rebeldes. Al mismo tiempo, se puso en práctica una política de conciliación dirigida a los hombres que los rebeldes habían convencido para que se unieran a sus bandas, con el objeto de asegurar su rendición; otras medidas se aplicaron a su vez para evitar que los refugiados siguieran uniéndose a los rebeldes. Mediante esta combinación de fuerza, indulgencia y disposiciones administrativas los comandantes imperiales gradualmente privaron a los rebeldes de nuevos reclutas y del suministro de alimentos.

Esta política de “reforzar los muros y limpiar el campo” debilitó a la larga la fuerza de la sublevación, la que se extinguió alrededor de 1804. Sin embargo, sus repercusiones dañaron enormemente a la dinastía. Al régimen imperial le costó el equivalente al ingreso fiscal de cinco años (doscientos millones de onzas de plata), aproximadamente. Peor aún, la reputación de invencibles de la que gozaban las fuerzas de los abanderados manchúes resultó destruida. Se descubrió que las tropas de la milicia, si estaban bien entrenadas, se convertían en soldados profesionales, belicosos y peligrosos, por lo que posteriormente la recuperación de las armas que se les habían entregado implicó un notable esfuerzo.

En 1813, la secta de los Ocho Trigramas, una especie de heredera del Loto Blanco, organizó una sublevación en un distrito de China del Norte, y llegó a enviar a un grupo a la Ciudad Prohibida en Pekín con el objeto de invadirla. A pesar de que dicha intentona fue reprimida sin tardanza, Susan Naquin (1976) concluye que setenta mil personas murieron en aquel suceso.

Mientras estas señales de rebelión campesina otorgaban un carácter siniestro a las primeras décadas del siglo XIX, una situación igualmente ominosa se estaba desarrollando en las relaciones marítimas de China. Aquí, nuevamente los portadores de las malas noticias eran chinos, no extranjeros, pero chinos que habían viajado al extranjero desafiando las prohibiciones de los Ming y los antiguos Qing. En resumen, un ala descuidada del pueblo chino, la que denominamos “China marítima”, estaba a punto de convertirse en una importantísima fuerza dentro de su historia.

China marítima: orígenes de los chinos de ultramar

El contraste entre la China marítima y la China continental fue casi tan vasto como el contraste entre China y el Asia Interior. Pocos historiadores con una educación clásica, concentrados

como estaban en el gobierno imperial, estuvieron alguna vez en el mar. Los marineros chinos no escribían memorias. Como el mar, a diferencia de la estepa, no albergaba rivales para el poder, se le había dado muy poca importancia en la historia china. No obstante, desde un principio la vida china había tenido un ala marítima más o menos equivalente -y opuesta- al Asia Interior.

Una vez que nos acercamos al mar desde China, nos topamos con un hecho geográfico fundamental: el monzón, un viento estacional que sopla hacia el norte en verano y hacia el sur en invierno desde la zona del ecuador. La previsibilidad de estos vientos del monzón era mucho más confiable que la lluvia de la que dependía la agricultura de China del Norte. La navegación marítima, en consecuencia, se había desarrollado ya en el neolítico, mucho antes de la historia escrita, lo que explica los asentamientos neolíticos hallados en Taiwán. Con el monzón, la navegación hacia la isla y desde ella no resultaba difícil, incluso aunque se viera interrumpida por tifones de verano.

Miles de años después, la fiabilidad del transporte por mar facilitó a los Qin-Han la absorción del área de Cantón y Vietnam del Norte como parte del primer imperio unificado de China. El acceso a dicha área sólo por tierra, siguiendo rutas fluviales y los caminos de transporte que las conectaban, nunca habría permitido llegar tan lejos con el suficiente poder como para tomar el control. La experimentada y masiva navegación costera fue esencial en esta temprana extensión del imperio hacia el extremo sur de China. Una evidencia decisiva ha sido el modelo de barco funerario del período Han desenterrado en Cantón, con un timón centrado con un poste a popa, una invención clave en la tecnología náutica que apareció en Europa sólo mil años después, lo que demuestra el alto grado de refinamiento de la antigua náutica china.

Resulta extraño descubrir entonces, conociendo esa temprana destreza china en la navegación marítima, que en los puertos de China sudeste los primeros comerciantes internacionales en recorrer largas distancias hayan sido árabes. Tras la fundación del islam en Arabia en el siglo VII, los marineros e invasores musulmanes partieron en todas direcciones, como pronto se enteraría la Europa medieval.

Recordemos que la religión islámica fue fundada por el profeta Mahoma en el año 622 d. C. en Medina. Denominados musulmanes, sus seguidores creían en un solo dios -Alá-, en las enseñanzas del libro de Mahoma -el Corán-, en la predestinación divina y en el día de la Resurrección. Su estricto régimen de cinco plegarias diarias como afirmación de su fe, junto con otros deberes como la peregrinación hacia La Meca, el lugar de nacimiento de Mahoma, los preparaba para librar una Guerra Santa contra los infieles. Combinada con la habilidad árabe para el comercio y la navegación marítima, su fe impulsó a los árabes a una diáspora que se extendió hacia Oriente y Occidente.

Las fuerzas musulmanas pronto conquistaron Siria, Persia (Irán), Iraq y Egipto. A pesar de diversas rebeliones y guerras civiles, tomaron el poder en Africa del Norte y España, e invadieron el sur de Francia hasta que fueron derrotados en el año 732. Entretanto, en el este las fuerzas musulmanas se habían apoderado de Afganistán, del valle inferior del Indo en la India noroeste y de las ciudades comerciales de Bokhara y Samarcanda en el Asia Central. Pero, más importante que el flujo caleidoscópico de guerras y gobernantes, las ciudades musulmanas -desde Bagdad hasta Bokhara-se convirtieron en centros de progreso en el terreno de las ciencias y las artes.

Para el siglo X, los estados musulmanes de conquista empalmaron el tráfico marítimo del Mediterráneo con el del Océano Indico, haciendo posible un comercio marítimo que transportaba especias como pimienta, nuez moscada y canela directamente desde las islas que las producían en las Indias Orientales hasta su mercado europeo en Alejandría. Este comercio de especias, que con el tiempo contribuyó a motivar la expansión europea hacia el Lejano Oriente, alcanzó mucho antes y más fácilmente China, donde también las especias eran altamente apreciadas por su capacidad de preservar los alimentos en ausencia de un sistema de refrigeración. Los amplios contactos de musulmanes y chinos bajo el dominio de los mongoles se realizaban por tierra, a través de Asia Central por la Ruta de la Seda, y también por mar, en los puertos costeros. La historia se torna complicada por el hecho de que, al interior del mundo musulmán, a los árabes se les unieron persas y turcos y algunos indios en la inestable configuración de los estados musulmanes y de sus rivales. Tras este complejo panorama podemos imaginar una gran cantidad de juncos chinos dedicados al comercio navegando sobre rutas costeras bien establecidas y proporcionando un patrón para el comercio musulmán de largas distancias en los grandes puertos de la provincia de Fujian, como Quanzhou (el Zayton árabe).

Mientras que los comerciantes árabes habían llegado primero a China, los juncos mercantiles chinos empezaron a comerciar por lo menos en el siglo X en los puertos a lo largo de las penínsulas del sudeste asiático y las islas de las Indias Orientales. Las referencias del comercio chino con el sudeste asiático en las historias dinásticas son cada vez más numerosas, comenzando incluso antes de los Tang. Para la época de las expediciones de Zheng He entre los años 14051433, los artículos comerciales chinos estaban encontrando mercados en todo el sur y sudeste asiático, e incluso en la costa este de Africa (ver Mapa 18). Una decena o un poco más de pequeños estados -según quedó registrado en 1589- enviaban tributos a los Ming; se trataba principalmente de los puertos de escala en las dos rutas comerciales que descendían respectivamente por la costa de Malasia hacia los estrechos de las Molucas, y a través de las Filipinas y el reino insular de Sulu hacia las Indias Orientales. Como es natural los comerciantes chinos establecieron agentes u otras conexiones en estos puertos mercantiles, donde las comunidades chinas de residentes temporales comenzaron a crecer. Para el año 1818, los puertos de escala en la península de Malay como Ligor, Sungora, Patani, Trengganu, Pahang y Johore aparecían inscritos en los registros gubernamentales chinos en forma más realista como “regiones de comercio no tributarias”, es decir, lugares frecuentados por mercaderes chinos que no pagaban tributo alguno a Pekín. Esta vasta comunidad comercial china ya estaba establecida cuando portugueses y españoles invadieron el Asia Oriental en el siglo XVI.
Como nos recuerda Wang Gungwu (1991), las comunidades de residentes temporales chinos en ultramar no estaban bajo el control oficial chino. El crecimiento de los asentamientos chinos en el extranjero no fue promovido, ni siquiera aprobado, por el gobierno imperial chino. Mientras en China la élite de la nobleza impedía la formación de una subcultura mercantil comparable a la existente en Japón y Europa en el siglo XVI, los chinos radicados en el sudeste asiático se encontraban bajo restricciones locales, oficiales y sociales totalmente diferentes. A menudo eran capaces de acumular un capital y convertirse en empresarios dispuestos a correr riesgos, viviendo un estilo de vida propio. Sus empresas familiares en las zonas coloniales británicas, holandesas y francesas -en Birmania, Malasia, las Indias Orientales e Indochina- supieron sacar provecho de la vigencia allí de las leyes europeas. En Bangkok y Manila ascendieron en la escala social por medio de lazos matrimoniales con miembros de la aristocracia local.
La filantropía y el consumo de artículos de lujo eran menos significativos en el extranjero que en China, mientras que el desarrollo económico era allí más apreciado por los gobernantes locales.
De una manera que nos recuerda curiosamente a la nobleza local en China, los chinos asentados en el sudeste asiático descubrieron que su nivel social y sus funciones se hallaban en medio de los gobernantes europeos y los poblados locales. Se convirtieron en intermediarios que ayudaban en la recaudación de impuestos y también en el mantenimiento de los servicios locales como transbordadores, puentes y bazares. Por lo general constituían un elemento estabilizador en las comunidades coloniales: muy escasos como para alcanzar el poder, estaban interesados en obtener beneficios de los servicios prestados así como del comercio local.
La actuación de los chinos en Manila es un ejemplo ilustrativo. Cuando los españoles llegaron en gran número a las Filipinas en la década de 1560 y comenzaron a construir una colonia basada en la enseñanza cristiana y la mano de obra filipina en las plantaciones, descubrieron que se encontraban en peligro por el debilitamiento de la prohibición Ming al comercio marítimo y el rápido ascenso de marinos aventureros japoneses ligados a los piratas costeros chinos. La prohibición Ming al comercio marítimo chino, letra muerta desde hacía mucho tiempo, se levantó en 1567. Para cuando los españoles comenzaron a construir su capital en Manila, había allí aproximadamente 150 chinos. En 1600 ya eran unos 25 mil viviendo en un sector de Manila especialmente destinado a ellos (los chinos conversos al cristianismo no eran confinados a esa zona). Así, dos comunidades chinas comenzaron a desarrollarse separadamente: la comercial, constituida por residentes temporales que manejaban todas las tiendas y los oficios de una ciudad china, y la mixta, constituida por mestizos cristianos que llegarían a ser líderes filipinos de descendencia parcialmente china.
A menudo los chinos de ultramar crearon hermandades y sociedades secretas para la protección de sus intereses, como también corporaciones gremiales con sus templos a Guandi y a la Emperatriz del Cielo para su bienestar comercial. Su actividad no estaba dominada por grandes corporaciones con una moderna capacidad para invertir ni manejar transacciones en el extranjero. Los juncos que transportaban la mercancía, embarcaciones resistentes y

adecuadas para la navegación marítima, eran de propiedad privada, y sus cargas por lo general propiedad de personas o de negocios mercantiles familiares. Muchos chinos aprendieron rápidamente la tecnología comercial europea en boga.
A medida que pasó el tiempo, tales comunidades comerciales chinas en el extranjero se convirtieron en activas avanzadas exteriores de una China marítima que se contraponía al estilo propio de los imperios Ming y Qing, basado en la tierra y centrado en la agricultura. Como una tradición secundaria heredada de tiempos más antiguos, esta China marítima se había desarrollado en los puertos donde el tráfico fluvial desde la China interior se encontraba con los barcos provenientes de enclaves chinos en el extranjero. Leonard Blusse (1986) observa que, a pesar de la prohibición que impuso Pekín al comercio exterior, durante los períodos Ming y de los antiguos Qing alrededor de cien grandes juncos chinos comerciaban cada año con el sudeste asiático. Estos comerciantes estaban listos para expandirse hacia el mercado internacional, si la oportunidad se presentaba. Su principal centro de distribución en la costa china era Xiamen (Amoy), un puerto en Fujian que, a diferencia de Quanzhou y Fuzhou que estaban cerca, jamás había sido sede de una superintendencia oficial de los embarques de mercaderías *(shibosi).*

Las compañías comerciales europeas y el comercio cantonés

El tráfico marítimo con Europa aceleró la tasa de crecimiento de la China marítima. Las Compañías de las Indias Orientales, inauguradas alrededor del año 1600 por los británicos y los holandeses, constituían poderosos entes corporativos que acumulaban capital de individuos que invertían en acciones y a quienes sus reyes nacionales autorizaban a monopolizar el comercio y gobernar territorios en el extranjero. Estos poderosos motores de expansión comercial crearon la India Británica y las Indias Orientales Holandesas. Los británicos desarrollaron un comercio con China centrado principalmente en exportaciones de té, seda y porcelana e importaciones de plata, tejidos de lana y, más tarde, opio desde India. En un comienzo seguían las rutas y utilizaban a los pilotos del comercio chino de juncos. Los chinos y los extranjeros dedicados al comercio exterior formaron una comunidad centrada en el comercio, la que constituyó el primer lugar de encuentro sino-occidental de la era moderna.
Aunque Xiamen había sido un foco importante del comercio chino hacia el sudeste asiático y hacia el norte por la costa de China, después de 1759 Cantón se constituyó en el único puerto abierto a los europeos. El comercio cantonés, como se le ha conocido en Occidente, estaba organizado según típicas pautas chinas: el gobierno encargaba a un grupo de familias mercantiles chinas a que actuaran como intermediarios vigilando a los comerciantes extranjeros. La responsabilidad por cada barco occidental era asumida por una firma china, la que debía actuar como su seguro de garantía. Estas firmas formaron una asociación denominada Cohong *(hong* significa empresa comercial), que se hallaba bajo las órdenes del superintendente de aduana marítima especialmente designado por el emperador para la región de Guangdong. Este funcionario, habitualmente un manchú del Departamento de la Casa Imperial de la Corte Interior en Pekín, era conocido por los extranjeros como el Hoppo. Este y los Cohong debían encargarse de exigir impuestos a las importaciones de los extranjeros, y especialmente a sus exportaciones de té y sedas.
Hasta 1834, cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales perdió su privilegio real para monopolizar el comercio de productos básicos con China, se incorporó a este “sistema cantonés” especial. Sus supervisores de carga y transacciones, enviados por la junta directiva de la compañía en Londres, vivían lujosamente en la Factoría Británica (un centro de negocios y residencia) a orillas del río, fuera de la gran capital provincial de Cantón durante la temporada de comercio, desde octubre hasta marzo. De abril a septiembre, fuera de temporada, se retiraban río abajo hacia el poblado costero portugués de Macao.
Como el Hoppo acostumbraba extorsionar a los mercaderes Hong para obtener sumas especiales destinadas a las necesidades imperiales, estos comerciantes chinos a menudo carecían del capital necesario para poder comprar los cargamentos de té y sedas y fletarlos en los barcos provenientes de las Indias Orientales, tal como había sido convenido con la Compañía. Por lo tanto, tendían a contraer deudas con los británicos; si las exacciones oficiales mantenían endeudados a estos mercaderes autorizados -incluso conduciéndolos a la bancarrota-, los británicos reclamaban acerca de este efecto del monopolio del gremio de los mercaderes. Esta insuficiencia de fondos de inversión para los cargamentos de té y sedas hacia Inglaterra constituyó un problema constante para la Compañía.

Otra característica del comercio chino-extranjero fue la continua importación de plata hacia China en los siglos XVI y XVII, especialmente desde Japón y América. Los cálculos sugieren que una cantidad de plata avaluada en no menos de diez millones de dólares ingresaba anualmente al comercio doméstico de China. Al igual que en Europa, esta afluencia de plata generó un alza en los precios, una mayor monetización y un aumento del comercio. Sin embargo, a mediados del siglo XVII diversos sucesos en Japón, España y China se combinaron, en lo que algunos han denominado una "crisis del siglo XVII", para reducir la importación de plata de China. Las consecuencias, incluyendo una repentina baja en los precios, fueron desastrosas. Fue de este modo como China se introdujo en el mundo del comercio internacional, mucho antes de que alguien se hubiese dado cuenta.
El comercio exterior de la China imperial tardía desempeñó un papel secundario pero importante, como fuente de plata importada y también como un mercado que fomentara la producción para las exportaciones. Un cálculo señala que la Compañía Británica de las Indias Orientales adquirió en su período de mayor apogeo después de 1759 no menos de un séptimo del té que se vendía en China, especialmente después de que la Ley de Conmutación de 1784 -que reducía los impuestos de internación recaudados en Inglaterra- destruyera a sus rivales europeos que contrabandeaban té chino en el mercado británico.
En 1793 la Compañía Británica de las Indias Orientales, que continuaría dominando la India hasta 1858, envió una misión diplomática a China, configurando una especie de profecía acerca del futuro de este país. El líder de la Compañía, lord George Macartney, convocó a científicos y artistas para incluirlos en un séquito de cien personas a bordo de un buque de guerra de 66 cañones, más dos embarcaciones de escolta cargadas con ejemplos de la tecnología manufacturera británica, los que la corte Qing rápidamente calificó de "tributo de Inglaterra". La Revolución Industrial estaba tomando impulso, pero siguió siendo absolutamente desconocida para el senescente emperador Qianlong. Las solicitudes británicas para obtener mayores oportunidades de comercio bajo un arancel público, así como la representación diplomática en Pekín, constituyeron una invitación a que China se uniera al mundo moderno que en ese momento nacía. Pekín, en forma cortés y complaciente, lo rechazó todo. Veintitrés años después, en 1816, otra embajada británica encabezada por lord Amherst fue tratada groseramente y obligada a retirarse. Para ese entonces, Gran Bretaña y la India británica ya desempeñaban una función clave en la apertura china al comercio internacional. Desafortunadamente, la corte Qing no estaba muy interesada en la China marítima, y ni siquiera se imaginaba el mundo exterior con el que muy pronto tendría que tratar. Su preocupación era preservar su autoridad tanto al interior de China como a lo largo de sus fronteras marítimas y terrestres. A comienzos del siglo XIX, al tiempo que comenzaban a surgir problemas en Cantón, estallaron rebeliones en Asia Interior por el control de los no chinos en la frontera imperial.

Rebelión en la frontera del Turquestán, 1826-1835

Desde las ciudades oasis de la antigua Ruta de la Seda en Turquestán (Xinjiang), el comercio atravesaba los montes Pamires especialmente entre Kashgar y el estado de Kokand al oeste de las montañas. A principios del siglo XIX se originó una crisis en esta frontera. El especialista en Asia Central Joseph Fletcher (en CHOC 10) ha descrito cómo familias santas, descendientes del Profeta u otros antiguos líderes religiosos, tuvieron una gran influencia popular. De hecho, uno de estos linajes gobernó el Turquestán durante un tiempo antes de la conquista de los manchúes en la década de 1750. En el exilio en Kokand, al oeste de los Pamires, mantenían vivas sus pretensiones de poder y en ocasiones dirigían incursiones de caballería a través de los pasos montañosos hacia Kashgaria.
Un descendiente de esta línea fue Jahangir, quien se tornó un problema justo después de que el emperador Daoguang subiera al trono en 1821. La guerra santa de Jahangir contra los Qing fue provocada por una dinámica conjunción entre la fe y el comercio. En concreto, el tráfico comercial de Kashgar hacia el oeste se hallaba en manos de los mercaderes de Kokand, cuyo gobernante pagaba tributos al emperador Qing: una práctica usual con el objeto de aligerar el proceso del comercio exterior. Es decir, Kokand había aceptado ser un estado tributario, mantenido confinado a Jahangir y, además, recibía anualmente un gran obsequio de parte de los Qing como recompensa por una lealtad tan admirable. Pero, a medida que los mercaderes de Kokand se tornaban cada vez más influyentes en el principal mercado de Kashgar, Kokand comenzó a solicitar allí privilegios especiales, tales como la reducción de impuestos a su

comercio y el nombramiento de su propio ministro residente para vigilar a los comerciantes kokandianos en Kashgar.
Cuando en 1817 estas demandas fueron rechazadas, Kokand liberó al impetuoso Jahangir, quien a la larga llevó a cabo una devastadora invasión del Turquestán chino en el año 1826. Una expedición Qing de socorro constituida por veintidós mil hombres fue cruzando la árida huella desde un oasis al siguiente hasta reconquistar Kashgar en 1827. Jahangir fue traicionado y enviado a Pekín, donde Daoguang lo presentó ritualmente en el templo imperial de los antepasados antes de ser descuartizado.
Los Qing restablecieron su dominio sobre el área; sin embargo, el poder comercial de Kokand y su fastidiosa capacidad militar habían quedado ampliamente demostrados. En negociaciones posteriores, los enviados de Pekín gradualmente llegaron a un acuerdo administrativo que para el año 1835 estipulaba que: 1) Kokand debería designar un representante político en Kashgar con agentes comerciales a su cargo en otras cinco ciudades, 2) estos funcionarios deberían tener facultades consulares, judiciales y policiales sobre los extranjeros en la zona -la mayoría de los cuales provenían de Kokand-, y 3) también podrían cobrar aranceles a las mercancías de dichos extranjeros. Además, los Qing indemnizaron a los comerciantes a quienes habían despojado durante las hostilidades.
Como veremos en el resto del capítulo, éste era el trasfondo desde el cual Daoguang enfocó el problema británico al que se enfrentaba en Cantón. El hecho de que la política Qing hacia los británicos entre 1834-1842 estuviese basada en la experiencia de los Qing en la frontera comercial de Asia Central en 1826-1835 era perfectamente natural. El acuerdo del Turquestán con Kokand en 1835 constituyó un ejercicio del manejo de la situación con los bárbaros, que logró una frontera estable por la vía de otorgar concesiones comerciales locales y pagando algo de dinero.

El opio y la lucha por un nuevo orden en Cantón 1834-1842

Después de 1759, los Cohong y el Hoppo seguían dirigiendo el comercio europeo en Cantón en forma nominal, como si fuese un beneficio otorgado a estados tributarios. Las importaciones de opio desde India a China precipitarían ahora una crisis del sistema.
El opio, tras ser elaborado, se vendía en subasta pública bajo patrocinio oficial británico en India, y era posteriormente transportado a China por comerciantes privados británicos e indios autorizados por la Compañía de las Indias Orientales, la que aún gobernaba la India. Las ventas de opio en Cantón pagaban los envíos de té a Londres, en un próspero comercio triangular entre India, China y Gran Bretaña. El agotamiento de la plata a raíz de los pagos por las importaciones de opio cada vez mayores comenzó a alarmar a los administradores Qing, quienes notaron que la plata se tornaba cada vez más cara en términos de las monedas de cobre utilizadas por la población para comprar su plata y pagar los impuestos, lo que amenazaba tanto los ingresos fiscales del gobierno como la subsistencia del pueblo. La exhaustiva investigación realizada por Man-houng Lin (no publicada) ha analizado las reacciones de los funcionarios Qing frente a esta crisis monetaria. Si bien determinaron con precisión el flujo de plata que era necesario para pagar el opio, por lo general permanecieron ignorantes del involucramiento fiscal de China en el mercado mundial. Para ellos, muchas de las variables involucradas -como las importaciones de plata desde Japón, la producción de plata en América Latina, la producción de monedas de cobre en China, el envilecimiento, el acaparamiento, la depresión del mercado mundial- eran aún invisibles.
En 1834, Londres puso término al monopolio comercial que sostenía la Compañía Británica de las Indias Orientales con China, y envió a un funcionario para que vigilara allí el mercado británico. De este modo, China se vio enfrentada repentinamente a dos asuntos: cómo detener el comercio de opio y cómo tratar con dicho funcionario británico.
Bajo el sistema de Cantón, los monopolistas de la Compañía de las Indias Orientales habían cooperado con los intermediarios denominados mercaderes Hong, que manejaban su comercio barco por barco y recaudaban derechos de internación para el Hoppo. Pero, tras el advenimiento del libre comercio en 1834, los comerciantes privados británicos que habían estado importando opio -como Jardine, Matheson & Co - comenzaron ahora también a exportar té y seda en lugar de la Compañía. El funcionario británico enviado para fiscalizarlos rehusó negociar con los mercaderes Hong como si fuera un comerciante, y exigió entenderse con los

funcionarios Qing sobre la base de una igualdad diplomática; estaba burlando el sistema de tributos.

La aceptación de la igualdad diplomática de Gran Bretaña implicaría la destrucción de la superioridad del emperador sobre todos los demás gobernantes, superioridad que le ayudaba a mantener su posición en China. Seguir tolerando el tráfico del opio no sólo continuaría trastornando la tasa de cambio plata/cobre, sino que también dañaría su prestigio moral. La adicción al opio, aunque menos poderosa que la de sus derivados modernos, constituía una maldición social que destruía a los fumadores como individuos y también a sus familias. La tierra era devastada para cultivar amapola, mientras que el elevado precio de la droga en el contrabando generaba violencia y corrupción entre contrabandistas y funcionarios. La demanda china aumentó en situaciones de desmoralización, tal como ocurre actualmente en las ciudades del interior de Estados Unidos. Este tremendo mal social fue desatado por la codicia del gobierno de la India británica -los extranjeros que introdujeron el opio en China- y los corruptos distribuidores chinos. A los norteamericanos de hoy esta historia les suena penosamente familiar.

Varios años de discusiones e incertidumbre transcurrieron entre las dudas de los administradores Qing sobre si ellos serían capaces de destruir a los contrabandistas chinos o embargar el comercio de los británicos, cuyas nuevas cañoneras a vapor eran la última palabra en potencia de fuego móvil. En 1836, algunos abogaron por la legalización del comercio del opio, puesto que éste no se podía detener. Ambiciosos funcionarios chinos que utilizaban un club de lectores de poesía como lugar de reunión en Pekín dirigieron la intransigente oposición al apaciguamiento. James Polachek (1992) ha investigado recientemente la oportunista rectitud moral de dicha facción, la cual salió victoriosa en 1839 cuando el emperador Daoguang envió a un comisionado imperial incorrupto, Lin Zexu, a exigir a los comerciantes extranjeros a que dejasen de introducir opio en China. Lin reprimió a los abastecedores chinos de opio en Cantón, pero tuvo que acorralar a los extranjeros en sus factorías antes de que éstos finalmente entregasen sus existencias de opio. Ellos sabían que, ahora a un precio mayor, más opio venía en camino desde la India y que, además, quizá el gobierno británico los recompensaría por sus pérdidas.

La recta coerción del comisionado Lin precipitó la guerra, en la que los intereses comerciales británicos se encontraban muy involucrados. William Jardine se dirigió a Londres para asistir a lord Palmerston en el desarrollo de los objetivos militares y las estrategias bélicas. La firma comercial de Jardine arrendaba embarcaciones a la flota británica, facilitaba prácticos y traductores, proporcionaba hospitalidad e información, y cobraba las cuentas del oficial del servicio de intendencia del ejército en Londres. Pero la fuerza expedicionaria británica, encabezada por los vapores más modernos de entonces, fue enviada a Cantón y desde allí hacia el norte por la costa para asegurar los privilegios de las relaciones comerciales y diplomáticas generales sobre una base de igualdad occidental, y no especialmente para ayudar a la expansión del comercio del opio. Este último se expandía rápida y espontáneamente, y constituía sólo un punto de fricción en el antagonismo global existente entre los esquemas de relaciones internacionales de China y Gran Bretaña.

En media docena de combates a lo largo de la costa sudeste las cañoneras británicas vencieron en la Guerra del Opio de 1839-1842, y aseguraron el acuerdo Qing al Tratado de Nankín de agosto de 1842.

Joseph Fletcher ha destacado cómo todos los acuerdos del tratado anglo-chino en Nankín y los posteriores siguieron el ejemplo de 1835 con Kokand. Las disposiciones del tratado incluían 1) la extraterritorialidad -es decir, la jurisdicción de un país sobre sus súbditos en el extranjero-, lo que implicaba el perfeccionamiento de una antigua práctica china, 2) una indemnización, 3) un arancel moderado y el contacto directo de los extranjeros con los recaudadores aduaneros, 4) un trato de nación más favorecida -expresión de la “benevolencia imparcial” de China a todos los extranjeros-, y 5) libertad para comerciar con todos los interesados, sin dar lugar al monopolio (una antigua costumbre en Kashgar). Además, los puntos designados para el comercio, ahora denominados puertos abiertos por tratado internacional, eran una antigua costumbre fronteriza china, y las relaciones de igualdad que obviaban el ritual de arrodillarse tres veces tocando el suelo con la frente y postrarse nueve veces habían sido usuales en las fronteras rusas y de Kokand, lejos de la China propiamente tal.

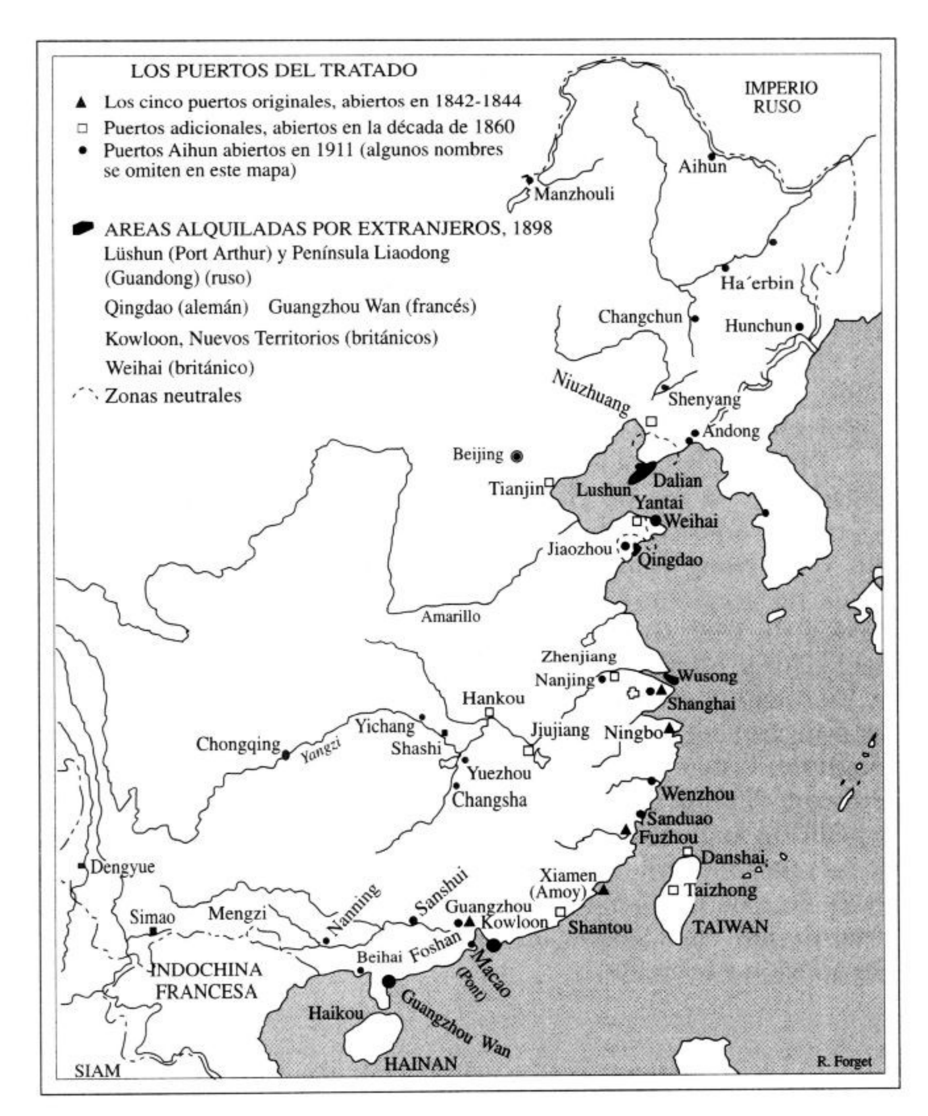
La habilidad política de los manchúes fue consistente en las dos fronteras, pero existían dos diferencias fundamentales: en primer lugar, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia constituían agresivas potencias marítimas procedentes de otro mundo, un mundo de comercio y guerras por mar, gobernado por el derecho y los tratados, y para las cuales los primeros

acuerdos de los tratados de 1842-1844 eran sólo el comienzo de la invasión. En segundo lugar, las concesiones que los Qing podían haber aceptado para estabilizar las relaciones entre Kokand y Kashgar lejos en Asia Central no podían dañar el prestigio Qing a menos que fueran hechas efectivas en China misma. Los manchúes habían heredado la tradición de la superioridad central de China cuando tomaron el poder en Pekín. Quienquiera que gobernase allí debía exigir a los extranjeros tributo y obediencia, como parte de las tareas del Hijo del Cielo. De este modo, los tratados inequitativos constituyeron una derrota que se acrecentaba a medida que pasaba el tiempo.

Para apaciguar a los británicos, los Qing les cedieron a perpetuidad la árida isla de Hong Kong y abrieron los primeros cinco puertos al comercio extranjero. Incluso el máximo negociador manchú visitó Hong Kong, ¡en una cañonera británica! No obstante, China no aceptó todos los principios incorporados al tratado de Nankín de 1842; Gran Bretaña, por su parte, consideró poco adecuados los privilegios allí especificados. Por consiguiente, el sistema de los tratados no se estableció realmente hasta que los británicos y los franceses no sostuvieron una segunda guerra contra los Qing y lograron firmar tratados en Tianjin en 1858. Tampoco entonces la renuente dinastía reconoció el nuevo orden, hasta que en 1860 una expedición anglofrancesa ocupó la misma Pekín. La transición desde las relaciones tributarias a las relaciones de tratado transcurrió a través de toda una generación de desacuerdos en Cantón antes de 1840; de allí en adelante les siguieron veinte años de comercio, negociación y coerción.

Inauguración, después de 1842, del siglo de los tratados

A pesar de que los tratados de China con Gran Bretaña (1842-1843), con Estados Unidos y Francia (ambos en 1844) y con todos ellos y Rusia en 1858 se firmaron entre poderes soberanos, en la realidad eran totalmente inequitativos. China fue puesta contra su voluntad en una posición menos ventajosa, abierta a las incursiones del comercio occidental y, por consiguiente, a la cultura occidental. Para el siglo XX, después de tres generaciones de enérgicos cónsules occidentales que habían afinado los detalles de la estructura de los tratados, ésta se convirtió en un mecanismo finamente articulado y completo. En primer lugar se basaba en los puertos abiertos por tratado al comercio extranjero: cinco en un comienzo, que con el tiempo llegaron a ser más de ochenta (ver Mapa 20).



20. Enclaves extranjeros.

Los puertos abiertos más importantes poseían una impresionante semejanza física e institucional entre sí. Cada uno exhibía una ruidosa y congestionada zona de muelles *(bund)* y bodegas *(go-downs)* llenas de culis (un término extranjero para denominar a los trabajadores chinos) que reemplazaban a la maquinaria. Toda esta actividad estaba bajo la supervisión de un jefe del personal nativo *(comprador),* quien manejaba los asuntos bajo el dominio absoluto de los *taipans* extranjeros (administradores de la firma). Cada puerto abierto estaba centrado en un sector extranjero recién erigido en el borde de una prolífica ciudad china, dominado por la alta y blanca asta de la bandera del consulado de Su Majestad. Sus instituciones foráneas incluían el club, la pista de carreras y la iglesia. Un cónsul británico propiamente tal y sus colegas de otras naciones gobernaban el puerto, el que era protegido por una flota de cañoneras ancladas frente al *bund.* En Cantón, Xiamen y Fuzhou, la comunidad extranjera logró una mayor seguridad al establecerse en islas. En Ningbo, Shanghai y otros lugares, la zona extranjera estaba separada de la ciudad china por un río, un canal, un arroyo o alguna otra vía fluvial.

Estos enclaves costeros surgieron como ramificaciones de la cultura occidental, como las ciudades en las colonias europeas, avanzadas del imperio. No obstante, desde un principio contaban con un componente chino, puesto que los invasores extranjeros necesitaban la ayuda de sirvientes y tenderos chinos del mismo modo que la necesitaba la clase alta china. Los puertos abiertos se convirtieron rápidamente en ciudades chino-extranjeras donde el extranjero jugaba un papel cada vez más importante en la urbanización de China.

La extraterritorialidad, por la cual los extranjeros y sus actividades en China respondían sólo ante la ley extranjera y no ante la china, no era un invento moderno. De una manera bastante

similar a la de los turcos en Constantinopla, en épocas medievales el gobierno chino había esperado que las comunidades extranjeras en los puertos marítimos se autogobernasen bajo sus propios líderes y según sus propias leyes. Ello expresaba la preferencia imperial china por un gobierno minimalista, promoviendo la autovigilancia; lo mismo había ocurrido con los antiguos mercaderes árabes en China. Los británicos y los norteamericanos en Cantón antes de la Guerra del Opio habían solicitado la extraterritorialidad debido a que se habían acostumbrado a la protección de sus propias leyes en sus relaciones con los estados musulmanes de Africa del Norte y el imperio otomano, y habían sufrido los intentos de aplicar la ley criminal china a los occidentales, sin tomar en consideración las reglas occidentales de la prueba o su aversión moderna a la tortura. Pero, sobre todo, los comerciantes extranjeros necesitaban la ayuda de su propia ley contractual.
Otro factor esencial de estos tratados fue el arancel establecido, que por medio de sus bajas tasas habría evitado que los chinos protegiesen su industria nativa, en caso de que hubiesen reconocido la conveniencia de hacerlo antes de la década de 1890. En la década de 1840, los recaudadores aduaneros chinos tenían la costumbre de hacer sus propios tratos con los mercaderes y también carecían de la autoridad y los medios para obligar a los extranjeros, de modo que la administración incluso de un arancel bajo por tratado no era imparcial ni efectiva en manos chinas. Por lo tanto, en 1854 se nombraron inspectores extranjeros para trabajar como funcionarios chinos dirigiendo las oficinas de aduana en Shanghai. El empleo de extranjeros dentro de la administración china no hizo más que continuar un antiguo precedente, y fue una de las características más constructivas del sistema de los tratados. Dirigidos por sir Robert Hart en calidad de Inspector General, los occidentales que sirvieron como comisionados de la aduana marítima china se convirtieron en figuras sobresalientes en cada puerto, en guardianes tanto de una competencia leal (por medio de la imposición de reglas para el comercio internacional) como también del modesto ingreso fiscal chino, aproximadamente el 5%. El desarrollo del comercio internacional proporcionó a Pekín y a las provincias costeras nuevos e importantes ingresos fiscales que podían utilizarse para satisfacer necesidades de modernización.
Por medio de la cláusula de nación más favorecida -una hábil estratagema diplomática- todas las potencias externas compartían cualquier privilegio que alguno de ellos pudiese obtener de China. El sistema de tratados seguía desarrollándose a medida que las riquezas de la dinastía Qing menguaban. El tráfico del opio, que había comenzado como un tráfico conjunto chino-extranjero, fue introducido al país. Después de la década de 1880, la producción nacional de opio en China comenzó a reemplazar el producto indio, cuya importación cesó en 1917. El comercio de opio desde India a China se había extendido por más de cien años bajo el patrocinio de los británicos.
El “siglo de los tratados” se inició en 1842 y concluyó en 1943, cuando Estados Unidos y Gran Bretaña renunciaron formalmente a la extraterritorialidad, la pieza clave del poco justo sistema de tratados. Otorgando inmunidad al extranjero frente al sistema legal chino, la extraterritorialidad puso a la clase dirigente china en una situación que evocaba los tiempos antiguos, en los que había sido obligada a gobernar China bajo un cierto grado de hegemonía externa. El siglo de los tratados habría durado casi tanto como la dinastía Jin de los ruzhen (1115-1234) en China del Norte, y varios años más que la dinastía Yuan de los mongoles (1279-1368). En términos culturales, su influencia sería más penetrante que la de los ruzhen, los mongoles o los manchúes, a pesar de que la soberanía china fue sólo menoscabada y no sustituida por el dominio extranjero, como ocurrió durante los períodos Yuan y Qing. Esta comparación aún no ha sido trabajada por los historiadores.
Por ejemplo, ¿hasta qué punto la invasión de los comerciantes occidentales en el siglo XIX no puede asimilarse a las invasiones por parte de las tribus de Asia Interior que comercializaban y combatían en la frontera de China desde el siglo IV al XIV? O, según las palabras de Linda Cooke Johnson, ¿no son comparables la Colonia Internacional de Shanghai en sus primeras etapas con una hermandad de coterráneos, con su líder -el cónsul- como responsable de sus miembros y fomentando su comercio con un permiso oficial? La insinuación es que en la vasta experiencia de China el siglo XIX experimentó una discontinuidad menor de lo que podríamos pensar.
El hecho sigue siendo que 1842-1943 (o 1842-1949) puede ser considerado como un único período, caracterizado por: 1) la creciente apertura de China al contacto extranjero, 2) invasiones militares extranjeras que van desde los ataques periféricos de los británicos y los franceses hasta las dos invasiones por parte de Japón (1894-1895, 1931-1937-1945), 3) invasiones occidentales comerciales y religiosas, que comienzan en Cantón ya en la década de

1830 y se extienden continuamente hasta por lo menos la década de 1930, y 4) el retorno chino, primero bajo los nacionalistas y posteriormente bajo los comunistas.
Desde la perspectiva extranjera, el siglo de los tratados se puede dividir en tres fases. La primera, que duró hasta la década de 1870, estuvo dominada por el "imperialismo de libre comercio" de los británicos. Tras haber establecido el sistema de tratados en las guerras de 1840-1842, 1858 y 1860, Gran Bretaña apoyó al debilitado régimen de los Qing durante y después de su restauración en la década de 1860.
La segunda fase, aproximadamente desde la década de 1870 hasta 1905, fue testigo de la rivalidad imperialista de las potencias industrializadas en China: en esta fase, Rusia, Francia, Alemania y Japón, así como Gran Bretaña, invadieron todos el territorio de los Qing. La breve dominación conjunta anglo-qing de la costa china fue reemplazada por la alianza anglo-japonesa de 1902. La rivalidad imperialista de los europeos en Asia y Africa derivó en sus esfuerzos por destruirse mutuamente en la Primera Guerra Mundial.
La tercera fase del siglo de los tratados en China, la más constructiva, se prolongó desde 1900 hasta las décadas de 1930 y 1940, y será examinada en la Tercera Parte.
La apertura al contacto con los extranjeros propia del siglo de los tratados contrasta con la inflexibilidad del sistema de tributo de los Qing antes de 1842. Al observarla desde fuera de China, la tercera fase del siglo de los tratados (o comienzos del siglo XX) iba a constituirse en la era preeminente de la participación de los extranjeros en la vida del pueblo chino, un punto máximo de intercambio cultural en la historia mundial antes de la era electrónica. Los patriotas chinos sienten una comprensible urgencia por crear y poseer su propia historia, minimizando la participación extranjera en ella. Pero el hecho de que no se pueda desligar al Consejo Municipal de Shanghai de la historia de Shanghai ni a Jardine, Matheson & Co. de la historia de Hong Kong sugiere que debemos considerar el siglo de los tratados como una era de historia internacional tanto como de historia china.

10. Rebelión y restauración

La gran rebelión Taiping, 1851-1864

Después de 1850 el régimen de los Qing se hallaba completamente sobrepasado por rebeliones que ya eran generalizadas. A pesar de que la Guerra del Opio tenía lugar sólo en algunos puntos específicos a lo largo de la costa, el prestigio imperial se vio debilitado por la incapacidad del emperador para someter a los bárbaros británicos en 1842. Entre 1846 y 1848, además, la numerosa población china fue víctima de las inundaciones y la hambruna. No resulta sorprendente entonces que en 1850 se iniciara finalmente una gran sublevación.

Esta comenzó en las provincias del extremo sur, entre Cantón y el interior. Dicha zona, conquistada sólo recientemente por los Qing, había estado conectada con el creciente comercio exterior durante más tiempo que ninguna otra, y precisamente allí, en la región más sometida al efecto perturbador de ese comercio internacional, el dominio militar Qing era relativamente frágil. La sociedad local en esta zona de gobierno débil, tal como la describe Frederic Wakeman Jr. (1966), estaba controlada por grandes clanes terratenientes, cuyas milicias a menudo provocaban enfrentamientos armados entre los diversos poblados, con una virulencia que se veía aumentada por la fragmentación étnica: China del Sur había recibido inmigrantes del norte, como los hakka, cuyas costumbres los diferenciaban apreciablemente de los antiguos habitantes chinos Han y de los pueblos tribales de las colinas. Finalmente, a medida que la población aumentaba y las condiciones empeoraban, el tráfico internacional de opio brindó una oportunidad clave a las sociedades secretas antidinásticas, cuyas juramentadas hermandades se ofrecían ayuda mutua a la vez que proporcionaban un subsistema social a los disconformes y los aventureros, especialmente en las rutas comerciales. Según el esquema tradicional, los candidatos naturales para dirigir las rebeliones debían haber sido las ramas y los descendientes de la Sociedad de la Tríada, cuya red ya estaba ampliamente difundida en el comercio internacional y entre los chinos en el extranjero.

El que el movimiento Taiping no llegara a unirse a estas instituciones revolucionarias "establecidas" se debe a la personalidad de su fundador, Hong Xiuquan. La fe que Hong predicaba era su propia versión del cristianismo protestante del Antiguo Testamento; su Reino Celestial de la Gran Paz (*Taiping Tianguó)* gobernó en Nankín entre 1853 y 1864. Pero muchas cosas lo condenaron desde un principio, empezando por su teología. Tras haber reprobado por cuarta vez los exámenes de 1843 en Cantón, Hong montó en cólera por la dominación manchú en China y terminó leyendo algunos panfletos que unos misioneros cristianos le habían entregado. El autor de estos panfletos, que serían siempre la fuente más importante de doctrina cristiana de Hong, era el antiguo converso cantonés Liang Fa, quien vio en el Antiguo Testamento la historia de unos pocos elegidos que con la ayuda de Dios se habían rebelado contra la opresión. Liang no destacó tanto la benevolencia de Jesús como la justa ira de Jehová, trasmitiéndole a Hong apenas un delgado barniz de teología cristiana. Al parecer los pasquines reflejaban la explicación de las visiones que Hong tuvo durante una temprana enfermedad mental: era evidente que Dios Padre lo había llamado para salvar a la humanidad, y que Jesús era su hermano mayor.

Hong se convirtió en un evangelista militante que propugnaba una vida moral para servir al único Dios verdadero. En 1847, tras un mes con Issachar Jacox Roberts -un misionero bautista de memorable nombre-, aprendió a rezar, a predicar, a cantar himnos, a catequizar, a confesar los pecados, a bautizar y en general a practicar el protestantismo fundamentalista. Con sus dos primeros conversos Hong creó un monoteísmo iconoclasta lo suficientemente poderoso

como para establecer la teocracia Taiping, pero demasiado blasfemo como para obtener el apoyo de los misioneros extranjeros, demasiado devoto a un único Dios verdadero como para permitir la cooperación con sociedades secretas como las Tríadas, y demasiado excéntrico e irracional para vencer los reparos de los letrados chinos, quienes normalmente resultaban esenciales en el establecimiento de una nueva administración.
La Sociedad de los Adoradores de Dios, como se autodenominó la secta en un principio, partió en una región montañosa de Guangxi al oeste de Cantón, una zona poblada por aborígenes yao y zhuang y por hakkas chinos como la familia Hong -éstos eran inmigrantes de China del Norte de hacía varios siglos, que aún hablaban un dialecto del norte y mantenían otros rasgos étnicos, como la oposición a la práctica del vendaje de los pies-. Las dispersas comunidades hakka, que constituían una minoría en China del Sur, eran excepcionalmente fuertes, emprendedoras y experimentadas en la defensa contra sus a menudo hostiles vecinos.
La historia de cómo Hong se convirtió en el rey rebelde de la mitad del territorio chino es muy similar a la de Napoleón Bonaparte o a la de Hitler: historias repletas de dramatismo, de los misterios de la casualidad y de factores personales y sociales que no cesan de ser discutidos a partir de entonces. Sus conversos creían que Dios les había ordenado destruir el dominio manchú y establecer un nuevo orden basado en la hermandad entre hombres y mujeres como hijos de Dios. Seis activistas asumieron el liderazgo y se convirtieron en hermanos por juramento, entre los cuales Hong era sólo el primero entre iguales. El principal líder militar fue un carbonero analfabeto llamado Yang, quien tuvo la astucia de anunciar visitas divinas y de hablar con Su voz de una manera que dejó a Hong sinceramente mudo. Varios de los otros líderes eran eruditos de un nivel inferior, no había ninguno que sólo fuera un simple campesino. Su sistema político-militar se basaba en el antiguo clásico *Los rituales de Zhou.* El movimiento se caracterizó por su gran motivación y organización, así como por su puritana austeridad en un comienzo, llegando incluso a la segregación de hombres y mujeres.
El cristianismo Taiping en parte utilizó y en parte recreó -teniendo en cuenta las circunstancias chinas- un completo repertorio de rezos, himnos y rituales; además, predicaba la hermandad de hombres y de mujeres de todo el género humano bajo la paternidad del Dios único y verdadero. El Antiguo Testamento protestante, a diferencia de la pasividad política del taoísmo y de la espiritualidad del budismo, ofrecía toques de clarín a un pueblo militante en marcha contra sus opresores. Los batallones originales de “verdaderos creyentes” hakka eran los más valientes en la lucha y los más considerados hacia la gente común. Y no es de extrañarse: las enseñanzas de Hong crearon una nueva secta china organizada para la guerra, que utilizó técnicas probadas durante mil ochocientos años de evolución de la historia cristiana con el fin de inculcar una fe ardiente en cada individuo, y de asegurar su desempeño en el servicio de la fe. El cristianismo Taiping fue una amalgama única de ideas y prácticas orientales y occidentales dirigidas hacia la acción militante, una experiencia que no se repetiría hasta un siglo más tarde, cuando China adopta y “sinifica” el marxismo-leninismo.
En 1850, Guanxi estaba lejos de Pekín, insuficientemente guarnecida por tropas manchúes y muy afectada por el flujo de contrabandistas de opio y piratas forzados a moverse hacia el interior a lo largo del río Oeste por la persecución que sufrían a manos de la marina británica en las costas. El creciente desorden inspiró el entrenamiento de fuerzas locales de autodefensa, tanto por parte de la milicia como entre los bandidos: no había mucha diferencia entre ambos, puesto que todos vivían a costa de la gente. Al igual que otros grupos, la pequeña congregación de los Adoradores de Dios se armó para la autodefensa, pero en secreto y con un propósito más ambicioso. Para fines de 1850, alrededor de veinte mil “verdaderos creyentes” respondieron al llamado a las armas de Hong y combatieron a las tropas imperiales enviadas a dispersarlos. El 11 de enero de 1851 -el día que cumplía 38 años-, Hong se autoproclamó Rey Celestial de una nueva dinastía, el Reino Celestial de la Gran Paz.
La fe militante Taiping inspiró a un ejército de feroces guerreros que en los primeros años se mantuvo bajo una estricta disciplina moral, cautivando a la gente común: gracias a su dedicación, los discípulos del movimiento Taiping atrajeron numerosos adeptos y amedrentaron a sus oponentes. En parte con el fin de identificar a sus destacamentos, solían portar banderas y estandartes en gran número. En lugar de afeitarse la frente y lucir la trenza que la dinastía Qing exigía como señal de lealtad -¡qué símbolo más tangible!-, los Taiping se dejaron crecer el pelo libremente, convirtiéndose así en los “rebeldes de pelo largo”, lo que para los partidarios del orden establecido resultaría incluso más sorprendente que los estudiantes revolucionarios de la contracultura occidental de alrededor de un siglo después.

La guerra civil

La guerra que se libró entre los años 1851 y 1864 resultó tremendamente destructiva para la vida y la propiedad (ver Mapa 21). Alrededor de seiscientas ciudades amuralladas fueron conquistadas, a menudo tras grandes masacres. Mientras la Guerra Civil norteamericana de principios de la década de 1860 significó la primera gran contienda de la era industrial, con el ferrocarril y el barco a vapor -junto con las armas de precisión- convertidos en factores decisivos, la guerra entre los imperialistas y los Taiping en China fue la última del tipo premoderno. Los ejércitos se movilizaban a pie y vivían del pillaje. Ningún cuerpo médico los atendía. Carecían de mapas modernos y no tenían acceso alguno al telégrafo. Ocasionalmente se hacía uso de la artillería en los asedios, pero la táctica favorita consistía en cavar bajo un muro, colocar pólvora y hacerlo estallar. Flotas de juncos y sampanes se enfrentaban sobre el Yangtsé y sus principales lagos hacia el sur; los buques a vapor eran una rareza. Se disponía de mosquetes, pero la mayor parte de la matanza se producía a raíz del combate cuerpo a cuerpo, con espadas, cuchillos, picas y palos, por lo que se requería de motivación más que de entrenamiento técnico.

Un ejército invasor podía compensar sus pérdidas mediante el reclutamiento de locales, la conscripción o la conversión de los capturados; sin embargo, un comandante no siempre podía contar con que dichas tropas se mantuviesen firmes, mucho menos con que atacasen al enemigo. Los generales imperiales trasladaron al sur a guerreros hereditarios manchúes y mongoles, pero generalmente éstos quedaban fuera de combate debido al húmedo clima del sur y a que su caballería no era apta para los arrozales. La lucha era sobre todo de chinos contra chinos. Informes oficiales acerca de ejércitos constituidos por 20 mil y 30 mil hombres, a veces 200 mil y 300 mil, llevan a preguntarse cómo se alimentaban y qué rutas seguían, en territorios que por lo general no contaban con caminos. La cifra total de las tropas era siempre un número redondo, probablemente superior al real.

En 1851, la horda Taiping salió rumbo al norte, se apoderó de las ciudades de Wuhan y, a comienzos de 1853, descendió por el Yangtsé para tomar el poder en Nankín y convertirla en su Capital Celestial. La estrategia utilizada fue la que era de esperarse de un ambicioso comité liderado por un carbonero analfabeto: desconocedores del mundo exterior, dejaron Shanghai en manos imperiales y no entablaron ninguna relación con el extranjero. Confundidos por el éxito, enviaron fuerzas poco adecuadas simultáneamente hacia el norte, para conquistar Pekín, y hacia el oeste, para recuperar la China Central: ambas expediciones fracasaron. Los comandantes operaban casi totalmente por su cuenta, sin conocimientos, medios de comunicación ni coordinación confiables, simplemente manejando las situaciones que iban surgiendo. Absortos en la religión y la lucha, los líderes Taiping resultaron unos ineptos en los asuntos relacionados con la economía, la política y la planificación general.

Como carecían de administradores profesionales, por lo general fracasaron en sus intentos por apoderarse del campo y gobernarlo como un área fundamental para el abastecimiento de hombres y alimentos. Debieron concentrarse entonces en las campañas de ciudad en ciudad, viviendo de los botines y las confiscaciones, de forma muy similar a los ejércitos imperiales. De hecho, y como destaca Philip Kuhn (en CHOC 10), permanecieron “sitiados en las ciudades” mientras la élite terrateniente local siguió ocupando su lugar en el campo. Todo ello se originaba en su estricta religiosidad; en lugar de captar adherentes, ésta provocó la hostilidad de la nobleza erudita china, que podría haber conducido un gobierno por ellos.

En el intertanto, el movimiento se vio afectado por un debilitamiento de su fe y su austeridad originales. En Nankín, sus líderes pronto se procuraron cada uno sus propios ejércitos, palacios, harenes y partidarios. Pasaban la mayor parte del tiempo elaborando sistemas de títulos nobiliarios, honores y ceremonias. Los misioneros que acudieron al Primer Ministro Taiping en 1860 lo encontraron llevando una corona bordada con hilos de oro y vestido, como sus oficiales, con mantos de seda roja y amarilla. El igualitarismo se había mantenido para la masa solamente.

El grupo original de líderes se autodestruyó en un baño de sangre en 1856, año en que Yang, el rey del este, “Presidente” y generalísimo, organizó un complot para usurpar el trono del rey celestial, Hong. Este último envió entonces a Wei, rey del norte, a asesinar a Yang y sus partidarios, sólo para descubrir que Wei y sus seguidores, embriagados de poder, serían asesinados por el virrey, Shi, quien entonces se sintió tan amenazado que escapó hacia el oeste con la mayor parte del ejército, dejando a Hong abandonado y a merced de su propia e incompetente parentela.

Nacionalistas y comunistas han intentado posteriormente rescatar del movimiento Taiping algún prototipo positivo de nacionalismo antimanchú y de reforma social. Los Taiping estaban en contra de todos los males habituales -el juego, el opio, el tabaco, la idolatría, el adulterio, la prostitución, el vendaje de los pies- y concedían un trato especial a las mujeres, quienes apoyaban y en ocasiones servían al ejército y administraban los palacios en lugar de los eunucos. Pero el calendario y el sistema de exámenes Taiping -que incorporaban los panfletos y los escritos de Hong- no implicaron un avance con respecto a los anteriores, las ideales agrupaciones comunales de veinticinco familias que debían mantener un fondo común jamás se esparcieron por el campo, y el programa de occidentaliza-ción propuesto por el último Primer Ministro y primo de Hong, Hong Ren'gan, quien pasó algunos años con los misioneros, nunca se concretó. Mientras tanto, la ignorancia y el exclusivismo del liderazgo Taiping, la ausencia de un programa económico y la incapacidad para haber aprovechado en forma creativa sus proezas militares condujeron al sacrificio y empobrecimiento de las masas populares. La rebelión de las masas rara vez había tenido buena acogida en China; ahora también deshonraba al cristianismo.
Los misioneros protestantes resentían la transgresión de su monopolio intelectual de la Palabra de Dios. Los más ortodoxos se indignaban al oír que Hong afirmaba ser el hermano menor de Jesús, y también por su inclusión del sistema familiar chino en el cielo cristiano, adjudicándoles esposas a Dios y a Jesús. No obstante, es indudable que tales adaptaciones doctrinarias pueden ser consideradas hoy como la mejor oportunidad que tuvo nunca el cristianismo para llegar realmente a formar parte de la antigua cultura china. ¿Qué fe extranjera podría haber conquistado China sin un profeta chino? Pero los escasos misioneros que se aventuraron a ir a Nankín, a pesar de haber sido bien recibidos, tuvieron la clara impresión de que el cristianismo Taiping no requería de ellos para recibir una orientación básica. También los chinos Taiping se consideraban fundamentales y superiores, a pesar de mantener una actitud por lo general cortés hacia todos los “hermanos extranjeros” *(wai xiongdi).* Su Sexto Mandamiento -”No matarás ni lastimarás a los hombres”- se valía de la tradicional glosa china: “Todo el mundo es una sola familia, y todos los hombres son hermanos”. El *Clásico de los Tres Caracteres,* que Hong redactó para que los niños lo memorizaran, relataba la ayuda que prestó Dios a Moisés y a los israelitas, la vida y muerte de Jesús como el Salvador y la antigua adoración de los chinos -Shang y Zhou- por Dios (aquí seguía inconscientemente la línea jesuíta). Pero los gobernantes Qing, los Han y los Song se perdieron por el mal camino hasta que, en 1837, Hong fue recibido en el Cielo y allí se le ordenó salvar al mundo (chino) expulsando a los demonios manchúes. Esta interpretación reflejaba un verdadero mestizaje cultural; sin embargo, pocos misioneros pudieron soportarlo. Entretanto, la Francia católica se opuso por principio al protestantismo Taiping, considerándolo apenas como otro afloramiento del mal desatado por Lutero.
Al Reino Celestial de los Taiping le aconteció lo que a Cartago: sólo sobrevivió el nombre. Los registros históricos son arbitrarios, puesto que los imperialistas destruyeron la mayoría de los escritos de los Taiping, a excepción de aquellos que fueron puestos a buen recaudo principalmente por extranjeros (algunos han sido hallados recién en el presente siglo en bibliotecas francesas y británicas) . En los años finales surgieron líderes muy talentosos, pero ya era demasiado tarde. Una causa por la que tantos hombres dieron la vida debe haber tenido mucho que ofrecer, pero sólo en comparación con el antiguo y gastado orden manchú.

La Restauración Qing de la década de 1860

Los Qing lograron sobrevivir a los ataques domésticos y del exterior gracias en gran parte a los cambios en el ámbito político y del liderazgo conocidos como la Restauración Qing. Hacia 1861, el mandato de la dinastía manchú parecía verdaderamente exhausto. La ocupación anglofrancesa de Pekín el año anterior, que aseguró definitivamente la aceptación del injusto sistema de tratados, había derrotado a la intransigente facción antioccidental encargada de la política de los Qing. Mientras tanto, un nuevo comandante Taiping destruyó sus campos militares y sitió Nankín, invadió el delta y, a comienzos de 1862, amenazó Shanghai. El resultado de la crisis fue un golpe de estado en Pekín en 1861, que situó en el poder a un nuevo liderazgo manchú compuesto por la Emperatriz Viuda (Cixi) como regente y dos manchúes, el príncipe Gong y el Supremo Consejero Wenxiang, a la cabeza. Ellos desarrollaron una política dual: en el ámbito de las relaciones internacionales, aceptaron el sistema de tratados con el objeto de apaciguar a las potencias extranjeras; en cuanto a las relaciones

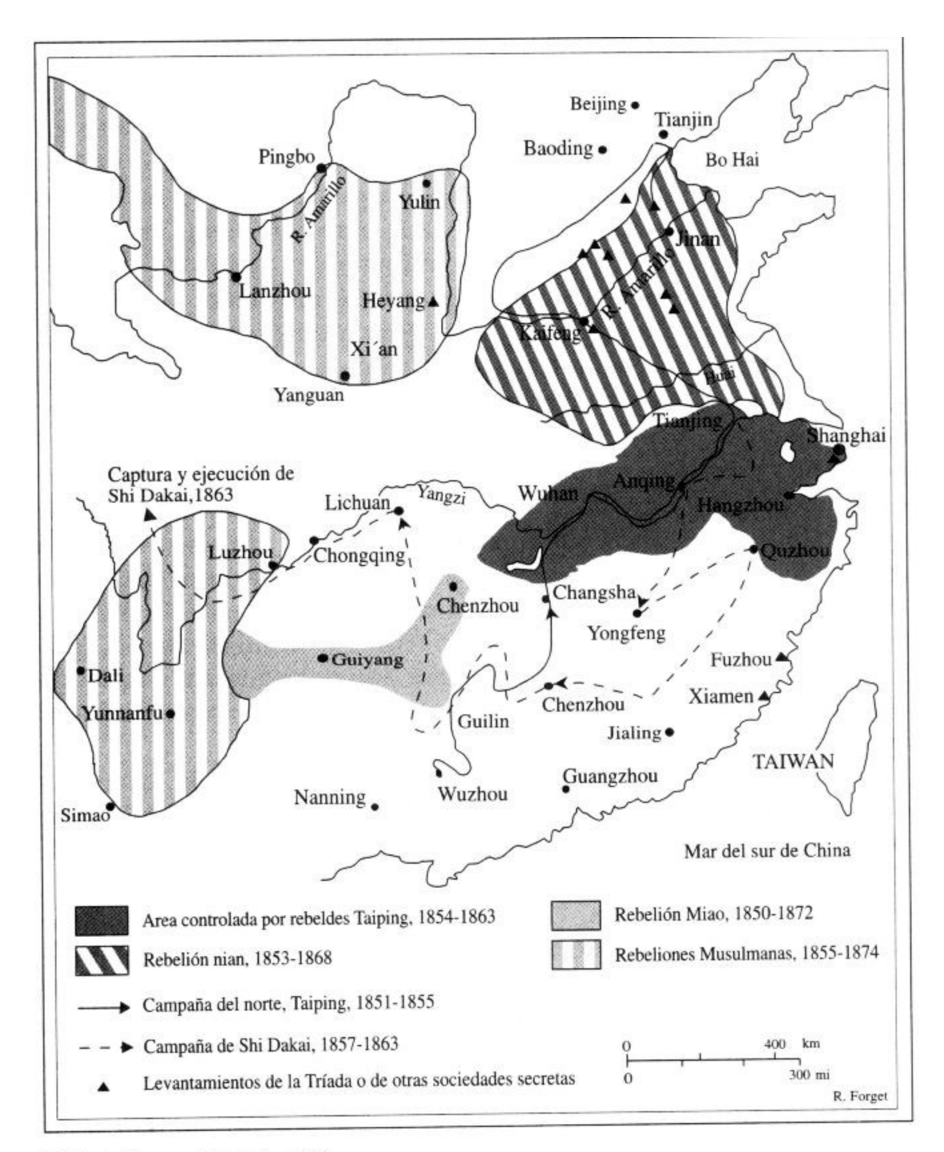
internas, asignaron más cargos de auténtico poder a ciudadanos chinos, con el fin de derrotar a los rebeldes. Esta política más flexible marcó el inicio de una restauración del poder Qing.[8]

El nuevo comandante destinado a combatir a los Taiping fue un erudito confuciano chino oriundo de Hunan, Zeng Guofan. Enviado a su patria en 1852 desde Pekín para organizar las milicias, quedó pasmado por lo que consideró un ataque blasfemo y violento de los Taiping al orden confuciano en su totalidad. Zeng tomó la determinación de vencerlos a la manera tradicional, a través del restablecimiento de la moral. Para ello organizó un ejército reclutando a comandantes de características similares que le eran leales en forma personal; éstos seleccionaban a sus subordinados, quienes a su vez enrolaban uno por uno a los soldados, creando de este modo una red de líderes y seguidores comprometidos entre sí y capaces de brindarse apoyo mutuo y devoción en la lucha. Ello constituía una aplicación en el ámbito militar de las responsabilidades recíprocas de acuerdo al status que conformaban la base del sistema familiar. Y funcionaba. Los soldados eran cuidadosamente escogidos de entre familias decentes, y se les pagaba y entrenaba muy bien.

Zeng desarrolló una marina de aguas interiores por el Yangtsé, construyó arsenales y administró racionalmente sus recursos. A medida que los soldados hakka originales del ejército Taiping de China del Sur iban siendo eliminados, el ejército de Hunan liderado por Zeng comenzó a vencer. Una vez que los manchúes reconocieron que su única esperanza era confiar en los chinos leales al antiguo orden, Zeng pudo situar a sus principales lugartenientes en cargos de gobernadores provinciales, con el fin de movilizar todo un esfuerzo bélico concertado. Metódicamente, rodeó a los Taiping río arriba -donde la capital de Hubei/Hunan, Wuchang, había cambiado de mando seis veces- y río abajo, donde las fuerzas anglofran-cesas finalmente abandonaron la neutralidad y ayudaron a defender el área de Shanghai-Ningbo.

Mediante el acatamiento del sistema occidental de tratados y del apoyo a los conservadores eruditos-generales chinos en las provincias, los nuevos líderes bajo la regencia de la joven Emperatriz Viuda Cixi en Pekín liquidaron a los Taiping hacia el año 1864, revitalizando su dinastía. Un cuadro idealista de esta era podría reflejar un auténtico esfuerzo conservador tendiente a una “Restauración” similar a aquella acaecida tras la fundación del período de los Han tardíos o después de la gran rebelión a mediados de la era Tang. Mary Clabaugh Wright (1957), historiadora occidental y pionera en el tema de la Restauración, ha descrito de manera elocuente la forma en que durante la década de 1860 los componentes del tradicional Estado confuciano fueron reactivados y volvieron a funcionar: un grupo de funcionarios civiles de elevados principios -elegidos según sus resultados en los exámenes clásicos y su lealtad a la dinastía reinante- reprimió firmemente las rebeliones e intentó contribuir a la economía agraria y al bienestar popular. Se restableció el orden en las provincias centrales, los impuestos fueron reducidos, se preparó nuevamente la tierra para el cultivo, se fundaron escuelas y se reclutaron hombres talentosos para la administración pública, a pesar de que los máximos funcionarios exigían mucho más de lo que realmente se podía lograr en los arrozales.

[8] "Restauración" -*zhongxing*- era tradicionalmente un término con el que se aludía a un "renacimiento a medio camino" de una dinastía.



21. Rebeliones del siglo XIX.

Mientras se restablecía de este modo el orden tradicional, los líderes de la Restauración comenzaron asimismo a occidentalizarse. Crearon arsenales para disponer de armas modernas, construyeron barcos a vapor, tradujeron textos occidentales sobre tecnología y derecho internacional, y crearon un prototipo de gabinete de asuntos exteriores en calidad de comité especial -los empleados Zongli del palacio del mandarín- dependiente del Consejo Supremo. Pronto sus nuevos ejércitos provinciales y regionales, que ahora portaban armas modernas, tornaron imposibles las sublevaciones campesinas. En este esfuerzo se vieron asistidos por la política de cooperación de las potencias occidentales, cuyas rivalidades imperialistas sólo se intensificaron en la década de 1870.

Apreciaciones globales recientes son menos optimistas, no obstante: según éstas, la Restauración instaló en el poder a la ignorante y oscurantista Emperatriz Viuda. La occidentalización se delegó casi en su totalidad en las autoridades provinciales chinas de los lugares donde el poder chino había pasado a ser dominante, lo que provocó en la corte manchú una actitud defensiva. Tales esfuerzos provinciales, sin embargo, no estaban coordinados ni eran respaldados por Pekín. Al final, la renovada vitalidad de la administración Qing no fue capaz de superar la inercia de la tradicional organización política china: no podía funcionar más que según sus propios términos, que ahora resultaban anticuados. Los líderes de la Restauración fueron conservadores en relación a la preeminencia de la agricultura: ésta siguió siendo considerada la base del ingreso fiscal y de la subsistencia del pueblo. No concebían el crecimiento económico ni el desarrollo en un sentido moderno, y eran estrictamente contrarios al lucro; continuaron menospreciando el comercio, sobre todo el internacional, calificándolo de poco productivo. Lo que hicieron, en cambio, fue intentar que el

campesinado y la burocracia asimilaran los ideales clásicos de frugalidad e incorruptibilidad, de modo que el producto de la tierra pudiese entonces bastar para mantener al pueblo y al gobierno. Sin mucho éxito (como señala Kwang-Ching Liu en CHOC 10), trataron de reducir los impuestos territoriales en la región del bajo Yangtsé para ayudar a la agricultura, pero no hicieron lo mismo con las rentas ni limitaron el latifundio. Procuraron restablecer los sistemas de obras públicas necesarios para el control de las aguas, pero no pudieron controlar el río Amarillo mejor de lo que lo hicieron sus antecesores.

La Restauración perdió vitalidad después de 1870, por diversas razones. En lugar de enfrentar de manera creativa el nuevo futuro de China, sus líderes estaban conscientemente reviviendo el pasado. Se mostraron incapaces de motivar en forma adecuada a los estratos inferiores de su burocracia, así como de manejar los problemas específicos -técnicos e intelectuales- que planteaba la occidentalización. Fue la energía de este esfuerzo conservador y restaurador lo que verdaderamente impidió que China respondiera al contacto occidental de una forma revolucionaria.

Represión de otras rebeliones

Donde sí ostenta un éxito indudable la Restauración es en la represión de las rebeliones. Durante el período de control Taiping sobre la región del bajo Yangtsé surgió al norte de allí otro movimiento de bandas rebeldes, denominado Nian, que se expandió entre los ríos Huai y Amarillo (ver Mapa 21). Haciéndose fuerte en pueblos amurallados del límite sur de la llanura de China del Norte, dicho movimiento se organizaba en divisiones montadas según su propio sistema, las que salían a hacer sus incursiones para controlar lo que constituía su base territorial tras vencer a la milicia local. Aunque carecía de las pretensiones dinásticas de los Taiping, el movimiento Nian suplantó al gobierno imperial desde 1853 hasta 1868 en una vasta región, hostilizando a las provincias vecinas con continuas incursiones de saqueo para abastecerse de alimentos.

Los esfuerzos imperiales por erradicar a los Nian de sus fortificadas guaridas fracasaron una y otra vez. Los muros eran derribados sólo para ser levantados de nuevo. Los eruditos-generales que habían derrotado a los Taiping intentaron privar a los Nian del apoyo popular del que gozaban en los poblados prometiendo seguridad a la población, muerte a los líderes y perdón a sus seguidores. Paralelamente, otras insurrecciones surgieron en varias áreas de China del Norte; éstas, y al final también el movimiento Nian, fueron derrotadas por los nuevos ejércitos provinciales que portaban armas modernas. Dichos ejércitos cortaron el acceso de los jinetes rebeldes a sus fuentes de avituallamiento y mano de obra, abatiéndolos posteriormente en la llanura mediante el bloqueo y la contracaballería.

A consecuencia de estas revueltas que convulsionaron el centro y norte de China se produjeron a su vez sanguinarias insurrecciones de musulmanes chinos en el sudoeste y noroeste durante las décadas de 1860 y 1870, amargas refriegas que sólo ahora comienzan a ser estudiadas. En definitiva, el movimiento por el cambio en la China moderna se inició siguiendo el modelo tradicional de las rebeliones basadas en el campesinado y reprimidas por una Restauración; millones de desafortunados murieron en el proceso. La lucha finalmente llegó a su término. Según cálculos modernos, en 1850 China tenía una población de aproximadamente 410 millones de habitantes. Tras las rebeliones Taiping, Nian y musulmana, y otras de menor envergadura, esta cifra se redujo a cerca de 350 millones en 1873.

Así, la coerción ejercida por las cañoneras occidentales sobre China, e incluso la ocupación anglofrancesa de Pekín en 1860, fueron desastres menores, de corta duración y marginales comparados con las rebeliones de mediados de siglo que arrasaron las provincias más importantes. Los europeos y los norteamericanos que se aseguraron privilegios especiales en los nuevos puertos abiertos chinos constituían la periferia de este gran trastorno social, no sus creadores. En ese momento ellos representaban para algunos chinos un nuevo orden y una serie de oportunidades, pero para la mayoría eran una factor irrelevante.

No obstante, a comienzos de la década de 1860 comenzó a tomar forma una alianza informal entre los británicos y los Qing. Gran Bretaña deseaba estabilidad en el comercio, por lo que colaboró con Pekín, por ejemplo, ayudándola a adquirir una flota de cañoneras a vapor -el arma más moderna de aquella época-, aunque el trato se rompió debido al desacuerdo sobre quién las comandaría. Robert Hart y su Servicio de Aduana Marítima China, en calidad de funcionarios Qing, encabezaron el fomento británico a una administración fiscal moderna y a la flexibilización del comercio. Al mismo tiempo, y a través de su contribución al mantenimiento de la estabilidad de los Qing, participaron en la política nacional china de una forma que los patriotas posteriormente atacarían.

11. La primera modernización y la decadencia del poder Qing

El autorreforzamiento y su fracaso

Durante las décadas posteriores a la de la Restauración de los Qing, influyentes personalidades, tanto manchúes como chinas, trabajaron en la adaptación de artefactos e instituciones occidentales. Este movimiento, analizado por Albert Feuerwerker, Kwang-Ching Liu y otros, postulaba la atractiva pero equívoca doctrina de "el saber chino como estructura fundamental, y el saber occidental para los usos prácticos", como si las armas occidentales, los buques a vapor, la ciencia y la tecnología pudiesen de alguna manera ser utilizados para preservar los valores confucianos. Con la perspectiva de hoy podemos ver que las cañoneras y las fábricas de acero portaban su propia filosofía. Sin embargo, la generación de 1860 a 1900 se mantuvo fiel a la consigna de que China podía dar un salto y caer en medio de los tiempos modernos, que es como dar un salto y caer en medio de la crecida de un río.

Basándose en la divisa clásica -y por tanto no foránea- del "autorreforzamiento", los líderes chinos comenzaron a adoptar armas y máquinas occidentales, sólo para descubrir que se hallaban sumidos en un proceso inexorable donde una apropiación llevaba a otra: de la maquinaria a la tecnología, de la ciencia a la enseñanza en general, de la aceptación de nuevas ideas al cambio de las instituciones y, finalmente, de una reforma constitucional a una revolución republicana. La falacia de una occidentalización a medias -en los instrumentos, pero no en los valores- fue reconocida por muchos eruditos conservadores, quienes optaron entonces por oponerse a todo lo occidental.

Los líderes del autorreforzamiento fueron los que habían aplastado a los Taiping, eruditos funcionarios como Zeng Guofan y su ayudante más joven, Li Hongzhang (1823-1901), quien construyó un arsenal en Shanghai para fabricar cañones y cañoneras. Ya en 1864 Li explicaba a Pekín que la dominación de China por los extranjeros se basaba en la superioridad de sus armas, que era inútil intentar expulsarlos y que, por lo tanto, la sociedad china enfrentaba la mayor crisis desde su unificación bajo el Primer Emperador en el año 221 a. C. Li concluía que China debía aprender a utilizar la maquinaria occidental con el fin de hacerse más fuerte, lo que también implicaba el entrenamiento de personal chino. Esta simple línea de razonamiento se convirtió de inmediato en una obviedad para los hombres de guerra japoneses después de la llegada de Perry en 1853. Pero en China el movimiento por la occidentalización chocó contra la ignorancia y los prejuicios de los letrados confucianos en cada una de sus etapas. Esta falta de sensibilidad histórica china, durante las décadas en que Japón rápidamente se modernizaba, constituye uno de los grandes contrastes de la historia.

Las dificultades de China fueron continuamente ilustradas. Para hacer accesible la enseñanza occidental, por ejemplo, unos ochenta misioneros jesuítas tradujeron durante los siglos XVII y XVIII más de cuatrocientas obras occidentales al chino, de las cuales más de la mitad versaban sobre cristianismo y casi un tercio eran obras científicas. Los misioneros protestantes de comienzos del siglo XIX publicaron alrededor de ochocientas obras, pero en casi todos los casos se trató de libros religiosos o traducciones de las Escrituras en un lenguaje simple, dirigidos principalmente al hombre común, no a los letrados chinos. Durante el último tercio del siglo, en el arsenal de Shanghai, un talentoso inglés -John Fryer-colaboró con los eruditos chinos en la traducción de más de cien obras sobre ciencia y tecnología, desarrollando la terminología necesaria en chino a medida que avanzaban. Pero la distribución de todas estas obras era limitada; pocos eruditos chinos parecen haberlas leído. Su producción, sin supervisión alguna desde el trono, dependía de la iniciativa de los extranjeros o de los escasos funcionarios que se ocupaban de los asuntos internacionales.

En 1862 se estableció en la capital una escuela de intérpretes con rango de institución gubernamental, con el objeto de preparar a los jóvenes para las negociaciones diplomáticas. Encabezada por un misionero norteamericano, y contando con nueve profesores extranjeros más el apoyo de Robert Hart y su servicio de funcionarios de aduanas, pronto esta nueva escuela contó con más de cien estudiantes manchúes y chinos de idiomas extranjeros. Sin embargo, los letrados xenófobos se opusieron a la enseñanza de disciplinas occidentales. El argumento -falso- para contrarrestar sus aprensiones fue que "las ciencias occidentales habían tomado prestadas sus raíces de las antiguas matemáticas chinas... China había inventado el método, los occidentales sólo lo adoptaron".

El recelo de una clase erudita cuya riqueza se hallaba ligada al sistema chino de enseñanza quedó firmemente demostrado en el caso de un estudiante chino, Yung Wing, a quien unos misioneros llevaron a Estados Unidos en 1847 y que se graduó de Yale en 1854. A su regreso a China, tras ocho años en el extranjero, tuvo que esperar casi diez años más para que Zeng Guofan lo contratara como agente para comprar maquinaria y como intérprete y traductor. El propósito de Yung Wing de enviar estudiantes chinos al extranjero no se concretó sino hasta quince años después de su regreso. En 1872 encabezó una misión educacional integrada por cerca de 120 estudiantes chinos, quienes arribaron a Hartford, Connecticut, vistiendo largas togas y acompañados por profesores chinos de la vieja escuela, quienes debían preparar a estos eventuales occidentalizadores de China para los exámenes clásicos, preparación que seguía siendo esencial para convertirse en funcionario. Además, como colega de Yung Wing fue designado un erudito oscurantista cuya misión era asegurarse de que el contacto occidental no minara la moralidad confuciana de los estudiantes. En 1881, el proyecto fue abandonado del todo.

Actitudes similares obstaculizaron asimismo una industrialización temprana. Los conservadores temían que las minas, las vías férreas y las líneas del telégrafo perturbaran la armonía entre el hombre y la naturaleza *(fengshui),* creando todo tipo de problemas: el disgusto de los ancestros imperiales, la reunión de turbas indisciplinadas de mineros, el despido de boteros y carreteros, la absorción de los ingresos gubernamentales y la dependencia de máquinas y técnicos extranjeros. Aun tras haber disipado tales temores, los partidarios de la modernización se vieron todavía enfrentados a enormes dificultades prácticas, como la carencia de habilidades empresariales y la falta de capital. Los proyectos de mayor envergadura debían ser auspiciados por altos funcionarios, a menudo bajo la fórmula de "supervisión oficial y operación comercial". En la práctica, ello significaba que las diversas iniciativas terminaban paralizadas por la burocracia. Los administradores comerciales permanecían bajo la tutela de sus patrones oficiales; ambos grupos explotaban a las nuevas compañías, apropiándose de sus utilidades en lugar de reinvertirlas. Jamás se logró entonces poner en marcha un proceso de crecimiento industrial autosostenido por medio de la reinversión.

De este modo, la industrialización de la China de fines del siglo XIX resultó un fracaso general a pesar de la temprana promesa que habían significado muchos proyectos auspiciados en forma oficial. Por ejemplo, la Compañía Mercante China de Navegación a Vapor, fundada por Li en 1872, fue subsidiada para transportar el arroz de tributo desde el delta del Yangtsé hasta la capital. Prácticamente año tras año desde 1415 grandes flotillas de juncos graneros habían trasladado estos embarques río arriba por el Gran Canal; ahora el cargamento podía transportarse rápidamente por mar desde Shanghai hasta Tianjin. Con el fin de proveer de carbón a las flotas de vapores, en 1878 comenzaron a operar las minas de carbón de Kaiping, al norte de Tianjin. Y para transportar dicho carbón se inauguró en 1881 el primer ferrocarril permanente. No obstante, hacia fines de siglo estas empresas que se apoyaban entre sí no habían hecho más que modestos progresos. La Compañía Mercante China, saqueada por sus patrones, sus administradores y sus empleados, perdió terreno ante las líneas británicas de buques a vapor. Las minas de Kaiping, fuertemente endeudadas con los extranjeros, pasaron a manos de Herbert Hoover y otros en 1900. China abandonó el tendido de vías férreas, el que comenzó a ser promovido después de 1898 por las potencias imperialistas en sus respectivas esferas de influencia.

Durante el último período de los treinta años de servicio de Li Hongzhang como general-gobernador en Tianjin, su principal rival fue Zhang Zhidong, quien sirvió durante dieciocho años en Wuhan, donde instaló una fundición de hierro que se convirtió en una fábrica siderúrgica, así como también academias militares y escuelas técnicas dedicadas a la telegrafía, la minería, los ferrocarriles y las artes industriales. El anhelo primordial de Zhang,

en todo caso, era hacer confluir toda esta tecnología dentro del clásico esquema confuciano de las cosas.
La modernización de China se convirtió así en un juego en el que sólo participaban unos pocos altos funcionarios que entendieron su urgencia e intentaron recaudar fondos, encontrar personal adecuado y realizar proyectos en un entorno por lo general letárgico, por no decir hostil. Aunque se dejaron seducir por la esperanza de obtener beneficios y poder personales, la corte de la Emperatriz Viuda, a diferencia de la del emperador Meiji en Japón, no les brindó un respaldo consistente; por el contrario, la emperatriz dejó que los ideológicamente conservadores neutralizaran a los innovadores, de modo que ella pudiese mantener el equilibrio. China del Sur, como siempre, bullía de espíritus inquietos y brillantes en busca de nuevas oportunidades, en especial en los puertos abiertos que crecían rápidamente, por lo que los últimos años del siglo XIX fueron un tiempo de pioneros, no de muchos cambios esenciales.
La occidentalización fue dejada en manos de unos pocos altos funcionarios provinciales, en parte porque ello favorecía el equilibrio de poder entre el centro y las provincias -así la corte podía evitar el costo y la responsabilidad-, y en parte porque los funcionarios de los puertos abiertos en contacto con los extranjeros eran los únicos capaces de ver las oportunidades allí donde las había y obtener la ayuda extranjera para sus propósitos.
La guerra chino-japonesa de 1894-1895 liquidó la ideología del autorreforzamiento. Por su tamaño, las apuestas favorecían a China, pero Li Hongzhang pensaba distinto e intentó impedir la guerra. China había comenzado la construcción de una flota de guerra en la década de 1870. Durante la década siguiente, Li adquirió cruceros de acero y contrató instructores y consejeros británicos, pero posteriormente los Krupp hicieron una mejor oferta que Armstrong y se agregaron dos barcos alemanes de mayor tamaño. Sin embargo, a fines de la década de 1880 una conspiración oficial de alto nivel desvió escandalosamente los fondos destinados a la marina china, con el fin de construir el nuevo palacio de verano de la Emperatriz Viuda. Según los cálculos de Hart, la marina china “debería tener un saldo de 36 millones de taels (unos cincuenta millones de dólares), pero, ¡vaya sorpresa!, no tiene un centavo”. En septiembre de 1894 descubrió que “ellos no tienen proyectiles para los cañones Krupp ni tampoco pólvora para los Armstrong”. En la guerra contra Japón sólo participaron el ejército y la flota de China del Norte liderados por Li Hongzhang, no los de China Central ni Sur, y se descubrió que los pañoles de algunos de los barcos chinos estaban llenos de arena en vez de pólvora.
Los japoneses, que en 1894 entraron a Corea supuestamente para someter a los rebeldes coreanos, vencieron al ejército de Li y, en una de las primeras batallas navales modernas, frente al río Yalu, hundieron o derrotaron a los barcos de su flota; el líder de ésta era un viejo general de caballería que dispuso sus barcos en línea como para una carga de caballería, mientras los japoneses se dividían en dos columnas para rodearlos. Hoy, los turistas que visitan el barco de mármol que se encuentra en el lago del Palacio de Verano, a la salida de Pekín, debieran ser capaces de imaginar una leyenda de este tipo: “*In memoriam*: aquí yace lo que podría haber sido la marina de los Qing tardíos”.
Desde nuestra perspectiva actual, lo más sorprendente es que la responsabilidad de la primera guerra de la época moderna de China haya recaído sobre los hombros de un funcionario provincial, como si simplemente se hubiera tratado de que él debía defender su parte de la frontera. Por supuesto, a la dinastía manchú se le ha culpado por su ineptitud no nacionalista, pero el problema iba más allá del origen no chino de la dinastía; obviamente, la falla residía en la monarquía imperial en sí misma, en la superficialidad de su administración, en su incapacidad constitucional para convertirse en un gobierno centralizado moderno.
La dinastía Qing había logrado sobrevivir a las rebeliones del pueblo chino, pero ahora las relaciones internacionales se le escapaban de las manos. El resultado de la victoria japonesa sobre China fue una década de rivalidades imperiales en el Lejano Oriente. Para pagar las indemnizaciones de guerra, China se endeudó con tenedores de bonos europeos; en 1898, Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Japón y Francia mantenían o reclamaban sus respectivas esferas de influencia en China, las que habitualmente consistían en un puerto principal como base naval, un ferrocarril que atravesara su zona interior, y minas para su explotación. Con el objeto de detener a Japón, China invitó a Rusia a ingresar a Manchuria; pero la guerra ruso-japonesa de 1905 dejó a Rusia confinada en el norte y a Japón triunfante en Manchuria del Sur y Corea.
En definitiva, China parecía a punto de sucumbir. ¿Podría salvarla una moderna generación con una nueva enseñanza? ¿Podría inspirar esta nueva enseñanza una regeneración nacional bajo un fuerte poder gobernante?

La lucha cristiano-confuciana

Para la mayoría de los chinos, los misioneros cristianos sólo eran el brazo ideológico de la agresión extranjera. El conflicto con ellos, que surgió en el siglo XVII y se reanudó en el XIX, se desarrolló paralelamente a nivel político, a nivel intelectual y a nivel social.

Políticamente, el cristianismo era heterodoxo. En un principio parecía sólo otra secta de tipo budista, con un sistema de creencias, un salvador, culpabilidad moral y una manera de compensarla: todos ellos elementos presentes en casi todas las religiones. Hacía ya mucho tiempo que las sectas religiosas, como la del Loto Blanco, estaban prohibidas en China, por lo que generalmente debían constituirse en organizaciones secretas. En 1724, después de que el espectacular trabajo de los jesuítas en el 1600 tropezara con la Controversia de los Ritos que lanzó al Papa de Roma en contra del emperador de China, el cristianismo fue prohibido, y dicha prohibición no fue levantada sino hasta 1846, a raíz de la insistencia francesa. En el intertanto, las comunidades católicas romanas chinas sobrevivieron, pero los sacerdotes extranjeros debían trabajar en forma clandestina.

Los misioneros protestantes eran reformistas de corazón y por vocación; enseguida sus esfuerzos entraron en conflicto con el establishment confuciano, el que sustentaba su propio tipo de reforma. Los misioneros y la élite de la nobleza china eran rivales naturales. Ambos grupos eran privilegiados, inmunes a la coerción del magistrado; ambos eran maestros de una doctrina cósmica: la rivalidad era inevitable. Paul Cohén cita como ejemplo a un antiguo misionero que, tras la cortesía y el refinamiento externos de la élite confuciana, no veía “nada que no fuese astucia, ignorancia, grosería, vulgaridad, presunción arrogante y un odio inveterado hacia todo lo extranjero”. Este punto de vista era recíproco. Para la nobleza de los eruditos, los misioneros eran subversivos extranjeros cuya enseñanza y conducta inmorales estaban respaldadas por las cañoneras. Los patriotas conservadores odiaban y temían a estos intrusos, pero los tiempos modernos trajeron consigo su derrota, por lo que gran parte de los registros históricos hasta ahora disponibles son polémicos o bien son obra de los victoriosos misioneros y los chinos cristianos. La historia, tan hábilmente resumida por Cohén (en CHOC 10), registra pocos chinos convertidos a la fe cristiana, pero sí una influencia generalizada de los enérgicos misioneros.

El período comprendido entre 1860 y 1900 fue testigo de la expansión gradual de misiones en cada provincia, según el derecho de extraterritorialidad consignado en los tratados y asimismo según el derecho de residencia nacional introducido secreta e ilegalmente en un tratado por un devoto intérprete francés. Hacia el año 1894, y apoyándose en sus antiguos cimientos, la iglesia católica romana totalizaba alrededor de 750 misioneros europeos, 400 sacerdotes nativos y más de medio millón de comulgantes. Las misiones protestantes se habían iniciado en Cantón, donde después de 1807 la Compañía Británica de las Indias Orientales dio empleo a Robert Morrison. Los primeros norteamericanos llegaron en 1830. Para 1894 el esfuerzo de la misión protestante sustentaba a más de 1.300 misioneros, principalmente británicos, norteamericanos y canadienses, y mantenía cerca de 500 misiones -cada una con su iglesia, residencias, capillas, generalmente una pequeña escuela, y en lo posible un hospital o dispensario- en aproximadamente 350 ciudades y pueblos. Sin embargo, no lograron convertir ni siquiera a sesenta mil chinos; definitivamente, China no estaba destinada a convertirse en una nación cristiana.

Después de 1860 el mayor contacto comenzó a producir continuos roces entre la nobleza y los misioneros. Un movimiento militante anticristiano organizó la defensa ideológica y fomentó la acción violenta, especialmente entre los habitantes de Hunan que se habían resistido a los “cristianos” Taiping. Como era de esperar, la nobleza esparcía rumores de inmoralidad misionera al ver a hombres y mujeres orando juntos. Una chocante literatura pornográfica, revivida del siglo XVII, describía las brutales orgías de sacerdotes, monjas y conversos. La nobleza sólo debía colgar un pasquín fijando la hora y el lugar donde debía reunirse el pueblo para provocar un alboroto. Miles de incidentes se sucedieron, y cientos de ellos fueron reportados a través de canales diplomáticos por los misioneros, que exigían compensaciones y protección oficial a su derecho al proselitismo, sancionado por tratado.

La amenaza de las cañoneras obligó a los funcionarios Qing a ponerse del lado de los extranjeros para hacer cumplir los tratados, dañando el prestigio de la dinastía. Los católicos, en especial, apoyaban a sus conversos en los litigios. Los franceses, cuyo comercio con China era escaso, eran los grandes adalides de las misiones católicas, cuyos obispos exigían y en ocasiones recibían una suerte de status oficial.

Los misioneros protestantes, por su parte, organizados bajo una docena de denominaciones, se vieron tempranamente enfrentados a una lucha por dominar el lenguaje chino y desarrollar la terminología necesaria para transmitir su mensaje. China contaba con un vocabulario completo para designar a Dios, el alma, el pecado, el arrepentimiento y la salvación. Los misioneros traductores debieron abstenerse de utilizarlo: si se servían del término ya establecido, que por lo general provenía del budismo, no podían hacer del cristianismo algo diferente; pero si utilizaban un neologismo no era tan fácil darse a entender. Donde más grave se tornó este problema fue en un aspecto esencial del cristianismo, el término para designar a Dios. Después de mucho discutir, los católicos llegaron a la denominación de Señor de los Cielos, algunos protestantes prefirieron Señor en las Alturas, y otros, Espíritu Divino. La traducción de la Biblia al chino produjo un *impasse,* en el cual los misioneros no pudieron llegar a un acuerdo sobre cómo denominar a la figura central de su religión.

Durante la “ocupación cristiana de China”, como ha sido llamada de una forma asaz imprudente, los misioneros protestantes trasladaban sus pequeñas escuelas y su medicina rudimentaria a las ciudades más importantes, donde ocasionalmente podían intentar captar a los candidatos a los exámenes. Los norteamericanos, sobre todo, que a menudo provenían de granjas, hallaron que la vida en el campo era más agradable y ofrecía mejores perspectivas para competir con el confucianismo. El crecimiento de la iglesia cristiana protestante fue lento pero constante. Hacia el año 1900, el número de chinos conversos y de cristianos practicantes sobrepasaba los cien mil, apenas una gota en el mar del pueblo chino. Pero los misioneros protestantes eran grandes constructores de instituciones. Levantaron sus barrios con casas de estilo extranjero atendidas por sirvientes chinos, y pronto comenzaron a abrir escuelas y dispensarios o clínicas de salud pública. Los primeros chinos ganados para Cristo fueron con frecuencia sus proveedores o colaboradores, como el cocinero o el distribuidor de folletos, pero también algunos hombres talentosos e idealistas que habían quedado impresionados con los modos extranjeros y estaban deseosos de adoptar su religión. En los últimos años del siglo XIX muchos reformistas chinos adoptaron la fe cristiana, en parte debido a que la trinidad formada por la industria, el cristianismo y la democracia parecía constituir el secreto del poder occidental y la mejor manera de salvar a China.

El movimiento por la reforma

En el período imperial tardío las tendencias de la intelectualidad china tardaron un buen tiempo en sintonizar con las tendencias de las relaciones internacionales de su país. Durante los mismos años del generalizado crecimiento comercial de China, existió un movimiento entre los eruditos que Benjamín Elman (1984) denomina “desde la filosofía a la filología”. En esencia, éste consistió en que el interés de los eruditos-funcionarios confucianos por pronunciar juicios morales en términos de grandes principios dio lugar a estudios técnicos más precisos, menos ligados a la cultura y que favorecían quizá una mejor preparación para enfrentar problemas modernos específicos.

El delta del bajo Yangtsé, donde a fines del siglo XVIII se había centrado la mayor parte del nuevo comercio interregional, se convirtió en el mismo período en el seno de un nuevo tipo de erudición, conocida como “investigación probatoria” *(kaozhengxue).* La consternación china ante el colapso de los Ming a comienzos del 1600 apuntó a la filosofía neoconfuciana como la responsable, con su sutil mezcla de abstracciones budistas y taoístas. Los eruditos “se hallaban insatisfechos con las ideas empíricamente indemostrables que habían plagado” las interpretaciones Song y Ming del confucianismo. El énfasis en los principios morales (el neoconfucianismo de los Song se conocía como *Lixue,* “la enseñanza de los principios”) había contribuido a las virtuosas condenas morales entre las facciones que hicieron ineficaces las administraciones de los Ming tardíos, por lo que bajo el dominio manchú algunos eruditos clásicos dejaron la filosofía por la filología y la astronomía matemática, específicamente por el análisis concreto de los textos, su autenticidad, las interpolaciones y los significados exactos. Un resultado de ello fue que, gracias a diversos indicios internos, se descubrieron falsificaciones en venerados clásicos, los que desde entonces dejaron de ser sacrosantos.

Esta nueva impronta en la erudición Qing fue conmemorada en 1829 mediante una recopilación de 180 obras realizadas por 75 autores de los siglos XVII y XVIII, la mitad de los cuales había ostentado el grado máximo de *jinshi* Irónicamente, este gran logro de los intelectuales se debió al liderazgo editorial del eminente bibliófilo Rúan Yuan, quien además

era el representante máximo del emperador en la provincia de Guangdong y para el comercio europeo.
Es completamente cierto que muchos autores incluidos en la gran recopilación de Rúan Yuan provenían de familias de mercaderes. Gracias a la legendaria riqueza de los mercaderes de sal de Yangzhou, por ejemplo, éstos financiaron academias y apoyaron a los talentos. Con el patrocinio de altos funcionarios, los eruditos comenzaron a trabajar en grandes proyectos imperiales de compilación, como la *Historia de los Ming* y el almanaque geográfico de los Qing, por ejemplo; más de 150 de dichos proyectos vieron la luz. Todo este trabajo hizo brotar la sensación de que la investigación probatoria era de hecho una profesión, independientemente de la ostentación de cargos.
Proliferaron las academias y sus bibliotecas fomentando esta investigación, especialmente en las provincias del bajo Yangtsé. A pesar de que en un comienzo el emperador se mostró frío y distante, después de 1733 comenzó a auspiciar academias que preparaban a los estudiantes para los exámenes. A partir de 1750 surgieron academias que se dedicaron exclusivamente al estudio, la discusión y la investigación, contando con el auspicio oficial pero gozando de ciertos grados de autonomía en su funcionamiento interno. Teniendo como base los Nuevos Textos del período Han, la "enseñanza Han" de la investigación probatoria demostró la capacidad y vitalidad intelectuales de una comunidad establecida de eruditos Qing. Estos se comunicaban parcialmente a través de cartas que escribían con la intención de publicarlas. Sus logros en la evaluación crítica de los textos heredados los condujeron a la epigrafía, la fonología y a un comienzo de análisis arqueológico de bronces y monumentos de piedra.
Para la década de 1840, el repentino triunfo del poder marítimo británico hizo converger dos líneas de pensamiento reformista chino: el movimiento del Nuevo Texto por la reconsideración de los clásicos, y el movimiento del arte de gobernar, que fomentaba un mayor compromiso y una mayor eficacia de la élite de los funcionarios eruditos en la administración. El funcionario erudito Wei Yuan (1794-1857) fue un líder en ambos. En 1826 ya había recopilado más de dos mil escritos ejemplares sobre asuntos fiscales y otros aspectos prácticos relativos a la administración. Propuso transportar el estipendio de arroz de Pekín desde el bajo Yangtsé por mar alrededor de Shandong, en lugar de pasar por la difícil ruta del Gran Canal. Contribuyó a reformar el impuesto a la sal, redactó un informe sobre las diez exitosas campañas militares de los Qing, y en Cantón ayudó al comisionado Lin elaborando una influyente presentación sobre los países de ultramar, la que al mismo tiempo constituía una nueva mirada crítica a los problemas de China, y en el momento preciso. Wei Yuan situó el mundo exterior entonces representado por Gran Bretaña en el horizonte de los reformistas del último período Qing.
La continuidad entre la investigación probatoria y la erudición china moderna quedaría demostrada en la década de 1890, cuando eruditos expertos en inscripciones en bronce y piedra reconocieron la importancia de los "huesos del oráculo" heredados de la dinastía Shang. Como hemos visto en el Capítulo 1, ello marcó el comienzo de la arqueología china moderna, aun cuando no les sirviera de mucho a los Qing tardíos al momento de enfrentar la invasión occidental.
Para la década de 1890 el crecimiento de las ciudades, puertos abiertos en su mayoría, había traído consigo grandes cambios materíales y sociales. En los puertos costeros y fluviales las construcciones de estilo occidental, el trazado de las calles y los servicios urbanos de alumbrado a gas y abastecimiento de agua, además del transporte en vapores y el comercio internacional, estaban todos conectados con el mundo fuera de China o eran extensiones de éste. La integración de empresas extranjeras y chinas en el comercio, los bancos y la industria en estos puertos supuso como resultado una economía china moderna. Simultáneamente, surgieron medios de comunicación modernos -periodistas, revistas y periódicos chinos- y una nueva *intelligentsia* de escritores y artistas no orientados a hacer carrera como funcionarios gubernamentales. Una opinión pública china comenzó a encontrar formas de expresión en las ciudades modernas bajo administración extranjera, donde los hombres de negocios chinos prosperaban como banqueros o asistentes de las empresas foráneas, y también trabajando en forma independiente.
A medida que los cristianos conversos comenzaban a formar una comunidad descentralizada, los misioneros pusieron en marcha la publicación de una revista china, la *Revista de los Tiempos (Wanguo gongbaó)*, que informaba acerca de los sucesos internacionales. Cada semana desde 1875 hasta 1883, y mensualmente desde 1889 hasta 1907, esta publicación hizo llegar las noticias del mundo a la clase erudita china. Este primer magazine editado en China supuso para los misioneros una vía directa para llegar a los eruditos y funcionarios que se hallaban bregando con los problemas del mundo exterior; a ello contribuyó en gran medida

la calidad de la redacción en chino clásico por parte de los editores chinos. En la década de 1890, los misioneros más capaces -como el galés Timothy Richard- se plantearon un programa para llegar a la clase erudita, influenciando así el movimiento reformista.
Desde la perspectiva china, su derrota ante Japón en 1895 no fue entendida simplemente como una capitulación a manos de otra potencia civilizada, sino como una verdadera subyugación a los poderes de la oscuridad representados por Occidente. Los occidentales exhibían una moral de animales, hombres y mujeres tomados de las manos y besándose en público. Este mundo exterior, mediante el invento de poderosas máquinas, había trastornado el orden del hombre y la naturaleza que había creado la civilización y la buena vida; el caos era inminente.
Diversas circunstancias convergieron de un modo repentino en 1895. La primera fue la amenaza extranjera, que había provocado cuatro guerras y cuatro derrotas para China mediante la potencia de fuego naval en la costa. Esos extraños disponían ahora de nuevas armas de guerra, increíblemente destructivas. A esta realidad del poder extranjero se añadía un segundo factor: su innegable habilidad, no sólo en la organización bélica, sino en todos los oficios prácticos y tecnologías para la vida. Los motores a vapor en barcos y ferrocarriles habían acelerado el transporte más allá de toda comparación posible; los caminos pavimentados, el alumbrado a gas, el abastecimiento de agua y los sistemas de vigilancia caracterizaban ahora a las ciudades portuarias como Shanghai. En tercer lugar, para las personas que consideraban que la tecnología y las artes constituían una expresión de ciertas cualidades morales e intelectuales básicas se hacía evidente que, de algún modo, la China tradicional carecía de estas capacidades que los extranjeros ostentaban.
La crisis y la humillación derivadas de tales consideraciones generaron la ineludible conclusión de que China debía realizar grandes cambios. Sólo los eruditos podían abordar este problema, ya que el pueblo chino no participaba en el gobierno y la élite se hallaba en su mayoría demasiado arraigada en sus tradiciones como para proveer un liderazgo intelectual.
La lista de las reformas deseables había venido aumentando constantemente desde la Guerra del Opio. A ella contribuyeron varios secretarios y consejeros de Li Hongzhang, al igual que los misioneros cristianos, los rebeldes Taiping, diplomáticos que viajaban al extranjero y los primeros periodistas chinos en Hong Kong y Shanghai. Para todos ellos, los países occidentales y ahora Japón ofrecían muchísimas novedades que podían ser adaptadas a las necesidades de China. En el nivel más general, los parlamentos podrían crear lazos más estrechos entre el gobernante y el pueblo. Las patentes o recompensas gubernamentales podrían fomentar las invenciones, la reconstrucción de los caminos podría ayudar al comercio, la mineralogía podría mejorar la minería, las escuelas agrícolas podrían aumentar la producción, las traducciones podrían ampliar la educación: la lista era infinita.
Sin embargo, para que el movimiento por la reforma pudiera obtener un apoyo generalizado antes había que hallar una sanción filosófica para los préstamos que China tomara del extranjero, y para la transformación de sus antiguas costumbres. Esta ratificación debía buscarse al interior del confucianismo, que aún constituía la fe viviente de la clase dirigente china. Ello requería de la habilidad de un estadista en los funcionarios al servicio del Hijo del Cielo. Sólo un sabio interiorizado en la doctrina podía acometer la gran empresa intelectual de actualizar la tradición confuciana. Esa fue la gran contribución de Kang Youwei, un precoz erudito de Cantón, imaginativo, con una sublime confianza en sí mismo y experto en encontrar en la tradición clásica china los precedentes que justificarían su adaptación al presente.
El punto de partida de Kang fue el movimiento del Nuevo Texto, por el cual los eruditos Qing atacaron la autenticidad de las versiones de los clásicos del Antiguo Texto, base de la ortodoxia neoconfuciana desde el período Song. El asunto poseía una complejidad similar al de las doctrinas cristianas de la Trinidad o la predestinación; ningún resumen superficial sirve para hacerse una idea fiel. Pero, para nosotros, el punto es que las versiones del Nuevo Texto provenían de la época Han más temprana (antes de Cristo), mientras que la versión del Antiguo Texto se convirtió en la norma durante el período de los Han tardíos (después de Cristo), permaneciendo así para los filósofos Song, creadores de la síntesis que denominamos neoconfucianismo (en lenguaje chino, la Enseñanza Song). Al repudiar las versiones del Antiguo Texto en favor de las versiones del Nuevo Texto -que eran en realidad más antiguas-, se hacía posible escapar del dominio absoluto del neoconfucianismo y reinterpretar la tradición. La escuela de pensamiento del Nuevo Texto creía en la adaptación de las instituciones a los nuevos tiempos, por lo que en general favorecía la reforma.
Como ha demostrado Benjamín Elman (1990), el movimiento reformista del Nuevo Texto durante el período Qing tardío era en realidad una continuación del esfuerzo de ciertos

eruditos del bajo Yangtsé del último período Ming -de la academia Donglin o "Bosque Oriental"- por extirpar el despotismo imperial. En el decenio de 1790, en lugar de un malvado eunuco como en la década de 1620, el símbolo de la iniquidad moral de la autocracia fue Heshen, el corrupto favorito del anciano emperador Qianlong. Surgidos en la misma región que la academia Donglin, en la prefectura de Chang-zhou en el bajo Yangtsé, los reformistas del Nuevo Texto exigieron durante el siglo XIX, a menudo a través de memoriales de reivindicaciones públicas *(qingyi),* una mayor preocupación imperial por las necesidades del pueblo. Kang Youwei, consciente o inconscientemente, representaba el interés cada vez mayor de la nobleza por la reforma gubernamental.

En 1891 publicó su *Estudio de los Clásicos Falsificados durante el Período de los Xin* (años 9 a 23 de la era cristiana), en el que sostenía que "los clásicos exaltados e interpretados por los eruditos Song son en su mayor parte falsificados, y no corresponden a los escritos por Confucio". Esta verdadera bomba había sido tramada con gran erudición y resultó muy persuasiva, a pesar de no gozar ni entonces ni ahora de una aceptación general. Kang también citó fuentes clásicas del Nuevo Texto para reafirmar su teoría de las tres eras: 1) desorden, 2) cercanía de la paz y relativa tranquilidad, y 3) paz universal y unión total. El mundo ingresaba ahora en la segunda fase de esta progresión, lo que implicaba una doctrina de progreso. Kang Youwei había adquirido la mayoría de sus ideas de escritores más antiguos, pero él marchaba a su propio ritmo. Ello le dio la posibilidad de pasar de contrabando las ideas de evolución y progreso a la tradición clásica china justo en el momento en que comenzaban a arrasar en el contexto internacional.

En efecto, Kang Youwei y su mejor discípulo, el cantonés Liang Qichao, aceptaron rápidamente el darwinismo social de la década de 1890. Escribieron libros acerca del triste destino de naciones fanáticas como Turquía e India, y relataron las historias de éxito de la Rusia de Pedro el Grande y el Japón de la Era Meiji en la lucha por la supervivencia del más fuerte entre las naciones. En síntesis, estos reformistas radicales eran en el fondo ardientes nacionalistas que, sin embargo, aún esperaban que la monarquía Qing pudiese salvar a China. Siguiendo el ejemplo de los misioneros protestantes, comenzaron a utilizar los modernos mecanismos de la prensa y las sociedades de estudio, que fomentaban la discusión de problemas públicos tanto en artículos impresos como en reuniones y conferencias. Kang incluso estuvo a favor de convertir el culto a Confucio en una religión nacional organizada. Pero su principal esperanza era una de tipo tradicional: conseguir captar la atención del gobernante y reformar China por completo. En 1898, cuando los poderes imperialistas exigieron cada uno su propia esfera de influencia y China parecía estar a punto de ser desmembrada, se presentó su oportunidad. Desde 1889, al idealista emperador Guangxu se le había permitido reinar nominalmente mientras su tía, la Emperatriz Viuda, lo vigilaba desde su renovado Palacio de Verano. El emperador, ahora de veintisiete años, había estado leyendo libros, una actividad no muy segura para un testaferro, y su viejo tutor imperial, un rival de Li Hongzhang, le recomendó a Kang Youwei. Cuando se agudizó la crisis en 1898, el emperador le brindó su confianza.

Durante cien días, entre el 11 de junio y el 21 de septiembre, Guangxu emitió cerca de cuarenta decretos que constituían reformas; éstas tenían por objeto modernizar el Estado chino, su administración, la educación, las leyes, la economía, la tecnología, la fuerza militar y los sistemas de vigilancia. Muchas de estas reformas habían sido defendidas por escritores en décadas pasadas, y recién ahora el emperador las promulgaba. Desafortunadamente, a diferencia de los primeros cien días de Franklin D. Roosevelt y su *New Deal* en 1933, las reformas radicales de 1898 quedaron en su mayor parte en el papel, mientras los funcionarios esperaban a ver lo que haría la Emperatriz Viuda. Ella aguardó hasta que casi toda la clase dominante se sintiera amenazada por los cambios propuestos, y entonces organizó un golpe de estado. Kang y Liang escaparon a Japón, pero ella confinó a Guangxu a una isla en el lago de palacio y ejecutó a los seis radicales que pudo atrapar.

Informados principalmente por los escritos autoelogiosos de Kang y Liang, muchos no han podido entrever los matices del fiasco de los Cien Días de 1898, y Kang, Liang y el emperador han sido considerados héroes derrotados por los malvados reaccionarios. La apertura de los archivos del Museo de Palacio en Taipei, y de los Archivos Históricos Número Uno en Pekín, han permitido ahora a un revisionista como Luke S. K Kwong (1984) realizar una nueva interpretación de los sucesos de 1898, y han conducido a especialistas como Benjamín Elman a cuestionarse algunos de sus propios cuestionamientos. La política de Pekín en 1898 requiere de una apreciación mucho más rigurosa.

El caso es que los príncipes manchúes más obstinados, cuya crianza palaciega los había hecho ignorantes del mundo y orgullosos de ello, pronto se convirtieron en patrones de una sociedad

campesina secreta, los bóxers. Este vuelco de la corte manchú hacia un apoyo activo de un culto de fanáticos constituyó un acto evidente de bancarrota intelectual.

La rebelión de los bóxers, 1898-1901

Al noroeste de Shandong, en las llanuras aluviales del río Amarillo, la abundante población se había vuelto tan pobre que pocos individuos pertenecientes a la nobleza vivían en las aldeas, y el bandolerismo se había convertido en una ocupación temporal que provocaba encarnizadas luchas entre las mismas aldeas. El gobierno y la nobleza Qing estaban perdiendo el control. Durante la década de 1890, los enérgicos misioneros alemanes habían logrado atraer conversos al catolicismo, en parte apoyándolos en litigios contra no cristianos. Tras haberse asegurado Shandong como una de sus esferas de influencia en 1898, la arrogancia de los alemanes acrecentó el sentimiento anticristiano que desde hacía tiempo venía incubándose, a medida que las misiones cristianas se esparcían en el interior mientras las potencias europeas y Japón humillaban una y otra vez al gobierno chino. Las revueltas antimisioneras supusieron la demanda de penas tan onerosas por parte de los extranjeros que la política Qing exigió a los magistrados que evitaran provocar la hostilidad de los misioneros y sus conversos. En ese contexto, los campesinos de Shandong defendieron sus intereses a través de sociedades secretas. En el Shandong sudoeste, por ejemplo, la Sociedad de la Gran Espada se convirtió en una fuerza de represión de los bandidos. En 1898, una desastrosa crecida del río Amarillo, seguida por una prolongada sequía, puso a los aldeanos en terribles aprietos. China del Norte se convirtió en un polvorín.

El magistral estudio de Joseph Esherick (1987) acerca de los orígenes de los bóxers destaca la combinación de dos tradiciones campesinas en el Shandong noroeste: la técnica de las artes marciales o “boxeo” -representada en óperas y narraciones y apreciable hoy en películas de combate *kungfu-,* y la práctica de la posesión espiritual o chamanismo (recordemos que en el Capítulo 2 habíamos señalado que el rey de la dinastía Shang se desempeñaba como chamán jefe). Los Bóxers del Espíritu, quienes posteriormente adoptaron el nombre de Bóxers Unidos en la Rectitud, unieron estos dos elementos. Una vez realizados los rituales pertinentes, los bóxers entraban en trance, echaban espuma por la boca y emergían preparados para el combate, ahora invulnerables a las espadas o las balas. Cualquiera podía ser poseído y convertirse así en líder eventual. No era necesaria ninguna organización jerárquica. Su objetivo se reducía a la simple consigna de “apoya a los Qing, destruye a los extranjeros”. Las circunstancias eran propicias, y una vez encendida la mecha el movimiento de los bóxers se extendió como un reguero de pólvora a través de China del Norte. Los príncipes manchúes, e incluso la Emperatriz Viuda durante un tiempo, creyeron haber sentido la voz del pueblo, árbitro final de la política china. Y se propusieron trabajar con el movimiento, no contra él, para así deshacerse del imperialismo extranjero.

En la secuencia de los sucesos, cada bando incitaba al otro. En la primavera de 1900, los guardias de la Legación salieron disparando a los bóxers para intimidarlos. Entre el 13 y el 14 de junio, los bóxers entraron por la fuerza a Pekín y Tianjin, asesinando a cristianos y saqueando todo a su paso. El 10 de junio, 2.100 soldados extranjeros partieron desde Tianjin a Pekín para defender las legaciones, pero sólo llegaron a mitad de camino. El 17 de junio, una flota extranjera atacó las fortalezas costeras de las afueras de Tianjin. El 21 de junio, la Emperatriz Viuda y el grupo dominante en la corte declararon formalmente la guerra a todas las potencias. Como ella dijo: “China es débil; de lo único que podemos depender es de los corazones de la gente. Si los perdemos, ¿cómo mantendremos nuestro país?” (por “país” ella quería decir “dinastía”).

La rebelión de los bóxers en el largo y ardiente verano de 1900 fue uno de los sucesos más conocidos del siglo XIX, por el gran número de diplomáticos, misioneros y periodistas sitiados bajo el fuego casi incesante de los rifles durante ocho semanas (desde el 29 de junio al 14 de agosto) en el barrio de las legaciones de Pekín: alrededor de 475 civiles extranjeros, 450 soldados de ocho naciones y cerca de 3.000 chinos cristianos, además de unos 150 ponis que proporcionaron carne fresca. Un ejército internacional los rescató, no sin algunas escaramuzas, después de haberse expandido el rumor de que todos habían sido asesinados. La Emperatriz Viuda, llevando consigo al emperador ya fuera de todo peligro, partió hacia Xi'an en carreta. Las fuerzas aliadas saquearon Pekín por completo. El káiser Guillermo II envió a un mariscal de campo que aterrorizó los pueblos circundantes donde se había masacrado a miles de chinos

cristianos; 250 extranjeros, principalmente misioneros, habían sido asesinados en toda China del Norte. La venganza flotaba en el aire.
Pero los gobernadores generales chinos de las provincias que habían liderado el esfuerzo hacia el autorreforzamiento supieron manejar también esta crisis. Li Hongzhang en Cantón, Zhang Zhi-dong en Wuhan y los demás decidieron inmediatamente ignorar la declaración de guerra de Pekín en junio, declarando que todo el asunto era simplemente una “rebelión de los bóxers”, y garantizando la paz en China central y sur siempre y cuando los extranjeros mantuviesen alejadas sus tropas y cañoneras. Esta farsa funcionó. Las potencias imperialistas prefirieron mantener intacto el sistema de los tratados, junto con los pagos de la deuda externa de China. De este modo la guerra de 1900, la quinta y la más grande sostenida por los Qing contra las potencias extranjeras en el siglo XIX, se vio confinada a China del Norte.
El Protocolo de Pekín, firmado en septiembre de 1901 por el cabeza de los príncipes manchúes y Li Hongzhang con once potencias extranjeras, era sobre todo punitivo: diez altos funcionarios fueron ejecutados y otros cien castigados; los exámenes se suspendieron en 45 ciudades; el cuartel de la Legación en Pekín fue ampliado, fortificado y provisto de guarniciones, al igual que el ferrocarril, y alrededor de veinticinco fortalezas de los Qing fueron destruidas. Las indemnizaciones alcanzaron aproximadamente 333 millones de dólares, pagaderos a cuarenta años a unas tasas de interés que más que duplicarían el monto adeudado. El único acto semiconstructivo fue elevar a un 5% real el arancel de las importaciones basadas en los tratados.

Desmoralización

El modelo confuciano de gobierno enfatizaba la irreprochable conducta de gobernantes, funcionarios y líderes de las familias y de la comunidad, como la confirmación de su elevada posición y sus privilegios. China era gobernada por el prestigio hasta un grado fuera de lo común. Los emperadores podían ser unos bribones o unos necios, pero la institución imperial era sacrosanta. Las proclamas oficiales tenían por objeto mantener y mejorar la imagen de los dueños del poder. A los perdedores se les estigmatizaba como faltos de moralidad, lo cual explicaba su derrota. Mantener el buen nombre era tan importante como la vida, y ello era especialmente cierto para las mujeres. El suicidio era el único medio por el cual la gente que había sido denigrada podía redimirse. Tanto en la sociedad como en el gobierno, la reputación personal era de suma importancia. En este contexto, en el que la opinión moral tenía un peso mayor que las consideraciones legales, la desmoralización podía llegar a constituir una dura realidad de importancia inconmensurable. La pérdida de la confianza, la humillación, el daño del prestigio personal o colectivo y la conciencia de una conducta impropia fueron todas manifestaciones de este desastre en el siglo XIX.
En el sentido más general, entonces, el último siglo de los Qing se perfila en retrospectiva como un período unificado y abrumado por la desmoralización en diversos frentes. El siglo se inició con la corrupción desmesurada de Heshen, el favorito del emperador Qianlong, lo que deshonró a este último. Al mismo tiempo, el fracaso de los soldados de las divisiones en su intento de sofocar la sublevación del Loto Blanco supuso una derrota para la dinastía, que debió reclutar nuevas tropas entre la población china.
Si seguimos pasando revista sólo a los hitos más notorios de este desastre moral, el aumento del comercio de opio en Cantón y su expansión a lo largo de la costa sudeste saltan inmediatamente a la vista. El opio, que hacía mucho tiempo había sido denunciado como inmoral, provocó una crisis fiscal al generar un flujo de plata que alteró la relación de cambio entre la plata y el cobre, perjudicando a los campesinos que debían pagar impuestos adquiriendo plata con monedas de cobre. La aceptación por parte de China de los términos propuestos por los británicos en Nankín en 1842 pudo ser interpretada por los negociadores como una hábil desviación de la amenaza extranjera; sin embargo, todo el imperio podía ver cómo el opio seguía llegando en cantidades cada vez mayores y cómo los problemas de Cantón se multiplicaban en cuatro nuevos puertos abiertos. Si bien tales dificultades constituían asuntos periféricos de las fronteras del Estado, en Pekín adquirían relevancia en el marco de la lucha entre la pacificación -guiada por aquellos de mentalidad monetarista- y la represión, que era lo más acorde a los principios morales. No se pudo dar de baja al comisionado Lin sin antes haber denunciado su postura moral. El comercio del opio, legalizado por tratado en 1858, socavó la moral de la oficialidad china con los sobornos, y la corte siguió hundiéndose en el más profundo desprestigio. Muy pronto estalló la rebelión Taiping, que se

expandió tan rápidamente que uno podría suponer que la falta de reputación imperial le preparó el camino desde el río Oeste hasta Nankín.
La represión de la rebelión solamente pudo llevarse a cabo una vez que los gobernantes Qing en Pekín aceptaron una modificación básica en el equilibrio de poder entre la dinastía manchú en la capital y los funcionarios chinos leales en las provincias. Pekín debió depositar su confianza en líderes provinciales como Zeng Guofan y Li Hongzhang, y en sus nuevos ejércitos, que se financiaban gracias a los nuevos impuestos provinciales al comercio. Este cambio fundamental en la estructura de poder de los Qing quedó demostrado, por ejemplo, en que a partir de entonces los funcionarios chinos asumieron las gobernaciones generales de mayor importancia en la provincia metropolitana alrededor de Pekín y en la rica zona arrocera del bajo Yangtsé en Nankín. Los Qing debieron aceptar asimismo una cierta participación extranjera en la vida política china.
Decir, como hay justificación para hacerlo, que la Restauración de la década de 1860 detuvo el curso declinante de la suerte de los Qing es, sin embargo, una confesión de que los días de la dinastía estaban contados. La conveniencia de la Restauración se hizo evidente en la anuencia de los Qing a una alianza informal con británicos y franceses tras la humillante invasión de Pekín y el incendio del Palacio de Verano en 1860. El largo proceso de guerras y negociaciones de las décadas de 1850 y 1860 entre China y las potencias occidentales se caracterizó por una disposición general china a luchar en defensa de los principios, y por una disposición general manchú a pacificar a los invasores con el fin de preservar la dinastía. L.a pacificación obtenida por *el príncipe Gong y sus partidarios,* incluyendo a la joven Emperatriz Viuda, resultó una maniobra muy oportuna, y gracias a ello la dinastía pudo subsistir una generación más. Pero, en la práctica, ello de alguna manera convirtió a los Qing en el socio minoritario del dominio conjunto anglo-qing de la costa china.
El Servicio Marítimo Imperial de Aduanas que Robert Hart organizó en los puertos abiertos bajo el alero de los manchúes que lideraban el Consejo Supremo, el Wenxiang, constituyó un arma de doble filo al servicio del imperialismo. Durante la primera mitad, o quizás más, de su constructiva administración, Hart proveyó a los Qing de una moderna oficina de ingresos fiscales, y también de un medio para manejar a los belicosos extranjeros en sus puertos abiertos. En conjunto, ello fue para el Estado chino una gran bendición, pero, después de 1895, cuando debieron contratarse algunos préstamos para pagar las indemnizaciones a Japón y, después de 1901, a los signatarios del protocolo de los bóxers, el Servicio de Aduanas se convirtió en un notorio agente del imperialismo, cobrando al Estado chino el pago de dichas indemnizaciones.
Detrás de este relativo éxito de la cooperación chino-manchú con las potencias de los tratados para el mantenimiento del orden yacía una divergencia entre los intereses de la dinastía manchú y los intereses del pueblo chino, los que poco a poco empezaron a verse como dos asuntos separados. Y, precisamente, vinculada a esta circunstancia surgía la mayor duda en relación a la habilidad de China para batírselas con la incursión extranjera no sólo en los aspectos militar y económico, sino también en el plano intelectual.
No se trataba solamente de que el desempeño del Estado fuera inadecuado, sino también de que los principios básicos del orden neoconfuciano estaban siendo puestos en cuestión. Esta crisis fue más grave de la que debieron enfrentar los últimos Ming o alguna dinastía más antigua, quizá con la excepción de los Song. Pero mientras éstos demostraron su superioridad cultural incluso en la derrota, los chinos que se familiarizaron con los asuntos occidentales no pudieron concluir que la superioridad de la cultura china siguiera siendo un hecho concreto. El aumento de la adicción al opio en todos los estratos de la sociedad era una prueba persistente de la pérdida de confianza en sí mismos. Jonathan Spence ha formulado una conjetura bastante fundamentada: que para 1900 había aproximadamente cuarenta millones de chinos que consumían opio, de los cuales alrededor de quince millones eran adictos. Esto significaba que, por cada chino converso al cristianismo, había cerca de quince adictos al opio.
Finalmente, un sentimiento de fatalidad y desastre cundió entre la clase erudita, guardianes centrales de la fe neoconfuciana. Por ello el siguiente capítulo se concentra en las relaciones de la dinastía con la élite de la nobleza.

12. La revolución republicana 1901-1916

Un nuevo equilibrio nacional del poder

Tras su derrota en 1900 a manos de fuerzas expedicionarias de todas las grandes potencias, la dinastía Qing sólo pudo sobrevivir hasta 1912 debido a que no existía régimen alguno que la reemplazara, y a que tanto los chinos como los extranjeros asentados en China prefirieron el orden al caos. Durante la primera década del siglo, el ritmo de cambio en los puertos abiertos situados en el litoral costero y fluvial de China ensanchó continuamente la brecha entre la China urbana y moderna y los innumerables poblados del interior. Este distanciamiento progresivo se había iniciado con el sistema de los tratados, que otorgaba a los chinos de mentalidad reformista la oportunidad de organizarse y publicitar sus opiniones políticas: algo que el régimen de los Qing prohibía. Aun así, uno de los primeros rebeldes, Sun Yatsen, se convirtió en líder de la Liga Revolucionaria en una reunión de estudiantes chinos en Tokio en 1905 sólo con la ayuda de los expansionistas japoneses. El nacionalismo chino comenzaba a crecer, pero todavía no se manifestaba.

La relación clave en la configuración de las fuerzas sociales que emergerían en 1911 fue justamente aquella entre el gobierno imperial y la élite de la nobleza. Tres etapas pueden observarse con claridad en la era que va desde 1850 hasta 1911. La primera consigna el éxito de la élite de la nobleza en su apoyo a la dinastía contra los rebeldes Taiping y otros revolucionarios de mediados de siglo. Ello se logró abriendo delegaciones para las milicias en toda el área rural y seleccionando a los soldados según su lealtad personal; las contribuciones de la nobleza y el nuevo impuesto *likin* al comercio financiaron el proceso.

Una segunda etapa corresponde a la era de reconstrucción posterior a los Taiping, momento en que la élite de la nobleza se decidió a actuar para lograr una renovación y una expansión de la educación confuciana en las academias, y en el cual muchos nobles se convirtieron en administradores de un amplio rango de servicios urbanos y otras obras públicas. Los terratenientes comenzaron a trasladarse a las ciudades y los mercaderes, adquiriendo grados y participando en proyectos industriales y comerciales oficialmente auspiciados, fueron admitidos entre los nobles; fue así como la nobleza varió su composición. Las grandes familias disponían de los fondos y de los conocimientos contables como para unirse al proceso de desarrollo económico. En el intertanto, la urbanización favorecía la inyección generalizada de modelos, ideas y contactos extranjeros.

Una tercera etapa, a fines de la década de 1890, fue testigo del surgimiento del nacionalismo y de una élite urbana reformista que abrazaba las ideas de autogobierno local, desarrollo de las provincias y constitucionalismo. Esta clase echó a andar numerosas líneas de modernización, pero halló a los manchúes demasiado lentos, obstructivos e incapaces de dirigir una nación china.

En primer lugar veremos la participación de la nobleza en la represión de las rebeliones rurales.

Represión de las rebeliones por medio de la militarización

Una de las consecuencias de la gran rebelión Taiping después de 1850 fue la militarización del campo, con el fin de mantener el orden sobre una población rural exaltada que de otro modo se tornaba inmanejable. Ello generó un problema de tipo institucional: cómo mantener el control centralizado de la dinastía sobre los militares, el elemento *wu* del dominio imperial. Las dinastías habían evitado el reclutamiento masivo desde la época de los Qin. Los regímenes Han y posteriores utilizaron prisioneros, indigentes, mercenarios o soldados profesionales, a menudo hereditarios. Los Qing complementaron las guarniciones estratégicas de los militares

de división con una guardia civil china dispersa por todo el territorio, pero ambas demostraron su incapacidad de reprimir la insurrección del Loto Blanco. Durante los primeros años del siglo XIX, el aumento de los desórdenes indujo a la proliferación de milicias locales.

La milicia estaba constituida por soldados de jornada parcial que eran mantenidos por la comunidad local; no eran, como señala Philip Kuhn (1970), "ni solamente militares ni simples civiles", sino un poco de ambos. Su principal característica en la época de los Qing tardíos fue su administración por parte de la nobleza local. Por ejemplo, Frederic Wakeman Jr. (1966) ha descrito la manera en que la nobleza de Cantón organizó a los pobladores para rechazar a los británicos en las décadas de 1840 y 1850. En esa ocasión los funcionarios Qing se vieron atrapados en un dilema: el oponerse a la xenofobia popular podía causar una rebelión contra la dinastía; plegarse a ella podría provocar una venganza del lado británico. La milicia, como una forma de poder militar en manos del pueblo, o por lo menos en manos de la nobleza local, era un arma de doble filo. Pekín había esquivado la organización de una milicia *(tuan-lian)* bajo el liderazgo y el financiamiento de la nobleza, a menos que estuviese sujeta a un estricto control por parte de los magistrados locales, en un sistema que se llamó de "supervisión oficial y administración de la nobleza" *(guandu shenban).* Sobre esta base, cientos de poblados agrupando a miles de grupos militares pudieron ser organizados en vastas zonas para responder a las órdenes oficiales transmitidas a través de asociaciones de los nobles diseminadas aquí y allá.

Una movilización de tal envergadura debía ser asistida por diversas redes previamente establecidas. Una era el *baojia,* el registro de todas las familias con su correspondiente mano de obra en condiciones. Otra estaba constituida por la firmeza de las redes de linaje que relacionaban a la gente a través del parentesco, la propiedad común y la reverencia a los antepasados en los salones dedicados a ello. Otro circuito más estaba formado por los poblados comerciales de un área mercantil. Un sistema de milicias, al estar entremezclado con todas estas redes -administrativas, sociales y económicas- eventualmente podría no sólo controlar las zonas rurales, sino también suplantar el control del gobierno allí donde se formara. Por consiguiente, en la década de 1850 Pekín encargó a funcionarios de confianza como Zeng Guofan la organización de milicias en sus áreas nativas sólo como último recurso en circunstancias desesperadas.

La fiabilidad de una red de milicias dependía de que todos sus soldados estuvieran conectados e identificados con una comunidad local. Sociedades secretas como las Tríadas -que operaban entre los contrabandistas en las rutas de transporte- y refugiados vagabundos, que podían copar los caminos en tiempos de hambruna, inundación, invasión u otros desastres, constituían elementos incongruentes muy difíciles de controlar. Los rebeldes sectarios, como los Taiping, alentados por una fe determinada que los mantenía unidos, eran los más peligrosos.

Por lo tanto, para detener el fanatismo de los rebeldes Taiping fueron necesarias dos cosas: en primer lugar, un renacimiento de la ideología confuciana del orden social, expresado en las relaciones personales entre los comandantes y los oficiales y entre los oficiales y los soldados. En pocas palabras, para que el mando fuese efectivo debía ser personal, basado en motivos interpersonales de lealtad, respeto a la autoridad y liderazgo ejemplar. Estudios de casos, especialmente en Hunan, muestran la forma en que comandantes eruditos del tipo de Zeng Guofan desarrollaron empíricamente las ideas y prácticas que finalmente crearon el ejército de Hunan y fuerzas regionales similares, que fueron las que vencieron sobre la rebelión. Estas tropas se habían iniciado como milicias de base local, pero evolucionaron hasta obtener el status de guerreros profesionales *(yong,* "valientes").

El otro requisito para el éxito era la recaudación de impuestos para financiar el esfuerzo bélico. Las contribuciones de la nobleza acomodada constituyeron una fuente de recursos de primer orden una vez iniciada la lucha ideológica en forma consciente. La venta de grados e incluso de cargos oficiales fueron también mecanismos utilizados por una dinastía agónica. Pero la fuente más importante de recursos después de 1853 fue un nuevo impuesto al comercio, cobrado a una tasa muy baja sobre bienes en tránsito o en stock, y en consecuencia denominado *likin (lijin,* "un impuesto del uno por mil"). La recaudación de este nuevo impuesto se engrosó a raíz del reciente incremento del comercio doméstico (los bienes comerciales de propiedad extranjera circulaban por el interior sujetos a un impuesto comparable de "derechos de tránsito" prescritos por tratado).

La principal característica del *likin* es que se inició bajo un control local y provincial, no central. Susan Mann (1987) ha investigado cómo dicho impuesto se expandió a todas las provincias, donde complejos circuitos de agencias recaudadoras se establecían en importantes rutas y

ciudades, escapando a la esfera de acción inmediata de Pekín. Las autoridades centrales iban obteniendo gradualmente un informe nominal de los ingresos y egresos del *likin.* Hacia fines de siglo, el monto de las recaudaciones por este concepto igualaría el de los impuestos a la sal en las cuentas de ingresos del gobierno central. En síntesis, tanto el impuesto *likin* como el sistema de milicia *(tuanlian)* y los ejércitos regionales sostenidos por aquél fueron todos convertidos nominalmente en entidades estatales, a pesar de haber creado un nuevo equilibrio entre el gobierno central y los gobiernos provinciales que se iba a desplazar continuamente en favor de estos últimos.
Así dirigidos y financiados, los ejércitos regionales que aniquilaron a los Taiping fueron organizados por hombres que no sólo compartían una perspectiva general y una ideología, sino que además estaban personalmente ligados por las relaciones que integraban la clase dirigente china: el parentesco -incluyendo el matrimonio, relaciones entre profesores y alumnos, mismo año de graduación y vínculos similares. En palabras de Kuhn, "la estrecha integración de la élite de Hunan" se debió al "sistema académico de los Qing y a la red de patrocinio y lealtad que fluía a través de la burocracia". Bajo las amenazas de la heterodoxia y la invasión extranjera, sobrevivieron como una clase gobernante leal al orden confuciano. Pero tras la década de 1860 la unidad de pensamiento y acción que los caracterizaba poco a poco se fue disipando.
Mientras tanto, los ejércitos regionales se convirtieron en fuerzas provinciales regulares, y las nuevas academias navales y militares comenzaron a entrenar a oficiales que ostentaban la nueva distinción de ser eruditos-soldados. Se convirtieron en oficiales profesionales en las especialidades de las ciencias militares modernas. Sus mejores graduados serían los guías de la generación de los señores de la guerra de 1916 a 1927, bajo la República.

El activismo de la élite en la esfera pública

Durante el período de reconstrucción posterior a la rebelión, los administradores de la nobleza que habían militarizado el campo tuvieron como sucesores a una nobleza urbana que manejaba actividades valiosas para la comunidad. Muchas de estas funciones habían correspondido a la élite local desde la época de los Song, pero la rápida aparición de ciudades a fines del siglo XIX supuso nuevas responsabilidades, que proporcionaron una vía de escape a la energía de una élite a la cual la burocracia no podía dar cabida en su totalidad. Muchos poseedores de grados continuaron aprobando los exámenes Qing, más de los que el gobierno podía absorber en cargos oficiales. La "forma de gobierno minimalista" de los Ming-Qing, como la denomina Mary Rankin (1986), siguió dependiendo de la nobleza para aquellos asuntos públicos que se hallaban entre el nivel oficial y el privado.
En esta esfera pública *(gong),* la nobleza antes que nada se encargó de la administración -con sanción oficial- del agua de riego, incluyendo embalses y diques. El antiguo argumento de K. A. Wittfogel (1957) y otros en relación a que el inevitable surgimiento de un Estado chino todopoderoso se debió a la necesidad de un control centralizado sobre los recursos hídricos, ahora puede ser revertido y aplicado al surgimiento del poder entre la nobleza local. Ese recurso vital comunitario debía ser administrado según las circunstancias locales en cada caso, no a través de medidas impuestas a distancia. Junto con las responsabilidades administrativas la nobleza local obtuvo un grado de autonomía y poder. ¡Así de rápido se desbaratan las teorías simplistas!
La educación también se vio influenciada por la nobleza urbana, responsable del aumento del número de academias. Idealmente, una academia debía poder albergar y mantener a unos cuantos eruditos en algún sector rural aislado, cerca de la naturaleza, donde poder llevar una vida simple y tener elevados pensamientos. Sin embargo, en la práctica la mayoría de las academias se convirtieron en escuelas propedéuticas para candidatos a los exámenes, y se instalaron en las ciudades. Desde la época de los Song que estas academias habían venido creciendo continuamente en número, hasta completar varios miles en el imperio. Entre 1506 y 1905, por ejemplo, se fundaron en la provincia de Cantón 565 academias; entre los años 960 y 1905, hubo casi quinientas en Jiangxi; Zhejiang contó con 289 academias durante el siglo XIX. Aunque algunas fueron fundadas por privados, la mayoría se establecía bajo auspicio oficial y era objeto de una vigilancia continua. En ambos casos la donación de tierras, los fondos fiduciarios, las rentas y las contribuciones o subvenciones provenían de los funcionarios en forma personal, de la nobleza y de los mercaderes. El número de academias llegó a ser

excesivo tras la represión de los Taiping. Su rango era el de instituciones semioficiales, a pesar de no recibir fondos gubernamentales.
El bienestar social, tradicionalmente una actividad a cargo de los nobles, también experimentó una renovación. Los servicios habituales a cargo de la nobleza incluían el cuidado de enfermos, viudas y niños abandonados; la mantención de templos, puentes y transbordadores; la lucha contra incendios y el entierro de los muertos. Ahora, en muchas localidades todo era coordinado por agencias de bienestar omnicompetentes, encabezadas por prominentes figuras locales y a menudo respaldadas por gremios o sociedades del lugar. Estos líderes de la élite local obedecían el mandato moral confuciano y, al mismo tiempo, trataban de asegurar la estabilidad social y la cohesión de la comunidad. Su motivación se remontaba al ideal "feudal" *(fengjian)* de los reformistas confucianos, que anhelaban una mayor responsabilidad de los líderes locales en el gobierno local.
Todo este activismo de la élite fue de tipo extra-burocrático. En 1878, China del Norte sufrió los estragos de una terrible hambruna que movilizó a importantes administradores en distintos niveles urbanos y por sobre los límites provinciales. La habilidad administrativa de la élite para enfrentar los problemas sociales comenzaba a exceder a la de la burocracia Qing. La nobleza había expandido de diversas formas sus funciones públicas con el fin de satisfacer las necesidades de la comunidad local, mientras que la burocracia Qing crecía solamente de manera informal, incorporando más consejeros y comisionados; los administradores de la nobleza eran preferidos por sobre los corruptos e ignorantes empleados y alguaciles del palacio del mandarín. La autorización burocrática para las actividades de la élite, aunque todavía era requerida en forma nominal, cada vez se hacía menos necesaria. La esfera pública crecía más rápido que la gubernamental.
La nobleza terrateniente, conductora de la militarización rural que derrotó a los Taiping, y los nobles y mercaderes urbanos que manejaron la educación de la élite y el bienestar social en décadas posteriores compartían ciertas características. Ambos grupos siguieron constituyendo la clase alta, prestos a utilizar estrategias políticas para preservar la estabilidad social y de ninguna manera dispuestos a encabezar una rebelión campesina que pretendiera transformar la estructura social china bipolar. Desde la perspectiva de los tiempos modernos, su actitud era conservadora. Su distanciamiento final de la decadente casa gobernante manchú se basaría en el nacionalismo cultural de los patriotas chinos, determinados a preservar no sólo su país sino también su propio liderazgo y su dominación social.

La influencia japonesa

Las reformas de los Qing tardíos después de 1901, y también la Revolución de 1911, se alimentaron de lo que sucedía en Japón. En 1890, el poeta y diplomático Huang Zunxian publicó su *Tratado sobre Japón,* en el que describía a sus compatriotas la modernización de un país considerado por la élite de China como un descendiente cultural de su país, y donde, por ejemplo, la filosofía de Wang Yangming (O Yomei) tenía gran aceptación, especialmente entre los samuráis. La inesperada y aplastante victoria de Japón sobre China en 1895 hizo a ese país digno de imitación. El interés benevolente pero arrogante que Japón mostraba hacia China quedó expresado en la doctrina de que su exitosa modernización le imponía el deber de ayudar a los atrasados chinos a recorrer el mismo camino. Las sociedades secretas expansionistas y los militares japoneses investigaron a fondo las condiciones de vida chinas, mientras los eruditos estudiaban la cultura común *(tongwen, doburi)* a ambos países. A partir de 1900, Tokio se vio atestado de estudiantes chinos, gran parte enviados por modernizadores de las provincias como Zhang Zhidong.
El programa reformista de los Qing -las Nuevas Políticas-, propuesto por Zhang en 1901, seguía el modelo japonés en varios aspectos: por ejemplo, en el sistema de escuela pública, en la reforma administrativa del gobierno central y en la promesa (formulada recién en 1908) de una Constitución y un Parlamento después de nueve años, así como en la concesión al pueblo, por parte del emperador, de derechos constitucionales que éste posteriormente podría anular a voluntad. Tanto el autogobierno para movilizar al pueblo como los sistemas policiales para controlarlo formaban parte de las instituciones que los Qing adoptaron de Japón. De hecho, las reformas Qing contaron con los consejos de asesores japoneses y de toda una generación de chinos instruidos en Japón.
La influencia de los japoneses sobre China se incrementó después de 1905, cuando, tras vencer a los rusos, se quedaron con los derechos de arrendamiento de la península de

Liaodong en Manchuria del Sur, así como con la compañía ferroviaria de esa región. Este emplazamiento de las fuerzas japonesas en lo que aún era territorio Qing corrió paralelo al rápido crecimiento del "imperio informal" de Japón en China. Aprovechando sus privilegios bajo el injusto sistema de tratados creado por los británicos, los japoneses lograron penetrar en el territorio y el sistema económico chinos de un modo mucho más eficaz que todos los occidentales juntos. En 1914 Japón superaba a Gran Bretaña en comercio bilateral, firmas comerciales y población residente; en 1930, ya había desplazado a los ingleses como el máximo poder económico extranjero en China.
Desafortunadamente, estos logros se vieron desacreditados, primero por el intento japonés de adelantarse a los otros imperialistas en sus 21 Demandas de 1915, y más tarde por la invasión de Manchuria en 1931.

El esfuerzo de la reforma Qing

Con la llegada del nuevo siglo, la confusión de sucesos en China y el amplio espectro de actores y grupos de interés adquieren todos una complejidad moderna. Por ello la selección de los principales movimientos y fuerzas que bullían en el país pasa a tener un gran valor. Nos enfrentamos desde 1901 a una década de reformas que precipita la revolución de 1911 y a la que le sigue el establecimiento de la República China y el intento del primer presidente, Yuan Shikai, por gobernar como un nuevo emperador (ver Tabla 5). Esta secuencia en tres fases -reformas que caldean la atmósfera, una rebelión que desemboca en confusión política y un esfuerzo por retomar el control central mediante una dictadura- nos trae reminiscencias de otras grandes revoluciones, de las que surgieron un Cromwell, un Bonaparte o un Stalin.
Hacia 1901 la corte de los Qing comprendió que la modernización sólo era posible centralizando el poder en Pekín. Pero ya era demasiado tarde. Los principales gobernadores (incluidos los gobernadores generales) habían establecido gabinetes *(ju)* para manejar las relaciones internacionales de sus provincias en materias tanto comerciales, de préstamos e inversiones como también relativas a la industria provincial y los ferrocarriles. Eran tantos los nuevos acontecimientos que dejaban obsoleto al antiguo sistema imperial que era muy poco probable que éste renaciera metamorfoseado. Aun así se hizo el esfuerzo. La Emperatriz Viuda y sus inflexibles partidarios manchúes, que en 1898 habían rechazado las radicales propuestas contenidas en los edictos de los "Cien Días de la Reforma" de Guangxu, en 1901 se sintieron obligados a aceptar el cambio como algo inevitable. Pero su intención de utilizar la reforma para reforzar la posición de los Qing empañó el proyecto desde un comienzo. Formalmente, el liderazgo fue asumido por el irreprochable y leal Zhang Zhidong y por uno de los antiguos vencedores chinos sobre los Taiping, Liu Kunyi. La reforma educacional fue lo más destacado de sus Nuevas Políticas, presentadas en 1901.
La intención era establecer una jerarquía de escuelas modernas en distritos, prefecturas y provincias, todas con un programa de estudios de estilo japonés que abarcaba materias antiguas y nuevas; para ello había que transformar muchas academias chinas. Los graduados de las nuevas escuelas ingresarían al sistema de exámenes clásicos, el que se modernizaría un poco para darles cabida.
Desgraciadamente, pronto se descubrió que los estudiantes continuaban aspirando principalmente a los antiguos exámenes, puesto que constituían una vía de progreso más prestigiosa y muchísimo más económica: el currículo moderno era más difícil, y las escuelas modernas, más caras. No quedó otra solución que abolir completamente los exámenes clásicos en 1905. Esta decisión crucial detuvo la producción de la élite de los poseedores de grados, la clase de la nobleza. El antiguo orden comenzaba a perder sus cimientos intelectuales y, por lo tanto, su cohesión filosófica, mientras que la clase estudiantil que ocuparía su lugar recibía los embates de fragmentos discordantes del pensamiento chino y del occidental. La educación comenzó a ser la bolsa de sorpresas que ha sido desde entonces, forzando a los estudiantes a asumir especialidades técnicas que en sí no constituían un orden moral. La síntesis neoconfuciana había perdido toda validez, aunque hasta entonces no se veía nada que pudiese reemplazarla.
La velocidad de los cambios se tornó ahora muy inquietante, comenzando por las apariencias externas. Los oficiales militares adoptaron uniformes (¡y condecoraciones!) al estilo occidental, los ministros y comerciantes de alto nivel comenzaron a vestir traje y corbata, los estudiantes radicales empezaron a cortarse la trenza desafiando a los manchúes. Los misioneros

protestantes colaboraron en campañas contra el opio y el vendaje de los pies. El entrenamiento de nuevos ejércitos prosiguió con presteza según patrones ya establecidos, y las publicaciones y periódicos aparecidos ofrecían perspectivas más amplias del mundo y también de los sucesos en China. La difusión de los conocimientos y de las noticias contribuyó al surgimiento de una opinión pública, más explícita y significativa que la opinión de los letrados *(qingyi)* en el pasado. La guerra no declarada con Francia había despertado ya en la década de 1880 un nacionalismo masivo entre la población urbana. En los puertos abiertos -donde era patente el matiz extranjero- nuevas profesiones comenzaron a hacerse populares: ya no sólo las de industrial, profesor, periodista, ingeniero, médico y otros científicos, sino que también escritor independiente, artista e incluso agitador revolucionario, como Sun Yatsen.

Enfrentada a esta vorágine de cambios, Pekín ideó políticas de aplicación sistemática en parte inspiradas en ejemplos extranjeros. El objetivo era situar las actividades profesionales que desarrollaba la nueva élite en el comercio, la banca, las leyes, la educación y la agricultura bajo una reglamentación y un control estatales, organizando asociaciones profesionales *(fatuan,* "cuerpos establecidos por ley") para formar nuevas instituciones para la élite con funciones cuasi-administrativas. Las primeras fueron las cámaras de comercio en 1904, las que se esperaba quedaran conformadas en un 80% por miembros de los gremios. Les siguieron las asociaciones educacionales (1906), las sociedades agrícolas (1907), las asociaciones de abogados (1912) y las asociaciones de banqueros (1915). En cada caso los *fatuan* quedarían subordinados al gobierno y serían considerados como mecanismos para controlar a las élites locales. El programa de mayor cobertura fue el del autogobierno local, que abrió diversas oficinas de información después de 1907. Los lemas de ese entonces en Pekín se enfocaban hacia la recuperación de los derechos, el constitucionalismo y el autogobierno.

TABLA 5. MOMENTOS CRUCIALES DEL PERIODO 1901-1916

1901	Propuesta de las Nuevas Políticas por parte de Zhang Zhidong y otros
1904	Decretado nuevo sistema escolar
1904-5	Derrota de Rusia a manos de Japón en Manchuria
1905	Abolición del antiguo sistema de exámenes
1906	Los viejos Seis Ministerios son reemplazados por una docena de modernas agencias gubernamentales con sede en Pekín
1908	Proyectado gobierno constitucional 14 y 15 de octubre: mueren el emperador Guangxu y la Emperatriz Viuda, Cixi
1909	Reunión de las asambleas provinciales
1910	Reunión de la Asamblea Nacional
1911	10 de octubre: rebelión en las ciudades de Wuhan
1912	1 de enero: Sun Yatsen, Presidente provisional de la República China en Nankín.
1912-1913	Conflictos entre el Parlamento y el Presidente
1913	Yuan disuelve el Parlamento y asume poderes dictatoriales
1916	Yuan muere y los señores de la guerra se apoderan de la escena

Constitucionalismo y autogobierno

Mientras tanto, en el dinámico entorno urbano de los puertos abiertos, los reformistas de las provincias habían descubierto numerosas oportunidades. La tercera generación de la élite de los Qing tardíos ya no se asentaba en el campo. Se hizo habitual que fueran las tesorerías de

los terratenientes las que recolectaban sus rentas, disolviéndose los antiguos lazos personales entre el patrón terrateniente y sus inquilinos. Joseph Esherick (1976) considera a esta generación como una clase que ya no era noble pero tampoco burguesa todavía: él la denomina una “élite urbana reformista”. Esta reaccionó ante al imperialismo extranjero uniéndose al Movimiento por la Recuperación de los Derechos, que combatía el control extranjero sobre las industrias chinas, especialmente sobre las minas y los ferrocarriles. Desde 1901 a 1911, invirtieron en empresas industriales con la acostumbrada ayuda de las conexiones oficiales y los derechos de monopolio, además de préstamos gubernamentales y privilegios tributarios, todas reminiscencias del capitalismo burocrático que caracterizó al movimiento del autorreforzamiento. Cada vez que la subcapitalización de sus proyectos y la ausencia de demanda en el mercado hacía necesaria la obtención de préstamos externos, el anhelo de la recuperación de los derechos resultaba totalmente desbaratado. Los fines políticos de los administradores comerciales de la nobleza china provocaron un desastre financiero.
Cuando la monarquía constitucional japonesa derrotó en 1905 a la autocracia zarista, pareció haberse probado la eficacia del constitucionalismo como base de la unidad entre gobernantes y gobernados en torno a un objetivo nacional. Incluso Rusia se desplazó en 1905 hacia un gobierno parlamentario. Se esperaba que en China el constitucionalismo -al combinarse con una reorganización del gobierno que reforzara el poder administrativo central- otorgase una importante participación en el gobierno a los nuevos intereses provinciales, para así conservar su lealtad. Entre 1906 y 1911 Pekín hizo suyo en forma activa este programa dual, combinando la modernización administrativa con el constitucionalismo. Sin embargo, dichos cambios precipitaron una lucha por el poder, tanto al interior del gobierno central como entre éste y las provincias.
En la capital, los partidarios de la Emperatriz Viuda lograron mantener e incluso extender su dominio en puestos claves. Este matiz pro-manchú, y por lo tanto antichino, perjudicó a Pekín en su intención de entablar una nueva relación más centralizada con las provincias, provocando un sentimiento de rechazo a los Qing no sólo en los estudiantes revolucionarios en Tokio, sino también al interior de China, donde un incipiente espíritu nacionalista comenzaba a tomar forma. Este quedó de manifiesto en 1905 con el primer boicot moderno de China contra el trato discriminatorio de Estados Unidos hacia los inmigrantes chinos, en particular por la exclusión total de obreros de esa nacionalidad. En esta ocasión, la antigua tradición de la suspensión de actividades por parte de las asociaciones mercantiles locales se expandió por toda la nación hasta la mayoría de los puertos abiertos, y especialmente en Shanghai y Cantón, donde los estudiantes se unieron a los comerciantes en mítines masivos y realizaron actividades modernas de agitación y propaganda. El comercio norteamericano acusó el golpe durante algunos meses, mientras Pekín dudaba en reprimir este popular movimiento antiimperialista, temeroso de que se tornara también antidinástico.
En la primera mitad de 1906, y bajo la presión de este nuevo sentimiento nacionalista, la corte envió dos misiones oficiales a estudiar el constitucionalismo en el extranjero. Una de ellas visitó principalmente Estados Unidos y Alemania; la otra fue a Japón, Inglaterra y Francia. El príncipe japonés Ito aleccionó a los visitantes sobre la necesidad de retener el poder supremo en manos del emperador y no entregarlo al pueblo. A su regreso, la misión recomendó seguir la postura japonesa: una Constitución y libertades civiles que incluyesen la “discusión pública”, todas otorgadas por el emperador, podrían en realidad reforzar su posición, puesto que él permanecería por encima. En septiembre de 1906, la Emperatriz Viuda prometió una “política constitucional” después de la debida preparación. Entre 1907 y 1908 otras misiones visitaron Japón y Alemania.
Con el fin de instaurar un gobierno central moderno, en noviembre de 1906 los Seis Consejos se expandieron hasta conformar once ministerios (Relaciones Exteriores, Nombramientos Civiles, Asuntos Internos, Finanzas, Ceremonias, Educación, Guerra, Justicia, Agricultura, Industria y Comercio, Postas y Comunicaciones y Dependencias). Junto con este escalafón ejecutivo del gobierno se propuso conservar las antiguas estructuras militares y censoras e incorporar una “asamblea popular” puramente consultiva para dar voz a la opinión pública.
Ello estaba bastante lejos de la creación de una rama legislativa de igual poder que las ramas ejecutiva y judicial. La idea de la separación de poderes no podía arraigarse en ausencia de la supremacía de la ley.
En agosto de 1908, la Emperatriz Viuda proclamó una serie de principios constitucionales que guiarían un programa de nueve años diseñado para preparar el autogobierno constitucional. Según aquéllos, en 1909 se convocaría a asambleas consultivas provinciales, y en 1910 a una

asamblea consultiva nacional. El electorado para las asambleas provinciales de 1909 fue cuidadosamente restringido a aquellos calificados por educación -que hubieran enseñado durante tres años o se hubieran graduado de la enseñanza secundaria o bien obtenido grados de nivel medio en los exámenes- o por sus bienes -avaluados en por lo menos cinco mil dólares chinos-. Sobre esta base, aproximadamente 1.700.000 hombres se registraron para votar, es decir, el 0,4% de una población de 400 millones. A cada distrito electoral se le asignó una cantidad de asambleístas según el número de votantes registrados. John Fincher (1981) ha observado que cerca del 90% de los designados eran poseedores de grados de la élite de la nobleza. Constituían una tercera generación, contando a partir de la década de 1850, y también la última de su especie: en tanto estrato social identificable, que compartía una misma doctrina y relativamente una misma mentalidad, no tendría sucesores.
La reunión de las asambleas provinciales en 1909 hizo surgir la necesidad de nuevos patrones de conducta. Unos pocos miembros se convirtieron en oradores, pero la mayoría evitó tan vergonzosa ostentación. El principio básico de organización lo constituía la lealtad hacia los líderes de las facciones o camarillas personales, no a los programas o principios legislativos. Una definición clara y el apoyo manifiesto a determinados intereses -algo que habría parecido egoísta- se veían oscurecidos por floridos discursos llenos de admirables lugares comunes. Era muy difícil encontrar abogados experimentados que pudiesen redactar los proyectos de ley.
Además del constitucionalismo, el movimiento por el autogobierno tenía como objetivo movilizar a la masa popular bajo el liderazgo de la élite local, en apoyo al Estado imperial en proceso de reforma. Existían precedentes para el autogobierno no sólo en la antigua idea *fengjian* de una administración local por parte de la sociedad local, sino también en las ciudades modernas. En 1905 se instituyó un consejo municipal en el Shanghai chino, fuera de las áreas bajo gobierno extranjero. En 1907, el funcionario reformista Yuan Shikai formó como modelo una asamblea de distrito en Tianjin. En 1908 Pekín dictó reglamentos para especificar la tributación que podría financiar los gobiernos de los subdistritos: impuestos territoriales y de consumo, principalmente. La élite local procuraba imponer medidas de autogobierno local a nivel distrital e inferiores, tratando de evitar la onerosa tributación y la administración corrupta que se esperaba de los funcionarios de rango inferior. La apertura de nuevas escuelas para educar y movilizar a los nuevos ciudadanos se combinó con la inauguración de redes policiales con propósitos de vigilancia. Yuan impuso el estilo asignando a las nuevas oficinas de policía la tarea de preparar las listas electorales para las nuevas asambleas locales. Al igual que en la asamblea nacional, estos cuerpos locales permitirían el consejo e incluso la participación de la élite en la reforma, a través del establecimiento de servicios públicos como la electrificación y el abastecimiento de agua, una labor de la que tradicionalmente se había ocupado la nobleza. Los funcionarios siguieron ostentando el poder político. Así surgió la pugna entre la movilización y el control.
La élite reformista deseaba financiar de manera honesta e independiente las reformas. Entre 1909 y 1910 se emitieron los reglamentos para el autogobierno de las ciudades, los poblados comerciales, los municipios rurales, las prefecturas y los distritos, todos con sus correspondientes asambleas. También se establecieron nuevos impuestos territoriales y comerciales, separados de la antigua estructura burocrática. Sin embargo, la élite de la nobleza tradicional se fue extinguiendo y perdiendo su posición de liderazgo en el campo, hasta que finalmente sobrevino un nuevo sistema oficial.

Problemas sistémicos insolubles

Los reformistas del último período Qing intentaron afanosamente reforzar el poder central de la dinastía, pero ya era demasiado tarde. Dos estrategias importantes en ese sentido fueron la construcción de nuevos ferrocarriles y el entrenamiento del Nuevo Ejército para intensificar su control sobre el Estado, mientras que los nuevos ministerios después de 1906 intentaron ocuparse de todos los aspectos técnicos del gobierno. Pero estos funcionarios reformistas se enfrentaban a tareas imposibles, la primera de las cuales era el reconstituir la estructura de poder estatal. La autocracia imperial, sin renunciar a sus aspiraciones absolutistas, presidía dos estructuras burocráticas: una en la capital, la otra en provincias.
En Pekín, la Corte Interior se centró en el Consejo Supremo. Diariamente sus seis ministros leían los memoriales recibidos y preparaban en respuesta edictos imperiales que vigorizaban la acción oficial en todo el país. El circuito de memoriales y edictos entre los altos funcionarios provinciales y la corte imperial funcionaba en forma directa a través del correo oficial

montado. La Corte Exterior de los seis ministerios, la oficina de censura y otras entidades en Pekín manejaban negocios de rutina por correspondencia con sus contrapartes subordinadas en las provincias, pero cuando se trataba de asuntos importantes también existía un circuito de memoriales con el emperador, para el cual comenzó a utilizarse el telégrafo.

Toda la administración se dirigía desde Pekín. Tanto los memoriales informativos como los edictos de toma de decisiones iban hacia el emperador y venían de él, pero en dos categorías: de rutina y urgente. Para asuntos de rutina, se trataba de un sistema unitario más bien centralizado: las oficinas provinciales de personal, finanzas y otras informaban a sus ministerios superiores en Pekín. En cuanto a los asuntos urgentes, sin embargo, los gobernadores provinciales y los ministros de la capital estaban en pie de igualdad bajo el emperador. No había manera de centralizar el poder de modo que los gobernadores provinciales pudiesen quedar supeditados a los ministerios de Pekín.

Más imposible aún resultaba unir el procedimiento memoriales/edictos del legislador y ejecutivo imperiales con los esfuerzos legislativos de asambleas todavía denominadas “consultivas”. La incipiente naturaleza “representativa” de tales asambleas y su sistema de votación por mayoría no constituían mérito alguno. Jamás algún confuciano creyó en que las mayorías tuvieran siempre la razón.

La reforma se vio asimismo frenada en cada una de sus etapas por la debilidad fiscal de Pekín. El pago de la indemnización por la guerra de los bóxers de 1901 estaba consumiendo gran parte de los ingresos del gobierno central, justo cuando más se necesitaban fondos no comprometidos. En este caso era el imperialismo extranjero -las demandas punitivas de las potencias- el que directamente impedía el avance de China. Al mismo tiempo, la capacidad del gobierno Qing para satisfacer las exigencias de la modernización se hallaba limitada por el sistema de ingresos fiscales heredado de los Ming. La reforma financiera fue difícil de acometer no sólo porque amenazaba tantos “tazones de arroz” (ingresos individuales), sino también porque ese sistema fiscal heredado era demasiado débil e insustancial como para apoyarse en él para comenzar.

En primer término, la recaudación tributaria real en el imperio nunca llegó a conocerse del todo, no era incluida en el presupuesto ni jamás se dio razón de ella. Los recaudadores locales de impuestos, al igual que los regímenes provinciales ante los cuales respondían, debían ganarse la vida según lo que recaudaban; lo que entregaban a Pekín había sido fijado por cuotas tradicionales, y suponía quizá un tercio, o posiblemente sólo un quinto, de la recaudación real.

En segundo lugar, los impuestos recibidos en forma oficial, más o menos de acuerdo a la cuota, no eran centralizados en un “fondo común”. En lugar de ello se enumeraban como una infinidad de sumas fijas provenientes de múltiples fuentes, siéndoles asignados múltiples usos específicos. Muy rara vez se recibían o pagaban los montos en el mismo Pekín, porque los ingresos fiscales de una provincia se distribuían para satisfacer las necesidades en dicha zona o en alguna otra parte. De las dieciocho provincias, trece remitían en forma regular las asignaciones fijas a otras provincias con propósitos específicos. Este procedimiento ad hoc ligó los ingresos fiscales imperiales a un sinnúmero de intereses creados, principalmente la subsistencia de funcionarios y soldados.

Más aún, no existía una sola autoridad fiscal, ni siquiera en Pekín. Alrededor de 1905 los ingresos imperiales totalizaban en los libros aproximadamente 102 millones de taels (unos 70 millones de dólares o 14,5 millones de libras esterlinas), una suma pequeña para un país tan grande. Para llegar a este total, la Junta de Ingresos Fiscales seguía anotando su recaudación del impuesto territorial y del pagado en grano en la cifra tradicional de aproximadamente 33 millones de taels, a la cual se agregaban trece millones del impuesto a la sal y cerca de siete millones de otros impuestos. Después de 1869, la Junta añadió las recaudaciones provinciales del *likin* según la cifra nominal que le fue presentada (catorce millones de taels en 1905). En el intertanto, los nuevos y crecientes ingresos fiscales del Servicio Marítimo de Aduanas -35 millones de taels en 1905- eran manejados en forma separada, aunque de cualquier modo estaban destinados a pagar préstamos e indemnizaciones a los extranjeros. Así, los nuevos impuestos comerciales -aduanas y *likin*- apenas rozaban el control de Pekín, mientras que las tradicionales cuotas del impuesto territorial permanecían inelásticas. Con la autoridad así dividida, los ingresos reales desconocidos y muchísimos gastos atrincherados en intereses creados, la reforma fiscal fue posible sólo a través de una afirmación sin precedentes del poder central, lo que trastocó el equilibrio sobre el cual la dinastía manchú se había mantenido durante tanto tiempo.

El desarrollo fiscal del período Qing tardío tuvo lugar principalmente en las provincias, al margen o paralelamente al sistema establecido. Cuando Pekín intentó en 1884 regularizar y asegurar un ingreso fiscal central, aprovechando las diversas medidas provinciales para el financiamiento militar, las provincias objetaron tantos detalles que el proyecto hubo de ser abandonado. Funcionarios delegados (*weiyuan)* u otros comisionados por los funcionarios provinciales administraban nuevas entidades provinciales como arsenales, factorías, flotas de buques a vapor y bancos; casi nunca se reportaban a Pekín, puesto que no habían sido designados allí. La antigua Junta de Ingresos Fiscales, aunque reorganizada y convertida en 1906 en Ministerio de Finanzas, no logró centralizar el control fiscal. Otros ministerios continuaron recibiendo y gastando sus ingresos tradicionales, e incluso fundaron sus propios bancos, como el Banco de Comunicaciones (1907).
Un nuevo esfuerzo por estructurar un presupuesto nacional supuso el análisis de los ingresos fiscales en todo el país en 1908 y la compilación de cálculos presupuestarios en 1910, en los cuales los ingresos y egresos del gobierno central y de los gobiernos provinciales fueron diferenciados de los locales. Ello arrojó cifras totales de ingresos (297 millones de taels) y gastos (a nivel nacional, incluyendo provincias, 338 millones de taels; a nivel local, 37 millones de taels), que presagiaban un déficit considerable: 78 millones de taels. Desafortunadamente, la planificación, el presupuesto, la recopilación de estadísticas y la fijación de tasas tributarias constituyeron procesos paralelos -no coordinados- en los ministerios centrales y las provincias; y de éstas, aunque no estaban subordinadas a los ministerios, se esperaba el aporte fiscal.
Estas insuficiencias de la administración y las finanzas del antiguo régimen quedaron profundamente enraizadas en la costumbre china, en sus valores políticos y su estructura social. Quedó de manifiesto que el gobierno Qing había sido superficial, pasivo y verdaderamente parasitario durante mucho tiempo. Ya no lograría entrar en la modernidad.

La revolución de 1911 y la dictadura de Yuan Shikai

La discusión acerca del poder central de los manchúes sobre las provincias en la nueva era de crecimiento industrial y nacionalismo chino se intensificó en 1911, a raíz de la construcción del ferrocarril en Sichuan. La élite local, que había invertido en el fomento de los ferrocarriles en ese lugar, decidió no permitir que los funcionarios del gobierno central se aprovechasen de esta nueva empresa, que sería financiada con préstamos extranjeros. Los esfuerzos militares de los Qing en la represión tuvieron un efecto contrario al esperado. El 10 de octubre (“doble diez”) de 1911, una revuelta en Wuchang (frente a Hankou) desencadenó la deserción de la mayoría de las provincias, que declararon su independencia del régimen Qing. Los agitadores profesionales de la Liga Revolucionaria, que en 1905 habían convertido a Sun Yatsen en su líder en Tokio, fundaron la República China el 1 de enero de 1912 en Nankín, con Sun en calidad de presidente provisional.
Existía consenso sobre que China debía contar con un parlamento donde estuvieran representadas las provincias, a que la unidad era necesaria para impedir la intervención extranjera y a que el reformista Yuan Shikai, sucesor de Li Hongzhang y principal instructor del Nuevo Ejército de China, era el hombre indicado para dirigir el gobierno. Gracias a una notable serie de componendas, China logró evitar tanto una prolongada guerra civil como las temidas insurrecciones campesinas, y también la intervención extranjera. El emperador Qing abdicó, Sun Yatsen renunció y, en marzo de 1912, Yuan se convirtió en Presidente.
De todas las fuerzas activas en la revolución de 1911, la más firme en cada provincia fue la combinación del gobernador militar con su Nuevo Ejército y la élite urbana reformista en la nueva asamblea provincial; ahora estos dos elementos dirigían las provincias secesionistas. Generalmente, los gobernadores militares eran producto de tercera generación del movimiento de militarización que derrotara a los Taiping, mientras que las asambleas provinciales habían surgido por iniciativa de los nobles administradores de proyectos públicos de la generación previa de los Qing tardíos. El constitucionalismo era el lema del momento, pero la monarquía constitucional se tornó imposible a causa de los ególatras y cerriles príncipes manchúes que quedaron a cargo tras la muerte de la Emperatriz Viuda en noviembre de 1908 (un día después de fallecer el emperador reformista Guangxu. ¡Qué coincidencia!). Evidentemente, ella prefirió ser sucedida por un bebé de tres años antes que por un reformista adulto.
La historia de la República china registra en un primer momento ciertas características propias del liberalismo: una prensa libre, asambleas elegidas que representaban a la élite local en

muchos distritos, prefecturas y provincias, y un parlamento nacional organizado principalmente por el recién creado Partido Nacionalista (Kuo-mintang). Desafortunadamente, la autocracia imperial china aún no había sido extirpada del todo, y nada parecía adecuado para reemplazarla.

Yuan Shikai, como los fundadores dinásticos, era un hombre de armas, que posteriormente sería llamado el “padre de los señores de la guerra”. Como experimentado funcionario Qing, conocía a cabalidad el repertorio heredado de disposiciones legales, administrativas, fiscales y militares necesarias para manipular desde el primero al último de los individuos mediante reglamentos, armas, recompensas y castigos, aprovechándose de sus ilusiones y temores para asegurar su sumisión. Las propuestas discordantes y el faccionalismo político de los ochocientos miembros del Parlamento causaron en Yuan una impresión desfavorable, la misma que provocara la retórica moralista de sus burócratas al emperador Ming Wanli, tres siglos antes. La autoridad debía provenir de una sola fuente, por lo que Yuan concluyó que la única forma de gobernar China era a través de una reafirmación de la autocracia. En consecuencia, comenzó por eliminar a Song Jiaoren, el nuevo líder revolucionario que había coaligado a los miembros de la Liga Revolucionaria con otros grupos más reducidos para formar el Partido Nacionalista. Este salió victorioso en 1913 gracias a los cerca de 40 millones de votantes acreditados, lo que convirtió a Song en el líder del Parlamento. En marzo de ese mismo año Yuan dispuso su asesinato, para proseguir luego con la intimidación y posterior abolición de la Cámara.

Las nuevas asambleas constituidas en las provincias, las prefecturas y los distritos continuaban amenazando con crear una organización política pluralista y semirrepresentativa, al margen de un control central. Para 1914, las asambleas de los distritos -constituidas por veinte miembros elegidos entre la élite apta para votar- por lo general funcionaban en conjunto con los magistrados de los distritos, ambos en coexistencia con asambleas subdistritales. Yuan las abolió todas en 1914, exigiendo a los magistrados nombrar a un delegado con el fin de administrar el autogobierno del distrito. En otras palabras, la élite local perdió sus asambleas y los magistrados recuperaron el control. Sin embargo, la demanda por constituir asambleas se mantuvo y éstas retornaron en la década de 1920; aun así los magistrados siguieron controlando la política y las finanzas a través del establecimiento de comités ejecutivos. Después de haber estudiado el desarrollo político de Zhejiang en la década de 1920, R. Keith Schoppa (1982) dedujo que la élite en proceso de modernización pudo haber conducido las políticas públicas en los centros más importantes, pero la burocracia oficial, asociada con oligarquías obsoletas, siguió dominando las áreas periféricas.

Desafortunadamente, la política centralizada de los Qing se fragmentó. Ernest Young (1977) sostiene que los esfuerzos de Yuan en pro de la modernización se vieron frustrados por no disponer el gobierno central de los ingresos provenientes de las provincias. Como resultado de ello sus reformas -herencia del programa de los últimos Qing- a menudo no pasaron del papel. Tras numerosas discusiones acerca de la conveniencia de un poder judicial independiente (que facilitaría la abolición de los derechos extranjeros de extraterritorialidad), se estableció una activa Corte Suprema en Pekín, así como tribunales a nivel de provincias, prefecturas y distritos; estos últimos, sin embargo, pronto fueron abolidos con el fin de disminuir los gastos y volver a la tutela del magistrado. También se intentó una reforma carcelaria. En cuanto a la educación, Yuan acordó una escolaridad universal gratuita de cuatro años, más un segundo programa de escuelas preparatorias especiales para la élite que requería de una educación superior. El desarrollo económico también se hallaba en etapa de programación.

Pero todo este conjunto de proyectos de modernización se veía obstaculizado por una presunción básica: que debía ser el gobierno central el que los decretara y controlara. A los regímenes provinciales no se les podía permitir que desarrollaran nuevas instituciones en forma independiente, por temor a que el gobierno central se viera con ello irremediablemente debilitado. La filosofía de Yuan no era “confía en la gente”, ni siquiera “confía en los hombres talentosos e instruidos”, sino “confía sólo en el poder central”. Por consiguiente, la democracia no figuraba en el programa de Yuan. En 1915 intentó convertirse en emperador, pero la muerte lo sorprendió en 1916. En la década de 1920 se produjo una segunda ola de asambleas provinciales y locales, pero la movilización en favor de la participación popular en la modernización política de China pronto se convertiría en la prerrogativa de un nuevo poder central, que sería conocido como la dictadura del partido. La tarea pudo ser realizada de arriba hacia abajo, pero no de abajo hacia arriba.

Tras media docena de intentos fallidos por iniciar una guerra, los jóvenes revolucionarios encabezados nominalmente por Sun Yatsen carecían por completo de experiencia en materias

de gobierno y gozaban de muy poco predicamento a nivel de la clase dirigente. Sus proezas de 1911 y 1912 más tarde aportarían vivacidad al heroico mito fundacional de la dictadura del Partido Nacionalista. Sin embargo, el hecho de que los gobernadores militares y las asambleas provinciales de 1911-1912 hubiesen heredado el poder de la clase alta noble les trasmitiría su aversión al desorden prolongado, porque éste podía activar la violencia campesina; en consecuencia, apoyaron la estabilidad. Joseph Esherick (1976) concluye que la autocracia imperial "no sólo limitó la libertad política y la iniciativa del pueblo chino; también evitó la excesiva presión de las élites locales sobre el resto de la población". La élite provincial, causante del surgimiento de la revolución de 1911 que acabó con el control imperial de su poder, reasumió entonces su postura en favor de la estabilidad y en 1913 brindó, según Esherick, un apoyo fundamental a Yuan para que éste asumiera poderes dictatoriales. Su instinto fue salvar a China del caos que temían se produciría de proseguir los cambios.

Así fue como el conservadurismo impidió cualquier revolución social. A lo más alto que podían aspirar los gobernadores militares, cuyo poder residía en las fuerzas armadas que recién habían incrementado el número de sus efectivos, era a militaristas regionales o señores de la guerra. La nobleza conservadora no logró revivir la fe neoconfuciana para movilizar a las nuevas clases urbanas en pro de un nacionalismo chino. Por el contrario, las élites locales se salieron del molde de la nobleza, y los linajes intentaron por todos los medios proteger su predominio local. Una reciente investigación detalla lo que estos medios incluían: el comercio, industrias como la seda y la sal, el poder de los señores de la guerra, la propiedad corporativa y, sobre todo, la hegemonía cultural. No obstante, estos nuevos brotes de dominio de la élite local carecían de una filosofía moderna. Ya era hora de que hiciera su entrada un nuevo liderazgo con ideas frescas.

TERCERA PARTE

La República de China 1912-1949

Este período histórico puede enfocarse con claridad desde dos perspectivas. Culturalmente, fue testigo de un flujo sin precedentes de bienes, ideas y estilos extranjeros, en una forma más global que en cualquier otra época. Las influencias de la modernidad se sumaron a las influencias de muchas naciones. Todo estaba cambiando. No obstante, un enfoque sociopolítico evidencia varios rasgos característicos de un interregno entre dos dinastías. Tras un intento fallido por revivir el imperio sobrevino una década de terrorismo militar que inquietó las zonas rurales, mientras los extranjeros jugaban papeles clave en la economía y la administración de los puertos abiertos. Ello inspiró una revolución nacionalista contra el imperialismo extranjero, que vino acompañada por los crudos comienzos de una revolución social que pretendía movilizar a las masas campesinas en todo el país.

Entre las grandes potencias, Gran Bretaña y Estados Unidos -las fuentes principales de misiones protestantes- a la manera anglosajona consideraron más constructiva la reforma que la revolución. Su ayuda a la reforma se canalizó en gran parte a través de medios privados extraoficiales, pero fue insuficiente y tardía. La URSS, por el contrario, apoyó la violenta revolución social colaborando con nacionalistas y comunistas. En el intertanto, la influencia cultural y económica que Japón ejerció sobre China a comienzos de siglo dio paso a una agresión militar que torció la historia china desde 1931 hasta 1945; dicha agresión, que desembocó en la Segunda Guerra Mundial, empeoró de forma inconmensurable la desesperación del pueblo chino.

Paradójicamente, la era de los señores de la guerra -desde 1916 hasta 1927- fue un tiempo de avances considerables en los aspectos cultural, social y económico, en parte debido a que suponía un poder estatal en su punto más bajo. Esta relativa libertad de los nuevos progresos contrastaría vivamente con el control burocrático que se reimpondría después de 1927. Dicho contraste hace resaltar dos temas que perdurarán durante la era de la dictadura del partido en China: uno de ellos es el estatismo autoritario, la supremacía de la construcción del Estado, comenzando con la lealtad hacia el poder central autocrático y situando la unidad política por sobre todas las cosas. El otro tema es la creatividad cultural y el progreso social como parte de un proceso de desarrollo civil, el que se manifestó en desarrollos autónomos no sujetos al control directo de círculos oficiales, en la adaptación de China al mundo moderno; sin embargo, no ofrecían muchas esperanzas en pro de un poder estatal unificado.

13. La búsqueda de una sociedad civil china

Los límites del liberalismo chino

La sociedad civil puede ser definida como la forma democrática de sociedad desarrollada en la Europa occidental a partir del surgimiento de pueblos independientes del sistema feudal; se trata de una sociedad pluralista, donde, entre otras cosas, la iglesia es independiente del Estado, la religión y el gobierno son entidades separadas y las libertades civiles -hoy entendidas de forma más amplia como derechos humanos- son aseguradas por la supremacía de la ley. La sociedad civil es una cuestión de grados y muy pocas veces ha sido nítidamente definida. Forma parte del conjunto de Estado y sociedad de un país, pero con un grado de autonomía, de libertad dentro de ciertos límites. No se la encuentra en el islam ni en los modernos regímenes totalitarios fascistas, nazis o comunistas, y tampoco en los imperios dinásticos chinos descritos en la primera parte de este libro.
Sin embargo, en la China imperial tardía comenzó a surgir una nueva tendencia: la creación de instituciones, funciones y ocupaciones individuales -todo un sector de la sociedad- no sujetas al control directo del Estado Qing. Esta tendencia generalizada parece más obvia en el caso de los extranjeros de los puertos abiertos, pero su impulso probablemente provino del interior de China y no del mundo exterior, concretamente de las cada vez más intensas actividades de la élite de la nobleza en la esfera pública *(gong)* de la vida comunitaria. A esta tradición de activismo extraoficial de la élite se agregaron después de 1911 varios factores de carácter moderno: el desarrollo de una prensa china, de la educación y de los negocios. La sociedad civil era inherente a la expansión del conocimiento y de la división del trabajo, gracias a los cuales los especialistas pudieron exigir autonomía dentro de sus esferas de competencia específicas. No obstante, dicha autonomía siempre parecía amenazar la unidad y el orden del Estado chino, unidad y orden que sus gobernantes consideraban que dependían de la omnipresente supervisión del Estado sobre la vida de la gente. Este dilema social universal derivado de la búsqueda de un equilibrio entre la autonomía individual o liberalismo y la unidad y el orden impuestos por el Estado tuvo en China un carácter especialmente agudo y persistente. Ello quedó demostrado por la dificultad para conformar un gobierno parlamentario en tanto la supremacía de la ley no fue reconocida en la práctica y, consecuentemente, no pudo ser aceptada una división de poderes entre el legislativo y el ejecutivo. Aunque los parlamentos se reunían y a menudo se mostraban vehementes, funcionaban más como símbolos de la legitimidad del poder ejecutivo que como legisladores.
El individualismo y el liberalismo en el pensamiento chino eran partes estrictamente limitadas de un conjunto más amplio. El individuo chino estaba subordinado al grupo. Las leyes chinas eran menos imperativas que las exigencias de la moralidad. El concepto occidental de sociedad civil tenía una contraparte significativa en el pensamiento chino, pero había que definirla. Por ejemplo, la libertad de expresión y la propiedad privada, características esenciales del liberalismo Victoriano, en China sólo podían disfrutarse si se contaba con la bendición de los círculos oficiales.
Estas limitaciones se hicieron evidentes en el pensamiento de los Qing tardíos. Aunque el sistema de creencias neoconfuciano debió aceptar "materias extranjeras" (modernización) y la Nueva Enseñanza para utilizarla al menos como parte del arte de gobernar, a la última generación de los Qing le resultó imposible negar del todo el confucianismo. Como era de esperar, muchos intentaron encontrar en los modelos extranjeros un camino para reafirmar ciertos valores heredados chinos.
Los reformistas japoneses que enfrentaron la modernización se propusieron combinar "la moralidad oriental con la ciencia occidental". En China, Zhang Zhidong -en su calidad de máximo ideólogo de la época- planteó su conocida fórmula "aprendizaje chino para la substancia (los principios esenciales o *ti)* y aprendizaje occidental para la función (las

aplicaciones prácticas o *yong)".* Dicha solución era ingeniosa pero inconsistente, puesto que, según la filosofía china, *ti* (substancia) y *yong* (función) aluden a aspectos correlativos de cualquier entidad singular. Así, tanto el aprendizaje chino como el occidental tenían cada uno su propia substancia y su función; la expresión, no obstante, fue ampliamente utilizada dado que parecía otorgar prioridad a los valores chinos y menospreciar el aprendizaje occidental, considerándolo un simple juego de herramientas.

Los japoneses de mentalidad confuciana hicieron un valioso aporte conceptual: según ellos, los parlamentos de tipo occidental podrían alcanzar la armonía entre gobernante y gobernados. Pero aquí el fundamento era otro. El pensamiento político occidental desarrolló el concepto de intereses, es decir, los deseos y objetivos personales de individuos y grupos en su inevitable competencia unos con otros, desde el rey hasta el último porquerizo, los que fueron considerados actores políticos motivadores en Occidente. El gobierno representativo constituía una fórmula para establecer compromisos mutuos entre los intereses en competencia. En China no podía ocurrir lo mismo: los intereses eran por definición egoístas, y la moralidad confuciana despreciaba el egoísmo como un mal antisocial. En lugar de ello exaltaba el ideal de la armonía, la que los reformistas esperaban de algún modo generar a través del gobierno representativo.

Otro concepto liberal que se fue metamorfoseando a medida que pasaba de Occidente a Oriente fue el individualismo. Como notara Benjamín Schwartz (1964) ya hace mucho, reformistas como Yan Fu -quien a principios de siglo tradujo los clásicos liberales occidentales (Thomas Huxley, Adam Smith, Stuart Mili y otros)-elogiaron la expansión del individualismo como un medio para apoyar al Estado, no para oponerse a él. El reformista más influyente, Liang Qichao, promovió el concepto de que cada individuo debía desarrollar en forma generosa sus capacidades para contribuir a fortalecer y enriquecer más al Estado; sólo así podía cada individuo beneficiar a todos sus conciudadanos. Liang se apoyó en el jurista suizo Bluntschli para manifestar que la gente nace para el Estado, no éste para la gente. Desde este punto de partida estatista -desde el cual los confucianos siempre habían sido enseñados a partir- se desprendía que el Estado garantizaba o negaba derechos de los más diversos tipos, según su propio interés. Todas las constituciones chinas han contemplado diversos derechos, pero sólo como ideales programáticos, no necesariamente como leyes de cumplimiento obligado.

Tras esta versión china de "liberalismo" yacía la premisa de que el poder del gobernante era ilimitado, y todavía autocrático. Sus aparatos de gobierno podían flexibilizarse hasta integrar constituciones, parlamentos y derechos ciudadanos -y también deberes-, pero siempre con el fin de mejorar la estabilidad y el control del Estado. Lo usual era que los derechos se garantizaran "exceptuando los límites que imponga la ley", es decir, al arbitrio de las autoridades. A diferencia de la Constitución de los Estados Unidos, las constituciones chinas nunca llegaron a ser las fuentes supremas de ley, sino que expresaban más bien ideales y esperanzas, de manera algo similar a las declaraciones de principios de los partidos políticos.

La naturaleza parcial del liberalismo en China justifica su denominación como protoliberalismo o sinoliberalismo. Este tiene sus orígenes en el lado *wen* del gobierno chino, por el cual los funcionarios eruditos redactaban propuestas en ensayos y memoriales, pero usualmente carecían de la responsabilidad o el poder para llevarlas a la práctica. Por ejemplo, el sinoliberal moderno tenía una libertad de expresión limitada, ya que no podía permitirse atacar específica y personalmente a los que poseían el poder local sin el peligro de una venganza violenta por parte del componente *wu* de su gobierno. Más grave que esta medida de cautela era el tipo de mentalidad que expresaba, una que no podía desligarse de lo que Vera Schwarcz (1986) llamó el "culto neoconfuciano a la subordinación ritualizada... la ética del servilismo", implantada en la enseñanza familiar desde la primera infancia.

Finalmente, el liberalismo de tipo occidental halló obstáculos en China debido al sistema de tratados inequitativos que le acompañaba. La era de los señores de la guerra en las décadas de 1910 y 1920 coincidió con el apogeo de la influencia extranjera durante el siglo de los tratados. Los ejércitos de estos caudillos guerreros saqueando el "interior" más allá de los puertos constituían una evidente justificación para mantener las cañoneras extranjeras a tiro en los puertos. Así, los primeros brotes de una sociedad civil al estilo chino tomaron parcialmente como modelo las instituciones occidentales y, paradójicamente, recibieron la protección de la misma presencia imperialista que había inspirado el surgimiento del nuevo nacionalismo chino.

En el fondo haríamos bien en tener en cuenta la discrepancia de valores que suponen las distintas experiencias históricas de China y Occidente. No es necesario dejar de lado el propio anhelo de un individualismo liberal en la sociedad civil para reconocer la prolongada eficiencia

del colectivismo autoritario chino, así como la intensa tarea de los intelectuales chinos modernos para encontrar algún punto medio entre esos dos extremos.

Los límites del reformismo cristiano

Dos áreas y dos regímenes conformaron la China republicana en la década posterior a Yuan Shikai: la China de los señores de la guerra y la China de los puertos abiertos por tratado. Los señores de la guerra eran todos grandes figuras militares, entrenados quizá por Yuan, que controlaban ciertas regiones comandando tropas de cuya subsistencia ellos se encargaban. Varios habían comenzado como gobernadores militares. Destinaban sus dotes principalmente a luchar o a amenazarse entre sí. Por otro lado, en las ciudades de los puertos abiertos se situaba la mayoría de los centros de urbanización: allí, en esa comunidad mixta china y extranjera, se concentró la mayor parte de los bancos, las industrias, las universidades y las clases profesionales chinas modernas. El componente de los puertos abiertos en la estructura de poder del Estado chino proporcionó a éste una cierta estabilidad durante los años de disgregación provocada por los señores de la guerra; de hecho, acotó esa disgregación. Los patriotas chinos debieron enfrentar la paradoja de que los tratados inequitativos, aunque humillantes en principio, a menudo constituían una verdadera ayuda material. En junio de 1921, por ejemplo, y tras sufrir dos veces el pillaje de las tropas de los señores de la guerra, los mercaderes chinos del puerto abierto de Yichang solicitaron a los ministros extranjeros en Pekín el establecimiento de un área de privilegio extranjera en Yichang, como una forma de protegerse de los saqueadores.

Después de la neutralización de los bóxers en 1901, dos tendencias convergieron, una china y la otra foránea: los chinos de mentalidad reformista intensificaron la educación enfocada hacia la Nueva Enseñanza, mientras que los esfuerzos cristianos en China se dirigieron a destacar cada vez más el “evangelio social” para abordar los problemas de la vida moderna en las ciudades. Los respectivos fundamentalistas confucianos y cristianos que durante años se habían atacado sin jamás conocerse, eran ahora desplazados por amistosos colaboradores que deseaban el progreso de China. Por ejemplo, la Asociación Cristiana China de Jóvenes, una rama de la YMCA internacional, recibió el respaldo de los comerciantes chinos y de la clase alta para el trabajo de sus asesores extranjeros entre los jóvenes y estudiantes de la ciudad. La novela de John Hersey *La llamada* hace un recuento interno de la actividad de la YMCA en la cooperación chino-extranjera en la educación pública y otros proyectos desde 1907 a 1937. La comunidad cristiana chino-extranjera disfrutó de una breve edad de oro a lo largo de dos décadas, desde 1905 hasta 1925.

La construcción de caminos y la concesión de créditos rurales por parte de la Comisión Internacional China para la Superación de la Hambruna, la investigación y enseñanza en el Colegio Médico de la Unión de Pekín, sostenido por Rockefeller, la promoción de las ciencias sociales por parte de la Fundación Rockefeller a través del patrocinio del Instituto de Economía de Nankai, el crecimiento de la Universidad de Yanjing y otras universidades cristianas, incluyendo la investigación agrícola en la Universidad de Nankín, y el Movimiento de Educación de las Masas liderado por Yan Yangchu (Jimmy Yen) fueron todos avances singulares que marcaron esta era de cooperación cristiana.

Tres aspectos de estas realizaciones institucionales merecen nuestra atención: en primer lugar, dependían mucho más que la YMCA china de los fondos y del respaldo extranjeros, principalmente norteamericanos. En segundo término, proporcionaban a los sinófilos norteamericanos una sensación de satisfactoria participación en la vida china que más tarde otorgaría consistencia a un sentimiento de “pérdida de China” a raíz de la Guerra Fría. En tercer lugar, tales instituciones apenas arañaban la superficie de los problemas del pueblo chino. La mayoría de estas actividades sustentadas por extranjeros eran más bien proyectos piloto, no a una escala que pudiera transformar China directamente.

Esta superficialidad de los proyectos amparados o inspirados por Occidente en China era inevitable, entre otras razones, porque la propia élite educada de la clase dirigente china -a la cual estaban ligados los extranjeros- constituía en sí una proporción pequeñísima de la población china. Con respecto a la educación, por ejemplo, si aceptamos el cálculo de E. Rawski (1979) de un alfabetismo masculino en el período Qing tardío de un 30 a un 45%, y un alfabetismo femenino de un 2 a un 10%, todavía nos enfrentamos a cifras de escolaridad en la educación básica que van desde un millón de personas en 1907 hasta 6,6 millones en 1922, mientras que durante el mismo período la escolaridad en educación media aumentó de 31.000

a 183.000 personas: todas cifras increíblemente bajas para un país de 400 millones de habitantes.
Así, los esfuerzos liberales por hacer surgir una sociedad civil china deben ser vistos como semillas esparcidas sobre una amplia superficie, como esporas creciendo en el caldo de cultivo de un laboratorio biológico. Si a cada grupo de emprendedores reformistas -sociales, científicos, médicos, educadores de masas- se le hubiese dado el tiempo suficiente, podrían haber expandido su trabajo hasta llegar a gran parte de la población china. Pero los problemas del pueblo eran tan masivos que al final sólo el Estado pudo hacerse cargo.

El tardío surgimiento de una prensa política

La aparición de una prensa independiente moderna en China, aproximadamente un siglo después que en Europa occidental y una generación después que en Japón, redondea nuestra visión de la inercia de los últimos Qing. El antiguo orden había mantenido un dominio absoluto sobre la expresión popular en relación a las políticas de gobierno, que aún eran prerrogativa exclusiva del emperador.
Durante el milenio que va desde la difusión de libros impresos en la época de los Song tempranos, los ingredientes de una prensa moderna se fueron acumulando continuamente: bibliotecas oficiales y privadas, conocimientos literarios y habilidades editoriales, textos religiosos, grandes proyectos editoriales de carácter oficial, un incesante flujo de documentación desde Pekín a centros provinciales, almanaques locales, literatura vernácula, publicaciones privadas, todo eso estaba disponible. A comienzos de la década de 1890 se publicaba una docena de periódicos escritos en chino en las ciudades portuarias más importantes. *Shenbao,* fundado en 1872 en Shanghai, tenía una circulación de quince mil ejemplares. Sus noticias, en parte adquiridas del telégrafo, eran sobre todo comerciales. El que la prensa moderna china haya tardado tanto tiempo en introducirse en los tópicos políticos demuestra un tributo al control imperial al pensamiento y a la impresión.
El periodismo chino moderno tuvo sus precursores en los puertos abiertos; Wang Tao fue uno de ellos. Tras colaborar con James Legge en la traducción de los clásicos confucianos durante la década de 1860, y después de pasar dos años con él en Escocia, en 1874 Wang lanzó en Hong Kong el primer periódico completamente bajo auspicios chinos, en el que entregaba información comercial y general además de sus propios editoriales reformistas. Según su biógrafo Paul Cohén (1974), éstos se inspiraban en la “experiencia en terreno” casi única de Wang en Occidente; aun así, en la década de 1880 seguía contando con un reducido número de lectores.
Con este brillante comienzo, ¿cómo pudo el periodismo chino marcar el paso durante veinte años hasta que la crisis de la década de 1890 inspiró a la prensa reformista fundada por Liang Qichao y otros en Shanghai y otros centros provinciales como Changsha? En pocas palabras, ello se debe a que la élite de la nobleza fue advertida muy seriamente de que no debía transgredir el privilegio imperial de establecer las normas. Sólo con autorización expresa podían presentarse ideas al emperador, y en las décadas de 1870 y 1880 las estridentes presentaciones de los letrados *(qingyi)* eran más un ejercicio de fogoso moralismo que un esclarecimiento en la práctica. Sólo después que todas las potencias, incluida Japón, hubieron derrotado a la dinastía Qing en 1900 es que comenzó a desmoronarse su mandato. Los periódicos de opinión política de Liang Qichao publicados en Japón marcaron este cambio, cuando la élite reformista urbana se volcó hacia los campos de acción provinciales.
Una vez iniciada en el ambiente protegido de las ciudades portuarias, la publicación de periódicos, revistas y libros chinos se multiplicó repetidas veces durante los siguientes veinte años. Su circulación se vio favorecida después de 1896 con el servicio de la nueva oficina imperial de correos, y también con la expansión de la educación primaria y el alfabetismo. Suponiendo, como Zhang Pengyuan, que cada ejemplar era leído por aproximadamente quince lectores en promedio, Leo Lee y Andrew Nathan (en Johnson y otros, 1985) han calculado el número total de lectores del período Qing tardío entre dos y cuatro millones de personas, es decir, el 1% de la población de China. Los nuevos lectores urbanos y las crisis de la década de 1890 fomentaron ese mayor interés por la lectura (hacia 1893 la población urbana era de aproximadamente 23,5 millones, el 6% de la población de China).
Aun así, tan tarde como a mediados de la década de 1930 China contaba sólo con 910 periódicos y un número similar de revistas. Algunos diarios vendían 150 mil ejemplares. Unicamente los lectores de periódicos totalizaban entre veinte y treinta millones de personas.

Así, la proporción del público que tenía acceso a la prensa era todavía pequeña en comparación con otras naciones modernas. No obstante, después de 1896 la Prensa Comercial de Shanghai se convirtió en una gran editora de libros de texto y revistas. Los escritores de la nueva literatura descubrieron que los lectores urbanos buscaban principalmente el entretenimiento. Entre 1910 y 1930, la "escuela del pato del mandarín y la mariposa", de ficción romántica y sentimental, produjo alrededor de 2.200 novelas, según el estudio de Perry Link (1981). Sólo había escasez de material sobre asuntos políticos. Ello se relaciona con el hecho de que la institución de la educación superior era aún minúscula para un país tan grande.
El periodismo político de la China moderna fue por lo general polémico, más tendiente a la crítica y la apología que a informar al público sobre los hechos. Lee y Nathan citan una vez más a Liang Qichao: "Para cambiar al mundo hay que intentar utilizar las propias palabras; de otro modo, ¿para qué pronunciarlas?". De esta manera, y a pesar de su pequeño tamaño, la prensa se convirtió en una importantísima herramienta política.

Desarrollo académico

Contrariando la tradición de la Universidad de Pekín (Beida) acerca de que la educación superior en China se inició con su precursora, la Universidad Imperial -creada como una de las reformas de 1898-, el reciente estudio de Wen-hsin Yeh (1990) nos recuerda que el lugar más propicio para el comienzo de la educación moderna de China en ingeniería, tecnología y comercio era Shanghai. Mientras el *college* St. John -abierto por la Misión Episcopal Norteamericana en 1879- se convertía en el primer *college* cristiano en China, el gobierno Qing fundaba en 1896 el *college* Nanyang, que envió estudiantes al extranjero y posteriormente pasó a ser la UniversidadJiaotong (Comunicaciones) , líder en estudios de ingeniería.
La brecha entre el neoconfucianismo y la Nueva Enseñanza se ensanchó cuando hubo que empezar a enseñar las materias modernas con textos importados en inglés. Los vocabularios chinos para términos técnicos aún estaban por elaborarse. La admisión a los *colleges* y los exámenes finales eran a menudo en inglés, al igual que la instrucción impartida por los profesores extranjeros.
En 1912 la antigua amalgama de Estado y sociedad se desintegró, y lo mismo ocurrió con la perspectiva neoconfuciana del mundo. En su lugar se precipitaron elementos culturales a menudo conflictivos entre sí y en una variedad asombrosa. Por consiguiente, la generación de la era de los señores de la guerra hubo de ordenar las cosas.
El conflicto de dicha generación se ve más claramente siguiendo el estudio de Jon Saari (1990) acerca de la experiencia de vida de los eruditos nacidos en la década de 1890, los que se iniciaron en una educación clásica pero debieron sumar a ésta una educación angloamericana en su juventud, incluyendo el inglés hablado. Esta cohorte china de élite post-nobleza tuvo que deshacerse primero del pensamiento momificado del antiguo sistema familiar confuciano y su tiranía patriarcal, y después, de la confusión policultural provocada por la Nueva Enseñanza. Para la juventud que recién finalizaba su enseñanza clásica primaria, la Nueva Enseñanza fue como una explosión que destruyó el entorno intelectual en el cual aquélla justamente había encontrado su lugar. "Lejos ya de ser el mundo, China era ahora sólo un fragmento del mundo". El encuentro de las mentes juveniles con Occidente era a menudo "una experiencia traumática", llena de confusión e incertidumbre. Requería de "una segunda liberación quizá más decisiva que la primera", de la superación de la confusión mediante "una mayor integración o síntesis". La emancipación del desprestigiado confucianismo provocaba una tremenda desorientación, así como la necesidad de encontrar una nueva forma de ordenar el mundo propio. La fe en el cristianismo o en la ciencia -incluido el darwinismo- o la dedicación a una de las nuevas profesiones o a la revolución patriótica: todo podía ayudar en el establecimiento de la nueva autoimagen. Sin ese coraje intelectual apenas se podía sobrevivir.
Así fue la traumática irrupción de la primera generación republicana de intelectuales. Habiendo perdido la esperanza en Japón, buscaron la clave para salvar China en Europa y América. Esta tarea los convirtió en los pioneros del biculturalismo, puesto que el choque cultural con Tokio era pequeño en comparación con el de Nueva York, Londres, París y Berlín.
En 1908, el Congreso norteamericano asignó aproximadamente la mitad de la indemnización pagada a Estados Unidos al fin de la rebelión de los bóxers (12 millones de dólares) para instruir a los chinos en Norteamérica, iniciando un programa gubernamental. En 1929, ya habían sido enviados a Norteamérica 1.268 eruditos del *college* Qinghua, instaurado en Pekín

como escuela propedéutica. En 1924, la mitad restante de la indemnización (que aún estaba por pagar) se asignó para el financiamiento de la Fundación China. Asesorada por un consejo de diez fideicomisarios chinos y cinco norteamericanos, esta fundación concedía fondos privados para la investigación y también para el perfeccionamiento. En esta era, los jóvenes científicos chinos instruidos en Estados Unidos formaron en 1914 la Sociedad de la Ciencia. Pronto su boletín comenzó a reflejar la esperanza generalizada de los eruditos modernos en relación a que la ciencia y el punto de vista científico pudieran proporcionar una aproximación a los problemas de China que fuera compartida por todos.

Al mismo tiempo, hacia la década de 1920 los cientos de escuelas misioneras de educación media en China se fueron convirtiendo en una docena de *colleges* cristianos, por lo general constituidos legalmente en Estados Unidos. En las facultades chino-norteamericanas, los miembros norteamericanos usualmente disfrutaban de un mejor alojamiento y eran mantenidos por las entidades que administraban las misiones en Norteamérica. Protegidas por la extraterritorialidad, estas instituciones de estilo americano -como la Universidad de Yanjing en Pekín- educaron a los hijos de la nueva clase media de las ciudades portuarias durante las décadas de 1920 y 1930.

En Tianjin existió una institución privada muy influyente y puramente china: allí, después de 1904, Zhang Boling fundó la escuela de educación secundaria, el *college* y también la Universidad de Nankai, principalmente con la ayuda de familias locales chinas. La filantropía china también colaboró con la Universidad de Amoy en Xiamen y con dos *colleges* en Shanghai: el Zhendan católico *(L'Aurore),* fundado en 1903, y el Fudan (1905).

Sin embargo, ninguna institución privada pudo opacar a la Universidad de Pekín (Beida) como el foco de la educación nacional. La universidad se había limitado a instruir o reciclar a los burócratas, hasta que dos hombres notables llegaron a dirigirla: Yan Fu en 1912 y Cai Yuanpei en 1917. Cai era un académico de Hanlin de origen Qing, que se había unido a la Liga Revolucionaria de Sun Yatsen. Fue el primer ministro de Educación en el fracasado gabinete de Yuan Shikai, y posteriormente estudió durante cinco años en Alemania y Francia. Con el fin de fomentar la diversidad de pensamiento en Beida, reclutó talentos de un amplio espectro y rechazó firmemente la interferencia gubernamental en la educación. Cai invistió a Chen Duxiu como decano. En París, Chen había hecho suyo el espíritu de la Revolución Francesa y había regresado para fundar en 1915 un influyente periódico de opinión, *Juventud Nueva (La Jeunessé);* en Beida, dirigió el ataque contra el confucianismo y todos sus males en nombre de la ciencia y la democracia.

El Nuevo Movimiento Cultural

Las agresivas 21 Demandas de Japón en 1915 pretendían establecer una suerte de protectorado japonés sobre China. A pesar de no haber tenido éxito, dicho incidente puso fin a la era de liderazgo reformista japonés en China y reforzó el nacionalismo moderno chino. En ese preciso momento los eruditos de la Nueva Enseñanza configuraron un nuevo papel para sí mismos: debían mantenerse al margen del servicio gubernamental y esquivar la política -hacia lo que se habían orientado sus antepasados-, con el fin de escudriñar detalladamente en los antiguos valores y las instituciones confucia-nas, rechazar aquello que hubiese sido causa del retraso chino y descubrir en el pasado de la nación los elementos de una nueva cultura.

El sistema de escritura chino fue el primer objetivo abordado por este Nuevo Movimiento Cultural. Gran parte de la grafía y el vocabulario que continuaban utilizándose en el siglo XX provenían de alrededor del año 200 a. C. Cualquier carácter importante se había transformado en una especie de cebolla, con varias capas de significados acumulados a través de los años a medida que iban siendo aplicados para diversos propósitos. En una comparación en extremo simplificada, supongamos que el concepto romano expresado como *pater* hubiera sido trasmitido hasta nosotros inalterado en su forma escrita y hoy, quizá combinado con otros caracteres, habría podido aludir a padre, patriotismo, paternidad, patrística, patrimonio, patrocinio, etc. Qué significado otorgar a cada carácter dependía de su contexto, por lo que se requería conocer los textos clásicos. Ello determinó que la escritura clásica *(wenyari)* no resultara un mecanismo adecuado ni manejable para ayudar a cada escolar a solucionar sus problemas de la vida diaria, puesto que en sí misma constituía uno de esos problemas: el no estudiarla continuamente durante un largo tiempo podía significar la exclusión de la clase alta. El conocimiento funcional para los negocios diarios entre los chinos comunes era muchísimo

más accesible que los esotéricos términos y eruditas alusiones que utilizaban los graduados de los exámenes clásicos.

El primer paso en la revolución lingüística consistió en empezar a utilizar el habla de cada día en los escritos, tal como en Europa en la época del Renacimiento, cuando los idiomas vernáculos nacionales reemplazaron al latín. Los misioneros protestantes fueron los pioneros en este esfuerzo para que las escrituras estuviesen al alcance del hombre común. A la nueva clase erudita le había llegado el momento. Hu Shi, estudiante de Cornell y Columbia durante la Primera Guerra Mundial, asumió el liderazgo defendiendo el uso del *baihua, o* habla china, como un medio escrito para el saber y para todos los propósitos de comunicación. Muchos otros se unieron a este movimiento revolucionario, que negaba la superioridad del antiguo estilo literario. El uso del *baihua* se expandió rápidamente; la tiranía de los clásicos había terminado.

Hu Shi, estudioso de John Dewey y del pragmatismo, también se convirtió en el líder de la defensa del método científico en el pensamiento y la crítica. El valor de la ciencia en los estudios técnicos hacía ya mucho tiempo que era incontrovertible; ahora, su aplicación como forma de pensamiento a la crítica literaria y a la erudición histórica chinas suponía un paso adelante. La nueva erudición atacó enérgicamente los mitos y leyendas de la antigua historia china, volviendo a revisar el origen de los clásicos; estudió las tradiciones populares chinas y revalorizó las grandes novelas vernaculares de la época imperial tardía. Su precocidad se nutrió de los logros de la "investigación probatoria" de los eruditos Qing.

La creatividad del Nuevo Movimiento Cultural sólo puede apreciarse a cabalidad en su contexto histórico. La Gran Guerra de 1914 -1918 reveló las bárbaras potencialidades de la arrogante civilización europea. Uno tras otro se desintegraron los imperios de Austria-Hungría, de los zares rusos y finalmente el alemán. Woodrow Wil-son proclamó los grandes principios de la autodeterminación de los pueblos y la diplomacia abierta entre todos. El mundo se vio sacudido por diversas ideas sobre socialismos, la emancipación de la mujer y los derechos de la clase obrera contra los capitalistas, todas las cuales finalmente inundaron la China republicana. La élite erudita de China, todavía una pequeña fracción en la cúspide de la antigua sociedad, instintivamente tomó a su cargo la tarea de comprender y evaluar este mundo exterior revolucionario al tiempo que luchaba por revalorizar la cultura propia de China.

El Movimiento del Cuatro de Mayo

El incidente del 4 de mayo de 1919 fue provocado por la decisión de los negociadores de la paz de Versalles de dejar en manos de los japoneses las ex concesiones alemanas en Shandong. Al enterarse de ello, cerca de tres mil estudiantes de Beida y otras instituciones de Pekín realizaron una manifestación masiva en la plaza de Tia-nanmen, la entrada al palacio. Incendiaron la casa de un ministro pro-japonés y golpearon al embajador chino ante Japón. La policía atacó a los estudiantes, quienes convocaron entonces a una huelga estudiantil, enviaron telegramas a estudiantes de todo el país y organizaron cuadrillas patrióticas para distribuir panfletos y pronunciar discursos al pueblo. Tianjin, Shanghai, Nankín, Wuhan, Fuzhou, Cantón y otros lugares fueron escenario de manifestaciones similares. Unos pocos estudiantes fueron asesinados y otros cuantos resultaron heridos; pronto las prisiones estuvieron llenas de manifestantes.

El espíritu de la protesta se generalizó cuando en junio de 1919 los comerciantes cerraron sus tiendas en una huelga que se extendió por los principales centros urbanos. La huelga derivó en un boicoteo a los productos de Japón y en choques con los residentes japoneses. Durante más de un año los estudiantes patriotas continuaron movilizándose a favor de la destrucción del mercado japonés en China, con un efecto perceptible. Mientras tanto, y más significativo aún, los recién formados sindicatos obreros organizaron huelgas y se unieron a las manifestaciones de sentimiento nacional, nunca antes vistas en China.

Lo más sorprendente acerca de este movimiento es que fue dirigido por intelectuales que hicieron confluir las nuevas concepciones culturales de ciencia y democracia con el nuevo patriotismo en un enfoque común que se tradujo en un programa antiimperialista. La clase estudiantil asumió más que nunca su responsabilidad en el destino de China. A través de sus organizaciones estudiantiles llegaron incluso a relacionarse con la gente común.

La literatura mostró el camino a la movilización de los intelectuales, a través de novelas e historias cortas escritas ahora en el idioma vernáculo. La mayoría de los escritores poseía una buena educación y provenía de la clase alta. Importantes figuras habían estudiado en Japón,

pero al regresar a China se sumieron en la pobreza urbana y a menudo fueron víctimas del acoso policial. Su público lo constituían principalmente jóvenes estudiantes urbanos sumergidos, como los escritores mismos, en una revolución social: se oponían a las ataduras del sistema familiar y defendían la libertad de expresión individual, incluida la libertad sexual. El individualismo romántico y la autorrevelación de algunos pioneros, en primera persona o en un estilo narrativo de diario de vida, resultaba absolutamente chocante para las estrictas costumbres confucianas.
Lu Xun (1881-1936), un eminente escritor de la década de 1920, provenía de una familia noble de Zhejiang que había caído en desgracia. Lu dio los exámenes clásicos de primer nivel, estudió ciencias en academias navales y militares, inició una instrucción médica en Japón y finalmente se decidió por la literatura como un medio para la reforma social. No fue hasta 1918 que saltó a la fama con la publicación en el *Juventud Nueva* de su sátira *El Diario de un Loco,* cuyo protagonista encuentra en su libro de historia que entre las líneas de "benevolencia, rectitud, verdad y virtud" hay cuatro palabras que se repiten continuamente: "devora a los hombres". La cultura china, escribió, era "una cultura del servicio a los propios maestros, que triunfan a costa de la desgracia de la multitud".
Líderes estudiantiles de Beida como Fu Sinian y Luo Jialun abogaron por una "ilustración" china en su periódico New Tide (Renaissance). Denunciaron los lazos familiares confucianos como una esclavitud, y defendieron en cambio los valores individualistas. Ya en marzo de 1919 los estudiantes habían formado una sociedad de conferencias para adoctrinar a la gente común; a ella se unieron activistas estudiantiles como Zhang Guotao, cuyo principal objetivo era "salvar a China".
De este modo, algunos líderes de la pequeñísima minoría de intelectuales -profesores universitarios, estudiantes, escritores- iniciaron una lucha cultural para abolir los anticuados males de la antigua China y establecer nuevos valores para una nueva China. Como supuestos líderes, debieron enfrentar la traumática realidad de una estructura social de dos estratos: la élite gobernante y las masas. ¿Podría relacionarse su nueva élite con la gente común? ¿O se adelantarían demasiado a sus tropas estos nuevos comandantes?

Surgimiento de la burguesía china

La autonomía de la nueva comunidad académica corrió paralela a una nueva conciencia de sí mismos por parte de ciertos grupos funcionales en la vida urbana. Estudios recientes de instituciones municipales surgidas en Shanghai y Pekín muestran la combinación de estilos de organización nuevos y antiguos, extranjeros y chinos.
La naciente burguesía de Shanghai se formó a partir de los mercaderes chinos que manejaban el comercio internacional. Después de 1842, a los intermediarios en el comercio de Cantón -conocidos como mercaderes Hong- les siguieron los *compradors* (compradores, en portugués), que eran contratados por los comerciantes extranjeros para hacerse cargo del flanco chino de su comercio. Mientras los extranjeros administraban los embarques y el seguro e invertían en importaciones y exportaciones, los *compradors* obtenían sus riquezas de las comisiones que les pagaban sus empleadores extranjeros, los intereses de los fondos que ellos manejaban, los honorarios que cobraban por hacer de tesoreros y administradores de los fondos, y de los beneficios de sus propios negocios e inversiones. Así, los *compradors* de los bancos extranjeros en China tuvieron la rentable función de negociar con los bancos "nativos" fundados para servir a la comunidad mercantil china.
Los *compradors* de Shanghai provinieron primero del comercio del té de Cantón y más tarde de Ningbo, así como de la provincia de Jiangsu. En 1854 totalizaban cerca de 250 personas, en 1870 unas 700, y quizá 20 mil a comienzos del siglo XX. Sus funciones se traspasaban a hijos y nietos como posesiones familiares hereditarias. En lugar de invertir en tierras como se hacía antiguamente, los *compradors* a menudo invertían en empresas extranjeras para evitar que los funcionarios chinos usurpasen sus fondos. En realidad, no existe forma alguna de distinguir -como solía hacerlo el Partido Comunista Chino con propósitos propagandísticos- entre una "burguesía de los *compradors"* y una así denominada "burguesía nacional": ambas constituían un mismo grupo.
Como la agricultura seguía suministrando alrededor del 65% del producto geográfico de China, el sector moderno de la economía era todavía marginal. El país evitó representar el papel de una semicolonia explotada por las potencias extranjeras: no se convirtió en una gran fuente de abastecimiento para la metrópoli ni proporcionó tampoco un vasto mercado para sus bienes.

Las únicas importaciones que se vendieron bien, sin contar el opio, fueron los hilados industriales y el querosene. En síntesis, el sistema económico tradicional siguió funcionando tan bien con su bajo nivel de vida que la economía moderna de China tuvo comparativamente poco que ofrecerle. Las embarcaciones a vapor, por ejemplo, ingresaron a la red marítima china para acelerar el transporte, pero no alteraron significativamente el sistema. Los comerciantes chinos pronto comenzaron a utilizarlas, fueran dirigidos por extranjeros o bien por chinos.

En el período en que tuvo lugar el esfuerzo de autorreforzamiento de los Qing tardíos, los funcionarios a su cargo dispusieron de vastas redes de colaboradores, consejeros, secretarios, asistentes y asociados. Este complejo ejercía un cierto control sobre los mercaderes bajo el sistema de “supervisión oficial y operación comercial”; sin embargo, los funcionarios no se hacían responsables de la producción. Marie-Claire Bergére (1989) observa que los gestores del movimiento de modernización temprana dependieron de este complejo burocrático; el poder seguía en manos de la burocracia. La modernización sólo podía ser promovida a través de relaciones personales y repartición de beneficios entre funcionarios y empresarios. De esta manera, los Qing tardíos no optaron por un capitalismo estatal, sino por el capitalismo burocrático de los funcionarios.

Mediante un edicto imperial de 1903 los Qing intentaron atraer a la élite urbana elevando el nivel de los comerciantes. Desde entonces y hasta 1907 el nuevo Ministerio de Comercio confirió honores a inversionistas, técnicos y empresarios reputados. Hacia 1912 existían ya 794 cámaras de comercio y 723 sociedades educacionales, además de las asambleas locales y provinciales. Estos esfuerzos organizacionales quedaron fuera del control imperial una vez que las asociaciones comenzaron a desarrollar programas nacionales que sobrepasaban los límites provinciales, como ocurrió con el de la Asociación China de Educación y el de la Federación de Asambleas Provinciales. Dichas entidades representaban a la élite de los mercaderes nobles.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en Europa en agosto de 1914 provocó una disminución de los embarques y del comercio con el extranjero en China, incluidas las importaciones, la que fue seguida poco después por una creciente demanda de materias primas para su exportación. Al mismo tiempo, el precio de la plata en el mercado mundial se elevó espectacularmente, aumentando el poder adquisitivo de la moneda china. La falta de competencia extranjera favoreció enormemente a los empresarios chinos, aun cuando la escasez de buques retrasó gran parte de los equipamientos ordenados traer desde Europa. Hacia 1919 los chinos se estaban beneficiando de la gran demanda de exportaciones por parte de Europa y América, así como del aumento del valor de la plata frente al oro, lo que fomentó las importaciones chinas.

A diferencia del movimiento de autorreforzamiento de fines del siglo XIX, la ola de industrialización ahora favoreció la producción de bienes de consumo y beneficio inmediato. Bergére sostiene que entre 1912 y 1920 la industria china logró una tasa de crecimiento anual del 13,8%. Docenas de hilanderías se instalaron en China, 49 de ellas sólo en 1922. Los molinos harineros florecieron en Shanghai, y alrededor de Cantón se levantaron industrias manufactureras de cigarrillos, papel y fósforos. Entre 1912 y 1924, alrededor de doscientos nuevos talleres mecánicos se establecieron en Shanghai para el mantenimiento y la reparación de equipos, y también para fabricar máquinas tejedoras, telares y maquinaria industrial diversa. Hacia 1920, casi la mitad de los talleres utilizaba energía eléctrica.

Durante la Primera Guerra Mundial China vio nacer asimismo bancos chinos modernos, y no sólo el Banco de China y el Banco de Comunicaciones, que tenían conexiones con el gobierno de Pekín; una docena de otras entidades financieras estaban relacionadas con gobiernos provinciales y manejaban principalmente los fondos y préstamos estatales, pero otro grupo similar se componía estrictamente de bancos comerciales. Hacia 1920 Shanghai contaba además con 71 bancos nacionales que funcionaban según el estilo antiguo: especializados en préstamos a corto plazo, administraban los fondos de los mercaderes de opio y el comercio de los tintes químicos. Aún faltaba una bolsa de valores y un banco nacional.

La población de Shanghai, incluyendo la Colonia Internacional y la Concesión Francesa, así como los suburbios chinos y la ciudad china que las circundaban, totalizaba 1 millón 300 mil habitantes en 1910 y 2,6 millones en 1927. Los chinos de ultramar entraron en escena en 1919, cuando las grandes tiendas por departamentos de Hong Kong, de la Sincere Company y de la Wing On Company (originalmente de Penang) abrieron sucursales en la calle Nankín. En el Bund, la Hong Kong and Shanghai Banking Corporation y también Jardine, Matheson & Co. levantaron grandes y modernos edificios.

Después de 1925, el Consejo Municipal de Shanghai de la Colonia Internacional integró concejales chinos, y se fueron desarrollando administraciones chinas en las áreas suburbanas en forma más bien autónoma hasta lograr la unificación en el Gran Shanghai chino en 1927. La Asociación de Contribuyentes chinos funcionaba en la Colonia Internacional, y existían numerosas cámaras de comercio para servir a los hombres de negocios; la más prominente era la Cámara de Comercio General de Shanghai. Los chinos que habían fundado grandes industrias textiles y molinos harineros formaron una nueva clase empresarial vinculada con la nobleza terrateniente, aunque no controlada por ésta. Sobre todo en Shanghai, esta nueva élite local estaba al margen del control gubernamental, y logró obtener que fueran eruditos locales los escogidos para los nombramientos de magistrados. Sus burócratas eran contratados en el lugar.

Los nuevos empresarios, ávidos de autonomía, perseguían los mismos fines que los académicos que se centraron en Pekín en el Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919 y posteriormente. Los industriales apoyaban el nuevo aprendizaje, con su enseñanza de pragmatismo y respeto hacia el individuo. El Movimiento de la Nueva Educación -dirigido por Jiang Menglin, quien sucedió a Cai Yuan-pei como director de Beida-, por poner un caso, debe mucho al apoyo de la poderosa Asociación de Educación de Jiangsu. En la década del 20 los vínculos entre académicos y empresarios a través de relaciones familiares se multiplicaron. A modo de ejemplo, una de las hijas de Zeng Guofan (el que venció a los Taiping) se casó con el director del arsenal de Shanghai, Nie Qigui. Sus hijos llegaron a ser directores de varias hilanderías y uno de ellos, Nie Yuntai (C. C. Nieh), se convirtió asimismo en presidente de la Cámara de Comercio General.

Esta nueva burguesía creó en Shanghai sus propias organizaciones. La publicación en 1917 del *Banker's Weekly* dio pie al establecimiento en 1918 de la Asociación de Banqueros de Shanghai. Siguiendo el ejemplo de esta ciudad, se crearon también asociaciones de banqueros en Hankou, Suzhou, Hangzhou, Pekín, Tianjin y Harbin. Hacia 1920, se habían unido para formar la Asociación China de Banqueros. También se formó una asociación china de dueños de hilanderías; ésta realizaba análisis del mercado mundial y se caracterizó por sustituir el tradicional objetivo de monopolio por el de crecimiento: su mentalidad era internacional. Unos cuantos banqueros importantes realizaron sus estudios superiores en Japón. Chen Guangfu (K. P. Chen), famosísimo entre los extranjeros, se había graduado de la Wharton School of Finance en la Universidad de Pensilvania.

La organización de sociedades generales o de compañías privadas comenzó a dar paso a sociedades anónimas, aunque éstas seguirían dominadas por las conexiones familiares. El caso de la familia Rong ilustra cómo el sistema familiar se transformó en la columna vertebral de esta nueva clase empresarial. Alrededor de 1896 su fundador había abierto bancos chinos en Shanghai y Wuxi. De la tercera generación de varones Rong, once se desempeñaron como administradores y directores de molinos harineros e hilanderías. En 1928, los hermanos Rong poseían 54 cargos ejecutivos en sus doce molinos harineros y siete hilanderías, lo que hacía más de la mitad de la administración superior.

La importancia de las estructuras regionales y familiares entre la nueva clase empresarial era un claro indicio de que ésta no se había desligado del todo de la sociedad china; en realidad, podrían haber sido denominados "modernizadores confucianos". Bergére se cuestiona hasta dónde una "burguesía empresarial, liberal y cosmopolita" podía mantenerse ligada a la antigua civilización china de los mandarines y los campesinos. El único hecho evidente fue que este nuevo tipo de hombre de negocios se sintió ajeno a la dinastía, por lo que apoyó a la élite provincial reformista en la revolución de 1911/1912.

A comienzos de la década de 1920, los empresarios se manifestaron en total acuerdo con las ideas de Hu Shi y sus colegas de Beida, quienes hicieron un llamado a la élite china a movilizarse, a desarrollar habilidades profesionales y a favorecer un buen gobierno responsable en lo financiero y capaz de planificar a futuro. Hu Shi representaba a los intelectuales liberales de Pekín, quienes hallaron que tenían mucho en común con la comunidad empresarial de Shanghai. Los hombres de negocios, por ejemplo, apoyaban el entonces popular concepto de federación provincial, el que recordaba la primera forma de unión de los estados norteamericanos (la que comprobó ser poco adecuada, por cierto). Todos favorecían la autonomía y el federalismo provinciales. Otra medida práctica fue la creación de la milicia mercantil. La contradicción estaba en que, al mismo tiempo que perseguían la autonomía y la liberación del control estatal en la economía, ansiaban también el orden centralizado.

En marzo de 1923, los hombres de negocios participaron a través de las cámaras de comercio en una convención nacional realizada en Shanghai, en la que se abordó el problema de la unión y la reorganización políticas junto con el tema del control de las tropas y las finanzas. En junio de ese mismo año -en pleno apogeo de su sentido de autonomía, y a pesar de que carecía de una base territorial y militar-, la Cámara de Comercio General de Shanghai declaró su independencia de Pekín y estableció un comité para un Gobierno del Pueblo, el que pronto negoció con los señores de la guerra locales para reducir las hostilidades. Aquí, sin embargo, y al igual que los eruditos de Pekín, la burguesía de Shanghai se mostró incapaz de funcionar más allá de la parte *wen* del gobierno. La clase comerciante no logró estructurar una fuerza militar. En Shanghai, los mercaderes chinos pronto se opusieron al nuevo movimiento sindical de inspiración izquierdista, contando para ello con el apoyo extranjero. Muchos años después, reflexionando acerca de su recaudación de fondos en Shanghai para oprimir al movimiento sindical, Chen Guangfu manifestó que el objetivo había sido derrotar al militarismo, los señores de la guerra, y respaldar un gobierno moderno. Al igual que Hu Shi, Chen fue un sinoliberal apto para liderar su sector de la sociedad, pero incapaz de controlar la fuerza del Estado. Ambos líderes eran antiimperialistas y deseaban ver a China libre de los privilegios extranjeros estipulados por tratado, y ambos se vieron enfrentados al mismo dilema: anhelaban la autonomía, pero primero necesitaban un gobierno fuerte que incluso podía llegar a ser una autocracia.

En la capital amurallada de Pekín, la industria y el comercio eran asuntos secundarios para una población constituida por abanderados militares y comerciantes manchúes que servían principalmente a la corte imperial. Después de que en 1900 fuerzas extranjeras ocuparan la ciudad, y a instancias de los japoneses, se formó una academia policial que seguiría los modelos japoneses y europeos de reclutamiento y entrenamiento de oficiales uniformados -principalmente ex miembros de las divisiones militares-, a quienes se les pagaría un salario y se les consideraría un nuevo tipo de funcionario público. Yuan Shikai expandió entonces dicho sistema policial a las principales ciudades. David Strand (1989) observa que “aunque muy débilmente, la mentalidad confuciana, con su tendencia a reprender, a entrometerse y a mediar, inspiró un trabajo policial efectivo”, ello sin mencionar el clientelismo y la corrupción habitual.

Otra nueva entidad fue la Cámara de Comercio de Pekín, organizada en 1907. A pesar de reunir sólo al 17% de los 25 mil establecimientos comerciales urbanos, representaba sus intereses comunes en materias tales como evitar la inflación de los billetes de banco. Inevitablemente, su liderazgo se vio inmerso en la política de la era de los señores de la guerra. En Pekín existían cerca de cien gremios de artesanos y comerciantes que funcionaban desde tiempos inmemoriales. La asociación de narradores ciegos, por ejemplo, tenía cerca de quinientos miembros. Los fabricantes de tinta china artesanal congregaban a alrededor de doscientos trabajadores calificados y trescientos no calificados. Cuando el Movimiento del Cuatro de Mayo intentó hallar una “base proletaria para sus políticas radicales”, descubrió que los gremios convertidos en sindicatos en las nuevas industrias no parecían tan necesarios.

El transporte por la ciudad en rickshaw -un híbrido de dos ruedas y la económica fuerza muscular humana- floreció en Asia Oriental desde la década de 1870 hasta la de 1940. En los años 20 existían en Pekín sesenta mil conductores de rickshaw, los que en una revuelta el año 1929 atacaron y dañaron sesenta de los noventa tranvías de la ciudad.

En definitiva, la década de 1920 en Pekín fue testigo de una proliferación de grupos ciudadanos en defensa del autogobierno, del control de la natalidad y de otras causas. Ante las batallas de los señores de la guerra y la devastación en el campo, algunos líderes ciudadanos crearon una asociación de preservación de la paz que importó alimentos, abrió comedores de beneficencia que alimentaron hasta ochenta mil personas al día y pagó a las tropas vencidas para que se retirasen tranquilamente. Dicha actividad debe haber tenido muchos precedentes en Pekín: en 1644, por ejemplo, cuando el rebelde Li se apoderó de la ciudad pero fue expulsado por los manchúes. Durante los años 20 tuvo lugar una combinación de comportamientos nuevos y tradicionales dignos de una sociedad civil, aunque ésta finalmente resultó incapaz de generar una fuerza militar. Dicha fuerza hubo de ser impuesta desde afuera, con el ejército nacionalista, en 1928.

El estudio de ciudades como Hankou, Shanghai y Pekín entrega una imagen de comunidades responsables, activadas de vez en cuando por un consenso moral que generalmente se refería a una preocupación por la justicia o el bienestar común *(minsheng),* que surgía entre los ciudadanos a través de sus grupos e instituciones establecidas. No hace falta mencionar que a los extranjeros a menudo les resultaba difícil comprender esta comunidad moral heredada del

confucianismo, que combinaba la rectitud popular con una continua subordinación a la autoridad (militar). Confrontados con el poder del Estado, los elementos semiautónomos de una sociedad civil al estilo chino parecían tan vulnerables como los funcionarios eruditos confucianos confrontados con el emperador. Su rectitud moral no podía constituirse en el árbitro final.

Orígenes del Partido Comunista Chino

Mientras los empresarios chinos, al igual que los liberales del Nuevo Movimiento Cultural, anhelaban permanecer alejados de la política y del servicio gubernamental, algunos de los activistas del Cuatro de Mayo fueron captados en la búsqueda de un nuevo poder estatal. A pesar de haber crecido en el ala académica de la naciente sociedad civil china, se comprometieron con el antiquísimo esfuerzo por crear un gobierno nuevo que aportase a China unión, orden social, riqueza y poder. De este modo, los intelectuales del Cuatro de Mayo se dividieron en dos grupos: los académicos como Hu Shi y Fu Sinian, quienes en su calidad de eruditos se concentraron en la moderna recuperación y revalorización de la historia y la cultura chinas, y los activistas políticos como Chen Duxiu y Zhang Guotao, los que se unieron para formar el movimiento comunista chino.

Desde principios de siglo, el marxismo fue precedido en China por un vasto interés por el anarquismo. Los anarquistas fueron los principales socialistas en escena hasta que la revolución soviética introdujo el leninismo en China después de 1917. Estudiantes chinos tanto en París como en Tokio se sintieron muy atraídos por Proudhon, Bakunin y Kropotkin y sus denuncias contra toda autoridad, comenzando con los gobiernos, las naciones, el militarismo y la familia. Los escritores anarquistas citaban la máxima de Kropotkin de que el Estado se había convertido en el Dios de ese momento, y expusieron sus ideas igualitarias -especialmente la emancipación de las mujeres de los lazos familiares y la liberación del campesinado de la explotación de que era objeto- de modo tan elocuente que llegarían a formar parte del vocabulario chino de la revolución. Los anarquistas no deseaban depender del Estado sino de la liberación individual y en su incruenta recreación de las comunidades igualitarias del pasado remoto. Pero el análisis de Peter Zarrow (1990) de los escritos anarquistas chinos da la sensación de que éstos mantenían la utópica esperanza de que, con un solo gran salto, podrían de alguna manera librarse por completo de la camisa de fuerza confuciana: un ideal patéticamente fallido. Jamás pasaron a la acción, exceptuando algunos asesinatos políticos. ¿Qué se podía hacer realmente?

El Nuevo Movimiento Cultural, aunque atractivo para los eruditos, implicaba escasas oportunidades para los jóvenes de asumir una nueva identidad como salvadores de China tras la creación de un nuevo orden social. Durante 1919 y también después, los grupos estudiantiles de discusión animados por Cai Yuanpei en Beida sentaron un precedente que fue seguido por estudiantes de educación media y graduados en Tianjin, Ji'nan, Wuhan, Changsha, Cantón y, especialmente, en Shanghai. La mayoría de dichos grupos fundó periódicos. Estos activistas se veían a sí mismos desempeñando un nuevo papel, ya no de servicio al Estado sino a la sociedad. Habiéndose apercibido recientemente de la existencia de la clase trabajadora urbana, también deseaban llegar a la gente común. El socialismo parecía ser la gran esperanza; algunos pensaban que con el tiempo podría unir a trabajadores e intelectuales para prevenir la lucha de clases. Como Arif Dirlik (1989) señala, algunos socialistas del Kuomintang -el Partido Nacionalista- de este período consideraban que lo que había que atacar era la posesión de tierras, no el capitalismo.

Hacia 1920 los grupos de estudio radicales -constituidos por intelectuales de un determinado tipo que se conocían y apoyaban entre sí- realizaban sus reuniones en media docena de centros importantes. Un grupo de estudio específicamente marxista, formado en Beida por el profesor Li Dazhao en marzo de 1920, inauguró un modelo a seguir. Dirlik concluye que, a pesar de que los historiadores por lo general han considerado a Li Dazhao como uno de los dos fundadores del Partido Comunista Chino, en realidad él no estaba tan empeñado en fundar un partido; Li era un entusiasta propagador de la teoría marxista, pero cuando se trataba de llevarla a la acción esperaba ver reunidos a todos los socialistas.

La creación del PCCh parece deberse más a Chen Duxiu y al Komintern. El liderazgo de Chen sobre el Nuevo Movimiento Cultural y el Movimiento del Cuatro de Mayo sólo parecían haber dado como resultado su arresto durante tres meses en el verano de 1919. Desalentado y enfadado a la vez, partió hacia Shanghai en busca de un medio para la acción. Voitinsky,

agente del Komintern, fue el gran responsable de la organización concreta de los primeros núcleos del PCCh en el otoño de 1920. Cuando el holandés Sneevliet (“Maring”), sucesor de Voitinsky como representante del Komintern, llegó a China en 1921, todo estaba preparado para la realización en julio de una reunión en Shanghai para fundar el partido. El comunismo chino rápidamente estableció su identidad organizacional como “una ideología de acción” a través de la propaganda en periódicos, librerías, traducciones, grupos de estudio y la organización de los trabajadores. Se separó de los anarquistas y de los sindicalistas socialistas chinos, sostuvo la supremacía de la lucha de clases y se convirtió en un partido bolchevique -es decir, leninista- secreto, exclusivo y centralizado en busca del poder. La ilustración del Cuatro de Mayo quedó atrás. Los dos “fundadores”, Li Dazhao y Chen Duxiu, no concurrieron a la reunión fundacional en julio de 1921, la que tuvo como líder al representante del Komintern ruso. Tomó un año más para que el principio de la disciplina partidaria fuese aceptado. Para ese entonces, cerca de la mitad de los doce fundadores originales ya se había retirado del movimiento.

Si los primeros miembros del PCCh comprendían o no cabalmente lo que significaba el marxismo-leninismo, aún no se sabe. Mao Zedong, uno de los fundadores, comenzó como seguidor del Movimiento del Cuatro de Mayo y era partidario de un proceso gradual de reformas. Sólo después de sufrir frustraciones tremendas concluiría que la revolución violenta era el único camino posible.

Como muchos otros, Mao suscribía el anarquismo de Kropot-kin, que enfatizaba la ayuda mutua y la concertación de todos los esfuerzos. En 1914, a los dieciocho años, anotó una traducción al chino de Cai Yuanpei de la obra del filósofo alemán Friedrich Paulsen *System der Ethik.* Este divulgador filosófico sostenía que “la voluntad está antes que el intelecto” y que la ética es parte de la naturaleza. El comportamiento del universo es ético, y así también el del individuo; por lo tanto, las actitudes objetivas y subjetivas no están en disputa. Esta atribución de una posición ética frente al desarrollo fue particularmente útil para la generación china que debió reconciliar historia y valores, la herencia china de enseñanzas éticas con el conocimiento moderno proveniente del mundo científico.

Tras regresar a Hunan desde Beida justo antes del movimiento del 4 de mayo, Mao fundó un periódico de discusión y sugirió el enfoque dialéctico por el cual la fase de opresión del pueblo sería reemplazada por un período de transformación, y a la humillación y la debilidad chinas les seguiría una China emergiendo como nación líder. Esta idea expresaba el tema de la unidad de los opuestos, de larga data en el taoísmo. Mao defendía “la gran unión de las masas populares” argumentando que los grupos unificados que desde hacía tanto tiempo mantenían el dominio de la sociedad lo debían a que siempre habían permanecido unidos, y que ahora era el momento de que las masas hicieran lo mismo.

Aunque el pensamiento de Mao era cosmopolita y universal en sus términos, una de sus primeras actividades fue en el seno del movimiento por el autogobierno provincial de Hunan. Este intentó establecer una constitución para la provincia como un reflejo de la idea entonces popular de una federación de provincias independientes como el medio para la modernización del gobierno chino. El autogobierno debía sustentarse en la participación popular, en la movilización de todo el pueblo. Cuando su periódico fue clausurado a fines de 1919, Mao viajó nuevamente a Pekín y Shanghai, donde encontró espíritus afines. Pero aún no era un conspirador o un marxista, a pesar de haber organizado en 1920 un grupo de estudio de asuntos rusos y una rama de la Asociación de Jóvenes Socialistas en Hunan. Incluso después de concurrir a la reunión organizadora del Partido Comunista Chino, realizada en Shanghai en julio de 1921, no se comprometía aún con la lucha de clases. En 1923 organizó la Universidad Autodidacta de Hunan, uno de cuyos objetivos era utilizar la antigua forma de la academia *(shuyuan)* para vehicular los nuevos contenidos del aprendizaje moderno. Su última actividad en Hunan debía ser su trabajo en el movimiento sindical, pero fue obligado a huir a Shanghai en abril de 1923.

Estas observaciones acerca del tiempo que les tomó a los fundadores del PCCh el asimilar profundamente el marxismo-leninismo sugieren que la organización de un movimiento conspiratorio secreto para alzarse con el poder en China fue mucho más fácil de lograr en la forma, a diferencia del refinamiento de las teorías requeridas para dirigirlo. Durante miles de años, un sinnúmero de rebeldes habían formado hermandades secretas. De hecho, Sun Yatsen tuvo problemas para dejar atrás esta antigua modalidad de operación. Algunos registros de correspondencia del PCCh entre los comités de cada sección y el centro, recopilados por Tony Siach, indican tempranamente dificultades para imponer la disciplina de esa calle de un solo sentido denominada “centralismo democrático”. La indigenización del comunismo en China

sería un asunto tanto de estilo operacional como de ideas. El bolchevismo, que enfatiza el poder del Partido por sobre todas las cosas, fue sólo un descendiente del marxismo, que también tenía sus aspiraciones democráticas. Las ideas anarquistas residuales de ayuda mutua y de “aprendizaje del trabajo” -la conversión de los intelectuales en trabajadores y viceversa- seguirían siendo antibolcheviques pero de muy poca ayuda para una sociedad civil china.

En las décadas de 1910 y 1920 la experiencia de los académicos del Nuevo Movimiento Cultural y también de los empresarios industriales demostró que eran incapaces de establecer por sí mismos el poder del Estado. Carentes de un orden político, sólo podían esperar y ver lo que la historia les depararía.

14. La revolución nacionalista y el gobierno de Nankín

Sun Yatsen y el Frente Unido

La reunificación de la China dividida por los señores de la guerra, al igual que muchas reunificaciones previas, duró treinta años, desde cerca de 1920 hasta aproximadamente 1950. Como es típico de estos períodos, éste pareció infinitamente confuso a raíz del desarrollo de varios procesos paralelos. En materia de relaciones exteriores, en la década de 1920 apareció el Movimiento por la Recuperación de los Derechos, para abolir las iniquidades del sistema de los tratados. Sin embargo, después de 1931 tuvo que ceder el lugar a la resistencia patriótica contra el esfuerzo de los militaristas japoneses por conquistar China, esfuerzo que sería derrotado sólo en 1945. En lo que a política interna se refiere, un Frente Unido compuesto por dos dictaduras partidistas (ambas inspiradas en la Rusia leninista) intentó la unificación. Durante la década de 1920 el Partido Comunista Chino y el Partido Nacionalista (Kuomintang) cooperaron y compitieron para destruir el dominio de los señores de la guerra y acabar con el imperialismo. Tras su separación, en 1927, se convirtieron en rivales implacables, a pesar de volver a cooperar en forma nominal después de 1937 en un segundo Frente Unido contra Japón. Mientras tanto, después de instituido en 1928 el gobierno nacionalista en Nankín, en una China supuestamente reunificada, al interior del propio Kuomintang surgió una tercera línea de lucha. La disputa intrapartidaria se desató entre ciertos elementos de una sociedad civil aún en desarrollo y la autocracia militar cuya existencia se vio justificada por la invasión de Japón.

Cada una de estas tres líneas de pensamiento y acción enfrentadas confundieron a actores y observadores, y en conjunto hicieron de la China Republicana un enigma cargado de misterio e ideas falsas. Nuestro análisis debe comenzar por Sun Yatsen, un patriota cuya sinceridad se tradujo en una actitud notablemente desideologizada y oportunista: justamente lo que las circunstancias exigían.

Sun era un plebeyo oriundo del delta del Guangdong, cerca del Macao portugués. Vivió parte de su juventud en Hawai (¡donde obtuvo un premio por su inglés!), recibió instrucción médica en Hong Kong (“doctor Sun”) y, en 1896, saltó a la fama como un revolucionario pionero en China, cuando la legación Qing en Londres lo arrestó y luego tuvo que liberarlo. En 1905, ios expansionistas japoneses le ayudaron a formar la Liga Revolucionaria en Tokio y así, como una figura simbólica superior, fue proclamado en 1912 Presidente de la República de China por algunas semanas, hasta que Yuan Shikai ocupó el cargo.

La naturaleza ambivalente de la causa nacionalista de Sun Yatsen -esto es, sus objetivos limitados en cuanto a la reorganización de la sociedad china- emergió claramente en los años 20, a raíz de la decisión de Sun en 1922 de aprender de la Rusia soviética, y de la decisión de su sucesor Chiang Kai-chek (Jiang Jeshi) de romper relaciones con la misma en 1927.

La teoría leninista insertó el antiimperialismo en un ámbito más vasto que el nacional, y lo hizo parte de un movimiento de alcance mundial. Como el pensamiento político en China siempre estuvo basado en principios universales, y dado que el imperio chino desde siempre acogió al mundo civilizado, los revolucionarios chinos rápidamente procuraron basar su causa en doctrinas de validez universal. Aunque Sun Yatsen no suscribió la idea comunista de la lucha de clases, sí brindó su total reconocimiento a la utilidad de los métodos comunistas y aceptó su colaboración para la causa nacionalista.

Los bolcheviques rusos habían organizado el Komintern (la Internacional Comunista) en varios países a partir de grupos dispersos. El primer congreso del Komintern en 1919 impulsó la revolución en muchos puntos de Europa; después de 1921, sin embargo, con el giro de Lenin

hacia su Nueva Política Económica, aunque el Komintern aún competía con los restablecidos partidos socialistas europeos disminuyó su actividad revolucionaria. La excepción fue China.
Lenin sostenía que el capitalismo occidental utilizaba a los países retrasados de Asia como una fuente de ganancias que reforzaba el sistema capitalista. Sin la explotación imperialista de Asia, que permitía seguir pagando elevados sueldos a los trabajadores occidentales, el capitalismo colapsaría más rápidamente. Las revoluciones nacionalistas en Asia, que privarían a las potencias imperialistas de sus rentables mercados y sus fuentes de materias primas, constituirían por lo tanto un “ataque a los flancos” del capitalismo occidental en su punto más débil: las economías asiáticas, donde la dominación imperialista había explotado más cruelmente a la clase trabajadora.
El gobierno soviético capitalizó en China su propia impotencia renunciando grandiosamente a los privilegios derivados de los tratados inequitativos del zar. Pero más tarde resultó ser un negociador intransigente en relación a los viejos derechos zaristas en Manchuria, y su ministerio de asuntos internacionales mantuvo relaciones diplomáticas con el gobierno de Pekín y con los señores de la guerra en China del Norte mientras el Komintern trabajaba en forma subversiva en favor de la revolución.
Sun Yatsen, por su parte, y después de treinta años de agitación, vio opacarse su estrella hacia 1922. Había sido proclamado Presidente de la República de China en 1912 sólo para ver a su país desintegrarse bajo el dominio de los señores de la guerra. Su esfuerzo por unificar el país mediante los medios propios de estos tiranos lo llevó a negociar con militaristas oportunistas en Cantón. En junio de 1922 se vio superado por las circunstancias y huyó a Shanghai. En ese preciso momento, cuando Sun había demostrado su preeminencia como el líder nacionalista de China pero también su incompetencia para completar la revolución, decidió unir sus fuerzas con el Komintern. En septiembre de 1922 dio inicio a la reorganización del Kuomintang según los lincamientos soviéticos.
Este matrimonio por conveniencia, según una declaración conjunta del doctor Sun y de un representante soviético hecha pública en enero de 1923, constituía un arreglo estrictamente limitado. Allí se precisaba que Sun no favorecía el comunismo para China puesto que las condiciones no eran las apropiadas, que los soviéticos estaban de acuerdo en que China necesitaba la unión y la independencia, y que estaban dispuestos a brindar su ayuda a la revolución nacionalista china. Como le escribiera Sun Yatsen a Chiang Kai-chek en ese momento, él debía buscar apoyo donde fuera posible encontrarlo. Las potencias occidentales no ofrecían colaboración alguna. Sin embargo, a pesar de que ahora Sun buscó y aceptó la ayuda soviética rusa, el comunismo no reemplazó en su mente a sus propios Tres Principios del Pueblo -nacionalismo, derechos del pueblo o democracia y subsistencia del pueblo- como programa para la revolución china, aun cuando consideraba útil incorporar a sus ideas el énfasis comunista en un movimiento de masas inspirado por el antiimperialismo.
Sobre la base de esta inestable alianza pronto comenzó a llegar la ayuda soviética. Tras haber restablecido su gobierno en Cantón a comienzos de 1923, Sun envió a Chiang Kai-chek por tres meses a Rusia. En 1924, éste regresó para encabezar la nueva Academia Militar de Whampoa en Cantón. Mientras tanto, Michael Borodin, asesor soviético y hábil organizador que había vivido en Estados Unidos, se convirtió en el experto del Kuomintang en cómo hacer la revolución. Colaboró en la fundación de un instituto político para el entrenamiento de propagandistas, para enseñar a los políticos del Kuomintang a asegurarse el apoyo de las masas. Siguiendo el modelo soviético, el Kuomintang desarrolló ahora células locales, las que elegían representantes a los congresos del partido. En enero de 1924 se convocó el primer congreso nacional, y allí se eligió a un comité ejecutivo central como la máxima autoridad del partido, siempre siguiendo el patrón soviético. Borodin redactó su nueva constitución.
El objetivo ulterior del Komintern, además de colaborar con la revolución nacionalista, era desarrollar el Partido Comunista Chino y situarlo en una posición estratégica al interior del Kuomintang que le permitiera a la larga asumir el control. Por acuerdo con el Kuomintang, los miembros del Partido Comunista Chino eran admitidos en aquél en calidad de individuos, mientras que el Partido continuaba su existencia en forma separada. Esta admisión de los comunistas, una estrategia de “enclave”, sólo fue aceptada por el naciente PCCh tras la insistencia del representante del Komintern. A Sun Yatsen le pareció factible porque el PCCh aún contaba con muy pocos miembros, porque ambos partidos estaban unidos contra el imperialismo y el objetivo del Kuomintang era dirigir un amplio movimiento nacional multiclasista que evitara la lucha de clases. Asimismo, Sun sentía que existía realmente muy poca diferencia entre la subsistencia del pueblo y el comunismo -al menos tal como se observaba en la Nueva Política Económica de Lenin-, y que los comunistas chinos no eran más

que un grupo de “jovenci-tos” que esperaban monopolizar la ayuda rusa y a quienes cuando fuese necesario Rusia desautorizaría para cooperar con el Kuomintang.
Los comunistas chinos, por su parte, definitivamente buscaban el apoyo de clase entre los trabajadores urbanos, los campesinos pobres y los estudiantes; pero debieron reconocer que su base seguía siendo poco sólida. En consecuencia, intentaron no entrar en desacuerdo con el movimiento nacionalista y emplearlo para sus fines sin provocar la hostilidad de sus principales elementos no comunistas. No hay que olvidar que en ese momento el Partido Comunista Chino estaba aún en pañales. En 1922 apenas contaba con poco más de trescientos miembros, y hacia 1925 con aproximadamente 1.500, mientras que en 1923 el Kuomintang alcanzaba alrededor de 50 mil integrantes. Basándose en el estudio de antiguos documentos del PCCh, Tony Saich alude al falso sentimiento de progreso de los comunistas bajo la estrategia de enclave. De hecho, el que los miembros del PCCh ostentasen altos cargos en el Kuomintang no les dio poder, sólo influencia. Cuando en mayo de 1926 el PCCh sostuvo que dirigía a 1 millón 250 mil trabajadores por la simple razón de que sus representantes habían participado en el Tercer Congreso de Trabajadores dominado por el PCCh, estaba levantando “no un coloso sino más bien un Buda” con pies de barro. En el primer Frente Unido, en los años 20, el PCCh no logró establecer bases urbanas ni rurales de apoyo a largo plazo.
Así, la alianza del Kuomintang y los comunistas fue desde un comienzo muy precaria, y lo que la mantuvo fue el provecho de cada grupo para el otro, la existencia de un enemigo común -el imperialismo- y, mientras vivió, el predominio de Sun Yatsen sobre los elementos más anticomunistas de su partido.
En 1925, China experimentó una gran ola de sentimiento antiimperialista a nivel nacional a raíz de manifestaciones estudiantiles y ataques imperialistas armados en incidentes en Shanghai y Cantón (30 de mayo y 23 de junio de 1925, respectivamente). Esta sólida prueba de la persistencia del injusto sistema de los tratados y de los privilegios de los extranjeros dio origen al Movimiento del Treinta de Mayo, que se expandió por todo el país y promovió un prolongado boicoteo y una huelga contra los británicos en Hong Kong.

El ascenso al poder de Chiang Kai-chek

Tras la prematura muerte del doctor Sun en marzo de 1925, sus seguidores cosecharon entre 1926 y 1927 el éxito de la Expedición del Norte desde Cantón hasta el valle del Yangtsé. Los recién instruidos agitadores de la revolución nacionalista precedieron a los ejércitos de Chiang Kai-chek, apuntalados por asesores y armas rusas. Mediante la propaganda previa, la agitación popular y el soborno de “balas de plata”, los seis ejércitos principales de la Expedición del Norte derrotaron o absorbieron las fuerzas de alrededor de 34 señores de la guerra en China del Sur.
De este modo, el nacionalismo chino entre 1925 y 1927 alcanzó sus más altas cotas de expresión, concentrándose ahora en Gran Bretaña, la principal potencia imperialista. Para defender su posición, los británicos decidieron por una parte devolver a China sus concesiones en Hankou y Jiujiang sobre el Yangtsé y, por otra parte, estructurar con el apoyo de las potencias una fuerza internacional de 40 mil soldados para proteger Shanghai. La mayoría de los misioneros -varios miles- evacuaron las misiones en el interior temiendo un brote de xenofobia. Cuando las tropas revolucionarias llegaron a Nankín en marzo de 1927, los residentes extranjeros fueron atacados y seis de ellos resultaron muertos; los demás pudieron escapar bajo el fuego protector de las cañoneras norteamericanas y británicas.
En ese momento, la primavera de 1927, el distanciamiento latente entre el ala derecha y el ala izquierda de la revolución finalmente se tradujo en separación. Durante dos años la derecha y la izquierda del movimiento habían cooperado unos con otros en general, a pesar de que ya en marzo de 1926 Chiang Kai-chek había capturado a elementos izquierdistas en Cantón con el supuesto fin de impedir una conspiración para secuestrarlo. Los tres meses que pasó en Rusia en 1923 le habían hecho consciente de los métodos soviéticos y sospechoso de los objetivos comunistas. El éxito de la Expedición del Norte puso finalmente de manifiesto la problemática situación.
En síntesis, hacia marzo de 1927 el ala izquierda del Kuomintang y los comunistas dominaban el gobierno revolucionario, que se había trasladado de Cantón a Wuhan. Muchos líderes se reunieron allí: la señora Sun Yatsen y Wang Jingwei -la viuda y el principal discípulo del fundador- y Borodin, el asesor clave de la revolución. Wuhan había sido proclamada nueva capital nacional, lo que se ajustaba a la estrategia comunista, puesto que se trataba de un

gran centro industrial. Dos miembros del PCCh fueron designados como ministros del gabinete; este gobierno, sin embargo, era militarmente débil.
Chiang Kai-chek, con el apoyo de los líderes más conservadores del Kuomintang, se proponía apoderarse de la rica y estratégica zona del bajo Yangtsé. Chiang provenía del interior de Ningbo, vivió en un ambiente de mercaderes y nobleza, su entrenamiento militar lo realizó en China del Norte y Tokio, y heredó la típica mentalidad confuciana (no liberal) chino-japones^. En 1927, después de que la región de Shanghai-Nankín estuvo bajo su dominio, logró adelantarse a los comunistas y consolidar su posición mediante la fuerza militar. En abril de ese mismo año, las tropas y los barcos de guerra extranjeros se enfrentaron en Shanghai a los sindicatos obreros dirigidos por los comunistas, quienes habían asumido el control de la ciudad. Por órdenes del Komintern, éstos esperaron a Chiang suponiéndolo su aliado, sólo para ser más tarde atacados y diezmados por sus fuerzas en una sangrienta traición, con la colaboración de los hampones de la Banda Verde de Shanghai.
Chiang estableció su capital en Nankín; poco tiempo después un general local tomó el control en Wuhan y destituyó al gobierno izquierdista; algunos de sus líderes huyeron a Moscú. El nuevo gobierno en Nankín expulsó a los comunistas chinos de sus filas e infundió el terror a nivel nacional para suprimir a los revolucionarios comunistas. Este esfuerzo resultó muy exitoso mientras duró. Pequeños contingentes de tropas dirigidas por comunistas se rebelaron y, en diciembre de 1927, los comunistas intentaron un golpe de Estado en Cantón. Pero, tras fallar en el intento por asumir el poder, se retiraron a las zonas rurales montañosas, en especial a la provincia de Jiangxi en China Central.
Este ignominioso fracaso del experimento de laboratorio del Komintern en la revolución en China se debe en parte a una lucha por el poder en Moscú. Trotski y sus seguidores criticaron la decisión del Komintern de trabajar a través del Kuomintang. Previeron la traición de Chiang Kai-chek e instaron a un programa independiente para desarrollar en China soviets de trabajadores y campesinos bajo un liderazgo exclusivamente comunista. No obstante, Stalin y sus partidarios argumentaron que la existencia de un movimiento comunista independiente en un país tan atrasado invitaría a la represión más temprano que tarde. Ellos ansiaban ver la revolución en una etapa ya más avanzada, para que los comunistas pudieran deshacerse de sus aliados del Kuomintang, según palabras de Stalin, como si fuesen “limones exprimidos”.
Sin duda que gran parte de la ineptitud del Komintern se debió a su lejanía del lugar de la acción. Difícilmente Stalin podría haber sido -con la ayuda de la dialéctica marxista- el cerebro de la incipiente revolución en un lugar como Shanghai, donde el proletariado apenas si comenzaba a organizarse. El plan del Komintern para China también se vio frustrado por el hecho de haber dotado al Kuomintang de un aparato partidario centralizado al estilo soviético, que era mucho más difícil de subvertir que un partido parlamentario abierto de estilo occidental.
La ruptura de Chiang Kai-chek con los comunistas representó el ánimo de consolidar los logros de la revolución nacional en un cierto nivel del proceso revolucionario, sin llegar a la lucha de clases, a la revolución social o a la reorganización de la vida campesina en las aldeas. Esta consolidación del gobierno de Nankín, combinada con campañas militares para reprimir revueltas, permitió a Chiang y a los líderes del Kuomintang exhibir una cierta unidad nacional en la superficie, obtener el reconocimiento de las potencias y dar comienzo al proceso de desarrollo administrativo, un prerrequisito indispensable para abolir los tratados inequitativos.
En la primavera de 1928, Chiang dirigió otra expedición hacia el norte, desde el Yangtsé hasta Pekín; esta última fue ocupada en junio y rebautizada como Beiping (“paz del norte”). El joven señor de la guerra de Manchuria completó en noviembre la unificación nominal de todo el territorio chino reconociendo la jurisdicción del gobierno de Nankín; mientras tanto, éste firmó tratados con cada una de las potencias extranjeras, obteniendo el reconocimiento internacional para la revolución nacionalista.
Varias conclusiones emergen en este punto. A pesar de que el Kuomintang se hizo con el poder, en su interior cohabitaban elementos tan dispares que se hizo imposible su funcionamiento como una dictadura del partido; en lugar de ello, pronto se convirtió en una dictadura de Chiang Kai-chek. Al principio, el impulso motriz había sido el nacionalismo, primero contra la dominación extranjera manchú después de 1905, y más tarde -después de 1923- contra el imperialismo de las potencias involucradas en el sistema de tratados. La ideología del Kuomintang, tan necesaria para inspirar a los activistas estudiantiles, se basaba nominalmente en los Tres Principios del Pueblo proclamados por Sun Yatsen, pero en realidad éstos constituían más una plataforma partidaria (un conjunto de metas) que una ideología (una teoría de la historia). El Kuomintang se vio impedido de avanzar ante la tiranía regional

de los señores de la guerra en Cantón hasta que en 1923 se alió con la Unión Soviética, se reorganizó según parámetros leninistas, formó un ejército adoctrinado del partido y creó un Frente Unido con el PCCh. Los cuatro años de ayuda soviética y colaboración del PCCh, unidos a la aversión patriótica marxista-leninista hacia el "feudalismo" de los señores de la guerra y el "imperialismo" de las potencias extranjeras llevaron al Kuomintang al poder.
De esta enrevesada historia se desprende que, en el fondo, la China del siglo XX ha contado con un solo movimiento revolucionario: el socialismo, liderado principalmente por el PCCh (quizá ello le otorgue al Kuomintang una mejor imagen, como si hubiese estado dedicado a la construcción del Estado y a la reformas y no a la interminable violencia de la lucha de clases).
La traicionera masacre del PCCh ordenada por Chiang Kai-chek en 1927 en Shanghai, aunque favoreció el reconocimiento de las potencias al gobierno de Nankín el año siguiente, tendió a disipar el espíritu revolucionario del Kuomintang. Pronto éste se hallaría a la defensiva no sólo frente al PCCh, sino también ante Japón.

La naturaleza del gobierno de Nankín

El gobierno nacionalista establecido en Nankín en 1928 parecía el más prometedor desde 1912. Muchos de sus funcionarios eran patriotas muy competentes educados en el extranjero y desempeñaban las funciones inherentes a una moderna nación-estado. La escena urbana pronto se llenó de los entretenimientos de la vida moderna -películas, automóviles, teatro, artes y oficios diversos, libros y revistas-, así como de profesores en las universidades. Las instituciones chinas incluían la docena de institutos de investigación de la Academia Sínica, el Ministerio de Salud Pública del gobierno nacionalista, su Oficina Nacional de Investigación Agrícola, el versátil trabajo del Servicio Marítimo de Aduanas, el Banco de China y un sinnúmero de agencias similares. Este crecimiento encarriló los esfuerzos por construir una sociedad civil como la descrita más arriba.
Las potencialidades del gobierno nacionalista, lo que podría haber hecho por el pueblo chino, pronto quedó en nada ante la irrupción del militarismo japonés, que se apoderó de Manchuria en 1931, invadió Shanghai en 1932 y después toda la zona de Pekín -Tianjin, atacando China por completo desde 1937 hasta 1945. Durante las décadas de 1930 y 1940, la tecnología industrial y el espíritu chovinista de los japoneses retrasaron la causa de la civilización en China, tal como hicieran los alemanes en Europa. La fragilidad inherente a la dictadura del Kuomintang en Nankín se vio magnificada bajo la presión de los preparativos para la guerra, y después por la lucha propiamente tal.
La pérdida del ímpetu revolucionario constituyó una primera debilidad. De acuerdo con la teoría de Sun Yatsen de las tres etapas de la revolución -unificación militar, tutela política y democracia constitucional-, el año 1929 fue proclamado como el comienzo del período de tutela política bajo la dictadura del Kuomintang.
Desde la reunión del Primer Congreso del Partido en enero de 1924 y su organización según el patrón soviético, el Comité Ejecutivo Central (CEC) se convirtió en el principal depositario de la autoridad política. Los altos funcionarios de gobierno eran escogidos por el CEC, usualmente de entre sus propios miembros. El gobierno constitucional fue pospuesto. Los ministerios del Partido, como los de Información, Asuntos Sociales, Asuntos Internacionales u Organización del Partido, funcionaban como parte de la administración central pero en la forma dependían del Kuomintang, no del gobierno. Así, el partido y el gobierno pasaron a ser una misma cosa.
Pero de este modo el Kuomintang se convirtió en un ala de la burocracia y perdió su misión revolucionaria. Se abandonó o redujo la antigua supervisión de la administración local por parte del partido, su trabajo político en el ejército y sus tribunales penales especiales para procesar a los contrarrevolucionarios; lo mismo ocurrió con las masivas organizaciones de obreros, campesinos, jóvenes, comerciantes y mujeres. Estos movimientos de masas habían movilizado al pueblo para apoyar la Expedición del Norte, pero ahora los dueños del poder en Nankín sospechaban de las procesiones, las manifestaciones y los mítines populares. Así, desalentaron los movimientos estudiantiles calificando toda la agitación de mediados de los años 20 como una provechosa herramienta para vencer a los señores de la guerra que, ahora que el poder estaba en sus manos y podían organizarse con el fin de mantener el control, había perdido todo valor. A raíz de esta actitud, el Kuomintang vio menguar el número de sus miembros: hacia fines de 1929 contaba con apenas 550 mil integrantes, de los cuales 280 mil eran militares. Sus miembros en Shanghai eran principalmente funcionarios o policías.

Lejos de poseer una orientación burguesa, el Kuomintang destruyó la semiautonomía de los hombres de negocios de Shanghai. Mediante métodos gangsteriles de rapto y asesinato intimidaba a los comerciantes para obligarlos a contribuir con grandes sumas de dinero para el ejército. Con la creación de estructuras paralelas a las cámaras de comercio, a la vez que reagrupaba los gremios y hacía rotar al personal, el Kuomintang forzó la clausura de la Cámara de Comercio General y amedrentó a la élite de los mercaderes. La nueva Dirección de Asuntos Sociales supervisaba ahora a las organizaciones profesionales, resolvía conflictos, recopilaba estadísticas, realizaba labores filantrópicas, se ocupaba de las medidas de higiene y seguridad y organizaba la planificación urbana. Los círculos oficiales absorbieron la clase mercantil.
El Kuomintang también asumió el manejo de las maniobras de sabotaje contra el comercio japonés, las que pasaron a ser organizadas y financiadas por el gobierno y se convirtieron en movimientos de masas de espontaneidad controlada que, según el estilo terrorista, podían tornarse contra los principales comerciantes. Bergére afirma que el Municipio del Gran Shanghai hizo valer "lo que equivalía a derechos de fiscalización sobre los funcionarios de la Colonia Internacional". Los miembros de la Banda Verde -20 mil o quizá hasta 100 mil hombres- se convirtieron en agentes del Kuomintang listos para perseguir y atrapar a los líderes gremiales y a los comunistas, al tiempo que continuaban aterrorizando a los comerciantes pudientes que rehusaban entregar fondos al gobierno. Las áreas de concesión de Shanghai ya no podían considerarse un refugio para los ciudadanos bhinos.
Los banqueros de Shanghai, como los de Pekín y Tianjin, comenzaron a amasar fortunas mediante el otorgamiento de préstamos públicos al gobierno. Entre 1927 y 1931 suscribieron la mayor parte de los préstamos internos, los que totalizaron alrededor de mil millones de dólares. Los bonos gubernamentales se vendían bajo su valor nominal, y conferían a los bancos un pago de interés real del 20%, si no más.
Algunos de los adelantos debidos al gobierno de Nankín fueron la abolición del *likin* en 1931 y la recuperación de la autonomía arancelaria. Se fundó una moderna casa de moneda y se abolió el tael en marzo de 1933. El Consejo Económico Nacional fue creado para administrar los fondos de ayuda extranjera. Finalmente, un golpe bancario fusionó, en 1935, los cuatro principales bancos en un solo Banco Central, y determinó que la moneda nacional se transformara en una moneda controlada, sujeta a la inflación. El gobierno se aseguró el control sobre dos tercios del sector bancario, impuso tributos cada vez más onerosos al comercio, gravó la producción con impuestos consolidados y elevó los derechos de aduana.
En general, parecía que el "aparato burocrático triunfante estaba a punto de reprimir una vez más el espíritu empresarial", según palabras de Etienne Balazs. Mientras los funcionarios de alto rango cuidaban de sus propios intereses, el gobierno utilizaba los negocios modernos para reforzar su propia autoridad, no para fortalecer la economía mediante la inversión en empresas productivas. Habiendo renunciado al impuesto territorial en favor de los gobiernos provinciales, el régimen de Nankín subsistió en forma parasitaria gracias a los impuestos al comercio, perjudicando al sector industrial en lugar de estimularlo por todos los medios. Estas políticas contrarias al desarrollo desalentaron tanto la inversión productiva nacional como los préstamos de capital extranjero. Una hipótesis señala que la década de Nankín probablemente fue testigo de un continuo estancamiento en la economía agraria sin un aumento apreciable en la productividad per cápita. A ello se añadió el insensato crecimiento del "capitalismo burocrático", es decir, del dominio de la industria y las finanzas por parte de funcionarios y camarillas políticas que se enriquecían a expensas de la manipulación de monopolios, recursos, programas de desarrollo y agencias gubernamentales. Como resultado, Nankín no fue capaz de desarrollar un régimen fiscal sano y solvente, y mucho menos un avance significativo hacia un auténtico proceso de reinversión e industrialización autosostenidas. Los ahorros fueron destinados a gastos ordinarios del gobierno o a la especulación privada, y los bienes de capital de la nación permanecían sin movilizar, ni siquiera con fines militares.
Historiadores de la economía como William C. Kirby (1984) han insistido en la modificación de este punto de vista negativo, afirmando que, a pesar de sus deficiencias durante la época de guerra, el régimen nacionalista sí logró un cierto grado de afianzamiento del Estado. Ello quedaría demostrado especialmente en el caso de las industrias militares bajo la Comisión Nacional de Recursos. En cualquier caso, la mayoría de los investigadores concuerda en el hecho de que el gobierno de Nankín no se caracterizó por representar los intereses de una burguesía, sino más bien por el anhelo de perpetuarse en el poder, muy a la manera de los regímenes dinásticos.
Si el gobierno nacionalista no fue "burgués", ¿fue entonces al menos "feudal"?; en otras palabras, ¿representaba el interés de los terratenientes? La respuesta no está clara. Como

Nankín delegó a las provincias la recaudación del impuesto territorial, los regímenes provinciales, faltos de ingresos, por lo general dejaban a los terratenientes la posesión de sus tierras. Los oficiales de ejército del gobierno central, en particular, podrían haberse convertido en importantes latifundistas. El gobierno de Nankín estaba en contra de la movilización del campesinado, pero sí favorecía la centralización del poder, no su dispersión. El término “feudal” carece de un significado preciso; resulta más práctico considerar al gobierno de Nankín como uno de carácter dual, esto es, comparativamente moderno en los centros urbanos y en su contacto con el extranjero, y reaccionario en su competencia tradicional con los señores de la guerra de las provincias. En el frente externo, Nankín pudo continuar con el esfuerzo por modernizar a lo menos los aspectos accesorios del gobierno, mientras que en el frente doméstico de los señores de la guerra prosiguió con la represión del cambio social. Los extranjeros estaban muy atentos a lo que este gobierno prometía, suponiendo a la manera angloamericana que la única forma de que China progresara era mediante una reforma gradual.

Debilidades sistémicas

El gobierno de Nankín exigía la aprobación extranjera basándose antes que nada en su modernidad. Los grandes ministerios de relaciones exteriores, finanzas, economía, educación, justicia, comunicaciones, guerra y marina levantaron en Nankín imponentes edificios para sus oficinas bajo el alero de la división ejecutiva *(yuan)* del gobierno. Al mismo tiempo, junto a la rama legislativa y la judicial se estableció la del control -es decir, la censora- y la de auditoría, así como la de examinaciones para la administración pública. Los miembros de estos nuevos ministerios eran hombres talentosos, muy conscientes del deshonroso lugar que China ocupaba en el mundo. Estos se dieron a la tarea de aplicar la ciencia moderna a los problemas nacionales de siempre. En un primer momento, había en el aire una nueva atmósfera de esperanza.
Sin embargo, ésta chocó con un segundo punto débil de la China del Kuomintang: la limitada capacidad del gobierno de Nankín frente a una aplastante masa de cuatrocientos millones de habitantes. En ese momento, las instalaciones y el equipamiento moderno eran mínimos en China. Bélgica la superaba en producción industrial; su fuerza marítima y aérea era insignificante y, en relación a los artefactos y enseres típicos de la vida norteamericana, no llegaba al nivel de un estado del Medio Oeste. No obstante, este pequeño y relativamente insignificante estado moderno deseaba expandirse sobre la base de un pueblo vigoroso en un vasto y antiguo territorio. En general, la población china todavía pagaba pocos impuestos. Thomas Rawski (1989) descubrió que, a comienzos de la década de 1930, los impuestos centrales, provinciales y locales ascendían en conjunto aproximadamente a sólo un 5 a 7% de la producción total de China. Aun así, los modernizadores de Nankín deseaban fomentar la agronomía moderna, los ferrocarriles y las carreteras para el transporte público, una prensa nacional, un sistema de comunicaciones y la innovadora idea de otorgar oportunidades a los jóvenes y las mujeres. Como influencia occidentalizadora, Nankín encontró el apoyo más decidido en las ciudades de los puertos abiertos, sus mayores ingresos en los impuestos cobrados por la Aduana Marítima al comercio exterior, y tuvo su mayor dificultad en su acercamiento al campesinado. En efecto, en sus inicios controlaba sólo las provincias del bajo Yangtsé. Constantemente estuvo inmerso en una lucha política, y a menudo militar, por dominar los regímenes de los señores de la guerra en las provincias.
Finalmente, el gobierno nacionalista se vio minado desde el principio por debilidades sistémicas, en particular en relación con su personal. Antes de la Expedición del Norte de 1926, el Kuomintang en Cantón había integrado a los sobrevivientes de la Alianza Revolucionaria de la generación de Sun Yatsen y también a activistas idealistas más jóvenes que por lo general pertenecían simultáneamente al Kuomintang y al PCCh. La influencia soviética representada por Borodin fue compensada con el naciente liderazgo militar de Chiang Kai-chek. Al cabo de cinco años, sin embargo, el vigoroso doctor Jekyll de Cantón se había transformado en el sórdido señor Hyde de Nankín. ¿Qué provocó el cambio del carácter del movimiento nacionalista en un lapso tan breve?
Por supuesto, uno de los factores fue la matanza de los comunistas y el rechazo o la represión de aquellos que sobrevivieron. Se erradicó el idealismo juvenil al estilo del PCCh. Un segundo factor fue la enorme influencia ejercida por los nuevos miembros del Kuomintang provenientes de las filas de la antigua burocracia y de los regímenes de los señores de la guerra. El

Kuomintang jamás se caracterizó por la cuidadosa selección de sus miembros, y tampoco por imponer la disciplina partidaria. Siempre fue un cúmulo de facciones en competencia no sujetas a un control central, y habitualmente admitía el ingreso de toda persona que solicitara la calidad de miembro. Algunos señores de la guerra inscribieron a ejércitos completos. Una vez en el poder en Nankín, el idealismo revolucionario del Kuomintang se fue diluyendo con la admisión de funcionarios corruptos y volubles y con la acumulación de oportunistas por lo general carentes de principios. Como relata Lloyd Eastman (1974), ya en 1928 Chiang Kai-chek, que sentía la responsabilidad del liderazgo, afirmó que "los miembros del Partido ya no luchan ni por los principios ni por el pueblo... los revolucionarios se han degenerado, han perdido el espíritu revolucionario y la valentía revolucionaria". Sólo luchaban por el poder y el beneficio personal, y ya no estaban dispuestos a sacrificarse. En 1932, Chiang declaró categóricamente: "la revolución china ha fracasado".

En pocas palabras, al asumir el poder la naturaleza del Kuomintang cambió. Después de todo, lo había logrado utilizando al hampa de Shanghai en contra de los comunistas. En un comienzo muchos chinos se unieron a la causa de Nankín, pero los males del burocratismo de la vieja escuela pronto los desilusionaron. La policía del Kuomintang, además de imponer la estrategia del terror blanco para destruir al PCCh, atacó, reprimió y en ocasiones ejecutó a diversas personas pertenecientes a otros partidos y a diferentes profesiones. La prensa, aunque sobrevivió, quedó sujeta a una fuerte censura. Los editores fueron acosados y algunos asesinados. Los *colleges* y las universidades fueron todos puestos bajo regulación, se les exigió la enseñanza de los Tres Principios del Pueblo y fueron constantemente tutelados para vigilar la aparición de tendencias no ortodoxas. Toda persona preocupada por el pueblo era considerada filocomunista. Esta postura anticomunista desanimó, por no decir impidió, todo tipo de proyectos para mejorar las condiciones del pueblo. Fue así como el Kuomintang se desvinculó del esfuerzo revolucionario. El oportunismo corrupto y la administración ineficiente acompañaron la represión y la censura. La antigua consigna de "sé funcionario y hazte rico" renació con fuerza.

Este desastre significó un gran peso sobre los hombros de Chiang Kai-chek, quien continuó siendo un austero y dedicado aspirante a unificar su patria. Hacia 1932 estaba totalmente desilusionado de su partido y también de la democracia occidental, la que no prometía ningún liderazgo fuerte. Así las cosas, inició la organización de un grupo fascista conocido popularmente como los Camisas Azules, un grupo cuidadosamente seleccionado compuesto por unos cuantos miles de fervorosos oficiales de ejército, los que secretamente se dedicaban a fortalecer la imagen de líder de Chiang Kai-chek y a servirlo a la manera de Mussolini y Hitler. El Movimiento por la Vida Nueva, surgido en 1934 con el fin de inculcar públicamente las antiguas virtudes y mejorar la conducta personal, en gran parte contó con el trabajo clandestino de los Camisas Azules. Si las dictaduras fascistas en Europa hubiesen mantenido sus vínculos con China, este movimiento fascista bajo el gobierno de Nankín se habría fortalecido mucho más.

Una de las claves de la permanencia de Chiang Kai-chek en la cumbre del poder fue que jamás se comprometió con ninguna facción. Afirmó ser un metodista devoto, y así obtuvo la ayuda de los misioneros para la reconstrucción. En ocasiones apoyó a su aparato organizacional del Kuomintang en contra de los Camisas Azules, pero en general paralizó al Kuomintang y no lo dejó participar en la administración, mientras se las componía para hallar un equilibrio entre el círculo de sus antiguos estudiantes de Whampoa y otros grupos del ejército, o entre los administradores de la camarilla de la Ciencia Política y el círculo de organizadores del partido conocido como CC (de los hermanos Chen). Tan decisivo fue su papel que las decisiones finales no podían tener otro origen, y menos que ninguno la participación de la masa popular. Al igual que Yuan Shikai veinte años antes, Chiang descubrió que la política china parecía exigir un dictador. Ostentó diversos cargos en distintos momentos, lo que obviamente lo convertía en el único hombre a la cabeza: sus tácticas políticas habrían sido totalmente claras para la Emperatriz Viuda. Una de las figuras modelo de Chiang fue Zeng Guofan, quien al reprimir a los Taiping había sido su antecesor en la salvación del pueblo chino de una revolución destructiva.

En síntesis, Chiang resultó el heredero de la tradición de la clase dirigente china: su liderazgo moral se expresaba en términos confucianos, mientras que el estilo de trabajo de su administración manifestaba los antiguos males de la ineficacia. Como dijo Chiang en 1932: "Al llegar a una oficina gubernamental cualquier proyecto se *yameniza:* todos los planes de reforma son manejados con indiferencia, negligencia e ineficiencia". Un resultado de ello fue que los planes trazados en teoría para hacer progresar las áreas rurales muy pocas veces

llegaron a concretarse; el desarrollo económico recibió también menos atención de la que merecía.
No fue mucho lo que prosperó la constitución de cinco poderes de Sun Yatsen bajo el gobierno de Nankín. El poder (*Yuan)* ejecutivo opacó al legislativo; sin embargo, el primero se encontró con la rivalidad de los ministerios del partido tal como con sus propios ministerios. El Yuan examinador realmente no funcionó. Eastman informa que "hacia 1935, por ejemplo, sólo 1.585 candidatos habían completado en forma exitosa sus exámenes para la administración pública"; muchos ni siquiera recibieron puestos oficiales. Nuevamente, el Yuan de control heredó algunas de las funciones de los censores de antaño, pero fue casi totalmente ineficaz. Entre 1931 y 1937, "se presentó con casos de supuesta corrupción que involucraban a 69.500 funcionarios. De éstos, el Yuan enjuició solamente a 1.800 personas". Peor aún, el Yuan de control no tenía poder de decisión judicial, y de los 1.800 funcionarios acusados de corrupción, sólo 268 fueron realmente declarados culpables por el sistema legal. De estos últimos, 214 no recibieron pena alguna, 41 recibieron una pena leve y sólo trece personas fueron destituidas de sus cargos.
La Comisión de Asuntos Militares encabezada por Chiang Kai-chek tenía el mismo peso que los cinco Yuan del gobierno civil juntos; dicho organismo consumió la mayor parte de los ingresos del gobierno de Nankín y estableció un gobierno militar *defacto* por su cuenta. Chiang, tras haberse librado naturalmente de los asesores militares rusos, los reemplazó por alemanes y estableció su escalafón militar totalmente separado del gobierno civil. El personal en general y lo que llegó a ser la Comisión de Asuntos Militares, con sus diversos ministerios, estaban bajo las órdenes de Chiang en su calidad de comandante en jefe, mientras que las cinco ramas del gobierno civil lo estaban por ser también el Presidente. Para el entrenamiento, los asesores militares alemanes organizaron un enorme establecimiento militar, para el cual planearon obtener asistencia de la industria alemana. En 1930 llegó desde Alemania una Comisión de Estudios de China que permaneció allí tres meses; se fundaron varias instituciones culturales para estrechar las relaciones entre ambas naciones, y una línea aérea civil chino-alemana fue inaugurada.
Acicateados por la toma de Manchuria por los japoneses en 1931, los intelectuales de Pekín, entre otros, abogaron por un fortalecimiento industrial nacional para la autodefensa. Los científicos se movilizaron. Un geólogo instruido en Alemania se convirtió en ministro de Educación. En 1932 comenzó la organización de lo que posteriormente sería la Comisión Nacional de Recursos (CNR), bajo el liderazgo del geólogo Weng Wenhao, un graduado del sistema de exámenes, de altísimo nivel, que había obtenido su doctorado en geología y física en Lovaina. Impecablemente honesto y extremadamente inteligente, Weng llegó a ocupar en el gobierno nacionalista los más altos cargos relacionados con el desarrollo económico. La CNR estaba en línea directa bajo el mando de Chiang y de los militares. Su objetivo era crear industrias básicas estatales de acero, electricidad, maquinaria y arsenales militares. Parte del plan consistía en asegurar la inversión extranjera, especialmente desde Alemania. Hacia 1933 ya funcionaba en China una comisión militar consultiva alemana, cuyo objetivo era la cooperación militar e industrial. El tungsteno chino llegó a ser muy importante para la industria alemana. El general Hans von Seeckt, organizador del ejército alemán moderno, visitó China en dos ocasiones y abogó por la formación de un moderno ejército de élite con un nuevo cuerpo de oficiales.
De este modo, al momento del ataque de los japoneses en 1937 el gobierno nacionalista había desarrollado una prometedora relación con la Alemania nazi; sin embargo, un incremento paralelo de las relaciones nazis con Japón, así como el pacto nazi-soviético de agosto de 1939, pronto dejaron a China dependiente de una cantidad, todavía mínima, de ayuda norteamericana en vez de la alemana.

15. La reaparición del Partido Comunista Chino

Problemas de la vida en el campo

En los orígenes de un movimiento revolucionario la mentalidad popular de los agricultores analfabetos resulta difícil de percibir, mientras que las condiciones de vida pueden apreciarse en la situación económica y, con suerte, en las estadísticas. El crecimiento económico de China durante la era republicana, desde 1912 hasta el ataque japonés de 1937, aún es objeto de debate. Un enfoque optimista -basado en gran medida en las estadísticas generales de producción, comercio e inversión- menciona cifras impresionantes, como el gran aumento en la producción y consumo de tejidos de algodón, que a mediados de los años 30 significaba más algodón que Gran Bretaña y Alemania juntas. Thomas Rawski ha clasificado estadísticas de crecimiento en servicios bancarios, masa monetaria, escala de salarios, transporte y embarques, consumo y otras similares, las que en su conjunto corren paralelas a un crecimiento constante de la población. Rawski imagina una sociedad bajo un continuo proceso de industrialización. No obstante, en un país tan grande este panorama general puede haber incluido enormes barriadas urbanas e innumerables aldeas empobrecidas.

Dos son las escuelas de pensamiento acerca de la pobreza rural en China. Una de ellas ha destacado la explotación del agricultor por parte de la clase dirigente a través de las rentas, la usura y otras exacciones, dando como resultado una mala distribución del ingreso. Esta idea de la explotación por parte de la clase terrateniente calza con la teoría marxista y para mucha gente se convirtió en un artículo de fe. La otra escuela, como lo explica Ramón Myers (1970), más "ecléctica", ha recalcado las diversas razones de la baja productividad de la antigua economía agrícola: las granjas de poco menos de una hectárea por familia eran demasiado pequeñas, e incluso estos reducidos terrenos eran inadecuadamente trabajados; los campesinos no contaban con el capital suficiente y su acceso a la nueva tecnología era limitado; existía muy poco control sobre la naturaleza, y los primitivos medios de transporte aumentaban los costos de comercialización. Los defensores de esta interpretación destacan el que la mayoría de los agricultores chinos eran dueños de sus tierras, algunos eran en parte dueños y en parte arrendatarios, y solamente cerca de un cuarto o un quinto verdaderos inquilinos, de modo que la explotación terrateniente del inquilinaje estaba lejos de ser una regla general y no constituía un problema tan grave y generalizado como sí lo era la falta de capital y tecnología en comparación con la abundante oferta de mano de obra. Esta quedó asegurada por el imperativo social de engendrar hijos que pudiesen cuidar de sus padres cuando éstos ya fuesen ancianos. Este cuidado implicaba la presencia de un hijo que continuase la estirpe familiar y, en particular, que ofreciese ante el altar de los ancestros los sacrificios rituales que evitarían que los espíritus de los difuntos padres rondasen como fantasmas desamparados.

Sea que se destaque la ineficacia de la producción o la mala distribución del producto, sigue siendo evidente que la estructura social de la aldea era de suma importancia a nivel de las raíces. Prasenjit Duara (1988), entre otros, ha analizado la administración de los subcondados, un área comparativamente descuidada; él parte del hecho de que "bajo el dominio de los reformistas Qing tardíos, a la aldea se le exigió el desarrollo de un sistema fiscal para financiar escuelas modernas, unidades administrativas y organizaciones de defensa". Esta penetración sin precedentes del Estado en la sociedad rural estuvo marcada por la imposición de nuevos tributos, ya no sólo a las personas o a la propiedad privada como antes, sino a la aldea como una nueva entidad fiscal. El resultado fue desastroso para la antigua sociedad rural.

Esta se había organizado en torno a lo que Duara denomina el "nexo cultural del poder". El utiliza esta frase para describir las *jerarquías* de parentesco por linaje -o las derivadas de los

mercados, religiones o incluso del control de las aguas-, más las *redes* de patrones y clientes o de relaciones por medio del matrimonio y otras que formaban el “marco dentro del cual se ejercía el poder y la autoridad”. En otras palabras, los líderes de las aldeas habían derivado su autoridad de la interacción entrecruzada de relaciones familiares, transacciones comerciales, observancias religiosas, asociaciones voluntarias y relaciones interpersonales y legales que, todas en conjunto, constituían el vínculo cultural de la sociedad aldeana.

En la era de la reforma que se inicia a comienzos de siglo el principal estímulo para el cambio rural provino del nuevo esfuerzo por recaudar contribuciones. Los magistrados del condado designaban a los empleados encargados de llevar los registros, y los agentes rurales *(difang, dibao),* que no recibían salario alguno, tenían el deber de apresurar la contribución y recaudar los impuestos de entre seis a veinte aldeas cada uno. Duara lo denomina una función de “corretaje”; él identificó tres niveles generales en la actividad de recaudar impuestos en esa área inexplorada del subcondado. A pesar de que los términos variaban según la localidad, los condados o prefecturas *(xian)* usualmente se dividían en distritos *(qu)* y luego en municipios *(xiang),* los que reunían grupos de aldeas. El agente rural era por regla general un empresario que realizaba la función de recaudador de impuestos a comisión, obligado a ganarse la vida y a pagar sus gastos de las cantidades que recaudaba para cumplir con la cuota tributaria. Por otra parte, las aldeas podían cooperar y unirse para pagar honorarios a un agente rural elegido por ellas mismos y que representase sus intereses y fuese menos predatorio. En dicho caso, el agente podía servir a la comunidad mediante la organización para la autodefensa o para la vigilancia de la cosecha, o también pagando las fianzas de aldeanos inocentes arrestados por mensajeros del mandarín. Este tipo de “corretaje protector” podía así asumir funciones que en otros tiempos supuestamente habrían correspondido a la élite de la nobleza local. Sin duda, la sociedad de la nobleza descrita en el Capítulo 4 de ninguna manera era inalterable. Donde mejor se ha documentado su actividad es a nivel del magistrado del condado. A medida que la población aumentaba, la participación de los poseedores de grados *{shengyuan y jian-sheng)* de los niveles inferiores de la nobleza a nivel de subcondados y aldeas puede haberse visto atenuada, al tiempo que se deterioraba la calidad de dicho personal.

La intromisión estatal en la aldea por lo general empeoraba la situación ya precaria de los aldeanos. En tiempos de estabilidad funcionaba una suerte de economía moral basada en las relaciones personales entre el patrón y el cliente, así como entre el terrateniente/ prestamista y el inquilino/deudor. Cortesías recíprocas como la presentación de obsequios o invitaciones a banquetes lubricaban estas relaciones interpersonales. Cada parte tenía su propio papel que cumplir.

Sin embargo, los tiempos difíciles -ya se tratase de desastres naturales, guerra o de la presión de los funcionarios- podían destruir estas relaciones sociales y dejar a la comunidad aldeana desorientada y sin un líder que seguir. Con la nueva presión ejercida por el Estado para cobrar impuestos los patrones acomodados se retiraron de los cargos que ocupaban como líderes de las aldeas, siendo reemplazados por recaudadores a comisión del tipo “matón del pueblo”, resueltos a llevar a cabo su misión y que a menudo provenían de fuera de la aldea. De igual modo, los campesinos respetados comenzaron a eludir la función de intermediarios para la supervisión y garantía de los contratos bajo la ley consuetudinaria. Entretanto, los dueños de grandes propiedades se trasladaron a la ciudad. Con un poder político ahora desligado del vínculo cultural, las aldeas se convirtieron en el “coto de caza de los depredadores políticos”. En pocas palabras, la construcción del Estado por parte del gobierno impuso demandas tributarias a los líderes aldeanos que los enemistaban con su gente. La corrupción aumentó debido a que los inescrupulosos nuevos recaudadores se apoderaron de lo recolectado. En la región del bajo Yangtsé el quiebre del nexo cultural vino acompañado, como hemos visto, por un aumento del ausentismo de los terratenientes y por el manejo de las relaciones latifundista /inquilino por parte de un administrador incapaz de mantener las antiguas relaciones personales entre el dueño de la tierra y el inquilino o entre el patrón y sus clientes.

La administración local se deterioró durante la era de los señores de la guerra. La clase terrateniente, que ya no constituía la cima de la élite ni era instruida según los ideales confucianos de liderazgo comunitario, se tornó más mezquina y egoísta. Sociedades secretas como las Lanzas Rojas en Shandong o la Sociedad de Hermanos y Ancianos *(GeLaoHui)* en Sichuan se convirtieron en instrumento de las familias acaudaladas locales para protegerlas a la vez del desorden popular y de la exacción oficial. Dichas entidades, organizadas en una red de subdivisiones, cada una con su secretaría, su tesorería y su directorio capaz de movilizar la hermandad clandestina, podían ayudar a los grandes linajes familiares a dominar las aldeas en un rico enclave como el de la llanura de Chengdu. El brazo ejecutivo de las sociedades

secretas constaba de malhechores profesionales, y aquéllas obtenían sus ingresos de la protección de actividades ilícitas: casas de juego, burdeles, fumaderos de opio o mercados ilegales que evadían los impuestos gubernamentales. Este lado más oscuro se combinaba con la protección de respetables miembros ordinarios en sus quehaceres cotidianos y con el liderazgo clandestino de algunos de los terratenientes y funcionarios más adinerados.

Cuando el Kuomintang asumió el poder, el teléfono, el telégrafo, las carreteras y los recorridos de autobuses que unían las áreas locales con las ciudades le permitieron a Nankín -y posteriormente a Chongqing- trasmitir inmediatamente sus órdenes hasta el caserío más pequeño. El régimen continuaba con la tendencia a burocrati-zar el campo. En lugar de los magistrados y la nobleza de épocas imperiales, Philip Kuhn (en CHOC 13) ha descrito la forma en que los nuevos administradores de Nankín intentaron expandir sus reformas y cómo organizó la policía su red de seguridad anticomunista. Ambos irrumpieron en la escena local con mucho más fuerza de lo que había sido habitual bajo el imperio. En épocas anteriores el emperador nombraba al magistrado del condado pero lo mantenía subordinado a las autoridades provinciales; ahora, en cambio, el gobierno central tenía un contacto directo con él. Los magistrados eran el principal elemento entre los cursillistas que llegaban a la capital para recibir adoctrinamiento en el Cuerpo Central de Formación de Chiang Kai-chek. El gobierno central, entretanto, creó órganos administrativos locales encargados de la fuerza militar, las aduanas, el transporte y otros asuntos de manera independiente de la estructura regular del gobierno del condado. Asimismo el Kuomintang estableció sus células locales bajo el control centralizado del partido, paralelamente al sistema oficial. Por debajo del condado se estructuraron nuevos niveles de prefecturas, distritos y subdis-tritos, grupos de poblados y aldeas, llegando hasta los grupos de hogares que formaban el ahora resucitado sistema *baojia.*

La teoría del Kuomintang postulaba que, por medio de esta jerarquía de subunidades, el gobierno podría instruir a la gente durante el período de tutela política y prepararla para la autonomía local. En 1939 el gobierno nacionalista emitió un nuevo estatuto para la reorganización del gobierno local. Las familias serían agrupadas de una manera más flexible, según lincamientos comunitarios, para formar el *jia* y el *bao.* Ahora las aldeas y poblados se convertirían en personas jurídicas legalmente constituidas y capaces de operar sus propias administraciones locales. Cada *bao* debería formar una asamblea y elegir a dos representantes, los que a su vez se desempeñarían en la asamblea de una aldea o poblado como asesores del líder del gobierno de esa localidad, quien también sería elegido por votación. En el papel, la ley de 1939 se puso en práctica en casi todos los condados de la China Libre (es decir, la China del Kuomintang). Pero en ese mismo período, las autoridades militares y policiales dominaron la escena. Es escasa la información acerca de si el proceso electivo pudo afianzarse.

A pesar de la feliz resonancia del “autogobierno local” en la mente de los defensores occidentales de la democracia, éste tenía un significado propio algo diferente para el pueblo chino. En realidad el término se utilizaba generalmente para designar una agencia administrativa de la élite local encargada de asegurar los impuestos de los aldeanos, los que eran destinados a solventar los adelantos modernos. La élite modernizadora anhelaba la construcción de caminos, la apertura de escuelas modernas y una policía pagada, pero los impuestos más elevados que dichos adelantos implicaban suponía para los aldeanos una carga mayor que los beneficios que traían consigo. Hubo muchas protestas campesinas contra la “reforma”.

Además, tradicionalmente el autogobierno local se había basado en la toma de decisiones no por una votación indiscriminada a mano alzada (un hombre, un voto) sino por consenso, y ésa era la costumbre en el consejo de los líderes de las aldeas. Incluso en las elecciones provinciales de 1909 -en las que tomó parte un electorado severamente restringido- a las personas elegidas se les solicitó escoger a los asambleístas de entre ellos mismos mediante un proceso de votación que equivalía a asegurar el consenso. Si la “democracia” en la sociedad china de dos estratos intentara funcionar por simple regla de mayoría se estaría negando la fe neoconfuciana de que la autocultura disciplinada produce hombres con un carácter y un valor superiores. Sin embargo, a medida que las relaciones personales se disipaban eso era lo que la modernidad parecía demandar.

Al rememorar la década de Nankín, podemos ver que lo ideal habría sido que el nuevo gobierno se hubiese centrado en atacar el problema clave de la producción agraria, poniendo en marcha programas de mejoramiento de la tecnología agrícola. Tempranamente Nankín solicitó asesoría técnica de la Liga de las Naciones para realizar obras de salud pública.

Durante las décadas de 1930 y 1940 se ofrecieron diversos y detallados planes para la regeneración económica de China. La recuperación de tierras, la reforestación, la preservación de las aguas, la energía hidroeléctrica, los cultivos y la crianza de animales, mejores herramientas, un mejor aprovechamiento de la tierra, el control de pestes, el almacenamiento de las cosechas, la redistribución de la tierra, la reducción de las rentas, la industrialización liviana y pesada, la industria rural y las cooperativas, un crédito agrícola más barato, la educación de las masas, la salud pública, el transporte, y la ley y el orden tuvieron todos sus partidarios y sus obvias fundamentaciones. El principal objeto de todos estos esfuerzos era aumentar la productividad del agricultor. Allí residía la esencia del problema de China, pero el gobierno nacionalista no fue capaz de hacerle frente. Jamás se diseñó plan global alguno, y mucho menos se llevó a la práctica.
La década de Nankín era el momento para que Occidente ayudara al vigoroso crecimiento económico de China. Pero Europa estaba concentrada en la Alemania nazi, y Norteamérica, absorta en la Depresión y el *New Deal* Durante estos años, la China del Kuomintang experimentó un progreso irregular y desorganizado, sin un objetivo específico. El antropólogo social Fei Xiaotong ha descrito el atolladero de las antiguas condiciones y prácticas agrícolas como una “economía de la escasez”. El énfasis chino en las virtudes de la conformidad y la moderación contribuyó a perpetuar esta economía basada tradicionalmente en una mano de obra no calificada. Mediante esta antiquísima aceptación de la penuria institucionalizada de la vida campesina, y careciendo de otra alternativa, el individuo podía encontrar su lugar en su grupo de parentesco, mantener la posición que le había tocado en suerte y, a la larga, lograr un alto nivel de “integración social” en la comunidad. En efecto, un horizonte estrecho, la escasa eficiencia en el trabajo, una dieta pobre y las enfermedades crónicas del campesino chino, todas lacras que impresionan al investigador moderno, siempre fueron parte integral de la antigua sociedad china, tal como lo fueron en las sociedades premodernas europeas.

Reconstrucción rural

Durante la década de Nankín, la falta de ayuda gubernamental en gran escala para las aldeas fue contrapesada por un amplio y creciente interés privado en la “reconstrucción rural”. En varias áreas seleccionadas se estudiaron los problemas de la vida campesina y se desarrollaron métodos para promover el alfabetismo y elevar el nivel de vida. En algunos de estos esfuerzos, fueron los misioneros cristianos quienes llevaron la voz cantante. El experimento financiado en parte por la Fundación Rockefeller en Dingxian, China del Norte, bajo el liderazgo del dinámico cristiano Yan Yangchu (James Yen) fue el que más trascendió a Occidente. El gobierno desarrolló un condado modelo cerca de Nankín y, en Shandong, el erudito Liang Shuming -a quien Guy Alitto (1979) denomina correctamente “el último confuciano”- llevó a cabo un interesante esfuerzo pionero. Tales esfuerzos reformistas intentaron fundamentalmente entregar alguna educación cívica al campesinado, proporcionar servicios de salud pública y avances científicos para los cultivos y la crianza de animales.
El más estudiado ha sido el Movimiento de Educación de las Masas surgido en Dingxian y dirigido por Yan Yangchu; su cobertura fue amplísima, y su influencia, enorme. Tras asistir a Yale, durante la Primera Guerra Mundial Yan fue uno de los cerca de cuarenta estudiantes chinos que trabajaron por cuenta de la YMCA con los trabajadores chinos en Francia, enviando cartas a sus hogares. Evangelista por naturaleza, Yan se decidió a atacar el problema del analfabetismo y publicó un periódico. De regreso en China, junto a otros colaboradores aplicó los métodos de publicidad y movilización de la YMCA para campañas de alfabetización. Estas lo involucraron en los problemas propios de la aldea, que no se detenían en la alfabetización sino también tenían que ver con la necesidad de tecnologías modernas de salud pública y con los adelantos agrícolas, las artes manuales, las cooperativas de crédito y comercialización y el reclutamiento de los ancianos de la aldea, terratenientes e incluso funcionarios locales para que se integraran en diversos acontecimientos públicos y colaboraran en la organización de proyectos valiosos. Por ejemplo, a medida que las Escuelas del Pueblo formaban a los profesores, sus graduados constituían asociaciones de ex alumnos.
Yan recolectó fondos en Estados Unidos e Inglaterra para financiar a un equipo de especialistas, cada uno de los cuales debía ver qué se podía hacer con ideas y organización, incurriendo en pocos o ningún gasto. El programa de salud, por ejemplo, reclutaría a un agricultor para convertirlo en el trabajador de sanidad de la aldea. Tras un entrenamiento de diez días, éste podría comenzar a registrar estadísticas demográficas, identificar e informar

acerca de las enfermedades más evidentes y utilizar su maletín de primeros auxilios para proporcionar ungüento para los ojos, calomel, aceite de ricino y aspirinas; también vacunaba a la población y desinfectaba su entorno. No obstante, como deja claro el estudio de Charles Hayford (1990), era muy difícil romper la costra de la costumbre. Las parteras, por ejemplo, eran por hábito antihigiénicas, en ocasiones aficionadas a utilizar el potencial curativo del estiércol de las vacas y por lo general poco dispuestas a que se les enseñaran otros métodos.

Después de 1932 Dingxian ya era parte de un Movimiento de Reconstrucción Rural a nivel nacional no sujeto al control gubernamental; integró muchos centros y proyectos en una organización común. En 1933 Dingxian dio el paso final al lograr que su propio candidato resultara designado como magistrado local. La labor experimental que allí se llevaba a cabo había concebido numerosas formas de ayudar a satisfacer las necesidades campesinas, lo que incluía industrias rurales, cooperativas y un uso honesto del dinero de los impuestos. Pero ello aparecía como demasiado cercano al comunismo para los conservadores locales, quienes obtuvieron que el magistrado fuera transferido.

El movimiento por la reconstrucción rural no tardó en descubrir que los problemas de subsistencia se hallaban profundamente insertos en las instituciones sociales y políticas. Un nivel de vida más alto era un requisito previo para cualquier proceso democrático de tipo occidental, y elevar ese nivel dependía a su vez del cambio social. Las reformas científicas tanteadas en Diangxian, por ejemplo, precisaban de una ayuda financiera mayor de la que el campesinado podía proporcionar, las organizaciones campesinas que favorecían las mejoras locales requerían de una autorización oficial, el progreso de las cosechas suscitó dudas acerca de las rentas y de la posesión de tierras, y era muy probable que un aumento en el alfabetismo llevara a la masa popular a exigir de manera más clamorosa una respuesta a sus quejas.

En pocas palabras, cualquier cambio real en algún aspecto del antiguo orden rural implicaba cambios fundamentales en el sistema completo. Los problemas del campo chino eran tan extensos, y la presión por el cambio tan grande, que las reformas podían iniciar una reacción en cadena hacia la revolución.

Este mismo síndrome frustró el programa de autogobierno local del régimen nacionalista; y fue incapaz de penetrar a nivel de las aldeas, excepto de manera superficial y desde arriba. Los planes y la legislación que intentaban establecer elementos de una administración local que representara al gobierno central a menudo resultaban estar compitiendo con los intereses provinciales, representados por gobernadores de los señores de la guerra y cámaras de comercio urbanas. Las modernas reformas y los avances implantados en la escena local comenzaron con la extensión de caminos y líneas de autobuses, complementando al teléfono y al telégrafo. El esfuerzo por recaudar un monto mayor de impuestos en las aldeas tuvo que costear programas e incluso instituciones para la investigación geológica, la estadística de cultivos, el desarrollo de la agronomía y el mantenimiento del orden a nivel local. El campesinado chino aún sentía que estaba obteniendo muy poco provecho de estos modernos adelantos promovidos por la gente de la ciudad y el gobierno central. Toda la idea de organizar la aldea para su autosuperación era extraña a este oficialismo, lo que implica que la causa de la revolución social -específicamente la ampliación de la propiedad de tierras y la disminución del absentismo latifundista- no podía buscarse bajo el régimen nacionalista. En la década de 1930, y gracias a esta falla, el PCCh encontró su oportunidad.

El auge de Mao Zedong

Mientras el gobierno nacionalista luchaba por constituir una fuerza militar para hacer frente a Japón, el PCCh luchaba por sobrevivir en las aldeas. A pesar de que en 1927 el partido contaba con cerca de 60 mil miembros, el terror blanco de Chiang Kai-chek pronto se encargó de -literalmente- diezmarlo. Muchos se dispersaron sumiéndose en el anonimato y la inacción; los más dedicados huyeron a esconderse en fortalezas lejanas en el campo. Así se desarrollaron aproximadamente una docena de áreas de base, pequeños bolsones donde las aún reducidas tropas del Ejército Rojo (el PCCh) apoyaban a los líderes políticos rebeldes. Al aliarse Mao y el oficial y señor de la guerra Zhu De en la frontera sur de Hunan/Jiangxi dieron lugar a la principal área de base, aunque pronto se trasladaron a las colinas de Jiangxi hacia el noreste, donde escogieron a Ruijin como su capital. Otras áreas de base fueron establecidas en las montañas Dabie al noreste de Wuhan, y alrededor del pantanoso lago Hong en el norte de Jiangsu, en la antigua boca del río Amarillo.

La ideología y la organización han sido por supuesto la combinación ganadora en la mayoría de las revoluciones. El principio organizacional de Mao Zedong era similar al de cualquier bandolero exitoso: utilizar la fuerza y la astucia (incluyendo una nueva enseñanza) para congraciarse con la población local. Mientras tanto, lo que de ideología trasmitió el Komintern desde la Unión Soviética demoró un tiempo considerable antes de adaptarse a las circunstancias chinas. Por ejemplo, el análisis marxista-leninista de la historia otorgaba el protagonismo al proletariado urbano, la clase trabajadora industrial y sus líderes urbanos del Partido Comunista; el PCCh no llegó a ninguna parte hasta que sustituyó al proletariado por el campesinado, trastocando de hecho toda la teoría.

Después de 1927, cuando Chen Duxiu fue expulsado del PCCh por haber estado a la cabeza durante la casi desaparición del partido, el liderazgo en China pasó a una sucesión de hombres jóvenes recomendados por el Komintern desde Moscú. Su habilidad para librar una exitosa guerra revolucionaria se vio severamente obstaculizada por la circunstancia de tener que vivir como fugitivos clandestinos en Shanghai y otros centros urbanos. Sus actividades doctrinarias contribuían en la teoría, pero jamás llegaron a convertirse en bandera de lucha para el movimiento de masas. Seguían recibiendo órdenes desde Moscú, las que transmitían a las áreas de base.

Durante un tiempo la influencia moscovita fue reforzada con el regreso de los famosos “veintiocho bolcheviques”, los que a comienzos de 1931 se hicieron cargo del PCCh. Sus ideas y objetivos eran extremadamente ortodoxos, muy poco adecuados para el caso chino. Continuaban hablando de la revolución proletaria, e intentaron tomarse ciudades con la esperanza de establecer provincias independientes. Eso facilitó las cosas al Kuomintang, y cada intento acabó en un fracaso. En China no existía una “marea ascendente” de rebelión. Hacia 1933, el Comité Central fue obligado a abandonar Shanghai y a trasladarse a la base central en Jiangxi, donde Mao Zedong era el líder. Allí, aunque se hallaban por sobre Mao en rango, al igual que él los miembros del Comité Central se vieron inmersos en la vida campesina y en sus problemas. A partir de ese momento, la personalidad y la mentalidad de Mao se convirtieron en un factor primordial en la revolución del PCCh.

Mao Zedong superó a sus colegas al lograr la unión de la teoría y la práctica, un aspecto central en la filosofía confuciana. Podemos observar cómo sus ideas fueron tomando forma desde 1923, cuando trabajaba en el Frente Unido bajo el Kuomintang. Durante un tiempo fue miembro suplente del Comité Central del Kuomintang en Cantón. Allí se convirtió en director del Instituto de Entrenamiento para el Movimiento Campesino, el que impartía una instrucción de cinco meses en la materia. Desde mayo hasta octubre de 1926, Mao se dedicó a enseñar directamente al sexto curso, compuesto por 320 estudiantes provenientes de todas las provincias de China. El programa del instituto parece haber enfatizado un análisis de los problemas campesinos junto al análisis de la estructura de clases en las áreas rurales. Basándose en su propia experiencia en Hunan en 1925, donde pasó seis meses organizando sindicatos campesinos, Mao escribió en 1926 una serie de artículos en los que describía la intrínseca explotación del campesinado, desde el pequeño terrateniente campesino hasta el asalariado sin tierras. Allí enumeró algunas de las causas por las cuales los campesinos se sentían oprimidos: 1) las altísimas rentas, de la mitad de la cosecha o incluso más, 2) las elevadas tasas de interés, de entre 36 y 84% anual, 3) los gravosos impuestos locales, 4) la explotación de la mano de obra agrícola, y 5) la mutua cooperación de los terratenientes con los señores de la guerra y los funcionarios corruptos para explotar al campesinado de la forma que fuera. Detrás de todo este sistema se hallaban las potencias imperialistas, las que se coaligaban para mantener un orden que les asegurara un comercio rentable en China.

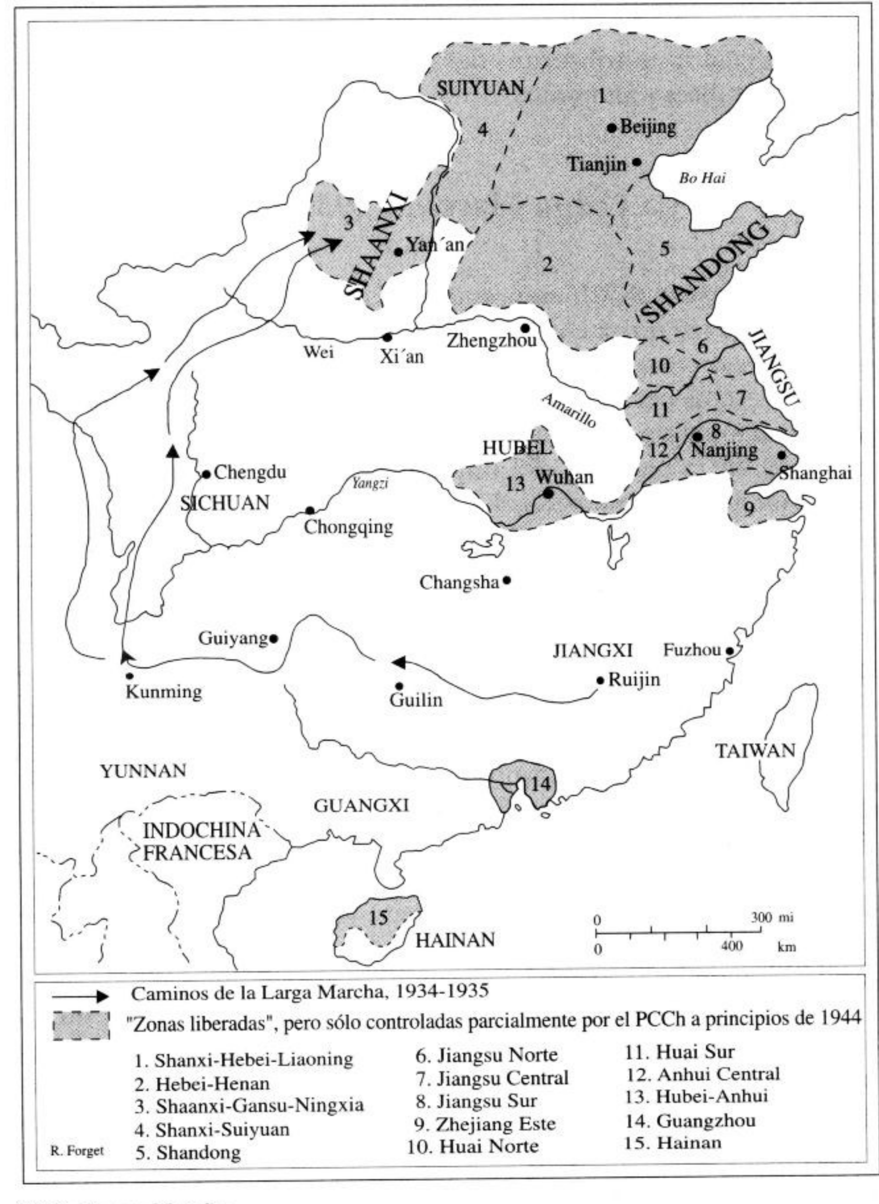
Para entonces Mao ya había asimilado por completo el concepto leninista de un movimiento mundial en contra del imperialismo capitalista sobre la base de la lucha de clases. Sin embargo, dentro de este marco de aceptación general, Mao sostenía que la clave para el éxito de la revolución china yacía, en primer lugar, en un cuidadoso análisis intelectual de las diversas clases existentes en el campo y, en segundo lugar, en la aplicación de una táctica extremadamente práctica que consistía en identificar aquellas clases con las cuales trabajar y a las cuales confrontar en cada etapa de la revolución. En tercer lugar, el papel del activista del partido en la aldea debía ser el de un guía y catalizador en lugar del de un sabelotodo. Su deber era observar minuciosamente las necesidades y quejas de los aldeanos, sus esperanzas y temores; sólo entonces podría articular las demandas de los campesinos y poner en marcha la táctica de unirse al mayor número posible de grupos y personas para atacar un blanco lo más reducido posible, como un paso adelante en el proceso revolucionario.

Desafortunadamente, mientras Mao tenía estas ideas, en 1926 el PCCh se hallaba absorto en sus tácticas del Frente Unido. Sus miembros aún suponían que la revolución nacionalista de la década de 1920 había sido por definición una revolución burguesa, concepto que la historia se encargaría de poner en duda. Basado en esta creencia errónea, el PCCh decidió seguir el consejo del Komintern y continuó, costase lo que costare, con el Frente Unido del Kuomintang, moderando sus ideas de movilizar al campesinado sobre la base de su miseria hasta después de haber erradicado el imperialismo de China mediante un nuevo gobierno nacional. El desistir de la revolución social en el campo parecía un paso inevitable para seguir manteniendo un frente unido con los nacionalistas. El PCCh deploró los "excesos campesinos", ya que la rápida proliferación de asociaciones campesinas en las provincias del sur durante la Expedición del Norte condujo a una bárbara represión por parte del complejo terrateniente-militarista aún en el poder. El PCCh no contaba con fuerzas armadas propias, con lo que su movimiento campesino se desintegró rápidamente tras la separación del Kuomintang y el PCCh a mediados de 1927. Fue así como este último contribuyó a su propio desastre.
Durante este período, Mao siguió obedientemente las directrices de Moscú e intentó, en vano, conducir una supuesta "marea alta" que jamás se levantó. El consideraba que los campesinos podían ser movilizados y que incluso podían llegar a tomarse ciudades, pero no serían capaces de luchar contra el ejército nacionalista. Mao comprendió entonces que la única forma de que el PCCh pudiera sobrevivir y prosperar era desarrollando sus propias fuerzas armadas en una base territorial donde se pudiera coordinar para la lucha la presencia de hombres y avituallamientos. En 1931, la "República Soviética de Jiangxi", con Mao a la cabeza, se convirtió en el medio para llevar a cabo este esfuerzo.
En esos años el PCCh buscaba el apoyo campesino por medio de la redistribución de la tierra, despojando a los grandes terratenientes, si los había, y proporcionando esperanza y oportunidades sobre todo a los campesinos pobres. Una de las numerosas disputas en que se vio envuelto Mao con los veintiocho bolcheviques se relacionó con el trato a los campesinos ricos. Mao los consideraba esenciales para la economía local e intentaba satisfacerlos; los dogmáticos instruidos en Moscú los catalogaban como una amenaza para la naturaleza proletaria del movimiento. Tony Saich explica que parte del esfuerzo de Mao consistió en suplantar las relaciones entre el patrón y el cliente que habían fomentado la estabilidad social en las aldeas -y, por supuesto, también los problemas- por un nuevo orden social basado en un cuidadoso análisis que prepararía la lucha de clases; de ningún modo se trataba de una tarea fácil.
Las campañas de Chiang Kai-chek con el objeto de extirpar el "cáncer" comunista en Jianxi obligaron al PCCh a desarrollar los principios de la guerra de guerrillas. El primer principio consistía en atraer al enemigo a lo largo de sus líneas de abastecimiento hasta poder rodear y aislar a sus unidades avanzadas. Según el segundo principio, jamás se debía atacar a menos que se contara con un número superior de atacantes y que el éxito estuviese asegurado. El Jiangxi oriental, con sus montes escarpados y sus estrechos valles, era un escenario ideal para estas tácticas. Mientras más avanzaban las tropas de asalto de Chiang, más vulnerables se tornaban. Sólo tuvieron éxito en 1934, durante la quinta campaña, cuando sus consejeros alemanes ayudaron a diseñar un sistema de casamatas en las laderas de las colinas a lo largo de las rutas de invasión, dispuestas de tal manera que el fuego de una de ellas podía ayudar a defenderse a la siguiente. No fue posible desalojar esta hilera de fortificaciones abastecidas por camiones, y finalmente los ejércitos de Chiang lograron vencer. Esta circunstancia fue la que determinó, a fin de cuentas, la ineficacia del tercer principio de la guerra de guerrillas, según el cual la movilización del campesinado proveería de inteligencia, hombres y alimentos.

La Larga Marcha, 1934-1935

A fines de 1934 el PCCh emprendió la Larga Marcha (ver Mapa 22), la que comenzó quizá con unas cien mil personas y finalizó, un año después, con entre cuatro y ocho mil. El objetivo de la Larga Marcha era establecer una nueva base territorial en la periferia del poder nacionalista, del mismo modo como los manchúes se habían asentado en la periferia del imperio Ming. El PCCh precisaba de una zona que pudiese controlar y organizar. Si la provincia de Yun-nan hubiese estado disponible podría haber servido, pero los señores de la guerra locales en los regímenes provinciales no tenían intención alguna de dejarse dominar por el PCCh. En lugar de ello, los que comenzaron a dominarlos poco a poco fueron los ejércitos de Chiang Kai-chek,

que los iban acosando según una brillante estrategia por la cual la persecución del PCCh justificaba la irrupción de las tropas del gobierno central en las provincias exteriores.
La Larga Marcha siempre ha parecido algo así como un milagro, más documentado que el de Moisés dirigiendo al Pueblo Elegido a través del Mar Rojo (recorrer 9.600 kilómetros en un año da como promedio 27 kilómetros diarios). ¿Cómo pudieron tantos soldados y organizadores del partido llegar tan lejos y tan rápido caminando? La respuesta es obvia: sólo los líderes y una pequeña proporción de las tropas recorrieron todo el camino.
Deberíamos visualizar el terreno: la China sudoeste es un tablero de cuencas fluviales grandes y pequeñas al interior de cadenas montañosas. Los ríos provenientes de las inhóspitas montañas riegan las populosas llanuras. Para cruzar la China sudoeste, la Larga Marcha tuvo que atravesar ríos y montañas al tiempo que evitaba las llanuras y sus escasas carreteras. La mayor parte de la ruta, por lo tanto, debió ser cuesta arriba por las colinas y cuesta abajo por los valles, pocas veces sobre las planicies. Las ancestrales varas para transportar carga reemplazaron a los vehículos con ruedas, y los palanquines, a los coches-dormitorio del ferrocarril. Durante la Larga Marcha el alto mando del Ejército Rojo-PCCh viajó gran parte del camino dormido en dichos palanquines, mientras la columna seguía los senderos de piedra por colinas y arrozales. Los líderes por lo general pasaban despiertos toda la noche, resolviendo los asuntos estratégicos, de inteligencia, logística y personal para prepararse para la marcha o el combate del día siguiente.



22. La Larga Marcha.

Los líderes del PCCh también se protegían disponiendo de asistentes de cámara, ayudantes y guardaespaldas, tal como en los ejércitos convencionales. Al igual que los norteamericanos contra los japoneses, tenían sus fuentes de inteligencia secretas. Su radiorreceptor captaba el fácilmente decodificable tráfico militar nacionalista; sabían más acerca de sus enemigos que sus enemigos acerca de ellos.
A medida que la Larga Marcha avanzaba, se hacía muy importante saber a dónde se dirigiría posteriormente y quién la encabezaría. Antes de que la marcha dejase Jiangxi, la facción sovietizante de los veintiocho bolcheviques y el asesor militar comunista alemán enviado por el Komintern rebajaron de grado a Mao, quien quedó por debajo del moderado Zhou Enlai en el comando militar. Pero nadie pudo destruir el dominio absoluto de Chiang Kai-chek. La decisión de los ideólogos del Komintern de recurrir a la guerra de posiciones sólo trajo consigo una certera derrota. Durante la retirada se produjeron tempranas y enormes pérdidas, sobre todo al cruzar los ríos. Finalmente, la fe no ortodoxa de Mao en la guerra de guerrillas fue aceptada. A comienzos de 1935, en camino hacia el oeste y noroeste, Mao recuperó el liderazgo del PCCh y de ahí en adelante jamás renunció a él. Desde ese momento Zhou Enlai, su antiguo superior, se convirtió en su principal partidario.
La velocidad de la marcha era tan importante que se hizo necesario dejar de lado la interminable hilera original de bultos con sus miles de cargadores acarreando equipo pesado, archivos y provisiones, como también a los enfermos convalecientes. En un comienzo la lista del personal militar totalizaba 86 mil personas. Los que llegaron un año después a Shaanxi eran sólo unos cuantos miles, aun cuando se habían alistado numerosos nuevos reclutas en el Ejército Rojo durante la marcha. Desde ese momento, los veteranos de la Larga Marcha se convirtieron en la aristocracia de la revolución.
Asimismo, la Larga Marcha contribuyó a la aparición del nuevo líder comunista. Ya durante la marcha Mao comenzó a distanciarse de sus colegas. Una vez en la cima, El Hombre prefirió ocupar cuarteles separados, lejos del resto de los líderes. Al igual que un emperador resuelto a triunfar, a partir de entonces no podría contar con iguales o ni siquiera confidentes; ya estaba atrapado en las redes que acosan a los unificadores de China. Si por un momento analizamos la historia en ambos sentidos, notaremos que la toma del poder por parte de Mao Zedong nos recuerda la fundación de los Han, de los Tang y de los Ming. En cada caso se formó una banda de líderes, la que trabajó unida bajo el mando de uno de ellos. Una vez formado, este liderazgo movilizó a la población circundante en apoyo de un esfuerzo militar, ya fuera para destruir a los tiranos o para expulsar a los extranjeros del país, en todo caso una causa común. Ningún fundador dinástico podía haber hecho el trabajo solo, de modo que una vez instalado en el poder se veía enfrentado al problema de tratar con sus colegas.

El papel de Zhou Enlai

Otro acontecimiento registrado durante la Larga Marcha fue que Mao encontró a su más cercano colega y futuro Primer Ministro en la persona de Zhou Enlai. Una atractiva figura de gran talento, Zhou instintivamente mantuvo una posición intermedia, por una parte intentando conservar unida la organización, y por otra, teniendo el buen sentido de nunca convertirse en un rival para el cargo máximo. Sus 48 años en el Politburó del PCCh son todo un récord mundial. Fue así como Zhou llegaría a ser uno de los grandes primeros ministros de China, dedicándose al servicio del partido y de su líder, del mismo modo como los antiguos primeros ministros sirvieron al emperador y a la casa imperial.
Este papel era parte de la herencia de Zhou. Su familia provenía de las cercanías de Shaoxing, en Zhejiang -al sur de Shanghai, entre Ningbo y Hangzhou-, el notable centro del cual surgirían innumerables asesores y secretarios de confianza para servir a los altos funcionarios durante el período de los Qing. Tres de los tíos de Zhou fueron graduados provinciales bajo el antiguo sistema de exámenes, y uno llegó a ser gobernador. A los diez años Zhou ingresó a la escuela primaria en Mukden, Manchuria, y en 1913 a la Escuela de Educación Secundaria de Nankai en Tianjin, donde recibió la influencia del extraordinario maestro liberal Dr. Zhang Boling. Zhou absorbió muchísimos conocimientos, pero desde un comienzo fue más un líder estudiantil. Desde 1917 hasta 1919 vivió en Japón, donde se familiarizó con el socialismo. Cuando surgió el movimiento del Cuatro de Mayo, Zhou regresó a Nankai, que se había convertido en una universidad, y se entregó por completo a editar un periódico estudiantil. A partir de ese momento su vida se tornó esencialmente la de un organizador y propagandista; rápidamente

pasó a posiciones de izquierda, y su actitud revolucionaria se vio confirmada por una experiencia de varios meses en prisión. En el verano de 1920 viajó a Francia.

Además de los cientos de miles de trabajadores chinos trasladados a Francia para contribuir con el esfuerzo bélico, había allí varios cientos de estudiantes chinos. La mayoría se encontraba bajo un programa de trabajo y estudio, pero muchos se dedicaban principalmente a la gran tarea de la salvación de China. De inmediato Zhou Enlai pasó a ser uno de sus grandes dirigentes, siendo considerado por todos como el líder juvenil más destacado, cortés y diplomático de todos ellos. Su especialidad no era convertirse en la figura máxima, sino lograr que personalidades rivales se avinieran a trabajar juntas. Así, desde el principio su papel fue el de un líder que sabía mantener la cohesión del liderazgo por medio de la persuasión, no de la dominación. A su regreso a Cantón en 1924, Zhou Enlai era ya un profesional consumado de la política revolucionaria del Frente Unido.

En Cantón integró el equipo de la nueva Academia Militar de Whampoa y llegó a ser subdirector del Departamento de Instrucción Política, es decir, un comisario sobresaliente y, al mismo tiempo, un subordinado y por lo tanto discípulo del joven general Chiang. En marzo de 1927 él tenía el mando en Shanghai cuando la rebelión encabezada por los comunistas preparó el camino para el ejército nacionalista, sólo para verse traicionados por la separación de Chiang Kai-chek. Ese mismo año Zhou volvió a ponerse a la cabeza en la sublevación de Nanchang, cuna del Ejército Rojo. Posteriormente, cooperó con los veintiocho bolcheviques y apoyó una serie de secretarías partidistas al tiempo que evitó tomar él mismo dicho cargo. En Jiangxi abrazó la causa de la guerra de posiciones, hasta que se produjo el desastre.

El secreto del éxito final de Zhou residió en que éste tuvo la inteligencia de reconocer que el enfoque doctrinario con que Moscú manejó el tema de China era ineficaz, y que él mismo carecía de la capacidad creativa para adaptar la política del PCCh a las condiciones chinas. Sólo porque conocía sus propias limitaciones fue capaz de convertirse en el subordinado de Mao habiendo sido su superior; ello ocurrió en la decisiva Conferencia de Zunyi a principios de 1935, cuando Mao comenzó a tomar el liderazgo del PCCh en el curso de la Larga Marcha.

Zhou representaba la continuidad de un equipo. Chen *Yi* y Nie Rongzhen, que llegaron a ser mariscales de las fuerzas del PCCh, estuvieron junto a él en Francia. Más tarde, en Pekín, Chen ocupó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores y Nie se ocupó del desarrollo nuclear. Deng Xiaoping había manejado el mimeógrafo en París para Zhou. El grupo de líderes que sobrevivió a la Larga Marcha tenía en efecto vínculos muy estrechos.

Cerca del término de la Larga Marcha, Mao y su Ejército Rojo de la base de Jiangxi se reunieron con otra parte de dicho ejército, dirigida por Zhang Guotao, otro de los fundadores del PCCh, que había establecido la base de las montañas Dabie al noreste de Wuhan, pero que en 1933 la había trasladado en dirección oeste hacia el Sichuan del norte. En el momento del encuentro, las tropas de Zhang eran muchísimo más numerosas que las de Mao. A pesar de haber organizado sus ejércitos en dos grandes grupos, Mao y sus colegas de Jiangxi, según muestra en detalle Benjamín Yang (1990), no podían aceptar los planes más bien dudosos de Zhang ni su reclamo por asumir el liderazgo. Tras enterarse repentinamente de que un pequeño ejército del PCCh proveniente de las montañas Dabie había establecido una base en el Shaanxi del norte, a muy poca distancia de la Gran Muralla, Mao y sus hombres de Jianxi decidieron hacer de ése su objetivo. Zhang Guotao defeccionó y posteriormente se pasó al Kuomintang.

Al arribar a la provincia de Shaanxi en el noroeste a fines de 1935, tras los hombres del PCCh no había más que desierto en el oeste y el río Amarillo en el norte y este. La erosión de la meseta de loes había esculpido Shanxi a través de las eras. La falta de carreteras la hacían una zona susceptible de defender, aunque las provisiones y la población eran escasas; la campaña represiva nacionalista podría haber destruido lo que quedaba de los comunistas de no haber sido por la invasión japonesa de 1937. Preparándose para la resistencia, las tropas del Noreste (Manchuria) situadas en Xi'an para combatir a los comunistas prefirieron luchar contra los invasores japoneses de su patria. En diciembre de 1936, se rebelaron y capturaron a Chiang Kai-chek. Antes de liberarlo, propusieron la formación de un frente unido chino en lugar de que los chinos luchasen contra sus compatriotas.

El segundo Frente Unido

En 1928 el PCCh se hallaba en un punto muy bajo al momento de su Sexto Congreso, el que debió celebrarse en Moscú. Desde ese instante y por un tiempo el Komintern dirigió sus

destinos, pero hacia 1935 el elemento de formación rusa comenzaba a ser reemplazado por los seguidores de Mao, no tanto a causa de alguna conspiración sino porque Mao había descubierto la clave para alcanzar el poder en el campo. Esta residía en su sensibilidad en relación al modo de pensar, las necesidades y los intereses de la gente común. La "línea de masas" que él defendía estaba genuinamente preocupada de exigir que el pueblo guiase y apoyase la revolución. Las doctrinas importadas debían ser relegadas a un segundo plano. Había que escuchar atentamente al pueblo para obtener mejores resultados en el reclutamiento, la movilización y el control.

Un fracaso total y comparable de las directivas del Komintern también afectó las áreas blancas bajo el control del Kuomintang. Repetidos intentos por organizar sindicatos obreros -para estructurar un proletariado urbano- y por aprovechar las huelgas para lograr el control de las ciudades jamás se llevaron a la práctica. Aquí el gestor principal también fue un hombre que sabía cómo perseguir lo que era posible: Liu Shaoqi encabezó el esfuerzo comunista en las ciudades de China del Norte, donde alentó al movimiento literario de izquierda y fomentó la instrumentalización de las artes y el reclutamiento de estudiantes. Dejando de lado las doctrinas del Komintern acerca de la revolución proletaria, Liu consiguió una indigenización paralela de los métodos del PCCh.

Cuando en 1937 Liu se unió a Mao en Yan'an, el segundo Frente Unido ya había tomado forma. En el verano de 1935, y con el fin de combatir el surgimiento del fascismo en Europa y la agresión japonesa en el este, Moscú elaboró la política de los frentes unidos, por la cual se promovía un Frente Unido de todos los chinos contra Japón. Sin embargo, Mao abogó por un Frente Unido contra los japoneses que excluyera a Chiang Kai-chek. Ello porque, si bien ahora la revolución nacional para salvar a China de Japón tenía prioridad sobre la revolución social en el campo, Mao no estaba dispuesto a rendirse a esta última para concentrarse en la primera. En lugar de ello, instó a un esfuerzo en dos frentes para combatir tanto a los japoneses como a Chiang Kai-chek mediante el desarrollo de bases soviéticas para una guerra de resistencia. Para probar su sinceridad, el PCCh de Yan'an envió una expedición oriental hacia la provincia de Shanxi, con el objeto de empujar a los japoneses hacia el este. Justo en ese momento, la primavera de 1936, el Komintern ordenó a Mao incorporarse a un Frente Unido con Chiang. Zhou Enlai se dirigió a Shanghai para negociar los términos.

Cuando en abril de 1937 el Kuomintang y el PCCh finalmente acordaron aliarse, Mao comenzó a ganar posiciones ante los veintiocho bolcheviques que aún permanecían en el PCCh. Lejos de tener planificado unirse al Kuomintang, el objetivo de Mao era continuar con la revolución social en áreas soviéticas como base para combatir a Japón en nombre de la nación. Si esta estrategia funcionaba, las fuerzas armadas separadas del PCCh desarrollarían sus propias bases y obtendrían la ayuda popular aprovechando a la vez los efectos de la resistencia nacional contra el invasor; el fundamento para el comunismo nacional de Mao ya estaba al alcance de la mano.

La fuerza del nacionalismo chino se había visto movilizada a comienzos de los años 20, con la ayuda de asesores soviéticos, en dos dictaduras partidistas que competían entre sí. Sin embargo, la más antigua de éstas, el Kuomintang, ya se había convertido en la esperanza y la senda del progreso para los profesionales urbanos sinoliberales con estudios en Occidente o formación cristiana. De este modo, la China nacionalista se vio enfrentada a dos tendencias divergentes: el camino hacia el Occidente reformista en las ciudades, y hacia el conservadurismo en el campo. Ambas filosofías bien podían darse en el seno de una misma familia.

De no haberse producido la devastadora invasión japonesa, el gobierno de Nankín podría haber dirigido gradualmente el camino hacia la modernización de China. Pero el hecho de haberse resistido a Japón le proporcionó a Mao y al PCCh la oportunidad de establecer un nuevo poder autocrático en las áreas rurales, sin contar con los elementos de una incipiente sociedad civil urbana que aún estaban en proceso de desarrollo bajo los nacionalistas. En tiempos de guerra, el PCCh estaba emprendiendo la construcción de un nuevo tipo de Estado chino preparado para la lucha de clases. En el siglo XX, los revolucionarios chinos comenzaban así a prepararse para atacar y reorganizar una estructura de clases que había permanecido durante tres mil años, por lo menos.

16. La guerra de resistencia china 1937-1945

Dificultades nacionalistas

El primer intento del Japón militarista por conquistar China se concretó con la ocupación de Manchuria en 1931, la que se transformó en una invasión en gran escala desde 1937 hasta 1945 (ver Mapa 23). Los historiadores japoneses veían a su nación seguir las huellas de los conquistadores manchúes de 1644, mientras que los modernizadores de Tokio pensaban en Japón como en el guía del pueblo chino hacia el mundo moderno. Pero los tiempos habían cambiado. La agresión japonesa sólo reforzó el nuevo nacionalismo chino.

Durante los ocho años de guerra, una parte significativa del pueblo chino se encontraba en territorio ocupado por los japoneses, principalmente las ciudades costeras y los pueblos por donde pasaba el ferrocarril. Otro segmento importante se hallaba en el área controlada por el Kuomintang, denominada China Libre. La división más pequeña de China era la zona del PCCh, con su capital establecida en Yan'an. Los historiadores piensan en términos genéticos, buscando los orígenes, y el futuro de China provenía de Yan'an. Por consiguiente, la derrota de los japoneses y posteriormente la de los nacionalistas no se ha investigado tanto como el surgimiento del PCCh. El éxito es creativo e interesante; el fracaso, triste y opaco. ¿Quién lo desea? Además, el hecho de que Yan'an sea más pequeño, en tamaño y documentación, hace más fácil abarcarlo en comparación con la experiencia tan diversificada de la China Ocupada y la China Libre. Estas dos áreas, aunque más extensas que la zona bajo Yan'an, han sido por tanto menos estudiadas.

El Kuomintang y el PCCh eran, formalmente, dos dictaduras partidistas, pero de hecho se trataba de fenómenos políticos muy diferentes. El Kuomintang tenía dos personificaciones: primero, en los correligionarios de Sun Yatsen en la revolución de 1911, y segundo, en los partidarios de Chiang Kai-chek en el gobierno de Nankín después de 1927. El traslado forzoso del Kuomintang en 1938 desde Nankín hacia Wuhan, y después más allá de las quebradas del Yangtsé hacia Chongqing, lo separó de sus raíces. Se terminaron sus ingresos provenientes de la Aduana Marítima y del comercio del opio hacia Shanghai. Los miembros de su escalafón de administradores de instrucción moderna -estructurado a costa de mucho esfuerzo- se convirtieron en refugiados. De ser el gobierno central de China el régimen nacionalista pasó a ser ahora un fugitivo en un reducto rodeado por montañas, forzado a trabajar con militaristas y terratenientes reaccionarios de la provincia. En la China occidental el gobierno de Chongqing intentaba mantener en línea a los señores de la guerra locales y evitar la subversión del orden social en las aldeas.

El naciente sistema educacional sinoliberal sufrió una grave destrucción de su infraestructura. Las escuelas misioneras de estudios superiores siguieron funcionando bajo la ocupación japonesa, pero en las universidades estrictamente chinas muchos estudiantes y profesores emigraron entre 1937 y 1938 hacia el norte por el Yangtsé o hacia el sudoeste. La Universidad Asociada del Sudoeste en Kun-ming fue fundada por la Universidad de Qinghua (*Tsing Hua)*, la Universidad de Pekín y la Universidad Nankai de Tianjin. En el intertanto, después del ataque japonés a Estados Unidos en diciembre de 1941 la Universidad de Yanjing y otras instituciones cristianas se reunieron donde se encontraba la Universidad de la Unión de la China Occidental en Chengdu. Se desmantelaron plantas industriales completas y se enviaron río arriba, donde la Comisión Nacional de Recursos ya comenzaba a desarrollar minas e industrias. Con gran patriotismo, intelectuales y administradores gubernamentales soportaron el desalojo desde sus hogares y aprendieron a vivir en forma primitiva en el interior. Desafortunadamente, y a pesar de que ellos constituían el núcleo principal de los profesionales de la China moderna, sus esperanzas no tuvieron retribución alguna. Ello se debió en parte a la ineptitud de su gobierno.



23. La invasión japonesa de China.

El régimen nacionalista, con admirable valor pero muy poca previsión, hizo frente a sus problemas con recursos de corto plazo que no le brindaron la fuerza suficiente para enfrentar el futuro. El gobierno de Chongqing se aseguró el control del impuesto territorial en grano para alimentar con ello a su administración. Los encargados del desarrollo industrial mantenían arsenales en funcionamiento para apoyar la guerra. El espíritu de resistencia se vio estimulado por el bombardeo japonés de Chongqing, pero al mismo tiempo el espíritu del Frente Unido se deterioraba. Los intelectuales radicales de Chongqing comenzaron a desplazarse al norte, hacia el Yan'an comunista, excepto aquellos que ya eran “cuadros externos” del PCCh destinados a trabajar como notorios liberales en el área del Kuomintang. La policía secreta tanto del partido como del gobierno se sentía cada vez más impelida a mantener a raya a los liberales como potenciales subversivos. Métodos violentos en contra de estudiantes, editores y otros supuestos enemigos ensanchaban continuamente la brecha entre los intelectuales y el gobierno, que había esperado apoyarse en ellos en el futuro.

El régimen de Chiang Kai-chek fue tan inimaginablemente conservador en Chongqing como lo fue en Nankín. El campesinado fue objeto de conscripción y de impuestos, pero por lo demás fue abandonado a su suerte. No se promovía especialmente la alfabetización, y los servicios de salud pública no llegaban a muchas aldeas. El estrato de la clase dirigente de la antigua China seguía siendo totalmente distinto a la gente del campo. La provincia de Sichuan, a excepción de la zona arrocera de riego alrededor de la capital en Chengdu, estaba constituida en gran

parte por montañas escarpadas y caudalosos ríos bajo un clima desagradablemente húmedo, frío durante el invierno y sofocante de calor en el verano. A la ruinosa falta de comodidades de la vida moderna se agregaba una permanente inflación. En lugar de aprender a vivir de la agricultura como tuvo que hacer el PCCh, el Kuomintang vivía de la emisión de dinero, y la inflación debilitaba paulatinamente la moral de la clase alta.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno nacionalista manifestó todas estas tempranas debilidades. Los señores de la guerra que ostentaban el poder en Sichuan, Yunnan y Guangxi dificultaron al máximo la expansión del control local de Chongqing. El gobernador de Yunnan, donde Kunming se había convertido en la base aérea de entrada a la China Libre, logró mantener a la policía secreta de Chiang Kai-chek y a sus tropas en su mayor parte alejadas de su provincia hasta fines de la guerra en 1945. La policía nacionalista sólo pudo suprimir hacia fines de 1945 el movimiento estudiantil y académico formado en la Universidad Asociada del Sudoeste, en Kunming, en pro de un gobierno de coalición y en contra de una guerra civil.

No les fue mucho mejor a los nacionalistas en el trato con la población campesina. A pesar de que en un comienzo la inflación ayudó a los productores agrícolas, pues elevaba el precio de sus cosechas, dicha situación pronto fue contrarrestada por un fuerte aumento en la tributación: una flagrante proliferación de cientos de tipos de pequeños impuestos o derechos, instituidos principalmente por los líderes del gobierno local con el objeto de financiar su administración y sus necesidades privadas. Como Lloyd Eastman (1984) detalla, “existía, por ejemplo, un impuesto para 'facilitar sandalias de paja para los reclutas', un impuesto para 'dar comodidad a las familias de los reclutas', un impuesto para 'entrenar a los cuadros de artillería antiaérea' y un impuesto para 'abastecer de gasolina a las tropas de guarnición'“.

A estas cargas se agregaba el reclutamiento nacionalista de hombres y grano. El trabajo no remunerado -*corvée*- se consideraba de entera disposición del ejército, y también el gobierno central autorizaba a los comandantes de ejército a vivir a costa de los campesinos imponiendo requisiciones de granos. Entre 1942 y 1943 la hambruna sacudió la provincia de Henan, significando inanición para los soldados o para la población. Las requisiciones continuaron implacables, y pronto las tropas comenzaron a ser atacadas por campesinos hambrientos. Con la hambruna surgió el acaparamiento para obtener ganancias, como asimismo un enorme aumento de la corrupción. Desafortunadamente el resultado de ello fue que el gobierno no recibió mucho más en recursos, mientras que los funcionarios menores y los terratenientes descubrieron cómo sacar provecho de la inflación. Hacia el fin de la guerra, las rebeliones campesinas eran incipientes en varias provincias de la China Libre.

Por lo pronto, tanto el gobierno nacionalista en Chongqing como el PCCh en Yan'an libraban una guerra de dos frentes: el uno contra el otro y los dos contra Japón. La guerra contra Japón, iniciada en las cercanías de Pekín el 7 de julio de 1937, llevó al anuncio, en agosto y septiembre, de un acuerdo de Frente Unido entre el PCCh y el Kuomintang. El PCCh aceptó detener su revolución armada en pro del cambio de la sociedad china, y suspendió la confiscación forzosa de las tierras de los latifundistas, mientras que el Ejército Rojo sería puesto bajo el comando del gobierno central. El Kuomintang, por su parte, permitiría al PCCh establecer oficinas de enlace en varias ciudades, publicar su periódico *New China Daily* en Chongqing y tener representación en los cuerpos consultivos del Kuomintang. A partir de ese momento se mantuvo la forma del Frente Unido. Al Ejército Rojo ahora se le llamaba el Ejército de la Octava Ruta, y Zhou Enlai residía en Chongqing para representarlo. Tras haber pasado 1938 en la capital de transición en Wuhan, Zhou ya era de hecho el ministro de Relaciones Exteriores del PCCh y el representante del mismo ante la prensa mundial.

Los términos del acuerdo del Frente Unido permanecieron intactos en el papel, pero en la práctica los acontecimientos lo hicieron naufragar. Yan'an se rehusaba a contar con oficiales nacionalistas entre su personal. En realidad, el Ejército de la Octava Ruta continuó siendo una fuerza independiente a pesar de un pequeño subsidio por parte de los nacionalistas. En el intertanto, mientras el PCCh construía sus áreas de base mantenía el orden, fomentaba la producción mediante mecanismos como las mutuales, y continuaba reclutando a activistas campesinos pobres que finalmente se alzarían por sobre los campesinos ricos. Los miembros del partido aumentaron de alrededor de 40.000 en 1937 a una cifra estimada de 1.200.000 en 1945, mientras que las fuerzas armadas elevaron su número de 92.000 en 1937 a quizá 910.000 en 1945.

La sinificación del marxismo por Mao

El control y la dirección de la ampliada organización del movimiento del PCCh por todo lo ancho del territorio de China del Norte requería de militantes dedicados y disciplinados, de cuadros experimentados en las aldeas, de un intento de autosuficiencia en cada base y de la utilización de la radiotelegrafía para transmitir mensajes. La organización gubernamental exhibía el principio del control centralizado sobre una situación descentralizada. El Comité Central del partido tenía sus divisiones en Yan'an, las que se ocupaban de los asuntos militares, la organización, la labor de frente unido, las áreas ocupadas por el enemigo, el trabajo, las mujeres y otros, hasta un total de doce categorías. La organización territorial, a su vez, estaba compuesta por media docena de gabinetes regionales, como China del Norte, China Noroeste y la Llanura Central. En estos gabinetes regionales, las secciones de personal correspondían a aquellas bajo el Comité Central en Yan'an. El principio de “integración” *(yiyuanhuá)* significaba que todas las directivas provenientes de la capital en Yan'an y dirigidas a estas secciones especializadas de los gabinetes regionales debían pasar por el jefe de gabinete, o por lo menos ser de su absoluto conocimiento en su calidad de coordinador local.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Yan'an se convirtió para unos cuantos observadores extranjeros en un país de ensueño, todo sol y bonhomía. El entusiasmo revolucionario era contagioso, o al menos eso fue lo que Edgar Snow y otros periodistas informaron al mundo. La particular democracia evidente entre los líderes del PCCh constituía un contraste asombroso con Chongqing. La ayuda norteamericana jamás llegó realmente a Yan'an, y la superficialidad del contacto permitió cultivar una mitología que cautivó a los liberales en el extranjero.

El secreto del éxito de Mao en Yan'an fue su flexibilidad para combinar metas de corto y largo plazo. En el corto plazo, adoptó la Nueva Democracia en 1940 como una doctrina de frente unido que pudiera congregar a todos los ciudadanos chinos que estuviesen de acuerdo con el liderazgo del PCCh. Pensando en el largo plazo desarrolló sistemáticamente la organización del partido, incluyendo el control sobre los intelectuales. El movimiento de rectificación de Yan'an entre los años 1942 y 1944 (descrito en forma más detallada a continuación) estableció el estilo de las campañas de movilización, incluyendo el aislamiento individual, el terror, la lucha, la confesión, la humillación y la subordinación. Los miembros del partido llegarían a conocerlo muy bien y, con el tiempo, también el resto de la población. Ese fue uno de los logros de Mao, y sus raíces se hundían tanto en el leninismo estalinista como en el confucianismo imperial.

Mientras, los verdaderos fundamentos del poder se desarrollaron efectivamente en la movilización del campesinado que realizó el PCCh en China del Norte. Los japoneses constituían el blanco perfecto contra el cual movilizarse. Invadiendo China a lo largo de las vías férreas, éstos intentaron incomunicar las áreas intermedias, pero las casamatas que construyeron en los bordes de las líneas de ferrocarril no pudieron controlar el comercio ni el contacto al otro lado de las líneas. En general, la invasión japonesa preparó el terreno para la movilización del PCCh. Si el éxito que éste obtuvo en tal coyuntura se debió simplemente al nacionalismo o a la doctrina del PCCh es esencialmente una pregunta que carece de sentido, pues el PCCh ya representaba al comunismo nacional, no al Komintern, mientras que las doctrinas del partido nacieron de la práctica en las aldeas y reclutaron asimismo a intelectuales en un grandioso esquema de salvación mundial.

En los gobiernos de la Región Fronteriza y de las Areas Liberadas que el PCCh estableció en diversos puntos de China del Norte, el primer principio era el control del partido, basado en el adoctrinamiento de cuadros y en la imposición de disciplina. El adoctrinamiento debía combinar los principios a largo plazo de Mao con su flexibilidad táctica, ya que los regímenes organizados por el PCCh operaban a grandes distancias de Yan'an y en forma muy independiente, excepción hecha de una no muy confiable comunicación radial.

El segundo principio consistía en descubrir lo que deseaban los campesinos y concedérselo: primero que nada, paz y orden a nivel local; segundo, un ejército de tropas amistosas que ayudasen a la vida campesina, trabajando en las cosechas cuando fuese necesario y fraternizando con los aldeanos; tercero, el reclutamiento de activistas locales que bien podrían encontrarse en el nivel superior del campesinado pobre, gente capaz que se sintiera frustrada por las circunstancias; cuarto, un programa de desarrollo económico, en parte a través de mejores cosechas pero principalmente mediante la cooperación agrícola en forma de ayuda mutua, transporte organizado y producción de bienes de consumo en cooperativas.

A medida que estos esfuerzos generaban progreso se convertían en la base para un tercer principio: la lucha de clases. Esta debía ser expuesta con gran cautela, puesto que los terratenientes de China del Norte eran poco más que campesinos ricos, pero podían ser capaces de activar sus propias fuerzas locales, reclutadas entre sociedades secretas y

mercenarios. En los primeros años también el Kuomintang había diseminado parte de sus fuerzas en China del Norte, por lo que también se disputaba la lealtad de los campesinos. El PCCh manejó la situación estableciendo el persuasivo sistema de los tres tercios: los comunistas controlarían sólo un tercio de los pequeños congresos que sancionaban el gobierno local, dejando los dos tercios restantes al Kuomintang y a los independientes. En este escenario, la mayor disciplina y dedicación del PCCh permitía a sus miembros convertirse en líderes por sus propios méritos. A medida que su buena reputación se reflejaba en el aprecio popular, podían comenzar a preparar a la población para la reforma agraria además de para los programas económicos de producción.

La reforma agraria sólo podría intentarse una vez que se contara con tres ingredientes: control militar, mejoramiento económico y reclutamiento de activistas en las aldeas. Ya inmersos en el proceso, el ardid consistía en movilizar la opinión en contra de los déspotas terratenientes, ya que lo eran, y así -denunciándolos o liquidándolos- comprometer a los aldeanos en un movimiento revolucionario. Todas las posesiones de tierra eran sometidas a evaluación y redistribuidas sobre una base de mayor igualdad, según categorías que le otorgaban a cada individuo un status de campesino rico, de clase media o pobre, o bien de trabajador sin tierras. Si se podía lograr que esa redistribución persistiera, se podía comenzar a adoctrinar a los activistas de la aldea en el espíritu del partido. El mensaje simplemente consistía en que la gente podría forjarse un futuro más promisorio si organizaba sus esfuerzos en un nuevo sentido de unidad, y el liderazgo de esta nueva unidad podía encontrarse en el PCCh. El individuo sería incapaz de lograr algo por sí solo, mientras que sí podía contribuir a la causa común sacrificando sus intereses individuales. Así, el principio del centralismo democrático era exaltado como una forma mediante la cual todos podían expresar su opinión y hacer su contribución, pero, una vez tomada la decisión del partido, todos debían acatarla. Esto jamás habría funcionado en una asamblea de un pueblo de Nueva Inglaterra, pero en una aldea de China del Norte, donde la alternativa era un gobierno de terratenientes y funcionarios provenientes de fuera de la región, resultaba muy persuasivo.

En síntesis, aquí quedaba propuesta la idea de la “línea de masas”: el partido debía entremezclarse con el pueblo para descubrir sus reivindicaciones y sus necesidades, las que entonces podrían ser formuladas por el partido y así explicadas a las masas como sus principales intereses. Este concepto “de-las-masas-a-las-masas” ciertamente era un tipo de democracia adecuada para la tradición china: donde mejor gobernó el funcionario de clase alta fue allí donde veló por los verdaderos intereses de los locales, gobernando por lo tanto en nombre de ellos.

De este modo, la guerra de resistencia contra Japón legitimó la movilización por parte del PCCh de las masas del campo chino; y dicha movilización brindó un poder renovado al PCCh, ya no basado en las ciudades, sino en las aldeas. La expansión del PCCh y el establecimiento de bases en toda China del Norte, e incluso en la región del Yangtsé, alcanzaron su punto álgido en 1940.

Los japoneses extendieron su control levantando a lo largo de las líneas férreas casamatas distanciadas entre sí de dos a cinco kilómetros. Desde esos puntos fuertes enviaban columnas para invadir las aldeas. Pero, tal como los norteamericanos en Vietnam o más tarde los rusos en Afganistán, los japoneses se vieron enfrentados al problema de cómo controlar a una población extranjera en su propio territorio rural, en parte con la utilización de tropas títeres y en parte con su propia potencia de fuego superior. A los japoneses no se les podía vencer en una guerra de posiciones normal, sino sólo mediante el agotamiento de sus recursos a través de una guerra de guerrillas. Para combatir ese peligro, los japoneses desplegaron una red de puntos fuertes y líneas de bloqueo con el fin de detener el suministro de alimentos para la guerrilla.

En respuesta a la presión japonesa, Peng Dehuai, comandante supremo del cuartel general militar del PCCh, preparó un vasto ataque, conocido como la Ofensiva de los Cien Regimientos, que comenzó en agosto de 1940. Las vías férreas japonesas fueron cortadas reiteradamente en toda China del Norte, y las casamatas destruidas.

Planificada por el general Peng, posiblemente sin mucho conocimiento de ello en Yan'an, ésta fue la principal ofensiva del PCCh en toda la guerra. Pasadas varias semanas, la ofensiva constituía obviamente un gran triunfo para el PCCh, pero entonces los japoneses contraatacaron reforzando sus tropas y tomando represalias. Movilizando más soldados, se vengaron montando una campaña denominada “los tres todos”: “matar todo, quemar todo, saquear todo”. Dejaron de intentar discriminar entre el campesinado común y el Ejército de la Octava Ruta, para simplemente destruir todo cuanto estuviera a su paso. Una vez destruidas

las aldeas, las transformaban en guarniciones militares. La cantidad de casamatas se elevó a varios miles. Los estragos y la devastación ocasionaron el quiebre de la posición del PCCh en toda China del Norte, el aislamiento de numerosos sectores y la toma del control de la mayoría de las sedes del condado que el PCCh se había asegurado. Fue un desastre de primera clase, y el PCCh no volvió a intentar otra ofensiva de ese tipo.
Mientras tanto, la expansión comunista en la región del Yangtsé, especialmente por medio del Nuevo Cuarto Ejército, también generaba represalias por parte de las fuerzas nacionalistas. Las negociaciones condujeron a la retirada de la mayor parte del Nuevo Cuarto Ejército desde el sur hacia el norte del Yangtsé; sin embargo, en enero de 1941 los nacionalistas les tendieron una emboscada y casi acabaron con el cuartel general, compuesto por varios miles de tropas del PCCh, en lo que se conoció como el “incidente del Nuevo Cuarto Ejército”. A pesar de que ningún partido reconoció el fin del Frente Unido -pues a ambos les convenía mantener las formas-, no había duda de que aquél ya era un hecho.
Tales reveses provocaron una aguda crisis en Yan'an. El Kuomintang y los bloqueos japoneses habían cortado casi todo el comercio, la inflación aumentaba rápidamente y todo el régimen tuvo que replegarse para sobrevivir. Yan'an logró manejarse con una tributación bastante modesta de la cosecha de grano del campesinado, pero en 1941 el mal clima provocó escasez de diversos productos, y el gobierno comenzó a exigir alrededor del 10% del grano producido. Las confiscaciones de los terratenientes dejaron de tener utilidad. La única salida era buscar la autosuficiencia, por ejemplo a través de la producción local de bienes de consumo, como textiles de algodón. Se logró una expansión considerable de tierra cultivada y riego, la producción de grano se intensificó y también lo hizo la ganadería. En síntesis, la crisis económica fue encarada con un enorme esfuerzo por aumentar la producción por todos los medios posibles.
A comienzos de la década de 1940, y paralelo a esta recuperación económica, Yan'an fue testigo de cómo Mao Zedong finalmente establecía su predominio en el PCCh. Mao no leyó en forma exhaustiva las obras marxistas hasta después de 1936, cuando tuvo algo de tiempo libre en Yan'an. Pronto comenzó a dictar cátedra sobre materialismo dialéctico y a elaborar sus ensayos *De la Práctica* y *De la Contradicción.* Como aún no había eliminado a los “veintiocho bolcheviques”, sus conferencias estaban diseñadas para demostrar su capacidad de liderazgo intelectual, pero en realidad eran más bien rudimentarias. No obstante, Mao demostraba su originalidad enfatizando las contradicciones mediante el postulado de la “atracción de los opuestos”, una idea con una larga historia en China.
Su objetivo filosófico en Yan'an no era simplemente establecer un partido nacionalista preocupado por la nación china, sino también adaptar el marxismo a la idiosincrasia china. Una organización disciplinada, marcada por la aceptación de la línea del partido, constituía un imperativo político, pues sólo de ese modo se podría contar con sus miembros para funcionar a distancia en conformidad con las directivas. El Kuomintang había sufrido de un profundo faccionalismo. El PCCh en Yan'an, siendo una organización más pequeña, tomó medidas para erradicarlo y lo logró en un cierto grado.
El consenso entre los activistas del partido dependía de su convicción intelectual acerca de la sabiduría de la línea del PCCh, la que debía invocar los principios teóricos para sancionar la acción práctica. La creación gradual del conjunto de ideas popularmente conocido en Occidente como maoísmo -pero denominado en chino de manera más modesta “Pensamiento de Mao Zedong”- fue la respuesta a esa necesidad, y representaba la sinificación del marxismo-leninismo, la aplicación de sus principios universales a las condiciones específicas de China. La manera como Mao le dio forma, pieza por pieza, es así una materia cuyo interés justifica un análisis más detenido.

El Pensamiento de Mao Zedong

Al entrar en contacto con China, tanto el budismo como el cristianismo se vieron enfrentados a un problema de terminología: cómo escoger los caracteres chinos que expresaran los nuevos conceptos, diferenciándolos de los antiguos conceptos chinos expresados en los mismos caracteres. Los socialistas japoneses fueron los pioneros en este esfuerzo. Mucho antes de Mao, la adaptación china del marxismo había comenzado en el nivel de la traducción de términos clave. El “proletariado” de Marx, actor fundamental en su drama cósmico, estaba ciertamente asociado en el pensamiento occidental a la vida urbana, específicamente a los trabajadores de las industrias de principios del siglo XIX y a las deplorables condiciones de

vida que por lo general caracterizaron la industrialización europea occidental. Sin embargo, la traducción al chino creó el término *wuchan jieji,* "clase carente de propiedades", en otras palabras, los más pobres, que podían estar en la ciudad o en el campo, y en el caso de China por supuesto que estaban principalmente en el campo. En efecto, el "proletariado" europeo fue identificado automáticamente en China con el "campesinado" pobre, entre los agricultores y obreros sin tierras. Aun cuando los marxistas chinos utilizaban la terminología marxista en consonancia con la de los marxistas moscovitas, pudo apreciarse sin embargo una sutil diferencia al expandir su doctrina a los estudiantes y a la gente común de China.

El término chino utilizado para "feudal", *fengjian,* se refería en el pensamiento clásico chino a la fragmentación de la soberanía durante el período de los estados guerreros, previo a la unificación de los Qin en el año 221 a. C. Aludía simplemente a una administración descentralizada, no al sistema territorial ni al régimen de los agricultores. Sin embargo, si se quería identificar el feudalismo en China con la explotación por los terratenientes, como deseaban hacer los comunistas, entonces había que aceptar que el feudalismo chino había existido durante unos dos mil años. Así, los períodos que Marx definió para la historia europea no podían aplicarse fácilmente a China. Si durante dos mil años, después de 221 a. C, toda la historia china había sido "feudal", el término perdía su significado o era humillante. "Proletariado" y "feudal" eran sólo dos de los términos clave del marxismo y, como se ve, no se ajustaban a las circunstancias chinas a no ser que se los deformara del todo.

Aun sin contar con este problema terminológico, los cimientos económicos de la vida china, radicada sobre todo en el campo, necesariamente dotaron a la revolución china de un carácter rural más pronunciado que el de la revolución soviética. Los campesinos debían ser los principales revolucionarios. El último factor que contribuyó a la sinificación del marxismo fue el avasallador sentimiento nacionalista chino, basado en un orgullo cultural e histórico que se traducía en que China no podría quedar subordinada a una doctrina extranjera. En efecto, el pueblo chino solamente aceptaría un marxismo chino.

Con el tiempo, la conciencia histórica china socavaría la verosimilitud del marxismo en este país. Sin embargo, para los propósitos de Mao podía establecerse que el dominio de la clase terrateniente ("feudalismo") estaba respaldado por los explotadores "imperialistas" extranjeros, y que el surgimiento de una clase mercantil china centrada en las aldeas producía una "burguesía nacional" capitalista. De ésta, sólo el ala de los *compradors* -los jefes del personal nativo de las firmas extranjeras- se había vendido a los explotadores "imperialistas", por lo que la situación podría ser resuelta mediante una autoridad estatal central que completara las tareas de la "revolución democrática burguesa". Después, la revolución alcanzaría la etapa final del socialismo. En otras palabras, existía suficiente concordancia como para permitirle al marxismo continuar con su labor revolucionaria por medio de la propaganda de su sistema de creencias en un nuevo mundo.

En todo caso, la sinificación seguía siendo una empresa de dos frentes, pues el PCCh debía mantener su identificación con el marxismo-leninismo internacional, usando para ello la terminología ortodoxa europea. De este modo, ya desde el principio el Kuomintang en Cantón no podía ser definido como la simple representación de una clase burguesa intentando completar su fase de revolución democrática burguesa. No, el gobierno del Kuomintang, en lugar de representar a la clase capitalista burguesa, era un gobierno mul-ticlasista o un "bloque de cuatro clases" en el que se permitía la participación del proletariado (PCCh). Más tarde, Mao argumentaría que "la burguesía y el proletariado chinos son recién nacidos y jamás existieron antes en la historia china... son gemelos nacidos de la antigua sociedad (feudal) de China, a la vez unidos y antagonistas entre sí". Según esta base resultaba apropiado que el proletariado dirigiera la revolución democrática burguesa, una teoría que justificaba al PCCh en su lucha por el poder. Ello tenía mucho sentido en China, ocurriese o no lo mismo en Europa.

Por ejemplo, el punto de partida de Mao para desarrollar su idea de la Nueva Democracia en China fue el supuesto marxista de una revolución democrática burguesa como proceso de transición del feudalismo al capitalismo, que vendría seguido por otra revolución que marcaría la transición del capitalismo al socialismo. En Europa, la revolución democrática burguesa quedó representada por la Revolución Francesa, mientras que la revolución socialista por lo general se consideró exitosa solamente en Rusia en 1917. Dicho de otro modo, la historia del siglo XIX, tan llena de acontecimientos, representó una fase democrática burguesa del desarrollo social. ¿Cuál fue su equivalente en China?

Los marxistas chinos sólo pudieron concluir que el Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919 fue el que introdujo la revolución democrática burguesa; los leninistas pudieron caracterizar dicho

movimiento como un logro del capitalismo nacional. Como la revolución socialista sería alcanzada por el PCCh en un tiempo futuro, esta aplicación del marxismo-leninismo a China daba como resultado el que el país registraba dos mil años de feudalismo y sólo cuarenta de capitalismo. Claramente, China escapaba a los moldes del marxismo europeo.

La campaña de rectificación de 1942-1944

Una vez en el poder, Mao comenzó a ejercer presión no sólo para consolidar su posición sino para unificar el partido y asegurar la disciplina. La campaña de rectificación de 1942-1944 se limitó a los miembros del partido, que ahora eran más numerosos y carecían de la cohesión que caracterizó a la generación de la Larga Marcha. Los blancos de la campaña eran “el subjetivismo, el sectarismo y el formalismo partidista”. El “subjetivismo” apuntaba a los dogmáticos incapaces de combinar la teoría con la práctica. El “sectarismo” aludía al reciente faccionalismo y a las inevitables divisiones entre soldados y civiles, militantes y no militantes, miembros del partido antiguos y nuevos, etc. La expresión “formalismo partidista” se refería al abuso de la jerga y el discurso partidario en vez de dedicarse a la solución práctica de problemas. El burocratismo paralizante y la rutinización de la administración constituían otros tantos males; en parte, éstos se podían combatir mediante la descentralización, es decir, la transferencia de los funcionarios a las aldeas para estar más cerca de los problemas cotidianos. También fue atacado el individualismo de muchos de los intelectuales que llegaron a Yan'an procedentes de las ciudades costeras.

La tirantez entre el PCCh y los intelectuales se debió principalmente a un factor específico. Mientras los eruditos de la época imperial se habían orientado hacia el servicio público, los intelectuales de la revolución del siglo XX focalizaron su atención en los males y las faltas del gobierno, pues habían crecido como una clase separada de la posesión de cargos. En pocas palabras, los letrados tradicionales quedaron ahora divididos en dos grupos: los del servicio público y los de la crítica pública. Los intelectuales modernos practicaban la tradición de la protesta, destacando las insuficiencias de las autoridades. Desde que muriera en 1936 aquel gran crítico del Kuomintang, Lu Xun, su nombre pudo ser invocado sin peligro como el de un paradigma en su función.

A comienzos de la década de 1940, el control de la literatura en Yan'an por parte de la nueva autoridad estatal del PCCh se convirtió en un asunto de suma importancia. Patriotas sinoliberales de todo tipo se habían unido a la revolución, y su compromiso de atacar las imperfecciones del Kuomintang obviamente los llevaron a criticar las nacientes imperfecciones del PCCh. Los más cercanos seguidores de Lu Xun continuaron manifestando sus críticas en el PCCh. Cuando a comienzos de 1942 Mao Zedong dictó sus dos cátedras sobre literatura y arte en Yan'an, proclamó que la literatura debía servir al Estado, en este caso a la causa de la revolución dirigida por el PCCh. Por lo tanto, debería ser optimista al estilo del realismo socialista de la Unión Soviética, y evitar las revelaciones de males e incapacidades que fueron una especialidad comunista durante el período del Kuomintang.

Los métodos mediante los cuales se llevó adelante en Yan'an el movimiento reformador del pensamiento de Mao entre 1942 y 1944 se volverían muy habituales en la historia del PCCh a partir de entonces. El individuo cuyo pensamiento debía ser reformado era primero investigado y persuadido a describirse a sí mismo y su experiencia de vida, hasta llegar a un punto en que el grupo podía comenzar a criticarlo. Durante la crítica del grupo de estudio, el individuo era al mismo tiempo aislado y sometido a los reproches o amonestaciones de todos los demás. Ello remecía su confianza en sí mismo. El siguiente paso tenía lugar en los mítines de lucha, donde al individuo se le acusaba y humillaba públicamente ante una audiencia numerosa y a menudo burlona que representaba a la comunidad. Aquí operaba otro factor: la dependencia del individuo chino del aprecio del grupo, así como de la aprobación de la autoridad.

Sometido a grandes presiones y sin hallar salida alguna a la denigración de su persona, el individuo era instado a confesar por escrito sus fechorías, con el fin de analizar su conducta errada y su deseo de cambiar. La presión aumentaba si después era aislado y encarcelado, ya fuera en reclusión solitaria o bien junto a otros en una celda, obligado a usar esposas de papel que no podía romper sin afrontar terribles consecuencias. Así, la consiguiente obliteración de su personalidad lo dejaba preparado para la fase final de renacimiento y reconciliación. Cuando su confesión era finalmente aceptada y el partido lo recibía cálidamente de vuelta en el grupo, el individuo podía experimentar un gran regocijo y una entera disposición a aceptar

la guía del partido. Si acaso tal experiencia psicológica provocaba efectivamente un cambio en la personalidad es algo que no se sabe a ciencia cierta; lo que sí es un hecho es que constituía una experiencia en extremo desagradable que debía evitarse en el futuro. De una u otra manera, el resultado era la conformidad con las líneas del partido.
Para que no comencemos a creer en un poder y una subyugación totales, debemos considerar debidamente el vigor de ciertas personalidades chinas. Aquellos que se alzaban como críticos eran por lo general individuos obstinados y esencialmente intransigentes, que se sentían moralmente obligados a aferrarse a sus principios y a criticar los males. Así, el expandido método de la reforma del pensamiento por parte del PCCh no debe ser necesariamente entendido como que implicaba que los intelectuales chinos eran esclavos naturales; muy por el contrario, al partido le resultó extremadamente difícil vencer su independencia de juicio.
La sinificación del marxismo por parte de Mao puede compararse provechosamente con el fracaso del cristianismo Taiping. En la década de 1850, el que Hong se proclamara el hermano menor de Jesucristo de inmediato lo transformó en anatema para la fuente extranjera de su credo, los misioneros occidentales, a quienes, de profunda arrogancia, ni siquiera trataba. A poco andar se había convertido en un hereje para los cristianos y en un subversivo extranjerizante dentro de China, representando lo peor de ambos mundos. Mao, por el contrario, a pesar de que finalmente fue anatematizado por Moscú, tuvo éxito durante algún tiempo en la cooperación con el Komintern, y al momento de la sinificación del marxismo se cuidó de disimularla tras una capa de terminología ortodoxa. Tanto Hong como Mao pusieron manos a la obra con sólo una comprensión rudimentaria de la doctrina extranjera, y ambos se liberaron de la dominación de los extranjeros: Hong de los misioneros, Mao del Komintern. Pero, por supuesto, las diferencias entre ambos son mucho más relevantes que sus similitudes.
En 1943 Mao expuso su doctrina de la “línea de masas”. Al igual que muchas de las formulaciones intelectuales de Mao, ésta tenía un carácter ambivalente y ambiguo, de modo que pudiera aplicarse en cualquiera de sus dos formas. Mientras sostenía la necesidad de consultar a las masas y disponer de una participación masiva de algún tipo en el gobierno, también reafirmaba la urgencia de un control y un liderazgo centralizados. En un momento dado se le podía dar mayor énfasis a cualquiera de las dos directrices, tal como la doctrina de la Nueva Democracia proporcionó una base teórica tanto para unirse al Kuomintang en un segundo Frente Unido como para oponerse a éste por reaccionario. También, el status de clase podía ser definido por referencia a los padres y la situación económica o bien por las ideas y aspiraciones propias. De manera similar, al pueblo se le otorgaba el papel supremo de árbitro final y beneficiario de la revolución, pero algunas personas podían ser calificadas como enemigos del pueblo por alguna orden administrativa proveniente de las altas esferas.
Era característico de esta línea de desarrollo que Mao definiera ciertas contradicciones como antagónicas y otras como no antagónicas, es decir, discutibles. Así, algunas contradicciones lo convertían a uno en enemigo del pueblo y otras no, dependiendo de la manera como el pueblo lo percibía a uno. En definitiva constituía una estructura ideológica muy flexible, como si Marx y Engels hubiesen sido seducidos por el ying y el yang. Mao sólo se halló verdaderamente en una posición de liderazgo una vez que consolidó el control de esa estructura. Todos aquellos que estaban en contra de Mao fueron difamados, castigados, encarcelados e incluso algunos ejecutados, y gracias a ello se alcanzó la unidad.

La ayuda norteamericana al gobierno de coalición

En 1943, los soviéticos defendieron exitosamente Stalingrado, los aliados occidentales ganaron Africa del Norte, la marina de Estados Unidos comenzó a dominar en el Pacífico y las fuerzas norteamericanas invadieron las islas Salomón en su camino hacia Tokio. Los japoneses tuvieron que aflojar la presión sobre las Areas Liberadas y la Región Fronteriza de China del Norte. Para los comunistas, la guerra comenzó a perder intensidad cuando la largamente planificada ofensiva japonesa de Ichigo avanzó desde Henan hacia el sur del Yangtsé en 1944, acabando con buena parte de los mejores ejércitos nacionalistas.
Bajo estas circunstancias se reinició la expansión del PCCh entre 1943 y 1945, pero su política fue prudente y se evitó la prisa y la superficialidad. Cuando a mediados de 1944 arribó a Yan'an un grupo de observadores militares del ejército norteamericano -la llamada Misión Dixie-, el PCCh estaba repuntando de nuevo y preparándose para la confrontación decisiva con el Kuomintang en la posguerra. Este espíritu de resurgimiento quedó reflejado en el trascendental Séptimo Congreso del Partido Comunista Chino, convocado en Yan'an desde

fines de abril hasta mediados de junio de 1945. Allí se adoptó una nueva constitución, que dotaba a Mao de un mayor poder central como presidente del Comité Central y del gabinete político. El “Pensamiento de Mao Zedong” fue aclamado como la guía del partido.

Para ese entonces, voluntaria o involuntariamente Estados Unidos se había convertido en un factor importante en la política china. Para unos extranjeros distantes como los norteamericanos, la China Libre representaba una avanzadilla de la civilización moderna luchando por sobrevivir en un mar de costumbres arcaicas y fuerzas del mal. Ya no había nada revolucionario en ella, pero los norteamericanos vieron en eso un estímulo y después de 1941 aceptaron a la China Libre como aliada. La ignorancia y el sentimentalismo norteamericanos llegaron a tal punto que el Presidente Roosevelt se imaginó al gobierno nacionalista llenando el vacío de poder que se crearía en Asia Oriental tras la caída de Japón. Una fuerza aérea clandestina, reclutada entre militares norteamericanos en servicio como mercenarios con licencia, fue al rescate de Chong-qing incluso antes de Pearl Harbor. Estos Tigres Voladores, al mando del aviador retirado Claire Chennault, pronto se transformaron en la Decimocuarta Fuerza Aérea, y se dedicaron a hostilizar las líneas de comunicación japonesas desde su base en Kunming. El movimiento misionero norteamericano en China impulsó la Ayuda para la China Unida. La compasión y la generosidad norteamericanas renacieron, y el general Joseph Stilwell, comandante del teatro de operaciones de China, Birmania e India, probó que si a los conscriptos chinos se les llevaba a India y se les alimentaba y entrenaba adecuadamente podían convertirse en soldados de primer nivel.

Así como antes Chiang Kai-chek había dependido del apoyo del hampa de Shanghai, ahora comenzaba a depender de los impulsos cristianos y del abastecimiento logístico de los norteamericanos. Pero, considerando que el puente aéreo en China, Birmania e India constituía el último paso en lo que a consideraciones estratégicas y abastecimiento norteamericanos se refiere, ello no dejaba a los nacionalistas en una posición de fuerza. Cuando el ejército norteamericano logró enviar a Yan'an una misión de observadores, en 1944, ya era demasiado tarde para utilizar la alianza Washington-Chongqing con el fin de preparar el camino a una victoria nacionalista en la guerra civil que parecía inminente.

A pesar de ello, los norteamericanos lo intentaron. En un esfuerzo por no quedarse atrás con respecto al ejército, la marina de Estados Unidos envió en 1942 una misión para trabajar con la policía secreta china y participar activamente en la cruzada anticomunista. Sin embargo, el general Stilwell no logró entrenar ni aprovisionar a las fuerzas nacionalistas en forma efectiva para dirigirlas hacia la lucha contra los japoneses. La idea norteamericana de utilizar la China Libre como una base para la lucha contra Japón absorbió su atención y lo distrajo de la revolución china. Del mismo modo que el programa soviético en la década de 1920, el programa norteamericano de ayuda a China derivó finalmente en un desastre. Nunca ha sido fácil para los extranjeros trabajar con la revolución china.

La implicación norteamericana se vio debilitada por un serio anacronismo. Todo ciudadano estadounidense que conoció la China de los señores de la guerra y trabajó o apoyó una universidad cristiana depositó su esperanza en el gobierno de Nankín, en tanto éste representaba los ideales norteamericanos. La unidad versus el fanatismo de los señores de la guerra y la igualdad de China en el concierto de las naciones, eran motivos atrayentes. La generación siguiente, testigo del emergente poder de los comunistas, era sólo un pequeño grupo que de ninguna manera poseía la influencia que ejercieron durante generaciones los misioneros norteamericanos en su país.

Todos estos factores produjeron una variedad de orientaciones en la formación de la política norteamericana. Los funcionarios del servicio exterior y los comandantes allí destacados, como el general Stilwell, eran testigos de la admirable determinación y fortaleza del movimiento comunista. La colonia china en Estados Unidos, capitaneada por Henry Luce, el editor de las revistas *Time* y *Life* nacido allí, por lo general guardaba la imagen de una época anterior, cuando el gobierno de Nankín había parecido la última palabra para el progreso de China.

Con la desaparición del Frente Unido en 1941, los observadores norteamericanos pudieron advertir cómo se ensanchaba la división existente entre las dictaduras partidistas del Kuomintang y del PCCh. En todo caso, la política del Departamento de Estado era sólo una gota en el mar en comparación con el esfuerzo bélico norteamericano en general, la logística del transporte en el puente aéreo, el moderno entrenamiento y aprovisionamiento de tropas chinas que comandaba Stilwell y su trato con Chiang Kai-chek, quien actuaba como un cliente obstinado que sentía estar recibiendo una parte insuficiente de los abastecimientos militares. Ningún norteamericano en Washington sabía realmente algo acerca del área comunista en

China del Norte, y Estados Unidos estaba, tanto diplomática como legalmente, obligado a apoyar al régimen nacionalista como a un aliado.
Entretanto, los observadores que se encontraban en el lugar, sirviendo en la embajada norteamericana y en el cuartel general, previeron en China una guerra civil post-Segunda Guerra Mundial, lo que implicaba el peligro de una invasión de China del Norte por parte de los soviéticos. Los extranjeros no podían apreciar adecuadamente hasta dónde había llegado la sinificación del marxismo o la creación de un comunismo nacional, ambas obra de Mao, puesto que no conocían los detalles de la pésima relación de Mao con Stalin. Por lo tanto, el evitar allí una guerra civil se convirtió en una política norteamericana, y el medio para lograrlo fue la promoción de un "gobierno de coalición". En realidad éste sería una extensión del Frente Unido en su forma ideal e irrealizada, una combinación entre las fuerzas armadas y la representación de ambos partidos en una asamblea nacional. Percibiendo esta esperanza norteamericana, ambos partidos chinos simularon aceptar dicho "gobierno de coalición" como un objetivo de posguerra, mientras que en privado se preparaban para resolverlo mediante la lucha.
El desastroso irrealismo de la política norteamericana quedó muy bien ilustrado por el emisario especial del Presidente Roosevelt, el general Patrick J. Hurley, de Oklahoma, un norteamericano extravagante y simplón que hace recordar a Ronald Reagan. Sus torpes esfuerzos por evitar la guerra civil a través de una mediación dieron paso a la influencia que Chiang Kai-chek ejerció sobre él. El general Hurley se opuso a todo el personal de la embajada al defender la ayuda norteamericana a Chiang contra viento y marea. Para cuando ésta llegó, por supuesto, Hurley había desaparecido de escena, pero su política aún era seguida en Washington y provocó que los norteamericanos fueran, con razón, alejados de China.
Después de la rendición de Japón, en agosto de 1945, Chiang y Mao se reunieron en Chongqing bajo los auspicios de Hurley, y en octubre acordaron un conjunto ideal de principios que alegraría a cualquier liberal en el mundo. Los regímenes del Kuomintang y del PCCh cooperarían en una asamblea representativa, desmovilizando sus ejércitos y garantizando al mismo tiempo todas las libertades civiles y las normas y obras tan apreciadas por hombres y mujeres en el mundo entero. Dicha simulación provenía del reconocimiento de que ningún bando podía oponerse al ideal de paz y cooperación.
La dura realidad del otoño de 1945 fue muy distinta. Tan pronto finalizó la guerra con Japón, las fuerzas comunistas se movilizaron por China del Norte para obligar a los japoneses a rendirse ante ellos. Los nacionalistas reaccionaron ordenando a los japoneses repeler a los comunistas y recuperar cualquier territorio del que ellos pudiesen haberse apoderado. No tardaron en registrarse numerosos enfrentamientos entre comunistas y japoneses, dado que el gobierno nacionalista utilizó a los agresores ex imperialistas para luchar contra la revolución social. Mientras, tanto las fuerzas comunistas como las nacionalistas comenzaron a movilizarse hacia Manchuria (en lo sucesivo denominada el Noreste), compitiendo por apoderarse de la zona. Como ya era habitual, los nacionalistas instalaron guarniciones militares en las ciudades y los comunistas se movilizaron en la zona del campo.
El gobierno de Estados Unidos siguió el ejemplo nacionalista trasladando cerca de 53 mil *marines* a China del Norte con el objeto de defender Pekín y Tianjin contra una posible incursión soviética, al tiempo que transportaba por aire y por mar ejércitos nacionalistas completos a ciudades de Manchuria y otros puntos de China del Norte. De este modo, Estados Unidos intervino desde un comienzo en el bando anticomunista. Además, como parte del acuerdo de Yalta de febrero de 1945, el Presidente Roosevelt ya había intentado determinar el destino de China arreglando con Stalin la posible firma de un tratado chino-soviético entre los nacionalistas y la Unión Soviética. Según sus términos los soviéticos reconocerían y tratarían sólo al Gobierno Nacionalista de China, mientras que los nacionalistas a su vez reconocerían la recuperación de los antiguos derechos imperialistas rusos en el Noreste a lo largo de las vías férreas. Stalin prometió retirar las tropas soviéticas en un plazo de tres meses después de la rendición japonesa. Esta se produjo el 15 de noviembre de 1945, y así el PCCh dispuso de tres meses para infiltrarse en el Noreste lo mejor que pudo compitiendo con los nacionalistas, a quienes los norteamericanos se encargaron de transportar. Los nacionalistas advirtieron que el PCCh, incluso a pie, entraba en el Noreste más rápido que ellos, y pidieron a los soviéticos que permanecieran allí durante más tiempo; las tropas soviéticas sólo se marcharon en mayo de 1946, llevándose consigo la mayor parte del equipo industrial que podía trasladarse desde las nuevas instalaciones japonesas del estado títere. Contando con el respaldo norteamericano, Chiang Kai-chek se abrió camino hacia Manchuria del sur luchando contra la oposición comunista.

Así, el escenario estaba dispuesto para la frustración del esfuerzo de mediación que realizó el general George C. Marshall en nombre de Washington. Como el más alto oficial del ejército en la Segunda Guerra Mundial, y como obediente pero astuto gestor, Marshall hizo todo lo que podía hacerse para concretar un gobierno de coalición. En enero de 1946 se convocó en Pekín una Conferencia Política Consultiva, y se discutieron asimismo medidas para combinar las fuerzas del Kuomintang y del PCCh. Sin embargo, el centro de la guerra civil se había trasladado al Noreste, zona que desafortunadamente había quedado excluida de los acuerdos de Chongqing. Estados Unidos estaba comprando la aquiescencia de Chiang Kai-chek con un empréstito de muchos ceros, y cuando Marshall regresó a ejercer presión sobre el Congreso para lograr la aprobación de esta parte del convenio, perdió el control de las negociaciones. Cuando retornó, el Cuartel General Ejecutivo que él había establecido en Pekín estaba reprimiendo la lucha en China del Norte. El mecanismo para ello era enviar a las áreas en conflicto coroneles norteamericanos con generales comunistas y nacionalistas para detener los combates. Pero ya el Noreste estaba fuera de control.

Ambos bandos utilizaron las negociaciones como una maniobra para tranquilizar al amplio movimiento chino por la paz mientras se preparaban para una lucha decisiva. Del mismo modo, Estados Unidos exigió la coalición y la reforma en Nankín y en Yan'an, al tiempo que seguía aprovisionando a los nacionalistas. Todos estaban diciendo una cosa y haciendo otra.

17. La guerra civil y los nacionalistas en Taiwan

Por qué fracasaron los nacionalistas

Cuando en agosto de 1945 estalló la paz, las fuerzas armadas nacionalistas doblaban en número a las del PCCh, por lo menos, y contaban además con la ventaja de los equipos y el abastecimiento norteamericanos, más la ayuda de la marina estadounidense para el transporte de las tropas y de los *marines* en el área de Tianjin-Pekín. Los nacionalistas controlaban todas las principales ciudades de China, así como la mayor parte de su territorio. El espíritu de la Guerra Fría comenzaba a emerger en Estados Unidos y también en China, por lo que era evidente que el respaldo norteamericano se mantendría. Bajo estas circunstancias, el que Chiang Kai-chek y los nacionalistas hayan perdido la guerra civil constituye realmente un hecho notable. Las razones de su fracaso se hallan tanto en la estupidez en el campo de batalla como en la incompetencia detrás de las líneas.

En el despliegue de sus fuerzas, Chiang Kai-chek persistió en su obsoleta estrategia. Le atribuía gran importancia al hecho de mantener el control de las capitales provinciales tras haberlas ocupado. En vez de librar una guerra en contra de los comunistas en China del Norte, Chiang situó sus bases en el rico valle del Yangtsé en China del Sur y reafirmó su poder unificador mediante este símbolo del control de las ciudades capitales. Pero la mayoría de éstas muy pronto estuvieron sitiadas y Chiang se vio sobrepasado por la extensión de sus líneas de abastecimiento, haciéndose evidente que fue impulsado por sus presunciones anacrónicas en relación a cómo controlar China. Al enviar a sus mejores tropas -aquellas entrenadas por norteamericanos- a combatir directamente al Noreste sin haber consolidado el control del área intermedia de China del Norte, Chiang parecía estar buscando el desastre militar.

La incompetencia de los nacionalistas en el campo de batalla era equiparable a su mal manejo en la retaguardia. Este comenzó con la economía. La inflación se disparó a medida que la emisión de papel moneda siguió aumentando. La ocupación de las ciudades costeras de China por parte de los japoneses se caracterizó principalmente por la confiscación corrupta de los activos, sin demasiada intención de utilizarlos con fines industriales. Los bienes de consumo seguían siendo escasos. Cuando la producción industrial se detuvo en la China Libre, en las ciudades recuperadas se reanudó lo suficiente como para evitar un alto desempleo. Entretanto, los nacionalistas acaudalados se enriquecían utilizando su moneda nacionalista sobrevalorada para acaparar la moneda de ocupación japonesa a su injusta tasa de cambio. El hambre y el acaparamiento proliferaron en muchas áreas del campo, y el regreso de las tropas nacionalistas a las provincias liberadas de los japoneses -si se pudiera llamar "liberación" a esta situación- no hizo más que aumentar el peso de las tributaciones y las requisiciones.

Además de la mala gestión económica, el gobierno nacionalista no logró ganarse a la ciudadanía, y de inmediato se granjeó la enemistad de los principales componentes de la sociedad china. El proceso se inició con la utilización de los japoneses y sus tropas títere chinas para combatir a los comunistas después de la rendición japonesa. Este enfrentamiento de fuerzas chinas contra individuos chinos, en un momento en que todos hablaban de paz y la anhelaban, resultó en extremo impopular. Por otro lado, el trato que dieron los nacionalistas a los colaboracionistas chinos, que habían trabajado bajo la ocupación japonesa ansiando la liberación, por lo general consistió en considerarlos como enemigos que no merecían compensación. De un modo similar, los estudiantes y profesores en la China reocupada fueron criticados públicamente por haber cooperado, y se les sometió a la reforma de pensamiento en

los Tres Principios del Pueblo propuestos por Sun Yatsen. La clase estudiantil que había logrado sobrevivir fue la que recibió toda la culpa por haber quedado bajo el dominio de los japoneses; no se hizo nada por movilizar su apoyo. El gobierno continuó exigiendo la contribución de la gente, al tiempo que permitía a los acaparadores y funcionarios egoístas no pagar impuesto alguno. Ello representaba la peor forma de “capitalismo burocrático”, en el cual los funcionarios se enriquecían a expensas del pueblo.

Otro gran error político de los nacionalistas fue su indiferencia y posterior supresión del movimiento público por la paz, que estaba muy extendido y era sincero, y no sólo, como sostuvieron los nacionalistas, una conspiración comunista. Los académicos deseaban pasar de la guerra al desarrollo civil, así como el fin de la dependencia de los nacionalistas en Estados Unidos para promover la guerra civil. La violenta represión gubernamental en contra de los estudiantes logró alejarlos del mismo modo como las necias políticas económicas provocaron la desafección de la clase media urbana y de los capitalistas industriales.

Así, el gobierno nacionalista desperdició el apoyo popular y pareció, incluso más que los comunistas, el instigador de la guerra civil; se había militarizado a tal punto que sólo podía pensar en una solución militar al problema de la guerra civil, sin considerar las funciones que debía desempeñar como un gobierno al servicio de la gente. Las críticas de los chinos liberales al régimen del Kuomintang lo culpaban por permitir al PCCh desarrollarse dentro de sus posiciones como un régimen más popular. Cualquier forma de apoyo al Kuomintang que aún persistiera entre la clase adinerada se acabó con la “reforma monetaria” de 1948, por la cual todos los bienes y monedas extranjeras fueron convertidos forzosamente en una nueva moneda, el “yuan de oro”, bajo cuyos términos se fijarían los precios y (de algún modo) se detendría la inflación por decreto. Sin embargo, los precios se elevaron 85 mil veces en seis meses, y la clase adinerada se vio defraudada una vez más. El Kuomintang desperdició todas las oportunidades que se le presentaron para gobernar China; el gobierno nacionalista representó con largueza el papel que en la historia china se le atribuye al mal soberano con el que se hunde una dinastía. Los líderes liberales de formación moderna de la China Libre no se pasaron al comunismo, pero sí renunciaron a sus esperanzas en el Kuomintang.

La consolidación del PCCh en el poder después de 1946 quedó de manifiesto antes que nada entre la población campesina de las aldeas de China del Norte. Allí, el programa de gobierno del PCCh retomó la reforma agraria, la que generalmente había sido opacada desde la aparición del Frente Unido en 1937. La reforma agraria implicaba el despojo y la neutralización o destrucción de la influencia económica y social de terratenientes y otros magnates locales, con el correlativo avance de los activistas entre el campesinado pobre que podría dominar las aldeas bajo el liderazgo del PCCh. Neutralizando o reduciendo de esta manera a los campesinos ricos, el liderazgo comunista podría continuar con más reformas. El resultado de este esfuerzo masivo fue la mantención del apoyo de las aldeas a los ejércitos comunistas a través de toda China del Norte.

El ataque nacionalista y el contraataque comunista

Irónicamente, las fuerzas nacionalistas libraron una guerra bastante similar a la que los japoneses impusieron sobre China en su momento. Hacia fines del primer año de este conflicto, que se prolongaría por tres años, los nacionalistas controlaban todas las ciudades principales y las líneas férreas, y sus fuerzas seguían siendo muy superiores en potencia de fuego. Pero sucedía que los ejércitos del PCCh, siguiendo la clásica estrategia de la guerra de guerrillas, simplemente se habían replegado, evitando presentar batalla; así, se ahorraban víctimas y contribuían a que los nacionalistas sobreexpandieran sus fuerzas. Sólo se enfrentaban cuando podían oponer una fuerza incontrastable sobre alguna pequeña unidad del Kuomintang.

Los nacionalistas tomaron el control de Yan'an y también de la capital temporal del PCCh en Kalgan (Zhangjiakou). Los líderes comunistas se convirtieron en refugiados y las fuerzas nacionalistas victoriosas los capturaron en Shaanxi del norte. Los nacionalistas recuperaron la mayoría de las capitales de condado en las principales zonas de Jiangsu del norte y en el Noreste. La destrucción de algunas de sus áreas de base y la toma del poder en el campo de esta manera resultaron inesperadas para el PCCh. Su base en Jiangsu del norte fue destruida, y los terratenientes nacionalistas, que retornaron, asesinaron o abusaron de la gente que había estado bajo la protección del partido.

La batalla por el Noreste fue comandada en el PCCh por el general Lin Piao, un experto en la guerra de guerrillas. Después de que sus fuerzas se replegaran hacia el noreste de Manchuria más allá del río Sungari, Lin organizó en 1947 media docena de incursiones cruzando el río para sorprender y arrasar a los nacionalistas. Pronto las fuerzas nacionalistas de campaña quedaron aisladas en sus ciudades.
Una investigación de Steven Levine (1987) relata cómo el PCCh ganó el Noreste: movilizando las áreas rurales, tal como hicieron en China del Norte. Con febril energía, una vez infiltrados en el Noreste los cuadros de China del Norte se dedicaron a poner en práctica los diversos procedimientos que conocían para organizar la producción local, el adoctrinamiento de las aldeas, la reforma agraria, la reforma del pensamiento de los nuevos cuadros y el reclutamiento de tropas y de la masa popular para unirse a una guerra patriótica. Esta aplicación de sus habilidades de ingeniería social en un esquema forzado por la situación constituyó un éxito generalizado. Los chinos del Noreste, durante tanto tiempo frustrados por la ocupación japonesa, respondieron al clamor del nacionalismo y la revolución social apoyando el esfuerzo bélico del PCCh.
Los nacionalistas, como siempre, contribuyeron a este proceso. Como provenían del sur, desconfiaban de los líderes de Manchuria. La zona había estado bajo el dominio del señor de la guerra Zhang Zuolin y de su hijo, y después ocupada por los japoneses durante quince años. Por lo tanto, los nacionalistas llevaron a su propia gente para encabezar el régimen que intentaban establecer en el Noreste, mientras los comunistas complacían al liderazgo local y lo movilizaban en contra de los intrusos provenientes de China del Sur. La desconfianza de los nacionalistas por los líderes locales, junto a la carencia de contactos en la zona y a sus abusivas actividades para acceder al poder, volcaron las simpatías en su contra; su arrogancia, codicia y corrupción provocaron el desastre. En efecto, el ejército nacionalista se vio envuelto en los mismos aprietos de los que fueron víctimas los japoneses: no lograron obtener información local de las masas procomunistas, quedaron atascados a causa de su pesado equipo y sus columnas de avanzada se desplazaban demasiado lento como para evitar emboscadas u ocasionales ataques a sus flancos. Las fuerzas nacionalistas no estaban entrenadas para fraternizar con el pueblo ni para luchar de noche; tampoco podían desplazarse rápidamente.
El PCCh comenzó el contraataque a mediados de 1947, y pronto sus fuerzas no sólo pudieron dominar Shandong, sino también recuperar el área base entre el río Amarillo y el Yangtsé, que se extendía entre el ferrocarril de Pekín-Hankou en el oeste y el de Pekín-Nankín en el este. Ello los situaba en una posición estratégica que les permitía amenazar todo el valle del Yangtsé. A medida que cambiaba el equilibrio estratégico, los comunistas estuvieron en mejores condiciones que nunca para capturar el equipo norteamericano de los nacionalistas y reclutar las tropas rendidas para formar nuevos ejércitos comunistas.
En cuanto a los nacionalistas, Chiang Kai-chek rehusó evacuar las guarniciones en las principales ciudades mientras aún existía la oportunidad de hacerlo. El resultado fue que sus mejores tropas debieron rendirse con todo su equipo tras ser sitiadas y aisladas. Mediante estas tácticas y estrategia superiores, las fuerzas del PCCh no sólo aplastaron a los defensores nacionalistas, sino que también los desmoralizaron. Cuando finalmente cercaron Pekín en enero de 1949, el comandante nacionalista decidió rendirse junto a todas sus tropas; más tarde obtendría un puesto de confianza en el nuevo régimen.
Cuando Mao entró a Pekín, sus tropas iban en camiones norteamericanos conducidos por tanques de fabricación norteamericana. El abastecimiento de equipo pesado que Chiang Kai-chek recibió de los norteamericanos venía acompañado de asesoramiento militar profesional. Chiang, sin embargo, tomó uno y no el otro. Los norteamericanos le aconsejaron no expandirse demasiado, pero él lo hizo. Le sugirieron utilizar sus aviones y sus tanques y no atesorarlos como símbolos de su potencia de fuego, pero él no logró hacerlo. También le aconsejaron dejar que los comandantes locales tomasen las decisiones tácticas, pero el “generalísimo” insistió en actuar como tal, remitiendo él mismo las órdenes hasta el nivel de la división.
La zona rural fue necesariamente el escenario de la guerra civil; allí, la movilización de la masa popular que llevó a cabo el PCCh le permitió gozar de una superioridad tanto en inteligencia como en logística. Así, en 1949, en la decisiva batalla librada en la región de Huai-Hai al norte de Nankín, el cuerpo blindado nacionalista, guardado en reserva como árbitro final de la guerra, se encontró cercado por trampas antitanques cavadas por miles de campesinos movilizados por líderes del partido como Deng Xiaoping.
Después de todos los recursos invertidos en el entrenamiento de tropas y la provisión de equipo, los norteamericanos se hallaban muy disgustados con el resultado. Afortunadamente,

el general Marshall había estado durante un año intentando impedir la guerra civil como mediador en Chongqing y Nankín tras la rendición japonesa; conocía al dedillo la situación y, cuando regresó a Estados Unidos en 1947 en calidad de secretario de Estado, logró evitar que los estadounidenses se involucraran en un súper-Vietnam para sofocar la revolución china. Norteamérica continuó proporcionando suministros, pero retiró a los *marines* destacados en China del Norte para protegerla de los soviéticos. El PCCh finalmente ganó la guerra utilizando las armas de los japoneses rendidos -obtenidas gracias a la benevolencia de los soviéticos en Manchuria- y las armas de origen norteamericano de los ejércitos de Chiang, a medida que éstos se iban rindiendo. Hacia 1949 nadie podía negar que el Partido Comunista Chino bajo el mando de Mao Zedong había conquistado China honrada y abiertamente.
La evaluación de los historiadores sobre el Kuomintang en China se han valido de la generalizada crítica de los sinoliberales tanto como de la de los propagandistas del PCCh, los cuales intentaban atraerse el apoyo sinoliberal y por tanto denunciaron prestamente cada una de las violaciones a los derechos humanos y los casos de corrupción por parte del Kuomintang. En realidad el Kuomintang caminaba en dos pies que, lamentablemente, iban en dirección contraria uno del otro: en su seno se oponían una tendencia modernizadora y otra reaccionaria. Así, las atrocidades del Kuomintang podían salir a la luz pública a través de una prensa parcialmente independiente y, a veces, de periodistas extranjeros no censurados, mientras que la policía secreta, careciendo del poder absoluto, a menudo sólo conseguía añadir más oprobio a su historial de trabajo sucio. A pesar de que el totalitarismo contó con activos partidarios a las órdenes de Chiang Kai-chek, éstos no lograron dominar la escena china en la forma en que sí lo haría el totalitarismo del PCCh una vez en el poder. Como resultado de ello la imagen del Kuomintang y la del PCCh como gobiernos de China provienen de bases de datos muy diferentes, y realmente no pueden compararse. El grado a que llegó la práctica de las ejecuciones en el PCCh, por ejemplo, en general no fue conocido por los observadores externos en esa época.
En retrospectiva, los méritos que ahora se le reconocen a Chiang Kai-chek se relacionan con sus éxitos diplomáticos. A comienzos de la década de 1930 aplazó la agresión japonesa por medio de negociaciones y cesiones, mientras que al mismo tiempo obtenía la colaboración de la Alemania nazi en el desarrollo de fuerzas e industrias militares. Entre 1937 y 1939 se procuró ayuda militar soviética para la lucha contra Japón. En la década de los 40 mantuvo Xinjiang alejado de la influencia soviética mientras conseguía ayuda y bienes norteamericanos a través del programa de ayuda bélica de la Segunda Guerra Mundial, ejerciendo presión sobre Moscú, como nos recuerda William Kirby, “para aceptar a China como una gran potencia”. La apreciación de Chiang Kai-chek en la historia crecerá junto con la República de China en Taiwan.

Taiwan como colonia japonesa

Entre las provincias de China, Taiwan fue la única que durante cincuenta años (1895-1945) estuvo bajo dominio japonés. Manchuria estuvo sólo catorce años (1931-1945) bajo el dominio indirecto de Japón a través del estado títere de Manchukuo. Más aún, Taiwan fue primero poblada por aborígenes malayo-polinésicos (que en 1895 totalizaban 120 mil habitantes). Los chinos comenzaron a llegar a fines del siglo XVI, y el dominio manchú sobre la isla como una prefectura de la provincia de Fujian sólo se estableció en 1685. Sólo en 1885 Taiwan se convirtió en provincia, con una escasa población de tres millones de habitantes. Aunque el movimiento de autorreforzamiento chino levantó la capital en Taipei, en 1895 y como botín de guerra, Japón se apoderó de un área subtropical en la cual la modernización apenas había comenzado.
Como Taiwan era la primera colonia de Japón justo en el momento en que éste comenzaba a emerger como una potencia moderna, talentosos administradores japoneses se propusieron hacer de la isla un modelo de crecimiento económico. A diferencia de las potencias coloniales europeas en el sudeste asiático, los japoneses tenían en común con los chinos de Taiwan un sistema de escritura y las enseñanzas confucianas y budistas, además de compartir una forma de vida basada en el cultivo del arroz, la administración pública y el gobierno autocrático. El nacionalismo chino moderno, por otra parte, aún no se había desarrollado.
Los aborígenes fueron expulsados de las extensas llanuras aluviales del oeste de Taiwan y obligados a establecerse en las montañas que se extienden a lo largo de la costa este, de más difícil acceso. Los colonos chinos del lado oeste introdujeron el cultivo del arroz al cuidado de

linajes dominados por magnates locales, entre los cuales las rivalidades y las disputas por los límites de las propiedades provocaban continuamente enemistades familiares y desorden. La administración china había sido débil, y los japoneses debieron comenzar en 1895 suprimiendo el bandolerismo e instaurando una fuerza policial constituida principalmente por taiwaneses reclutados y entrenados para esta nueva labor. Dicha policía se convirtió en una herramienta de suma importancia para el gobierno local, inscribiendo a toda la población junto a sus posesiones, supervisando el sistema de responsabilidad mutua entre las familias de las aldeas y haciendo cumplir las disposiciones sanitarias y de salud pública, al tiempo que recaudaba impuestos y mediaba en las disputas.
La diversidad de formas de tenencia de la tierra -que incluía el uso de la capa superficial del suelo, la propiedad del subsuelo, inquilinos que subarrendaban sus derechos, etc.- derivó en una situación cuya complejidad hacía muy difícil de manejar el uso de la tierra y la tributación. Los japoneses realizaron un catastro de tierras y, en 1904, con bonos públicos que podían invertirse en empresas urbanas, compraron la parte de los terratenientes absentistas. Esta política hizo surgir una clase de agricultores propietarios en toda la zona rural y triplicó el ingreso del impuesto territorial.
Japón promovió la educación básica según las pautas del confucianismo, la ciencia y el lenguaje japonés, y fomentó las asociaciones de granjeros como un medio por el cual mejorar la tecnología agrícola. Sin embargo, evitó la formación de una clase intelectual. No se inauguraron escuelas de educación secundaria sino hasta 1915, y la primera universidad comenzó a funcionar sólo en 1928.
Mientras, los ferrocarriles unieron el norte con el sur en 1903, y cerca de diez mil kilómetros de caminos acabaron atravesando el campo. Los ingenios azucareros de propiedad japonesa, que exportaban a Japón azúcar de caña libre de impuestos, se convirtieron en una floreciente industria. La agricultura científica y un crecimiento pacífico crearon una ciudadanía capacitada; algunos promovieron la agitación política en pro de una mayor participación, pero fueron siempre reprimidos hasta la retirada de Japón en 1945. Haciendo un balance, puede decirse que la modernización de Taiwan bajo el dominio de Japón fue más sustancial que la de la mayoría de las provincias de la China nacionalista y la de los señores de la guerra. Sus granjas de ladrillo bien provistas de aparatos eléctricos ya eran más avanzadas que lo usual en el continente.

Taiwan como la República de China

Al igual que en las ciudades costeras del continente, la ocupación nacionalista de Taiwan después de 1945 resultó un desastre en primer grado. En lugar de ser “liberados”, a los chinos taiwaneses se les trató como a colaboracionistas; los militares nacionalistas y los políticos, en pos del enriquecimiento personal, los despojaron de sus bienes y arrasaron la economía. En febrero de 1947, cuando manifestantes desarmados protestaban contra la corrupción de la ocupación nacionalista, el gobierno militar mató a tiros a muchos de ellos, envió por refuerzos al continente y luego, durante varios días, llevó a cabo un verdadero pogromo en contra de los ciudadanos taiwaneses. Un cálculo conservador de la cifra de muertos la sitúa entre ocho mil a diez mil personas, incluyendo a gran parte de los potenciales líderes de la comunidad. Ello constituyó un triunfo para el atraso de China, basado en el supuesto de una autocracia sin complejos como ley fundamental del orden político chino, el de que los oponentes políticos son unos traidores y deben morir. En 1949, cuando Chiang Kai-chek llegó a refugiarse a la isla, se encontró con un panorama devastador: la isla estaba al borde del colapso político y económico. Desde este menguado punto de partida, los siguientes cuarenta años fueron testigos de una notable historia de éxitos en la República de China.
Entre los diversos factores que contribuyeron a dicho éxito, uno de los primeros fueron los refugiados sinoliberales venidos del continente, a quienes Chiang acogió en su esfuerzo por purificar y revitalizar el partido y el gobierno nacionalistas. En Taiwan, los nacionalistas se habían decidido por el control estatal de tipo socialista de la industria pesada que la Comisión Nacional de Recursos había estado llevando a la práctica en el continente. De los 31 ingenieros nacionalistas de la CNR que en 1942 fueron enviados a recibir capacitación en importantes firmas industriales norteamericanas, la gran mayoría (21) eligió trabajar para el nuevo Estado en el continente; sólo siete fueron a Taiwan. El resultado es ilustrativo: de los 21 ingenieros altamente capacitados que escogieron el continente, ninguno obtuvo un rango ministerial ni de relevancia ejecutiva; es más, todos fueron víctimas de la persecución política. De los siete

ingenieros radicados en Taiwan, tres encabezaron industrias estatales y dos llegaron a ser ministros de Economía, uno de los cuales posteriormente dirigió toda la planificación y el desarrollo económicos; el otro se convirtió en Primer Ministro.
Otro esfuerzo se hizo en el campo de la educación. Profesores universitarios -como Fu Sinian- de Pekín y otros lugares ayudaron a formar la Universidad Nacional de Taiwan en Taipei, los institutos de investigación de la Academia Sínica reanudaron su trabajo y los misioneros norteamericanos establecieron un importante *college* cristiano. Al principio, de los graduados universitarios que viajaban a Estados Unidos para perfeccionarse sólo unos pocos volvían, pero la proporción de los que retornaban poco a poco comenzó a aumentar.
Después de un siglo caracterizado por la preocupación de los misioneros estadounidenses por el pueblo chino y la traumática “pérdida de China”, hasta el comunismo en la década de 1940, la defensa de una República de China en oposición a la República Popular China se convirtió en un asunto primordial para la Norteamérica de la Guerra Fría. La ayuda y protección estadounidenses contribuyeron al desarrollo de Taiwan. A pesar de haber sido expulsada del continente, la República Nacionalista China en Taiwan mantuvo el asiento de China en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hasta 1971, y fue reconocida por la mayoría de los miembros de este organismo como “China”. A raíz de la guerra de Corea (1950-1953), originada en la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte, a la marina de los Estados Unidos se le ordenó vigilar el Estrecho de Formosa para prevenir una invasión a Taiwan por parte de la República Popular. En 1954, un tratado de seguridad mutua entre Estados Unidos y la República de China estabilizó la región como parte de la política norteamericana de “contención” de la República Popular. El programa de ayuda norteamericana se mantuvo hasta 1968, y el apoyo militar se prolongó todavía más.
Basándose en la eliminación de los terratenientes absentistas realizada por los japoneses, la Comisión Conjunta Chino-Norteamericana de Reconstrucción Rural, fundada por el Congreso estadounidense en 1948, añadió un programa para eliminar del todo el arriendo de tierras. Mediante la compra, con bonos gubernamentales, de los terrenos que se arrendaban, la República de China creó un sector agrícola estable de agricultores propietarios.
La promoción de la industria en la década de 1950 se canalizó a través de los proyectos confiscados al Japón en 1945, los que se transfirieron al sector privado. El principal objetivo era producir bienes de consumo en la industria liviana como parte de una política de sustitución de importaciones, pero en los años 60 el objetivo pasó a ser la producción de bienes de exportación. Una mano de obra calificada pero barata podía fabricar artículos electrónicos de consumo. Las inversiones norteamericanas y japonesas fueron bienvenidas. La guerra de Vietnam estimuló asimismo la economía taiwanesa. La mano de obra rural emigró a las nuevas ciudades, e incluso así había escasez de trabajadores. Dicha situación impulsó un giro hacia las industrias de capital intensivo, como las de acero y petroquímicos, seguidas en la década de 1980 por las de ordenadores, automóviles y equipamiento militar. Hacia 1988 el producto nacional bruto de Taiwan ascendía a cerca de 95 mil millones de dólares, las reservas de divisas eran enormes y el PNB per cápita rondaba los 4.800 dólares, esto es, diez veces el del continente. Tales logros se llevaron a cabo a pesar de la expulsión de la República de China de las Naciones Unidas, votada en 1971, y a pesar también del reconocimiento de Pekín por parte de Washington en 1979. Las relaciones entre Estados Unidos y Taiwan continuaron, tal como las relaciones entre Japón y Taiwan, por medio de arreglos extradiplomáticos.
La prosperidad de Taiwan hacía inevitable un desarrollo paralelo en el ámbito político. La dictadura del Kuomintang aún sostenía ser por derecho propio el gobierno de toda China, temporalmente confinado a la provincia de Taiwan y algunas islas costeras de la provincia de Fujian. Chiang y su gobierno central, desplazados de Nankín, impusieron su dominio en Taipei por sobre el gobierno de la provincia de Taiwan, sito en Taizhong. La aversión que sentían los chinos taiwaneses por los cerca de dos millones de ocupantes “continentales” fue difuminándose, pero muy lentamente. Con el tiempo, sin embargo, los chinos nacidos en Taiwan llegaron a ser mayoría tanto en el partido como en el ejército, y se permitió que los políticos taiwaneses independientes fueran elegidos alcaldes de ciudades importantes. Finalmente se aceptó que los partidos minoritarios, reprimidos en un comienzo, tomaran parte en las elecciones. El sucesor de Chiang Kai-chek, tras su muerte en 1975, fue su hijo Chiang Ching-kuo (Jiang Jingguo), quien asumió el liderazgo del partido y del gobierno. Este murió en 1988, pero antes revocó la ley marcial (vigente durante 44 años), permitió los viajes al continente y liberalizó la política nacional. Su sucesor fue un taiwanés formado en Japón y Estados Unidos. Se había alcanzado algún grado de pluralismo.

La diferencia de tamaño desvirtúa cualquier comparación que pueda hacerse entre Taiwan y el continente. Cualquier provincia de China que, como Taiwan, se hubiera beneficiado de la ventajosa concentración de inversión japonesa, norteamericana y alguna otra extranjera, más un alto grado de higiene, educación pública y capacitación, una moderna infraestructura de transporte, bancos, medios de comunicación, etc., podría arrojar resultados igualmente exitosos -Guangdong es el candidato más probable-, excepto por un hecho geográfico: la provincia de Taiwan, una isla, fue protegida sucesivamente por el poder naval británico, japonés y norteamericano. Después de 1947 no sufrió invasión alguna ni tampoco se le exigió tributación para contribuir a las necesidades de otras provincias. Chiang Kai-chek siguió al mando y representó el desarrollo, no la revolución. El continente, como veremos, quedó por el contrario bajo un férreo control central, mantenido a toda costa, mientras era convulsionado por movimientos de masas inspirados por una ideología activista y exigente. La responsabilidad de gobernar una población que aumentó de 500 millones a 1.200 millones de habitantes esparcidos en todo un subcontinente es mayor que la de gobernar a 20 o 30 millones de personas en una isla no demasiado grande. Los que desean comparar Taiwan y China debieran considerar lo siguiente: son escasas las comparaciones significativas que pueden hacerse, puesto que las circunstancias son demasiado distintas.

CUARTA PARTE

La República Popular China, 1949-1991

Desde el punto de vista del PCCh, que no es lo mismo que decir el pueblo chino, los primeros ocho años de la República Popular -desde octubre de 1949 hasta fines de 1957- constituyeron un primer período creativo, de reconstrucción, crecimiento e innovación. Este prometedor comienzo fue seguido por dos períodos de desastre y gran convulsión: el Gran Salto Adelante de 1958-1960, al que le siguieron unos años de recuperación económica (de 1961 a 1965), y la Revolución Cultural de 1966, período que termina con la muerte de Mao Zedong en 1976. En esta secuencia, la primera y la tercera fase fueron testigos del progreso económico bajo el liderazgo de competentes organizadores y administradores pertenecientes al PCCh. La segunda y la cuarta fase, sin embargo, estuvieron dominadas por Mao Zedong.

Comenzaremos con la consolidación del control político por parte del PCCh entre 1949 y 1953, y después veremos la transición económica hacia una agricultura “socialista” (colectivizada) y una industrialización de estilo soviético desde 1954 hasta 1957. A partir de 1958, la masa trabajadora en la agricultura quedaría organizada en torno a un sistema de producción que se mantendría por veinte años, hasta la muerte de Mao. Los violentos excesos de la Revolución Cultural alejaron tan profundamente a importantes sectores de la sociedad china, que los años entre 1966 y 1976 han sido calificados como la “década perdida”.

Los años 70 trajeron consigo la gradual reapertura de universidades, y una era de consolidación y desarrollo bajo el lema de las Cuatro Modernizaciones (Agricultura, Industria, Ciencia y Tecnología y Defensa) comenzaría a fines de 1978 cuando Deng Xiaoping finalmente asumió el poder. El apogeo de la reforma durante los años que van de 1978 a 1988 se vería marcado por la división en los comités, los acalorados debates y los en ocasiones inútiles esfuerzos por controlar y canalizar el crecimiento económico. En definitiva, se haría evidente que el gobierno central y el partido, aun trabajando unidos, no serían capaces de mantener bajo control el adelanto material del pueblo chino. Los instrumentos de gobierno eran adecuados para la represión, pero no tan útiles para el liderazgo en el mundo moderno. El destino de China dependería de la capacidad de los agentes políticos para obtener la cooperación de la clase intelectual instruida en la modernidad, tanto de los científicos en sus especialidades como de los escritores y artistas y su creativa reacción frente a urgentes problemas sociales y culturales. De este modo, el sistema político pasó a ser el foco del problema. La “democracia” se convirtió en un lema que se oponía a los cuatro principios fundamentales de la dictadura del PCCh. El fracaso de la economía centralmente planificada para proveer lo suficiente para satisfacer las necesidades del pueblo determinó los intentos de introducir elementos de una economía de mercado, pero los resultados no fueron del todo satisfactorios.

Tras una década de reforma -de 1978 a 1988-, el PCCh descubrió que sus intentos por dar marcha atrás, en 1989, eran inútiles. Hacia 1991, y considerando sólo nominalmente las órdenes centrales, el desarrollo de algunas provincias marchaba viento en popa.

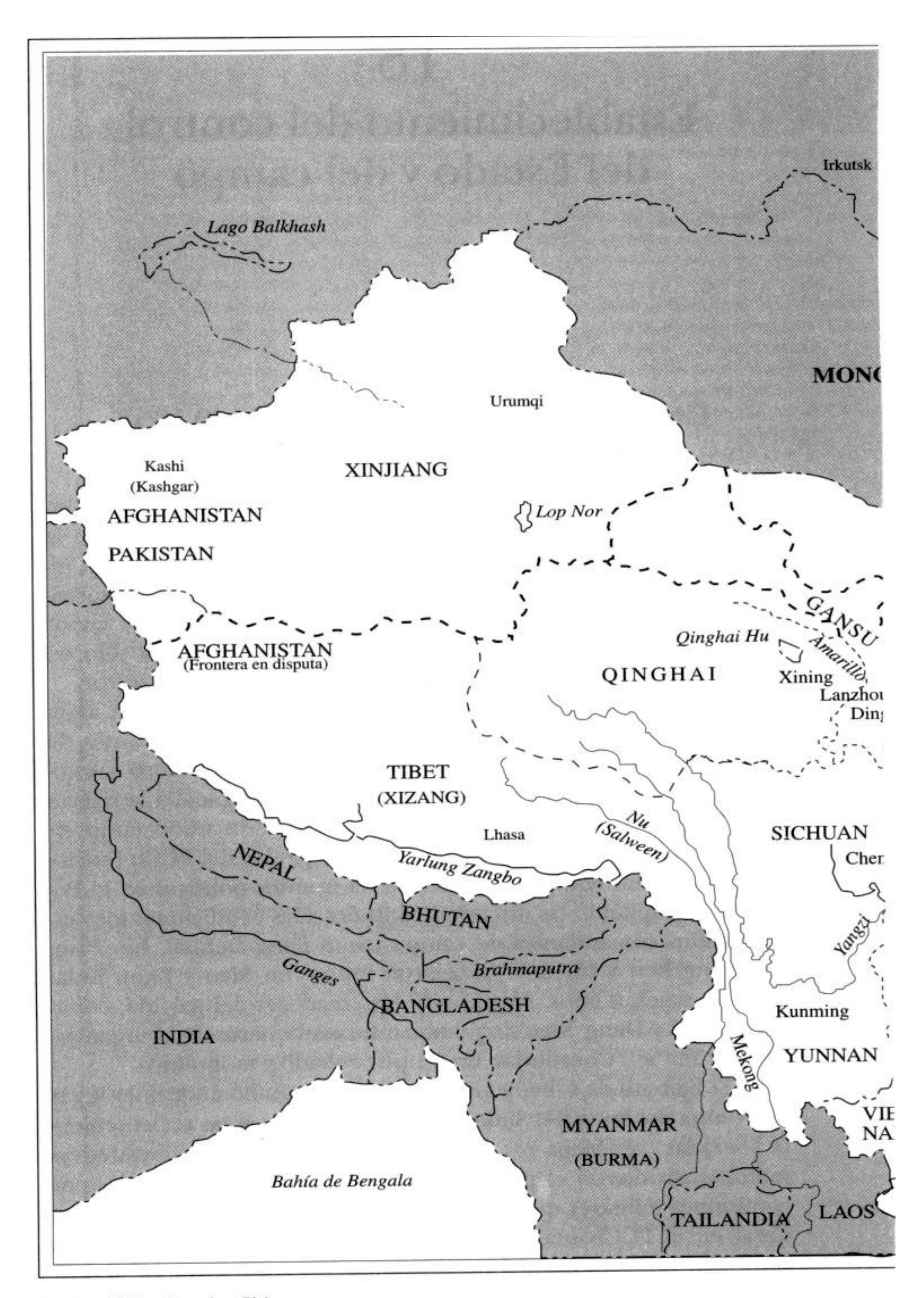
18. Establecimiento del control del Estado y del campo

Creación de un nuevo Estado, 1949-1953

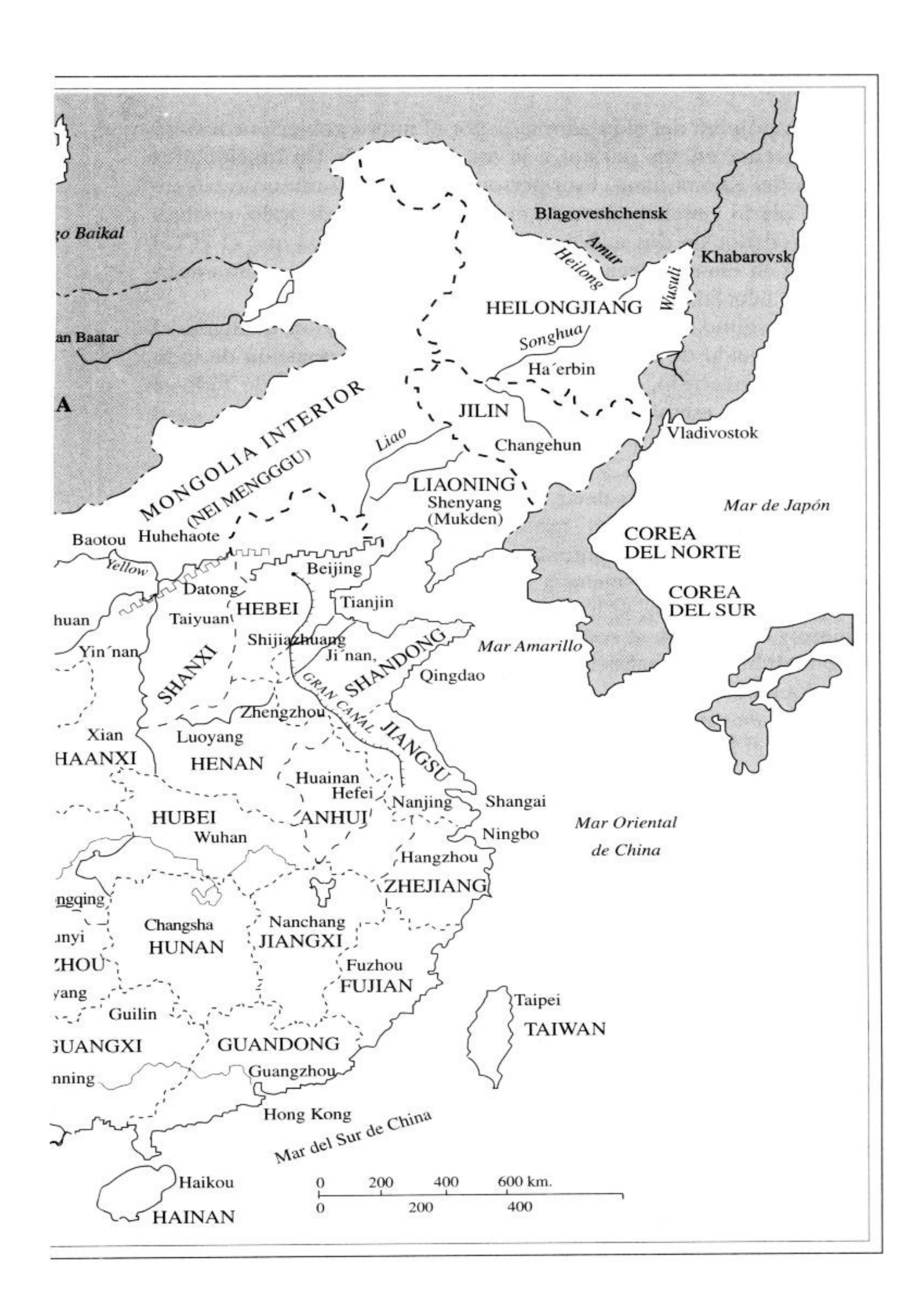
En el Estado chino, el control de la población por parte de los gobernantes y los burócratas usualmente había sido la base de la paz, el orden, la prosperidad y el poder. El Partido Comunista Chino en el poder lograría un control eficiente por medio del adoctrinamiento ideológico y de las motivaciones propias, tanto de temor como de esperanza, del pueblo. Al asesinato se recurrió sólo en tanto cuanto fue necesario mantener latente el motivo del terror.

Tal como los manchúes, que establecieron su reino en Manchuria del sur y designaron administradores chinos aun antes de apoderarse de China en 1644 y después, el PCCh instauró un gobierno en China del Norte y el Noreste mientras ganaba la guerra civil. Bajo el mando de Mao, ahora el líder indiscutido tanto en la teoría como en la estrategia, los altos dirigentes del PCCh funcionaban como un equipo, discutiendo los asuntos políticos en el Politburó y adaptando las directivas centrales a las condiciones locales. Destacados comandantes de campo como Peng Dehuai, Lin Piao, Nie Rongzhen y Chen Yi trabajaron todos con Mao y Zhou Enlai durante muchos años. Algunos de los creadores del partido, como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, habían formado parte de la organización de Yan'an. Constituían un grupo probado y monolítico.

El Ejército de Liberación Popular se expandió en primer lugar por China del Sur y del Sudoeste por tratarse de áreas recientemente liberadas (ver Mapa 24). Seis cantones o regiones administrativas militares dividieron el país, siendo inicialmente administradas por comisiones militares que fueron abolidas en 1954. La sensación general en el PCCh era que se necesitaría de unos tres años para recuperar el curso normal de la economía y para movilizar al pueblo antes de poder comenzar la transformación de la sociedad.



24. República Popular China.



La primera decisión adoptada por el nuevo gobierno consistió en mantener en sus puestos a la mayor parte de los funcionarios locales del Kuomintang. Este personal retenido continuó recibiendo su salario y realizando sus funciones. Después de todo, totalizaban alrededor de dos millones de personas, mientras que el PCCh contaba en ese entonces, a lo más, con 750 mil cuadros para encargarse de tales labores.

La segunda medida fue el control de la inflación mediante el uso concertado de diversos mecanismos: 1) la apropiación de todo el sistema bancario, con lo que se obtenía el control de todo el crédito, 2) el establecimiento de asociaciones comerciales a nivel nacional para cada producto importante, con lo que lograban el control de los bienes, y 3) el pago al personal en términos de una canasta de mercado, es decir, calculando los salarios no en dinero sino en productos básicos -tanto grano, tanto aceite, tanta ropa y así-, con lo que se tranquilizaba al pueblo. De este modo, sin que los salarios estuviesen sujetos a la inflación y creando una base estable para el comercio, se logró un equilibrio en el flujo de bienes y dinero y la inflación se redujo a cerca de un 15% anual. Ello constituyó literalmente la salvación de la clase asalariada.

La reconstrucción de las líneas férreas y el restablecimiento de las líneas de vapores no presentaron grandes problemas logísticos, pero que el PCCh se precipitara en la guerra de

Corea tras sólo un año en el poder pareció entonces un acto riesgoso. En octubre de 1950, los "voluntarios" chinos sorprendieron y obligaron a detener el avance norteamericano hacia la frontera con China en el río Yalu. En total, la República Popular envió a Corea más de 2,3 millones de soldados, incluyendo cerca de dos tercios de su ejército de campaña, artillería, fuerza aérea y todos sus tanques, y se enfrentaron al fuego norteamericano que para la época de la tregua, en julio de 1953, les había causado numerosas bajas. Aunque obtuvieron cierta ayuda de Moscú, la guerra implicó un serio desgaste de los recursos de China. Por otra parte, resultó útil para la reorganización de la sociedad. La campaña pública para "combatir a Estados Unidos, ayudar a Corea" sirvió de aglutinante, tal como ocurriera previamente con la guerra contra Japón y la guerra civil, en cuyos términos se pudo organizar drásticamente al pueblo.

El sentimiento público en las ciudades después de 1949 era de euforia en su fase inicial, y se fundaba en una creciente confianza en el PCCh. Lo que veían era un ejército de conquista conformado por jóvenes campesinos estrictamente autodisciplinados, corteses y serviciales, el polo opuesto de las tropas rapaces y brutales de los señores de la guerra e incluso de los nacionalistas en retirada. Lo que veían era un gobierno dedicado, realmente abocado a una labor de limpieza, no sólo de los canales de desagüe y las calles, sino también de mendigos, prostitutas y criminales de poca monta, todos los cuales eran sometidos a rehabilitación. Lo que veían era una nueva China de la que podían sentirse orgullosos, que controlaba la inflación, abolía los privilegios de los extranjeros, acababa con el hábito de fumar opio y con la corrupción en general, y movía a la ciudadanía a realizar múltiples actividades sociales para reparar obras públicas, expandir el alfabetismo, controlar las enfermedades, fraternizar con la clase humilde y estudiar la Nueva Democracia y el Pensamiento de Mao Zedong. Todas estas actividades abrieron nuevas puertas para la juventud idealista y ambiciosa. Sólo más adelante se darían cuenta de que los fundamentos de la Tierra Prometida eran la manipulación y el control sistemáticos. Poco a poco, la organización del PCCh penetraría en la sociedad, establecería modelos de conducta, prescribiría el pensamiento permitido y suprimiría las desviaciones individuales.

De la misma manera, a las mujeres se les liberó de la dominación masculina y familiar, al menos en teoría. La nueva ley matrimonial otorgó a la mujer los mismos derechos que al marido, y permitió el divorcio. Ello parecía significar un nuevo amanecer para las mujeres. Más tarde se vio que su emancipación las convirtió en trabajadoras asalariadas de tiempo completo, pero principalmente en trabajos mal remunerados. Al mismo tiempo siguieron siendo las responsables del hogar, con muy poco acceso a los anticonceptivos y, como siempre, sujetas al abuso masculino. Como los refrigeradores eran raros, debían seguir haciendo infinitas colas para comprar los productos de consumo diario.

Mucho antes de que el PCCh pudiese intentar transformar la vida económica y social de las masas chinas, se vio enfrentado al problema de crear una nueva administración con la cual llevar a cabo la revolución. Como los empresarios y los funcionarios del Kuomintang seguían en sus puestos mientras los nuevos cuadros del PCCh se infiltraban en la administración del Estado, la tarea más urgente era eliminar los malos elementos y modernizar el aparato estatal en sí mismo. Entre 1951 y 1952, el blanco de la Campaña de los Tres Antis (anti-corrupción, anti-desperdicio y anti-burocracia) fueron los funcionarios del gobierno, de la industria y del partido. Paralelamente, la campaña de los Cinco Antis atacó la clase capitalista, a la que en un comienzo había dejado intacta. Bajo los cargos de soborno, evasión de impuestos, robo de bienes fiscales, fraude en la mano de obra o en los materiales y robo de información económica reservada del Estado, casi cualquier empleador podía ser llevado ajuicio. El objetivo era asumir el control de las fábricas y forzar a los capitalistas a entregar el capital. Muchos fueron eliminados en una atmósfera de terror, y otros permanecieron en el gobierno como funcionarios.

Dos mecanismos hicieron posibles estos movimientos. El primero fue un nuevo Frente Unido, levantado en 1949 a través de la creación de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino como el principal organismo público, aunque sólo de carácter consultivo, que incluía tanto a miembros del PCCh como a líderes no pertenecientes al partido. El Programa Común que ese organismo adoptó en 1949 era un llamado al gradualismo. La primera formación del gobierno contemplaba a la cabeza de la mayoría de sus ministerios a figuras no pertenecientes al PCCh. Ello representaba una movilización de talentos que poco a poco podían ir siendo reemplazados a medida que fuera apareciendo personal competente de entre las filas del partido.

El segundo mecanismo lo conformaron las campañas masivas, que se valían de la estructura de las organizaciones de masas. La clase obrera, la juventud, las mujeres y las entidades profesionales pasaron todas a formar parte de estas organizaciones. Una estructura administrativa a nivel nacional para cada una de ellas podía así llegar a todos sus miembros en cada campaña. De este modo, las primeras campañas -para acabar con los contrarrevolucionarios, combatir a Estados Unidos y ayudar a Corea, además de las Campañas de los Tres Antis y de los Cinco Antis- proveyeron de un esquema cada vez más amplio para llegar a todos los chinos que vivían en ciudades. Tales campañas no sólo descubrían y eliminaban a las víctimas de dudosa utilidad o lealtad, sino que también ponían al descubierto a los activistas más aptos para su reclutamiento en el PCCh. Este contaba en 1947 con 2,7 millones de miembros, y en 1953, con 6,1 millones.
Mientras este proceso de consolidación, gradual y escalonado, en ocasiones esporádico y a menudo aterrador, se desarrollaba en las ciudades y en la economía moderna, en el campo la reforma agraria constituía un proceso paralelo. Esta campaña para dotar a todos los aldeanos de su status de clase, derribar a los terratenientes y elevar al trabajador sin tierras se había venido llevando a cabo principalmente en China del Norte y en las áreas del Noreste bajo control comunista antes de 1949. Pero expandir la reforma agraria a las populosas áreas al sur del Yangtsé resultó una tarea sumamente ardua. Después de la pacificación militar, cuadrillas de trabajo ingresaron a las aldeas y organizaron al campesinado para atacar y destruir a los terratenientes. En esta fase, los campesinos ricos podían no ser atacados, sino más bien temporalmente atendidas sus necesidades. Pero su status oscilaba entre uno asimilable al del terrateniente o al del campesino pobre. Los juicios públicos, las acusaciones masivas y las ejecuciones crearon una atmósfera de terror. Los cálculos varían, pero aparentemente unos cuantos millones de personas fueron asesinadas.
El siguiente paso, en 1954, fue el establecimiento de una constitución del Estado, la que reemplazó el Programa Común y condujo la fase de la Nueva Democracia del desarrollo chino a un abrupto final. Dicha ley fundamental se basaba sustancialmente en la constitución soviética que Stalin estableció en 1936. El resultado neto fue el fortalecimiento del Consejo Administrativo Gubernamental con sus más de cincuenta ministerios. La administración se convirtió en el brazo ejecutivo del partido. La coordinación se aseguraba mediante la condición de miembro dual. Así, Zhou Enlai era Primer Ministro y al mismo tiempo miembro del Politburó; el tercero en la jerarquía, después de Mao y Liu. Una característica no soviética fue el establecimiento de la presidencia del Estado, en poder de Mao, como reminiscencia de los emperadores de antaño. De esta manera tomaba forma el culto de Mao, promovido por el Estado con el fin de satisfacer la necesidad china de una sola figura de autoridad.
A diferencia de la Unión Soviética, los militares y las fuerzas de seguridad pública por lo general se mantuvieron bajo el control partidario. Los ejércitos estaban bajo el mando de la Comisión de Asuntos Militares, encabezada por Mao, mientras que la seguridad pública se hallaba sujeta al control del partido y de un ministerio. En otras palabras, a la policía secreta no se le permitió constituir un escalafón estatal separado ni un feudo independiente capaz de aterrorizar al resto de la administración tanto como al pueblo, como ocurrió bajo el gobierno de Stalin. Asimismo, los militares tampoco disponían de un escalafón propio como bajo Chiang Kai-chek, cuando la comisión nacionalista de asuntos militares impulsó ministerios que rivalizaron con los del partido y los del gobierno.
No obstante, por su naturaleza la fuerza militar formó una casta separada. A pesar de que muchos soldados eran miembros del partido, la influencia de los comisarios políticos que compartían el poder con el cuerpo de oficiales tendió a disminuir a medida que se incrementaba el profesionalismo. El ejército manejaba su propia *nomenklatura* o sistema de personal mediante de un departamento de la CAM no sujeto a supervisión detallada por parte del Comité Central. El departamento político de la CAM tampoco estaba bajo la estrecha supervisión del departamento de propaganda del Comité Central. La Comisión controlaba los diversos ministerios encargados de la construcción de maquinaria, sus propios medios de comunicación y de transporte, campos de aviación y puertos, fábricas e institutos de investigación y, de hecho, su propio presupuesto, el que no era revisado por el Consejo de Estado.
Así, al igual que bajo Chiang Kai-chek, la unidad china se mantuvo gracias a que un solo hombre lideró el partido, el gobierno y el ejército. Como señala Andrew Nathan, las únicas personas que desafiarían directamente a Mao serían sus lugartenientes de la Comisión de Asuntos Militares, Peng Dehuai y Lin Piao. En todo caso, en 1954 el poder quedó concentrado en el comité permanente del Politburó del Comité Central.

Basándose en el principio del mando vertical, los ministerios controlaban agencias subordinadas en los niveles inferiores del Estado, mientras que la coordinación horizontal, en caso de que la hubiese, se suponía que debía resolverse en cada nivel territorial. Mientras tanto, se estableció una serie de Congresos del Pueblo según el modelo soviético a nivel de provincias y más abajo. Cada congreso se escogía de entre una sola lista de candidatos, presentada por el congreso del nivel inmediatamente superior, y era más responsable frente a los congresos que le precedían en jerarquía que a los inferiores. A la cabeza de todos estaba el Congreso Nacional del Pueblo, el que año tras año se reunía para oír informes y confirmar políticas. Los miembros no pertenecientes al PCCh eran aún prominentes, pero el órgano carecía de poder excepto como una instancia de discusión. El control era ejercido principalmente por los comités del partido en todos los niveles de gobierno.

Colectivización de la agricultura

Una vez consolidado el gobierno del Estado, el siguiente logro del PCCh fue la colectivización de la agricultura. A comienzos de la década de 1930, en la Unión Soviética los cuadros de las ciudades habían marchado al campo para atacar y destruir a los campesinos ricos -los *kulaks-,* los que se defendían destruyendo al ganado, fomentando la oposición y por lo general negándose a acatar. La colectivización soviética había sido inmensamente destructiva. En China, sin embargo, el PCCh fue desde un comienzo una organización rural, cercana a los aldeanos y dependiente de ellos, y supo cómo avanzar paso a paso hacia su objetivo final.
El primer movimiento consistió en reunir al campesinado en mutuales; el segundo, en establecer cooperativas de productores agrícolas, en la cuales los agricultores no sólo ponían en común sus tierras y equipos, sino que obtenían una retribución proporcional. Este segundo paso evitó la resistencia de la comunidad de los campesinos ricos, puesto que su posición no fue destruida sino que en un principio mejoró. Pero, como esta reforma agraria sólo incidía en la tenencia de tierras del pequeño 2,6% de familias terratenientes y dejaba a la mayoría -los pequeños propietarios agrícolas- en su lugar, la situación no logró estabilizarse. La distribución de la tierra de los propietarios a sus ex inquilinos y trabajadores sin tierras simplemente fortaleció la propiedad privada. A comienzos de la década de 1950 la tierra aún se podía comprar y vender en forma privada, permitiendo la existencia de una clase campesina más acomodada. Esta era posterior a la victoria del PCCh sería rememorada como un período de luna del miel, cuando el crecimiento comercial, la producción suplementaria, la educación, las pequeñas mutuales campesinas y las cooperativas parecían todos fenómenos muy prometedores. En todo caso, los campesinos se mostraban muy reacios a entregar su propiedad privada, sin importar lo reducida que ésta fuera.
No tardó en ponerse en marcha la tercera etapa de cooperativización, que pasó desde el nivel inferior de las cooperativas de productores agrícolas al nivel superior, que era verdaderamente colectivo y donde los campesinos trabajaban para obtener un salario sin importar su contribución de propiedades, herramientas, animales y tierra. Muchos miembros del PCCh discutieron y se opusieron a esta impetuosa exigencia de Mao. Pero, durante el desarrollo de la segunda etapa, cuando la reforma agraria había distribuido las propiedades de los terratenientes y algunos aldeanos tomaron violentas medidas comunales esparciendo el terror, el PCCh ubicó y reclutó a activistas locales y el organizado fervor de éstos dio impulso a la tercera etapa de la campaña de colectivización. Desde 1954 hasta 1956, las nuevas colectividades se expandieron mucho más rápido de lo que muchos esperaban, y fueron nominalmente completadas. Una cooperativa de productores agrícolas (CPA) de nivel superior era por lo general parte de una aldea o la totalidad de ella. Entre 1958 y 1978 estas unidades recibieron el nombre de “grupos de producción”. Constituían la capa inferior de una estructura de tres niveles: grupos de producción que formaban brigadas, y brigadas que en 1958 formaron comunas. La República Popular había creado un aparato rural que el gobierno nacionalista jamás podría haber imaginado.
El Estado bajo la República Popular penetró en las masas hasta el nivel de la familia, la que ahora formaba parte de una CPA o, después, de un equipo de producción; así, la organización de las zonas rurales llegó a ser muchísimo más completa que en cualquier otra tentativa previa en la historia china. En efecto, el agricultor ya no poseía ni arrendaba tierras; tampoco disponía de su trabajo ni de su producto. Se encontró caracterizado con un cierto estatus de clase y obligado a participar en actividades laborales, reuniones y otros trabajos colectivos en los que se basaba su subsistencia. La supervivencia dependía de la adulación, la mentira y la

traición, así como de la renuncia a las viejas esperanzas y lealtades y de otras prácticas propias de un Estado policial.
¿Qué se escondía detrás de esta exitosa historia oficial de colectivización? Después de una investigación de diez años a una aldea (Wugong) situada unos 200 kilómetros al sur de Pekín, un equipo encabezado por Edward Friedman, Paul G. Pickowicz, Mark Selden y Kay Ann Johnson (1991) finalmente se granjeó la confianza de importantes actores locales, los que les facilitaron una valiosa documentación. Esta registra una dilatada lucha, cada vez más amarga y al final devastadora, por oponerse a esa moderna clase de esclavitud que implicaba el control del partido.
El acontecimiento más relevante en este ámbito fue el surgimiento de una nueva élite desde la sociedad campesina, personificada por los cuadros de la organización del PCCh. Este nuevo liderazgo campesino se formó por autoselección, en la medida en que los más enérgicos y ambiciosos de entre los jóvenes encontraron la oportunidad de ascender en la nueva estructura de poder. A diferencia del igualitarismo democrático y de la pluralidad de oportunidades propia de la experiencia norteamericana, estos nuevos dueños del poder eran expertos en la creación de *guangxi* (redes de conexión), en la adulación para congraciarse con sus superiores y en la explotación autoritaria de los inferiores, al estilo tradicional chino. Intensamente políticos en cada uno de sus actos, estos nuevos cuadros buscaban instintivamente el status, el poder y las prerrogativas que los situaban en un nivel apartado de las masas y afianzaban su condición de nueva élite local. La ideología de la boca para afuera, el halago a sus valedores, el exprimir las arcas fiscales como si ello fuera la recompensa normal que correspondía al cargo, rara vez se veían constreñidos por una conciencia confuciana de responsabilidad hacia las masas ni por una concepción educada respecto de las necesidades nacionales o el bien público.
Este éxito nominal de la colectivización fue aclamado como un paso gigantesco hacia la consecución de beneficios económicos en el área rural. Pero en realidad se trataba de la penetración final del Estado en el seno de la familia campesina, de la politización de la vida de los agricultores con el fin de controlarla.

La agricultura colectiva en la práctica

Durante los veinte años que van desde 1958 hasta 1978, el 75 u 80% de la población que integraba la China rural quedaría prisionera de una relación umbilical con el nuevo Estado. Como afirma Jean C. Oi (1989), aunque las revoluciones comunistas pueden rehacer la estructura de poder, "no alteran el problema esencial de la política campesina: cómo deben ser distribuidas las cosechas". Dicho asunto se convirtió en el centro de interés constante en las relaciones entre el campesino y el Estado. La forma como el PCCh se aseguró el abastecimiento de grano para alimentar a las ciudades en desarrollo y ayudar a financiar la expansión industrial es una historia primordial de la era maoísta.
La estructura de la colectivización agrícola fue coronada por la instauración de las comunas en 1958. La gigantesca magnitud de la operación, muy superior a lo que la mayoría de los extranjeros puede imaginar, demuestra una especial capacidad, propia de los chinos. En 1958, una vez completada la estructura de colectivización, el agricultor individual se encontró sujeto a seis niveles diferentes de administración: en la cima estaba la provincia, seguida por la prefectura, el condado, la comuna, la brigada y el equipo de producción. Bajo los 2 mil condados de China había 70 mil comunas. Por lo general, cada comuna podía compararse en tamaño con una antigua comunidad de mercado normal. Bajo estas 70 mil comunas existían 750 mil brigadas, cada una de las cuales tenía el tamaño aproximado de una aldea y reunía a cerca de 220 familias, casi mil personas. Por debajo de las brigadas estaban los cinco millones de grupos de producción, cada uno integrado por aproximadamente 33 familias o 145 personas (ver Tabla 6).
Sobre esta estructura global, el Estado instituyó ahora el monopolio del grano, procurando y distribuyendo el alimento básico a todo el país. Este monopolio regulaba los precios y le indicaba al agricultor qué producir y en qué cantidad. En una perspectiva histórica, ello constituía un logro de alta política, una soberbia aplicación del antiguo arte chino de la organización y manipulación del campesinado por parte del Estado a través de sus funcionarios locales.
Al mostrar sus certificados de inscripción familiar, en los que se especificaba el lugar donde vivían, los aldeanos obtenían sus raciones de grano. Si viajaban a otra región, allí no podían

obtener raciones. De este modo, una vez cerrados los mercados libres de grano los agricultores de ordinario no podían viajar, quedaban como fijados a la tierra y su alimento dependía del grupo de producción en el cual trabajaban. Resulta verdaderamente paradójico que el Estado revolucionario, tras haberse legitimado liberando al campesinado del dominio de los terratenientes y de otras represiones, ahora lo tuviera restringido como nunca antes. El Estado se había convertido en el máximo terrateniente, y el mantener la legitimidad en esa circunstancia constituyó toda una prueba en el arte de gobernar.

TABLA 6. UNIDADES ADMINISTRATIVAS RURALES Y SUS CARACTERISTICAS GENERALES, 1974 Y 1986.

Agricultura colectivizada, 1974	Agricultura familiar, 1986
Comuna (*gongshe*), 70.000	Municipio (*xiang/zhen*), 71.521
2.033 hectáreas	1.317 hectáreas*
15 brigadas de producción	12 aldeas
3.346 familias	2.737 familias
14.720 personas	11.886 personas
100 grupos de producción	
Brigada (*shengchan dadui*), 750.000	Aldea (*cun*), 847.894
133 hectáreas	111 hectáreas*
220 familias	231 familias
980 personas	1.002 personas
7 grupos de producción	
Grupo (*shengchan xiaodui*) (5 millones)	Pequeño grupo de la aldea
33 familias	(*cun xiaozu*)
145 personas	Irregularmente organizado
20 hectáreas	

Reproducido de Jean Oi, *State and Peasant in Contemporary China: The Political Economy of Village Government* (U. of California Press, 1989, p. 5).

* No incluye los 20,63 millones de hectáreas cultivadas por agricultores estatales.

El desafío fue encarado mediante un muy inteligente ardid en dos etapas. En primer lugar, se mantuvo el impuesto agrícola estatal en el mínimo. En un comienzo dicho impuesto alcanzaba aproximadamente al 10% de la cosecha, pero fue reducido en forma gradual hasta cerca del 4,5%. Nadie podía alegar que al campesinado "se le cobraban altos impuestos". El segundo paso fue establecer un tope más allá del cual la cosecha era considerada un "excedente", y luego pedir a cada grupo de producción que contribuyese con grano (principalmente arroz o trigo) de su "excedente" vendiéndoselo al Estado en el valor que éste había fijado, esto es, bajo el precio de mercado. ¿Cuál grupo sería el que más contribuyese a la causa del Presidente Mao? El campesino, si era lo suficientemente ingenuo -y pocos lo eran-, podía sentirse así como un benefactor, no como un siervo.

Específicamente, la cosecha se dividió de la siguiente manera: primero se debía pagar el impuesto agrícola, la porción del Estado. Después, se apartaban los "tres fondos retenidos": para la semilla del próximo año, para el forraje y para las raciones de grano. Este último era la porción del campesino, que le era entregada por el propietario colectivo del grano, es decir, por su grupo de producción. La ración campesina constaba en parte de una ración básica por persona y en parte de grano obtenido por puntaje -el que usualmente se pagaba en efectivo- en relación al trabajo realizado (la proporción entre las raciones per cápita y las raciones por puntajes de trabajo era por lo general de siete a tres). Estos puntajes constituían un incentivo para trabajar aún más. La ración total de grano asignada a cada persona se establecía a un

nivel de subsistencia, pero, como Jean Oi y otros puntualizan, la definición china de subsistencia implicaba considerablemente menos grano que la norma internacional establecida por las organizaciones de socorro. Una ración de "subsistencia" está definida internacionalmente como una que provee de 1.700 a 1.900 calorías diarias, y comienza a hablarse de "excedente" desde las 1.900 a 2.100 calorías por día. En China las cifras eran notablemente inferiores, de modo que los "niveles considerados internacionalmente bajo el de subsistencia se consideraban en China como si estuvieran por sobre el nivel de excedente".

Habiendo declarado el resto de la cosecha como un "excedente", la China de Mao estaba entonces preparada para comprar una porción del excedente a sus productores. La cantidad total que debía procurar la adquisición estatal la establecían los rangos superiores de la burocracia de seis niveles, que estaba por encima del grupo de producción. Cada nivel recibía la cifra asignada, hasta llegar a los cuadros de la comuna y la brigada, quienes supervisaban la aceptación final del compromiso entre los grupos de producción.

En este proceso por lo general inflexible, el jugador clave era el líder del grupo, un aldeano usualmente miembro del partido y al que se le designaba por un período determinado de años. Ya que tenía autoridad sobre su equipo, debía competir con los cabezas de otros grupos en el regateo y los acuerdos que comprometerían a su grupo a producir y vender al Estado parte de su "excedente" al bajo precio fijado. Así, el líder del grupo era el máximo intermediario en el sistema de adquisición de grano, mediando entre sus inferiores, los miembros de su equipo, y sus superiores de la brigada y los cuadros. Dicha función era tan antigua como la historia de China, y constituía el nudo de la política rural y de las relaciones interpersonales en la aldea. Era natural entonces que el líder del grupo se viera envuelto en relaciones de clientelismo con otros individuos tanto por arriba como por debajo de su nivel. Allí es donde surgen sus conexiones *(guangxi)*; allí es donde inevitablemente aparece y a menudo florece la corrupción.

La guerra entre agricultores y recaudadores de impuestos sin duda precede a la guerra de los sexos. Y es por lo menos tan sutil y sofisticada como ella. En sus operaciones en dos frentes, hacia su grupo y hacia sus superiores, el líder del grupo de producción podía obtener la cooperación de su equipo para oponerse a los objetivos del Estado. Falsificar las cuentas, llevar incluso dos juegos de libros de contabilidad, presentar informes incompletos, inflar los gastos, entregar grano después de caída la noche para que no quedase registrado, retener grano dejando los campos sin segar para alimentar mejor a los animales, ocultar nuevos cultivos a los inspectores de las brigadas: cientos de artificios como éstos para engañar a los cuadros de las brigadas podían combinarse con un esfuerzo verdadero por mantener relaciones cordiales con ellos e incluso por crearles un cierto compromiso psicológico por medio de banquetes, obsequios y favores. Sin embargo, los relatos de cómo un grupo lograba engañar a los cuadros de la brigada poseen la patética cualidad de las leyendas sobre prisioneros que escapan de la prisión: constituían raras excepciones a la explotación sistemática de los agricultores por parte de los cuadros del partido.

Asimismo, el jefe del grupo disponía de un abanico de métodos para lograr que los miembros de su equipo trabajaran más. Pero era difícil mantener un alto nivel de incentivo entre los agricultores. Tras la muerte de Mao en 1976, quedaría de manifiesto que la estrategia del Estado de encajonar al agricultor para que entregara más grano no había sido muy efectiva. Después de 1978, cuando se le dio una mayor oportunidad al campesino para sacar provecho de su propio trabajo, comenzó a producir muchísimo más. Pero hasta ese nuevo día permaneció bajo el control del Estado y del partido.

El comienzo de la industrialización

La victoria comunista de 1949 había estimulado la emigración de las aldeas a las ciudades. La población urbana de China creció rápidamente, de cerca de 57 millones en 1949 a casi 100 millones de habitantes en 1957. Hacia 1960 totalizarían 131 millones. La continua emigración campo-ciudad mantuvo la tasa de desempleo en las ciudades en altos niveles, hasta que tanto la mano de obra rural como la industrial fueron sometidas al control institucional. Los trabajadores industriales, el "proletariado" de China, habían sido difíciles de hallar en la era republicana, puesto que los contratistas de mano de obra que cooperaban con los empresarios para oponerse a los sindicatos reclutaban a trabajadores no especializados en el campo. En 1949, todavía tres quintos de la fuerza laboral dedicada a la manufactura eran artesanos que trabajaban por cuenta propia. En 1957, la mayoría de ellos fueron absorbidos por las

cooperativas urbanas de artesanía; mientras tanto, la fuerza laboral se había duplicado y más de la mitad de ella trabajaba en fábricas.
El modelo estalinista de industrialización, que privilegiaba la industria pesada a costa de la agricultura, no era aplicable al caso chino a causa del evidente predominio de la actividad agrícola en la economía oriental. Aun así se alcanzaron ciertas metas tempranas, y la mentalidad de "salto adelante" ya estaba presente en el esfuerzo por socializar la industria.
El monopolio estatal sobre la industria se vio favorecido por el hecho de que la Comisión Nacional de Recursos (CNR) de los nacionalistas ya había asumido el control de dos tercios de la inversión industrial de China. En 1949, los ejecutivos de la CNR y sus 200 mil empleados permanecieron en el continente. Deseaban instaurar una economía controlada por el Estado que se guiara por los lincamientos soviéticos, y rechazaron la preferencia norteamericana por un desarrollo mixto. Los ingenieros de la CNR dirigieron la expansión industrial en la República Popular hasta que, en 1958, el Gran Salto Adelante comenzó a desplazarlos del centro de la acción, un proceso que la Revolución Cultural se encargaría de completar después de 1966.
En lugar de tender -en un lapso de varios años- hacia una combinación de manejo capitalista y estatal de la industria, el PCCh siguió el ejemplo de colectivización que ya había impuesto en la agricultura. Rápidamente la campaña de colectivización absorbió el manejo industrial en la forma, pues en la práctica hubo que dejar que el elemento capitalista siguiera funcionando. La verdad es que los cuadros del PCCh en todo el país sabían muchísimo más de agricultura que de industria. Su patriotismo, y la ambición personal, los llevó a fijar grandes metas para sus proyectos industriales y a informar que aquellas se habían cumplido, sin importar el desarrollo sólido y gradual de los mismos. El activismo del gobierno y de los funcionarios del partido relacionados con la industria se volvió así poco realista.
Una vez que la inflación comenzó a quedar controlada, se amplió la base tributaria y los ingresos gubernamentales aumentaron de 6,5 mil millones de yuanes en 1950 a 13,3 mil millones en 1951. El continuo déficit fue financiado aproximadamente en un 40% a través de emisiones de bonos. Estos no representaban unidades de moneda, sino el equivalente en especies, y podían ser depósitos bancarios. Mientras el ingreso del gobierno nacionalista se había calculado en cerca de un 5 o 7% del producto nacional bruto, la participación tributaria de la República Popular con respecto al producto se estimó en un 24% en 1952 y un 30% hacia 1957.
El devenir de la industria privada y la industria estatal como un proceso combinado experimentó políticas tributarias y crediticias discriminatorias, las que determinaron que el sector privado, que en 1949 suponía más de la mitad de la industria, se redujera a menos de un quinto. Los artesanos locales, en todo caso, se mantuvieron en gran parte en el sector privado.
El Primer Plan Quinquenal, aplicado entre 1953 y 1957, fue en general considerado un rotundo éxito. El ingreso nacional se elevó a una tasa promedio del 8,9%. Se dijo que el rendimiento agrícola se había expandido en cerca de un 3,8%, ante un crecimiento de la población de aproximadamente un 2,4%. En otros países en desarrollo, el crecimiento económico se hallaba en promedio en torno al 2,5%. India creció a menos del 2% durante la década de 1950. En el papel, las estadísticas de la República Popular eran impresionantes. Según éstas, la proporción de niños escolarizados en el nivel de la escuela primaria dio un salto desde un 25 a un 50%. En general se afirmaba que los salarios urbanos se habían elevado en casi un tercio, y el ingreso de los campesinos en cerca de un quinto.
El desempeño de la República Popular en inversión industrial fue bastante similar al registrado en la Unión Soviética durante el obligado proceso de industrialización de 1928, aun cuando en China el ingreso nacional per cápita en 1950 sólo alcanzaba a la mitad o a un 25% del de la Unión Soviética en 1928. Al adoptar el modelo soviético pensando en una industrialización acelerada -es decir, favoreciendo la industria pesada a costa de la agricultura-, el PCCh se dejó engañar por el hecho de que en la URSS la relación entre población y recursos era mucho más favorable, y la industrialización estaba mucho más avanzada desde antes de la revolución. Cerca de la mitad de la inversión industrial total en la República Popular fue destinada a 156 proyectos que contemplaban la cooperación soviética, todos de gran escala y capital intensivos. De las 156 plantas, casi la totalidad se dedicó a la industria pesada, y se situaron en centros interiores como Wuhan y Baotou en el norte, de modo de desligarse de la dependencia de Shanghai y Tianjin en la costa.
La dependencia de la ayuda soviética supuso un alto costo para China. Mientras la República Popular invertía cerca de 25 mil millones de yuanes en el Primer Plan Quinquenal, la contribución soviética se reflejó no en subsidios sino sólo en préstamos, a razón de unos 60

millones de yuanes anuales, los que había que reembolsar por completo. Mientras casi 10 mil especialistas soviéticos arribaban a China, y 28 mil chinos recibían capacitación en la URSS, los créditos soviéticos totalizaban solamente un 4% de la inversión total china en la industria. Pero la tecnología soviética era sin duda alguna más avanzada que la china y, en definitiva, la cooperación soviética resultó de vital importancia.
Todos estos factores condujeron en 1956 a los planificadores del Segundo Plan Quinquenal a algunas conclusiones muy sensatas. Estaban de acuerdo en que la industria pesada debía recibir más, pero que el progreso en el campo era esencial para el progreso a largo plazo en las ciudades. También concluyeron que las plantas de producción a gran escala serían menos eficaces que las de pequeña escala ubicadas en el interior. Las pequeñas fábricas locales, aunque dispusieran de menos tecnología, podían utilizar la mano de obra y los insumos del mismo lugar, reduciendo los costos de transporte e iniciando la industrialización de las áreas rurales. Al mismo tiempo, los planificadores deseaban aminorar su dependencia de la ayuda soviética. Además, el que la colectivización de la agricultura no hubiese aumentado notablemente la producción de grano ni otros productos agrícolas constituía un incentivo final. Parecía que el desarrollo de la enorme burocracia estatal había llegado al punto de dificultar el crecimiento económico, y existía un fuerte sentimiento a favor de reducir la centralización. Sin embargo, el Segundo Plan Quinquenal elaborado en 1956 jamás llegó a ser despachado, pues en la primavera de 1958 fue reemplazado por el Gran Salto Adelante.

La educación y los intelectuales

¿Cómo podría triunfar la revolución si los intelectuales aún practicaban el modelo confuciano de censura y crítica y los estudiantes todavía recibían una enseñanza clásica y liberal en las escuelas? Mao no sabía demasiado en qué consistía dicha educación liberal, pero sí sabía lo que quería: intelectuales que apoyaran el régimen y una educación que alcanzara y moldeara a las masas campesinas. Finalmente su intento fracasó en esta área, por lo que sería conveniente hacer una pausa y repasar en retrospectiva la experiencia educacional china.
Bajo el imperio, los hombres de letras habían llegado a ser casi universalmente candidatos en el sistema de exámenes y, por tanto, en general clasicistas y conservadores. La mayor parte de las obras cumbres de la literatura china se enmarcó en este sistema de aceptación del orden social y la autoridad central. Ni santuarios monásticos, ni cismas entre sectas ni separación alguna entre la iglesia y el Estado fueron permitidos, como en Europa, para que engendraran una diversidad de credos. La erudición permaneció en su mayor parte ligada a los canales oficiales, y los grandes protagonistas de las escuelas de pensamiento como Zhu Xi y Wang Yangming fueron de hecho funcionarios oficiales.
En los tiempos modernos, esta tradición arrojó como resultado dos cosas. Primero, los eruditos chinos del siglo XIX tardaron bastante tiempo en asimilar ideas extranjeras y dar inicio al proceso de la reforma. Segundo, cuando el antiguo orden se desplomó, el espíritu nacionalista estaba tan arraigado que tanto los intelectuales reformistas como los contrarrevolucionarios se dedicaron principalmente a “salvar a China”. Aún se orientaban hacia el Estado.
Esta orientación produjo sus contradicciones, puesto que el papel del funcionario erudito siempre fue de tipo dual: no sólo debía encargarse de la administración imperial sino también de asesorar al gobernante acerca de ésta y, de ser necesario, de reconvenirlo por sus políticas. La idea de que los eruditos sabían lo que había que hacer y tenían la obligación de ofrecer su consejo, por ejemplo, cristalizó en la doctrina de la unión de conocimiento y acción, por la cual el conocimiento erudito debía derivar en la acción y ésta a su vez debía influir en el conocimiento. Cuando después de 1912 los intelectuales del Nuevo Movimiento Cultural instaron al divorcio de la erudición y la política, estaban siendo verdaderamente revolucionarios. No obstante, después de 1931 y con ocasión del ataque japonés ellos mismos hicieron su contribución en calidad de asesores y administradores oficiales. El gran crítico de la decadencia de China, Lu Xun, pasó a la acción para fundar la Liga de Escritores Izquierdistas. Su estímulo a la crítica y a la publicación de obras se orientó hacia el mejoramiento del orden social y al mejor ejercicio del poder del Estado, de ningún modo al retiro de la política.
Una vez en el poder, después de 1949, la necesidad de elaboración teórica del Partido Comunista aumentó en forma considerable. En la teoría, la transición desde una guerra revolucionaria a la administración de un nuevo gobierno requería que la actividad militante tendiera a alcanzar las nuevas metas revolucionarias a través de métodos persuasivos y no de la violencia. En la segunda mitad del siglo XX, la construcción de un Estado moderno requeriría

del trabajo intelectual no sólo en los campos de la ingeniería y la economía, sino también en las ciencias sociales, la historia y la literatura. Este tipo de enseñanza moderna era ahora altamente valorado en las sociedades maduras de civilización posindustrial, en tanto que Mao y el PCCh sentían que el problema más urgente de China consistía en restablecer el fuerte poder central de un Estado unificado y reconstruir sus valores y estructura social de acuerdo a los nuevos principios del marxismo-leninismo y del Pensamiento de Mao Zedong. Con este propósito, primero debían asegurarse el control sobre el pensamiento y la conducta del pueblo chino. La tragedia de los comunistas fue que rara vez lograron ir más allá de este imperativo básico de mantener el control.

A comienzos de la década de 1950, cientos de académicos inmersos en el sistema educacional se vieron sometidos a la reforma de pensamiento. A cada uno se le exigió revelar su previa subordinación al imperialismo capitalista, su profundo sentimiento de culpa por haber traicionado de este modo al pueblo chino, y su gratitud hacia el Presidente Mao por mostrarles ahora una nueva perspectiva. Hijos de eminentes catedráticos debieron denunciar a sus progenitores como reaccionarios. Una vez aceptada la publicación de cada confesión, ésta ofrecía un motivo en ocasiones ingenioso sobre por qué el acusado, deshonrado por los males del antiguo orden, ya no podía constituir un modelo para la juventud. Así, los profesores universitarios sufrieron una humillación desastrosa que acabó con su imagen pública.

Pero los intelectuales eran sólo uno de los objetivos de la reforma de pensamiento, la que creció hasta alcanzar grandes proporciones. En campañas realizadas por toda la nación, se definían como objetivos abstractos ciertas conductas consideradas perversas o nocivas, para después identificarlas en individuos que entonces se convertían en las víctimas de un proceso regular. Cada campaña era organizada y promovida a nivel nacional por los activistas de cada localidad, los cuales a menudo eran instruidos para que dieran con un cierto número de víctimas. La humillación y los mítines de lucha se realizaban a escala masiva, con miles de participantes como público al cual se ofrecía un ejemplo que le advertía lo que no debía ser ni hacer.

El siguiente problema que se planteó la reforma educacional fue cómo producir estudiantes devotos a la línea del partido. Como la mayoría de los intelectuales ejercía la docencia, el sistema educacional en su totalidad pasó a ser considerado un área susceptible de reconversión revolucionaria. De las tres etapas en que puede dividirse la política educacional moderna china, la primera -la antigua educación clásica, que se mantuvo hasta 1905- instruyó a gene-ralistas, hombres de aptitudes y conocimientos variados como los graduados de Oxford y Cambridge, administradores de mentalidad amplia, no técnicos especialistas. En la segunda etapa, que se extiende hasta la década de 1940, las artes y ciencias liberales occidentales sirvieron para dar origen a una élite modernizada. A la gente común se llegó sólo de manera preliminar. Para la tercera etapa, después de 1949, Mao esperaba que las masas finalmente pudiesen convertirse en uno de los núcleos de la política educacional. La expansión de la educación básica y de sencillas medidas de salud pública fueron dos de los principales logros de la República Popular. Sobre los cimientos de las escuelas primarias Mao esperaba imponer el sistema soviético para producir tecnócratas ideológicamente sólidos. Sin embargo, en la realidad el sistema aún se veía obligado a optar entre dos caminos: impartir a las masas una educación moderna y capacidades técnicas o instruir a una élite con amplitud de miras capaz de reemplazar a los antiguos administradores letrados confucianos. Dados los limitados recursos de la República Popular, ¿cómo podría lograr ambos objetivos en forma simultánea?

Después de 1949, el PCCh comenzó a imitar vigorosamente el modelo educacional soviético. Este enfatizaba la capacitación especializada de personal científico en materias prácticas, especialmente las ciencias naturales. En consecuencia, el PCCh desmanteló las cátedras de artes liberales heredadas de los *colleges* cristianos y las universidades nacionales. En su lugar creó veinte nuevas universidades politécnicas y veintiséis nuevos institutos de ingeniería. Sólo trece instituciones de educación superior, de un total de aproximadamente doscientas, fueron concebidas como universidades diversificadas o polivalentes que incluían tanto las artes como las ciencias. Esta reorganización durante los primeros años de la República Popular orientó a la mayoría de los estudiantes hacia las carreras técnicas, quedando desplazado el programa de estudios de artes liberales que hasta entonces originara graduados, especialmente en política y economía, con ideas políticas pero escasas habilidades. El gran salto, en otras palabras, lo constituyó el giro desde un programa que formaba generalistas para ocupar altos cargos gubernamentales a uno más práctico que formaba técnicos; el PCCh lograría encontrar administradores a través de sus propios canales. Ello puede considerarse un intento por cortar el nexo entre la educación liberal y la cosa pública.

El ejemplo soviético determinó asimismo la regularización de los planes de enseñanza, los materiales y los textos, de modo que los programas de capacitación en todas las especialidades fuesen prescritos desde el centro. En noviembre de 1952 se estableció un Ministerio de Educación Superior de corte soviético. Gracias a un amplio programa de traducciones se pudo disponer de ediciones chinas de textos soviéticos especializados, los que llegaron a representar un tercio o más del total de libros publicados. La enseñanza del inglés como segundo idioma dio paso a la enseñanza del ruso. Los procedimientos de calificación y de exámenes orales siguieron la práctica soviética. La genética, en particular, sufrió un tremendo perjuicio a raíz de la imposición de las ideas poco científicas del embaucador soviético P. Lysenko.

Las herencias del período nacionalista y de la Región Fronteriza del PCCh se combinaron con influencias soviéticas en un sistema educacional aún con muchos problemas sin resolver. Por ejemplo, los estudiantes que retornaban de Occidente altamente capacitados, y que ahora se dedicarían a la docencia, debían someterse a una especie de “desprogramación” para desempeñar sus funciones bajo el régimen comunista. Aun cuando los catedráticos habían sido los primeros de la lista en la reforma de pensamiento de la década del 50, persistía el hecho de que el cuerpo docente en general no había adoptado los métodos ni los puntos de vista comunistas. Eran más socialistas democráticos que comunistas totalitarios.

A pesar de su experiencia con la campaña de reforma de pensamiento, y de numerosos esfuerzos conscientes por empaparse de los principios de la revolución, los profesores se encontraron con el problema de los estándares de sus respectivos campos. El PCCh aspiraba a hacer de trabajadores y campesinos, sin tiempo que perder, unos intelectuales, pero los académicos descubrieron que los mejores estudiantes todavía provenían de familias educadas, y que los trabajadores y campesinos con sólo unos cuantos años de estudios eran simplemente incapaces de obtener un trabajo universitario. El régimen podía fomentar la actividad de las escuelas para el pueblo *(minbari)* a nivel de aldeas, pero le resultó imposible hacer de esas escuelas un conducto hacia la educación moderna de nivel superior. Como la educación popular estaba en manos de militantes iletrados del partido, tenía escasas posibilidades de alcanzar niveles comparables a los universitarios.

Pero, por sobre todas estas consideraciones, el sistema chino de educación superior siguió adoleciendo de severas limitaciones de cobertura. Antes de 1949, esta nación de 400 millones de habitantes sólo producía cada año unos 185 mil graduados universitarios; y mientras la población comenzó a aumentar rápidamente después de esa fecha la proporción de personal altamente calificado no mejoró. Los graduados universitarios constituían alrededor del 1% de la población. ¿Cómo podría uno esperar que se creara un país moderno con esa proporción de personal instruido? Durante el transcurso de la década del 50 hubo que renunciar a la meta de una Escuela popular en cada aldea. El ya excesivo número de graduados de educación secundaria que competían por entrar a la universidad no podía ser incrementado sin originar una clase frustrada de intelectuales sin acceso a trabajos adecuados a su nivel de autoestima.

En síntesis, China aún padecía de esa división atávica entre las masas de trabajadores manuales y la clase dirigente intelectual. Los graduados de educación secundaria consideraban degradante desempeñar un trabajo manual. En 1956, sólo alrededor de un tercio de todos los estudiantes de pregrado era de origen trabajador o campesino. La revolución en la educación había comenzado, pero estaba lejos de haberse completado o de ser exitosa. Ello, unido a las deficiencias económicas del modelo de desarrollo soviético, preparó el terreno para una nueva fase de esfuerzo revolucionario destinado a asegurarse el apoyo más activo de los intelectuales.

La premisa inicial de Mao era que el trabajo de los intelectuales era esencial para la revolución: “No podemos prescindir de ellos”. A comienzos de 1956 su posición era que, tal como los agricultores empezaban a unirse con los obreros, de modo que ambos grupos comenzaron a convertirse en miembros del partido, el mismo proceso debía aplicarse a los intelectuales. En tanto individuos que realizaban un trabajo, agricultores, obreros e intelectuales eran todos miembros del mismo proletariado. La lucha de clases se iba desvaneciendo; ésta era la visión de Deng Xiaoping, secretario general del PCCh y uno de los más leales seguidores de Mao. La evidencia indica que a comienzos de 1956 Mao sentía que los intelectuales, aunque indudablemente poseían otra clase de experiencia, también eran “rojos” en su manera de pensar.

En ese momento los líderes del PCCh se hallaban divididos entre dos opiniones diversas acerca del valor de los intelectuales para el partido. Algunos habían visto cómo el PCCh se tornaba cada vez más influyente gracias a la estrategia de frente unido, que había buscado un terreno

en común con los intelectuales independientes -el patriótico-, y a raíz del cual muchos habían colaborado y algunos finalmente se habían unido al partido. En éste el número de intelectuales era relativamente reducido, pero habían resultado esenciales para el éxito del PCCh en su llegada a la gente a través de escritos y en la puesta en marcha de instalaciones técnicas, servicios públicos y administración. Líderes del PCCh como Mao, Zhou y Deng pensaban que había que seguir persuadiendo a los intelectuales talentosos independientes para que colaborasen, y que se debía atender a sus necesidades, mientras que organizadores de línea dura como Liu Shaoqi y el alcalde de Pekín, Peng Zhen, estaban empeñados a toda costa en hacer prevalecer la ortodoxia y la unidad del partido.

En los círculos intelectuales y académicos la cuestión quedó de manifiesto en la Campaña de las Cien Flores de 1956-57, denominada así por el lema "Que cien capullos florezcan juntos, que cien escuelas de pensamiento compitan entre ellas". Como parte de un mejoramiento general de sus condiciones de trabajo (mayor acceso a publicaciones extranjeras, más tiempo libre y oportunidad para iniciativas propias), a partir de mayo de 1956 los intelectuales fueron instados a manifestar sus críticas con respecto a los cuadros del partido que los habían tratado despóticamente. Mao calculaba que entre un total de a lo más cinco millones de intelectuales -es decir, graduados universitarios y posgraduados- no más del 3% era en ese entonces hostil al marxismo. Así, la crítica que significaría esta Campaña de las Cien Flores al estilo y los métodos burocráticos del partido sería una crítica constructiva, que representaría una "contradicción no antagónica" en el seno del pueblo, argumentable en un contexto de completa lealtad hacia el sistema comunista.

Pero los intelectuales chinos sabían perfectamente aquello de "si sobresale demasiado tu cabeza, te cortarán el cuello". Callaron durante un año; pero en mayo de 1957 comenzaron a hacer públicas sus críticas al régimen del PCCh en términos cada vez más intensos: sus premisas básicas, su estilo de trabajo, sus doctrinas y prácticas repentinamente se vieron expuestas a un severo ataque. En un plazo de cinco semanas se puso término a la Campaña de las Cien Flores.

La Campaña Antiderechista, 1957-1958

Después de que a mediados de 1957 el movimiento de las Cien Flores hiciera patente la notable desilusión de los intelectuales respecto del régimen del PCCh, Mao decidió impulsar el principio de la lucha de clases en contra de los intelectuales recalcitrantes, convirtiéndolos en el objetivo de una Campaña Antiderechista a partir de junio de 1957. En ese momento se estaba montando una campaña de rectificación al interior del partido, pues demasiados burócratas del PCCh se habían vuelto holgazanes y codiciosos; algunos estaban desarrollando lazos con intelectuales poco fiables. Además, los intelectuales se rehusaban a abrazar el sentimiento revolucionario. Por lo tanto, ambos grupos considerados díscolos pasaron a constituir un solo objetivo.

También los emperadores chinos habían permitido ocasionalmente palabras de reprobación *(yanlu),* pero a menudo obtenían más de lo que esperaban. En 1957 Mao y sus colegas quedaron consternados y desilusionados por la explosión de críticas, y rápidamente se tomaron la represalia convirtiendo a los intelectuales, como también a algunos miembros del PCCh, en el blanco de la Campaña Antiderechista. En nombre de ésta removieron de sus cargos entre 300 mil y 700 mil especialistas, a quienes tildaron devastadoramente de "derechistas", enemigos del pueblo. Con ello descabezaron la República Popular, tornando inactivas justamente a las personas que más escaseaban. Deng Xiaoping, en su calidad de secretario general del PCCh, tomó parte activa en la Campaña Antiderechista.

Hasta 1957, dos categorías de administradores habían liderado la República Popular. Una de ellas la formaban los liberales patriotas no comunistas que permanecieron en China o que incluso regresaron del extranjero para contribuir a la causa. La otra eran los "cuadros externos", militantes a quienes el PCCh antes de 1949 les ordenó seguir carreras profesionales en la China Libre. Estas dos categorías de personas reunían gran parte de la experiencia, visión del mundo y talento necesarios para establecer el nuevo régimen. No resulta sorprendente que los cuadros externos a quienes el PCCh les solicitó trabajar como individuos ostensiblemente liberales en la China del Kuomintang desarrollasen ciertos sentimientos liberales sinceros. Su ideal de revolución consistía en emancipar a la gente, no en controlarla. Esos idealistas sufrirían sólo después que la revolución triunfara. En las decenas de miles de

casos de “derechistas” de estos dos grupos de líderes, observamos cómo la revolución comienza a devorar a los revolucionarios.

En las ciudades, tal como en el campo, hacia 1957 un nuevo tipo de gente comenzaba a tomar el poder, una muchedumbre de origen trabajador o campesino, sin estudios formales, ignorante del mundo exterior y llena de xenofobia y antiintelectualismo. Una de las formas de intentar entender esta tétrica historia es viéndola como una manifestación de la lucha entre unos recién llegados resueltos a triunfar -”fundamentalistas”, como los denomina Edward Fried-man- y el remanente de la élite gobernante modernizada, a quien los recién llegados intentaron destruir o desplazar a pesar del servicio altamente especializado que la élite había prestado al nuevo Estado. Este nuevo grupo que comenzaba a asumir el poder en el PCCh despreciaba el conocimiento, era vengativo y capaz de llevar a cabo una destrucción cruenta y fanática ahora que se les presentaba la oportunidad, y poseía sólo una comprensión muy superficial de los problemas que China enfrentaba con la modernización y cómo solucionarlos.

El surgimiento de este nuevo elemento entre la clase dirigente reveló la profunda ignorancia de los líderes del PCCh acerca de las necesidades modernas. Tanto la construcción del Estado como el desarrollo económico requerían de mentes capacitadas. El desechar a una proporción tan significativa de la élite intelectual de China en favor de los “fundamentalistas” fue estúpido y desastroso. En términos estructurales destruyó el consabido balance entre el poder y el conocimiento. En el siglo XVII, por ejemplo, el emperador Kangxi vio claramente cómo el *wen* y el *wu* debían trabajar en conjunto para el gobierno de China. Se podría formular una hipótesis respecto a que Mao y sus colegas cometieron desde entonces un error tras otro, que pudieron haberse evitado si los intelectuales capacitados y experimentados hubiesen sido integrados como miembros del personal y colaboradores. El año 1957 fue el primero de los “veinte años perdidos” de China: perdidos en el sentido de que el talento patriótico se vio anulado y no se le permitió contribuir al desarrollo de la nación. La frase “diez años perdidos” que más tarde se utilizaría para caracterizar la Revolución Cultural de Mao desde 1966 hasta 1976 fue sólo una continuación de lo que comenzó en 1957.

Después de que el fiasco de las Cien Flores revelara que los intelectuales eran individuos de dudosa lealtad, Mao propuso capacitar a una nueva generación de intelectuales verdaderamente comprometidos con el partido a raíz de sus buenos antecedentes de clase proletaria. En la contradicción entre mérito y nivel de clase, él consideró necesario privilegiar este último. Advirtió a los intelectuales que ellos eran simples profesores que el proletariado y el pueblo trabajador empleaba para enseñar a sus hijos. No debían aventurarse a tener ideas propias, distintas a las del partido.

En términos atávicos, los gobernantes de China han esperado recibir de sus seguidores un grado de lealtad ciega, de igual prioridad que el sentimiento filial hacia los padres. Decir que Mao se desprestigió por la confianza depositada en el sentimiento revolucionario de los intelectuales apenas comienza a bosquejar su motivación. A partir de 1957 les fue completa y vengativamente hostil, los juzgó con desdén como meros manipuladores de palabras y, con cierto temor, como gente que escapaba a su control. Esta reacción le condujo a numerosas declaraciones descabelladas: que los intelectuales eran la gente más ignorante que existía, que todos los grandes logros intelectuales habían sido obra de una juventud relativamente poco educada y que la adoración a la tecnología era un fetiche. De este modo fue arrojado de regreso a la fuente desde la que él mismo emergió, a saber, el pueblo llano chino como fuente de sabiduría y esperanza del futuro.

19. El Gran Salto Adelante 1958-1960

Antecedentes

Entre los años 1958 y 1960, entre veinte y treinta millones de personas perdieron la vida a raíz de la desnutrición y la hambruna provocadas por las políticas que el Partido Comunista Chino impuso sobre aquella gente. Midiéndolo según las estadísticas del aumento de la mortalidad, éste constituye uno de los mayores desastres de la historia de la humanidad. Pero, a pesar de ser obra directa del Presidente Mao, el Gran Salto Adelante también expresó el fervor de muchos millones de campesinos. ¿Qué salió mal entonces?

En el Gran Salto Adelante podemos observar diversos factores involucrados, pero aun hoy no hemos sido capaces de identificar su verdadero grado de influencia. En primer lugar, eran notorios ciertos aspectos residuales de la herencia china; para empezar, las autoridades estatales poseían un control indiscutido sobre la masa popular en las aldeas. La bifurcación de la sociedad en gobernantes y gobernados, en administradores y productores, ahora podía ser instrumentalizada por los líderes del PCCh de una forma más intensiva que nunca. Con los métodos persuasivos que desarrollaron en Yan'an, una vez establecida una economía estalinista centralmente planificada aquéllos podían hacer con el campesinado lo que quisieran.

No obstante, las autoridades locales debían aplicar todas las órdenes estatales. Y parte de la herencia histórica de China era el que su disposición y su lealtad hacia el centro constituyeran un factor clave en los resultados obtenidos. De un modo general, los activistas del PCCh habían asumido ahora la posición de liderazgo local que en los tiempos imperiales ostentaba la nobleza inferior. Ellos podían reafirmar las antiguas prácticas del oficialismo, orientadas hacia arriba -hacia la búsqueda de la aprobación de los superiores- más que hacia abajo, al servicio del pueblo. Cuando la moral estaba alta, las autoridades locales bien podían competir celosamente en informar lo bien que habían hecho cumplir las órdenes del centro. Además de presentar informes falsos y excesivamente optimistas, también podían forzar a las masas a obtener resultados. La colectivización de la agricultura en 1955-56 evolucionó de manera mucho más rápida de lo previsto, hasta que se descubrió que muchas cooperativas de productores agrícolas en realidad habían sido inauguradas en forma demasiado prematura y no estaban en condiciones de operar como se aseguraba que lo hacían.

Otro factor heredado subyacía a dicha situación: la docilidad del campesinado chino, notablemente acostumbrado a acatar los dictados de la autoridad, puesto que ésta representaba la paz y el orden de que dependía su subsistencia. Sólo fue posible trasmitir a las masas la visión de los líderes, porque, a comienzos de la década de 1950, el PCCh y el pueblo chino en general todavía se sentían unidos por la causa común de levantar China. El pueblo confiaba en el Presidente Mao. Enseguida ello abrió las puertas a ideas utópicas e ilusorias, puesto que los cuadros del partido -engrosados cada vez más por los estratos superiores del campesinado- estaban fervientemente dispuestos a obedecer, a seguir al líder y a atraer consigo a las masas. Así, la obediencia local hacia el partido, más el culto personal de Mao Zedong, bien pudieron provocar una histeria masiva en la cual la gente trabajara las veinticuatro horas del día y abandonara las formas establecidas.

A fines de 1957, el PCCh reconoció de manera dramática que el modelo estalinista de desarrollo industrial no era el adecuado para las condiciones chinas; ello significó el impulso para el Gran Salto Adelante. La población de China en 1950 cuadruplicaba la de la Unión Soviética en la década de 1920, mientras que el nivel de vida alcanzaba sólo a la mitad. A pesar de la colectivización universal, la producción agrícola no experimentó un crecimiento notable. Desde 1952 hasta 1957, la población rural había aumentado en aproximadamente un 9%, mientras que la población urbana se había elevado en cerca de un 30%; sin embargo, la requisición gubernamental de grano casi no había mejorado y, mientras tanto, China debió

empezar a reembolsar los préstamos soviéticos con productos agrícolas. El modelo soviético de cobrar impuestos a la agricultura para fortalecer la industria estaba ante un callejón sin salida. Por otra parte, la urbanización, que sobrepasó la industrialización, produjo desempleo urbano, el que se agregó al subempleo en populosas zonas del campo. El Primer Plan Quinquenal obtuvo los resultados esperados, pero el Segundo, que consistía en más de lo mismo, constituyó una invitación al desastre.
La solución que los economistas hubiesen dado a este problema no habría sido el Gran Salto Adelante; más bien habrían disminuido la tasa de inversión en la industria pesada, que en un principio había alcanzado el 48%, y asignado parte de ella a la industria liviana, que podía elaborar bienes de consumo. A su vez, la disponibilidad de bienes de consumo proporcionaría un incentivo importante para la actividad productiva de los campesinos. Según este enfoque, los ministerios del gobierno central también desempeñarían un papel mayor y la experiencia tendría prioridad sobre el fanatismo. El resultado habría sido la realización completa de una revolución agrícola, la que en la mayoría de los casos de un desarrollo económico exitoso ha precedido a la industrialización.
Este enfoque lento no satisfizo a Mao Zedong, quien convenció a sus colegas de que el campo podía transformarse y que la producción agrícola podía aumentar mediante la masiva organización de la fuerza laboral rural. El incentivo sería la misma determinación revolucionaria que contribuyó al éxito del liderazgo del PCCh. Se podía prometer un crecimiento económico, pero se reducirían los incentivos materiales para el trabajo del individuo, mientras que la abnegación y el fervor ideológicos se enfatizarían. Esta estrategia se basaba en una suposición muy grande e incierta respecto a la psicología campesina.
Pero se trataba justamente del tipo de asunto que los guerrilleros podían organizar. Habían aprendido cómo montar campañas y movilizar a las masas para lograr objetivos sociales específicos, tales como capturar posiciones en la guerra; de hecho, era muy usual utilizar la terminología militar. Ahora, el aparato de campaña completo iba a ser dirigido hacia una transformación económica, el desarrollo simultáneo de agricultura e industria. Se trataba de una estrategia dual o, como señaló Mao, de “caminar con los dos pies”. La movilización de las masas integraría a los trabajadores rurales nunca antes empleados a tiempo completo: en primer lugar, se utilizaría mano de obra intensiva para aumentar los sistemas de riego, los trabajos de control de inundaciones y la habilitación de tierras; en segundo lugar, se elevaría la productividad agrícola por unidad de tierra, empleando un mayor número de personas para plantar, desmalezar y cultivar; y en tercer lugar, se expandiría la pequeña industria a nivel local con materiales y grupos a la mano, con el fin de elaborar bienes de consumo y equipamiento para la agricultura. Mientras, la moderna economía industrial produciría exportaciones para intercambiarlas por bienes de capital extranjeros, o para realizar inversiones en la construcción de otras plantas.
Como los economistas, al igual que otros intelectuales, habían sido degradados en la Campaña Antiderechista, los fanáticos de la línea de masas previeron la liberación de energías productivas simplemente a través de la movilización de las masas. Con este propósito, a fines de 1957 se llevó a cabo una descentralización general de la administración económica. Muchas empresas e incluso controles monetarios fueron descentralizados hasta el nivel local. La oficina central de estadísticas se dividió y se localizó junto con funciones de planificación económica. Este fue el contexto en el cual se formularon los objetivos en extremo ambiciosos del Gran Salto Adelante en cada localidad, pero no por parte de los economistas, sino de cuadros inspirados por la emulación, que despreciaban a los expertos pero eran intensamente leales a la causa.
El resultado, visible en 1958, fue un tremendo paroxismo de trabajo ininterrumpido. La construcción de nuevos caminos, industrias, ciudades, diques, represas y lagos, así como la forestación y el cultivo, cambiaron la fisonomía del país, involucrando a los 650 millones de chinos en un esfuerzo a nivel nacional de una intensidad y una magnitud incomparables. La hazaña que más repercusión obtuvo en el extranjero fue la campaña, iniciada en julio de 1958, para fabricar acero en pequeñas fundiciones “en el patio de casa”, sin asesoría ni equipamiento especiales. Se informó que para fines de julio ya se habían establecido entre 30 y 50 mil hornos fundidores, en agosto 190 mil, para fines de septiembre 700 mil y en octubre la cifra llegó a un millón. Cien millones de personas tomaron parte en esta “batalla por el acero”.
Por desgracia el producto de todo este esfuerzo resultó en gran medida inutilizable, a pesar de que verdaderamente mucha gente enfrentó los problemas prácticos de la metalurgia. Así, el Gran Salto introdujo la pequeña industria en las áreas rurales, aplicando la tecnología y

movilizando la mano de obra como nunca antes; no obstante, los resultados inmediatos fueron caóticos y poco lucrativos.
La oficina de estadísticas del Estado informó que en 1958 la cosecha de alimentos y de algodón se había casi duplicado en un año, por lo que el Comité Central fijó ambiciosos objetivos para 1959, contemplando un nuevo incremento del 50%. Así los líderes se convirtieron en prisioneros de sus propias afirmaciones.
A fines de 1958, compañías y regimientos completos de agricultores portando sus azadones y canastos ingresaron marchando a los campos en formación militar, para declararle la guerra con tambores y banderas a una naturaleza recalcitrante. Es efectivo que la mano de obra aplicada a la construcción de diques y canales de riego, junto con el embalse de aguas y la energía hidroeléctrica unida a la rehabilitación de tierras, produjo buenos resultados. Aún hoy pueden observarse en el campo chino los lagos y canales fruto de la agobiante labor de los trabajadores entre 1958 y 1959. Basta atravesar un túnel de unos cuatrocientos metros de piedra trabajada a mano bajo la superficie de un nuevo campo -como una forma de drenar el agua sin causar la erosión de la tierra- para calibrar la impresionante aplicación de fuerza muscular que significó el Gran Salto Adelante. Sin embargo, nada de ello contribuyó de manera significativa a una mayor especialización o una mayor disponibilidad de recursos o de equipos de capital que podrían haber elevado la productividad por persona.
Fue la lógica de una movilización descentralizada la que llevó a la creación de comunas del pueblo, bajo las cuales se suponía que los beneficios de la modernización en el área de la salud, la educación, la producción en gran escala y las comodidades de la vida serían distribuidos equitativamente mediante la concentración del poder y la planificación general. Rara vez la búsqueda voluntaria de un ideal generó resultados tan devastadores.

El desastre de 1959-1960

Mientras 1958 había sido un buen año para la cosecha, 1959 sufrió las inclemencias de un clima no demasiado favorable. Los agricultores que marchaban para ganar la revolución en el agro no lograron cosechar todo lo que habían sembrado; sin embargo, las estadísticas procedentes de las provincias y sus localidades sumaban un enorme aumento en la producción, más del doble en rendimiento. El resultado fue que el gobierno continuó exigiendo altas requisiciones incluso mientras la producción sufría una disminución real. Ello provocó una hambruna de gran magnitud y causada por el hombre.
A comienzos de 1959 se tendió a dejar de lado el programa del Gran Salto Adelante; sin embargo, una vez que comenzaron a surgir cuestionamientos en torno a los resultados obtenidos, aquél volvió al primer plano. En julio de 1959, los líderes del PCCh sostuvieron una reunión decisiva en Lushan, un lugar de retiro en las montañas, en la zona del bajo Yangtsé. Peng Dehuai, uno de los máximos comandantes de ejército en Yan'an y Corea y uno de los diez mariscales del Ejército de Liberación Popular, que en ese momento desempeñaba el cargo de ministro de Defensa (y que había estado al lado de Mao durante treinta años, desde el comienzo en Hunan) intentó informar al líder acerca del deterioro real de las condiciones de vida en el campo, pero Mao lo consideró un ataque personal y lo despojó de sus cargos.
Como represalia, los defensores del Gran Salto Adelante, con Mao a la cabeza, persistieron en el programa. Después de la reunión de Lushan se montó otra Campaña Antiderechista en contra de los críticos de la estrategia del Gran Salto Adelante. La campaña a su vez gatillo una renovación del Gran Salto Adelante en 1959, que exacerbó sus desastrosas consecuencias. El crimen más grave de este período fue el aumento en las requisiciones de grano exigidas a los aldeanos, justo en el momento en que éstos tenían más problemas en recolectar sus cosechas debido a la desviación de la fuerza laboral hacia obras públicas, y también a causa del mal clima. El resultado neto de esta determinación fue que la masa popular en ciertas áreas debió subsistir sólo con la mitad o incluso una quinta parte de su abastecimiento usual de grano.
El fanatismo de los administradores rurales del Gran Salto Adelante continuó oponiéndose a los puntos de vista técnico-económicos de los administradores y los ministerios centrales urbanos. Esta prolongación del Gran Salto Adelante produjo otra caída en la producción, tanto en la industria pesada como en la industria liviana de bienes de consumo. La hambruna que sacudió China del Norte en la década de 1870, cuando no llovió durante tres años, se había diseminado en los lugares donde no alcanzaba a llegar el ferrocarril; los cadáveres a la vera del camino eran un espectáculo cotidiano. En 1959-60 China estaba mejor organizada y ya no se veían áreas pobladas de víctimas de la inanición. No obstante, la desnutrición causada por

las escasas raciones dejó a millones de personas más susceptibles a las enfermedades. El aumento en la tasa de mortalidad sólo pudo comprobarse una vez elaboradas las estadísticas, por lo que sólo en 1960 se supo que muchos campesinos estaban muriendo de hambre, y que el sistema económico era un completo desastre. La economía china era un caos, y el Gran Salto Adelante sólo una gran catástrofe cuyo responsable era el Presidente Mao. Este incluso debió admitir que no sabía casi nada de economía.

Paralelo al desastre económico tuvo lugar un nefasto giro político. Hasta ese momento, y con el fin de discutir a fondo sus decisiones políticas, cada cierto tiempo los máximos líderes del PCCh en el Politburó sostenían debates en diversos puntos del país. El mérito de este sistema siempre había sido la vigorosa sugerencia de alternativas, pero una vez que se tomaba una decisión todos la acataban. Ahora, sin embargo, Mao había transformado por primera vez el argumento político expuesto por el mariscal Peng en un ataque personal ilegítimo en contra de su persona. Por el momento Mao había ganado, pero su triunfo fue una victoria pírrica que abrió las puertas al faccionalismo y no a una honesta discusión política. La terca reprobación de Mao a Peng destruyó la unidad que caracterizaba a la cúpula del PCCh. En un comienzo, casi todos habían concordado con la estrategia del Gran Salto Adelante, pero su fracaso demostró la falibilidad de Mao y destruyó la solidaridad entre los líderes.

Uno de los puntos de desavenencia entre Mao y el mariscal Peng residía también en el deseo de este último de hacer que el Ejército de Liberación Popular fuese técnicamente más competente, como el Ejército Rojo de la URSS. Mao, por el contrario, había estado dándole vueltas a la idea de utilizar bombas nucleares como contrapartida a la guerra de guerrillas, sin tener necesariamente que desarrollar el ejército profesional según los lincamientos rusos.

Al concentrarnos solamente en el Presidente Mao como líder, no lograríamos transmitir el ánimo nacional de ferviente abnegación y frenética actividad que caracterizó al Gran Salto Adelante. Los campesinos trabajaban durante todo el día para superar sus propios récords de trabajo, los cuadros que estaban a cargo en el lugar seguían informando cifras de producción totalmente irreales y los colegas de Mao, como el economista Chen Yun y el Primer Ministro Zhou Enlai, no encontraban forma alguna de detener la fiebre.

Los observadores extranjeros no llegaron a conocer realmente la magnitud del desastre, porque las poblaciones urbanas continuaron recibiendo raciones provenientes del campo y la construcción industrial siguió expandiéndose. No obstante, al final hubo que enfrentar ciertos hechos innegables. Toda esta movilización con bombos y platillos, portando banderas y atacando objetivos específicos, más la utópica idea de los comedores comunes para unidades de producción y la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral fuera de las granjas familiares, comenzaba a llevar a los chinos al precipicio. Se necesitarían varios años de políticas económicas más sensatas, a comienzos de la década de 1960, para retornar a los niveles de subsistencia de 1957.

La descentralización fue uno de los tantos motivos extraños en el Gran Salto Adelante. Los cuadros locales, inquietos bajo las órdenes centrales, acogieron con satisfacción la oportunidad de manejar a las masas en los nuevos proyectos sin la interferencia del gobierno central. El Gran Salto Adelante acrecentó en gran medida la importancia del partido como líder de la sociedad. El resultado político fue que se favoreció no al experto sino al fervoroso e ideologizado organizador del entusiasmo de las masas. La estrategia del Gran Salto Adelante -utilizar la movilización de las masas para alcanzar el desarrollo económico- dificultó el refrenar a los activistas locales y hacerlos volver a un programa ordenado y centralmente dirigido, tal como lo requería la administración económica.

Además, tras los diversos factores en juego en el Gran Salto Adelante se asomaba la personalidad y el ego del Presidente Mao. Este había pasado toda su vida organizando con hechos y palabras una rebelión en contra del orden establecido. Después de 1949 continuó apuntando hacia grupos precisos de la sociedad china. Finalmente, rompería con la Unión Soviética por considerarla un *establishment* descarriado. La motivación central del estilo maoísta de rebelión fue la movilización de las masas y la supresión de los intelectuales que antiguamente habían colaborado a manipularlas. En este sentido, Mao era aún un rebelde contrario al confucianismo denunciado en el Movimiento del Cuatro de Mayo.

Recuperación: el control de la mano de obra industrial

Después del Gran Salto Adelante, líderes como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping se aseguraron de recibir informes reales y competentes acerca de las comunas, la industria, la ciencia, la

artesanía, las finanzas, el comercio, la literatura y el arte, los que les sirvieron de base para el desarrollo de programas prácticos de recuperación, y especialmente para asumir el control de la economía industrial. Durante el Gran Salto Adelante la emigración rural hacia las ciudades había elevado la población urbana hasta 130 millones en 1960. La construcción de plantas industriales y los pedidos de materias primas se dispararon y del;controlaron. Entre 1960 y 1964, la reducción de gastos condujo a la clausura de plantas y a un descenso del 50% en la tasa de empleo. Ello se enfrentó enviando sistemáticamente a muchos millones de individuos desempleados desde las ciudades hacia el campo, con lo que la población urbana se redujo en catorce millones. Un programa que incluía un registro familiar completo, racionamiento de grano y otras necesidades diarias, más la inspección de los hogares, estableció el control sobre los residentes urbanos. Se detuvo la emigración ilegal y se hizo una práctica regular el traslado de la juventud urbana al campo.

Como parte de este sistema de control, las diferencias de estatus aumentaron al interior de la clase trabajadora urbana. El grueso de la producción industrial provenía de grandes empresas estatales intensivas en capital, que se convirtieron en los lugares de trabajo *(danwei)* de una fuerza laboral especializada y privilegiada. Hacia la década de 1980, estos trabajadores permanentes de la industria estatal totalizaban 27 millones y eran, según palabras de Andrew Walder (1986), la única "fuerza laboral que participaba de lleno en el Estado de Bienestar". Gozaban de beneficios suplementarios tales como alojamiento y alimentos subsidiados, remuneraciones extras, subsidios gubernamentales, pensiones vitalicias y convenios estatales de seguros y bienestar. Estos dos quintos bien remunerados de la fuerza laboral, que trabajaban en aproximadamente 85 mil empresas, producían tres cuartas partes de la producción industrial total de China; Otros dos quintos de la fuerza laboral estaban constituidos por una clase secundaria de trabajadores de empresas colectivas rurales y urbanas, que producían a lo sumo un tercio del total. Estas empresas colectivas urbanas, mucho más pequeñas y numerosas, empleaban artesanos, mujeres y jóvenes en condiciones menos favorables que las empresas estatales. Otra categoría aún inferior era la de los "trabajadores temporales", quienes laboraban a contrata en la construcción y el transporte, realizando tareas domésticas o que sólo requerían de fuerza física.

El trabajador privilegiado de las empresas estatales recibía de éstas alojamiento, cupones para comida, alimentos subsidiados y artículos de primera necesidad. Su lugar de trabajo proveía asimismo de servicios sociales, atención médica, recreación y actividades políticas. Sin embargo, y a pesar de todos estos beneficios, los trabajadores aún debían gastar más de la mitad de sus sueldos en alimentación. Como resultado, el trabajador estatal dependía absolutamente de su lugar de trabajo, el que podía inculcarle una disciplina similar a la de una familia de mentalidad confuciana. El trabajador podía esperar que su hijo lo sucediera en su labor. Era más probable obtener un ascenso por antigüedad antes que por un progreso en las habilidades. Por otro lado, la disidencia e incluso la crítica podían significar la expulsión.

En síntesis, a comienzos de la década de 1960 no existía movimiento laboral alguno que pudiera causar preocupación al régimen, y tal era la dependencia de los trabajadores estatales de sus lugares de trabajo que usualmente ello bastaba para mantenerlos bajo control. De este modo, y como contrapartida al servilismo de los campesinos en la agricultura, la fuerza laboral esencial en la industria pesada y otras empresas estatales quedó bajo el yugo del Estado y del partido.

Mientras tanto, planificadores económicos como Chen Yun llamaron a una renovación de las motivaciones en la agricultura, permitiendo nuevamente el cultivo de pequeñas parcelas privadas y la venta en mercados locales, generalmente fomentando el ideal de la "responsabilidad individual". Esta apelación a los asuntos materiales estimuló a Mao a llamar a su vez a un renovado esfuerzo ideológico a través de la lucha de clases. Se trazaron líneas para lo que llegó a conocerse como la "lucha de las dos líneas" entre Liu, Deng y otros en el ámbito de la gestión especializada, y Mao y sus seguidores apostando por una movilización de base rural y romántica en su espíritu como la forma de resolver los problemas cada vez más profundos de China.

Rectificación del partido y educación

En esta lucha de dos líneas que Mao sostuvo con Liu en calidad de Presidente y con Deng como secretario general del partido, ambos bandos debieron concordar en relación a tres aspectos: el partido había sufrido un notable desprestigio entre la gente, aumentado la

corrupción y la moral estaba baja. Discrepaban en cuanto a si dirigir una rectificación mediante un nuevo movimiento de masas en los niveles más básicos de las áreas rurales, o bien acotarla a la organización del PCCh. Mao intentó por primera vez en 1963 encabezar una rectificación entre los cuadros del partido en el campo, la que denominó Campaña Socialista de Educación. Esta le habría permitido crear una red de órganos temporales al estilo de una campaña; así, en 1963 la Campaña Socialista de Educación se convirtió en un campo de batalla entre los dos enfoques. La organización del partido se mantuvo, con lo cual en 1964 el PCCh montó otra campaña de masas, denominada de Las Cuatro Limpiezas, con el objeto de que la lucha de clases rectificara a los cuadros de las aldeas. En la práctica, los nuevos presidentes de comités, secretaríos, contadores, encargados de abastecimientos y otros pertenecientes al nivel administrativo de la aldea habían comenzado muy pronto a tratar despóticamente al campesinado al que hasta hace poco pertenecían. Incurrían en pequeños peculados, atendían a sus favoritos, realizaban menos trabajos manuales y en general afirmaban su autoridad impartiendo órdenes arbitrarias y aliviándose la vida. Por lo tanto, la campaña de Las Cuatro Limpiezas apuntó a los cuadros cuyas actitudes -no la clase de origen- los convertían en explotadores.

Para combatir estos males, el PCCh dispuso la estrategia de enviar cuadrillas de trabajo formadas por cuadros externos para rectificar la conducta de los cuadros locales. El procedimiento recordaba las medidas tomadas originalmente durante la reforma territorial en contra de terratenientes, abusadores locales y déspotas de poca monta. Los miembros de la cuadrilla de trabajo se establecían en la aldea por algunas semanas, trababan relación con los pobres que tenían quejas y reunían cargos y evidencias en contra de los cuadros locales; luego, los infinitos interrogatorios, el agotamiento físico y las confesiones forzosas eran la base de las reuniones de lucha. Estas se realizaban al mismo estilo que los mítines de lucha en contra de los intelectuales y los burócratas, y llegaron a ser la principal forma de participación del campesino en la vida política, manipulada por el PCCh a gran escala: en lugar de contemplar simplemente una ejecución al viejo estilo como observadores pasivos, ahora los campesinos se convirtieron en vociferantes acusadores de las víctimas señaladas por las autoridades.

Hacia 1965, desilusionado porque los funcionarios del partido habían rehusado aceptar su enfoque de rectificación mediante una campaña masiva, Mao comenzó a buscar fuera de esa organización un medio a través del cual efectuar la campaña de rectificación.

Entretanto, el deseo de Mao de liberar a los campesinos chinos y convertirlos en ciudadanos instruidos por medio de la educación -un ideal que los reformistas liberales occidentales podrían aceptar de inmediato- también se vio frustrado. La educación siempre había sido una preocupación importante para el pueblo. El Gran Salto Adelante había encarado un doble problema: cómo hacer que el hombre común recibiese educación a través de nuevas instituciones, mientras se continuaba instruyendo a la necesaria élite en el sistema establecido de escuelas secundarias y universidades. El nuevo esfuerzo ahora se centraba en la creación de escuelas “de trabajo y estudio”, como las “escuelas para el pueblo” *(minbari)* del período de Yan'an. Miles de escuelas secundarias fueron creadas en un esquema de trabajo y estudio, se dijo, mientras el programa regular de estudios se reducía de doce años -como en el sistema norteamericano- a diez, como en el soviético. Para llegar al hombre común también se hizo indispensable simplificar el contenido de la educación; por consiguiente, se reescribieron los textos. El principal obstáculo fue la carencia de personal debidamente entrenado en materias específicas: simplemente no existía. El expediente temporal de aclamar a los campesinos como “científicos” y colocarlos en cargos docentes demostró ser ineficaz. No hubo otra salida que admitir el hecho de que las escuelas de trabajo y estudio eran inferiores a las escuelas regulares.

Este hecho evidente adjudicó a las escuelas de trabajo y estudio la mala reputación de constituir canales inferiores para el progreso. Las familias campesinas rápidamente se dieron cuenta de que sus hijos sólo podrían aspirar a la clase alta a través del sistema regular de estudios. En vez de incorporar a sus hijos a un programa de trabajo y estudio que sólo les otorgaría el status de campesinos educados, muchas familias campesinas optaron por mantener a sus hijos en el hogar, trabajando en la granja.

Cuando el sistema regular fue simplificado para acomodar a estudiantes trabajadores y campesinos relativamente incultos, los educadores de ese sistema, en un esfuerzo por mantener los estándares y generar una élite bien entrenada, recurrieron a un mecanismo especial. Este, que había sido utilizado en Yan'an, era la escuela clave, donde se podía concentrar a los mejores estudiantes, al personal docente y todo el equipamiento. Como

nuevamente había entrado en funcionamiento un sistema nacional de exámenes, el porcentaje de graduados que lo aprobaba y que ingresaba a la universidad tras asistir a una escuela secundaria se convirtió en la medida de excelencia de estas últimas. En la jerarquía así establecida, las escuelas clave iban a la cabeza, y las escuelas de trabajo y estudio ocupaban el último lugar. Además, las escuelas de trabajo y estudio contaban con la mayor proporción de niños trabajadores y campesinos, mientras que los hijos de activistas políticos o “cuadros revolucionarios” en la estructura oficial predominaban en las escuelas secundarias. Sin embargo, era probable que los situados al nivel más alto en las escuelas clave fuesen los hijos de los antiguos intelectuales, cuya tradición familiar les concedía una ventaja inicial en la educación.

Consideradas como un programa social, las reformas educacionales y las innovaciones del período del Gran Salto Adelante atacaron directamente la antigua división entre la clase alta y la plebe. La máxima de Mao “nunca olvidar la lucha de clases” situó a los hijos de los intelectuales en desventaja. Como consecuencia, a los estudiantes provenientes de clases “malas” a menudo se les penalizaba o incluso se les excluía del sistema. No obstante, para ingresar a las instituciones de estudios superiores se estableció una competencia basada en las calificaciones obtenidas en los exámenes, de forma muy similar a como se hacía antiguamente. Por consiguiente, a mediados de la década de 1960 el nuevo sistema educacional chino se bifurcaba en dos direcciones, y el camino superior aún llevaba hacia la élite. No había sido posible modificar la estructura de clases de China por medio de la educación.

Por el contrario, el surgimiento de nuevas élites dejó a una gran mayoría rezagada e insatisfecha. Cuando en los años 60 el ingreso a la educación superior fue restringido tanto por su costo para el Estado como por temor a un exceso de graduados, numerosos jóvenes permanecieron desempleados en las ciudades. La fuerza laboral, por su parte, experimentó una intranquilidad similar a causa de los mejores salarios y trabajos más estables con que contaban los trabajadores especializados, mientras que la mayoría de los obreros eran claramente prescindibles. Crecía la tensión en importantes sectores de la sociedad china, como también al interior del PCCh.

La división chino-soviética

Con la perspectiva de hoy, vemos claramente que en 1960 chinos y rusos iban de cabeza hacia una separación. El hecho era que los contactos norteamericanos con China a través del Pacífico habían sido mucho más extensos y duraderos que la influencia rusa a través de Siberia y Mongolia. No existían universidades cristianas ortodoxas rusas que impartiesen educación a jóvenes chinos. El segundo idioma de la clase alta china era el inglés, no el ruso. Por otra parte, el vínculo chino que se creó con Rusia provino del movimiento comunista y de los pocos miles de chinos que éste envió a Moscú. Sólo en la década de 1920 esta influencia comenzó a notarse, y, a medida que los comunistas chinos y rusos llegaban a conocerse mejor, no necesariamente se convertían en grandes amigos. Los líderes del PCCh no podían olvidar que Stalin apoyó la estrategia equivocada en la década de 1920, y que todavía en 1945 había firmado un tratado con la China Nacionalista para servir los intereses nacionales rusos en Manchuria. En síntesis, el enlace chino-ruso fue tenue y pudo disolverse tan pronto como el PCCh comenzó a desarrollar su propio estilo de comunismo nacional. Un elemento tendiente a esa disolución sería el hecho de que, una vez que China reconociera nuevamente la necesidad de recibir ayuda extranjera para su desarrollo económico, Estados Unidos y sus aliados podrían suministrar mucho más que la Unión Soviética.

La separación chino-rusa tuvo lugar por etapas, a fines de la década de 1950. Para el cuadragésimo aniversario de la URSS, el Presidente Mao realizó durante el invierno de 1957 su segundo viaje a Moscú. Allí se refirió en tono obsequioso a la supremacía soviética en el comunismo internacional, e incluso fue más lejos de lo que los rusos hubiesen deseado al sostener en forma prematura que la puesta en órbita del primer satélite soviético, el Sputnik, acababa de demostrar que “el viento oriental comenzaba a prevalecer sobre el viento occidental”, y que los días del imperialismo capitalista estaban contados. En ese momento, ya habían sido elaborados diversos acuerdos chino-soviéticos de intercambio técnico, incluyendo la colaboración para la fabricación de bombas nucleares, y China continuó contando con la ayuda de cerca de diez mil expertos soviéticos en su desarrollo industrial.

El distanciamiento comenzó cuando Nikita Jruschov se volcó a criticar abiertamente el Gran Salto Adelante. En ninguna de sus dos visitas a Pekín (en 1958 y 1959) logró entenderse con Mao. El líder ruso pensaba que el líder chino era un desviacionista romántico cuya opinión no era de fiar. Durante el Gran Salto Adelante, Mao afirmó que a través del sistema de comunas China lograría llegar al comunismo más rápido que la URSS, lo cual irritó a Jruschov, quien también se enfureció porque, en 1958, cuando Mao planeaba bombardear la isla de Quemoy -guarnecida por tropas nacionalistas-inmediatamente fuera del puerto de Xiamen, no le informó nada, aduciendo que se trataba de un asunto meramente interno. Esta racionalización pasaba por alto el hecho de que Estados Unidos era un aliado de Taiwan, de igual modo como lo era la República Popular de la URSS, y por tanto era posible que esa acción de una supuesta guerra civil desatase un enfrentamiento entre las superpo-tencias, es decir, una confrontación nuclear. Jruschov se encontraba justamente en la fase Camp David de desarrollo de un modus viven-di con el Presidente Eisenhower. En la crisis del Estrecho de Formo-sa que se desató en 1958 a causa de posibles hostilidades entre la República Popular y Estados Unidos, los soviéticos negaron su respaldo a China, incumpliendo su promesa de entregarle un arma nuclear. El desacuerdo llegó a tal punto que, repentinamente, a mediados de 1960 Jruschov retiró a todos los especialistas soviéticos de China, junto con todos sus proyectos. Pronto el PCCh comenzó a dirigir al Partido Comunista de la Unión Soviética verdaderas ráfagas ideológicas atacando el revisionismo soviético, y se le pagó con la misma moneda. Hacia 1963 este altercado entre ambos partidos se dio a conocer al mundo. La dispersión de filas fue todo lo amarga que podía ser, puesto que, como sectarios que eran, el PCCh y el PCUS alguna vez compartieron una fe común, y ahora cada uno veía que el otro la traicionaba.

El Gran Salto Adelante como movimiento social

La colectivización de la agricultura en China se hizo posible gracias a años de tesón y determinación por parte de los cuadros locales que administraron el proceso. Estos millones de personas, hombres y mujeres, eran activistas políticos y administradores -tanto los miembros del partido como los candidatos- deseosos de llevar a cabo la revolución y, al mismo tiempo, de ascender socialmente con ella. Habían surgido de las masas rurales por su propia sensibilidad frente a las oportunidades que ofrecía la revolución. En términos de estructura social, correspondían de manera general a la nobleza inferior del fin de la época imperial y principios de la República: aquella cuyos miembros eran discípulos de patronos de posición más elevada, administradores de tesorerías y encargados de los negocios de los terratenientes absentistas, funcionarios locales, líderes de bandas y asociaciones campesinas, militares y otros en condiciones de gravar con impuestos, reclutar, organizar y tiranizar a la población campesina. Al finalizar el orden imperial, se habían convertido por sí mismos en pequeños déspotas locales, ya no relacionados con la alta nobleza, que para entonces se había instalado en los pueblos y las ciudades.

El proceso global de reforma agraria bajo el PCCh se caracterizó por la sustitución de los antiguos remanentes de la nobleza inferior por los cuadros del partido. Por su vitalidad, éstos representaban a un nuevo régimen, pero en términos estructurales se inmiscuyeron mucho más todavía en la vida de las aldeas, respaldados por la autoridad del partido. Mientras la nobleza inferior había surgido localmente con un cierto grado de espontaneidad y autonomía, los cuadros del PCCh lograron imponer su dominio por la representación de una autoridad superior.

Una vez creado este nuevo estrato de activistas en el campo, y tras haberse abierto camino en la sociedad por medio de la colectivización de la agricultura, necesitaba tener cosas que hacer y estaba dispuesto a llegar más lejos. Justamente fue tan difícil refrenar el Gran Salto Adelante porque una vez que los activistas hubieron iniciado la reorganización de las aldeas, tendieron a continuar haciéndolo. En efecto, la “liberación” creó una nueva clase deseosa de seguir liberándose.

Hacia fines de los años 50 y comienzos de los 60, China era una nación compuesta por gente joven, ya desarraigada del pasado y ávida por competir en pos de un ascenso. Uno podría imaginar otros motivos, no necesariamente egoístas o materialistas. La eliminación de las antiguas constricciones de la vida campesina y la difusión del alfabetismo y la organización, así como las doctrinas de igualdad y oportunidad para todos, inspiraron a muchos jóvenes campesinos a unirse a una causa noble y sacrificarse por ella.

En la perspectiva histórica china, el Gran Salto Adelante también parece una versión moderna de las colosales obras públicas de antaño. La reconstrucción de la Gran Muralla en el período Ming, como la construcción de los campos de aterrizaje de Chengdu para los bombarderos norteamericanos B-29 durante la Segunda Guerra Mundial, fueron ejecutados por trabajadores reclutados en las zonas rurales. Usualmente, al jefe de una aldea se le ordenaba proveer una cierta cantidad de hombres a la obra por un cierto tiempo, digamos diez días. Los aldeanos traían su alimento e instalaban esteras y toldos para dormir. Trabajaban en cuadrillas, y una vez finalizado su turno volvían nuevamente al hogar. Existían muchas variaciones en dichos servicios de mano de obra, pero todas constituían enormes proezas de remoción de tierra en canastos colgados de una vara sobre los hombros y de arrancar piedra para utilizarla en mampostería. Los logros del Gran Salto Adelante en la construcción de represas, diques y canales de riego constituyeron la forma más reciente de esa antigua práctica que, por ejemplo, levantó capitales prehistóricas en Anyang y Zhengzhou con muros de tierra tan bien compactados -apisonados dentro de una estructura movible-que hasta el día de hoy se les puede identificar. Era una prerrogativa del gobernante el dirigir dicha fuerza laboral. El uso que Mao hizo de ella fue totalmente natural.
Hasta en las erradas instrucciones impartidas por autoridades de menor rango, tales como labrar la tierra demasiado profundo (con lo que los minerales del suelo asomaban a la superficie) o realizar una plantación mixta con dos tipos de cultivos (dificultando su cosecha), podemos notar un retroceso a los teóricos estadistas de la clase alta imperial que decían a los agricultores cómo debían cultivar la tierra.
La reorganización de la vida campesina en brigadas y comunas tampoco fue una invención totalmente maoísta. Sobre todo en su irrupción en la escena rural, el Gran Salto Adelante merece compararse con reformas agrarias más antiguas, como las de los Wei del norte, los Song y los primeros Ming. Aún tenemos mucho que aprender acerca de la China moderna a través de su larga historia.
Tras una cierta recuperación económica a comienzos de la década de 1960, la siguiente fase de la revolución vio a China recogerse otra vez sobre sí misma. Sin duda que en la disputa limítrofe que se libró en 1962 entre chinos e indios el Ejército de Liberación Popular se anotó una rápida y espectacular victoria militar. Sin embargo, a medida que la disputa chino-soviética se tornaba más ácida, los esfuerzos chinos por organizar a los países subdesarrollados del Tercer Mundo de Africa y Asia en contra de la URSS se vieron frustrados. El recorrido de Zhou Enlai por Africa no sirvió para nada. Entretanto, Estados Unidos intervenía masivamente en Vietnam en 1965 y prometía no invadir Vietnam del Norte por tierra para evitar un conflicto chino-norteamericano como el que se vivió en Corea. Frustrado en lo que a relaciones exteriores se refiere, Mao creyó que era el momento preciso para realizar otro gran esfuerzo con el fin de revitalizar al pueblo chino.

20. La Revolución Cultural 1966-1976

Los cimientos

La última década de Mao -desde 1966 hasta su muerte en 1976- fue testigo de una lucha política interna que convulsionó a China, significó una constante amenaza para el resto del mundo y originó una espantosa destrucción. Fue un final apropiado para los veinte años perdidos de China, iniciados en 1957 con la Campaña Antiderechista que hizo caer en desgracia a tantos intelectuales. El cataclismo, que involucró directamente a cerca de cien millones de personas, tuvo tan vasto alcance que su historia aún está lejos de ser conocida o escrita en su totalidad.

Para intentar comprender la Revolución Cultural, se debe primero sortear la brecha que separa las culturas políticas china y occidental. Supongamos que el Presidente de Estados Unidos, en Washington, instase a los estudiantes de educación superior de todo el territorio norteamericano a colocarse una banda en el brazo y a incomodar, recriminar y acosar a los ciudadanos en las calles y en sus hogares para finalmente tomarse el municipio, las firmas comerciales locales, los servicios gubernamentales y demás instituciones. En caso de que los estudiantes llegasen a intentarlo, antes de caer la noche ya habrían sido detenidos. En Estados Unidos, los sectores semiautónomos de la sociedad civil los gremios profesionales, los negocios, los trabajadores, la iglesia, los medios de comunicación, etc.- no se dejan coercionar tan fácilmente.

Por lo tanto, para entender la Revolución Cultural china estamos obligados a imaginar una sociedad que puede ser dirigida por un Gran Líder y una dictadura del partido, simplemente porque los ciudadanos son pasivos respecto de los asuntos públicos y obedientes ante la autoridad. Los derechos humanos allí no existen, pues se les ha enseñado que afirmar su existencia -como el debido proceso, por ejemplo- sería egoísta, antisocial y, por ende, innoble. Asimismo, sería severamente penalizado. El problema parte en el campo, en la vida familiar de la aldea china, donde la enseñanza confuciana de un orden social a través de la autosubordinación obediente ha dejado su huella hasta el día de hoy.

Un punto de partida para comprender la Revolución Cultural es reconocer que Mao Zedong había adquirido algunas de las prerrogativas de un emperador. El porqué debió prácticamente destruir el partido que él mismo formó, poniendo en peligro toda la revolución, es una interrogante compleja que exige varias líneas de análisis.

En un comienzo, la aversión de Mao por la burocracia urbana se expresaba en su fe en que el campo debía ser el principal beneficiario de la revolución de China. Gracias a su larga experiencia rural, conocía perfectamente los obstáculos que enfrentaban los campesinos chinos en su lucha por lograr un buen nivel de vida. Sin embargo, una vez que Mao estuvo en el poder, el ideal de su “liberación” dio paso a la obvia necesidad de utilizarlos para construir China bajo el liderazgo y control del PCCh.

Pero, a medida que este esfuerzo se llevaba a cabo, Mao comenzó a preocuparse por la progresiva -y aparentemente inevitable- acumulación de las instituciones del gobierno central y sus diversos niveles de funcionarios y cuadros, que parecían estar reemplazando a la élite local de los tiempos imperiales. Mao temía un resurgimiento de la dominación de la clase dirigente sobre los aldeanos. Considerando la necesidad moderna de una administración experta, y debido a la irrefrenable tendencia hacia el privilegio personal y la corrupción en la nueva clase dirigente de China, se haría muy difícil probar que él no estaba en lo cierto.

A comienzos de la década de 1960, un motivo más inmediato para la inquietud de Mao fue la difundida y persistente denigración de su accionar y sus políticas por parte de los círculos dirigentes del PCCh. En un Estado basado en los ideales de armonía y unidad, los líderes de las distintas facciones no podían atacarse unos a otros directamente ni por sus nombres sin ser considerados elementos perturbadores o aguafiestas. Por lo tanto, se valieron del antiguo

recurso de situarse bajo la sombra de los intelectuales orgánicos que constituían la vociferante periferia de sus respectivas facciones. Después que se purgó a los intelectuales considerados como remanentes sinoliberales acusándolos de derechistas, sus funciones como editores, escritores, periodistas y organizadores de la *intelligentsia* fueron ocupadas por una generación algo más joven, que heredó la tradición intelectual. Aliados con los líderes políticos, estos intelectuales intra-partidistas expresaban su postura en artículos editoriales, ensayos, críticas, obras de teatro y otras producciones literarias. A comienzos de la década de 1960, un grupo de talentosos intelectuales que representaba a los círculos dirigentes del PCCh utilizó los métodos indirectos del lenguaje de las fábulas de Esopo, las alusiones y los ejemplos históricos para disparar una andanada de críticas a los errores del Gran Salto Adelante y a las tácticas de movilización de masas de Mao en general. Algunos llegaron más lejos, y cuestionaron la máxima de Mao de 1942 de que toda la literatura debía servir directamente a la revolución. Era principalmente en Pekín donde se generaba la opinión crítica; Peng Zhen, quien encabezaba el Comité del Partido de Pekín, era allí el líder.

Finalmente, el temor de Mao de que la revolución popular estuviera perdiendo el rumbo en China se intensificó con el espectáculo que estaba brindando la URSS. Mao resentía el estilo autoritario de Nikita Jruschov. En la URSS había visto el revisionismo en acción, es decir, el alejamiento de la preocupación igualitaria por el pueblo y su organización colectiva, para privilegiar el crecimiento de una nueva clase dirigente compuesta por gente especialmente privilegiada, educada en el conocimiento técnico y centrada en el quehacer urbano, a quienes la poderosa policía secreta mantenía en línea al igual que al resto de la población. Dada la apreciación global de la dictadura del partido soviético por parte de Occidente, la desconfianza de Mao estaba bien fundamentada. De cualquier modo, su motivación personal era recuperar el control del PCCh instalando a sus propios seguidores en el poder.

Uno de los resultados del ataque de Mao al mariscal Peng fue su reemplazo como ministro de Defensa por el mariscal Lin Piao, un táctico sobresaliente, que ahora asumía el poder y presionaba por la politización del ejército. Como parte de su programa de adoctrinamiento, Lin recopiló en el *Pequeño Libro Rojo* todas las citas del Presidente Mao, y demostró estar listo para ponerse de su lado al momento de enfrentar la controversia que se desarrollaba. Al poco tiempo había abolido el uso de insignias entre los oficiales del ejército; también reanudó el sistema de comisarios políticos, desacreditando así a los militares profesionales que el mariscal Peng había representado. Se lanzó una campaña para "aprender del Ejército de Liberación Popular (ELP)", como si su politización militar pudiese constituir un modelo para la sociedad entera. Al interior del PCCh, ello acabó con el precedente de que el militarismo debía permanecer subordinado.

La duración nominal de la Revolución Cultural fue de tres años, desde comienzos de 1966 hasta abril de 1969; sin embargo, muchos señalan que el tipo de actividades que la caracterizaron continuó de hecho durante toda una década, hasta 1976. Comenzaremos con el propio Mao.

Objetivos y recursos de Mao

La comprensión foránea del fenómeno de Mao requiere de un esfuerzo de imaginación, antes que nada para reconocer la naturaleza de su supremacía. Mao tuvo dos carreras: fue un líder rebelde, y fue también un emperador en versión moderna. Había logrado el poder de este último, pero sin duda retuvo la autoimagen del primero. Como en China la autoridad descendía en una jerarquía vertical, lo que era reconocido incluso en el nivel de la masa, una vez que el PCCh asumió el poder su líder se tornó sacrosanto; superior a todo el resto de la humanidad, no sólo se volvió objeto de veneración, sino también reconocido jefe supremo de todos y cada uno de los miembros de la organización. Tan grande había sido la contribución de Mao a la configuración del PCCh que éste podía considerarse como obra suya, y si quería reformarlo estaba en todo su derecho. Solamente si lo consideramos como un monarca que vino a suceder a una larga serie de emperadores podemos imaginar por qué los líderes del PCCh, entrenados para ser leales, acataron el gradual asalto y su posterior destrucción a manos de Mao.

Esta singular disposición de la mente del pueblo posibilitó a Mao, que también estaba embelesado consigo mismo, el considerar la aparición de élites como un fracaso de la revolución, cuyo remedio debía ser el resurgimiento del igualitarismo, aun cuando ello pudo intentarse sólo gracias a la desigualdad de Mao. Este despotismo benevolente era

precisamente el polo opuesto de la política que caracteriza a la comunidad de Occidente, donde el principal dueño del poder a menudo es el más criticado. En otras palabras, Mao se encontraba en una posición tal de poder reconocido que le era posible hacer prácticamente todo lo que quisiera.
Pero, ¿qué pensaba Mao que estaba haciendo? Quizá podría resumirse como un esfuerzo por tornar el "centralismo democrático" más democrático y menos centralista. Mao veía a la nueva burocracia siguiendo el antiguo modelo de gobierno autocrático vertical, con lo cual las masas campesinas quedaban donde siempre habían estado, en el estrato más bajo de la sociedad, sometidas a la explotación de una nueva élite. Para combatir esta tendencia, Mao deseaba utilizar el enfoque de la línea de masas mediante el cual el partido debía responder a las preocupaciones de los campesinos. A este nuevo estilo de gobierno orientado hacia abajo podía contribuir la descentralización de la administración. No todas las decisiones locales debían depender de los burócratas de Pekín. El objetivo del gobierno debía ser el bienestar y el adoctrinamiento de las masas campesinas, no sólo el antiguo lema del movimiento de autorreforzamiento, "un Estado rico y un ejército fuerte".
Este anhelo negaba categóricamente uno de los postulados básicos de la tradición política china, a saber: que las masas debían ser gobernadas por una élite leal y cuidadosamente instruida, compuesta por ministros y funcionarios subordinados, por oficiales de ejército de alto rango y por organizadores del partido con privilegios especiales. Mao definía el "revisionismo" como un abandono de las metas de la revolución y una aceptación de los males de los privilegios especiales y la acumulación de bienes mundanos, lo que podía denominarse una restauración del capitalismo.
En la promoción y manipulación de esta verdadera convulsión social, Mao llevó a cabo un ataque instintivo contra la clase dirigente, aun cuando él mismo había ayudado a conformarla. Su razonamiento se centraba en su análisis de la lucha de clases, la que según él aún continuaba bajo el socialismo. La lucha contra el revisionismo en China estuvo determinada por el ejemplo de la Unión Soviética; Mao sentía que allí el burocratismo corrupto había destruido el ideal de un gobierno socialista.
Al parecer, Mao también tenía en mente la idea de que la juventud estudiantil podía ser movilizada para atacar los males en los círculos dirigentes y purgar a China del revisionismo. Eso sería una forma de manipulación del movimiento de masas que, según su experiencia, constituía el motor del cambio social. Animando y conduciendo a la juventud urbana, obviamente Mao burló todos los principios de rectificación del partido al interior de las filas del mismo. En efecto, declaró la guerra a los líderes que lo habían acompañado desde Yan'an. Manipulando la situación para obtener la aprobación de las directivas del Comité Central y otras compuestas según su conveniencia, Mao ató de pies y manos a los líderes partidarios gracias a la propia tradición de obediencia disciplinada a las órdenes del partido. Para ciertos asuntos decisivos debía asegurarse el apoyo de Zhou Enlai, quien, como era habitual, desempeñó la función de reparar las injusticias y la falta de sentido práctico de Mao en sus intentos por purgar a sus colegas. En realidad los líderes del PCCh, profundamente leales al partido, no fueron capaces de prever qué los derribaría.
Por cierto que, a medida que la situación se descontrolaba y se hacía más violenta, Mao realizó diversos esfuerzos por refrenarla, pero casi nunca tuvo éxito. La Revolución Cultural, al igual que la Campaña de las Cien Flores y el Gran Salto Adelante, se transformó en algo que él jamás había imaginado. Teniendo en cuenta numerosas variaciones en las distintas apreciaciones, puede decirse que la purga entre los funcionarios del partido alcanzó aproximadamente al 60%. Se ha calculado que 400 mil personas murieron como resultado del maltrato. En el juicio a que finalmente fueron sometidos en 1977, a los miembros de la Banda de los Cuatro -la esposa de Mao, Chiang Qing, y tres de sus colegas del Grupo Central de la Revolución Cultural- se les acusó de haber inculpado y perseguido a más de 700 mil personas, de las cuales alrededor de 35 mil fueron hostigadas hasta provocarles la muerte. Muchas más quedaron física y mentalmente incapacitadas, y un buen número optó por el suicidio.

El papel del Ejército de Liberación Popular

La capacidad de Mao para promover la Revolución Cultural descansaba en primer lugar en el apoyo de las fuerzas armadas. En el Ejército de Liberación Popular, la disputa entre el profesionalismo militar y la ideología política era de larga data. Retrospectivamente, se observa cómo el Ejército Rojo de la URSS resolvió la relación entre el partido y el ejército

mediante “políticos al mando”, esto es, comisarios políticos a los cuales los militares profesionales debían quedar subordinados. Sin embargo, poco a poco el profesionalismo militar fue asumiendo el control en la URSS, junto con el crecimiento del Estado Mayor General soviético.

China experimentó una progresión similar. En Cantón, la Academia Militar de Whampoa bajo el mando de Chiang Kai-chek había formado un ejército del partido con el fin de encabezar la Expedición del Norte, pero tras la división en 1927 Chiang desarrolló fuerzas profesionales que prescindían del apoyo de las masas para la guerra de guerrillas o “guerra del pueblo”. Entretanto, en los confines del país el PCCh se vio obligado a recurrir a las antiguas técnicas de los bandidos campesinos chinos, es decir, a la movilidad de unidades de pequeño tamaño, al engaño y la unión con las masas rurales de una región determinada. No obstante, incluso en Jiangxi el grupo de control, compuesto por aproximadamente doce comandantes del PCCh, mostraba una firme creencia en el profesionalismo. Varios de ellos habían estudiado técnicas militares en Moscú, y el resto había absorbido ideas soviéticas. Su principal oponente era Mao Zedong, quien -entonces como siempre- creía fervientemente en la movilización de las masas rurales en una “guerra total”.

En suma, el PCCh contó desde un comienzo con un grupo entrenado y sofisticado de comandantes centrales, dedicados a la especialización, la organización y la disciplina propias de un ejército verdaderamente profesional. Aquellos tenían cargos políticos o militares, según fuese necesario. Durante la toma del poder por el PCCh, algunos de ellos -de los cuales finalmente quedaron cinco-encabezaron ejércitos de campaña. Cada uno de estos ejércitos tenía ciertas raíces locales, cierta continuidad de mando y ciertas experiencias compartidas, todo lo cual podría haber derivado en el regionalismo y la rivalidad. Pero los jerarcas centrales (Mao, Zhou, Peng Dehuai y otros) transfirieron cuidadosamente al personal para evitar el faccionalismo. Los líderes políticos sabían cómo mantener la unidad, puesto que ellos mismos habían sido comandantes.

En la década de 1960, aunque el ELP adoptó una postura esencialmente defensiva con respecto a las potencias internacionales, desempeñó un papel fundamental al interior del país como soporte del *establishment* político. Se componía de aproximadamente 38 unidades de tropas principales o “ejércitos”, que se desplegaban por todo el país en once regiones militares. Estas fuerzas de primera línea podrían ser contrastadas con las fuerzas regionales, que se dividían en 28 distritos militares provinciales. Las fuerzas regionales contaban con menos armamento y sólo estaban entrenadas para la defensa local (incluyendo, por ejemplo, la movilización de la Milicia Popular y el cuerpo de producción y construcción, que totalizaba decenas de millones de soldados de media jornada). Se encontraban muy dispersas en pequeños comandos por todo el territorio, sin un entrenamiento como para constituir ejércitos unificados de campaña. Recuerdan el sistema imperial tardío bajo el dominio de los Qing, en el que el *Luying o* Ejército del Estandarte Verde servía como una guardia civil dispersa en pequeñas unidades destinadas a mantener el orden local, mientras los abanderados de las divisiones militares formaban las fuerzas de choque.

Así como el control militar residía en el emperador, en la República Popular el comandante en jefe era el presidente del PCCh, quien por lo general gozaba de un nombramiento paralelo como presidente de la Comisión de Asuntos Militares (CAM). La CAM disponía de tres estructuras básicas de mando, una para controlar a los militares, otra para dirigir el aparato político del PCCh dentro de las fuerzas armadas, y otra para las funciones administrativas y logísticas. Otra reminiscencia del sistema imperial era la disposición de que las tropas sembrasen sus propias cosechas y levantasen sus propias pequeñas industrias locales para que fueran hasta cierto punto autosuficientes, de forma similar al antiguo sistema *tuntian* de puestos fronterizos semiindependientes.

Como el partido había penetrado el ejército en todos sus niveles y muchos militares eran militantes, las fuerzas regionales del ELP en los comandos provinciales recibían sus órdenes de los secretarios locales del partido y de otras autoridades del mismo. Por lo general, el primer secretario del partido de una provincia servía al mismo tiempo como primer comisario político del distrito militar. Esta telaraña de control político-militar manejaba el reclutamiento de millones de conscriptos cada año, pues el ELP se había convertido en un importante canal para la movilidad social en las zonas rurales.

De este modo, el Ejército regional de Liberación Popular interpenetró los gobiernos locales y los servicios de seguridad pública y, bajo el mando de Lin Piao, se tornó tanto Rojo como experto. Ello fue lo que proporcionó la base de poder de Mao. En un comienzo, los ejércitos principales de tropas profesionales no estaban involucrados.

Cómo se desarrolló la Revolución Cultural

Entre fines de 1965 y el verano de 1966 se sucedieron las tensiones entre el grupo de Mao y los círculos dirigentes del PCCh. Al apoyo que Mao recibió de parte de un ELP repolitizado bajo Lin Piao se agregó, a través de su esposa Chiang Qing, el de un grupo de intelectuales radicales de Shanghai que posteriormente formarían su Grupo Central de la Revolución Cultural. Todos ellos formaban un equipo más bien difícil de describir. Lin Piao, a pesar de ser un comandante de campo muy capaz, era un individuo delgado y más bien evasivo, que sin duda carecía de carisma y a quien siempre se veía con la gorra puesta, pues era calvo. Indudablemente, tenía un gran talento para las luchas internas y era astuto como un zorro, pero mientras el sobrepeso de Mao contribuía a su magnificencia (al estilo chino, donde no se premia el ser delgado), Lin parecía pequeño e insignificante. La esposa de Mao, por su parte, a pesar de no haber tenido mucho éxito como actriz de cine antes de su llegada a Yan'an, donde cautivó al Presidente, demostró ser una política competente. Deseaba imponerse sobre los círculos del poder cultural, con el fin de realizar reformas radicales bajo el lema del retorno a los antiguos principios, y llegó al poder en parte uniéndose a Lin Piao, como jefa del Departamento Cultural del ELP. También se alió con los intelectuales radicales de Shanghai, quienes se convertirían en la base de poder cultural para el ataque a Pekín.

En lo que sería una última estrategia para consolidar la combinación de fuerzas de Mao, Luo Ruiqing, un alto oficial del ELP que disentía del mariscal Lin Piao, fue arrestado en 1965 y acusado, interrogado y destituido de todos sus cargos en abril de 1966. El objetivo final era suprimir toda disidencia en el ejército. Entre los intelectuales, un ataque similar fue dirigido en contra del vicealcalde de Pekín, Wu Han, quien por sugerencia de Mao publicó una obra teatral en la que un antiguo emperador era reprendido por haber destituido erróneamente a un funcionario. Se dijo que Mao estaba convencido de que se trataba de un ataque contra su persona, por haber removido de su cargo al mariscal Peng Dehuai en Lushan, en 1959. Peng Zhen (sin parentesco alguno con el mariscal), el más alto funcionario del partido en Pekín, evidentemente consideró el ataque a su vicealcalde como un ataque contra su persona. Una investigación realizada en Pekín halló inocente de toda culpa al hombre, pero entonces Mao organizó un foro en Shanghai en el que se denunció severamente a Peng Zhen, quien en abril de 1966 fue destituido por las autoridades centrales. Dicho incidente mostró claramente hacia dónde soplaba el viento.

En estos movimientos preliminares Mao dejó fuera de combate a ciertos funcionarios que habían mostrado indiferencia ante sus programas, a la vez que obtuvo la aquiescencia de la jerarquía del partido, representada por Zhou Enlai, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. Estos estaban acostumbrados a seguir al gran hombre; no sabían que se les conducía cuesta arriba por una montaña hasta llegar a un volcán. El Politburó estableció un Grupo Central de la Revolución Cultural que entregaría sus informes directamente al Comité Permanente; el Grupo estaba atestado de seguidores de Mao. Mientras tanto, la reorganización de diversos departamentos fue aprovechada para infiltrar a los seguidores de Mao en puestos clave.

El ataque al revisionismo y a miembros anónimos del partido que estaban “emprendiendo la vía capitalista” se intensificó entonces durante una subíase conocida como los Cincuenta Días, desde junio hasta agosto de 1966. En dicho período los estudiantes radicales fueron movilizados para atacar a las autoridades universitarias pegando carteles en los muros, pero Mao permaneció solitario en China Central, dejando a su Vicepresidente y Jefe de Estado, Liu Shaoqi, el organizador urbano del PCCh, a cargo de Pekín. Por su naturaleza de formador del partido, de ninguna manera Liu daría prioridad a las organizaciones de masas. Así, intentó reprimir la agitación enviando equipos de trabajo a realizar escrutinios en los niveles más bajos del partido, en las instituciones más importantes, tanto universidades como industrias. Cerca de cuatrocientos equipos de unas veinticinco personas cada uno, lo que hacía un total de diez mil personas, fueron consignados a trabajar dentro de la organización del partido. Ello frustró el esfuerzo de Mao por trabajar a través de las organizaciones de masas.

Con las relaciones entre la facción radical y la conservadora cada vez más envenenadas, Zhou Enlai intentó como siempre un acercamiento. En febrero de 1967 presidió un encuentro entre los radicales del Grupo Central de la Revolución Cultural y una formación de militares conservadores y líderes del Consejo de Estado -entre ellos tres mariscales y cinco viceprimeros ministros-. La reunión, que después sería vilipendiada por los radicales como la “corriente

antagónica de febrero”, representaba la intensa preocupación por las peores tendencias de la Revolución Cultural.
En la segunda fase de la Revolución Cultural, desde agosto de 1966 hasta enero de 1967, el Presidente Mao se convirtió en un gran *showman.* El obediente Liu Shaoqi, ya definitivamente condenado a la destrucción, dirigió el movimiento antirrevisionista entre los fieles al partido. En julio de 1966 el público chino quedó pasmado al enterarse de que Mao se había dirigido al norte, haciendo una pausa en el camino para atravesar a nado el Yangtsé. Como los campesinos chinos por lo general no sabían nadar, y ya que sólo contados aventureros habían intentado alguna vez hacerlo en el Yangtsé, esto equivalía a que la Reina Isabel II hubiera atravesado a nado el Canal de la Mancha. Evidentemente, Mao se convertía en una especie de modelo atlético, capaz de realizar hazañas sobrehumanas (las fotografías que muestran su cabeza sobre la superficie del agua sugieren que Mao no nadaba al estilo *crawl,* ni de costado, de pecho o de espaldas, sino que tenía un estilo propio, casi parado en el agua, no flotando sobre ella; y que alcanzaba una velocidad inusualmente rápida).
En agosto de 1966, en Shanghai, Mao llevó adelante el así denominado Undécimo Pleno, que en realidad fue una sesión improvisada de un Comité Central atestado con sus partidarios. Allí se degradó a Liu Shaoqi del número dos al número ocho en la jerarquía del PCCh, y el general Lin ascendió al número dos, lo que lo convertía en probable sucesor de Mao. El Pleno también expuso la visión general de Mao sobre el movimiento en contra del revisionismo, con el cual se pretendía obtener un cambio drástico en la perspectiva intelectual de todo el pueblo chino. La regeneración espiritual, como así la denominó Mao, tendría prioridad sobre el desarrollo económico. El principio de la lucha de clases debía aplicarse a todos los intelectuales, burócratas y miembros del partido con el fin de eliminar a “aquellas autoridades que emprendían la vía capitalista”. Hasta ese momento, nadie sabía exactamente quiénes eran esos malvados individuos.
Por medio de estas maniobras, Mao obtuvo una legalidad nominal que le permitió impulsar un movimiento de masas en contra del revisionismo de los jerarcas del partido, lo que pronto dio origen al movimiento de los Guardias Rojos.

Los Guardias Rojos

El movimiento de masas que Mao levantó durante la Revolución Cultural estaba compuesto principalmente por una juventud estudiantil adolescente, esto es, algo muy diferente al de las masas campesinas que habían sido activadas en la colectivización agrícola de mediados de la década de 1950 o en el Gran Salto Adelante entre 1958 y 1960. En un principio, la Revolución Cultural no afectó mucho al campesinado, salvo en comunas cercanas a las ciudades. En su calidad de movimiento esencialmente urbano, la Revolución Cultural tuvo como protagonistas a los Guardias Rojos desde mediados de 1966 hasta mediados de 1968, año en que fueron abolidos. Esta juventud inexperta, que intentaba “aprender la revolución haciendo la revolución”, resultó inmensamente destructiva.
El faccionalismo de los Guardias Rojos, que derivaría en la lucha abierta entre grupos organizados en las ciudades, se originó en la estructura del sistema educacional de la década de 1960, en el que, como hemos visto, dos tipos de estudiantes competían por un mayor estatus y por el ingreso a la universidad después de la enseñanza secundaria. Un grupo estaba compuesto por hijos de familias de intelectuales, que gozaban de una ventaja inicial por su educación en el hogar y eran capaces de desempeñar un trabajo académico de excelencia. Nadie podía negar sus méritos en los exámenes. El otro grupo estaba integrado por los hijos de la nueva clase gobernante -los miembros, funcionarios y cuadros del partido-, cuyos antecedentes de clase eran considerados revolucionarios y de primer nivel. Constituían una generación naciente y tendrían ventaja al momento de postular a los empleos oficiales. Sin embargo, su nivel de erudición no era tan alto como el de los hijos de los intelectuales, aun cuando el estatus de clase de estos últimos había sido establecido como muy bajo. Esta diferencia en los antecedentes de clase contribuiría a la animosidad en las luchas faccionales de los Guardias Rojos.
Mao vigorizaba a los estudiantes radicales con lemas tales como “Bombardea el cuartel central” y “Aprende la revolución haciendo la revolución”. Los jóvenes fueron movilizados en Pekín mediante seis concentraciones masivas entre el 18 de agosto y el 26 de noviembre de 1966. A estos mítines, organizados por el ELP y el Grupo de la Revolución Cultural, acudieron cerca de diez millones de jóvenes provenientes de todo el territorio chino en calidad de

Guardias Rojos voluntarios; todos ellos viajaron gratis en ferrocarril y recibieron alojamiento en Pekín. Agitaban al aire el *Pequeño Libro Rojo de Citas del Presidente Mao* que el general Lin había compilado para adoctrinar a sus soldados. En el intertanto, las clases quedaron suspendidas, y pronto las universidades cerraron sus puertas.
Cualquiera que hubiera sido la intención romántica de Mao, los Guardias Rojos se volcaron hacia actividades destructivas que desembocaron en un brutal reino del terror, irrumpiendo en los hogares de las familias acomodadas, de los intelectuales y funcionarios, destruyendo libros y manuscritos, humillando, golpeando e incluso asesinando a los moradores, y sosteniendo continuamente estar llevando a cabo el ataque revolucionario contra los “Cuatro Viejos”: viejas ideas, vieja cultura, viejos derechos, viejos hábitos. Estos jóvenes estudiantes, muchachos y muchachas por igual, cuyas edades fluctuaban entre los nueve y los dieciocho años, deambulaban por las calles con sus bandas rojas en el brazo, acosando e impartiendo su propia justicia moral a cualquiera que demostrase el menor indicio de extranjerismo o intelectualismo.
Hacia fines de 1966, el Grupo Central de la Revolución Cultural de Mao, que manejaba la situación, intensificó los ataques de los Guardias Rojos, que pasaron del mero acoso a todo aquel que fuera acusado de tener un tinte “burgués” a una fase más radicalizada: la de “sacar a la rastra” a funcionarios del partido y del gobierno para interrogarlos y castigarlos. Pronto tuvieron en la mira al ex jefe de Estado Liu y al secretario general del partido, Deng, como los principales traidores “que seguían la vía capitalista”. Ellos y muchos otros miles fueron denunciados, arrestados y públicamente humillados. A través de la movilización de un ataque masivo de la juventud urbana a la jerarquía central del Estado y del partido, Mao y sus seguidores lograron generar un caos que evidentemente esperaban constituyese una saludable revolución. En el verano de 1966, al verse enfrentados a los mal organizados Guardias Rojos, los asediados líderes del PCCh respondieron al fuego con fuego y desplegaron sus propios Guardias Rojos. La estructura del círculo dirigente del partido era muy firme y difícil de destruir, pero la esperanza estaba perdida. Mao movía los hilos del poder, y al final reveló claramente su empeño de destruir el partido para reconstituirlo después.

El asalto al poder

En enero de 1967, el movimiento por el “asalto al poder” dio inicio a la tercera fase de la Revolución Cultural. Las tomas contaron con la venia de Pekín, y fueron los Guardias Rojos y otros los encargados de llevarlas a cabo en todas las ciudades de China. Los funcionarios fueron expulsados de sus oficinas, sus archivos examinados y a menudo destruidos; sus puestos fueron ocupados por jóvenes sin experiencia previa ni en administración ni en el ejercicio del mando. Estos ya empezaban a dividirse en facciones, que comenzaron a luchar entre sí.
Durante todo este tiempo el Ejército de Liberación Popular se abstuvo de intervenir, dejando así que la destrucción continuase. Pero, en enero de 1967, Mao se puso a la cabeza del ejército para apoyar la revolución antirrevisionista frente a los contrarrevolucionarios conservadores. La situación había escapado del control de Mao, el ELP era la única fuerza unificada que quedaba en la sociedad, y ahora debía asumir cada vez más el poder en la escena local. A pesar de que hasta ese momento sólo las fuerzas regionales, no las unidades de las fuerzas principales, se habían relacionado con la Revolución Cultural, se encontraban tan entrelazadas con la organización local del PCCh que les resultó muy difícil unirse a los comités revolucionarios de los que se esperaba la creación de nuevos gobiernos provinciales. Las fuerzas regionales del ELP se convirtieron en un débil junco sobre el cual apoyarse. Les correspondía mantener el orden y proteger los servicios públicos por medio de “comités militares de control”; sin embargo, cuando a las guarniciones regionales militares y a los distritos se les ordenó apoyar a la izquierda en contra de la derecha en las provincias, les resultó imposible controlar la situación. Sólo en cuatro provincias se realizó en forma efectiva el establecimiento de comités revolucionarios.
Ello determinó el intento del Grupo Central de la Revolución Cultural de purgar al ELP de aquellos oficiales recalcitrantes que pudiesen encontrarse en las provincias. Aun así, el incidente de Wuhan, de julio de 1967, mostró cuán ineficientes se habían tornado las fuerzas regionales como herramienta de la Revolución Cultural: una división independiente del comando de la guarnición de Wuhan ayudó a secuestrar a dos miembros del Grupo de la

Revolución Cultural del Comité Central de Pekín. Pekín tuvo que transportar unidades de las fuerzas principales para controlar la situación y establecer los comités revolucionarios.
Después que Mao ordenara a los Guardias Rojos encargarse de quienes en el ejército “emprendían la vía capitalista”, pronto la situación se tornó violenta. China comenzaba a caer en una guerra civil en la cual las facciones de los Guardias Rojos combatían entre sí y la fuerza militar regional se unía y tomaba partido. Si bien el ataque a los comandantes de las fuerzas regionales disminuyó después de septiembre de 1967, el faccionalismo se expandió como una peste, y surgieron roces entre las unidades regionales y las fuerzas principales. Pekín manejó esta crisis ordenando al ELP poner fin a su apoyo a cualquiera de los bandos y someterse a un entrenamiento político. Sin embargo, hacia 1968 las rivalidades facciosas comenzaban a hacerse evidentes incluso al interior de las unidades de las fuerzas principales. Si este proceso hubiese seguido adelante, Mao, que ya había jugado su última carta, habría perdido totalmente el control de la situación.
En julio de 1968, bajo esta presión, Mao disolvió finalmente los Guardias Rojos, de quienes dijo que habían fracasado en su misión. Después ordenó al ELP completar la formación de comités revolucionarios en todas las provincias. La dispersión de los Guardias Rojos los remitió en gran número al campo, cayendo desde la cima del protagonismo político a la insignificancia. Los activistas que ahora reemplazaban a los Guardias Rojos fueron denominados Rebeldes Revolucionarios, y sus acciones de despojo fueron igualmente crueles y temibles. Al mismo tiempo, las unidades de las fuerzas principales fueron trasladadas, mientras que la desbandada de las organizaciones de masas alivió la presión sobre dichas fuerzas para tomar partido por uno u otro bando. Como resultado final, los comités revolucionarios estuvieron dominados por militares. La mayoría de los primeros secretarios del partido eran oficiales del ELP. El primer ministro Zhou apareció diciendo que el ELP, con sus cerca de dos millones de soldados de fuerzas regionales, había sufrido “cientos de miles” de bajas.
En la cuarta fase de la Revolución Cultural, que va de julio de 1968 a abril de 1969, momento en el cual Mao intentó formar un nuevo Estado, el liderazgo estaba compuesto por dos quintos o más de militares, dos quintos de funcionarios del partido u oficiales nuevos o antiguos, y sólo una leve representación de las organizaciones de masas. El dominio militar quedó asegurado en 1969 por la baja calificación de los funcionarios de gobierno y del partido que llegaron al poder, cuya habilidad, en general, no podía compararse con la de sus predecesores.
El climax de la Revolución Cultural puede datarse en abril de 1969, durante el IX Congreso del partido. Lin Piao entregó el informe político. Los nuevos estatutos partidarios, adoptados para reemplazar a los de 1956, ponían énfasis en el Pensamiento de Mao y la lucha de clases. La calidad de militante estaba limitada por el origen de clase. Los nuevos estatutos eran mucho más breves que los antiguos y no definían bien la organización del partido, pero se estipulaba que el general Lin Piao, en su calidad de Vicepresidente del Presidente Mao, era “el más cercano compañero de armas y sucesor del camarada Mao Zedong”. De los 1.500 delegados a ese congreso, dos tercios vestían uniforme militar; asimismo, en el Comité Central los militares eran el 45% (en 1956 habían representado un 19%). Por otra parte, la representación de las masas y de las organizaciones de masas no incluía a demasiados estudiantes radicales. Dos tercios provenían de cargos provinciales. La gran mayoría eran recién llegados al Comité Central, pero su edad promedio era de alrededor de sesenta años. El Comité Central no sólo estaba más militarizado, sino también menos instruido y preparado para manejar los asuntos exteriores.

Relaciones exteriores

Las relaciones exteriores de China durante la Revolución Cultural se caracterizaron por el mismo fanatismo insensato que afectó a los asuntos domésticos, pues en ese momento la aversión no era sólo hacia lo antiguo, sino también hacia lo extranjero. El antiintelectualismo vino acompañado por la xenofobia. En 1965, durante las extensas giras de Zhou Enlai en su calidad de embajador de buena voluntad de China en Africa y Asia, la política china de cooperación a través de programas de ayuda, como por ejemplo la construcción del ferrocarril de Tanzania en Africa, comenzó a entremezclarse con el fervor y el espionaje revolucionarios. El intento chino de efectuar una Conferencia de Países del Tercer Mundo en Argel, excluyendo a la Unión Soviética, resultó un fiasco. Entretanto, el Partido Comunista de Indonesia protagonizó un intento de golpe de Estado y resultó completamente destruido por el gobierno

de ese país. Tales fracasos prepararon el terreno para que China se concentrara en sí misma durante la Revolución Cultural.
Aun así, las tropelías de los Guardias Rojos deterioraron los asuntos exteriores de la República Popular China, en especial después de que aquéllos ocuparan el ministerio de Relaciones Exteriores en junio de 1967. Sus escuadrones destruyeron en forma sistemática los registros, y trastocaron a fondo la continuidad de las relaciones con el resto del mundo. Chen Yi, ministro de Relaciones Exteriores, fue obligado en varias oportunidades a hacer una autocrítica ante miles de estudiantes burlones, con Zhou Enlai presidiendo las sesiones. Cualquier movimiento relacionado con los asuntos externos debía ser realizado a través de los oficios de Zhou.
A medida que la disposición de los Guardias Rojos a hacer la revolución en todos los frentes impregnaba los asuntos externos, las embajadas chinas se convertían en centros de proselitismo revolucionario y de instigación no diplomática del comunismo local. Desde septiembre de 1966 hasta agosto de 1967, este enfoque subjetivo y emocional del contacto extranjero condujo a la ruptura de relaciones con varias naciones, al llamado de todos menos uno de los embajadores de la República Popular China, y a una disminución del comercio internacional. En medio del caos interno, las turbas de Guardias Rojos invadieron la embajada soviética y la británica y, de hecho, incendiaron por completo esta última, tal como harían más tarde con la de Indonesia. Las gigantescas concentraciones masivas de denuncia no constituían más que un pobre sustituto de las relaciones diplomáticas con el resto del mundo.
La Revolución Cultural terminó con un giro importante de las relaciones de la República Popular China con Estados Unidos y con la Unión Soviética. Como la guerra de Vietnam experimentó después de 1965 una escalada por tierra y aire, tanto Estados Unidos como China tomaron medidas para evitar una confrontación directa. Los cruzados norteamericanos, como hemos mencionado más arriba, se cuidaron bien de enfrascarse nuevamente en una lucha contra China. Prometieron en forma explícita que sus aviones intentarían no penetrar en el espacio aéreo chino. La amenaza de enfrentamiento con los norteamericanos, que libraban una guerra tan cerca de las fronteras de China, fue así aplacada y Mao concluyó que podía proseguir con su revolución nacional.
Las relaciones de la República Popular China con la Unión Soviética tomaron la dirección contraria. La división, que comenzó en 1960 y continuó entre polémicas y acusaciones mutuas, intensificó ininterrumpidamente las hostilidades chino-soviéticas. La frontera -que se extiende a lo largo de 6.400 kilómetros- fue escenario de los primeros incidentes, y las fuerzas soviéticas fueron reforzadas. La ocupación de Checoslovaquia por parte del Ejército Rojo soviético en agosto de 1968 dio forma a la doctrina Breznev, que propugnaba que no se permitiría la subversión allí donde hubiera establecido un régimen comunista. Para los chinos, eso sonaba más bien agresivo. Los ataques de los Guardias Rojos provocaron una crisis en Hong Kong a mediados de 1967, la que se atenuó después de que el ELP asumiera el control y refrenara a los Guardias Rojos en 1968. La actividad revolucionaria de las embajadas chinas en Birmania (hoy Myanmar) y Camboya derivó en violentos incidentes y en la ruptura de relaciones. La política revolucionaria de Pekín provocó un conflicto con patrullas indias en la frontera de Sikkim y el Tíbet. Esta vez los indios estaban mejor preparados, y pasó una semana de combates sin resultado alguno. Cuando Corea del Norte comenzó a colaborar abiertamente con la Unión Soviética, las relaciones entre China y Corea del Norte empeoraron.
La agresividad de la Revolución Cultural hacia el mundo exterior llegó a su punto culminante el 2 de marzo de 1969, cuando los chinos enviaron una fuerza de emboscada a una isla en disputa en el río Wusuli, el principal afluente del Amur en la frontera noreste de China. Los chinos, vestidos con sus uniformes blancos, aplastaron a las patrullas soviéticas en la frontera. La represalia soviética fue enérgica, no sólo en ese lugar, sino en diversos puntos a lo largo de la frontera chino-soviética donde surgieron incidentes en los dos años siguientes, y los chinos fueron sometidos a presión. Hacia fines de 1969, a medida que las relaciones con la Unión Soviética seguían deteriorándose, con Estados Unidos comenzaban a mejorar.
En Estados Unidos, la impresión inicial de la Revolución Cultural había reflejado su propaganda. Se la consideraba un esfuerzo de Mao por preservar ciertos valores populistas igualitarios y evitar la burocracia y el estatismo en el curso del desarrollo económico de China. Sin embargo, a medida que iban revelándose poco a poco los excesos de los Guardias Rojos y el maltrato a los intelectuales, el movimiento adquiría un matiz similar al de un fanatismo totalitario bajo un liderazgo dictatorial. La política de Nixon-Kissinger de tender hacia relaciones normales con la República Popular China debió plasmarse lentamente, aun cuando fuera dirigida por un republicano de derecha.

La descentralización y el Tercer Frente

A pesar de que la Revolución Cultural concluyó oficialmente en abril de 1969, muchas formas de su impronta terrorista permanecieron. Durante 1970-71, el personal militar de seguridad fue especialmente cruel en la búsqueda de antiguos miembros de un “Grupo del Dieciséis de Mayo”, quizá ficticio. Se torturó a muchas personas inocentes para que confesaran haber sido miembros o bien para que delataran a otros. Varios miles de personas fueron ejecutadas, aunque todavía no se sabe a ciencia cierta si en realidad existió alguna vez ese “Grupo del Dieciséis de Mayo”.

Más aún, en la década de 1970 la Revolución Cultural expandió su coerción a las áreas rurales, donde, por ejemplo, a los campesinos se les exigió abandonar toda ocupación secundaria como la cría de cerdos, gallinas y patos, con el fin de “cortar la cola del capitalismo”. Para muchos campesinos ello significó la hambruna.

Cari Riskin (en Joseph y otros, 1991) ha analizado el programa económico de Mao y postula que buscaba un camino intermedio entre una economía de mercado y una economía centralmente planificada de tipo soviético. El motivo se relacionaría con el enorme tamaño de China, que conspiraba contra los ministerios centrales que intentaban manejar el desarrollo local a lo largo de todo el país. Mao quería un control centralizado, pero no una administración centralizada. Esperaba que las comunas jugaran un papel en esta última. El esfuerzo que se llevó a cabo es demasiado complejo como para explicarlo aquí en detalle. Al final, tanto las disputas políticas como las dificultades prácticas sólo produjeron un “híbrido incapacitado”, en palabras de Riskin.

En un comienzo, la espectacular política de la Revolución Cultural monopolizó la atención del mundo, pero estadísticas recién publicadas muestran ahora que durante siete años de agresión norteamericana en Vietnam, desde 1964 hasta 1971, Mao realizó una inversión masiva en el desarrollo militar e industrial de las remotas provincias interiores del noroeste y sudoeste de China. Temeroso de los propósitos tanto de los soviéticos como de los norteamericanos, deseaba crear bases autosuficientes para la defensa en zonas montañosas de difícil acceso. Considerando el incremento contemporáneo de la potencia aérea, esta estrategia del Tercer Frente estaba evidentemente obsoleta; no obstante, el PCCh bajo el mando de Mao gastó ciegamente sus escasos recursos para concretarla.

Incurriendo en un enorme gasto, construyeron nuevas líneas férreas a través de las montañas para unir las nuevas industrias de armamento y maquinaria, las minas de hierro, las fábricas de acero y las centrales de energía hidroeléctrica. Como era habitual, las nuevas fábricas se hallaban dispersas a gran distancia de los centros poblados. Barry Naughton (en Joseph y otros, 1991) calcula que este programa en extremo dispendioso ocupó la mitad de la inversión de capital de la nación en las diez provincias del Tercer Frente, a pesar de que en 1965 éstas habían aportado sólo el 19% de la producción industrial de la nación. Económicamente errado desde un comienzo (como podían haber demostrado los economistas descartados por derechistas en 1957-58), este gigantesco esfuerzo de la Revolución Cultural fue tan mal planificado, tan complicado e ineficiente en sus operaciones que parte importante de él jamás logró concluirse, y en consecuencia tuvo que ser abandonado. En 1972 se suspendieron cerca de 150 de un total de 1.600 proyectos ligados al Tercer Frente, pero, como había intereses creados, solamente 81 pudieron cancelarse realmente.

Paralela a este programa estratégico del Tercer Frente se estableció una amplia descentralización de la administración industrial. A los gobiernos locales se les otorgó autonomía para instalar pequeñas industrias rurales no consideradas en la planificación central. En 1965, los ministerios centrales controlaban un total de 10.533 empresas no militares, que producían el 47% del producto industrial en manos del Estado. Hacia 1971, ese número se había reducido a 142 fábricas con un rendimiento total del 8%.

La industrialización del campo chino se había iniciado en la era de los Song, o incluso antes, cuando las familias aldeanas disponían de sus mujeres y niños para aumentar los ingresos derivados de la agricultura mediante la confección artesanal de productos tales como té, seda, tejidos de algodón, ladrillos, canastos, etc. Según Christine Wong (en Joseph y otros, 1991), en la era de las factorías las pequeñas industrias rurales constituían un “pilar central de la estrategia de desarrollo de Mao”. Hacia 1979, cerca de 800 mil empresas, más casi 90 mil pequeñas centrales hidroeléctricas, empleaban a veinticuatro millones de trabajadores, generando el 15% de la producción industrial de China. Esta incluía todas las herramientas

agrícolas y la mayor parte de la maquinaria agraria pequeña y mediana, más de la mitad del fertilizante químico, dos tercios del cemento y un 45% del carbón.
Si todos estos logros se hubiesen basado en el financiamiento local, como sostienen los propagandistas, efectivamente constituirían un modelo. Pero los estudios estadísticos más recientes indican que el financiamiento estatal fue muy importante. La “confianza en sí mismos” no era más que un mito. Comparadas con plantas a gran escala, como las que producían el fertilizante, las pequeñas plantas locales eran ineficientes y muy costosas. Muchas se abrieron en forma prematura y crecieron demasiado para las necesidades locales. El sistema de incentivos no era el adecuado, pues las pérdidas podían cargarse al Estado mientras que las ganancias permanecían en la localidad. Los procedimientos de contabilidad de costos también eran imperfectos; por ejemplo, podían construirse nuevas plantas, aun cuando no existiera la necesidad, con fondos derivados de supuestas “pérdidas” de producción. Ello era aceptable puesto que nadie estaba interesado en la rentabilidad. En lugar de la anhelada autoconfianza local basada en los recursos locales y la iniciativa local, el programa de industrias rurales “cayó víctima de diversos excesos maoístas” (Wong, en Joseph y otros, 1991). Demasiados administradores del PCCh fueron excesivos e irresponsables a expensas del Estado.
Así, al iniciarse la década de 1970, China presentaba tres sectores que requerían de inversión: los proyectos del Tercer Frente que aún seguían incompletos, los pequeños proyectos descentralizados y a menudo ineficientes de los gobiernos locales y provinciales, y un nuevo sector de tecnología importada, incluyendo plantas completas que precisaban de la expansión de los puertos y de infraestructura en la costa este. Todo este crecimiento económico durante el período de la Revolución Cultural sobrepasó al PCCh, que se vio incapaz de manejarlo. Naughton señala que, al momento de la muerte de Mao en 1976, los líderes chinos, que seguían divididos entre la Banda de los Cuatro y sus oponentes, realmente habían perdido el control de la economía. Al mismo tiempo, el crecimiento económico y demográfico continuaba sin desmayo. Gracias a la fuerte inversión, el crecimiento industrial alcanzó entre 1969 y 1976 a un 13,5% a nivel nacional, mientras que la población creció de 725 millones de habitantes en 1965 a cerca de 919 millones en 1975. Entretanto, se produjo un estancamiento en la productividad rural y en los niveles de vida. Así, el principal beneficiario de la descentralización industrial parece haber sido la nueva clase de cuadros y administradores del PCCh, que ahora constituía una nueva élite local, lo que no era precisamente lo que Mao parece haber deseado.

La lucha por la sucesión

Desde 1969 existía una lucha soterrada por asegurarse la posición de “número dos” al interior del partido, que otorgaba al ganador la supuesta posibilidad de suceder al Presidente Mao a su debido tiempo. Cuando en 1969 se dio formalmente término a la Revolución Cultural, el general Lin Piao había alzado a los militares a una posición cada vez más eminente tanto en el partido como en el gobierno, y su propia posición como “número dos” parecía segura.
No obstante, entre 1969 y 1971 el liderazgo de Lin comenzó a debilitarse. Mao deseaba reducir el papel de los militares en el sistema político. En consecuencia, orquestó un ataque contra Lin, quien ya no le era de utilidad, ataque que según parece fue supervisado, como siempre, por Zhou en su calidad de Primer Ministro. La arremetida se desplegó en diversos frentes, a través del misterioso juego de palabras, fábulas y símbolos que constituyen la especialidad de la política china. Por ejemplo, cuando un opositor a Lin fue destinado al cuartel central militar bajo las órdenes de Lin, fue ostensiblemente acompañado por el Primer Ministro Zhou y dos eminentes generales de la antigua guardia. En lugar de que Mao y Lin apareciesen uno al lado del otro en las ampliamente difundidas fotografías oficiales, ahora Lin aparecía en segundo plano. Otra vez, un antiguo ayudante de Mao, que había desarrollado estrechas relaciones con Lin, fue acusado y se le exigió, como era usual, una autocrítica. Todo ello constituía un conjunto de señales y símbolos por medio de los cuales el máximo detentador del poder mostraba en qué dirección soplaba el viento. En pocas palabras, el general Lin había sido muy útil, pero su momento ya había pasado, mientras que Zhou Enlai continuaba trabajando estrechamente con Mao desde su posición de “número tres”, sobre todo en el tema de las relaciones exteriores y la rehabilitación del gobierno.
La estratagema final del Presidente Mao consistió en realizar algunos viajes, hablar con los comandantes militares regionales y criticar a Lin. Cuando éste se enteró de la noticia a través del telégrafo de bambú, supo que sus días estaban contados e inmediatamente se involucró

en un esfuerzo conspirativo dirigido intelectualmente por su hijo, que era miembro del comando central. El complot pretendía asesinar a Mao y tomar su lugar en el poder por medio de un golpe militar, como única alternativa al desastre personal. El hijo de Lin realizó secretamente todos los preparativos, pero es obvio que alguien mantuvo informados a Mao y Zhou. En su desesperación, Lin y su esposa intentaron escapar en avión, pero el 13 de septiembre de 1976 éste resultó destruido en la lejana Mongolia, cuando evidentemente se dirigía a territorio soviético.
La prensa oficial, al estilo totalitario, mantuvo sin publicar por más de un año esta noticia de primera plana; finalmente, se entregó al público una historia completa con documentos y pruebas circunstanciales. Pero lo que realmente ocurrió a Lin sigue siendo un misterio.
Después de toda la propaganda centrada en la imagen pública de Lin Piao como el líder más cercano a Mao, su repentina traición arruinó finalmente la confianza que el pueblo había depositado en este último. El anciano, o bien había sido un tonto al confiar en aquel hombre, o bien era un desvergonzado que ahora estaba mintiendo sobre él.

La Revolución Cultural en retrospectiva

Un breve recuento estadístico no alcanza a transmitir la experiencia de la revolución: ni el regocijo eufórico, aunque transitorio, de los Guardias Rojos en el poder ni tampoco el amargo sufrimiento de sus víctimas. Pronto surgiría una “literatura de los heridos” que relataba las tragedias personales de los afectados por las depuraciones: el erudito cuyo manuscrito con el trabajo de toda una vida es quemado frente a sus propios ojos, el marido que intenta en vano salvar el nivel de clase de sus hijos divorciándose de su esposa, a quien se ha calificado de derechista, el famoso novelista que es simplemente golpeado hasta morir, el anciano rector a quien se le encarga la limpieza de las letrinas de su escuela.
Como la orina y el excremento (o, en un lenguaje no literario, la mierda) constituyen en China un fertilizante esencial, allí resultó mucho más fácil de lo que habría sido en Estados Unidos el que la clase alta experimentara algo acerca de la vida de las masas populares. Para los intelectuales, el hecho de limpiar letrinas no significaba simplemente un estropajo con detergente en un excusado enlosado, ni siquiera en uno público y maloliente. Por el contrario, mientras las ciudades de una China en rápido desarrollo cuentan con instalaciones sanitarias relativamente modernas, los suburbios y la extensa zona rural han conservado el antiguo sistema de gravedad. La costumbre, tan admirada por los ecologistas, consiste en recolectar la acumulación diaria, casi tan regular como la acción de las mareas, para su posterior mezcla con otras materias orgánicas con el fin de convertirla en fertilizante para los campos. De hecho, un espectáculo digno de ver en cualquier escena rural china es la letrina del campo, donde hombres y mujeres en lados opuestos del muro central cuidan de depositar sustancias tanto líquidas como sólidas durante el día. Por lo tanto, la limpieza de letrinas no era meramente una tarea higiénica para deshacerse de materias no deseadas, sino una cuestión fundamental de abastecimiento: la conservación de un recurso. Cuando cerca de diez millones de Guardias Rojos fueron “expulsados al campo” después del descalabro de 1968, también ellos recolectaban excrementos durante la noche, aunque consideraban que el excremento negro de cerdo era un producto más rico.
Con todo, dicha labor era muchísimo menos desoladora que la humillación pública en los “mítines de lucha”. A las víctimas se les podía exigir que se mantuvieran de pie sobre una plataforma, inclinando respetuosamente la cabeza hacia las masas al tiempo que reconocían y repetían sus crímenes ideológicos. A menudo debían “planear” estirando sus brazos tras de sí como las alas de un jet. En el público, podía haber lágrimas de compasión en los ojos de algún amigo, pero de su boca sólo saldrían maldiciones y risas burlonas, sobre todo si después de una o dos horas la víctima caía al suelo afectada de un colapso muscular. En la década de 1920 y 1930, las historias de Lu Xun eran especialmente amargas, pues describían la sádica risa china ante la miseria de los otros. Ahora, la revolución de Mao la organizó en una escala pública y masiva. Algunos optaron por el suicidio.
El número de víctimas de la Revolución Cultural oscila ahora en torno al millón de personas, de las cuales una cifra considerable no sobrevivió. Para los chinos, tan sensibles al aprecio de sus pares, el hecho de ser golpeados y humillados en público ante una multitud vociferante, entre la cual se hallaban colegas y viejos amigos, era como si los desollaran vivos. Por lo general la víctima se sentía culpable, como se sentiría cualquiera bajo ataque, pero especialmente a causa de su extrema lealtad y veneración a Mao y al partido. Cuando los cargos en su contra

parecían exagerados, su experiencia comenzaba a no tener sentido alguno, en especial cuando tan a menudo veían a sus antiguos torturadores convertidos en torturados tras un repentino cambio de línea. ¿Cuál era la causa por la que sufrían? La sistemática crueldad de los mítines de lucha concordaba con la aceptación por parte de la población china de esta crueldad y de los dictados de la autoridad superior, incluso si ésta sólo era representada por adolescentes ignorantes. La Revolución Cultural se alimentaba de esta dependencia que la población sentía hacia la autoridad, así como de su ciega obediencia. No existía idea alguna de una moralidad que estuviese *sometida* a la ley.

Andrew Walder (en Joseph y otros, 1991) sostiene la convincente tesis de que los observadores tienden a eliminar de su análisis factores de irracionalidad, elementos que para ellos no tienen ningún sentido, descartándolos como “excesos”. No obstante, y tras la acumulación de evidencias, la Revolución Cultural hoy se entiende no como una búsqueda de ideales abstractos, sino como “una impresionante ola de persecución, tortura, lucha de pandillas y violencia insensata, todo instigado por el Estado”. El rasgo más definí torio del movimiento fue la suposición de la conspiración de “enemigos y traidores ocultos” entre los intelectuales y al interior del PCCh, un tema “tomado como préstamo directo” del estalinismo de los juicios circenses y las exterminaciones en masa.

Esta oportuna imagen de la Revolución Cultural puede adquirir aún más profundidad si volvemos la vista atrás, hacia el confucianismo imperial. En sus anales, la conspiración resulta haber sido una importante modalidad de operación y una fuente primordial de temor. Por ejemplo, el fundador de la dinastía Ming desbarató la conspiración de su Primer Ministro en el año 1380 por medio de la ejecución de cuarenta mil personas; el emperador Quianlong de los Qing temió una conspiración en la década de 1760, y la Restauración de los Qing se inició con una conspiración en 1861. Por cierto, Sun Yatsen se dedicó a conspirar la mayor parte de su vida. Esta ha sido una especialidad china, a falta de una “oposición leal” basada en la distinción entre el poder del Estado y sus políticas, como en Occidente.

La conspiración era un elemento constitutivo del confucianismo imperial, puesto que la legitimidad del regidor sólo quedaba asegurada cuando su adecuada conducta producía armonía entre gobernante y gobernados. La disidencia rompía la armonía, por lo que, para protegerse, los disidentes fingían lealtad. Si intuía este engaño, fácilmente el gobernante comenzaba a tornarse suspicaz, por no decir paranoico. El sistema dejaba poco espacio para expresar abiertamente la oposición, pues la política formaba parte de la conducta moral del gobernante y por lo tanto de su legitimidad. Así, la oposición debía ser clandestina -vehiculada a través de una sociedad secreta, por ejemplo- y tenía como objetivo implícito el poder. No había cabida para una oposición leal. Mirado de esta manera se entiende por qué los ancianos del PCCh consideraron enemigos a los manifestantes en favor de la democracia que el 4 de junio de 1989 se reunieron en la plaza de Tiananmen exigiendo cambios. Aquellos que esperan una conspiración siempre pueden encontrarla.

Sin contar los temores estalinistas de conspiración y su contraparte típicamente china, Lynn T. White III (1989) destaca tres prácticas administrativas que contribuyeron a la violencia de la Revolución Cultural: 1) el atribuirle una clasificación de nivel a todas las personas, lo que dejaba a algunas familias permanentemente incapacitadas tras ser calificadas de “derechistas” o de “malos elementos”; 2) la subordinación de todo el pueblo a sus unidades de trabajo, con lo cual sus jefes les podían controlar todos los aspectos de la vida; y 3) la amenaza a toda la población, latente en una campaña u otra, donde las víctimas demostraban el desastre que podría acaecerle a cualquiera tarde o temprano. Todos estos constituían recursos baratos para controlar al pueblo, que sin embargo inspiraron un profundo y perdurable resentimiento que emergió en la violencia de la Revolución Cultural.

Muchos otros han ofrecido esclarecedores análisis de la política maoísta. Mi propia sugerencia es que los eruditos del gobierno confuciano, de mentalidad eminentemente *wen,* han dejado la historia política china a medio terminar. Tanto la conspiración como la violencia que usualmente la acompaña son de naturaleza intrínsecamente *wu.* La historia china a menudo las ha situado en un segundo plano, y los historiadores modernos no han llegado muy lejos en su desarrollo. Así, los cientistas políticos tienen dificultades al momento de agregar a su dimensión comparativa la dimensión igualmente deseable del análisis histórico de China. Esta nueva frontera sin duda alguna estará pronto muy concurrida.

Consecuencias

A comienzos de la década de 1970, aunque el grupo de Shanghai encabezado por la Banda de los Cuatro continuaba dominando los medios de comunicación y de cultura, no encontró la forma de apoderarse de la administración del gobierno y de la economía, aun con el respaldo de Mao. La jerarquía administrativa, que se hallaba dedicada al desarrollo económico, poco a poco se fue coagulando en torno a Zhou Enlai, aunque Mao siguió ocupando el primer lugar en el partido. Cuando Zhou enfermó de cáncer después de 1973, tomó medidas para asegurarse de que Deng Xiaoping fuese su sucesor como Primer Ministro. Aunque Deng había sufrido persecución durante la Revolución Cultural, era un veterano experimentado, con demasiados contactos, sobre todo con los militares, y en extremo capaz y dinámico como para ser descartado como le había ocurrido a Liu Shaoqi. Justo antes de la realización del *TV* Congreso Nacional del Pueblo de enero de 1975, Deng se convirtió en Vicepresidente del partido y en miembro del Comité Permanente del Politburó, en el núcleo del poder. Posteriormente, el Congreso Nacional le adjudicó el cargo de primer Viceprimer Ministro, pasando a ocupar el lugar número tres en la jerarquía, tras Mao y Zhou; asimismo, se convirtió en el jefe del ejército. El Congreso Nacional también fue testigo de una de las últimas apariciones públicas de Zhou Enlai, que expuso ante ese auditorio su llamado a las Cuatro Modernizaciones.

Tras la muerte de Zhou Enlai en enero de 1976, la Banda de los Cuatro prohibió cualquier demostración de duelo, pero para el día de conmemoración de los muertos, en abril, no pudo evitar que una enorme multitud de cientos de miles de personas se reuniese en el Monumento a los Mártires de la plaza de Tiananmen para expresar su veneración al Primer Ministro fallecido. Ese día pasó a la historia como “el incidente del cinco de abril” (5-4), históricamente paralelo al del cuatro de mayo (4-5). Dirigido por los oponentes a la Banda de los Cuatro, éste reflejó la profunda desilusión popular. La manifestación fue reprimida y, conforme al espíritu de la Revolución Cultural, Deng Xiaoping fue por segunda vez retirado del poder.

Pero la Banda de los Cuatro no podía reprimir el gran terremoto que azotó Tangshan en el mes de julio, aniquilando de súbito a medio millón de personas al este de Pekín y obligando a sus residentes a permanecer en las calles. Todos y cada uno de los campesinos creía en la relación umbilical entre el hombre y la naturaleza y, por lo tanto, entre los desastres naturales y las calamidades humanas. Después de este arrollador presagio, a Mao sólo le restaba morir, y así ocurrió el 9 de septiembre de 1976. Dejó como sucesor a su doble, el perfectamente olvidable Hua Guofeng, un jefe de seguridad de Hunan. En octubre, la Banda de los Cuatro fue arrestada y sometida ajuicio. A fines de 1978, y mediante una compleja maniobra, Deng Xiaoping se hizo con el poder.

Para la mayoría de los chinos -aquellos que vivían en las aldeas- el efecto final de la Revolución Cultural puede sintetizarse en la desilusión respecto del gobierno socialista y en una renovada confianza en la familia. Repasemos, por ejemplo, las siguientes anomalías: el nivel de clase, que se atribuyó por una vez en la década de 1950, había sido heredado por la generación siguiente y ahora correspondía casi a un sistema de castas. Los hijos de los miembros pertenecientes al 6% que fue clasificado dentro de los “cuatro malos tipos” -terrateniente, campesino rico, contrarrevolucionario y mal elemento- vivían permanentemente bajo sospecha. Mientras tanto, la movilidad desde la ciudad hacia el campo continuaba interrumpida. La vida campesina era menospreciada, calificada de inferior, incivilizada y ojalá evitable. La “remisión” de unos catorce millones de jóvenes urbanos a las aldeas no había contribuido demasiado a cambiar esta imagen. El objetivo de la economía rural colectivizada, aumentar la producción, no se había conseguido y cuadros despóticos e ignorantes habían intervenido en ella en forma destructiva.

En los años 60, el culto de Mao había suplantado a los dioses locales y otras figuras de la antigua religión campesina, pero hacia mediados de la década de 1970 la violencia de la Revolución Cultural y la caída de Lin Piao habían desprestigiado su imagen. Los éxitos en el campo de la salud pública, y la Revolución Verde en el ámbito de la agricultura (introducción de fertilizantes químicos, insecticidas, mejores semillas, etc.), habían contribuido a duplicar la población. Hasta los grandes logros de la revolución en la expansión del alfabetismo a través de escuelas básicas, el transporte terrestre y la comunicación por medio de la prensa y la radio tuvieron en parte resultados contraproducentes, en tanto dejaron al descubierto cuán lejos China debía ir todavía. El imperialismo extranjero se acabó, pero lo mismo ocurrió con los estímulos extranjeros, mientras que los antiguos valores “feudales” y las prácticas corruptas permanecieron arraigados en la sociedad china.

Los historiadores futuros podrán concluir que el papel de Mao consistió en intentar destruir la perenne bifurcación de China entre un pequeño e instruido estrato gobernante y la enorme masa de la gente común. Aún no sabemos si tuvo éxito ni hasta qué punto. La economía había

comenzado su desarrollo, pero la tarea de crear una nueva estructura política quedaría en manos de sus sucesores.

21. Las reformas de Deng Xiaoping 1978-1988

Rehabilitación y reconstrucción del partido

Para analizar ahora la actividad de mil millones de chinos durante los doce años que van desde 1979 hasta 1991 en lo que se dio en llamar las Cuatro Modernizaciones, forzosamente el cuadro debe ser superficial para poder visualizar alguna forma en un fondo confuso. De hecho, nos es imposible abordar el tema de la vida del pueblo chino, y debemos ceñirnos a ciertos esfuerzos que los gobernantes realizaron. Podemos estudiar al jinete, pero no al caballo. La fuerza del equino supera a la del jinete, quien debe esforzarse al máximo sólo para intentar permanecer en la montura mientras el caballo galopa en direcciones imprevistas y resulta casi imposible refrenarlo. En síntesis, la pregunta no es si hoy el Estado chino es demasiado poderoso, sino si es lo suficientemente poderoso como para satisfacer las necesidades que la modernidad exige. Cuando mil millones de personas “despegan” hacia la industrialización, el progreso económico subsecuente no puede ser impedido por el gobierno. La cuestión, para los gobernantes, es cómo alcanzar paralelamente un crecimiento similar del sistema político.

En las reformas de comienzos de la década de 1980, y tras haber alcanzado su punto más bajo en los últimos años de Mao, el PCCh intentó la recuperación, revigorizando una vez más al personal del partido, la producción rural, la administración industrial, el comercio exterior y la inversión, así como la ciencia y la tecnología. Pero antes que nada había que resolver el problema del liderazgo.

La renovación de la búsqueda de legitimidad por parte del PCCh requería de un liderazgo conjunto en el Comité Central, puesto que el Gran Timonel había hecho encallar a China. Después de 1978, Deng, a pesar de ostentar el tratamiento de “líder supremo”, claramente terminó siendo sólo un Viceprimer Ministro con un estatus formal, aunque su humildad todavía le permitía seguir ocupando el cargo de director de la Comisión de Asuntos Militares. La lucha de clases dio paso a la reforma económica y al desarrollo. Los lemas maoístas “La política al mando” y “El revolucionario sobre el experto” fueron reemplazados por el antiguo lema de estadista “Busca la verdad en los hechos”. La ideología pasó a un segundo plano.

La República Popular abrió nuevamente sus puertas al mundo, favoreciendo el contacto con los extranjeros, en lo que fue proclamado como una nueva era de las relaciones exteriores. La normalización de las relaciones entre China y Estados Unidos, iniciadas en 1972, se completó en enero de 1979. El Viceprimer Ministro Deng realizó varias giras a Estados Unidos, dando a entender que cualquier sobreviviente de la Revolución Cultural no tendría problema alguno con las gastadas supercherías de la política norteamericana. Al poco tiempo ya eran diez mil los especialistas chinos, técnicos y académicos, que realizaban sus estudios en Estados Unidos, mientras que cien mil turistas norteamericanos dejaban sus dólares en China. En cierto modo, se parecía a los viejos tiempos. La política de “apertura” de Deng reconocía que la economía china sólo podía progresar con una mayor inyección de tecnología y capital, ambos obtenidos en el extranjero. La transferencia de tecnología se convirtió en un objetivo central. Los contratos con firmas extranjeras para la instalación de nueva maquinaria, fábricas, procesos de producción, hoteles turísticos y la extracción de carbón y petróleo prometieron el ingreso simultáneo de capital y tecnología. Desafortunadamente, el desarrollo industrial vino acompañado de graves problemas de contaminación. Existen leyes para controlar este efecto secundario del progreso, pero, como en la mayoría de los países, no se aplican adecuadamente.

Las Cuatro Modernizaciones debían producirse en el ámbito de la agricultura, la industria, la ciencia y la tecnología, y la defensa. Ninguna prometía una reforma política, la que cualquier cientista social esperaría como consecuencia de un cambio radical en la economía. Con el fin de adelantarse al ánimo de reformas políticas y de ponerle límites, según el típico estilo chino de negociar, en marzo de 1979 Deng emitió los llamados Cuatro Principios Cardinales: China debía continuar en la senda de 1) la vía socialista, 2) la dictadura del proletariado, 3) el liderazgo del partido, y 4) el marxismo-leninismo unido al Pensamiento de Mao. Con ellos pretendía asegurar que la dictadura autoperpetuada del PCCh, al igual que cualquier dinastía, mantendría su monopolio del poder.

La primera necesidad del régimen de Deng fue restablecer su derecho a gobernar, y lo hizo mediante el expediente de reconocer sus errores. Realizó un esfuerzo por reconsiderar y corregir los juicios errados infligidos a diversas categorías de personas, a millones de terratenientes y campesinos ricos a comienzos de la década de 1950, a las 500 mil personas -o más- calificadas de “derechistas” en 1957-58, a varios millones de campesinos tildados de “elementos antisocialistas” al iniciarse la década de 1960, y por lo menos tres millones de cuadros juzgados en forma arbitraria y otros 300 mil a quienes se culpó injustamente de crímenes durante la Revolución Cultural. Todos ellos, más sus correspondientes familias, totalizaban quizá 100 millones de personas. Numerosas rehabilitaciones, como la de Liu Shaoqi, que murió abandonado en 1969, tuvieron carácter postumo. La Campaña de Rehabilitación fue en sí misma un proyecto enorme; de hecho, se realizó a lo largo de casi cinco años.

En este sentido, Mao era un problema. Después de haber sido el Lenin y el Stalin de China, simplemente no se le podía denunciar sin que el templo se derrumbara. La solución consistió en separar entre una primera fase positiva de Mao y su última fase, que fue reconocida como negativa; a grandes rasgos, ello podía traducirse en porcentajes: 70% de bueno y 30% de malo (la misma proporción de aspectos positivos y negativos que, dicho sea de paso, el mismo Mao había admitido en Stalin). El Pensamiento de Mao, desde su fase temprana, aún podía constituir la guía para el futuro de China, sobre todo si era interpretado por hábiles dialécticos. La resolución “acerca de ciertos asuntos de la historia del partido” del Comité Central del PCCh, en junio de 1981, también reconoció que dicho Comité había sido “en parte responsable” del colapso del liderazgo colectivo. Tal resolución recordaba los edictos de penitencia de un emperador por los cuales éste se hacía responsable de ciertos incidentes adversos para demostrar que aún estaba haciendo su trabajo. Como parte de este esfuerzo, la Revolución Cultural fue presentada como un desastre en toda su extensión, tan innecesario como destructivo. Y, con el fin de promover la legitimidad de las Cuatro Modernizaciones, el partido volvió la mirada hacia el movimiento de autorreforzamiento de Li Hongzhang de fines del siglo XIX y alabó asimismo la obra de Sun Yatsen. Ambos habían destacado la importancia tanto de la técnica como de la maquinaria extranjera.

Para recuperar la confianza del pueblo, los miembros del partido también debieron someterse a una criba y a un mejoramiento de nivel. Se calculó que de los cuarenta millones de militantes sólo el 4% había pasado por la educación superior, y apenas el 14% por la secundaria. La mitad de esos cuarenta millones, que había ingresado al partido durante la Revolución Cultural, era débil en lo que a especialización e incluso alfabetismo se refiere, pero seguía siendo fuerte en la ideología de los movimientos de masas al estilo maoísta. Después de todo, su principal experiencia en el partido había sido atacar a los círculos dirigentes. Ahora casi no se podía confiar en ellos. Restablecer la disciplina partidaria y la obediencia a sus directivas era una necesidad de primer orden, pero al mismo tiempo una reforma partidaria de carácter muy delicado.

El Duodécimo Congreso del Partido, celebrado en septiembre de 1982, anunció un amplio movimiento de rectificación, que no obstante permaneció como un asunto interno del partido, sin prestar atención a la opinión de las masas. Al mismo tiempo se realizó un esfuerzo por reclutar intelectuales y técnicos experimentados para que pasaran a integrar el partido. La campaña de rectificación resultó bastante poco efectiva. Sin duda, miles de personas fueron expulsadas o de algún modo castigadas, pero, según las estadísticas, en un partido de tales dimensiones ello significó sólo un 1,1% de miembros a los que se impuso medidas disciplinarias, y un 0,4% de expulsados. Así, el empeño por rectificar la ideología y las conductas acabó siendo infructuoso. Durante los cinco años previos a 1985 se jubiló a más de un millón de cuadros ya ancianos. En septiembre de 1985 renunciaron 131 veteranos de alto rango, los que en general retuvieron sus prebendas como miembros de una nueva Comisión Asesora Central del PCCh, encabezada por Deng. El intrépido reportero del *Diario del Pueblo*

Liu Binyan (1990) descubrió en la década de 1980 que la corrupción y el conservadurismo eran imputables a miembros del partido que habían llegado al poder durante la Revolución Cultural y que aún seguían ocupando los mismos puestos. Parecía que sólo la muerte podría sacarlos de allí.
Por otra parte, la educación estaba proporcionando al partido mayores competencias técnicas. En 1978 la mayoría de los funcionarios locales apenas había finalizado el primer ciclo de la enseñanza secundaria. Para 1984, la mitad ya era graduado universitario. Antes de 1981, a lo sumo un 25% de los funcionarios de mayor rango del partido y del gobierno eran graduados universitarios; en 1984 dos tercios o más lo eran.
La depuración de los militares fue también un trabajo lento, pero hacia 1985 el presupuesto y el personal habían sido significativamente reducidos, cuarenta oficiales del Estado Mayor General pasaron a retiro, y el 10% del cuerpo de oficiales comenzó a seguir sus pasos. En junio de 1985 se redujeron de 11 a 7 las regiones militares del ELP, y éste perdió la mitad de sus oficiales superiores. Asimismo se puso fin a la preeminencia de los militares en el Comité Central del PCCh.
Hacia 1959 diversas tendencias eran evidentes. El principal interés del estamento militar era el profesionalismo, y los reclutamientos se concentraban en el ámbito urbano por sobre el rural. El grueso de las tropas continuó bajo un estricto control central que subordinaba la marina y la fuerza aérea a las fuerzas terrestres. Se adquirieron armas en el extranjero con el fin de mejorar la eficacia del ELP. Los militares por lo general evitaban la política.

Desarrollo agrícola

Durante veinte años el crecimiento de la producción agrícola se había quedado atrás en relación a las esperanzas y expectativas forjadas. La superficie de tierra cultivable se redujo en un 11%, o más, a raíz de la necesidad de terrenos para edificar. La población se elevó de 586 millones en 1953-54 a aproximadamente 630 millones en 1957, 820 millones en 1970, 880 millones en 1974, más de mil millones a comienzos de la década de 1980, y 1.200 millones en 1989. Este crecimiento absorbió las ganancias de producción obtenidas gracias a la Revolución Verde en la agricultura y agotó los recursos de espacio y vivienda, como también los servicios públicos. Además, la sobreabundante mano de obra femenina y masculina estaba poco calificada y un cuarto o quizá más de la población era analfabeta. Mientras tanto, los puestos de trabajo y la subsistencia garantizados habían impedido un aumento de la productividad. El énfasis en la industria pesada y la eliminación de las empresas dedicadas a actividades secundarias en la zona rural provocaron entre cuarenta a noventa millones de cesantes en áreas rurales y entre diez a treinta millones en las ciudades. A pesar de (o debido a) la fuerte inversión en la industria, el nivel de vida en el ámbito rural se estancó.
La estrategia original para el desarrollo agrícola bajo la República Popular había supuesto que la mano de obra de China, si recibía una motivación adecuada, podía por sí misma proporcionar la infraestructura de riego, de caminos y campos. En la década de 1950, en efecto, la cooperativización y las comunas rurales permitieron disponer de muchísima mano de obra rural no utilizada.
Aun cuando el trabajo invertido en la remoción de tierras y en las canteras resultó entonces muy costoso, se afirmaba que de allí en adelante aumentaría la producción y la productividad por persona. Lamentablemente, esta estrategia autosuficiente en la agricultura, aunque bastante recomendada para países en vías de desarrollo, rara vez ha funcionado. Se obtenía un mejor resultado de las bombas de agua de pozo profundo que de los canales de riego, y de los fertilizantes, insecticidas y las mejores cepas que de los vastos campos nivelados. Dwight Perkins y Shahid Yusuf (1984) concluyen que, en general, es dudoso que la movilización del trabajo a través de cooperativas y comunas mejorara la producción en China.
Thomas Rawski (1979) considera que la era maoísta en la agricultura realmente fue testigo de la disminución de la productividad por hora/hombre, incluso a pesar del aumento tanto en el trabajo invertido como en el producto obtenido. El devastador análisis de Philip C. C. Huang (1991) remacha esta terrible conclusión afirmando que en su conjunto las tres décadas de administración agrícola maoísta simplemente perpetuaron la involución de su desarrollo económico. A medida que la población crecía, los agricultores aumentaban sin cesar su producción total de grano, pero sólo a costa de reducir constantemente la tasa de retorno por hora de trabajo. Debían correr más rápido sólo para permanecer donde estaban. Tras esta calamidad Huang ve la aceptación maoísta de los supuestos económicos del marxismo

europeo, inadecuados para la situación de sobreabundancia de mano de obra que caracteriza a China. El callejón sin salida de la involución -crecimiento del producto sin una mayor productividad por persona-, que durante siglos había mantenido al agricultor chino en el retraso, siguió reteniéndolo entre 1950 y 1978.

Del mismo modo, la igualación del ingreso entre la ciudad y el campo y entre cada una de las provincias no experimentó progresos notables. Una de las principales razones era que las diferentes áreas disponían de distintos recursos y distintas posibilidades de mejoramiento. Los agricultores de regiones de suelo pobre, montañosas y plagadas de rocas, con escasa irrigación, estaban condenados a la pobreza a no ser que recibieran una limosna desde otras zonas. Los agricultores asentados en torno al sistema de irrigación y cultivo de arroz del bajo Yangtsé continuarían gozando de un nivel de vida más alto. Otro factor que perpetuaba la desigualdad era la prohibición de la emigración rural hacia las ciudades. Como resultado, la fuerza laboral urbana tuvo más empleos y recibió mejores sueldos. Esta situación favorable se expandió a las zonas rurales adyacentes, pero no a gran distancia.

Al abordar la reforma agraria en 1978, los planificadores reconocieron que la administración rural había sido imperfecta, antes que nada en cuanto a la motivación de los agricultores. La reforma fue ensayada por primera vez en Sichuan, bajo el mando de Zhao Ziyang, y también en Anhui; a nivel nacional se llevaría a cabo con muchas variaciones de forma y coordinación. Una estrategia importante la constituyó el fomento de los subproductos y la producción secundaria en las granjas, además de la producción de grano. El agricultor podía comerciar sus subproductos en los mercados libres locales, y con ello redondeaba sus ingresos.

Pero el principal cambio se centró en el “sistema de responsabilidad de producción”, el que contemplaba media docena o más de variaciones, pero todas basadas en contratos. Sería mejor entenderlo como el “sistema de contratos”. Después de varias etapas de experimentación, por lo general el contrato se efectuaba entre el grupo de producción (parte de una aldea) y la familia. Los administradores del grupo (los cuadros) trazaban un plan global y entonces firmaban un contrato con cada familia para que éstos dispusieran de determinadas parcelas de tierra. Los contratos estipulaban las metas de producción y la compensación que la familia debía recibir. Así, la contabilidad quedaba fuera de las manos de grandes organizaciones como las brigadas y era devuelta a los grupos de producción, conformados por unas veinticinco a cuarenta familias.

Entregar la responsabilidad de la producción a la familia campesina proporcionaba un enorme estímulo, pues significaba que mientras más trabajaran más producirían para sí mismos, y no para verlo acumulado en un depósito común. No se podía comprar la tierra, pero sí se la podía utilizar según estas condiciones. En lugar de cumplir con los pagos en grano a un Estado terrateniente, ahora las familias campesinas cultivaban ciertas parcelas y devolvían al grupo cantidades específicas de sus cosechas. Este fue el sistema de “responsabilidad total de la familia” *(baogari),* que llegó a ser casi universal. Previamente, el sistema maoísta de la Revolución Cultural había utilizado la exhortación moral como un estímulo, exigido sólo la producción de grano y prohibido la producción secundaria considerándola “capitalismo” incipiente: todo un triunfo de la ideología de la planificación sobre la realidad.

Este cambio de sistema transformó notoriamente la situación: en lugar de que las autoridades locales sólo se concentraran en recaudar las obligatorias cuotas de grano, y de que los campesinos se las ingeniaran por su cuenta mediante ocupaciones secundarias como la venta de cerdos y gallinas, ahora toda la comunidad podía planificar en conjunto y así maximizar la producción y el ingreso. El resultado fue un incremento masivo de ambos, un triunfo para la reforma de Deng. Durante la década de los 80 la producción rural creció aproximadamente dos v^ces y media, superando con creces al aumento de la población. Ello se debió a las nuevas motivaciones de provecho personal, los nuevos recursos en la producción secundaria de aves de corral, pescado, verduras, fruta para el mercado y otros, y a las nuevas oportunidades de trabajo en las industrias locales de servicios.

Comete un grave error quien concluya que la agricultura china, habiendo encontrado el camino y deseosa de asemejarse a nosotros los occidentales, se ha tornado “capitalista”. El sistema de contratos debe considerarse en realidad como la fase más reciente en el arte de gobernar: la de cómo organizar a los agricultores con el fin de aumentar su bienestar y al mismo tiempo fortalecer al Estado. La clase dirigente china se ha enfrentado a este problema siglo tras siglo desde el comienzo de la historia. Se trataba de entender que los contratos, en una agricultura semicomercial, aumentaban los incentivos y, por lo tanto, la producción. Era tan simple como eso. Los eruditos estadistas de antaño sin duda alguna habrían entendido y aprobado estos nuevos métodos para organizar a las masas campesinas.

La penetración de la sociedad rural por parte del Estado en la China de Mao, al decir de algunos cientistas políticos, ha sido extraordinariamente completa. Sin embargo, Vivienne Shue (1988), que ha buscado una perspectiva histórica basándose en las funciones de la clase de la nobleza -con su lealtad dual tanto hacia su localidad como hacia el emperador-, asimila la nobleza inferior con los cuadros locales bajo el mando de Mao y concluye que, a pesar de no ser de ninguna manera "descendientes en línea directa", es posible que también los cuadros hayan resguardado los intereses locales y mitigado la penetración del Estado incluso mientras llevaban a cabo ese proceso. Ello sugiere un cierto grado de continuidad en el área rural.
El objetivo maoísta de la "autosuficiencia" en cada localidad generó una estructura compartimentada con una interdependencia mínima entre comunidades y un anticomercialismo que continuó impidiendo el desarrollo rural. Muchos proyectos fueron coronados por el éxito, pero el fracaso generalizado de la industrialización rural autofinanciada de Mao distanció a muchos cuadros y fue seguida por un cierto grado de descolectivización. Con las reformas de Deng, una nueva élite local, más especializada y abierta, se propuso nuevas metas para el comercio local y la diversificación.
Entonces, ¿qué de bueno obtuvo la familia campesina de la revolución? En la década de 1980 la presión demográfica y la escasez de tierra se hicieron más fuertes que nunca; la creciente demanda de combustible para cocinar y calefaccionar aceleró considerablemente la deforestación, y la carga de trabajo casi no había disminuido. El Estado había reemplazado a los terratenientes. La diferencia radicaba en la mentalidad, el comportamiento y las oportunidades del campesino. La era maoísta había abierto las puertas a la educación básica, la salud pública y a una tecnología mejorada. La doctrina del igualitarismo había otorgado al campesino una nueva visión de sí mismo y de sus potencialidades. Bajo el gobierno de Deng, millones de campesinos se convirtieron en empresarios, dedicándose a todo tipo de servicios económicos en lugar de los servicios colectivos que antiguamente manejaban los comités. Pero en las grandes plantas industriales estatales el personal del PCCh se oponía a estos pequeños empresarios y utilizaba el poder económico del partido para reducir el número de familias empresarias en favor de empresas cooperativas. Estaban empeñados en mantener las grandes plantas estatales como expresión del "socialismo", lo que les concedía poder a nivel local.

Desarrollo industrial

El cambio de rumbo más espectacular de Deng en política económica fue su "apertura" al comercio, la tecnología y la inversión extranjeros. Desde la perspectiva de las relaciones exteriores de China desde 1800, ello no era más que otra oscilación del péndulo. Antes de los tratados inequitativos de las décadas de 1840 y 1850, la política de los Qing visiblemente había considerado el comercio internacional y el contacto con el extranjero como un asunto insignificante. El PCCh debió adoptar una doctrina de autosuficiencia en un comienzo, como parte de la economía de guerra. La autarquía posterior a 1949 -exceptuado el comercio con el bloque soviético- expresó un profundo sentimiento antiimperialista y la decisión de seguir el modelo soviético de desarrollo industrial cerrado.
Aun hacia fines de los 70 la política de inversión china continuaba siendo una copia no muy elaborada de las políticas soviéticas. Supuestos básicos eran, primero, que la proporción entre capital y rendimiento era fija, es decir, que el aumento de la inversión provocaria un incremento en la producción que sería igual año tras año. En segundo lugar, se pensaba que el comercio exterior no era importante, y tampoco se visualizaba la producción de bienes de consumo para la exportación con el fin de asegurar el capital extranjero. Tales supuestos conducían a la conclusión de que la única forma de alcanzar la industrialización era invertir lo más posible y consumir lo menos posible. En otras palabras, la industria pesada significaba poder construir un futuro, mientras que los bienes de consumo lo retardarían. Según esta base, los chinos invirtieron en industrialización, en las décadas de 1960 y 1970, alrededor del 30% de su ingreso nacional. Este esfuerzo orientado hacia la autarquía privó voluntariamente a China de la gran oportunidad que podría haber implicado la internación de capital extranjero. A medida que pasaba el tiempo, la proporción entre capital y producción poco a poco se elevaba, es decir, se requería de mayor inversión de capital para obtener la misma cantidad de producción. Con la tasa de crecimiento del ingreso nacional cayendo y la tasa de inversión en alza, difícilmente podía crecer el monto destinado al consumo. La producción también se vio obstaculizada por la desviación de los fondos hacia defensa, la disminución de los incentivos al

trabajador, la dificultad cada vez mayor que presentaba el terreno en el tendido de líneas férreas y otros problemas de similar calibre. Además, el equipamiento industrial de China era antiguo e ineficiente; cerca del 60% necesitaba ser reemplazado. Entre los problemas de administración pueden mencionarse la exagerada rigidez de la planificación central y el énfasis en cantidades físicas de producto, el que a menudo no encontraba mercado alguno y representaba por tanto una pérdida neta. La estrategia industrial de tipo soviético continuó vigente varios años después de 1976. Algunos de los planificadores industriales mejor calificados habían desaparecido de la escena en 1957-58: de los trescientos máximos funcionarios de la economía china, por lo menos cien fueron víctimas de las purgas, y sólo un cuarto se mantenía en el cargo después de la Revolución Cultural.
La economía controlada de tipo soviético estaba altamente centralizada. En cada aspecto de la producción los productores locales y provinciales integraban una estructura vertical encabezada por el correspondiente ministerio en Pekín, que era supervisado por uno de los viceprimeros ministros. El socialismo de Mao deseaba una rápida expansión industrial basada en la agricultura colectivizada, la planificación central con un manejo descentralizado y el énfasis en la industria pesada del Tercer Frente (el de las provincias interiores más resguardadas y fáciles de defender). Para la década de 1970, los intereses creados en la industria pesada, las provincias del interior y la burocracia de Pekín dominaban la política económica, a pesar de la enorme escasez en la producción industrial y del desinterés por las demandas de los consumidores que caracteriza las economías por decreto. El Plan Quinquenal propuesto en 1978 trae a la memoria el modelo de desarrollo del ferrocarril de Sun Yatsen, poco realista y teórico. Por ejemplo, como el yacimiento petrolífero de Daqing en el noreste se había convertido en un importante centro de producción, el plan contemplaba el desarrollo de otros diez yacimientos petrolíferos en la región, sin importar si efectivamente existía allí petróleo para su extracción.
Sólo en 1979 la estrategia de planificación experimentó un giro fundamental que privilegió la agricultura y los bienes de consumo para exportación. De cualquier modo, el crecimiento de la industria pesada quedaría entrampado por la relativa falta de energía, mientras que la industria liviana recibiría el apoyo de la inversión extranjera.
Estas reformas industriales no se pueden considerar un resurgimiento del “capitalismo”, pues tanto el partido como el Estado aún dominaban la escena y continuaban optando por el colectivismo, es decir, el “socialismo”. No obstante, bajo el sistema de responsabilidad en la industria, la autoridad estaba representada por los administradores, no por los comités del partido. Las empresas estatales (a diferencia de las locales), en lugar de devolver todas sus utilidades (y pérdidas) al gobierno, llevaban ahora sus propias cuentas y, aunque debían pagar altos impuestos sobre sus utilidades, conservaban el resto para reinvertirlo en maquinaria o para financiar instalaciones de esparcimiento y servicios para los empleados. Al igual que en el sistema de responsabilidad en la agricultura, esta mayor autonomía de las empresas y un mercado más abierto incentivaron notablemente la producción. Mientras una rica economía campesina se consolidaba en el campo, las empresas industriales avanzaban también a pasos agigantados.
Uno de los defectos del antiguo sistema era la tendencia de los cuadros a informar del logro de proyectos bajo la forma de nuevas capacidades, a menudo excesivas, de plantas pequeñas construidas a toda carrera. El gobierno encaró ahora esa deficiencia mediante la institución de préstamos con intereses en lugar del financiamiento a título gratuito. De este modo, los pagos de un préstamo con intereses se convirtieron en un incentivo para la contabilidad de costos en vez de un simple crecimiento en la capacidad. Como los gobiernos locales estaban autorizados a retener el ingreso generado por sus productos a modo de estímulo, se vieron impulsados a invertir en industrias de bienes de consumo con altas perspectivas de utilidades y no en las menos rentables inversiones de infraestructura en transporte e industria pesada. Como se mencionara más arriba, durante un tiempo los gobiernos locales habían sido los productores de dos quintos del acero nacional y de dos tercios de la producción total de cemento.
Con el objeto de elevar la producción en las industrias de baja rentabilidad como la minería o las telecomunicaciones, los planificadores centrales instituyeron un sistema de “proyecto clave”, por medio del cual las agencias gubernamentales eran movilizadas específicamente para obtener propósitos determinados. El nuevo sistema tomó del presupuesto del gobierno central gran parte del potencial para la construcción y lo dejó a disposición de las agencias gubernamentales locales, puesto que se descubrió que los proyectos de construcción no podían manejarse desde el centro. En lugar de recibir el financiamiento en forma de subsidios como en el pasado, sin importar si sus proyectos se completaban o no, ahora a las compañías

constructoras se las convocaba a licitaciones y debían comprometerse a hacerse cargo de todos los materiales requeridos.
Así, el equilibrio de fuerzas después de 1978 implicó un retorno a 1) la política de puertas abiertas al comercio y la inversión extranjera, 2) el desarrollo subsiguiente de las ciudades costeras que antiguamente habían tenido un papel prominente en el comercio internacional, y 3) al énfasis en las industrias de bienes de consumo y en la iniciativa local en vez del control totalmente centralizado. Sin embargo, no tardaron en oponerse a este nuevo esfuerzo ciertos problemas serios. Una vez que a los gobiernos locales y provinciales se les presentó la oportunidad, movilizaron rápidamente sus recursos hacia la producción de bienes de consumo en la industria liviana, para obtener rentabilidad en las ventas y así satisfacer la demanda de mercado, pero el centro aún controlaba la estructura de precios y no permitía el libre juego de las fuerzas del mercado. La fuerte competencia entre los gobiernos y las empresas locales no sólo produjo una gran expansión de la industria liviana, sino también muchos efectos secundarios indeseables: escasez de suministros básicos, aumento de los costos de la mano de obra, bloqueo de los productos de una zona específica para evitar su venta en otra zona y, entretanto, la reducción de los ingresos del gobierno central, que eran necesarios para la inversión en infraestructura en las áreas de caminos y otras rutas de transporte, energía hidroeléctrica y minas. En general esta expansión parece haber venido acompañada de una enormidad de nuevos trámites burocráticos, tanto legales como ilegales, sin que necesariamente mejorara la eficacia en función de los costos ni la productividad laboral.
Cuando las reformas de Deng ofrecieron un cierto margen de movimientos a la empresa privada y a las fuerzas de mercado -es decir, después de 1978-, la imperiosa necesidad de expansión del crédito condujo a la descentralización del sistema bancario. El Banco Popular de China se transformó en el organismo normativo y supervisor central para los bancos especializados que se relacionaban con la industria y el comercio, las divisas, la inversión extranjera, la agricultura, los seguros y la construcción. Otorgando préstamos en vez de subsidios, el Banco Popular y sus agencias subordinadas pudieron fijar tasas de interés y estimular así la eficacia en función de los costos. Ello permitió desligar el control de los nombramientos de personal y la toma de decisiones de las manos de las fuerzas políticas locales integradas a la burocracia. El Banco Industrial y Comercial, organismo especializado con más de 3 mil sucursales y 300 mil trabajadores, no sólo otorgaba préstamos para que las empresas comerciales e industriales conformaran un capital de trabajo, sino que también fomentaba la renovación tecnológica con el fin de aumentar la producción y la eficiencia. El financiamiento de las industrias fue apoyado por la emisión de acciones, la que a la larga contribuyó al establecimiento de un mercado de valores.

Comercio exterior e inversión extranjera

La reapertura de China al comercio exterior después de 1978 incluyó la apertura a la inversión extranjera, especialmente en la forma de *joint ventures* entre firmas extranjeras y agencias gubernamentales chinas. Pero, como la capacidad de China para proporcionar la infraestructura necesaria -tierra, planificación, caminos y vías férreas, agua, electricidad, etc.- pronto se vio comprometida más allá de sus posibilidades, se paralizaron muchos de los tempranos y ambiciosos proyectos empresariales tanto de Japón como de Estados Unidos.
En Guangdong, el área con mayor historia en el comercio exterior y la más profundamente influida por Hong Kong, se dispusieron medidas ejemplares para otorgar a la provincia “mayor independencia para responder a sus propias necesidades”, según informa Ezra Vogel (1989). Allí, las sucursales de compañías comerciales nacionales se independizaron y se les permitió promover su comercio con Hong Kong y Macao, así como retener la mayor parte de sus utilidades. Tuvieron más libertad para invertir, para controlar materiales y para fijar precios y salarios. La provincia debía cancelar anualmente al gobierno central un monto fijo o cuota de renta fiscal. Estos cambios estimularon el comercio y sirvieron de ejemplo para otras áreas.
Tres Zonas Económicas Especiales (ZEE) -es decir, áreas restringidas donde firmas extranjeras podían instalar sus plantas y mantener a su personal según las normas internacionales- fueron instauradas, la primera de ellas Shenzhen, cerca de Hong Kong. Hacia 1984 catorce puertos de la costa este se habían abierto al comercio y a la inversión provenientes del extranjero; la mayoría había sido antiguamente puerto abierto por tratado, pero ahora bajo control chino. Las *joint ventures* proliferaron por cientos, pero en general se vieron enfrentadas a diversos problemas: la mano de obra china, aun cuando era comparativamente más económica, a

menudo carecía de especialización y disciplina; los certificados y permisos requeridos eran innumerables y, a pesar de los términos establecidos en los contratos de *Xas joint ventures*, a menudo resultaba difícil sacar del país las utilidades de los inversionistas extranjeros.
La ley contractual era esencial para el comercio exterior, y ahora los abogados chinos debían manejarse en las disputas comerciales con el extranjero. La contabilidad, los contratos y los litigios también llegaron a formar parte de esta nueva etapa de las empresas gubernamentales. Se promulgaron nuevos códigos, y se ampliaron los programas de estudios en las Facultades de Derecho para integrar los nuevos conocimientos.
Se requería asimismo de una legislación que instituyera reglamentos más firmes que los decretos administrativos. La Constitución del Estado, adoptada en 1982, especificaba que el Congreso Nacional del Pueblo debía constituir un cuerpo legislativo que legislara y también velara por el cumplimiento de las leyes. El Ministerio de Justicia, abolido en 1959, fue reintegrado al sistema en 1979, y en 1984 ya existían aproximadamente 15 mil tribunales distribuidos en cuatro niveles, con cerca de 70 mil jueces. Se volvieron a fundar las procuradurías del pueblo y también reaparecieron los abogados profesionales, todos ellos empleados estatales. Los acusados, sin embargo, no gozaban de la presunción de inocencia mientras no se comprobara su culpabilidad. El poder judicial no podía ser independiente del partido.

Ciencia y tecnología

Imposible no rememorar las grandes contribuciones de China -el papel, la imprenta, la pólvora y el compás- al abordar esta materia. El dominio de la tecnología por parte del modernizador, al igual que la tradicional maestría del erudito en el aprendizaje clásico, eran nuevamente una vocación que gozaba de alta estima. La formación técnica comenzó a florecer una vez que el antiintelectualis-mo de Mao fue reemplazado por la pragmática “búsqueda de la verdad a partir de los hechos” sugerida por Deng.
La Academia China de Ciencias recibió una inyección de renovado vigor, y lo mismo ocurrió con la Comisión de Ciencia y Tecnología, que supuso un corte transversal de las estructuras hasta entonces verticales de cada ministerio. En 1983 los problemas de cooperación y comunicación entre entes diversos, y especialmente con los militares, originaron el establecimiento del Grupo Líder en Ciencia y Tecnología, bajo la tutela directa del Consejo de Estado. Así, la herencia de las estructuras compartimentalizadas verticales de estilo soviético se vio inmersa en un proceso de reformas que tendían hacia una comunidad más integrada, que contemplaban la ruptura con el modelo europeo de división entre la investigación únicamente en las academias y la enseñanza de manera exclusiva en las universidades.
La necesidad de un nexo entre la investigación y la producción era aún más imperiosa. En 1984, según el informe de Tony Saich (1989), un estudio que cubrió 3.500 institutos científicos de toda la nación demostró que menos del 10% de los “logros científicos” se había aplicado a la producción. En 1985, el Primer Ministro Zhao Ziyang hizo un llamado a establecer “innumerables nexos orgánicos” entre investigación y producción. Los congresos y las publicaciones científicas de las 138 organizaciones profesionales combatieron la antigua tendencia a que las unidades de investigación acumularan talentos en forma competitiva y duplicaran el trabajo ya realizado por otros.
El liderazgo central, sin mencionar el control, se vio constreñido por el gigantesco tamaño del sector en China: además de las academias, cerca de 5 mil institutos de investigación dependían de los ministerios y las provincias, y otros más estaban a cargo de las universidades. Los contratos entre institutos y empresas aportaban al financiamiento, con la idea de aprovechar el mercado para asegurar “un vínculo mediante las estructuras verticales”. Ello contribuyó a que las regiones fronterizas se integraran a la comunidad.
Como era habitual, los cuadros del partido tendían a aferrarse al poder. El que las decisiones debieran competer solamente a “la responsabilidad del director del instituto” o que las debiera adoptar el director “bajo el liderazgo del comité del Partido” continuó siendo materia de desavenencia entre los revolucionarios y los expertos.
La aplicación de los conocimientos de ciencia y tecnología en la salud pública fue uno de los mayores logros de la República Popular. John R. Evans (en Bowers y otros, 1988) señala que en 1984 el “perfil de enfermedades de las principales áreas rurales y urbanas es ahora el típico de una nación industrializada”. La esperanza de vida al nacer se había elevado de 41 años en

1960 a 67 en 1975. La mortalidad infantil por cada mil niños de uno a cuatro años se redujo de 26 en 1960 a 7 en 1981.
En 1949, en China existían 56 Facultades de Medicina de diversos tipos -misioneras, extranjeras, provinciales o dependientes del gobierno central-; después de la recuperación posterior a la Revolución Cultural, eran 116 las facultades que impartían especialidades en medicina en 1982, con 30 mil nuevos estudiantes cada año. Un personal compuesto por 2 millones de personas provenientes de los niveles medio y básico ayudaba a un personal médico de alto nivel que sumaba un millón. Los problemas eran los de esperarse: clases con demasiados alumnos, carencias en el plan de estudios y en el equipamiento, textos rigurosamente obligatorios y una fijación en el examen final.

El partido y la gente

Las reformas posteriores a 1978 tuvieron por objeto hacer funcionar mejor la dictadura del partido; por ejemplo, intentando reducir la estructura administrativa y disciplinar a los cuadros. Desde 1979 hasta 1982, las comisiones partidarias de inspección respondieron a las quejas del pueblo, contestando 7,7 millones de cartas y recibiendo 2,6 millones de visitantes, lo que implicaba por lo menos un gesto amable. Otro esfuerzo consistió en revitalizar el sistema de elecciones al interior de las unidades de trabajo y residenciales, de modo que los cuadros fueran formalmente elegidos para servir en los comités de las industrias estatales, los sindicatos y las áreas residenciales tanto urbanas como rurales.
Otro sector que concentró la atención del equipo de gobierno fue la prensa, puesto que el PCCh mantenía la conformidad pública con la dictadura en parte a través de los medios de comunicación. Para cuando comenzaron las reformas de Deng en 1978, la propaganda política de la República Popular había perdido gran parte de su eficacia. Por ejemplo, después de que el “número dos” ungido por Mao resultara en dos ocasiones un traidor (primero Liu Shaoqi en 1966, y más tarde Lin Piao, en 1971), ¿en qué se podía creer? Los nuevos lectores eran por lo general más apáticos, y muchos también cínicos. Por lo tanto, los reformistas de 1979-80 denunciaron la manipulación de la información por parte de la Banda de los Cuatro, ampliaron el rango de materias que se podía publicar e intentaron restablecer la credibilidad del pueblo en la prensa.
Para el PCCh, los medios de comunicación debían cumplir tres funciones. La primera era difundir las políticas del partido. La segunda consistía en entregar -mediante informaciones de prensa que podían o no ser publicadas- información útil a los funcionarios en relación a actitudes y situaciones populares. En conjunto, estas dos funciones mantenían el contacto entre el partido y las masas en una especie de línea de masas. Finalmente, como observa Andrew Nathan (1985), la tercera labor de la prensa era “ayudar a los líderes y a la gente a fiscalizar a la burocracia”. Esta función se cumplía principalmente a través de dos medios -variaciones del tema de la crítica y la autocrítica-: los reportajes de investigación y las cartas de los ciudadanos a los editores.
Los reporteros enviados por algún periódico, especialmente por el *Diario del Pueblo,* tenían derecho “cuasi-oficial” a investigar a fondo las unidades de trabajo, a realizar entrevistas y revisar archivos. Si descubrían casos de negligencia o alguna injusticia, ésta y aquellos podían ser divulgados. Las revelaciones más famosas fueron las que periodistas como Liu Binyan hicieron a comienzos de la década de 1980.
En el intertanto, tras haber sido clausurados durante la Revolución Cultural, los departamentos de “trabajo de masas” de los periódicos reanudaron sus actividades y comenzaron a ocuparse de los cientos de cartas que llegaban cada día; éstas daban a conocer quejas y problemas personales o informaban de casos de mal proceder por parte de funcionarios, algunos de los cuales pudieron corregirse. Dicha función evocaba la antigua tradición de los censores, cuya tarea era salvar el mandato del gobernante revelando las fechorías de sus funcionarios. También podría compararse con lo que hacen en conjunto las agencias del servicio social y las oficinas del Congreso en Estados Unidos. Pero en China, donde la reputación pública es tan importante para el individuo, y tanto se recuerda, los nombres publicados, las revelaciones de la prensa tenían una fuerza muy especial.
Cuando se incorporaron la radio y la televisión, la interrelación entre el gobierno y el pueblo adoptó mayores proporciones, pero en un contexto para el cual no existe una contraparte similar en Estados Unidos. El ánimo de la opinión pública tendía a asumir una postura moral. La moralidad tenía prioridad sobre la ley, y una publicidad desfavorable podía destruir a

cualquier supuesto malhechor. Al contrario de lo que ocurre en Estados Unidos, habitualmente las noticias no eran malas, sino buenas. Un importante factor de equilibrio ante la constante propaganda optimista lo constituyó la circulación de nueve millones de ejemplares del *Reference News,* una recopilación diaria y traducida del servicio cablegráfico de noticias y de diversos informes de prensa extranjeros, el que llegaba a un gran número de lectores.

El sistema de elecciones locales, ahora con nuevos bríos, fue otro de los medios utilizados para estimular el apoyo popular al régimen. Las elecciones tenían lugar en cuatro niveles: los 50 mil municipios (las antiguas comunas de Mao), los 2.750 condados (o partes equivalentes de las ciudades), las 29 provincias y el Congreso Nacional del Pueblo, que sesionaba en Pekín. Antes de la Revolución Cultural (durante la cual se suspendieron todas las elecciones), las "elecciones" al estilo totalitario habían constituido más bien un ritual de masas, las que "votaban" por una única lista de candidatos. En esta forma minimalista de participación política, no había ni necesidad de mirar la papeleta del voto, simplemente había que insertarla por la ranura de la urna. Con la ley electoral de 1979, los reformistas avanzaban ahora un paso, acordando nominar a un número mayor de candidatos de los que podían ser elegidos. En los condados se organizaron para elegir delegados a las asambleas del condado, que en promedio reunían cerca de 300 delegados cada una. Posteriormente, todos los habitantes quedaban registrados como electores y, con sus certificados de inscripción en la mano, se reunían en grupos, como "amos del Estado", para efectuar las nominaciones. Las comisiones electorales supervisadas por el partido iban recortando de manera informal la lista de nominados de cada grupo hasta llegar a un tamaño manejable. Al final, los votantes contaban con los cinco días que duraba la campaña para hacerse alguna idea de quiénes eran los nominados.

El día de la votación era una fiesta. En 1981, la concurrencia alcanzó el 96,56% a nivel nacional. Los delegados de los congresos de los condados servían por tres años. Después de todo, uno sólo podría concluir que el régimen de Deng estaba enseñando a la gente cómo celebrar elecciones. Era lo que Sun Yatsen y el Kuomintang denominaron "tutelaje", y no tenía demasiada relación con las políticas públicas ni con el poder.

Los líderes más ancianos se sintieron especialmente turbados por los diversos gestos que aparecían como reformas. ¿Estaba la situación escapando al control del partido? Pero lo que más les alteraba era la influencia de la cultura popular del mundo exterior: estilos de vestuario y peinados, jazz y música rock, relajamiento sexual, pornografía y escritos subversivos. ¿Hasta dónde llegaría la decadencia de la moral? Los conservadores realizaron campañas en contra de la "liberación burguesa" (1981 y después) y luego contra la "contaminación espiritual" (1983). Estas atacaron sobre todo las tendencias de pensamiento y estilo de vida entre los estudiantes, escritores y artistas, y entre los intelectuales en general.

Las protestas ecologistas se iban situando en la vanguardia. En 1983-84, científicos y renombrados escritores, a los que después se les unirían muchos más, protestaron por la construcción de la gigantesca represa de las Tres Cañadas, en el Yangtsé. Este proyecto ha asumido gran importancia simbólica con el tiempo: los grandes emperadores contaban con imponentes monumentos; Mao tendría su represa. Sus sucesores, aunque influidos por los diversos argumentos planteados en contra, parecen inclinarse a seguir adelante.

Los asuntos relativos al medio ambiente, como el caso de la represa, inevitablemente van situando a China en la esfera internacional. Existen *lobbies* que han estado trabajando para convencer al Banco Mundial de que no otorgue financiamiento para el proyecto de la represa de las Tres Cañadas. Llevadas por el temor a un calentamiento global de la Tierra, otras naciones están presionando a China para que tome medidas para combatir la alarmante contaminación ambiental del país. Es muy probable que en el futuro a China le resulte extremadamente difícil evadir esas presiones para que coopere más allá de sus fronteras. Si bien los proyectos de conservación existentes en China se suelen orientar más que nada hacia las relaciones públicas internacionales -como el de salvar al panda gigante-, algunos programas para la conservación de ciertas especies, el hábitat y los bosques han logrado echar raíces.

El Movimiento por la Democracia

Las innovaciones y el crecimiento de la economía durante la década de 1980 plantearon cada vez con más fuerza el tema de la reforma política más allá de los límites de los Cuatro Principios Cardinales (la vía socialista, la dictadura proletaria, el liderazgo del Partido

Comunista y el marxismo-leninismo más el Pensamiento de Mao Zedong) a través de los cuales Deng en 1979 había intentado asegurar la permanencia del control del PCCh. La reforma política parecía inevitable tras la “apertura” de Deng, a raíz de la cual las ideas democráticas comenzaban a inundar China. Como demostraría en forma tan espectacular el colapso del comunismo del este europeo en 1989, el estilo leninista de industrialización bajo una economía colectivizada por decreto estaba desapareciendo. No obstante, una economía de mercado implicaba la libre circulación de todas las ideas. China tendría problemas si aceptaba un hecho y no el otro.

El Movimiento por la Democracia surgió en octubre de 1978, cuando comenzaron a aparecer en Pekín carteles (entonces ya permitidos por ley) de grandes personajes difundiendo sus opiniones acerca de la política. Durante el invierno de 1978-79, el Muro de la Democracia destacaba cada día carteles de todo tipo de gente, incluyendo académicos cuyos mensajes eran ávidamente traducidos por los corresponsales extranjeros como expresiones de un descontento político que el PCCh no podía ignorar. Hacia abril de 1979, un destacado miembro del Movimiento por la Democracia, un electricista llamado Wei Jingsheng -que había defendido la democracia como la “quinta modernización”-, fue arrestado y posteriormente llevado a juicio bajo cargos insustanciales; como advertencia para los demás, fue sentenciado a quince años de prisión. Se prohibió el uso del Muro de la Democracia.

Tras los infinitos matices de este movimiento yacía el hecho innegable de que muchísimos chinos, no sólo los estudiantes, se habían alejado intelectualmente del partido. La interpretación leninista del marxismo para guiar la revolución bajo el liderazgo del partido había quedado obsoleta con el crecimiento y las transformaciones multiformes del siglo XX. Ahora los intelectuales chinos vivían en el mundo sin fronteras de la era electrónica. Las austeras simplezas de Yan'an, aunque todavía sagradas en la mente de Deng Xiaoping y de sus viejos colegas, ya no bastaban para encarar los problemas de China.

La educación, en todo caso, siguió siendo una gran preocupación en todos los niveles de la sociedad. En el sistema universitario, y como un medio de reparación después que la Revolución Cultural dejara de lado la educación superior, en 1977 y 1978 volvieron a entrar en vigencia los exámenes de ingreso a la universidad, a nivel nacional y ahora para candidatos de hasta 30 años en lugar de hasta 21, como era usual. En 1977, un total de 5,7 millones de postulantes compitieron por 278 mil cupos universitarios. En 1978, 6 millones compitieron por 300 mil vacantes. Así, en 1980 ya existía un millón 400 mil estudiantes inscrito en 675 universidades. Esta pequeña élite que administraría el futuro de China constituía menos de dos décimos del 1% de la población china, aunque su potencial influencia política era inversamente proporcional a su reducido tamaño.

La educación universitaria fue complementada con las especializaciones técnicas impartidas por los institutos dependientes de fábricas y ministerios, como también con programas de alfabetización y programas especiales de extensión en radio y televisión. En conjunto, estos canales extrauniversitarios lograron captar una enorme audiencia. En la ciudad y en el campo muchos millones de personas se convirtieron en estudiantes de media jornada, aunque no podían ostentar el prestigio de los graduados universitarios.

¿Cómo pudo el PCCh dejar que una élite tan estratégica se alejara? Nuevamente en este caso la respuesta está en la historia. Los nacionalistas habían intentado en vano propagar los Tres Principios de Sun Yatsen como ideología del Estado. La educación liberal de orientación occidental se había mantenido incluso después de 1949. Mao fue incapaz de infundir su politizado pensamiento a los intelectuales chinos a comienzos de la década de 1950. No le quedó más que reprimirlos por “derechistas” en 1957-58, y de ahí en adelante debió depender de los cuadros semiinstruidos del PCCh para incorporar a China a la vida moderna. En este esfuerzo no tuvieron éxito. Así, una vez rehabilitados, los intelectuales sobrevivientes nuevamente estaban liderando a los estudiantes en el camino de la deslealtad hacia la ideología de los gobernantes.

La masacre de Tiananmen, 4 de junio de 1989

La autocracia china, que había obtenido su fortaleza del leninismo, se las había arreglado para permanecer fuera del centro de atención. Cuando, en febrero y marzo de 1947, las tropas nacionalistas pasaron varios días masacrando a entre 8 mil y 10 mil manifestantes chinos taiwaneses en Taipei, no se encontraban muchos occidentales que pudieran después contarle al mundo lo que había pasado. A medida que la República Popular consolidaba su control sobre

el continente entre 1949 y 1952, tenían lugar millones de ejecuciones, sólo que poco a poco y sin ser denunciadas por la prensa mundial. Otros cuarenta años pasaron antes de que la era electrónica nos pusiera al corriente de esta atávica tradición china de la eliminación física. Cuando así ocurrió el 4 de junio de 1989 en la plaza de Tiananmen, la conmoción fue mundial.

La doctrina nacionalista de que cuanto ocurre dentro de China no concierne a nadie más ya no era válida de hecho, aun cuando patriotas de línea dura todavía la sostuvieran. Hacia fines de la década de 1980, la televisión vía satélite trasmitía a toda la aldea global, creando una audiencia mundial sin precedentes para las noticias más relevantes. Sucedió que el Secretario General de la URSS, Mijaíl Gorbachov, iría a Pekín en mayo para asistir a una reunión cumbre, y los conductores de programas noticiosos de las distintas televisiones del mundo, con sus respectivos equipos, vendrían a informar.

Se encontraron con la enorme plaza de Tiananmen convertida en un colorido campamento, levantado por miles de estudiantes y otros pacíficos manifestantes urbanos por la democracia. Durante la mayor parte del mes de mayo, un movimiento de masas iniciado por los estudiantes acampó en la plaza para exigir una reforma política por la vía de la participación más activa de los ciudadanos chinos en su gobierno. Ciertos días los manifestantes sumaron un millón de personas. Con el mundo observándolos, dos o tres mil estudiantes iniciaron una huelga de hambre. Pero los viejos líderes del PCCh se rehusaron a negociar. En lugar de ello hicieron entrar a los tanques del Ejército de Liberación Popular. El 4 de junio, y tras interminables vacilaciones, abrieron fuego y mataron, según cifras oficiales, a 200 manifestantes desarmados, quizá muchos más, e hirieron a otros miles.

Al igual que la masacre de manifestantes desarmados ordenada por el zar Romanov en 1905 -el Domingo Sangriento-, ésta acabó con el apoyo de la élite urbana e intelectual al régimen del PCCh. Pero los líderes del PCCh denunciaron el Movimiento por la Democracia como una conspiración subversiva para fomentar el caos y destruir el partido. Iniciaron una persecución implacable de toda persona relacionada con los sucesos que desembocaron en el 4 de junio. Los interrogatorios, el encarcelamiento de líderes estudiantiles, la ejecución de líderes sindicales y la obligada delación sembraron una especie de terrorismo solapado entre los académicos. La autocracia del PCCh se había sentido amenazada por las exigencias de pluralismo en las decisiones políticas, y se había salvado a costa de aquellos que deseaban participación política. Una vez más, China sucumbió a su propio retraso. La represión continuó durante los dos años siguientes y la disensión abierta fue acallada. ¿Cómo lo hicieron?

En primer lugar, el potencial disidente carecía de propiedad privada, de derechos humanos legales y de independencia personal. La gente dependía de sus unidades de trabajo *(danwei)* para obtener apoyo, abastecimientos, un lugar donde vivir, contacto con otras personas, autorización para viajar y todo lo que antiguamente proporcionaban sus familias. Una vez que eran admitidos en establecimientos de educación superior, también los estudiantes eran criaturas del aparato compuesto por el partido y el Estado, forzadas a abrirse camino por medio de la obediencia y los contactos. Su propia aceptación innata de la autoridad formaba parte del problema.

Un segundo factor era inherente a su pensamiento. Durante siglos la enseñanza clásica china había construido una fe en lo absoluto, en los principios puros alejados de las sórdidas componendas, en el bien público que no admitía intereses egoístas. Thomas Metzger (1988) ha resumido algunas de las "metas sublimes" expuestas en el pensamiento político chino: "una economía libre de cualquier injusta e interesada apropiación de riqueza, un sistema político en que los intereses egoístas no afecten las decisiones clave de los líderes, un status internacional idéntico al de las dos superpotencias, una vida intelectual libre de contradicciones *(fen-yun)* y la confluencia de todas las verdades, tanto morales como factuales, en un solo sistema doctrinario unificado *(hui-t'ung)*, una civilización libre de toda opresión, insinceridad y egoísmo, y una sociedad en la que el estatus de cada individuo se base acertadamente y con objetividad en sus logros".

De acuerdo con estos elevados sentimientos, los observadores en Tiananmen comentaron acerca del abismo existente entre las necesidades personales de los estudiantes y sus declaraciones públicas. De hecho precisaban de mejores alimentos y vestuario, un espacio más amplio donde vivir, más libros para leer y mayor posibilidad de expresarse en forma oral y escrita. Pero éstas eran necesidades egoístas, innobles e impropias como para exigirlas en público. Por lo tanto, sus declaraciones se referían a puras abstracciones: democracia, libertad, derechos, moralidad (contra la corrupción), justicia (contra el favoritismo) e integridad nacional (contra las ofensas del extranjero). Los estudiantes no se sentían legitimados intelectualmente

para plantear los hechos. Incluso para negociaciones prácticas carecían de exigencias concretas.

En realidad, y como sugieren J. W. EsherickyJ. N. Wasserstrom (en Wasserstrom y Perry, 1992), las manifestaciones de Tiananmen pueden ser entendidas en términos de una representación tradicional china, teatralizada y ritualizada. Ante una enorme audiencia, y a través de las marchas, los lemas, los gritos de protesta y la solidaridad colectiva, los manifestantes hacían valer su compromiso moral con la causa, mientras al mismo tiempo reafirmaban su lealtad hacia el orden establecido. En efecto, habían salido a la calle para hacer peticiones a las autoridades, no para poner en duda -en un principio- su autoridad.

Así, las manifestaciones se habían tornado ambivalentes. Tal como en las campañas oficiales, estaban movilizando el sentimiento público para atacar determinados males. La huelga de hambre sostenida en la plaza de Tiananmen demostró la completa entrega de los huelguistas, que se arriesgaron al martirio en pro del interés público, creando un poderoso símbolo de protesta. Como resultado, los viejos líderes del PCCh consideraron el Movimiento por la Democracia como un ataque a su monopolio del poder y decidieron que debían destruirlo antes de que aquél los destruyese a ellos. Su poder sólo podía ser absoluto.

Podemos observar aquí el quiebre generado por la herencia del confucianismo imperial legado por el *establishment neoconfuciano. La autodisciplina confuci*ana podría continuar formando hombres superiores para el servicio público o para la vida pública mientras inhibía la teorización política acerca de la fuente y la legitimación de la autocracia. El modesto pluralismo requerido para formar una verdadera sociedad civil, que podría haberse configurado enseguida, fue evitado.

EPILOGO

¿Qué imagen de China han intentado transmitir los capítulos anteriores? *¿Y* qué sugieren acerca del futuro de esta nación? A continuación quiero repasar mis propias conclusiones sobre el particular.

En un principio quedé fascinado por los vastos poderes que los gobernantes Xia, Shang y Zhou de la China antigua afirmaban tener y ejercer. Todos los aspectos de la vida china parecían estar politizados, es decir, concernían al gobernante y estaban bajo su ojo atento.

Fascinante es asimismo la manera como los gobernantes Han aprendieron a enseñar, seleccionar y trabajar con la élite erudita dedicada a los ideales y rituales del confucianismo clásico. Los Han descubrieron cómo conformar una burocracia y cómo utilizarla mediante el establecimiento de una ideología oficial. Hacia el siglo séptimo, el estado de los Sui-Tang no solamente había revivido el imperio unificado sino que comenzaba a reclutar a sus funcionarios públicos por medio del sistema de exámenes, acabando con el dominio de las familias aristocráticas. Finalmente, los Song pusieron a la élite o nobleza local a manejar los asuntos locales guiados por la nueva fe del neoconfucianismo.

Aunque en ocasiones los historiadores lo han pasado por alto, el establecimiento del orden neoconfuciano de China fue aclamado como un triunfo del liderazgo ritual y moral sobre el desorden. El énfasis confuciano en el adecuado comportamiento de gobernantes y gobernados mostraba lo que el adoctrinamiento y las conductas ritualizadas podían hacer para mantener las formas de la civilización. La realidad del dominio autocrático quedó enterrada bajo el mito confuciano del Estado: la conducta superior del gobernante inspiraba la emulación y la subordinación armoniosas de todos cuantos lo contemplaban. En su punto culminante bajo los Ming, el orden neoconfuciano de China delimitó sus objetivos. El propósito central era garantizar la seguridad a agricultores, recaudadores de impuestos y a la élite dirigente, prestando escasa atención al mundo exterior.

En la era de los Qing, después de 1644, el componente no chino (del Asia Interior) del control militar había sido absorbido por el sistema sociopolítico chino. La simbiosis de la nación china con los habitantes del Asia Interior -manchúes y mongoles- confirmó y perfeccionó el orden neoconfuciano, caracterizado por un estilo agrario-nómada-burocrático claramente opuesto al orden industrial-militar-empresarial que entonces se desarrollaba en las naciones occidentales.

Uno de los impedimentos para una relación de igual a igual entre la China neoconfuciana y Occidente fue esta diferencia de sistema sociopolítico. El emperador, por ejemplo, en teoría seguía siendo omnipotente, la piedra angular del edificio imperial, pero desde un principio había logrado motivar, desde el centro del poder, a numerosos grupos sociales para que se desarrollaran sobre la base de la propia organización y la autosuficiencia. Como resultado la vida de los chinos estaba dominada por un Estado central todopoderoso que en teoría monopolizaba la autoridad en última instancia, pero que en la práctica no invadía la escena local. Aun con sus pretensiones de omnipotencia, que nadie habría puesto en duda, los emperadores Qing finalmente se convirtieron en notorios practicantes de la política de no intervención. La destrucción de todos los rebeldes, traidores y rivales que amenazaran su autoridad suprema se combinó con una presencia mínima en la vida comunitaria. Se esperaba que la nobleza y el campesinado mantuviesen sus instituciones locales y no recurriesen a la Corte en busca de solución a sus problemas, excepto en casos de emergencia. La clave para mantener el Estado alejado del plano local radicaba en el ritual y la ideología. La vida de la clase alta giraba en torno al sistema de exámenes, que sostenía los deberes de la conducta neoconfuciana aun cuando muy pocos llegaban realmente a ser funcionarios. El ideal neoconfuciano consistía en instruir a los plebeyos en la obediencia y en enseñar a la élite a

formar “adultos con motivaciones propias”, dedicados a sus deberes de liderazgo y administración locales. Los agricultores-soldados independientes, los mercados autorregulados por intermediarios de la élite local, los gremios comerciales y artesanales que autoadministraban y regulaban su propia vida económica, los candidatos a los exámenes autoadoctrinados en las academias: todos debían estar imbuidos de la mentalidad neoconfuciana que veneraba a los ancestros así como al emperador, y que regulaba el desempeño responsable de los deberes cualquiera fuera el papel de cada cual, padre o hijo, erudito o campesino.

Este carácter unificado pero al mismo tiempo autorregulado de la sociedad china puede atribuirse asimismo a un simple hecho geográfico: el corazón de la antigua China estaba muy lejos de la diversidad y de las alternativas imposibles de controlar que podrían haber provenido del mar. La capacidad administrativa y la potencia militar de los nómadas del Asia Interior, al convertirse en componentes regulares del imperio chino, mantuvieron a éste alejado de las aventuras marítimas. Hacia la época de la dinastía Qing de los manchúes se había logrado controlar gran parte de los problemas relativos al contacto con el exterior por tierra, aunque no el de la defensa contra la piratería, el comercio marítimo y el poder naval.

La debilidad de la imponente sociedad neoconfuciana y del imperio tardío radicaba en que la vieja autocracia había preservado su afán por el control de última instancia sobre todas las personas, los escritos, los pensamientos, los rituales y las acciones militares, sin desarrollar una estructura institucional que pudiese tolerar la diversidad y el disenso, las opiniones de las minorías o políticas en competencia. La grandiosa estructura imperial de la unidad de pensamiento y acción era sólo una fachada. Entre ella y la realidad de la vida diaria había un vacío, el que debía haberse llenado con las providencias necesarias para enfrentar el pluralismo de la vida moderna. Pretender que hubiera sólo una postura correcta en materia de pensamiento negaba el pluralismo que implicaban ideas alternativas que en realidad no eran tan impensables y que, además, a veces estaban bastante difundidas. La unidad del sistema afirmada en la cima negaba la pluralidad de normas visibles en la escena local.

Otra limitación, que fue enmascarada como reflejo de la grandeza material del imperio, fue el gigantesco crecimiento de la población de China. Siendo ya el país más grande del mundo, la extraordinaria explosión demográfica posterior a 1680 generó en China una sociedad difícil de manejar, con enormes problemas de alfabetización, higiene, suministro de alimentos, justicia local y orden público, los que comenzaron a escapar de todo control a raíz de esta magnitud sin precedentes. En el siglo XIX, el Estado Qing no pudo seguir a la altura de estos problemas.

La modernización le ha traído consigo comodidades y desastres quizá en la misma medida que a la mayoría de los pueblos; en el caso de China, sus efectos perjudiciales se vieron magnificados por la lentitud del país en decidir modernizarse. Si en 1793 el emperador Qianlong no hubiese declinado la propuesta de Jorge III -formulada por Lord Macartney- de unirse al mundo comercial de naciones-estado, la modernización de China podría haber rivalizado con la de Japón. La lenta respuesta de China dio pie, en cambio, al siglo de los tratados inequitativos.

Cuando, a comienzos del siglo XX, China sí respondió al mundo del comercio marítimo, no fue capaz de hacerlo mediante un simple cambio de dinastía. La estructura agraria y burocrática estaba comercializada, completando un proceso que venía desarrollándose desde la época de los Ming, pero dicha circunstancia por sí sola no aseguraba el progreso. Antes había que reemplazar el contenido del neoconfucianismo por el aprendizaje científico moderno. Este creó finalmente un nuevo tipo de erudito, orientado a la especialización en el extranjero. El nacionalismo debió encontrar su expresión en una nación-estado.

No obstante, la búsqueda de una nueva unidad de gobierno asumió la forma de una continuidad claramente reconocible en relación a la tradición china. Tanto reformistas como revolucionarios consideraban que el desarrollo económico debía estar sujeto al control del Estado en alguna forma de “socialismo”. Las pretensiones totalitarias del leninismo perpetuaron las de la autocracia imperial. La doctrina neoconfuciana en tanto verdad absoluta fue sustituida por el marxismo-leninismo, igualmente exhaustivo y absoluto. La élite gobernante de los tiempos imperiales había tenido sus gradaciones en la Corte Interior de los dueños del poder, la Corte Exterior de los burócratas y la culta élite de la nobleza en la administración local. Bajo los comunistas, ese espectro tuvo un paralelo en los líderes del partido y el Comité Central, los militantes del partido distribuidos en todo el sistema gubernamental y los cuadros de nivel local, respectivamente. Este nuevo orden comunista estaba en tal consonancia con el antiguo orden imperial que Mao, en su calidad de sucesor de los emperadores, logró mantener el poder autocrático mientras intentaba, como

revolucionario, conducir a las masas a participar en política. Este esfuerzo de igualitarismo estaba en el aire en el siglo XX. El afán de Mao por inducir a una sana autocrítica entre los cuadros, al igual que su malogrado esfuerzo por la autosuficiencia en el financiamiento del desarrollo local, evocan el minimalismo del emperador Ming Hongwu. Ambos gobernantes dependieron, en el orden local, de similares instituciones: respectivamente, de la mano de obra no remunerada *lijia* y los sistemas de responsabilidad mutua *baojia,* y de las todopoderosas unidades de trabajo *(danwei)* y los comités de autovigilancia de cada calle. El empeño de Deng Xiaoping en supervisar el manejo de las empresas comerciales por parte de los comerciantes, al igual que la eminente dependencia del PCCh en las industrias estatales, rememora las antiguas disposiciones de los Qing en orden a utilizar a los mercaderes para el corretaje y los monopolios autorizados. Aun con innovaciones como una precisa contabilidad de costos y la utilización de abogados para el manejo de los contratos, vistos desde la perspectiva de la continuidad, tales patrones de innovación semejan sólo una fachada.

La militarización fue otro elemento que apareció con la declinación y el renacimiento del poder central. Hacia fines del siglo XIX, con la ayuda del monopolio de las armas y del telégrafo, el ferrocarril y los vapores, la violencia organizada del Estado pudo ser desplegada con mayor rapidez y con un alcance más global. La tecnología del siglo XX hizo del Estado una entidad omnipresente y del totalitarismo una posibilidad real.

En medio de la perplejidad de la modernización, ¿qué ha ocurrido con la búsqueda moderna de una sociedad civil? Esta se originó en el inevitable crecimiento de la especialización y en la consiguiente autonomía del experto dentro de su esfera de conocimientos. En profesiones como la ingeniería o la aeronáutica, la química o la medicina moderna, no podría existir un cerebro que dirija desde el centro político todas las acciones relacionadas con la tecnología. Los intentos por asegurar el control político en ese ámbito se vieron enfrentados a barreras de conocimientos especializados muy difíciles de sobrepasar. La tecnología nuclear, aunque potencialmente la gran niveladora, fue ideológicamente neutra. En pocas palabras, la nueva tecnología científica implicaba una organización política con bolsones de autonomía esparcidos por todas partes. Establecidos estos límites para la ortodoxia, la diversidad tenía posibilidades.

Los herederos de la autocracia china han debido afrontar una situación particularmente frustrante, desde que los intelectuales modernos de China no sólo han afirmado la autonomía del conocimiento especializado, sino también el pluralismo que se considera tan fundamental en los círculos intelectuales internacionales. El pensamiento chino, siempre autóctono -o sinificado, de aquí en adelante- ha escapado por fin del control del gobierno chino: hoy, son numerosísimos los académicos chinos capaces de participar en el saber mundial.

En cuanto al desarrollo económico de China, observadores extranjeros y muchos chinos coinciden en que tampoco puede llegar demasiado lejos si no viene acompañado de un mayor grado de participación política. Ambas formas de crecimiento y muchas más son necesarias para la modernización. Dada la sobrepoblación de China, uno de los factores esenciales para el desarrollo económico debe ser el quiebre de la involución (crecimiento del producto sin que aumente la productividad por hora/hombre) que durante siglos ha frenado el alza de los estándares de vida de las masas. Aún había involución en la agricultura bajo el gobierno de Mao. Según Philip C. C. Huang, la involución no era un concepto básico en el pensamiento europeo sobre economía agrícola, pero sus efectos en el agricultor chino resultan evidentes, una vez que uno los busca, por lo menos desde el período Ming. Aunque los historiadores económicos, instruidos en los modelos europeos de desarrollo, hayan tardado en reconocerlo, la ley de rendimientos decrecientes relacionada con la sobrepoblación aún mantiene atada a China.

¿Cuál es la solución? El escéptico creyente Thomas Metzger advierte que el problema de fondo radica en un rasgo típicamente chino, el "ser en este mundo de un modo optimista", que constantemente expresa los hechos de la manera absoluta en que éstos deberían ser, no como realmente son, y que reprueba las posibilidades alternativas calificándolas de inmorales. Metzger propone que China acepte los "tres pluralismos" o "tres mercados", a saber: una economía de libre mercado, el mercado intelectual de las ideas y el mercado político de los diversos grupos de interés y partidos políticos opuestos, que entran en conflictos y negociaciones y "cada uno de los cuales persigue objetivos legales pero al menos parcialmente egoístas".

Desde la perspectiva occidental, la contienda en China parece situarse entre el monopolio y la competencia, con esta última felicitándose por la mayor productividad. Sin embargo, desde el punto de vista chino la lucha puede definirse en términos más morales, condenando el materialismo y la codicia que caracterizan la vida económica, la constante confusión originada

en el libre mercado de las ideas y el egoísmo tolerado bajo la forma de grupos de interés en una política representativa.

Justificadamente podemos considerar el movimiento chino hacia la sociedad civil como una tendencia histórica, sin apresurarnos a concluir que ello deberá desembocar en una democracia de tipo occidental, con elecciones libres, un gobierno representativo y derechos humanos garantizados por ley. Por el contrario, una democracia al estilo chino podría tener, por ejemplo, elecciones al interior de los distintos grupos de estatus, una representación por consenso y entre pares y los derechos individuales especificados en forma más precisa que en Occidente. Los intentos chinos por imitar los procedimientos democráticos utilizados en otros países han obtenido resultados desiguales. Y hasta que los regímenes democráticos occidentales no descubran una manera más efectiva de refrenar la corrupción y mantener la moral pública, puede que estos ejemplos de gobierno democrático no se ganen la aceptación pública en China. Nosotros, en calidad de extranjeros, podemos ofrecer consejo a China acerca de la imperiosa necesidad de respetar los derechos humanos, pero mientras no logremos dar el ejemplo controlando correctamente la violencia de nuestros medios de comunicación, las drogas y las industrias de armamento, difícilmente podemos instar a China a que se asemeje más a nosotros. En lugar de ello, debemos examinar cuidadosamente si nuestros supuestos básicos sobre China son realmente los más adecuados.

ACERCA DE LA ROMANIZACION

El sistema *pinyin* de romanización que Pekín introdujo en 1979 parece estar afianzándose, razón por la cual se utiliza en este libro para la transcripción de nombres y términos chinos. El *pinyin* establece sin embargo dos claras excepciones. La primera señala que los nombres de personas o lugares que posean una ortografía habitual en otros idiomas pueden conservarla; así, seguiremos escribiendo “Pekín” y no “Beijing”, y “Cantón” en vez de “Guangzhou”, por ejemplo.

La segunda excepción al sistema de unificación de sonidos *pinyin* aclara que los nombres de los chinos de ultramar se escriben con la ortografía acostumbrada por ellos, por lo cual en esta obra se prefirió esa forma y escribimos, por ejemplo, “Chiang Kai-chek” y no “Jiang Jieshi”.

Las citas en el texto son según el autor y la fecha de publicación, a excepción de las referencias a *The Cambridge History of China,* las que se identifican por la sigla CHOC y el número de volumen.

LECTURAS SUGERIDAS

El entusiasmo de los estudios occidentales sobre China se debe sólo en parte al constante esfuerzo del pueblo chino por la revolución y la reforma. La intensidad de nuestro interés surge también de una concurrencia de factores históricos; en primer lugar, del reconocimiento después de la Guerra Fría de que el conocimiento se ha convertido en la principal esperanza para la subsistencia global; segundo, de la evolución natural de los estudios de área de la década de 1940 hacia la inclusión de todas las ciencias sociales y humanas para comprender la historia; en tercer lugar, del desarrollo de una masa crítica de investigadores lingüísticamente capaces, cuya competencia aumenta su refinamiento. El cuarto factor lo componen las contribuciones cada vez más importantes de historiadores chinos en Taiwan, el continente y el extranjero. Estos y otros elementos están impulsando un flujo sin precedente de publicaciones que hace necesaria una síntesis.

Aparte de las obras básicas de referencia, esta lista de lecturas sugeridas se limita en su mayor parte a libros publicados después de 1970. Omite numerosos ítemes que sí aparecen en mi cuarta edición, revisada y ampliada (1983) de *United States and China.* Por lo tanto, ese volumen retiene cierto valor bibliográfico, sobre todo en lo que respecta a las relaciones norteamericanas con China y al movimiento misionero cristiano, de lo cual se hace muchísimo menos mención en éste.

Se puede apreciar una progresión de generaciones en la literatura especializada. En el segundo cuarto del siglo XX, los recién instruidos “sinólogos” (principalmente historiadores) aún consideraban a China una sola entidad, y trabajaban sobre los detalles de los sucesos políticos, las guerras y rebeliones como buscando apreciaciones generales de las estructuras institucionales. Generaciones posteriores, más capacitadas tanto en lo lingüístico como en ciencias sociales, han querido tratar a China y su historia como parte de la historia mundial, dentro del campo de las ciencias sociales y los estudios comparativos. China ya no es una rareza.

Esta mayor madurez en los estudios sobre China se debe en parte al desvanecimiento gradual de antiguas distinciones, estrechas, entre lo clásico y lo moderno (caricaturizadas como “Confucio dice” versus sucesos actuales) o entre humanidades y ciencias sociales (hoy se entienden como necesariamente complementarias) o bien entre disciplinas como la economía y la antropología (que pueden ser mutuamente dependientes). En lugar de ello, un especialista en China espera ahora relacionar sus descubrimientos especializados con una perspectiva más amplia de toda la sociedad china en el contexto mundial. Este enfoque cosmopolita refleja por lo menos dos factores. Uno, la moda del pensamiento marxista-leninista ligada al surgimiento de la República Popular. El otro, el interés mundial en el desarrollo o, en términos más amplios, la modernización. Entre ellos, comunistas y economistas han expandido nuestra mente.

En la década de 1960, el trabajo de G. William Skinner estimuló significativamente una singular tendencia en los estudios sobre China; su influencia queda de manifiesto en la Introducción, donde hago referencia a los sistemas de mercadeo, las macrorregiones y la urbanización. Por ejemplo, con el fin de indagar más allá de las historias dinásticas y recopilaciones oficiales que destacan el punto de vista de la institución imperial, Susan Naquin y Evelyn Sakakida Rawski, en su *Chínese Society in the Eighteenth Century* (1987), toman como estructura las macrorregiones de Skinner, que representan la realidad económico-demográfica de manera más precisa que las provincias históricas de China.

Este enfoque, que fragmenta el monolito chino y examina sus ingredientes concretos, permite encontrar con una gran diversidad. En las macrorregiones, antes que nada, conviven diversos climas y terrenos de montañas, llanuras, ríos y lagos; se hacen patentes las diferencias étnicas o “raciales” en las características físicas de los individuos; aparecen los diversos dialectos locales (algunos constituyen idiomas diferentes) y los productos, las tecnologías y ocupaciones

locales; su arquitectura, herramientas y mecanismos de transporte internos; sus diversas formas de vida y costumbres familiares, el folclore, los rituales y las creencias religiosas. El enfoque de las macrorregiones constituye un gran estímulo para la historia local, y ya ha producido unos cuantos estudios sobresalientes que ahora mencionaremos.

Al inicio de la sección titulada "República Popular de China" pueden encontrarse obras de referencia que se repiten. Ello refleja la bifurcación original entre la "Historia china, de lo antiguo a lo moderno hasta 1949" por un lado, y "La China comunista desde 1949", como fue denominada, por otro. Michel Oksenberg, en su ensayo de 48 páginas *Politics Takes Command: AnEssay on the Study ofPost-1949 China,* incluido en *The Cambridge History of China* (CHOC), vol. 14, estudia las singulares características de la investigación y escritura en la República Popular. Nuestra lista es sólo una selección de los escritos mencionados por Oksenberg.

NOTA DEL EDITOR

La mañana del 12 de septiembre de 1991, el profesor Fairbank entregó a la Harvard University Press el manuscrito editado y aprobado de *China: A New History.* Esa tarde sufrió un ataque cardíaco y falleció dos días después, dejando sin escribir solamente esta sección de agradecimientos.

De acuerdo con su convicción, profundamente arraigada y a menudo reafirmada, de que el estudio de la historia china debía constituir una empresa colectiva que dispusiera de las habilidades y la vitalidad de muchos individuos, Fairbank envió el texto mecanografiado de *China: A New History* a más de doce colegas, para recibir sus comentarios. Entre los que hicieron sugerencias pueden mencionarse a Marie-Claire Bergére, Peter Bol, Kwang-chih Chang, Lloyd Eastman, Edward Farmer, Herbert Franke, William Kirby, Philip Kuhn, Thomas Metzger, Andrew Nathan, Lucían Pye, John Schrecker, Benjamin Schwartz, James Watson y especialmente Paul Cohén, quien estuvo en contacto permanente con Fairbank durante los meses previos a su muerte, y quien accedió a continuar con el libro en caso de que su salud empeorase. Fue el profesor Cohén quien, haciendo uso de sus admirables conocimientos, desempeñó las diversas tareas de edición que son necesarias en el proceso de producción de un libro.

Karin Gollin, asistente de investigación de Fairbank, contribuyó de las más diversas formas, tanto en el desarrollo del texto como en la recopilación de las secciones previas a la RPCh de las lecturas recomendadas. Asimismo, Martha Henderson Coolidge, que también inspiró ideas relacionadas con el medio ambiente en los años posteriores a Mao, colaboró con fervor en la sección correspondiente a la RPCh de la bibliografía recomendada. Otros que compartieron de manera generosa sus conocimientos bibliográficos fueron William Alford, Paul Cohén, Joan Kaufman, Peter Perdue, Dwight Perkins, Terry Sicular, Nathan Sivin, James Thomson, Rudolf Wagner, David Zweig y sobre todo Nancy Hearst, bibliotecaria del Centro de Investigación Fairbank del Asia Oriental.

Tal como lo había hecho para algunas obras previas de su marido, Wilma Fairbank contribuyó con sus conocimientos y su ojo entrenado como historiadora del arte chino en la selección y disposición de las ilustraciones, y escribió muchas de las leyendas que las acompañan. Su objetivo era mostrar al pueblo chino en acción, como fuera retratado por artistas chinos durante los siglos previos a la aparición de la fotografía.

Yen-shew Lynn Chao, Timothy Connor, Jing Jun, John Kim, Thomas Lawton, Jeanne Moore, James Watson, Wango Weng, Mark Wilson y Wu Hung fueron de gran ayuda en el momento de hallar el material ilustrativo.

Aida Donald, asistente del director y editora general de la Harvard University Press, solicitó a Fairbank que escribiese el libro en 1989, hizo todos los arreglos necesarios para la producción y leyó borradores del manuscrito. Susan Wallace, editora jefa de manuscritos, trabajó minuciosamente con el autor durante las etapas finales de revisión y edición del manuscrito. Marianne Perlak, directora de arte, diseñó la cubierta y sobrecubierta del libro. David Foss, subgerente de producción, coordinó la composición tipográfica, la impresión y la encuademación.

Joan Hill, asistente del profesor Fairbank durante muchos años, asumió toda la responsabilidad por la mecanografía del manuscrito en diversos borradores. Olive Holmes recopiló los índices. Bajo la supervisión de Fairbank, Robert Forget investigó y trazó los mapas. Los mapas 1 y 2 están adaptados de *The Cambridge History of China,* con la autorización de la Cambridge University Press. Harper *8c* Row autorizó generosamente el uso de material de *The Great Chinese Revolution, 1800-1985* (1986).